

MIGUEL BONASSO

RECUERDO DE LA MUERTE

EDICION DEFINITIVA

PLANETA • ESPEJO DE LA ARGENTINA





Miguel Bonasso nació en Buenos Aires en 1940. Se inició en el periodismo en la revista *Leoplan*; fue jefe de redacción de *Análisis*, *Exira* y *Semana Gráfica*, y secretario de redacción de *La Opinión*. Fundó el diario *Noticias*, clausurado por órdenes de José López Rega en septiembre de 1974. Perseguido por la Triple A y luego por la dictadura militar, vivió en la clandestinidad hasta su exilio, en 1977. En Roma integró el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero (por lo que sería procesado judicialmente durante el gobierno democrático de Alfonsín y no podría regresar al país hasta 1988). Residió en México doce años, donde fue editor de las agencias de noticias ALASEI y PAL y presidente de la Asociación de Corresponsales Extranjeros. En 1983 apareció la primera edición de *Recuerdo de la muerte*, que se convirtió en uno de los libros de la década (con más de cien mil ejemplares vendidos), traducido al francés, italiano y holandés, y galardonado en 1988 con el Premio Rodolfo Walsh a la mejor novela testimonial de tema criminal, otorgado por la International Crime Writers Association.

MIGUEL BONASSO

Recuerdo de la muerte

EDICIÓN DEFINITIVA

Un día se puso a investigar con nosotros. Un día desenmascaró a los asesinos que enviaban a México los militares argentinos. Un día lo puse como personaje en este libro. Un día me prometió que presentaría la edición mexicana. Otro día, que nadie deberá olvidar, cayó acribillado por la espalda. Por otros asesinos. Que algún nuevo Buendía deberá desenmascarar. En un ciclo demasiado largo de asesinos que disparan por la espalda y periodistas que los desenmascaran y caen de bruces sobre las avenidas de América Latina. Hasta que los pueblos. Hasta que manden parar. Hasta ese día. Manuel Buendía. No in memoriam. Acá, entre nosotros.

Y no hallé cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte. "

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS Salmo XVII

Epílogo

a manera de prólogo

Roma, enero de 1979

Manuel no se llamaba Manuel; era en realidad el Teniente de Navío Miguel Ángel Benazzi. Tampoco el fusil que desarmaba en aquel *residence* romano era un fusil destinado a la caza mayor, salvo que, por una curiosa licencia poética, incluyamos dentro de ese deporte la caza del hombre.

El objetivo que Manuel pretendía colocar en la mira se encontraba en ese momento muy cerca de allí: apenas unas diez o doce cuadras en dirección al centro de la ciudad. Ignoraba la presencia de Manuel y otros hombres como Manuel y se paseaba tranquilamente por la Piazza del Popolo, haciendo tiempo antes de cubrir una cita.

Ni el gerente, ni el conserje, ni siquiera las dos mujeres que hacían la limpieza, habían encontrado nada que llamara la atención en ese argentino alto, delgado y elegante, que hacía pocas llamadas y recibía pocas visitas.

De haberlo visto, el fusil sí les hubiera llamado la atención. Pero no lo vieron. Y no podían verlo porque Manuel adoptó todas las precauciones del caso. El Tigre había sido claro.

—No queremos líos de ninguna clase. La Embajada tiene que quedar completamente al margen. Tendrán que arreglárselas solitos y más vale que no fracasen.

Sus últimas palabras en Madrid, corolario de largas y reiteradas instrucciones para la operación. Las pronunció, se levantó y abandonó la cafetería de la avenida Serrano. Manuel lo observó desde la vidriera y lo vio perderse entre la gente.

Como conocía al Tigre y sabía desde mucho tiempo atrás que las órdenes no se discuten, se esforzó por cuidar todos los detalles.

Uno de los detalles principales era el fusil. Entendiendo que lo que mejor se oculta es lo que está a la vista, lo incorporó a su equipaje junto a los clásicos adminículos de un pacífico cazador. Lo demás: su propia vestimenta y los papeles impecables que le preparó el Caín, le permitieron atravesar sin sobresaltos las fronteras terrestres desde

España.

El recorrido era largo, pero le gustaba conducir y el Ford Capri alquilado en Madrid no le dio ningún dolor de cabeza.

La adaptación del fusil de caza fue fácil. Ahora arrojaba dardos en lugar de balas.

Manuel recordó aquel día que el Trueno llevó los dardos a la Escuela. Los había conseguido en Estados Unidos y los “vendía” como un verdadero hallazgo. Con una alta dosis de veneno podían servir para liquidar subversivos en el exterior. En el país se provocaba el desvanecimiento con una dosis menor, eliminando las posibilidades de resistencia o intento de fuga. El único problema técnico era que no se había encontrado la dosis precisa para que el individuo recuperara pronto el conocimiento y se le pudiera dar máquina para hacerlo cantar rápido.

Una mañana el Trueno eligió al azar uno de los centenares de chupados que se hacinaban en *Capucha*, lo hizo llevar al *Solano* y decidió hacer un experimento. El conejito de Indias fue Daniel Schapira. Daniel pensó que lo iban a fusilar cuando el Trueno le ordenó ponerse de cara a la pared. Estaba muy débil y aún no se había repuesto de las heridas de bala y las sesiones de picana. El Trueno apuntó cuidadosamente y luego le disparó con una pequeña pistola. Daniel se desplomó y durmió durante más de un día.

Un día era mucho tiempo. Para tirar de la piola y sacar todo lo que había por debajo, era importante actuar con celeridad y acortar al máximo los interrogatorios.

Pero nada de eso preocupaba a Manuel ahora. La carga que se iba a emplear en este caso iba a ser decisiva. El hombre que estaba en la mira debía morir, simplemente. Para que se restableciera el equilibrio universal que había desafiado con insolencia.

Las preocupaciones de Manuel se referían a la operación en sí misma. “La guacha de la Chinita no quiso transportar Fierros desde España”. No podían recurrir al agregado naval de la Embajada, ni siquiera a Don Licio y por lo tanto, la única arma de que disponían en Roma era ese fusil. Esto aumentaba considerablemente los riesgos de la operación: el hombre debía estar solo y había que pescarlo desprevenido.

—No es fácil —le dijo al Tigre.

—Ya lo sé —respondió el Tigre después de sorber con irritante morosidad el express. Luego se lo quedó mirando con ojos sonrientes y agregó la letanía acostumbrada.

—Mensaje a García. —Era una de esas clásicas expresiones cuarteleras, basada en una vieja película de acción, que se ponía por delante de la nariz a todos los que planteaban las dificultades de una misión imposible.

“Esa Chinita es una hija de puta”, pensó mientras desenroscaba el cañón. La habían liberado por ser del *ministaff*, les debía a ellos estar viva “y ahora se bacía la estrecha”. Conjeturó que debía sentirse impune porque era la sobrina del capo, de Cero o el Negro, como ellos le decían.

Guardó las piezas en el bolso de cuero marrón que estaba sobre la cama. Corrió el cierre relámpago y se dirigió al ventanal para abrir las cortinas que lo habían ocultado de los indiscretos italianos.

Apagó la luz y salió. Se cruzó en el pasillo “con la negra esa”, la altísima modelo que protagonizaba algunas fiestas escandalosas. Bajaron en silencio. Ella con una sonrisita apenas esbozada. El, relojeándola con disimulo.

Pasó frente al cubículo de plástico de la conserjería y recibió un untuoso saludo del conserje, “un mariconazo perfumado”. Respondió con un hosco “Ciao” al operístico “Bon giorno, dottore” y traspuso la puerta de cristales.

Frente al *residente*, en el asfalto que comenzaba a humedecer la garúa del invierno romano, estaba el Capri. Mientras calentaba el motor, examinó cuidadosamente el plano de Roma que había extendido a su lado en el asiento delantero.

Cuando la trompa del Capri ingresaba a Vía del Corso, Manuel tenía la vista clavada en el Alfa azul de la policía que se le había adelantado con una de esas maniobras deportivas que practican los romanos. Por esta razón no pudo ver a los dos hombres que entraban a un café de la Piazza del Popolo.

Con tropiezos y vueltas de más llegó a Termini, donde metió el bolso en una de las consignas. Tenía hambre, no quería seguir recorriendo inútilmente la ciudad y se zambulló en la primera *trattoria* que encontró.

“La pasta argentina no tiene nada que envidiarle a ésta”, pensó mientras enrollaba los spaghetti y el patrón del restaurante le rondaba obsequioso. “Ahora hay que reunir al grupo y comenzar la búsqueda”, se dijo y no pudo evitar la duda: “¿Estará realmente aquí? ¿No se habrán equivocado?”.

Vestía una gabardina azul y estaba ligeramente encorvado cuando sintió el llamado de la Muerte. Su hermano, el cura Raúl, miraba abstraído las cúpulas oceánicas

donde la luz transita el vértigo y recrea día a día la ilusión de la eternidad. Parpadeaba al dirigir su mirada circular, como si se asombrase nuevamente de lo que había visto tantas veces o le pidiera permiso para recrearse a ese poder que no sólo se dejaba ver sino que estaba allí precisamente para eso: para dejarse ver.

El Pelado, en cambio, había ido directamente al objetivo; a ese mármol increíblemente mórbido y translúcido de la Muerte Joven. La estatua se destacaba contra el fondo funerario de la capilla y bajo la luz amarillenta, subterránea, que le habían puesto se adivinaba su blancura esencial.

No reparó en los detalles: la flexibilidad del manto, la lasitud del brazo colgante, el mensaje imposible de la boca entreabierta del Cristo. Tampoco en la ternura de la mano de la Virgen que lo sostiene sobre su regazo, o en la serenidad de su rostro ovalado que anticipa la certidumbre de la Resurrección. La vio o tuvo que verla, como un todo. Con una ligera angustia, como si se encendiera un foco inesperado en la noche.

Mientras Raúl le explicaba cosas que apenas oía, intuyó que ese Miguel Ángel de diecinueve años no había querido concebir la vejez. Que se había demorado en reproducir cuerpos jóvenes como el suyo y se había concentrado tanto en Lograrlo que ahí estaba esa juventud marmórea, existiendo casi cuatrocientos años después. Así lo probaba el rostro infantil de la Virgen, que parecía la hermana y no la madre del Jesús muerto.

Súbitamente, sin que ningún libro ni folleto bilingüe le explicara nada, entendió a fondo el nombre de la obra. Porque una súbita ternura que se esforzó en reprimir... porque un súbito desamparo... porque una súbita piedad se remontó desde el fondo de la vida y la muerte y, aunque supo que eran invulnerables, tuvo el instinto de protegerlos.

—Tuvieron que ponerle ese vidrio a prueba de balas, para evitar que otro loco quisiera destruirla. Pero decime vos, ¿qué puede tener un tipo en la cabeza para querer romper una cosa como ésta...?

—Una obra de arte —dijo convencionalmente el Pelado y trató de despedirse mentalmente de la Muerte Joven.

Algo así como la timidez provinciana había renacido en los dos hermanos. Un sentimiento que venía de muchos años y kilómetros atrás, desde esa pampa litoraleña de Entre Ríos, desde aquellos días en que Raúl salía del seminario y el Pelado alcanzaba su primera comunión. Ese sentimiento se reflejaba en la cautela, en la lentitud con que se fueron adentrando en el templo avanzando por las laterales, sin atreverse a abordar la

nave central.

En la sombra de los pasillos, en el aire suspendido de la mañana atemporal, retomaban las imágenes de la Muerte Joven. Ahora multiplicadas y certeras, coludidas con las alucinaciones y metáforas de los artistas y artesanos que a lo largo de siglos habían decorado San Pedro.

En sus nichos, papas yacentes con los estigmas de la perversión, del cáncer, de la sensualidad, del autoritarismo. Con la fiebre del ayuno y el misticismo. Con la dureza de una convicción definitiva o el temblor de una duda reprimida. Serpientes, calaveras, espadas, tiaras, ángeles nalgonos y equívocos, números romanos, demonios, leyendas latinas, no alcanzaban a suprimir la imagen de la estatua y, lo que era peor, las imágenes que la estatua convocaba.

OTROS rostros yacían en las sombras sin el rescate del mármol. Tenían entreabiertas las rendijas de los párpados para helar el alma con el vidrio de sus ojos. Cera terrible y entrañable que parecía reprocharle la culpa de estar vivo. La carne muerta del Sordo machacada en el tormento. La piel azulada de Norma después de la inyección. Los cadáveres acribillados de Rodolfo o del Nariz. Cara al cielo, en la definitiva horizontal donde el tiempo los iría desdibujando.

Se alivió un poco, sólo un poco, cuando transpusieron las puertas gigantescas y comenzaron a descender las escalinatas cruzándose con monjas españolas, seminaristas ecuatorianos, mochileros holandeses y la torrencial ofensiva fotográfica de los turistas nipones. El luminoso anfiteatro parecía abrirse ante sus ojos por primera vez, como en un sueño matinal.

Se sentaron al borde de una de las fuentes y hablaron como nunca. Raúl con su vocación didáctica encendida; el Pelado para tratar de conjurar las sombras.

Hablaron de Alejandro VI y los Borgia. De los primeros cristianos y de los últimos. De las catacumbas y del Tribunal del Santo Oficio. De las mutaciones de ese poder que la basílica encamaba.

Comieron en un bodegón cercano y a ratos en auto, a ratos a pie, consumaron una formidable peregrinación que, al crepúsculo, los encontró en el Campidoglio.

Raúl miró fijamente cómo atardecía la cara de su hermano cuando se detuvieron en el centro de la plaza, frente a la estatua que recobrará el oro perdido el día del Juicio Final.

Espesos nubarrones violáceos navegaban hacia el Poniente y Roma se iba fundiendo en la melancolía de sus ocre y sus marrones. La lluvia que cayera de tanto en tanto había dejado un aire fresco, condensado, en el que las formas antiguas se tomaban más sutiles y ominosas.

Entre los jirones de la charla, el Pelado volvía a entrever los signos inevitables del mensaje. Ya no escuchaba a Raúl. Ni a la incipiente noche que estallaba abajo en el estrépito de las bocinas. La extrañeza primordial era estar vivo, estar ahí, en esa ciudad que había visitado tantas veces. Antes y después de su temporada en el Infierno.

Se subieron al auto estacionado en la vereda de enfrente y comenzaron, silenciosos y sombríos, la marcha hacia el EUR.

En la vía Laurentina se alzaba la moderna iglesia donde Raúl era teniente-cura. Cuando se bajaron del auto se había reiniciado una tenue llovizna.

Ninguno de los dos reparó en el Fiat 128 que acababa de detenerse a menos de cien metros.

— ¿Es o no es? —preguntó Halcón.

—Me parece que sí —aventuró el Chanco.

—El cura es el hermano, seguro. Y el otro tipo ¿quién va a ser? —murmuró Adán.

—Sí, es él —insistió el Chanco.

—Lo que pasa es que está muy cambiado. Pero es él, seguro —insistió Adán.

—Esperemos un rato —ordenó Halcón finalmente.

El Pelado había visto infinidad de casas parroquiales en su vida. Eran demasiados los curas y monjas en su familia. Esta no se diferenciaba casi de las que había conocido en la Argentina. Los cuartos austeros, el cromo clásico de la Anunciación o la estampa adocenada del Sagrado Corazón, un pequeño busto de Juan XXIII en loza blanca sobre la biblioteca, el catre casi militar, cubierto con una manta gris ratón; los modales suaves, económicos, de sus habitantes.

Cuando entraron, Berardo llevaba esperando un buen rato. Aunque se habían visto a la mañana, los tres hermanos volvieron a saludarse efusivamente. Eran tres edades, tres historias distintas. Raúl, el mayor había iniciado la cincuentena en su

parroquia romana. Los quince años que llevaba fuera de la Argentina nada tenían que ver con la política. Era peronista, es cierto, pero no había transitado los fuegos de rebeldía que encendieron el país desde fines de los años sesenta. Berardo, en cambio, fue un activo militante sindical y estuvo “desaparecido” durante cinco días, al cabo de los cuales lo “reconocieron” y accedió al nivel de preso político. Tras varios meses de prisión obtuvo la opción para abandonar el país y refugiarse en Italia. El tercer caso era bien distinto.

El Pelado, cavilando acerca del destino de los tres, tropezó con la gran paradoja nacional de los últimos años: el exilio de los hijos y nietos de emigrantes europeos que un día habían recalado en la pampa mitológica. Ese retomo traumático a los orígenes hubiera sido impensable para el Nono, que un buen día abandonó el Friuli y se lanzó a la aventura de América. Pero el Nono no conoció la suerte de sus descendientes. Mucho antes que el terror alcanzara sus cotas más altas, sus huesos iniciaban el camino del polvo en un plácido cementerio provinciano.

— ¿Y los pibes...? —preguntó el Pelado a Berardo, mientras los rostros de Vanesa y Fernando se le aparecían como un enigma.

—Bien —dijo Berardo. Se habían quedado jugando en la casa, al cuidado de su mujer. El Pelado los había traído en este viaje. La Negra había regresado a Panamá y se resistía a vivir en Europa. Estaba —así decía ella— “emputada con el Partido”.

En el tren los chicos se asomaban con avidez a las ventanas y lo mareaban con preguntas. Una escena común. Si cualquier pasajero hubiera entrado en el compartimiento, no hubiera reparado en ese trío inocente. Nadie hubiera imaginado que asistía a una doble resurrección.

Desde su vuelta, cada vez que el Pelado preguntaba por ellos, surgía un matiz en la voz que obligaba rápidamente al interlocutor a brindar las mayores seguridades. La momentánea sensación de fragilidad se disipó y hubo un interregno de charla insustancial.

— ¿Vamos? —preguntó por fin Berardo, desperezándose.

El Pelado respondió afirmativamente y Raúl les ofreció su coche. Quedaron en verse al día siguiente y salieron.

Berardo conducía con prudencia y tardaron unos cuarenta minutos en llegar. El barrio donde vivía era un arrabal fabril, con más fábricas y almacenes que residencias. La calle estaba solitaria y un viento frío azotó el rostro del hermano mayor cuando abrió el

portón de hierro del depósito. Al fondo de un desolado camino interno se insinuaba el edificio donde Berardo, como cuidador, tenía su casa.

Al bajar del auto y cerrar las portezuelas, quedaron envueltos en la húmeda oscuridad. Un sonido les llegó claramente entre las ráfagas del viento helado: otro auto acababa de frenar afuera, detrás del muro que rodeaba el depósito y mantenía el motor en marcha.

El Pelado y Berardo se pararon en seco y volvieron la vista hacia el paredón, que apenas se divisaba a unos cincuenta metros. Oyeron el ruido de la puerta del coche al abrirse.

—Alguien baja —murmuró el Pelado.

—Voy a ver. Vos quédate —dijo Berardo.

El Pelado negó con la cabeza y los dos hermanos comenzaron a caminar hacia el portón. Cuando volvieron a abrirlo desde adentro, sintieron el golpe de la portezuela al cerrarse y el arranque estridente de una primera muy acelerada. Lo vieron alejarse: era un Fiat 128, con tres personas a bordo.

—Deben ser muchachones —se tranquilizó Berardo.

El Pelado, más precavido, inspeccionaba la acera al borde del muro, pensando que podían haber dejado una bomba.

Al final, relegando el incidente a una mínima molestia en el inconsciente, penetraron en la casa que resplandecía de luz y perfumes culinarios.

Los chicos se habían quedado dormidos. Vanesa sobre un diván, Fernando sobre unos almohadones en el piso.

Manuel se paseaba caviloso por el desolado departamento de la Gianicolense que había alquilado C., uno de los chupados que acompañaban a los hombres de la Marina. El barrio era discreto, alejado del centro, y esos departamentos estaban bastante aislados entre sí. Lo suficiente como para prevenirse de la infinita curiosidad de los peninsulares que tanto le molestaba.

Halcón lo observaba silencioso. Trataba de explorar su rostro anodino, despojado ahora del bigote morocho que solía usar en el país. Sin él se veía más joven y aunque siempre caminaba encorvado, se notaba que era fuerte y atlético.

Había reunido al grupo para transmitirles en pocas palabras y sin mucha convicción las órdenes del Tigre.

No dejó adivinar sus inquietudes. Cuando Halcón le comunicó entusiasmado que habían logrado localizar al Pelado, se limitó a espetarle un seco "Muy bien" y siguió impartiendo directivas.

Ahora llevaba varios minutos callado y ninguno se atrevía a interrumpir su monólogo interior.

Desde que le pasaron el fardo no había tenido mucho reposo mental. No era experiencia lo que faltaba, ni decisión. Estaba acostumbrado a operar fuera del país. Era uno de los primeros oficiales de inteligencia que ingresaron al *Grupo* en 1976. Luego estuvo un largo período en Europa, trabajando en el *Catira Piloto* de París, un organismo de difusión del gobierno argentino bajo cuya cobertura se habían realizado muchas labores clandestinas o, como ellos preferían decir, "por zurda".

Esas tareas habían llamado la atención de un molesto testigo: la señora Elena Holmberg Lanusse, funcionaria diplomática y para colmo de males pariente de un ex presidente, el Teniente General Lanusse. La Holmberg había juntado pruebas y un buen día se lanzó a Buenos Aires para presentarlas. Las denuncias amenazaban a todo el GT y alcanzaban para salpicar escandalosamente al propio Almirante Massera.

Una orden bajó discretamente por los peldaños adecuados. Pocos días después, la señora Holmberg aparecía flotando en el Delta del Río Paraná con un alambre en el cuello.

Manuel también había viajado a Bolivia para apoyar la candidatura de Pereda Azbún. Pero esto era muy distinto y sentía que lo invadía un malestar generalizado que nacía de la operación y se extendía a todo el universo que lo rodeaba. Le molestaba, por ejemplo, ese sórdido departamento casi desprovisto de muebles, a menos que se pudieran llamar muebles a esas estanterías armadas con ladrillos y esas sillas ruinosas compradas en algún remate. Le molestaba la pareja dueña de casa, ex montoneros que colaboraban con la Marina y que seguían viviendo con el mismo aire estudiantil y desprolijo con que seguramente vivirían antes. Por eso, pese a su habitual contención, no alcanzó a reprimir un matiz de impaciencia cuando C. golpeó tímidamente la puerta del cuarto donde estaban reunidos.

—Pasá — autorizó con voz metálica.

—Traje el mate — dijo C. que vestía unos jeans descoloridos y una campera de

edad indefinida. Traía en una bandeja una pava llena de agua hirviendo, la yerba y el mate.

Quien mirase las cosas por arriba no percibía ningún cambio profundo en aquel hombre. Siempre había sido voluntarioso y comedido. Antes cebaba mate para los compañeros en las reuniones de ámbito, ahora lo hacía para los marinos. En el medio se habían producido algunos episodios que lo acosaban al acostarse.

Manuel le hizo un gesto, C. dejó el mate y abandonó silenciosamente el cuarto. Todos hicieron una pausa hasta escuchar que se cerraba una segunda puerta y recién entonces reanudaron la reunión.

Halcón insistió en que el Pelado vivía en la parroquia con el hermano cura. Adán no estaba muy seguro.

—Pero, entonces... ¿por qué fue anoche a esa especie de corralón? ¿No vivirá ahí?

—Miren —terció Manuel en favor de Halcón—. En la iglesia debe sentirse más seguro. No tenemos otra. Hay que hacer el chequeo a partir de ahí, hasta que le pesquemos una rutina —le dio una chupada al mate y agregó secamente—: Y nada de hacer pelotudeces como anoche. No había ninguna razón para bajarse del auto. Si se aviva y corta la relación con la familia, estamos sonados.

Halcón asintió contrito.

—Sí, señor. Me mandé una cagada.

El hombre que había visto el Infierno se iba riendo en el autobús de dos pisos. Apenas si podía sujetar a Vanesa y Fernando, que estaban más traviosos que nunca. Ya había tenido que pedirle disculpas dos veces a ese señor gordo y colorado sobre el que Fernando insistía en recargarse, muerto de risa, cada vez que el autobús giraba bruscamente. —Prego —había respondido dos veces el señor con expresión resignada.

Mientras la mole verde seguía rugiente su trayecto, el Pelado pensaba qué poco bastaba para conformar a los pibes y al mismo tiempo notaba el ahínco que ponían para cobrarse ese poco, como exigiendo apagar una sed retrospectiva.

Al bajar hubo que hacer una pausa inevitable en una heladería, y finalmente tuvieron que tomar un taxi para no llegar tarde a la cita.

El Petiso tenía el reloj adelantado y llegó echando los bofes, creyendo que estaba

retrasado y le llamarían la atención. Vivía en Roma y debía hacer de cicerone de todos los compañeros. Buena parte de la organización y la logística de la reunión recaían sobre él.

De espaldas a la estación del metro, miraba con fastidio la Pirámide Cestia y el fragmento de muralla que acompañaba decorativamente al monumento. Había contemplado ese conjunto cientos de veces. Ahora pensaba irritado que “hay que dejarse de embromar” y variar un poco los lugares de citas. Él lo había dicho, le dieron la razón, y volvió a imponerse la rutina, que es el peor enemigo de los perseguidos. Preguntó la hora a un viejo que pasó a su lado y se tranquilizó. Lo seguía agobiando el peso de la seguridad de la reunión, a la que concurrirían varios de los capos, pero al menos no había llegado tarde. “Pronto, muy pronto, apenas en dos días, los bárbaros volverán a invadir Roma”. Se rió para, sus adentros y mientras se fumaba un apestoso cigarrillo negro, imaginó lo que darían los servicios de inteligencia militares por saber dónde y cuándo se juntaría a treinta de los hombres más buscados por la dictadura.

Era el grupo más heterogéneo que se pudiera concebir y reunir. Aunque para sus enemigos no había distingos: todos habían burlado la campaña de cerco y aniquilamiento. Tenían que morir y estaban vivos.

La presa más codiciada era el Secretario General. Mario Firmenich, que en esos días cumplía treinta y un años. Junto a él se congregaría un núcleo de veteranos y jóvenes conspiradores que habían desafiado cientos de veces el poder militar. Combatientes formados en el foco guerrillero; viejos políticos peronistas; intelectuales que abrazaron tempranamente el peronismo cuando la *intelligentzia* lo despreciaba; militantes forjados en una práctica mixta, política-militar; sindicalistas surgidos de la base proletaria y cuadros lanzados en paracaídas sobre las agrupaciones sindicales.

Todos, en mayor o menor, medida, habían sufrido la represión en carne propia. Adriana Lesgart tenía apenas treinta años, pero aparentaba muchos más; había perdidos dos compañeros y parte de su familia en la guerra. María Antonia Berger era uno de los tres sobrevivientes de la masacre de Trelew, en 1972. Una cicatriz en la mandíbula recordaba el tiro de gracia con que creyeron ultimarla en la base aeronaval Almirante Zar.

Gregorio Levenson tenía dos hijos muertos y su mujer secuestrada.

Al poeta Juan Gelman le habían secuestrado un hijo y su hija Nora había sido liberada por milagro.

Fernando Vaca Narvaja había perdido a su primera compañera, a su padre (un ex

ministro del gobierno de Frondizi) y a su hermano mayor Hugo, a quien el general Menéndez, jefe de la guarnición de Córdoba, había aplicado la "ley de fuga" junto con otros dos prisioneros desarmados.

Arnaldo Lizaso pertenecía a una vieja familia peronista de la zona norte del Gran Buenos Aires, que había sido prácticamente diezmada. El primero, el joven Carlos Lizaso, fusilado en la masacre de José León Suárez en 1956; los últimos Miguel y Jorge, caídos en combate veinte años después.

Quienes menos podían lamentarse eran los que habían pasado por las prisiones en anteriores dictaduras militares, o aquellos que tuvieron la suerte de no estar en casa cuando se la volaban.

Los había buscado la Alianza Anticomunista Argentina, El Comando Libertadores de América, la Policía Federal, el Ejército, la Aeronáutica, la Marina y la infinita variedad de organismos de seguridad legales y clandestinos que fueron surgiendo como hongos en las dos últimas décadas.

Los dirigentes del MPM habían sido citados por el Secretario General a reunión de Consejo Superior y llegaban de todas partes. Unos de España, otros de Francia o de Suecia. Varios de México. Varios, también, de la Argentina, en la que habían permanecido durante los años más duros. Algunos sabían que era difícil que regresaran enseguida al país. Otros pensaban que deberían hacerlo. Algunos preferían la clandestinidad y el terror al exilio. Otros temían vivir acorralados como fieras y se resignaban al destierro. La mayoría estaba dispuesta al sacrificio. La mayoría confiaba aún ciegamente en la *Conducción* y en el triunfo cercano de la revolución.

A ese grupo humano pertenecía el hombre que estaba esperando el Petiso. Pero su historia era muy particular, porque hasta ese momento, de todo ese grupo de sobrevivientes, sólo él había conocido el lado en sombra de la luna.

Pronto el cónclave estaría reunido. Cuchicheando durante las exposiciones, festejando alguna ironía. Divirtiéndose con canciones en las pausas de las deliberaciones. Tendría que haber seguridad para todos, camas para todos, comida para todos.

"No es fácil", pensó el Petiso, y reparó mentalmente qué se había hecho hasta ese momento y qué restaba. Se deprimió recordando que hasta dentro de cinco o seis días no volvería a dormir tranquilo, a hacer el amor con su mujer. "Pero vale la pena", se dijo mientras veía a lo lejos al hombre que había dejado el taxi a unos doscientos metros de la cita y avanzaba con sus hijos de la mano.

Mirando el impermeable azul que llameaba con la brisa, evocó las otras oportunidades en que se habían encontrado. Lo conoció en el exterior "antes de eso" y luego lo vio "después de la conferencia", cuando rindió una vez más su testimonio.

No había grandes diferencias externas entre el antes y el después. El, sin embargo, descubrió algunas. La mirada que combinaba mansedumbre y paciencia se había tomado más fija e inquisitiva y por momentos parecía volverse hacia adentro a paisajes sombríos e inescrutables con los que tendría que convivir el resto de sus días. Seguía siendo sencillo, amable, voluntarioso como "antes", pero había un eco falso en su risa estentórea, una nota disonante con su apariencia despreocupada. "Como un tipo pudoroso en un velorio", intentó definir el Petiso. "como esos tipos que ponen cara de John Wayne y se meten todo para adentro".

Y, sin embargo, no es que no hubiera hablado hasta por los codos en los primeros tiempos. Había hablado con la premura y la ansiedad de un predicador con poco tiempo para echarse el discurso. Había prevenido, prevenido y prevenido de ciertas tácticas hasta el hartazgo...

Eso era todo. Casi ninguna referencia personal, emotiva. Todo aparecía objetivado, como si se refiriese a otro tipo. Sólo había roto la tradición en una oportunidad: la primera, cuando se encontraron. Después de un abrazo vigoroso y estrecho, le había dicho y repetido:

— ¿Por qué no me habré muerto, Petiso? ¿Por qué?

El, incómodo, le contestó una frase boluda de circunstancias y se quedó callado como un idiota.

Todo ese encuentro fue "una verdadera mierda". El Petiso quiso ponerse en el lugar del Pelado y pensó que tenía que ser "natural", para que el Pelado no pensara "ni por las tapas" que "desconfió de él", o que se esforzaba por demostrar que no desconfiaba "por lástima". Y por tratar de ser natural había perdido toda naturalidad y había estado hosco, con lo cual tenía miedo de que el otro pensara que esa hosquedad era desconfianza.

"Un quilombo", pensó después. Un verdadero quilombo. Sólo el irlo viendo varias veces más le permitió superar ese envaramiento, esa terrible incomodidad.

Ya estaba el Pelado a tres metros de él cuando sintió un objeto duro que le oprimía los riñones.

— ¡Que carajo...! —exclamó el Petiso.

—Arriba las manos —dijo el que lo encañonaba.

Dos segundos después el Petiso, el Pelado, los chicos y el Negrito Amarilla, que era el “atacante”, se reían a carcajadas.

Y diez minutos después los cinco cruzaban la ancha calzada con grave riesgo de ser atropellados por los autos que iban y venían a toda velocidad.

Se sentaron en las sillas de metal del pequeño café al aire libre, frente a la oficina de Correos. Los niños jugaban cerca, en el césped; los grandes cambiaban impresiones sobre el desgaste de la dictadura militar y el inminente lanzamiento de la contraofensiva popular.

El tema del cónclave.

El fastidio de Manuel iba en ascenso. Sentado en el pequeño y cálido restaurante cercano a Villa Borghese, repasaba las posibles alternativas de la operación.

El “pájaro” no había dado señales de vida en las últimas 24 horas. El hombre que lo acompañó la primera noche fue por la parroquia del EUR a dejar el auto y después de un rato, en el que presumiblemente estuvo hablando con el cura, salió y se alejó primero a pie y después en autobús. El Chanco lo siguió hasta un edificio de oficinas en la Vía Po. El individuo parecía dispuesto a quedarse a vivir allí dentro. Después de dos horas de guardia, el Chanco se aburrió y se metió en un bar a tomarse un capuchino y comerse un sándwich. Cuando estaba pagando vio que el otro salía apresuradamente del edificio y tenía la suerte —bastante rara en Roma— de conseguir un taxi en la puerta y desaparecer. Intentó seguirlo y le perdió el rastro.

A la noche se dieron una vuelta por el depósito de los suburbios, pero no pasó nada. Por las dudas no se quedaron mucho tiempo.

“Habrá que tener paciencia” pensó mientras el mozo le traía la fuente con el fastuoso antipasto. Harto ya por la ocasional impuntualidad del Halcón, se había decidido a comer sin esperarlo.

La visión de la mesa alumbrada por una vela aumentó su desasosiego. Se amargó por estar solo, sin una mujer, y miró con envidia a dos parejas que tenía cerca. La que le produjo un particular escozor fue una rubia formidable que escuchaba con los labios entreabiertos y sonrientes el encendido monólogo de su acompañante. “Cómo se

empilchan las minas de guita”, pensó. Y enseguida: “esa turra debe andar metida en la dulce vita”.

Halcón seguía sin aparecer. La bandeja de metal brillaba vacía a la luz de la vela y decidió hacer una pausa. Prendió un cigarrillo y miró aburrido los cuadros con escenas de caza. Los lores ingleses con sus gorritos. Los galgos estilizados. Se sintió mal. Muy mal y muy solo. Como si el antipasto y los galgos produjeran terribles efectos sobre la conciencia.

Atribuyó el malestar a la demora de Halcón: “Como no se haya metido en algún lío”. Cualquier tropiezo podía dar al traste con la operación y generar un conflicto diplomático.

Halcón, además, tenía un estilo que no le gustaba. Era demasiado notorio que se había enriquecido con el botín de guerra. Eso era peligroso. No sólo porque este asunto podía ser destapado en un futuro remoto por una improbable comisión investigadora, sino porque podía favorecerlos a “ellos”. Si la cosa se corrompía, “ellos” usarían ese elemento para dividir a las Fuerzas Armadas, para enfrentarlas entre sí. La falta de moral resquebrajaba la disciplina. Y sin disciplina...

Aceptó el segundo plato sin mucho entusiasmo. El maitre insistía pesadamente en que cumpliera con el ritual gastronómico que preveía el fiambre, la pasta, alguna carne o pescado, postre, café y un digestivo. Se dejó aconsejar sin voluntad y se encontró comiendo como un zombie.

Entonces todo fue mucho peor. La evocación parecía surgir de esa viscosidad del aceite de oliva que comenzaba a empalagarlo. La rutina de los últimos años: la emboscada, el interrogatorio, la nueva emboscada, el nuevo interrogatorio. A veces podían resistirse y había tiros; otras se entregaban sin chistar. Había tipos duros que se los trabajaba durante meses y no soltaban prenda. Había otros que hablaban sin parar.

Le había costado trabajo entender su lenguaje, sus costumbres, sus criterios operativos. Tras una larga paciencia se había podido adentrar en ellos hasta el punto de sorprenderse utilizando su misma jerga. Un cuidadoso disimulo construyó esa sabiduría: ser duro cuando era preciso; ser hábil, sugerente, insinuante; buscar, a veces, los puntos de contacto entre las posiciones extremas.

“Eso es lo que yo elegí. ¿No? Muchas veces estuve en la Escuela de Mecánica antes de que la convirtiéramos en... Antes.”

Se vio en postales sucesivas. El día que su padre lo llevó a La Escuela Naval de Río

Santiago. La primera mantecada de los veteranos. El Almirante Guillermo Brown. La Patria. Los años de estudio. El lenguaje. Siempre el Lenguaje. Coi, detall, furriel, chofitol naval, aspirina naval, pentonaval... Pentonaval de los traslados. Un helicóptero en la noche sobre el río. Sobre lo negro de abajo, bajo lo negro de la noche... Tachar lo que no corresponda. Esa imagen rompe las postales. El uniforme de gala de Guardia Marina. La familia Benazzi en el muelle. Ellos formados en cubierta para el viaje. El Pireo, Marsella, Panamá. EL viaje. El viaje soñado durante cuatro años. El viaje definitivo del que se volvía marino. Marino. Storni. La soberanía. El mar austral. El Beagle que los chilotes nos quieren afanar. El Guardia Marina Benazzi: un fideo dorado en la manga; el Teniente de Corbeta Benazzi: una sola tira pero más gruesa: el Teniente de Fragata Benazzi: una lira gruesa y un fideo; el Teniente de Navío Benazzi: dos tiras gruesas.

“Mi hijo es marino”, podía decir orgulloso su papá. Y tras las volutas celestes y blancas de la gloria podía advertirse una vida serena, la posibilidad de ascenso social que la Argentina brinda a hijos y nietos de inmigrantes (aunque los bolches digan lo contrario). Una novia casta. Un casamiento con uniforme de gala y espada en la iglesia de San Martín de Tours. Una carrera si usted quiere tranquila. Pero se pudrió todo. Se pudrió por culpa de ese viejo gaga. Ese viejo de mierda que le abrió las puertas a los marxistas, a los subversivos. Subversivos. Hay que tener cuidado con las palabras. Las palabras parecen inofensivas pero... ¡carajo! Todavía se ponía colorado cuando recordaba el disgusto que tuvo por la palabra subversivo. El hotel estaba lleno de periodistas. El estaba encapuchado, al lado de Toño, un oficial segundo que se había quebrado en mil pedazos. El verso era que él también era monto. Que los dos eran montos arrepentidos que denunciaban ante el mundo las cagadas que se había mandado Firmenich. Todo iba fenómeno. Había repasado mil veces el libreto. El tenía que hablar poco. Siempre hablaba poco. Pero esa vez. Puta, cuando el diablo mete la cola... Se puso a explicar que eran jóvenes nacionalistas, peronistas sinceros, que habían sido usados por los marxistas de la Conducción. Y fue en una de esas que metió la pata. Dijo que abandonaba el “movimiento subversivo”. Los periodistas se cagaron de risa. Parecía que no iban a parar nunca. Y luego vino una andanada de preguntas jodidas. Y *Cambio 16* había publicado su caricatura como encapuchado. Los tipos se creyeron que era Capitán de Ejército. Pero da igual, era una macana. El Tigre se la había hecho sentir con esa capacidad que tenía para resaltar las pelotudeces de sus subordinados.

Cuando el mozo le trajo los *bucattini all'amatriciana* creyó que le iba a vomitar encima. Miró el reloj. Eran casi las diez y el Halcón no llegaba. Las parejas se habían ido. Pronto empezarán a presionar para que comiera rápido y se fuera. Los taños eran así.

Lamentó no tener encima la Browning. “Estos hijos de puta han dicho que no van a operar en el exterior. Pero ¿quién sabe? Las palabras se las lleva el viento. Y estos

cuentan con apoyo de afuera. Afuera se las dan de democráticos. No dicen que son marxistas. Así van ganando el mundo entero. Con mentiras. Y hay imbéciles que hablan de los derechos humanos. Las guerras se ganan con balas, no con derechos humanos. Luego estos imbéciles muy democráticos, muy limpios, lloran cuando viene el marxismo y a joderse, a ponerse todos el overol. El mundo entero está en peligro y los imbéciles siguen diciendo bonitas palabras. Y nosotros hacemos la tarea sucia. Para que sigan comiendo a la luz de la vela. Para que puedan hacer lo que se les da la gana. No sé... A veces me gustaría que ganaran los marxistas sólo por un día para que estos imbéciles vieran lo que es bueno. Iban a protestar entonces por los derechos humanos. ¡Já! Otra que derechos humanos les iban a dar. Si la tercera guerra mundial ya estalló. Lo que pasa en que es distinta que las otras..." En ese momento entró Halcón y con una rápida mirada lo ubicó entre los escasos parroquianos. Estaba agitado y tampoco tenía ganas de comer. Para contentar al maître pidió un postre y un café.

Se disculpó por la demora: había tenido que ir a la oficina de San Silvestre para hablar a España con el Tigre. Le pasó el parte de las últimas novedades. Del Pelado ni noticias. Se había borrado como si se lo hubiera tragado la tierra.

Manuel propuso caminar unas cuerdas para bajar la comida.

Mientras recorrían una callejuela sombría experimentó un cambio decisivo. Lentamente comenzó a apoderarse de él un odio feroz por la presa. Por ese escurridizo que ya los había burlado dos veces. Con esa cara de infeliz, de mosquita muerta, era más peligroso que otros que gritaban. "Sabe nuestros nombres", pensó y le pareció sentir que una gigantesca amenaza se abatía sobre él, sobre sus camaradas y sobre su propia familia.

Por un instante, mientras dejaba vagar la vista sobre las baldosas húmedas y Halcón marchaba a su lado silencioso, imaginó al Pelado y a otros sentados en un tribunal, juzgándolo. Concibió que esas locas de pañoleta blanca en la cabeza serían testigos de la acusación. "Acá los únicos criminales de guerra son ellos" se tranquilizó.

—Es al pedo —murmuró—. Hay que encontrarlo y esta vez va a ser boleta.

Halcón asintió en silencio.

Al observar la luz de los faros detrás del portón, *il compagno* Francesco Garavaglia bajó el seguro de la 11.25 que pendía de su abultada cintura. No volvió a ponerlo en su sitio hasta que sintió nítidamente que Martinucci, escondido tras el sombrío cerco de ligustro, se adelantaba hasta el portón y lo abría, dando la bienvenida a los recién

llegados.

Don Francesco musité: — ¿Compagni? — a la escueta sombra que le acompañaba en las tinieblas del porche. El Flaco, que compartía la guardia desarmado, repitió en castellano:

—Sí, son compañeros. Son casi los últimos. Ahora falta el secretario general.

El Alfa Romeo rodó escasos metros sobre el sendero de pedregullo y se detuvo cerca de la escalinata de acceso a la Villa. La noche era muy oscura y el Flaco apenas distinguid las siluetas del Petiso, el Pelado y el Negrito Amarilla cuando se bajaban del auto y descargaban sus bolsos. Al apagarse las luces del coche pareció crecer el rumor del mar y el viento.

Durante buena parte del trayecto de Roma al viejo puerto del Imperio, el Pelado había estado muy locuaz, explicando a sus compañeros lo que reiteraría en las deliberaciones del Consejo: que existía una efectiva desmoralización del enemigo que se percibía en la convivencia con ellos. Que por eso el Almirante Massera trataba de aprovechar la orfandad del peronismo para hacer “entrismo”, utilizando incluso dirigentes combativos y hasta ex compañeros quebrados.

Después se había quedado silencioso y pensativo. Le impresionaba la cercanía del mar que parecía lo suficientemente alto como para devorar la carretera, su increíble vecindad con el asfalto.

Al irse acercando a la Villa lo dominó una sensación de irrealidad, de inmersión en una película de acción. Esto ya le había ocurrido en otras reuniones del Consejo, que tuvieron lugar en escenarios no menos surrealistas, como aquel famoso convento... El Petiso había explicado todo lo que debían saber: la casa era un centro de recreación del Partido Comunista Italiano, que la prestaba “por solidaridad con la lucha antifascista en Argentina”. Ellos ponían también la custodia. Era, pues, un lugar seguro. A salvo de ataques de una eventual patota argentina y de problemas legales con la policía italiana.

El Petiso, que sabía cómo estaban apostados los centinelas, cambió una broma con Martinucci ante el portón de entrada, luego dirigió la vista hacia la balastrada del porche, donde don Francesco, *il capo dell aparato*, apoyaba su imponente barriga. Un nuevo vistazo a un balcón del piso superior le permitió divisar a otro de los *ragazzi* del Partido, ataviado con una pintoresca gorra. El Pelado también lo vio y se dijo: “Sólo le falta una *lupard*”.

Los recién llegados entraron en la casa. Una ola de luz y bullicio estalló al abrir la

puerta principal. Dejaron los bolsos en el hall y avanzaron hacia los saludos.

Los Consejeros que habían Llegado en días sucesivos, entretenían la espera de mil maneras. Había grupos discutiendo aguadamente en el bar, otros dormitando o leyendo en sus habitaciones; había quien minuciosamente repasaba Los informes que habría de presentar y algunos que, preocupados por el futuro, sondeaban discretamente a ciertos compañeros sobre la factibilidad de la maniobra que se iba a discutir en aquellas sesiones. Un primer elemento los diferenciaba: había cuadros del Partido que ya tenían información y hasta habían participado en tareas de reclutamiento de militantes para volver al país, y dirigentes políticos que ignoraban casi todo. Un sector confiaba ciegamente en la Conducción; otro rumiaba críticas pero creía todavía que había que dar la lucha desde adentro; un tercero, por fin, estaba integrado por escépticos que se aprestaban a producir un cisma de importancia. Eran los conspiradores dentro de la conspiración.

Además de los Consejeros, una cohorte de militantes de base no podía en ese momento darse el lujo de discutir ni pensar: eran los que estaban encargados de la organización, la seguridad y el aprovisionamiento de la reunión. A ese núcleo pertenecía el Petiso. A él y otros tres compañeros les había tocado la engorrosa responsabilidad de ir llevando a los Consejeros a la Villa, sin que el lugar de reunión fuera detectado. El objetivo se había logrado. En las citas y traslados se observaron con rigor las leyes del antiseguimiento. La reunión estaba a salvo de intrusos.

A treinta minutos de allí, otros hombres proseguían su búsqueda sin resultados.

El Pelado estuvo encerrado en las reuniones del Consejo durante cuatro días. Al terminar el encuentro, que dio por aprobado el plan de contraofensiva presentado por la Conducción, el Pelado volvió a Roma pero cambió de domicilio. Luego regresó a España.

Enero se fue infructuosamente y en los primeros días de febrero un Manuel resentido y fatigado ponía fin a la caza, tras una breve discusión telefónica con el Tigre.

El Pelado, sin saberlo, había vuelto a burlarlos. Se repetía la historia de Argentina y Paraguay.

La historia que cuenta este libro.

Primera temporada en el infierno

I Lejanías

Buenos Aires, junio de 1955

Aquel 16 de junio pudo haber sido un día de invierno como tantos, de no haber mediado algunas circunstancias especiales que lo convirtieron durante algo más de seis horas en una versión circunscripta y criolla del Apocalipsis.

El señor Dri había viajado desde Chajarí, el pueblo donde se había establecido con su familia, a la Capital, para hacer unos trámites en la Secretaría de Hacienda. Era una sombra más entre miles de argentinos anónimos que deambulaban aquel mediodía por ese cuadrilátero del poder que se llama Plaza de Mayo.

Bastante molesto por los ajeteos de Buenos Aires, deseaba regresar cuanto antes al módico pueblo entrerriano que sólo por exageración sus habitantes consideraban ciudad. No era como R., el viajante, que aprovechaba esas escapadas urbanas para irse de putas con los amigotes porteños. La pieza del hotel solía deprimirlo con sus roperos de luna gastada y las viejas maderas descascaradas que parecían resumir y concentrar la angustia de todos los pasajeros que lo habían precedido. Nunca acertaba tampoco con el lugar justo para comer; siempre naufragaba en algún bodegón del Bajo donde le echaban una mala buseca integrada con restos de otros platos. Acostumbraba poner el diario en la mesa para tapar la soledad.

Esos días el diario no le había sido muy propicio para la buena digestión. Las noticias eran inquietantes: el conflicto entre Perón y la Iglesia había llegado a un punto extremo. Cuatro días antes, durante la manifestación de Corpus Christi, se habían producido violentos enfrentamientos entre los manifestantes y la policía. Dos curas habían sido expulsados del país y el gobierno reprochaba a la oposición la quema de una bandera argentina en el Congreso.

El señor Dri vivía una contradicción, dada su doble condición de católico y peronista. Había sido de los que apoyaron sin reservas el idilio inicial entre la Iglesia y el peronismo y ahora asistía con pena y desconcierto al divorcio que cada vez se tomaba más violento.

“No —solía decirse—, la cosa no camina. El gobierno está lleno de vivos y alcahuetes que sólo buscan llenarse de oro. Como mucha otra gente, pensaba que Perón había hecho un gran primer gobierno pero la estaba pillando en el segundo. Intuía que la muerte de Evita había sido realmente uní gran pérdida, no solamente por “todo lo que

había hecho por los pobres", sino porque era una vigorosa personalidad que mantenía a raya a los oportunistas, impidiendo que el gobierno popular se empezara a pudrir como el pescado, por la cabeza. Para colmo habían concluido los grandes años de bonanza que siguieron al fin de la guerra y la Argentina tuvo que comenzar a ajustarse el cinturón y comer pan negro.

Aunque nada de esto iba pensando aquel mediodía, mientras atravesaba en diagonal la Plaza por los senderos de grava. Había cruzado desde la acera de la Catedral Tumbo a la mole de edificios que integraban el Banco Hipotecario y la Secretaría de Hacienda. Miró distraído las consabidas palomas que ilustraban todos los libros escolares y a las que se exhibía como símbolo de civismo, pese a sus inveterados hábitos defecatorios que no respetaban ni a la Pirámide de Mayo ni a los pacíficos ciudadanos que deambulaban por la Plaza, ni a la mismísima Casa Rosada, emblema y recinto del poder presidencial. Ignoraba que otra clase de pájaros iban a surcar ese mismo día de 1955 el cielo de la Capital.

Se acercó un momento a la fuente donde diez años atrás los descamisados se habían lavado las patas, provocando el escándalo de los literatos pulcros y las señoras gordas. "Tal vez no lo encuentre y tenga que volver mañana" se dijo, mientras miraba de refilón a un viejito sentado en uno de los bancos dándole de comer a una bandada de palomas.

Cruzó Hipólito Yrigoyen con el embarazo típico del pajuerano aturdido por los despiadados colectivos y los autos empeñados en meter la trompa. Atravesó luego el amplio hall de la Secretaría donde se respiraba la solemnidad oficinesca tan grata a los porteños, se metió en uno de los ascensores y, por fin, desembocó en la oficina del señor P.

Se anunció con timidez a la secretaria, una petisa pizpireta que lo miraba sobradora, y por uno de esos milagros que rara vez prodiga la burocracia, se vio de pronto cara a cara con el señor P.

Mientras se acomodaba el pantalón del traje, oyó el ruido de los aviones y prácticamente no lo registró en la conciencia. Tampoco le prestaron mayor atención los miles de ciudadanos que trajinaban por el centro de Buenos Aires.

Cuando el trepidar de los motores se hizo excesivo, innecesariamente próximo, el señor P. interrumpió la perorata acerca de las condiciones de la adjudicación del lote y dirigió su mirada al gran ventanal que tenía a espaldas de su escritorio.

—Debe ser el homenaje a San Martín —acotó distraído en tanto retomaba con severa unción a la cuestión de las cláusulas contractuales.

Estaba leyendo pausadamente el *inciso b* de la cláusula tercera cuando ocurrió la inverosímil: una gigantesca explosión conmovió hasta los cimientos el edificio. El señor Dri leyó su propio miedo en el rostro estupefacto del señor P.

No relacionó esa explosión con el ruido de los aviones ni siquiera cuando se produjo, mucho más cerca, la segunda deflagración, que destrozó los cristales del ventanal e hizo poner al señor P. en cuatro patas bajo el escritorio.

—Pero qué... —exclamó el señor Dri, sintiendo que temblaba el piso bajo sus pies—. Es una caldera —pensó en voz alta, tratando de hallar una explicación racional.

— ¡Qué caldera ni caldera! —chilló desde su escondite el señor P.— ¡Son bombas! ¡Agáchese que son bombas!

El señor Dri no sabía qué hacer. Seguía sentado en la silla sin entender para qué debía agacharse, cuando las explosiones se multiplicaron y en las breves pausas entre cada estruendo comenzó a distinguirse con nitidez el tableteo de las ametralladoras. Una bala fue a alojarse en la pared y el señor Dri comprendió que el señor P. no era tan ridículo como le pareció al comienzo.

Cuerpo a tierra sobre la polvorienta alfombra, ambos hombres aguardaban que se detuviera de una maldita vez ese diluvio de bombas y metralla que parecía eterno.

— ¡No puede ser posible, no puede ser posible...! — gritaba en la estancia contigua la secretaria, que había dejado de ser pizpireta.

Y súbitamente, a las explosiones, a los gritos, sucedió un silencio pesado. Entonces advirtieron que no sólo se había cortado la luz artificial sino que la propia calle estaba sumida en una oscuridad insensata. Gruesas columnas de humo negro se alzaban en la Plaza.

Lentamente, y como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos se fueron incorporando y finalmente se asomaron al ventanal destrozado.

Era difícil distinguir algo en medio de aquella densa humareda, rasgada a intervalos por algunas llamaradas. Apenas el perfil de alguien que corría, el escorzo de un trolley detenido. Formas vagas, imprecisas, en lo que antes había sido la realidad cotidiana de la plaza mayor al mediodía.

El silencio se interrumpía cada tanto con gritos de indignación, de dolor, de miedo, de sorpresa, de solidaridad.

— ¿Cuánta gente habrá...? —volvió a pensar en voz alta el señor Dri y no se atrevió a completar la frase.

A su lado el señor P. acababa de tomarle enérgicamente un brazo. Movido por un instinto certero, se dirigió con apremio a su visitante:

—Van a volver. Me juego la cabeza que van a volver. Vámonos de aquí inmediatamente.

El señor Dri se dejó conducir dócilmente hacia la puerta donde la secretaria llorosa miraba fijamente a su jefe como solicitándole una clave para el incomprensible descalabro.

A una indicación del señor P. que había recuperado momentáneamente su aire grave y autoritario, se encaminaron presurosamente hacia la salida. Pronto comprobaron que no funcionaban los ascensores y que algunos infelices que habían quedado encerrados gritaban desesperados para que alguien los sacase. El pánico había borrado las escalas jerárquicas y gerentes, secretarias, horteras y ordenanzas corrían sin sentido de un lado para el otro. Algunos con más iniciativa daban órdenes que nadie cumplía. Todo eran tropiezos y maldiciones en la oscuridad. De la barabúnda surgió una voz áspera, aguardentosa, que el señor Dri separó claramente del barullo general.

— ¡Hijos de puta! —gritó la voz—. ¡Lo quieren matar al General!

El señor Dri se detuvo como para preguntar algo, mientras el señor P. y la secretaria, que se habían olvidado de él, corrían escaleras abajo buscando refugio en los sótanos.

“Lo quieren matar a Perón”; se repitió mientras bajaba lentamente las escaleras como un autómata. Y esa revelación le produjo un súbito vacío en el estómago.

—Se levantó la “contra” —explicó una empleada a otra.

El señor Dri llegó a los enormes portales de la Secretaría precisamente cuando estaban por cerrarlos y sin saber por qué, salió a la calle. Alguien a sus espaldas le gritaba que permaneciese dentro del edificio. Caminó varios metros oyendo las primeras sirenas y, al llegar a otro portal, se sobresaltó al tropezar con un bulto que yacía a sus pies. Dio un brinco para atrás y lanzó un grito al descubrir el cadáver destrozado de un muchacho.

Durante un instante observó con extraña fascinación al muerto, que parecía extender la mano hacia unos papeles que se le habían caído.

El señor Dri comenzó entonces a correr sin rumbo fijo. No había hecho cien metros cuando llegó a un viejo cafetín que las mudanzas de la ciudad convirtieran en copetín al paso. En la puerta de entrada se agolpaban parroquianos y mozos comentando la *bliizkrieg* con exaltación, pero sin dar muestras de pánico. El señor Dri se sintió atraído por ese grupo parlanchín que, en medio de la tragedia, le restituía una sensación de cotidianidad y confianza en el mundo, y se acercó a ellos.

—Es la Aeronáutica —decía un parroquiano casposo que masticaba frenético la punta de su Avanti.

—Pero no, viejo, no —replicaba un hombre sumamente delgado, de expresión melancólica—. Es la Marina, ¿No ve que la Marina es contrera a muerte? Es la Marina, che, se lo digo yo. —Ese *se lo digo yo* sonó tajante, definitorio. No sólo por la autoridad con que fue proferido sino porque la atención general comenzó a fijarse en un sonido perverso que iba creciendo en intensidad: el de los aviones que regresaban.

Alguien tuvo una idea y gritó: — ¡Al subte! —Todos comenzaron a correr para salvar la distancia que los separaba de la boca del metro. El melancólico iba caminando detrás con gran dignidad, diciéndole al grupo:

—No se caguen que es peor —luego se volvió al señor Dri, que se había quedado a su lado—. En estos casos hay que quedarse piola y conservar la calma.

Se metieron por la recova del Cabildo y los atropelló un agente de policía que venía corriendo.

La humareda se había disipado bastante y entonces los vieron. La escuadrilla venía del Este, desde el río. Parapetados detrás de una de las columnas de la recova pudieron apreciar sus evoluciones. Y también la guía luminosa de sus balas trazadoras demarcando los blancos perseguidos.

Atrapados por ese espectáculo que parecía una exhibición desconectada de la muerte y el terror que había quedado en tierra, pudieron observar en el fuselaje, pintado en forma tosca, el clásico símbolo del *Cristo Vence* que había presidido la agitada conmemoración del Corpus antiperonista.

El melancólico tomó del brazo al señor Dri y decidió mentalmente que desde ese momento quedaba bajo su protección. “Qué bajo vuelan”, pensó el melancólico. El señor

Dri no pensaba. Registraba los accidentes exteriores con una pasividad de espectador cinematográfico. Sin poder sacar conclusiones y como si estos hechos no le incumbieran.

Al comenzar a bajar las escaleras del subte casi los aplasta contra la pared un grupo tumultuoso que venía llevando un herido. En el primer rellano un niño pequeño lloraba abrazado a su madre. La visión lo retrotrajo a Chajarí y el señor Dri se acordó de su familia. Lina nueva sensación de abandono y autocompasión lo acompañó unos instantes mientras descendía los peldaños y descubría aterrado que la botamanga de su pantalón estaba empapada de sangre. Instintivamente se palpó la pierna para ver si estaba herido y luego comprendió que era la sangre del cadáver con el que había tropezado.

En el acceso al gran salón donde estaban las boleterías y los molinetes de entrada, en un ángulo, había una mujer sentada sobre unos diarios con la pierna derecha desecha por la metralla. El hueso estaba expuesto y astillado y podía verse claramente entre las hilachas de carne sanguinolenta. Lo que más impresionó al señor Dri fue que la mujer, una mujer sencilla que vestía un abrigo basto de franela marrón, apenas si se quejaba, como si temiera molestar; se limitaba a mostrar con la mano lo que había quedado de su pierna. A su lado un hombre gordo y sanguíneo clamaba por un médico.

En esos primeros instantes la solidaridad no se había organizado. Sólo se veían grupos incipientes que superando el estupor y el pánico levantaban a los heridos, guiaban a los más débiles, comenzaban a impartir órdenes, practicaban curas de emergencia improvisando torniquetes con pañuelos, imponiéndose con su presencia de ánimo a los que habían sido desbordados por la histeria. A esa clase de líderes naturales pertenecía el melancólico. A él le debió el señor Dri la primera confortación, el primer gesto humano que lo regresaba, en medio de la tragedia, a la certeza de que el mundo no se había vuelto loco y criminal. Pero su consuelo y auxilio duraron poco, porque muy pronto esa disposición natural del melancólico lo llevó a organizar el socorro de aquéllos que, de manera más urgente y visible, necesitaban ayuda.

Arrojado al caos y las tinieblas, el señor Dri no estaba más desconcertado por la brutal agresión que el resto de los ciudadanos comunes. Su tragedia individual marchaba acompañada con la gran tragedia colectiva que se estaba desatando. Prácticamente encerrado en el subte, ignoró la índole de los sucesos que se fueron produciendo en la superficie; en ese reducido escenario de pocas manzanas donde la historia argentina contemporánea se había condensado en una conflagración atroz.

La Plaza de Mayo, espacio inaugural del peronismo el 17 de octubre de 1945, se había convertido ahora en el campo de Agramante donde quedaría prefigurada su

primera caída. Como en una tragedia griega cada personaje fue ocupando su lugar. Durante varias horas los respectivos comandos, leal y subversivo, estuvieron a una distancia inusualmente corta. El presidente Perón abandonó la Casa Rosada, blanco central del bombardeo, y se instaló en el Ministerio de Ejército, ubicado pocos metros hacia el sureste. Desde allí podía observarse, mirando al norte, la construcción más moderna del Ministerio de Marina, sede del alzamiento, donde el Contraalmirante Gargiulo decidía que, como corolario del primer raid aéreo, un batallón de infantería de Marina ocupase la Casa de Gobierno. Pocas cuadras mediaban entre ambos comandos. A sus espaldas el puerto, a su frente la Plaza de Mayo; en un perímetro de 40 manzanas todos los recintos del poder: la City financiera, la Confederación General del Trabajo (CGT), la Catedral, las oficinas centrales de las grandes empresas, los principales diarios, el canal estatal de televisión, los ministerios.

La Marina de Guerra se había lanzado al ataque con la promesa de que se sumarían unidades del Ejército que decidieron finalmente no salir de sus cuarteles. Disponía de armas y municiones suministradas por Gran Bretaña y Estados Unidos y, alentada por los terratenientes, la jerarquía católica (a la que curiosamente sus mandos masónicos siempre habían mirado con recelo) y los partidos políticos de la clase media, había decidido ponerse al frente de la *santa cruzada* contra la “segunda tiranía”.

Con el pretexto de un homenaje al Libertador San Martín, la aviación Naval primero y la Aeronáutica después, convirtieron una exhibición aérea en el bombardeo sorpresivo a una ciudad abierta.

La sorpresa del primer ataque demoró la respuesta. Una vez repuestos, los mandos leales comenzaron a desplegar baterías antiaéreas y cazas que partieron en persecución de los atacantes. Sin embargo los conspiradores no cesaron en su empeño y fueron renovando sus incursiones aéreas hasta bien entrada la tarde. La metralla de los aviones picó el frente de la Rosada, de la Secretaría de Hacienda, del Banco Hipotecario y, fuera del perímetro de la Plaza de Mayo, algunos otros objetivos como la Residencia Presidencial, ubicada unos kilómetros al norte en la aristocrática Avenida del Libertador.

Al comienzo la población civil sólo jugó un papel pasivo de víctima inocente. En las primeras horas de la tarde, el Secretario General de la CGT hizo un llamamiento a la movilización y un nuevo fenómeno sacudió las conciencias de los curiosos, de los abúlicos y hasta de algunos opositores: los obreros fueron abandonando las fábricas y emprendieron una marcha temeraria hacia la central de los trabajadores. Los escasos testigos no podían creer los que estaban viendo: largas hileras de toda clase de vehículos iban transportando a la misma gente que había producido el 17 de octubre. Cantaban la Marcha Peronista y alzaban contra el cielo lo poco que tenían a mano: una pistola 22, una

escopeta, un palo o simplemente el puño amenazante. Era un ejército heterogéneo, uniformado por las ropas de trabajo sobre las que se habían echado un abrigo de paño burdo o un suéter. Tenían todas las edades, todas las caras, todas las razas. El rostro curtido por el sol, la palidez de los galpones, las señas visibles de la Italia del Norte y el Sur, de Galicia, el recuerdo cobrizo de los antepasados indios, el bigote poblado de los criollos. Venían manchados de cal, de cemento, de la grasa de los talleres. Era carne lacerada por los madrugones, por la sordidez de los barrios del sur o de los vagones de segunda clase, que venía a defender su dignidad humana. Los políticos de la derecha los llamaban "cabecitas negras", "grasas". Los políticos de la Izquierda fina y tolerada los habían denominado, con mayor pretensión científica, "lumpen proletariado". Perón les decía "compañeros" y Evita "mis queridos descamisados".

"Dios es peronista", habían comentado en los días felices en que festejaban el aguinaldo, las vacaciones, los centros de salud, los hoteles de Veraneo, los aumentos, las leyes sociales, los nuevos barrios obreros. Comenzaron a sospechar de la filiación política divina cuando *Ella* se murió y vinieron años de vacas flacas, cuando el gobierno propuso otorgarle Concesiones petroleras a la *California* y reclamó austeridad y productividad a los trabajadores; cuando intuyeron que ese Frente Nacional que un día habían formado el sector industrialista del Ejército, la Iglesia, la floreciente burguesía nacional y ellos mismos, comenzaba a resquebrajarse. Eran, como siempre, los primeros en pagar los platos rotos, pero seguían lides a Perón por gratitud a ese luminoso pasado que se había extendido del 46 al 52. Mientras los burgueses nacionales comenzaban a vacilar y defecionar, mientras el Partido Peronista se convertía en un cascarón vado, mientras los grandes sindicatos se esclerosaban en las mañas burocráticas y el poder era corrompido por los arribistas y socavado por los militares, ellos permanecían fieles a su identidad. Los únicos fieles.

Los fieles se iban agrupando frente al edificio de la CGT. De allí partían grupos a la Plaza. El Ejército trataba de impedir que se movilizaran "Si hace falta ya los llamaremos", vociferaba un capitán a las columnas que se iban tomando en la calle Azopardo. Tendría seguramente en la cabera el fantasma de las milicias obreras que no sólo desvelaba a los militares antiperonistas, sino a más de un general que había recibido la "Medalla de la Lealtad" Las armas que Evita había entregado antes de morir a los dirigentes de la CGT, habían ido a parar a los arsenales de la Gendarmería.

Pese a todo, contra viento y marea muchos llegaron a la Plaza coreando: "La vida por Perón. Y la vieja consigna no sonaba retórica cuando los aviones (esta vez de la Aeronáutica) se zambullían haciendo piruetas por las calles del centro. El espectáculo que vieron las primeras avanzadas fue sobrecogedor: sangre, heridos, muertos, un trolebús totalmente perforado por las balas, cuerpos calcinados y miedo en la cara de los

soldados.

Clamaban por armas que el Ejército *leal* se resistía a entregarles. La mayoría asistía impotente a la carnicería aérea y el combate terrestre. Los menos consiguieron un máuser para disparar sin orden ni concierto, amparándose en los portales de las recovas. Los viejos ayudaban como podían. Algunos empujaban la cureña de los cañones cuesta abajo, hacia la odiosa mole blanca del Ministerio de Marina, del que partía el fogonazo intermitente de las *punto-50*. Pronto el mando naval, desmoralizado por la deserción de las unidades terrestres que estaban en la conjura y que a último momento se borraron, ordenó el repliegue.

Alguien dio un grito de júbilo y señaló en dirección al río, donde se percibía a lo lejos la armazón de las grúas y la arboladura de los barcos mercantes.

— ¡Rajan los hijos de puta!

Y esa exclamación, desdeñada por la crónica de los periódicos y los libros de historia, encendió la alegría en los improvisados combatientes.

Al comienzo con cautela y después sin precauciones, se fueron cerciorando de lo que un rato antes parecía imposible: los aguerridos infantes, los “bichos verdes”, abandonaban las posiciones que habían ocupado en la estación de servicio de Leandro Alem y huían a toda velocidad hacia el Ministerio de Marina.

Las tropas de Ejército avanzaban hacia el comando enemigo. La muchedumbre obrera desbordaba de entusiasmo. La tarde se iba haciendo más limpia y fría cuando tres aviones en derrota hicieron su última pasada y se perdieron en el horizonte, rumbo al río, al propicio aeropuerto de Carrasco, en el Uruguay.

La ciudad atónita, temerosa, comenzaba a asomarse a los portales para comentar la hecatombe. Los antiperonistas cuchicheaban frustrados y miedosos puertas adentro de las casas; los peronistas aullaban de indignación en las unidades básicas. Pronto trascendió que la Marina se había rendido y que el jefe del alzamiento había tenido la sensatez de pegarse un tiro.

Las emisoras en cadena suspendieron la música sacra y la voz grave y solemne del locutor oficial de Radio del Estado, anunció la palabra del “Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, General Juan Domingo Perón” “A la Marina la voy a correr con los bomberos”, prometió Perón en una de sus clásicas salidas campechanas, y si bien anunció severas represalias, en los hechos no aplicó la mano dura que partidarios y adversarios esperaban o temían. Los escasos fusiles que algunos trabajadores habían empuñado, volvieron a las salas de armas de los cuarteles. El edificio blanco fue ocupado por el Ejército. Las bajas navales eran escasas. Los oficiales rebeldes fueron respetados en su rango. El grueso de la multitud hizo honor a la vieja consigna “de casa al trabajo y del trabajo a casa”, con excepciones: la de aquellos que comenzaron a cooperar con las autoridades civiles en la evacuación de los heridos y la de esos grupos que quemaron la curia de la Catedral y las iglesias más cercanas. La oposición temía un San Bartolomé, el incendio del Barrio Norte donde convivían la oligarquía y la clase media acomodada. Pero el desvelo fue en vano. El único blanco fueron las iglesias.

Meses más tarde la reacción utilizó el confuso episodio de la quema como expresión de la “barbarie peronista” “Meaban en los copones”, recordaban algunos socialistas a los que en virtud de sus inclinaciones helvéticas por el orden y la limpieza los militares asignaron funciones municipales. “Se ponían las casullas de los curas y bailaban como diablos”, se escandalizaban retrospectivamente algunas señoras de papada temblorosa. “Es que esa gente no respeta nada”, afirmaba algún acaudalado estanciero de la provincia de Buenos Aires. Los diarios y las revistas fueron generosos en las imágenes del “vandalismo”

Perón atribuyó la cuestión a grupos de exaltados y formuló un llamado a la conciliación que no fue escuchado. La tribuna pública de la radio y la televisión fue utilizada por los dirigentes de los principales partidos opositores con un leitmotiv generalizado: destacar que no había ninguna posibilidad de negociación con el gobierno.

Todos se hacían guiños de complicidad: sabían que frente al régimen desmoralizado y al pueblo peronista desarmado, crecía cada vez con más lozanía una nueva y definitiva conspiración militar. La que dio por tierra con el gobierno tres meses después.

El señor Dri se demoró en volver a Entre Ríos. Es conjeturable que, anonadado por el shock, haya deambulado como un autómatas ese día y los días que siguieron, antes de su regreso a Chajarí.

Tanto tardó en aparecer que su familia llegó a darlo por muerto.

Inútiles fueron las averiguaciones. Muchas familias pasaron por el vía crucis de la demanda en hospitales, comisarías y morgues. Los trenes no corrían y las líneas telefónicas estaban interrumpidas. Alejados, incomunicados, los Dri no tuvieron siquiera el consuelo de la búsqueda. Fueron en cambio agradecidos por la fugaz sensación del milagro, cuando una buena mañana el jefe de la familia traspuso el umbral de la casa.

La impresión fue tal que el señor Dri no sobrevivió mucho tiempo a la aventura. Aparentemente había resaltado ileso en el bombardeo, pero estaba herido de muerte como el gobierno peronista.

Al abrazar a su padre, Jaime, un muchacho de trece años, estaba lejos de imaginar que veintidós años después sus hijos también lo darían a él por muerto.

II La caída

Montevideo, diciembre de 1977

— ¿Estás mareado?

—No. ¿Falta mucho?

—Todavía falta un cacho medio largón —dijo el Sopa. Alzo la vista hacia el espejo retrovisor y no vio nada raro.

Al breve diálogo siguió un largo silencio. Un silencio de plomo, de verano húmedo a las dos de la tarde.

La *Mehari* se alejaba rápidamente de Montevideo hacia las afueras. A ratos la lona que la cubría parecía ceñirse pesadamente sobre los dos hombres, como un toldo apropiado para sus inquietantes pensamientos.

Sólo el que conducía sabía y podía saber adónde se dirigían. El otro parecía dormir con la cabeza baja. En realidad iba cerrado, porque la casa del Sopita, Alejandro Barry, estaba compartimentada.

Barry era el secretario político del Partido y conducía su secretaría desde la periferia. Desde ese Uruguay demasiado próximo en todos los aspectos a la Argentina. La base Montevideo estaba en emergencia. La única casa todavía segura era la suya y hacia allí se dirigían para analizar todas las contingencias.

El Pelado se sentía menos seguro en Uruguay que en el propio país, desde donde había llegado poco días atrás como parte de un largo periplo por el mundo. Y no porque las cosas en el territorio marcharan sobre ruedas, precisamente. El Sopita insistía en pensar que parte de la columna Rosario seguía en pie. No era lo que él había visto en su corto viaje.

La ancha frente del Pelado estaba perlada de sudor. El ronroneo del motor lo iba adormeciendo. En pocos días más debía ir a Panamá para encontrarse con la Negra y los chicos. Habían estado poco con ellos. Demasiado poco para lo vivido por Vanesa y Fernando entre enero y marzo. Ahora pasarían las fiestas juntos. Un breve interregno y después... otra vez a la Argentina.

Barry hacia cálculos mentales sobre la forma vertiginosa en que se iba pudriendo la situación en Uruguay y esbozaba las órdenes futuras.

— ¡Guarda! — atinó a gritar.

El Pelado levantó instintivamente la cabeza y vio cómo el primer auto los cerraba violentamente. Al segundo coche, que venía detrás de la Mehari, no alcanzó a verlo. Pero sintió el topetazo fenomenal y durante larguísimos segundos el mundo se empeñó en convertirse en la rueda loca de un parque de atracciones. Todo se fue sucediendo a ritmo vertiginoso. El auto volcó en la cañeta. El se quedó aprisionado sin poder salir. El Sopita consiguió pasar por encima de su cuerpo y escurrirse hacia afuera por la ventanilla. Con un violento esfuerzo logró seguirlo por el mismo agujero. Entonces le cayó encima un vendaval de puñetazos y patadas. Reaccionaba por puro instinto, lanzando él también puños y piernas a izquierda y derecha. Su cerebro estaba en cero absoluto. Únicamente bajaba por sus nervios la orden de salir, salir como fuera posible de esa marca de hombres sin rostro que lo envolvía. Sus oídos percibieron un ruido siniestro, peor que el de los disparos que ya habían comenzado con el Sopita como blanco; era el tintineo de unas cadenas. Las cadenas de las esposas que le pondrían en las manos. Contra toda lógica pudo zafar. Sintió cómo sus piernas lo llevaban locamente hacia esa casa blanca de la esquina, mientras los otros gritaban:

— ¡Tiren!

Y los tiros se oían como se oyen en la realidad y no en las películas. Tiraban a dar. Pero era mejor que la encerrona. Había aire entre él y aquellos hombres. Un horizonte limitado, pero un horizonte al fin para intentar la fuga. Corrió entonces hacia esa simple casa blanca, el único parapeto a la vista para un hombre desarmado. Se le interpuso un alto tejido de alambre y lo saltó con facilidad, con esa increíble facilidad con que se puede saltar en los sueños. Las piernas seguían pensando por él. El triunfo fue efímero: la casa estaba cerrada, no ofrecía el menor refugio. Dirigió la vista a la izquierda y vio que se extendía un amplio terreno baldío, un mar de yuyos y pastizales en el medio de los cuales emergía otra casa, más modesta todavía. Corrió frenéticamente entre los pastos y de pronto se cayó. “Me caí mal” dijo mucho después. “Me caí como desmayado”. En ese momento no entendió que había sido el roce de una bala de 45 el que lo había derrumbado. Se repuso casi instantáneamente. Se levantó y echó a correr hacia la nueva casa, mientras ellos avanzaban tirando. Entró como una exhalación en la pequeña prefabricada que sólo tenía una habitación y un baño. En el espacio que hacía las veces de comedor, dormitorio y cocina, una vieja sentada en un banquito comenzó a chillar.

— ¿Qué es esto? ¡Váyase! ¡Váyase!

La había visto con el rabillo del ojo y escuchado con el rabillo del inconsciente. No hacía caso de los gritos; luchaba desesperadamente con la reja de la ventana del baño, la única abertura por la que se podía salir de esa trampa que había parecido la salvación. La reja no cedió y debió volver sobre sus pasos hacia la única puerta de acceso. Allí lo esperaba un hombre alto y corpulento que empuñaba una pistola.

— ¡Quieto o te mato! —gritó el grandote.

El Pelado se abalanzó sobre él y sonó un disparo. Cayó al suelo, ahora sí con la certeza de estar herido. La primera y más nítida sensación fue la del calor de la sangre derramándose sobre la pierna. Sintió cómo la tela empapada del pantalón se le pegaba a la piel, pero no le dieron mucho tiempo para lamentarse por la herida. Una violenta patada le volteó el rostro y cuatro hombres (¿y una mujer?) se arrojaron sobre él para pegarle y esposarlo. Las temidas esposas se cerraron sobre sus manos y le pusieron una capucha en la cabeza.

— Todo salió al pelo —dijo uno.

— ¿El otro se rajó? —preguntó un segundo.

— Ya lo agarran. No tiene dónde ir —respondió el primero.

Fueron las únicas palabras que escuchó mientras lo cargaban como un fardo y lo arrojaban dentro de un auto.

El trayecto no pasó de veinte minutos. Pero era la primera pausa para pensar. El horror parecía condensado en ese olor a caucho y polvo del piso del auto, en la presión de esos pies sobre la nuca, la espalda y la pierna herida. Había escuchado relatos de los compañeros, había leído testimonios. Ahora era él mismo. El instante inconcebible se había producido: estaba en manos del enemigo. ¿Uruguayos? ¿Argentinos? El enigma tenía una respuesta invariable: la tortura y la muerte. Sin embargo, mientras una parte de él comenzaba a resignarse a la muerte, otra buscaba una forma incipiente de plan, un proyecto de defensa. ¿El Sopa habría logrado escapar? Había visto su figura escueta corriendo por la calle de tierra que desembocaba en el pavimento. “Ya lo agarran. No tiene dónde ir”. Se preguntó quiénes habrían caído en las últimas horas. Mientras tanto había perdido todo derecho y toda esperanza. No iba sentado como un detenido. Iba tirado en el piso como un bulto. Con la capucha de los secuestrados, para los que no hay abogados ni prensa. Recordó a Miguel Ángel Estrella. Pensó que había sido un error acercarse a su casa. Debía estar vigilada. La emergencia seguramente partía de ahí y los había alcanzado uno por uno a todos. ¿A todos?

El auto se detuvo. Las puertas se abrieron. Los hombres invisibles bajaron y lo llevaron en vilo hasta lo que intuyó que era la galería de una casa. Lo arrojaron violentamente al suelo y alguien le pisó la cabeza. Sintió que lo amarraban con ásperas cuerdas por muñecas y tobillos y tiraban brutalmente de sus extremidades, para sujetarlo mientras lo desnudaban.

Después volvieron a buscarlo. Los pies habían quedado atados con sogas, las manos esposadas atrás, sobre su espalda. Las vendas en los ojos y la capucha impedían ver nada. Lo alzaron nuevamente y esta vez tuvo la sensación de que lo entraban en la casa. Durante un tiempo incalculable lo dejaron tirado en un piso de cemento, contra una pared. Escuchó conversaciones y cuchicheos. Insólitamente alguien hablaba en inglés. No entendía nada.

La capucha y las vendas constituyen una precaución de los torturadores: los protegen de la mirada de la víctima. Pero cumplen otra función: encierran a la víctima en sí misma. El mundo entero ha quedado en tinieblas. Más allá de la tela basta y grasienta que cubre el rostro, hay un universo de amenazas. No están allí los compañeros, la familia, los amigos. La capucha ha suprimido toda historia y todo porvenir. Es un negro presente de soledad y desamparo. Y se cierra sobre el individuo como tina incógnita. No sólo impide mirar afuera, obliga a mirar hacia adentro. A preguntarse si uno va a resistir. Si va a salir de la prueba siendo el mismo de antes o va a convertirse en un traidor. La capucha reduce el mundo a una sola decisión, a un único temor. Es sabia. Más sabia y menos benevolente que la muerte.

Al rato, imposible decir cuánto tiempo, la oscuridad volvió a plagarse de golpes. Lo levantaron y supo que lo llevaban a la verdadera tortura, que todo lo que había padecido hasta entonces era únicamente el prólogo. Lo empujaron hacia abajo por una escalera y notó que el suelo había cambiado, que era de madera. También creyó percibir que había más gente tirada en el piso. Súbitamente le dieron un manotazo en la nuca y su cabeza se sumergió en una tina de agua pestilente. La mano que le sujetaba el cuello como una tenaza lo hundía durante varios segundos hasta el borde de la asfixia y lo levantaba para darle la chance de un breve resuello, para volver a sumergirlo otra vez. Cuando pensó que se moría lo voltearon de un empujón y comenzó una nueva paliza, esta vez con garrotes. Hubo otra breve pausa y precisamente cuando se preguntaba cómo no habían utilizado todavía la célebre picana, lo tendieron sobre una mesa y comenzaron los shocks eléctricos. La máquina que parecía desgarrar la carne recorría sin pausa toda su piel. Las encías, las tetillas, los testículos y también la doble herida de bala que le había atravesado la pierna. Allí, en el pequeño agujero de entrada o en la flor de la salida, la electricidad parecía alcanzar la mayor intensidad y era imposible no gritar. Una voz repetía tercamente una necesidad:

— Así que sos tan macho que le pegás a las mujeres.

No entendía. Esperaba cosas más específicas y no esa imbecilidad. Pronto vinieron. Otra voz menos bestial que la primera, una voz de mayor graduación, lo interrogaba ahora:

— ¿Así que sos monto? ¿Qué hacías en Rosario? ¿Eras secretario político?

La palabra Rosario lo alarmó. ¿Habría argentinos entre los torturadores? La voz necia que insistía con lo de la mujer tenía un nuevo ritornello:

— ¿Vas a hablar o no vas a hablar?

Luego apareció una tercera voz, sibilina, que simulaba una obscena complicidad:

— Mirá, no les hagás caso a estos hijos de puta, a estos nazis, fachinas. Vos tenés que ser fiel al marxismo leninismo —y luego muy bajo, al oído—: Los revolucionarios no cantan. No les hagás caso a estos hijos de puta.

Lo incorporaron y lo llevaron a la rastra. Creyó que tendría una pausa. Atrás, sobre la cadena de las esposas, le anudaron una soga que pasaba por una roldana del techo. Tiraron de la cuerda y quedó izado, con las puntas de los pies rozando el suelo. Pensó que se le iban a dislocar los hombros por la tensión y que la columna vertebral se le iba a partir como una vara poco flexible. Entonces volvieron a picanearlo parado. La voz necia quería saber acerca de sus contactos con los Tupamaros y otras organizaciones clandestinas del Uruguay. Era doblemente estúpido, porque realmente no tenía ningún contacto y sobre todo porque el MLN Tupamaros había sido totalmente desmantelado por aquellas fechas. Cesó la picana y los torturadores parecieron dispuestos a darle una tregua.

— Bueno —dijo la voz más inquietante—, no hay problemas. ¿No vas a hablar? Te dejamos ahí colgado.

Lo dejaron. Entonces le pareció nada la picana y la tina de agua. El dolor era insoportable. Durante un siglo nadie vino a descolgarlo. Por fin llegaron y con la consabida andanada de golpes e insultos lo llevaron a un recinto donde volvió a advertir la presencia de otros secuestrados. Sintió su cuerpo como una masa tumefacta. Como una llaga ardiente. No podía calcular cuánto había durado esa sesión. ¿Tres, cuatro horas? Quería evadirse de esa carne lacerada. La muerte aparecía tentadora, como un descanso. Intentó dormir pero el dolor se lo impedía.

Había unos pies junto a sus costillas. Alguien volvía a interrogarlo.

—Usted está en poder de las Fuerzas Conjuntas —comenzó la nueva voz. Ese tratamiento de *usted*, en vez de aliviarlo, lo inquietó más. La voz era fría, impersonal. Parecía surgir de un mecanismo inexorable más que de un hombre—. Y nosotros no matamos a nadie... —prosiguió. Parecía una referencia elíptica a los militares argentinos. “Ellos sí matan” completó él para sus adentros—. No matamos a nadie, pero todos hablan. Nosotros tenemos todo el tiempo del mundo. Las estadísticas indican que todos terminan por hablar y usted no va a ser la excepción de la regla. Así que hable. ¿Quién era su acompañante? El hombre que manejaba, quiero decir...

Durante el trayecto el Pelado había logrado articular un verso. Su defensa sería política. Debía presentarse como un político y no como un guerrillero. Le había inventado otro nombre y otra personalidad al Sopa. Repasó esa historia mientras el otro insistía secamente:

— ¿Quién era?

—Juan Ulrich.

— ¿De dónde lo conoce?

—Lo conocí cuando empelamos a militaren la Juventud Peronista.

— ¿Ah?... sí?

—Sí.

— ¿Y qué hacen en Uruguay*?

—Escapamos de la dic... del gobierno militar argentino. Yo soy, yo era diputado peronista. Tengo una actuación pública... Yo... —y evocó entrevistas con Bailón, sesiones parlamentarias, todos aquellos detalles que le parecieron más convincentes. El otro escuchaba en silencio.

La voz fría se transformó súbitamente en vozarrón cuartelero.

— ¡Pero decime, hijo de una yegua reventada! ¿vos creés que nosotros somos pelotudos? ¿Me vas a decir que no sabías que ese otro hijo de puta era secretario político de los Montoneros?

—No señor —se apresuró a decir—. Yo no sabía eso... No lo conocía como eso.

—Muy bien —la voz había recuperado la frialdad burocrática—. ¿Quién es usted? Porque estoy seguro que lo único verdadero en sus documentos es la foto.

El había previsto esa circunstancia. Sabía que existía sólo una remotísima posibilidad de salvarse y consistía en revelar su identidad, insistiendo a la par en los aspectos exclusivamente públicos y políticos de su militancia. El era eso: un diputado peronista del Chaco que había militado en la Juventud Peronista, eso sí, pero nunca en los Montoneros. Un nacionalista. Un católico. Un hombre que no tenía nada que ver con la revolución.

—Soy Jaime Dri —respondió. Y volvió a insistir con la actividad legislativa.

El torturador lanzó una inesperada risita.

—Está bien Dri. Tenemos tiempo.

Se fue. Al quedarse solo escuchó los alaridos de otro hombre que torturaban cerca. "¿Será el Sopa?" pensó y lo invadió una nueva angustia.

En la tiniebla sin tiempo, las sesiones y las pausas se sucedían. Pronto descubrió matices. Momentos de mayor riesgo. Circunstancias en que empuñaban la verdad pura y llana para quebrarlo y que les completara el casillero con los datos faltantes. Por eso se alegró cuando le preguntaron por la casa del Sopa. Bendijo el hecho de no conocer la dirección. Podían matarlo pero no les diría nada porque no la sabía. Pensó en la Pelada, la compañera de Sopa, y en los chicos. ¿Ya se habría levantado? ¿Adonde habría ido? ¿Adonde llevaría Los dólares y los papeles jodidos que debía tener en el embute?

Otras veces, en cambio, imperaba el absurdo. Estaba colgado de la roldana y la soga se rompió. Cayó al suelo y esto provocó la ira de uno de los carceleros.

— ¡Putá! —dijo—. Encima no te querés quedar colgado. ¡Cortás la soga!

Se rió.

— ¡Hijo de puta! ¿Encima te reís?

Y la risa le costó una paliza feroz.

La rutina seguía invariable en esa noche eterna. En los escasos momentos de

reposo se añadía el suplicio de la radio puesta a todo volumen. Sólo enmudecía cuando venía la hora o los noticiarios. Era evidente que no querían que los presos tuvieran noción del tiempo, ni otra clase de referencias sobre el mundo exterior. A veces, en esa semivigilia hostigada por una sed desesperante, escuchaba aviones y el paso de vehículos por una ruta de mucho tránsito. “Debemos estar cerca de Carrasco” anotaba mentalmente. Trataba de retener todos los detalles para una inverosímil, imposible denuncia. Pensó que nada peor podía ocurrirle ya. No era así. Una de las últimas sesiones comenzó con renovada saña. Habían despanzurrado el portafolios con el que aderezaba su cobertura de ejecutivo y habían encontrado tres citas escritas en un papel. El papel estaba disimulado en un escondite, pero no hay escondite que resista a un descuartizamiento. Las citas eran con Tucho y la Negra Olimpia, en Buenos Aires, Rosario y Río de Janeiro. No estaban en clave, aunque debían ser activadas por una llamada telefónica a Panamá, donde estaba la Negra. El se había olvidado de ese detalle y le aterró que se lo recordaran. Comenzaba la prueba suprema.

—No son mías. Le juro que no sé quién me puso ese papel. —La excusa era estúpida y enardeció a los torturadores. Retomó la voz meliflua en el oído:

—Esta vez sí que estás sonado. Estos animales no van a parar hasta que le digas todo. Haceme caso, gurí, te van a reventar los huevos. —Y parecían dispuestos a cumplir esa promesa. Pensaba que la picana, de tanto tironear sus genitales, llegaría a desgarrarlos. Fue la sesión más larga.

— ¿Vas a hablar o no vas a hablar? —repitió mil veces la voz necia. El no se movió de su respuesta inicial. Se aferró a ella como la única salvación posible. “Yo soy un imbécil” se decía, “un imbécil que no sabe nada” Volvieron a colgarlo. Era insoportable sentir que el peso del cuerpo se recargaba sobre la punta de los pies.

— Ahí te vas a pudrir hasta que hables.

Cuando lo tiraron en el piso no hubo un instante de sosiego. A cada rato venía uno distinto con la eterna cantilena: — ¿Vas a hablar o no vas a hablar? —Uno de los que se le acercaron comentó con otro:

—Este tipo tiene siete vidas. El flaco le descargó un cargador entero y no lo pudo reventar.

—Por más vida que tenga, acá se va a venir educado. Otros más duros que él se vinieron educados.

En uno de esos fugaces momentos en que lo dejaban en paz escuchó la voz de un

niño a su madre. Pensó que era la Chiqui y su hijo. Tuvo que reprimir el intenso deseo de hablarle. En otros instantes de pausa oía cómo seguían torturando a ese que podía ser el Sopa. Se dio cuenta de que había mucha gente. El aire estaba espeso. El olor y los quejidos invadían las sombras. Estaban juntos pero separados por las capuchas, por la imposibilidad de comunicarse que equivaldría a una confesión. Cada uno con su capucha. Metido en su carne y en su pasado. Cada uno temblando ante la expectativa del minuto siguiente.

Pasaron muchas horas. Unas manos en silencio le soltaron la cuerda que unía las esposas con la ligadura de las piernas, lo incorporaron y le pusieron las manos hacia adelante. El dolor de las colgaduras casi lo hizo desmayarse. No podía sostenerse y tuvieron que trasladarlo hacia el lugar de la tortura. Esta vez no se cumplió el ritual: no hubo tina, ni picana, ni colgadura. Simplemente lo sentaron en una silla y el interrogatorio que se había realizado a saltos, con idas y vueltas de una pregunta a otra, se integró en un orden lógico. Solamente faltaba un dato en ese orden: dejaron de interrogarlo acerca de Alejandro Barry. Pese a las vendas y la capucha tuvo la clara sensación de que en la pieza donde estaba se había encendido una luz muy potente. Luego escuchó el ruido característico de una cámara filmando. No hubo golpes ni palos y cuando lo devolvieron al punto de partida le aguardaba otra sorpresa. Le habían puesto un colchón. Durante horas durmió sobre ese colchón un sueño sobresaltado, enfermizo. A ratos lo despertaba la sed. Sentía la boca reseca, ardiente. Pidió agua pero no le dieron. Nadie le explicó por qué se la negaban. Creyó recordar que tomar agua después de sesiones de picana eléctrica puede ser mortal. No le importaba, de haber tenido agua a su alcance la hubiera bebido hasta saciarse, hasta explotar. Le habían soltado las ataduras de los tobillos y podía mover las piernas sobre la colchoneta roñosa, pero cada movimiento era un suplicio. Al tratar de estirar los miembros él mismo se torturaba. Estuvo en ese sopor maligno largo tiempo, acechando los ruidos, esperando el momento en que lo llevaran para una nueva ronda. Finalmente aparecieron y lo volvieron a arrastrar. Lo sentaron en la misma silla donde sospechaba que antes lo habían filmado. Una mano le arrebató la capucha. Luego le sacó las vendas de los ojos.

Parpadeó frente a una luz que le pareció cegadora y era de una simple bombita de 75 vatios. Cuando se pudo acostumbrar a esa impresión dolorosa y recuperó plenamente la visión, advirtió que cuatro hombres parados frente a él lo observaban. “Me van a matar” se dijo. “Por eso me sacaron las vendas” Los hombres permanecieron en silencio durante varios segundos que le parecieron interminables.

Su mirada los fue recorriendo lentamente, como en un *travelling* cinematográfico: el primero que vio era alto, gordo, con esa gordura fuerte de los levantadores de pesas. La cara enorme y colorada anticipaba reacciones violentas. Los labios denunciaban

sensualidad y grosería. Tenía el cabello abundante y entrecano. Parecía el mayor de los cuatro. A su lado había un hombre de unos treinta años. Era de estatura mediana y moreno. Curiosamente también tenía canas en el pelo, que contrastaban con sus facciones juveniles; lo llevaba lacio y engominado, peinado hacia atrás como los niños bien o los cantores de tangos. Su apariencia se diferenciaba netamente de la del gordo. Se adivinaba un individuo de maneras suaves y delicadas. Jaime intuyó que era el más terrible de los cuatro. El tercero era un tipo maduro, muy moreno, que fumaba en silencio. El cuarto por fin era joven, delgado, y por alguna razón desconocida se distinguía del resto. Lo vivió de entrada como un parche en el grupo, como un abominable agregado. “Parece —comenzó a pensar— un compañero.”

El de maneras suaves y delicadas se adelantó para decirle:

—Mañana lo vamos a llevar a la Argentina.

III El traslado

El rostro del Pelado debió traducir el sobresalto que le habían causado esas palabras, porque el Gordo se apresuró a agregar, untuoso:

—Esto se acabó. Sabemos que aquí te trataron mal. Pero nosotros no somos así...

El Pelado desconfió más. El de la peinada gardeliana habló por segunda vez:

—Dri, aquí con nosotros hay alguien que puede decirle algunas cosas...

El Pelado miró a los que permanecían en silencio. El morocho de más edad, de indudable aire castrense, seguía fumando. El otro, el que parecía un compañero, se adelantó hacia él en forma torpe y apresurada, como cumpliendo un ritual.

—Yo era montonero —comenzó a decir con voz inexpresiva—. Me conocían como Gabriel... este... era oficial primero.

El Pelado se abroqueló ante la evidencia de un nuevo peligro. Sus antiguos reflejos le sirvieron de mucho en la ocasión. Había logrado controlar hasta el último músculo de la cara.

Los otros tres observaban el extraño encuentro de reojo, sin intervenir y tratado de hacer notoria esa aparente neutralidad. Pero no perdían palabra.

Gabriel se le acercó más. Echó una rápida mirada al grupo que había quedado a sus espaldas y continuó su insólito discurso en voz mucho más baja:

—Mira: hay posibilidades de que no te maten. Vos tenés que decidir lo que vas a hacer. Nadie puede decidir por vos.

No le contestó.

Lo odió con más furia que a los verdugos. El otro olfateó la reacción y se calló la boca.

El silencio entre los ex compañeros era demasiado espeso como para que alguien no intentara cortarlo. El Gordo tuvo la iniciativa.

— ¿Y qué es de la vida de Obregón Cano? —preguntó con la misma amabilidad que hubiera empleado en una reunión social. El tono mundano sonó en ese escenario como una granada en una iglesia. El Pelado no contestó. El Gordo continuó afablemente, como si le hubieran respondido.

—Yo lo traté una vez en Concordia, cuando él era gobernador. Hubo un almuerzo, no me acuerdo por qué motivo, y vinieron algunos funcionarios. Charlamos largo esa vez.

Siguió un rato con el sorprendente monólogo hasta que el discurso desmayó.

—Obregón Cano... —dijo por último, como recapitulando en voz alta. Y una extraña sonrisa tajeó su enorme cara colorada.

Poco después la inquietante entrevista terminaba. Los de las Fuerzas Conjuntas volvieron a vendarlo y encapucharlo y se lo llevaron.

Retomó al jergón y a las tinieblas. “Mañana”, pensó sin esperanzas. Había generado anticuerpos contra las patadas, los insultos y los shocks eléctricos, pero esta visita funambulesca lo había perturbado. Cuando el dolor de su cuerpo le permitía hilvanar los pensamientos, recordaba los ojos turbios de Gabriel, la opaca presencia del morocho y sobre todo la suavidad del engominado, que se insinuaba como una nueva amenaza. Una y mil veces se preguntó a cuál arma pertenecerían. “Serán de la cana”, se dijo. Entendió pronto que esa era una pregunta sin sentido. Desde que lo agarraron todo era previsible. Los argentinos andaban detrás de esto. Sabían quién era, sabían lo de Rosario. A qué asombrarse del traslado. El traslado era lógico. “Mirá si van a respetar la cuestión de las fronteras. No, esta gente está unida por la misma guerra. Y si hubiera caído en Brasil o en Paraguay hubiera sido lo mismo”

Recordó entonces la palabra: desaparecido. Alguien que flota entre la vida y la muerte. La muerte. La muerte que se le había presentado de tan distintas maneras durante la vida. La muerte de su padre. Las primeras muertes de la gente que uno había pensado que no se iba a morir nunca. La muerte de uno mismo. El catolicismo tapó muchas veces la cuestión con la idea de “la otra vida”. Pero a veces el pensamiento y el instinto coincidían en un vértice de espanto: la nada. Una eternidad de no ser alumbrada por un diminuto y fugitivo instante de conciencia desesperada. Después la militancia sepultó ese sentimiento. Pudo asumir su propia muerte como algo independiente de sí mismo. Superior a la pequeña y miserable angustia individual. Retomaba la trascendencia. Y también la idea del Cielo y el Infierno. Sin los toscos decorados de los ejercicios espirituales, es cierto, pero con toda la fuerza primitiva que había incendiado

su espíritu. Sólo que Cielo e Infierno significaban ahora otras cosas. El cielo de la victoria y la vida en los otros y el infierno de la traición. Esa fue una decisión, un acto de la voluntad y la imaginación, más que una experiencia directa. Luego la muerte fue una experiencia directa, cuando comenzaron a caer compañeros. Al principio esporádicamente, en los años de la anterior dictadura. Después en racimos cada vez más grandes que hacían pensar en un nuevo nivel del sentimiento de la muerte: el temor al exterminio. Cuántas veces había oído esa frase, dicha por compañeros escépticos o poco aferrados al optimismo de los documentos del Partido: “si esto sigue así nos van a matar a todos”. Mis tarde la ferocidad de la lucha volvería a modificar la conciencia de la muerte. Antes de ella aguardaban las formas más terribles del tormento. Como decía Walsh, retomaban el potro del inquisidor y el despellejamiento con el auxilio de la ciencia moderna. El ya había tenido una buena muestra. Pero todo lo padecido seguiría su curso, ganando en intensidad hasta el fin. Por eso decidieron el uso de la pastilla. La muerte, entonces, pasó a ser una decisión individual para no caer vivo. Si hubiera tenido una pastilla... o mejor, si hubiera tenido un arma, hubiera podido morir de manera vital, creadora. Combatiendo basta terminar. Algunos compañeros tuvieron esa chance. Lino se fajó por horas con los que rodeaban su casa, con los helicópteros, y al final se reventó de un bombazo para que no lo identificaran como miembro de la Conducción Nacional. La Arrostito cayó peleando en un suburbio de Buenos Aires. ¿Había muerto? En Brasil no recordaba quién le había dicho que la tenían viva en la Escuela de Mecánica. Sería... Bueno, de todos modos, cientos pudieron morir peleando. El no. No había tenido esa suerte. Le tocaba ese final lleno de asechanzas. Ser machacado hasta dejar de ser. “Tengo que morir”, pensó. “Tengo que morir siendo yo. Estos hijos de puta van a tratar de que reniegue. Van a tratar de que deje de ser yo y me convierta en un traidor. Para después matarme de todas formas. Para que esté doblemente muerto”. Se dio cuenta de que la esperanza de la vida era una trampa. La peor de todas. Podía llegar a sobrevivir unos días o unos meses como una sombra. Eso le iba a ocurrir si hablaba. Si entregaba a Tucho, a la Negra. A esos compañeros que en Rosario le habían brindado toda su solidaridad jugándose no sólo la propia vida, sino la de sus familias. Pensó en los que él había convencido y habían muerto. En los que había convencido y aún resistían el terror dentro de la Argentina. Después recordaría: “yo creía antes de caer que lo que te sostiene e impide que seas un traidor son tus puntales ideológicos y políticos. Son importantes. Pero mucho más importante fue el temor a dejar de ser yo mismo. El temor ante lo que podrían pensar de mí los compañeros que yo metí en esto”. Descubrió así, de manera sencilla, tan sencilla como cualquier acto de vida, que necesitaba la muerte. Que en ese horizonte de tinieblas era la salida. El fin del acoso. Se sorprendió rogándole a Dios que llegara pronto.

— ¡Levántese! —el grito cuartelero lo sacó de sus reflexiones. No podía calcular el tiempo, pero se daba perfecta cuenta de que sólo habían pasado unas horas desde que le

anunciaran: “mañana lo vamos a llevar a la Argentina”. Intuyó que ese *mañana* podía indicar que la inquietante entrevista se había producido en una de esas horas fronterizas del amanecer en las que el desvelado sigue pensando que la jomada no ha transcurrido, simplemente porque no atravesó por el límite del sueño.

— ¡Levántese, carajo! — insistió la voz.

Intentó hacerlo pero se derrumbó penosamente. Entonces ellos, porque había más de uno, lo incorporaron y comenzaron a vestirlo. Cada prenda era un dolor insoportable. Cuando le pusieron la camisa sintió los hombros dislocados. Cuando le consiguieron calzar el pantalón, sus piernas parecían una sola llaga. No podía ni soportar el peso del saco.

Le sacaron las esposas y le ataron las manos con sogas. Le dejaron las vendas en los ojos y se las afirmaron con cinta adhesiva para que no existiera ninguna posibilidad de que pudiera espiar su traslado.

Lo llevaron en las sombras. Un viento crudo le azotó súbitamente el rostro y supo que eran las primeras horas del día. Olió el aire de la mañana contagiado por la gasolina quemada de un caño de escape. Lo metieron dentro de un auto y partieron. Sintió que había más vehículos arrancando y se sorprendió: “Cuánto despliegue por un solo tipo”, pensó con ironía.

El recorrido fue breve. El auto se detuvo y oyó conversaciones en voz baja con gente que estaba afuera. Una voz junto al chofer ordenó:

— Acercálo más. Que no se vea, ¿entendés?

El auto reanudó la marcha, esta vez unos pocos metros. Lo bajaron y volvió a recibir el aire de la mañana que le limpiaba los hedores del encierro. Lo aspiró con intensidad, hasta que le dolieron los pulmones. Lo hicieron caminar unos pasos y luego ascender por una escalerilla. Oyó el motor del avión en marcha y se dio cuenta que era pequeño porque lo obligaron a agacharse para entrar. Comentaron que todos no cabían. Alguno dijo:

— Está bien, yo me quedo. Voy después.

Lo pusieron del lado de la ventanilla y un desconocido se sentó a su lado. Podía sentir su respiración, sus carraspeos y la forma un tanto brusca con que le ceñía el cinturón de seguridad y luego se poma el suyo. Los comentarios eran deliberadamente intrascendentes. Para no dejar escapar palabras de más.

El avión comenzó a carretear. Era el domingo 18 de diciembre. El Pelado no lo sabía. Había estado cuatro días en poder de las Fuerzas Conjuntas y volvía a la Argentina. De la que había partido clandestino, pero libre, diez días antes.

Volaban sin contratiempos sobre el río.

El Pelado se machacaba los sesos, tratando de encontrar una clave para la catástrofe. No lograba entender lo de Montevideo.

El había llegado el 8 para su reunión con el Secretario Político. Como siempre había sentido un cierto escozor al pasar por lo que un compañero llamaba “los dientes del tigre”, ese instante de tensión que es la frontera. Había cruzado sin problemas. Ni su cara ni sus documentos habían llamado la atención de las autoridades argentinas o de las uruguayas.

El mismo día que llegó habló por teléfono con la Negra. Con Graciela, se dijo, aplicándole el nombre de guerra (a veces se olvidaba de llamarla Olimpia). Ella le hacía de pie telefónico en Panamá, de contacto con Tucho y otros compañeros de la Organización. Luego se metió en un hotel y esperó las 48 horas que lo separaban de su cita con el Sopa.

El 16 llegó puntual mente, El Sopa no fue; envió a Tico, su ayudante. Tito le informó que tendría que cubrir las citas con un compañero que venía del Nordeste. No sabía quién era, aunque sospechaba que podría ser el Negrito Amarilla o el Pata Pared. Le gustó la idea de encontrar a cualquiera de ellos. Los conocía desde mucho tiempo atrás. Por suerte ninguno acudió. Alguna providencial dificultad o una de las habituales contraórdenes, los había salvado de la futura caída. En el ínterin se vio con el Sopa en un encuentro informal.

—A mí me parece que cayó todo —le dijo refiriéndose a lo que acababa de ver en Rosario. El Sopa se preocupó mucho, pero siguió aferrándose a la posibilidad de que algo siguiera en pie. Rosario había sido una *Columna* poderosa, con fuerte trabajo gremial, y su reconstrucción iba a ser muy dificultosa. Lo malo era que las caídas de los cuadros arrastraban las de viejos militantes locales que colaboraban con la Organización, y desalentaban el trabajo político. Era difícil reconstruir Rosario con la simple reinsertión de nuevos cuadros, desgajados de la problemática de la zona.

El Sopa le habló de Miguel Ángel Estrella.

—No es nuestro pero es un buen tipo. Lo quería mucho al Oveja porque los dos son de Tucumán.

Allí, en Tucumán, precisamente, Estrella había alcanzado una fama que a gusto de los militares no encajaba en el currículum de un concertista internacional: había tocado para los negros de los ingenios. Era evidente que el discípulo de Nadia Boulanger quería hacer proselitismo subversivo con Bach y Beethoven. Los subversivos no respetaban nada y ahora hasta se valían de la *Apassionata* o del *Clave bien temperado*, para soliviantar los ánimos de la gente.

—Por qué no se deja de joder y se limita al Colón—había dicho un coronel de inteligencia.

El Sopa quería que el Pelado conociera a Estrella y ayudara a ganarlo para la política de la Orga.

—Tendría que estar en el Consejo Superior —comentó.

No parecía imposible en ese momento. El Consejo había logrado seducir a un famoso actor y podía seguir acumulando representación superestructural con celebridades como Estrella. Jaime estuvo de acuerdo y convinieron que Tito lo llevaría cerrado a la casa del pianista.

Al día siguiente Jaime, que llegó primero al bar donde se habían citado, vio venir a Tito muy preocupado.

—Me pasó una cosa jodida—espetó Tito antes de sentarse—. Yo no sé si creer... Cuando salí de casa había un tipo que estaba medio escondido. Es un vecino. Y me dice: raja boludo, que te siguen. Yo a ese tipo le desconfío que sea cana, aunque a veces vemos juntos los partidos de fútbol. De Lodos modos no tenemos una relación de confianza para que vaya y me largue eso. Entonces pensé que me lo dijo para tirarme la lengua, para sacarme de mentira verdad. Por eso agarré, me volví y le digo: ¿Qué? y él me dice: Pero no seas pelotudo, raja que te siguen. Entonces seguí caminando tranquilo, miré pero no vi que nadie me siguiera.

El Pelado preguntó:

—Pero, para esta cita, ¿hiciste contraseguimiento?

—Sí —contestó Tito. Parecía seguro.

Salieron hacia la casa de Estrella. El Pelado iba taciturno. El extraño incidente que el otro le había contado le preocupaba más de lo que aparentaba. Después de todo, no estando el Sopa a mano para dar las órdenes, él era el responsable y tenía que decidir

algo.

A Estrella no lo encontraron. En la casa había clima de mudanza: Miguel Ángel se iba a Montevideo por su actividad profesional. Estuvieron charlando un rato con los hijos y se fueron al mediodía.

Al Pelado le seguía dando vueltas en la cabeza el extraño aviso del vecino. Mientras caminaban por una calle fresca y arbolada le preguntó:

— ¿Vos tenés cómo comunicarte con tu compañera?

—Sí, tengo una vecina.

— ¿Y qué hay en tu casa?

—Muchos dólares. Unos ciento treinta mil sin embutir y... Bueno, unos doscientos mil en total. Además tengo pasaportes y deneís en blanco.

— ¿Tenés forma de hacerle saber a ella que saque esas cosas?

—Sí.

—Bueno, yo planteo lo siguiente: que se alce ahora mismo.

—Pero yo a las tres tengo una cita con el Sopa.

—Bueno, perfecto. A las tres de la tarde decíle al Sopa qué es lo que hiciste por orden mía. Vos no vuelvas más a la casa. Hacé que tu cumpa saque solamente la guita y los documentos. Sólo las cosas jodidas. ¿Tenés ya acordada una cita estanca con ella? Digo, sin decirle el lugar por teléfono.

Le dijo que tenía. Entonces la llamaron y le transmitieron lo acordado. Hicieron una cita de control con el Pelado. No les habló: se limitó a verificar el encuentro desde lejos. La muchacha había llegado puntualmente con un bolso y la hija en brazos. La pareja dialogaba en voz baja, inquieta.

Barry no se encontró a las tres con su asistente. Recién a las seis de la tarde el Pelado lo puso al tanto. Escuchó con un gesto de desagrado. Le parecía tal vez un exceso de precaución. Luego dejó a Jaime esperando porque fue a enganchar otra compañera. A los quince minutos regresó con cara pensativa, seguido por Elena. El Pelado no sabía quién era Elena; allí se enteró: era la compañera del Sordo De Gregorio, un oficial

superior del Partido que había caído en Colonia, cuando le encontraron un revólver dentro de un termo pina el mate. Elena había visto la escena a la distancia y se había tenido que retirar sin poder hacer nada más que dar la alarma. Jaime conocía la historia, que había ocurrido un mes atrás. La observó detenidamente. Su compañero secuestrado y ella con tres hijas auestas en Montevideo. Reprimía toda expresión patética. Era una clásica militante del Partido. *Un cuadro*, como solía decirse con admiración.

El Sopa tenía ahora evidencias de que el aviso a Tilo no había sido una falsa alarma. Según Elena. Tito y Chiqui habían ido a lo de Estrella y se encontraron a la familia en un estado de gran angustia. Dos tipos en moto habían pasado a decirles que “no se juntaran más con la gente esa que iba a su casa porque estaban siendo seguidos por las Fuerzas Conjuntas”. Era muy extraño. Esos tipos eran policías. Entonces, ¿a qué venía el aviso?

—Sí, es raro —dijo el Sopa mientras apuraba su café en ese boliche de la 18 de Julio—. Pero como decía Paquito Urondo, a veces la realidad se pone rara —se levantó y salió con Elena a buscar a Tito, ordenándole al Pelado que se quedase allí a esperarlos.

La cita debía ser bastante cerca, porque a los pocos minutos estaba de regreso. Esta vez no entró al café, sino que se quedó afuera, al volante de la Mehari. El Pelado lo vio a través de la vidriera del boliche, pagó y salió.

A bordo de la camioneta estaban Chiqui, Elena y Tito. Anduvieron unas cuadras en silencio, luego el Sopa le informó:

—La cosa es mucho más jodida de lo que pensábamos. Chiqui y Tito fueron a lo de Estrella, los siguieron y a duras penas lograron romper el cerco, porque los quisieron agarrar ahí mismo. Yo los voy a guardar en una nueva casa. Cambiáte de hotel y mañana nos encontramos a las 12 para hacer nuestra reunión.

Se encontraron, efectivamente, y de camino a la reunión fueron interceptados.

Eso era todo. Al menos era todo lo que el Pelado recordaba. La explicación más sencilla era que toda la estructura clandestina había caído a partir de la vigilancia de la punta del iceberg: la casa de Estrella.

¿Era así?

El Pelado no pudo contenerse. La sed volvía a agobiarlo. Se quejó en voz alta.

Sintió claramente que alguien ubicado en el asiento de adelante se volvía hacia él.

Una nueva voz le dijo:

—No te podemos dar agua —una pausa—. No porque somos malos y no queremos dártela, sino porque estás bajo los efectos del shock eléctrico y te podés morir.

—No importa —balbuceó el Pelado—. Total en el Río de la Plata voy a tomar mucha agua.

La fúnebre ironía no tuvo respuesta. Aparentaba una sonda sin eco para indicar a los secuestradores que su víctima podía haberlos descubierto. La *Carta Abierta* de Rodolfo Walsh a la Junta Militar denunciaba que la Marina arrojaba secuestrados a las aguas del río y del mar. El Pelado no sabía si estaba o no en poder de la Marina y la frase había surgido en forma espontánea. La largó porque la denuncia se le había quedado grabada.

Unos minutos después sintió el vértigo del descenso como nunca. Oyó claramente cómo el piloto solicitaba autorización para aterrizar en el Aeroparque Metropolitano, ubicado dentro de la ciudad en la zona norte, a escasos metros de la ribera. Desde tierra le negaban pista. No tuvieron más remedio que descubrirse anunciando que era un operativo militar y que debían aterrizar en el lugar reservado a la Marina de Guerra. “Bueno, al menos ahora sé quiénes son” reflexionó y aumentó su convicción de que en breve sería cadáver.

El fresco de las primeras horas de la mañana, la brisa de Montevideo, había sido sustituida por el sol calcinante y la humedad pegajosa de Buenos Aires.

Ningún testigo molesto reparó en ese hombre calvo, con barba de cuatro días, que descendía de una avioneta con las manos esposadas y los ojos vendados. Ningún curioso vio tampoco cómo lo metían en una pickup con toldo de lona.

El trayecto fue tan corto que, aunque conocía poco Buenos Aires, se dio cuenta del destino. La camioneta frenó y oyó taconeos y escuetas voces de mando, verjas de hierro que se abrían y cerraban y el siseo de las gomas sobre el pedregullo. Lo bajaron y lo condujeron nuevamente a través de más taconeos y ruidos de cerrojos, hacia la casa de los muertos.

Cuando por fin lo dejaron solo, intuyó por los descensos y cierto enrarecimiento del aire, que estaba en un sótano. Una luz muy potente atravesaba con su calor las vendas. Un altavoz aturdía con música insensata y estridente. La música de un disc-jockey que se hubiera vuelto loco. En los brevísimos intervalos de ese ruido infernal, se oía con nitidez el trabajo incesante de una sierra eléctrica. Volvió la *Carta* a su memoria: *Cada veinte minutos abrían la puerta y me decían que me iban a hacer fiambre con la*

máquina de sierra que se escuchaba continuamente.

Sumó todos los indicios y llegó a la única conclusión posible: "Estoy en la Escuela de Mecánica"

IV Lejanías

No siempre gobernó la muerte. Hubo rebeliones contra la ley severa. Espacios y tiempos conquistados por la paz y la vida.

Hubo, por ejemplo, esa consagración del primer vuelo sin instructor sobre el mar infinito de la pampa gringa. Una nueva colonización: la del piloto solitario que sobrenada entre cielo y tierra los campos ajenos que la vista no alcanza a dominar.

Puedo hacerlo. Yo solo. Apenas algunas nubes inofensivas adornan el marco del parabrisas. El sol ilumina los instrumentos, refracta en los cristales, calienta mis manos sobre los mandos. Me impulsa a subir. A girar. A planear. Desde el cielo lo cotidiano recobra su significado. Veo los ríos que surcan la tierra provincial. Que le dan su nombre. Abajo la sombra de ese avión en el que voy atraviesa los distintos colores del maíz, del trigo, del sorgo. Corto el motor y el silencio es perfecto. Es la bienaventuranza eterna en un momento. El perdón de los pecados. Veo la sombra del avión que yo conduzco. Al que me integro. Cuerpo fuerte y frágil que aprende a ser más ligero que el aire. La materia es un mapa hermoso y remoto. No hay ofensas. Humillarse es dar por tierra. Lo aprendí en el colegio: humus... Del latín. Rosa, rosae... Las declinaciones. El avión también declina. Enciendo el motor. Se sacude, avanza, sube... sube. En este instante no sé de autonomías ni combustibles. La gravedad se somete. Calculo el viento, giro el timón con suavidad, navego. Después volverá la tensión y la sentiré atrás, por la nuca. Los mandos tendrán algunas gotas de sudor. Algunas gotas de miedo. Pero ese instante está remoto. Tan remoto como el despegue de hace diez minutos. La verdad, la única verdad es este instante sin tiempo. Este presente de flotación, de ascenso. Este camino sin huella que me conduce más allá de la gracia. La bienaventuranza eterna y el perdón de los pecados. Amén...

Aún no es el Pelado, aunque la calvicie se insinúa en sus dieciocho años. También se insinúan otras cosas que habrán de llevarlo un día a participar en la historia, aunque él mismo no lo sabe. ¿Cómo saberlo en aquellas horas tempranas del año sesenta? La pasión es volar. Volar sobre Chajarías salir de Chajarí.

Tengo paciencia y soy disciplinado. Pero cómo no alzar la cabeza de las columnas de contabilidad y huir del rasgido de la tiza en el pizarrón, en esas horas en que el interés compuesto se confunde con la siesta. En que la siesta se alimenta de las ráfagas de polvo que recorren las calles de Chajarí y del zumbido del moscardón que se quedó atrapado en la tela de alambre. En esa hora fatal no me resigno al futuro. No alcanzo a imaginar que seré el Contador Público Jaime Dri y prefiero pensar en el piloto Jaime Dri.

Cuando atravieso los metros que me separan del Piper que me espera, hay otras horas que se pulverizan en el frenesí que está oculto en mi garganta y que nadie advierte. Mi cara no ha cambiado pero mi pulso está gobernado por el frenesí. Tengo miedo de que algún gesto me traicione al saludar al instructor, al subir a la carlinga, al sentarme frente a los mandos. Trato de gobernar mis ojos para que miren lo indispensable. Para que se dirijan a la torre. Trato de escuchar sin distraerme las últimas palabras de ese hombre que está haciendo todo lo posible para que me una a la cofradía de los que vuelan. De los que han logrado evadirse de las calles de Chajarí y conocen la extensión ilimitada de sus cielos. Hay, claro que sí, otras horas que el frenesí de esa caminata sobre la pista suprime. Las horas de la tarde del domingo. La vuelta al perro por las cuatro calles de la plaza principal. Cuando los quince mil habitantes de Chajarí salen a saludarse, a criticarse, a olfatearse. Las recorro como todas las polillas, acercándome a la luz del hotel España, a las ventanas del club Vélez Sarsfield pobladas de jugadores de dominó, a las puertas del cine Libertad donde dan la última de *Humphrey Bogar* y donde las pibas se arremolinan riéndose y poniéndose coloradas por alguna zoncera. Nos acercamos a esas luces identificados con los héroes de la cinta que acabamos de ver. Midiendo nuestros pasos, afectando indiferencia. Preparando el ánimo para la magna peripecia que nos espera: tomamos un helado o comemos una muzzarella con fainá en la pizzería de la esquina. Nos acercamos a esas luces como escapando sin saberlo de la negrura sin fin de la Pampa que se extiende a espaldas del pueblo y le ha puesto sitio como un ejército del mal. Los cuchicheos sobre la gorda Susana o Martita, mirando los faroles o en la penumbra civilizada de los bancos de la plaza, nos hacen olvidar que un sol sangriento se acaba de ir por el oeste, que un tero cantó solitario al borde de una laguna, que el viejo viento que azotó a los pampas doblega los cardos de la angustia. De esa angustia que como la llanura aplana cualquier horizonte. De esa angustia que horada la mirada del paisano solitario, del que se acerca también al fuego. A esa hoguera que es el oasis en el desierto de pasto.

Jaime, el menor de los catorce hijos del viejo Dri, obtuvo su brevet de piloto por las mismas fechas en que su padre terminaba de morir.

El viejo Dri había comenzado a morir aquel mediodía del 16 de junio de 1955 y completó su agonía cinco años después. En esos años en que Jaime ascendía de niño a muchacho, él peregrinaba hacia la muerte hostigado por los ataques cerebrales y confinado por la parálisis.

Había sido un padre-abuelo para Jaime, y a veces lo contemplaba desde el sillón y sus ojos se arrasaban de pena. Pero esos momentos eran raros. Por lo general miraba hacia adentro esa película sin fin que volvía a repetirse; esa vivencia de las catacumbas sobre la que nunca había querido hablar, sobre la que nunca hablaría.

Jaime escrutaba esos buceos interminables; no se atrevía a preguntar en voz alta. Sabía que su padre se consumía lentamente en esa casa cerca del ferrocarril que habían construido los ingleses, en ese pueblo que ahora se llamaba orgullosamente ciudad, en esa región de naranjales ubicada en el confín nordeste de Entre Ríos, a las puertas mismas de la mágica tierra correntina, a veinte kilómetros del Río Uruguay y quince del Mocoretá.

Sabía que no encontraría jamás las palabras para acercarse a esa carne agobiada por setenta y cinco años de lucha y decirle lo que nunca se dice, lo que el pudor suprime entre el padre y sus hijos varones. A lo sumo esas cosas se habían dicho con los brazos cuando por fin regresó del bombardeo. Pero cuando le cebaba un mate, cuando se asomaba a los ojos del Viejo, hubiera querido encontrar la fuerza para largarlas en voz alta.

Lo veía veinte años atrás, erguido, cuando lo llevaba al campo para develarle los misterios de la cría de hacienda. Cuando se agachaba y su mano poderosa inspeccionaba la pata de una vaca o tanteaba cariñosa el lomo inquieto de un potro.

Hubiera querido contarle de su admiración cuando el pueblo lo saludaba reverente en la plaza aquellos 17 de octubre. A veces él iba a la plaza con la gente, llevado por algún hermano mayor, por uno de esos padres sustitutos que ya habían dejado la casa familiar y hacían su propia sombra sobre el mundo. Entonces los altavoces mencionaban al señor Dri junto a otros dirigentes locales. Los discursos eran como peleas de semifondo, hasta que los mismos altavoces reproducían la voz capitalina de radio del Estado y el clásico "compañeros" de Perón inundaba la plaza de Chajarí. Él miraba con orgullo a su padre en el estrado, que se sonreía ante el entusiasmo de los muchachos reventando el parche de los bombos o escuchaba respetuoso las palabras del General.

No era nueva la política para el viejo Dri. Yrigoyen le había enseñado a los hijos de gringos que todo el mundo podía votar. Siendo joven había quebrantado el sacrosanto *no te metás* de los inmigrantes europeos y se había vinculado al más notorio de los caudillos radicales de la zona: Laurencena. Con otros jóvenes de la clase media rural y urbana había coronado su cabeza con la boina blanca de la rebeldía y el sufragio. Y por la política se había integrado al país. Por el voto se había sentido argentino de siempre y no de una primera generación. Con avidez había buscado en los periódicos los oscuros anatemas de Don Hipólito contra el *Régimen*. Y cuando el anciano presidente derrocado en el treinta se murió, lo sintió casi tanto como la muerte del viejo Gringo, de su propio padre.

De él había heredado una religiosidad sin atenuantes, aunque ese acendrado catolicismo no chocaba con los postulados del multifacético movimiento nacional. En él

convivían católicos y librepensadores. Pero más cercano al pueblo, a la chusma que decían los conservadores, estaba también más próximo a su instintiva necesidad de unión que la religión prohibía.

El ateísmo era moda en los salones conservadores o en las asépticas bibliotecas socialistas. Los próceres venerados por las clases altas habían hecho gala de su positivismo, de sus irrefrenables inclinaciones masónicas. Como el general Julio Argentino Roca, que llegó a enfrentarse con la Santa Sede. Pero el chacarero, el arrendatario, el peón rural, se preciaba de ser “cristiano” Más aún, para él, *cristiano* equivalía a *hombre*. Sólo los animales, en su inocencia infinita, quedaban al margen del bautizo.

Italia era una nostalgia cultivada por los padres, y esa pampa materna cobijaba todas las nostalgias. La del Turco y los turquitos que habían desplegado sus sedas en la tienda, la del gallego almacenero, la del ruso de la mueblería y hasta la del criollo vejancón que recordaba todavía el tiempo en que aquella tierra no era una Torre de Babel.

Había sentido pena por ese don Hipólito al que engañaban sus colaboradores. Por ese don Hipólito achacoso que derribaron por partes iguales los militares, la soledad y la crisis del treinta.

Pronto sentiría pena por sí mismo y por su abultada familia. Ya tenía una pila de hijos cuando las cosas se pusieron feas. Hasta entonces había podido arrendar campos para criar vacas y ovejas. La crisis le hizo malvender los animales y quedó fundido. El no sabía que esos años del 30 al 43 serían bautizados como la Década Infame; y la familia Dri pasó a conocer la miseria.

Mientras vagaba haciendo changas para sobrevivir pensaba que no había remedio. Los radicales no podían votar, aunque los conservadores eran tan amplios que hasta podían votar los muertos. Los años del “fraude patriótico” lo vieron con algunos otros radicales corajudos, el 38 al cinto, tratando de hacer valer el sufragio por la Unión Cívica. Eran excepciones que no alcanzaban para modificar los resultados. A lo sumo, para hacer tallar la propia hombría en esos entredichos frente a la urna que muchas veces degeneraban en tiroteos.

El golpe de gracia lo tuvo cuando una gran parte del radicalismo fue domesticada. Eran los que negaban a Don Hipólito y se llamaban a sí mismos “antipersonalistas” Esos pudieron votar y elegir ese connubio con los conservadores que se llamó el “contubernio”. Decepcionado dejó “las cosas de la política” y se concentró en parar la olla

hasta que apareció Perón en el horizonte.

Con Perón volvió el voto y con el voto la prosperidad. El gobierno justicialista expropió algunas estancias en Corrientes y al señor Dri le dieron un Lote de tierra. Desde ese lote pudo ponerse en pie y alimentar y educar a los hijos. A esos hijos que llevaba a los mitines peronistas, a las asambleas populares que pronto lo reconocerían como uno de sus dirigentes.

Aquella felicidad no iba a ser duradera: a partir del 52 comenzaron nuevamente síntomas de crisis económica y política. Evita murió y el General, como Don Hipólito, comenzó a “rodearse mal”. Hasta de masones, como el vicepresidente Teissaire, un ladrón, traidor y vicioso que azuzó la bronca con los curas.

En 1954, cuando se promulgó la separación de la Iglesia y el Estado y la ley del Divorcio, el Viejo Dri abandonó la militancia peronista.

En el 55 vio aquellos aviones con el emblema del *Cristo Vence* y las iglesias quemadas por peronistas y sintió que simultáneamente se derrumbaban todas sus creencias. Se encerró en un diálogo personal con Dios y en una evocación obsesiva del horror de la que no pudo salir hasta la muerte.

Jaime no tenía entonces respuestas para ese drama, para ese tremendo choque entre la religión y la política. Sólo podía escrutar esas últimas horas del Viejo, mientras hacía planes para evadirse de un destino prefigurado: el festejo familiar del título de contador y el apacible matrimonio con la hija de un gringo.

Y, sin embargo, la Capital no constituía una ilusión, sino una suerte de amenaza. Era mejor que ese Chajarí que después del 55 se iba muriendo, aunque tampoco era la solución. A los quince años había llegado a la estación de Retiro, con sus gigantescas bóvedas de vidrio y acero. Había ido a Buenos Aires en vacaciones, con un amigo cuyo padre trabajaba en el Mercado de Abasto, y la ciudad no lo había seducido. Ignoraba sus claves secretas, la confraternidad de sus cafés de barrio y la ternura de sus calles recónditas. Había visto todo lo que la ciudad tenía en común con otras ciudades y esa primera cara desalentaba a más de un provinciano. La burla, el sarcasmo típico del porteño ante la lentitud de los de tierra adentro, habían alimentado su hostilidad ante la metrópoli. Años después ese sentimiento se convertiría en algo razonado al conocer que su poderío se había construido sobre el atraso y la miseria de las provincias. Muchas veces volvería a ella, pero siempre obligado por las circunstancias.

Había logrado ser piloto gracias a una de las becas establecidas por el peronismo,

mientras seguía estudiando contabilidad y afrontando diversos trabajos con los que aportaba a la economía familiar, nuevamente menguada.

Observador y reconcentrado, solícito, no despertaba recelos y podía ir midiendo a los hombres de su pueblo sin que los demás se dieran cuenta. Ni la gente de la cooperativa eléctrica en la que trabajó como cadete, ni el ruso de la mueblería que lo tuvo como empleado, ni el dueño de la ferretería al que comenzó a llevarle la contabilidad cuando estaba en tercer año de secundaria.

Chajarí seguía siendo el horizonte cuando obtuvo su diploma de perito mercantil, pero pronto pudo partir a Concordia para ingresar en la Universidad en pos del título de contador.

Concordia era una ciudad más grande, más cercana al río, más alegre que Chajarí. Una ciudad para iniciar algo nuevo. Aunque no se podían hacer planes todavía porque faltaba cumplir con el servicio militar.

Lo sortearon en 1963 y le tocó Ejército. Como había hecho su curso de aviador civil, solicitó hacer la conscripción en Aeronáutica. Lo aceptaron y nuevamente se encontró con Buenos Aires. Fue destinado a la base de la Fuerza Aérea en El Palomar, unos veinte kilómetros al noroeste de la Capital Federal. Por sus estudios lo ubicaron en las oficinas. Allí trabajaba en los planes de vuelo y cumplía guardias de control. Los días de franco tomaba el tren y se marchaba a tratar de descifrar los arcanos que escondían las luces del centro. Como miles de conscriptos provincianos.

En abril la base fue puesta en alerta. La Marina y un sector del Ejército se habían alzado contra el gobierno. Era presidente nominal un civil, José María Guido. El poder real descansaba en los comandos militares. Estos a su vez se hallaban divididos entre los que practicaban un antiperonismo primario (los “gorilas”, como decían los peronistas) y quienes proponían una apertura moderada y una salida electoral. Los dos bandos habían adoptado para identificarse los nombres utilizados habitualmente en los juegos de guerra de las Fuerzas Armadas argentinas: *azules* y *colorados*. Los colorados del Ejército estaban aliados con la Marina y los azules contaban con el sostén vacilante de la Aeronáutica. Los primeros tenían apoyos en los partidos políticos antiperonistas y propugnaban una democracia para el 30 por ciento de los votantes; los segundos se definían como profesionalistas y sentían una gran desconfianza por los políticos.

Los sectores preconciarios de la jerarquía eclesiástica simpatizaban con los azules. El viejo liberalismo conservador, con los colorados.

Durante cuatro días los tanques recorrieron las calles de Buenos Aires; los diarios mostraron las imágenes de los aprestos bélicos que recordaban las series de guerra, y el conflicto se dirimió por fin con escasa efusión de sangre. Aunque no de tinta. En esas 96 horas los azules abrumaron a sus contrarios con cincuenta comunicados. Sumados a los de una escaramuza anterior totalizaron doscientos. Un intento de la aviación naval concentrada en la base aeronaval de Punta Indio, en la desembocadura del Río de la Plata, fue sofocada por el elegante general Alcides López Aufranc, al mando de una columna de tanques del regimiento blindado de Magdalena. La prensa bautizó al general —educado en Saint Cyr— con el nombre de “el zorro de Magdalena” y algún chusco compuso un (tingo de inspiración discepoliana que fue rápidamente censurado.

Por detrás de los colores y la retórica política, aparecían otras contradicciones. A espaldas de los colorados se movía el núcleo más rancio de los terratenientes, opuesto a cualquier pretensión industrialista. En torno de los azules giraba el sector más dinámico y concentrado de la vieja burguesía agraria, ligado al capital financiero y a las grandes empresas trasnacionales.

Las masas observaban los acontecimientos con una mezcla de indiferencia y desdén. Era un problema, “entre ellos”

El conscripto Dri habló mucho con algunos suboficiales durante esas noches de acuartelamiento. Todos eran nacionalistas. Algunos, incluso, entre mate y mate de madrugada, se confesaban peronistas. Los oficiales, partidarios de un nacionalismo católico de cuño ultramontano, no descendían a esos coloquios del personal subalterno. Estaban muy preocupados en distinguir al eventual vencedor para plegarse. Era el destino histórico de la Aeronáutica, la fuerza más joven y la más endeble también.

Los azules triunfaron con las armas pero, paradójicamente, tuvieron que darle el poder político a los colorados. Si no a ellos directamente, al menos a sus principales aliados políticos: los radicales.

El viejo partido de Alem e Yrigoyen, que había transitado por el jacobinismo antiperonista, volvía al gobierno con el 23 por ciento de los sufragios. Hubo boinas blancas en las manifestaciones callejeras, aunque el sentimiento yrigoyenista ya era cosa del pasado. El centro de gravedad del movimiento popular se había desplazado definitivamente hacia el peronismo.

El doctor Arturo Illia ejercía la presidencia cuando Jaime dejó el uniforme de la Aeronáutica y regresó a sus proyectos.

Ahora existía una alternativa verdadera para abandonar Chajarí: uno de sus hermanos mayores se había establecido en Resistencia, la capital del Chaco.

Había triunfado su tesis: ni el pueblo ni Buenos Aires.

Pasó tres días por Chajarí rumbo al norte. Era la despedida definitiva.

Tras muchas horas de traqueteo en tren, llegó a Resistencia. Más chata, menos expresiva que su vecina, la barroca Corrientes, de la que estaba separada por el Río Paraná, albergaba a la Universidad del Nordeste, sede de muchas de las rebeliones estudiantiles que el país conoció en los años siguientes. De ella iba a egresar como Contador Público. Y también como militante.

V Espectros

Entraron a sacarle las vendas. Únicamente la capucha, que le colgaba hasta el esternón, seguía ocultándole el nuevo universo en que había caído.

Concluida la breve operación volvieron a dejarlo, derrumbado sobre una colchoneta sucia.

Así estaba cuando se abrió una puerta a su lado y alguien entró. Sin verlo pudo darse cuenta, por la forma de entrar, que debía ser un diablo mayor de ese infierno. El tono de su voz le confirmó rápidamente esa hipótesis.

—Sacáte la capucha —ordenó.

Nuevamente la luz lo encegueció. Esta vez una potente lámpara de 300 bujías pendía del techo. Recién después de un largo parpadeo pudo apreciar con claridad adonde estaba y detener la vista en el hombre que lo observaba al pie del jergón.

El pequeño cubículo tenía un metro y medio de ancho por unos dos de largo. La puerta, unos estrechos 70 centímetros. Las paredes eran tabiques de aglomerado de madera que llegaban hasta el techo, muy bajo.

La cama de hierro sobre la que estaba echado ocupaba buena parte del espacio. Una pequeña mesa de madera completaba el mobiliario. Sobre la mesa habían dejado dos extraños objetos: parecían dos cacerolas medianas puestas cabeza abajo.

El hombre que le acababa de hablar era alto y atlético. Vestía de sport: un pantalón gris y una remera blanca. Tendría la misma edad del Pelado, unos 35 años. La cara le pareció bastante inexpresiva, hasta que Comenzó a hablar y sus ojos claros se achicaron con malicia al preguntar:

— ¿Sabes dónde estás?

—No —mintió.

—Estás en una institución de la Armada —dijo el desconocido y se pasó una mano nerviosa por el pelo entrecano y levemente ondulado.

— ¡Já! Dónde vine a caer... ¡En la Escuela de Mecánica! —respondió Jaime, y se sorprendió del tono desafiante de su propia voz.

El otro insinuó una leve mueca de desagrado. Por primera vez dejó de mirarlo y comenzó a menease par el escaso espacio que le dejaban la mesa y la cama.

—Sí. En la Escuela de Mecánica... Y ya vas a ver que no es cierto lo que se dice por ahí.

Volvió a enfrenar la cara de su prisionero y el Pelado advirtió que una fea sonrisa descomponía las facciones Firmes y regulares. Una sonrisa sobradora ("de porteño", pensó el Pelado), que curiosamente afeminaba los rasgos viriles.

—Entre paréntesis —dijo sin dejar de sonreírse— ¡qué lindo chiste te mandaste en el avión!

— ¿Qué chiste? —replicó el Pelado.

—Esa estupidez que dicen ustedes de que tiramos a la gente al río... Lo único que ganaste es que el otro muchacho que venía se asustara.

Por la cabeza del Pelado pasó la revelación como un rayo: junto con él venía Tito.

La voz del desconocido, que hasta ese momento no se había destacado por ninguna característica sobresaliente, incorporó un matiz de falsa exaltación. El Pelado no pudo distinguir si estaba realmente alterado o hacía teatro.

—Lo que pasa es que ustedes son unos marxistas de porquería. Son nihilistas. Casados con la muerte —comenzó a moverse y gesticular todo lo que podía dentro de la estrechez del recinto.

—Ustedes son como marcianos, porque pretenden destruir el punto de equilibrio en que se basa toda la arquitectura espiritual de Occidente. Ustedes quieren corroer como el ácido el orden natural. El principio sobre el que descansa la civilización occidental y cristiana.

—Sí, ya sé lo que estarás pensando. Este habla así porque es un burgués, un oligarca. Eso, un oligarca —volvió a estallar su sonrisa desafiante.

El Pelado miró los cabellos cortos que le decían tantas cosas. La remera Lacoste, "como las que usan los oligarcas, pero también como las que usan los rascas que quieren parecer oligarcas"

—Mi madre —prosiguió el monólogo— mi madre es maestra... ¿éh? Una simple,

humilde maestra de clase media. A la que nunca se le ocurrió poner una bomba porque le pagaban un sueldo bajo. Que nunca pensó en ametrallar al director de la escuela o al ministro de Educación. Que nos educó en el amor, en el respeto. En los principios de Aristóteles y Santo Tomás, el hombre que rescató para el pensamiento cristiano el sentido común, que es el menos común de los sentidos. Pero qué me vas a entender lo que te digo si vos sos un marxista...

—Yo soy peronista —exclamó el Pelado, irritado ante la verborragia tomista del curioso personaje que lo tenía en sus manos.

— ¡Peronista...! ¡Bah! Yo también admiro muchas cosas buenas que hizo Perón. Pero hay algo que tengo claro —se martilló la frente con el dedo índice— y es que la cosa no es distribuir y distribuir a lo loco, sino producir, producir y producir. Cuando este país produzca todo lo que tiene enterrado, todo lo que tiene sumergido, se acabaron los problemas. ¿Estamos?

—Perón distribuyó y distribuyó y con eso se ganó a la masa. Pese a esa demagogia lo admiro, como político capaz de engañar a tanta gente. Tanto lo admiro que hasta tengo un retrato de él sobre mi escritorio. Pero ahora hay que utilizar ese, ese..., ese dominio de la masa que creó Perón, ese liderazgo vacante desde su muerte, para dar un paso más, para avanzar hacia la etapa de producción que el país necesita.

— ¿Y eso lo van a hacer ustedes? —lo interrumpió agresivamente el Pelado—. ¿Ustedes, que son odiados por el pueblo? Porque el pueblo no se olvida de lo que ha hecho la Marina. El pueblo no se olvida del 16 de junio...

—Sí, lo vamos a hacer nosotros —señaló el otro con un brillo altanero en la mirada.

— ¡Pero por favor! Si el peronismo odia a la Marina.

Y en ese momento se le encendió súbitamente la imagen del Almirante coqueteando con políticos y sindicalistas peronistas.

—Salvo que piensen que la gente es tonta y que Massera va a ser presidente...

—Massera va a ser presidente —toda su determinación quedó rotundamente encerrada en ese *va* que expulsó mordiéndose el labio inferior.

El Pelado esbozó una mueca irónica y el otro se lo quedó mirando fijamente durante unos instantes. Luego se apoyó en la mesa y dominándose, le dijo en voz muy

suave, casi en tono de confesor que comprende y perdona al pecador siempre que éste se arrepienta de corazón:

—Massera va a ser presidente porque tiene carisma, como Perón. Y no es cierto que el pueblo piensa esas cosas de nosotros. El pueblo sabe que nuestra institución es sana y patriótica. El pueblo comienza a intuir que Massera puede convocar desde una nueva mística. La mística de la vida —hizo una pausa y continuó, mirándolo con fijeza obsesiva—. Sí, ya sé lo que estás pensando. Pero te reitero: nosotros no somos asesinos, no somos sádicos. Nosotros no torturamos por gusto, sino por necesidad. Por una necesidad táctica.

Bruscamente se dio vuelta, tomó en sus manos una de las extrañas cacerolas que había sobre la mesa y se la puso al Pelado delante del rostro.

—Mirá, ésta es la famosa picana. Mirála todo lo que quieras. Tócala si querés...

El Pelado miró espantado el extraño aparato que cada vez le parecía más una cacerola enlozada de color celeste, con la superficie superior pintada de negro. En el centro de esa parte negra había un regulador de voltaje. La marca mínima de corriente eran 20 voltios, la máxima 180. Del macabro artefacto salía un cable que terminaba en dos clavos de bronce, los mismos que habían recorrido su piel desnuda en Uruguay.

—Es táctica... Sol o táctica pan acu millar información y poder hacer inteligencia. Cu ando obtenernos esa información no torturamos más. ¿Me entendés?

El Pelado le entendía perfectamente y se calló la boca. El otro se cansó del silencio y abrió la puerta. Dirigiéndose a un guardia que el Pelado no podía ver, le ordenó:

—Tráigale agua a este hombre. Espere. Y luego llévelo a darse un baño.

Se volvió hacia el Pelado y tras mirarlo inquisitivamente durante un segundo, se despidió con una extraña pregunta:

— ¿Por qué mataron a las monjas?

— ¿Qué monjas? ¡Nosotros nunca matamos a ninguna monja!

El otro ya se había ido.

En su reemplazo apareció un tipo joven, cetrino y silencioso que portaba unos aros de acero de los que pendía una cadena. Eran grilletes para unirle las dos piernas. Aferró

con ellos sus tobillos y les colocó sendos candados. El Pelado evocó mentalmente las mazmorras inquisitoriales de las lecturas infantiles.

—Levántese —dijo el guardián vestido de verde y agregó escuetamente—: Lo llevo a darse un baño.

Recordó que se había olvidado de algo y salió del cubículo. Retomó con un jarro de metal. Era el agua. El Pelado se atragantó. Le quemaba la garganta y sentía el paladar como una llaga. Algunas gotas le rodaron por el cuello.

—Espacio —dijo el hombre de verde.

Le sacó el jarro vacío y lo apoyó sobre la mesa.

—Póngase la capucha, voy a llevarlo al baño.

El Pelado obedeció e intentó incorporarse. El otro tuvo que ayudarlo y comenzó a guiarlo en las sombras.

De nuevo en las sombras, como en Uruguay.

—Camine derecho —indicó su curioso lazarillo.

—Alto —ordenó al cabo de un trecho difícil de precisar. Dio tres fuertes golpes sobre una puerta de hierro. Se oyó un gruñido del otro lado y luego un ruido de cerrojos. El portón chilló sobre sus goznes oxidados.

—Levante el pie. Más alto. Así. Pase al otro lado.

El Pelado tanteó con los pies un parapeto de cemento.

—Ahora vamos a subir una escalera —informó el guardia y comenzó a guiarlo peldaño por peldaño.

El Pelado reparó en que lo había tratado bien, sin tutearlo ni vejarlo, y se sorprendió reprimiendo una idea de gratitud hacia el muchacho reconcentrado y sombrío que lo hacía jugar a la gallina ciega en la casa del terror.

Durante el largo ascenso sintió que alguien que venía a toda velocidad en sentido opuesto, se detenía frente a él.

—Marxista hijo de puta. ¡Ya vas a ver! —espetó el desconocido y siguió su carrera escaleras abajo.

Se alegró del insulto que lo restituía al odio. Porque esa idea de gratitud hacia su carcelero lo había alarmado. “Eso es lo que quieren —pensó— ablandarme por las buenas ya que no lo consiguieron por las malas”

Al término de la escalera caminaron otro breve trecho. El guardia haciendo ruido con sus borceguíes, el Pelado impresionado por la cadena que acortaba sus pasos.

Se volvió a repetir la escena del portón antes de ingresar en los baños. Una vez adentro le sacaron la capucha y los grilletes y el carcelero se quedó de guardia en la puerta, mientras el Pelado entraba en una de las duchas.

Le costó trabajo sacarse la hedionda ropa. Una de las piernas del pantalón estaba acartonada por la sangre endurecida. Por fin se quedó desnudo y abrió la ducha a su máxima potencia. Se puso debajo con la boca abierta para seguir tragando agua, ahora que se podía. Luego encontró un jabón gastado y comenzó a enjabonarse dulce, morosamente, como si descubriera en ese momento el placer de bañarse. Ya no le importaba que hubiera un carcelero cerca, esperando con la capucha y los grilletes en la mano. La cortina de plástico de la ducha lo separaba de todo y de todos y lo regresaba a un universo anterior, donde uno dependía de sus propias decisiones y podía bañarse y sentir la verticalidad de la condición humana.

Demoró el baño todo lo que pudo, recordando por momentos que estaba el otro esperando para reventarle la burbuja de dignidad que había reconstruido con el jabón y el agua.

Con los ojos cerrados de placer, la frente alzada hacia la flor de la ducha, reaparecía la vida, se insinuaba torvamente como esas imágenes obscenas de sus sueños de joven católico, de Hijo de María hostigado por la impureza. La vida cantaba en el chorro de agua multiplicado por la flor verdusca y sarrosa, la vida empapaba y brillaba en mil gotas. Renacía en su elemento inaugural con la terquedad de una presencia que se expresa por sí misma, consagrando misterios indescifrables a la luz del día.

Las rejillas de la prisión clandestina trasegaban a borbotones los torrentes de agua y espuma, llevando hacia el río cercano y oscuro la roña, la sangre y el sudor agónico de los días de tortura.

El carcelero no había dicho una sola palabra, pero el Pelado temía que si prolongaba excesivamente el baño lo castigase como a un chico. Tragó desesperado un

chorro de agua final, sintiendo que comenzaba a calmarse la sed inextinguible y que un bienestar impensado descendía de su paladar a su estómago.

Mientras se secaba recuperó su desnudez para sí mismo. Esa desnudez que escrutaron los ojos de los torturadores y que él no podía ver por la capucha. Examinó la herida del muslo con atención y no advirtió mayores modificaciones. “Evidentemente no se ha infectado”, pensó. Lo acometió un sobresalto al dirigirla vista más abajo. Entre La canilla, y la pantorrilla. La de la pierna derecha se entendía una negra hinchazón. Entonces se le hizo consciente que esa herida ardía y latía enfebrecida por su mente pasó el fantasma de la gangrena y una imagen: la suya cuando comía de las balas por aquel baldío de Uruguay. Todo se alumbró. Su extraña caída había sido causada por el roce de una bala de 45. Se agachó para observar con detenimiento y pudo distinguir en la carne tumefacta el surco, el raspón que hiciera el plomo al rozarlo. Curiosamente, la bala que le había atravesado la pierna de lado a lado había sido más benigna. No le había destrozado el hueso. Esta otra, en cambio, que tendría que haber hecho una herida sin importancia, parecía peligrosa. “Me la tengo que hacer ver”, pensó mecánicamente y un segundo después advirtió que era una estupidez. “Para qué me van a curar si total voy a ser boleta”, se dijo. “Bueno —se contestó— también curan a los condenados a muerte para fusilarlos después”.

Siempre y cuando fuera el fusilamiento. Porque las formas eran muy variadas. En muchos casos los cadáveres aparecían acribillados, en otros carbonizados, dinamitados, ahogados. Cualquiera podía ser el método. Un paseo en auto por los bosques de Ezeiza, para bajarse y correr mientras las balas no lo abatieran. Un paseo en avión sobre el Atlántico en tinieblas.

“Ojalá que me peguen un tiro y chau”, rogó.

Pero la confusión renacía a cada paso. Intuía algo nuevo en su situación actual y no lograba entender qué era. Hasta ahora la tortura no se había reiniciado. Podía volver en cualquier momento, desde luego, pese a que no había indicios que lo preanunciaran.

Sus primeras horas en la Escuela de Mecánica eran un claro respiro en relación con lo vivido en Uruguay. ¿Por qué diablos le concedían esa tregua?

¿Qué se escondía en esa insólita benevolencia? Era evidente que ellos habían andado detrás de la captura en Uruguay, que habían presenciado los interrogatorios y que tal vez los habían dirigido. ¿Se daban por vencidos ante la falta de datos? Sabían que él podía entregar, por lo menos, las citas. Seguramente habrían examinado esos papelitos una y mil veces para descubrir quiénes eran Marcos y Graciela. O sea Tucho y Olimpia.

¿No les interesaba averiguarlo? Claro, el problema es que contaban con tiempo para tratar de quebrarlo. Sin embargo había algo más. Algo mucho más trascendente que no alcanzaba a descifrar. ¿Qué era, por Dios?

Intentaba en vano dormir, cuando entró al calabozo el hombre de la peinada gardeliana y las maneras suaves.

—Dri —musitó—. Dri, puede sacarse la capucha.

El Pelado obedeció y reconoció al que había ido a buscarlo a Uruguay.

— ¿Cómo está? —preguntó el hombre con cortesía.

El Pelado hizo un gesto expresivo.

El otro iba a hablar pero se interrumpió ante el ruido renovado de la sierra eléctrica...

—A propósito... —recordó— ¿Oye esa sierra?

El Pelado asintió en silencio.

—Bueno... —se sonrió, mientras encendía un cigarrillo y volvía a guardarse el paquete en un bolsillo de la camisa—. Me imagino lo que habrá pensado: que aquí serruchamos a la gente y esas cosas. ¿No...? Le aseguro que no es verdad. En absoluto. Son cosas que se dicen en una campaña de desprestigio que ha montado la subversión en el exterior. Ante la denota militar han dedicado a eso. Pero no es cierto.

Dio una profunda bocanada que le permitió reflexionar sobre otros temas más acuciantes y sorprendentemente preguntó:

— ¿Y su familia? ¿Sabe algo de su mujer y los chicos?

—No, nada —respondió el Pelado, acorazándose ante el peligro.

El hombre dirigió una mirada circular por el cuarto y acabó por tirar la ceniza al piso. Después de esa segunda pausa, añadió en voz baja:

—Pero me imagino que usted tendrá alguna forma de conectarse con su esposa... digo yo...

—No —insistió el Pelado—. He perdido contacto con ella y no sé dónde está en este momento.

—Bien —suspiró el engominado—. ¿Necesita algo?

El Pelado no pudo reprimir una sonrisa ante tanta solicitud. Se incorporó y, arremangándose el pantalón, le mostró la herida.

—Tal vez... un enfermero.

El engominado se aproximó al camastro y observó la pierna con gesto de entendido.

—Está bien, se lo voy a mandar. Está bien. Hasta luego, Dri. Usted y yo nos vamos a ver a menudo y sería interesante que nos entendiéramos.

El Pelado lo miró sin responder y el otro se dirigió hacia la puerta.

—Ah... me estaba olvidando. Quiero informarle que va a recibir una visita muy... muy... ¿cómo diríamos...? Muy interesante. Eso es muy interesante.

Al parecer su repertorio se agotaba en esa muletilla, pero el Pelado no se detuvo en consideraciones lingüísticas; la verdad es que el anuncio había conseguido su objetivo, había logrado picar su curiosidad y ponerlo ansioso.

No tuvo que esperar mucho. Tal parecía que la anunciada visita estaba al otro lado de la puerta.

Fue el golpe más duro. Primero vio al Nariz Maggio y luego al Beto. Dos compañeros muertos.

Se incorporó a medias para recibirlos y los otros tuvieron que agacharse para abrazarlo. El abrazo con el Nariz fue breve y cohibido. Con Beto, estrecho y prolongado. Habían sido muy amigos en los buenos tiempos de la campaña electoral.

Maggio espiaba el reencuentro de los viejos compinches con sonrisa achispada e inteligente.

Cuando se desprendió del abrazo, medio atontado todavía por la sorpresa, el Pelado alcanzó a observar que no llevaban grilletes, ni esposas, que sus ropas estaban demasiado limpias, y se sobresaltó.

Había fuertes contrastes entre los dos resucitados. Beto era alto y fuerte, de rostro aniñado. Casi el rostro de un personaje de historietas. El Nariz hacía honor a su apodo. Era pequeño y magro, con una cara típicamente argentina, discepoliana, que parecía construida en torno del formidable apéndice. Sus facciones eran más propicias para expresar el drama y sin embargo estaban iluminadas por una sonrisa constante. El semblante juvenil de Beto se había vuelto grisáceo y sombrío. Los rasgos eran los mismos, pero habían perdido toda la frescura y vitalidad de dos años atrás.

El alma del Pelado estaba tironeada por emociones contradictorias. Por un lado necesitaba creer en los viejos camaradas. Por otro sospechaba al verlos vivos después de tanto tiempo. El partido le había enseñado que el enemigo mataba a todos. Que sólo se salvaban los que se habían pasado con armas y bagajes.

— ¿Qué es esto? ¿Cómo es?

Les preguntaba a los dos, pero lo miraba a Beto. La sombra silenciosa se sintió obligada a responder.

—Ya vas a ir sabiendo vos mismo cómo es esto. Aquí vas a ver de todo. Porque hay de todo.

— ¿Ya te interrogaron? —preguntó el Nariz.

El Pelado les contó entonces, breve y dificultosamente su odisea en Uruguay, el diálogo con el engominado y el alucinante encuentro con el tomista.

El Nariz largó una carcajada.

— ¡Te consideran importante, Pelado! Como que ha venido el Tigre en persona.

Fue la primera vez que escuchó su nombre de guerra. Aunque sabía que los marinos los usaban, igual que ellos, no pudo evitar una cierta extrañeza.

—El Tigre... —repitió el Pelado, pensando en voz alta.

—Y... ¿quién es el Tigre?

El Nariz miró instintivamente hacia la puerta y respondió en voz baja.

—El jefe de la patota.

Lo tranquilizaban las voces de los dos amigos. Sonaban como antes. Pero qué importa una voz. ¿Qué timbre especial separa la voz del leal de la del traidor? “Aunque... quien sabe”, se dijo, y fiel a su histórica cautela, se obligó a hablar poco y a escuchar con profunda atención, sin dejar traslucir sus inquietudes.

—Te voy a mandar un pantalón para que te saques eso, prometió Beto sin abandonar su gesto melancólico.

El Nariz aprobó en silencio. Un nubarrón le pasó por la frente cuando dijo en voz muy baja:

—Pelado, estáte atento. No aflojes la guardia. Sé que puedo parecer un hijo de puta al decirte esto, pero te lo tengo que decir: lo más probable es que te sigan dando como en la guerra. Van a intentar que largués todo. Pero así también te digo que la tortura se aguanta. Te juro que se aguanta.

El Pelado alzó los ojos hacia el pequeño polichinela, reconfortado.

—Sí, ya sé que se aguanta.

—Mira... —insistió el Nariz como si no lo hubiese oído—. A mí me dieron p'al campeonato. Una vez hasta pegué un salto de sanputa y me caí de esa camilla, de esa mismita dónde estás vos ahora, y en el suelo me dio un paro. Así que fijate cómo me habrán dado. Pero se aguanta. Te digo que se aguanta.

El Pelado asintió, crispándose de dolor. Quería preguntar algo. El Nariz no se dio cuenta.

—No estás solo. Pelado. ¿Sabes quién está acá, en el sótano? El Sordo. Está jodido de los tiros que le dieron en Uruguay, pero va saliendo. Elena está con él, acompañándolo en la enfermería.

Por la cabeza del Pelado pasó la imagen del encuentro en el café de Montevideo.

— ¡Elena también...!

“Putá —pensó— entonces cayó todo el mundo”

El Nariz y el Beto insinuaron un gesto de despedida. El Pelado se incorporó con gran esfuerzo.

—Una pregunta... díganme... ¿qué es eso de las monjas? que dice el Tigre que matamos unas monjas...

El Nariz volvió a mirar la puerta con aprensión.

—El Cuervo... —musitó.

El Pelado lo interrogó con la mirada. No entendía nada.

—Quiero decir que las mataron ellos. ¿No sabés? ¿no viste el comunicado? No, claro, vos estabas adentro. Son dos hermanitas francesas. Las chuparon con varias madres de Plaza de Mayo. El Cuervo se había hecho pasar por familiar y se infiltró en el grupo de ellas. Fue dando nombres y levantaron a varias. Las hicieron mierda. Yo las vi en *Capucha*. A la pobre Alice la llevaban al baño entre dos verdes, porque no podía caminar. Y todavía me preguntaba por ese muchachito rubio...

— ¿Qué muchachito?

Ahora fue Beto el que lanzó la vista hacia la puerta. El Nariz se acercó al oído del Pelado.

—Astiz. El Cuervo. El que se les había infiltrado. Ella seguía creyendo que era un familiar y que lo habían secuestrado.

— ¿Y luego...? —inquirió el Pelado.

—Las trasladaron —respondió el Nariz mirando el suelo.

— ¿Adónde?

—Vamos—propuso Beto.

—Quedáte tranquilo. Pelado. Vamos a volver cada vez que podamos —prometió el Nariz.

Jaime quiso satisfacer una última curiosidad.

—Díganme, ¿hoy es martes?

—No —respondió Beto con acentuada tristeza—. Hoy es domingo.

Se despidieron con un abrazo. Beto le susurró mientras lo abrazaba.

—Cuídate. Pelado. No hables con nadie aquí dentro. Desconfié de Todo el mundo.

La puerta se cerró y el Pelado se quedó cocinándose en su salsa, convencido de que él también había ingresado para siempre al reino de los espectros.

VI El Tigre y el Almirante

La mañana había empezado mal para el Tigre, pero ahora se abría esplendorosa. Con los brazos cruzados miraba por la ventanilla del Chevy cómo el sol doraba las ventanas de las casas de departamentos, cómo se diluía poco a poco la bruma azulada del amanecer sobre el césped cuidado de los parques.

No parecía una ciudad en guerra. A esas horas el café humeaba en las mesas de las confiterías junto al aroma tierno de las medialunas recién horneadas. Aún no había caído sobre Buenos Aires ese calor de plomo que derretía el asfalto y levantaba la espesa humedad del río.

Una brisa fresca, cantarina, se colaba por la ventanilla delantera y lo despabilaba; terminaba de aventarle las telarañas nocturnas que un rato antes todavía le pesaban en los párpados viscosos.

Iba solo y reconcentrado en el asiento trasero de ese auto con olor a nuevo. Al alcance de su mano reposaba la Uzi, de su sobaco izquierdo pendía la enorme culata marrón del Magnum. Pero ya era tal la rutina que no pensaba en las armas.

Los de adelante sí iban más atentos. El porte fiero, los anteojos negros donde se reflejaba la ciudad en movimiento, los delataban inútilmente. Al detenerse en los semáforos, la gente los espiaba con el rabillo del ojo y luego, rápidamente, volvían la vista para otro lado. Algunos miraban con curiosidad. Otros con horror. Si el automovilista que los Banqueaba era un estudiante al mando de un Citroën, procuraba dejarlos pasar y hacerse a un lado con prudencia.

Iban de civil pero no engañaban a nadie. La gente conocía esos autos sin patente, a veces equipados con una diminuta antena. Sabía que en el momento menos pensado, cuando el tránsito se atascara más de la cuenta, harían sonar una lúgubre sirena para recordar que, pese a las apariencias bonancibles de la mañana porteña, proseguía sin treguas la lucha tenebrosa.

El Tigre no reparaba en estudiantes asustados, ni ejecutivos curiosos, ni comerciantes que habían encendido la radio o puesto un cassette para combatir el tedio o el recuerdo de los pagarés que había que levantar.

Iba sumido en esa dulce certeza, en esa blanda sensualidad que lo arropaba y lo acunaba: el Almirante lo había llamado.

Lo había llamado a él solo.

En otras circunstancias había hecho ese mismo trayecto por Núñez y Belgrano hasta Puerto Nuevo, acompañando al Contraalmirante Rubén Jacinto Chamorro, al famoso Delfín. Podía decirse que eran amigos, si es que puede haber amistad entredós hombres de distinto rango. Chamorro lo había protegido, consentido y elevado y esos eran motivos más que suficientes para bendecirlo y odiarlo.

“Es un hombre que no ha evolucionado” se decía el Tigre y evocaba esos periplos matinales con el superior El agobio por la insoportable colonia que usaba su jefe, ese apestoso perfume que se escapaba de su piel rosada, perfectamente rasurada, con aquel corte de las patillas que parecía hecho con escuadra y no con máquina de afeitar.

“Es un chapado a la antigua”, se repetía. “Un tipo que se quedó en los tiempos del Almirante Rojas.”

“¿Qué quiere que hagamos? —se interrogaba— ¿que fusilemos a todos los peronistas? No, la cosa no va por ahí. Hay que darle leña a los subversivos y después...” Ese después siempre era impreciso. Uno no sabía muy bien a cuántos exactamente había que fusilar y qué haría el resto. ¿Reclamarían los fusilados? ¿Intentarían un Núremberg? Lo lógico es que tendieran a someterse, a negociar con los vencedores. La teoría del mal menor. “Si uno lo piensa bien no les queda otra.”

El Almirante lo había llamado a él. El Almirante era joven (más joven que sus colegas del Ejército y la Aeronáutica). El Almirante era pintón. El Almirante conseguía muchos recursos. El Almirante sabía hablar con la gente. Las minas se derretían por el Almirante. ¿No decían que hasta la Chabela había quedado embelesada con su pinta...? Es que... ¿quién podía llegarla comparar al Brujo con el Almirante? ¡Vamos! ¡Ni punto de comparación!

Además el Almirante tenía bolas. Se acordó de aquella operación en que había querido participar.

—Señor, usted no debería exponerse —había dicho Chamorro.

Pero él insistió. Y hasta tuvo su apodo, como cualquier operativo. Ni señor, ni almirante, ni un carajo: Negro. Eso es, Negro. Ese era el nombre.

¿Y ese día que entró al sótano y pidió dar máquina él también?

Qué delicadeza para con sus hombres, qué tacto. Una forma sutil de expresar: “Acá todos bancamos la represión. Desde el Comandante en Jefe hasta el último zumbo. Todos estamos en la joda y así no vamos a tener problemas. Acá es el arma, m’hijo. El arma se juega entera”

Y si lo había distinguido a él, puenteándolo al propio Chamorro, nada menos que al Director de la Escuela, no era porque sí, sino porque él se había jugado como nadie, no sólo dando goma, sino también entendiendo la política.

Porque él sí que estaba actualizado. El entendía adónde quería ir a parar el Almirante. Había cosas, secretos que no podía compartir con su mujer, que lo miraba con cara de imbécil y no entendía nada. Pero toda la guita, toda la manija, todo el apoyo que le habían dado... ¿eh?... ¿Eso no significa nada? ¿Eh? ¿Me van a dar todo eso y luego me van a dar una patada en el culo y me van a entregar a un Núremberg? ¡Vamos!

A medida que se hundía en su monólogo interior, se ensombrecía. La sensualidad del contacto con el Almirante se evaporaba, como comenzaba a evaporarse el agua del río cercano que el auto iba contorneando en su trayecto hacia la sede del Comando en Jefe, el blanco edificio Libertad.

La mañana empezó mal. Se había despertado angustiado antes del amanecer. Apenas una débil claridad verdosa se filtraba por las pesadas cortinas del cuarto que, aun en tierra, insistían en llamar camarote.

Tardó en reconocer la silueta de los objetos conocidos. Los banderines de los barcos donde habían estado, la placa conmemorativa de la Campaña Antártica, el obsequio de un San Martín de bronce que le dieran en la visita a un regimiento del Ejército. Las pocas cosas personales que tenía en ese cuarto de paso, en esos eternos camarotes en los que vivía más horas que en su casa. Esas puertas descoloridas que un superior podía abrir de improviso, pero a las que los subalternos llamaban con tímidos golpes. Ese armario descascarado donde estaban sus uniformes y ropas de civil, que se alzaba como una mole sombría en esa hora agónica del amanecer.

Pese a haber dormido casi desnudo, estaba empapado en un sudor malsano cuando despertó. La acidez subía y bajaba como una columna de mercurio por su esófago.

Se había sentado sobre el revuelo de sábanas agitadas tratando de escapar de una buena vez del clima pesadillesco.

Cuando fue hasta el ventanal y atisbo el paisaje conocido bajo la perversa incertidumbre de la primera claridad, evocó el sueño.

El caminaba de noche por un muelle que se hacía cada vez más estrecho. Oía la fetidez del agua cercana cuando sintió los pasos detrás. Se volvió y la reconoció: era la viejecita esa de todos los sueños. Lo peor no era su cara, un rostro desvaído, redondo como una galleta. Lo verdaderamente peligroso era esa tonadilla asquerosa que canturreaba casi sin mover los labios. Sin mirarlo. Como si estuviera en lo suyo. Pero él sabía perfectamente que la inmunda cancioncita estaba destinada a desequilibrarlo. Se avergonzó al admitirse a sí mismo que tenía ganas de correr. Entonces sacó el revólver y no pudo tirar. En lugar de la cola del disparador había una sustancia repulsiva. Como un moco. Que no ofrecía resistencia, pero tampoco accionaba el mecanismo del martillo. Simplemente un moco infecto que se pegaba a su dedo birlándole toda respuesta.

Y la vieja seguía caminando hacia él, tarareando entre dientes su canción incomprensible. Hasta que despertó.

Mientras el Tigre oscilaba entre la exaltación y la depresión, el Almirante Emilio Eduardo Massera, Comandante en Jefe de la Armada e integrante de la Junta Militar de Gobierno, ingresaba con toda su comitiva al Edificio Libertad, ubicado en la zona portuaria.

El amo del Almirante tenía blindaje y además iba encerrado por los vehículos de custodia y los motociclistas de La policía que le iban abriendo paso. Era un coche negro con patente de bronce que ostentaba el número 2, un simple dato del protocolo que, en este caso, correspondía a la verdadera ubicación de Massera en una Junta donde aparentemente todos eran pares.

El jefe de la custodia, miembro de las tropas de elite de la Infantería de Marina, venía comunicándose por radio y *walkie-talkie*, tanto con los otros coches como con la guardia del Edificio, para tratar de prevenir un atentado. Unos meses atrás, los Montoneros le "habían errado a Videla" por un pelo. El Teniente General Jorge Rafael Videla, Presidente de la Nación y Comandante en Jefe del Ejército, acababa de ingresar al Comando en Jefe cuando una poderosa bomba, operada a distancia, estalló en la playa de estacionamiento externa, a escasos metros del lugar por donde había tenido que pasar indefectiblemente el vehículo que lo transportaba. Por eso cada movimiento del Almirante era un dolor de cabeza para su custodia, que debía planificar militarmente hasta el último detalle.

Al comienzo había sido relativamente fácil porque el Comandante se movía poco,

pero en los últimos tiempos viajaba por todo el país, hablando ante distintos sectores del empresariado, concediendo entrevistas y conferencias de prensa, manteniendo reuniones privadas con dirigentes políticos y sindicales. La intensa actividad política podía matarlo, no de fatiga precisamente.

Los autos se detuvieron dentro del playón oculto a las miradas de la calle. La histeria del desplazamiento no cesó: portazos sucesivos, corridas, órdenes musitadas en la bocina de los *walkie-talkie*, taconeos en los puestos de guardia y el ruido de marciales caminantes sobre los pisos recién lustrados de los corredores.

Cuando el Comandante entraba o salía, había un instante de revuelo generalizado que, en ocasiones, era acompañado por los ajetreos de los periodistas acreditados ante la Marina de Guerra. Esta vez la prensa había sido citada para más tarde, porque se le preparaba un agasajo, “un vino de honor para despedir el año”. Aparentemente la cosa no tenía mayor importancia noticiosa, pero los allegados al *entourage* de Massera habían dejado entrever que aprovecharía la ocasión para hacer un anuncio importante.

La declaración iba dentro de un portafolios de cuero color caramelo, señalado por las iniciales E.E.M. en dorado, que llevaba su secretario, el Capitán de Navío Carlos Alfredo Vahiginger.

Un infante de Marina que observaba a lo lejos la ruidosa maniobra cotidiana, le comentó a otro conscripto, que se apresuraba a encasquetarse la gorra del uniforme de gala:

—Nunca vi tantas “tiras” juntas.

Aludía a los dorados galones del mismo Almirante, del Secretario General Naval, Vicealmirante de Infantería de Marina Eduardo Fracassi de Vahiginger y del Ayudante de Ordenes, Capitán de Fragata Jorge María Caar.

—Es peligroso tener que codearte con estos ñatos —respondió el de la gorra—. A la primera macana que te mandás, te refunden. —Luego, olvidados de esa inquietante visión matutina, retomaron a la interesantísima conversación que venían sosteniendo: si la Argentina tenía chance o no en el próximo, muy próximo Mundial de Fútbol.

Massera lucía un poco demacrado pero parecía estar de buen humor. Desde sus lejanos tiempos de cadete, a comienzos de la década del cuarenta, se había caracterizado por una mezcla bien dosificada de marcialidad y jovialidad, que jugaba alternativamente según las circunstancias.

Aún tenía la pose envarada del marino, aunque iba tomándose cada vez más frecuente la sonrisa del político. Un sindicalista peronista dado a los chistes, había comentado desde su exilio en España: “Tiene la peinada de Gardel, la sonrisa de Gardel y hasta la pinta de Gardel, pero no canta”

A medida que se acercaban a los vericuetos más recónditos del poder, la multitudinaria comitiva iba desgranándose en los pasillos interiores.

Cuando el ascensor llegó al piso 14 del edificio, desde el cual se dominaba al este el río y al oeste la bruma matinal fundida por el creciente smog de la ciudad, sólo habían quedado los íntimos y los pesados, de alguna manera también íntimos.

La guardia de uniforme que protegía las anchas puertas del Comando, estaba alertada.

— ¡Aaa-ten-ción! —vociferó alguien y todos los que aguardaban en pie tras los escritorios, se pusieron firmes.

—Buenos días —dijo Massera.

— ¡Buenos días, señor Comandante! —exclamaron diez gargantas al unísono.

El secretario particular hizo una seña a un suboficial vestido con chaquetilla blanca y pronto una jarra de café con el ancla naval, humeaba en el escritorio del Comandante.

Massera indicó a Fracassi que permaneciera con él en el despacho. El Almirante se arrellanó en el butacón de cuero y dijo tras un suspiro:

—Bueno, ya está. Ahora que pase lo que tenga que pasar.

Fracassi asintió en silencio.

Massera recordó súbitamente algo y oprimió el primer botón del intercomunicador.

—Vahiginger...

—Sí señor.

— ¿Lo citaron al Capitán Acosta?

—Sí señor. Llamé a la Escuela y me informaron que salió para acá.

—Oká. Avisame cuando llegue.

—Comprendido señor.

El Almirante abrió el portafolio, extrajo dos carillas mecanografiadas y dirigiéndose a Fracassi, ordenó:

—Y ahora peguémosle una última revisada a esto antes de dárselo a la prensa.

Los dos marinos se enfrascaron en la lectura y comentario del documento, que pronto estallara como una bomba.

El primer borrador había sido aprobado en reunión de Almirantes *y* se había confiado a Massera los últimos toques de la redacción final, para cuidar los matices políticos.

La declaración llevaba al terreno público lo que Massera había venido sosteniendo en las últimas reuniones privadas de la Junta de Gobierno; la necesidad de que el Teniente General Videla pasara a retiro en 1978 *y* no en 1979, como pretendía el Ejército. Marina insistía en la necesidad de que se cumpliera lo establecido en el Estatuto liminar del golpe: la construcción de un esquema de poder "sin protagonismos", en el que el Presidente de la Nación fuera un militar retirado, subordinado a la Junta Militar, integrada por los Comandantes en Jefe de las tres anuas.

Era lo que los comentaristas políticos llamaban la teoría del "cuarto hombre". Y si bien el General Videla la había aceptado en las palabras, *venta* mostrándose un tanto remiso a concretarla en los hechos.

Massera cuestionaba esa actitud porque, al patrocinar mayor poder para la Junta, ampliaba su propio espacio como jefe de la Marina. El *amia* lo respaldaba porque estaba bastante resentida de su papel secundario.

Las cejas espesas y renegridas de Massera se arquearon ante un párrafo que parecía poco claro. Se levantó como dándose una breve tregua *y* tomó un helicóptero en miniatura que había sobre la repisa que estaba a sus espaldas. Pensativo, dio vueltas a la hélice *y* luego dijo como si hablara en voz alta:

—Es preciso reforzar lo de Agosti. Tenemos que aparecer acompañando la posición de la Fuerza Aérea.

Fracassi lo miró con admiración perruna, como diciendo “se entiende por qué llegó a Comandante”. El otro continuó desplegando su táctica.

—Creo que debe quedar más o menos así...

Tomó la lapicera y garabateó un párrafo en una libreta de anotaciones. Luego se aclaró la voz y leyó pausadamente, marcando extremadamente cada sílaba:

—“El Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea se ha referido recientemente a este tema en un reportaje periodístico que tuvo amplia difusión, aclarando con precisión el pensamiento militar que adoptaron las tres armas para separar con nitidez las funciones de la Junta Militar (que el Estatuto define como el órgano supremo de la Nación), de las del Presidente (cuyas atribuciones constitucionales han sido limitadas por dicho Estatuto), así como para establecer que este último no debe ser simultáneamente Comandante en Jefe de una de las Armas.” ¿Qué le parece?

Fracassi simuló reflexionar durante unos segundos, para no dar la impresión de ser un consejero demasiado aquiescente. Repuso con gravedad:

—Me parece bien, señor. Creo que es una forma indirecta de sumar fuerzas para nuestro planteo. —Y tras una pausa: — ¿Y sobre los relevos de los Comandantes?

La pregunta era muy audaz. Fracassi se arrepintió de haberla formulado, porque si bien estaba referida a Videla, también podía aplicarse a Massera, que ya llevaba tres años en el cargo.

Una sombra hendió la frente del Almirante antes de contestar:

—Bueno, eso queda como estaba... Eso que dice ahí, que los relevos son cuestión privativa de cada arma y que nosotros no queremos meternos en cuestiones internas de los otros.

Había quedado parado frente a un óleo del Almirante Brown, acosado por pensamientos contradictorios. Al evocar el tema de los relevos se acordó por asociación de su segundo, el jefe del Estado Mayor Naval.

—Sería bueno que Lambruschini también le pegara un vistazo.

El informativo radial logró sacar al Tigre de sus sombrías cavilaciones. En un flash, el locutor recordaba que el Comandante de la Armada ofrecía un vino de honor al periodismo y señalaba que, según trascendidos recogidos en altas fuentes navales,

Massera daría a conocer una declaración referida a importantes cuestiones de gobierno.

El Tigre se regocijó pensando que él estaba en el ajo y que ese hombre decisivo para el país que acababan de nombrar por radio con todos sus títulos y honores, lo llamaba para consultarlo.

La sensualidad retornaba erizándole la piel.

El futuro se pintaba ahora con tonos claros. Un futuro de despachos oficiales, de autos con custodia, de secretos de Estado, de gente obligada por favores recibidos, de poderosos que lo invitaban a sus casas de fin de semana.

Si Massera había llegado, ¿por qué no podía llegar él? ¿Acaso el Negro no había sido también un oscuro oficial de inteligencia? Un tipo formado en la contrainsurgencia en la Escuela de las Américas... Vivo, como él, que supo aprovechar las oportunidades. En 1962, como segundo jefe del Servicio de Informaciones Navales, había aprendido a conocer ciertas debilidades de los hombres. A ver la política en camiseta, abandonando ciertas ingenuidades tan propias de los marinos. Eso le sirvió mucho en toda su carrera. Como le sirvió haber estado en la Comisión Política de las Fuerzas Armadas. ¿Dónde sino ahí se había ganado la simpatía de los peronistas moderados? ¿No decían que incluso Perón lo llamaba cordialmente Masserita? Masserita... Ese Perón tenía la costumbre de los diminutivos. Al Embajador en España Lo llamaba también Rojitas, en vez de decirle Brigadier Rojas Silveyra. ¿Sería para levantarlos o para cargarlos? Con él nunca se podía saber. Era un viejo ladino y taimado. Eso debía venirle de su sangre india, del Lado de La madre. Pero, al fin y al cabo, lo que enma son los resultados y Massera estaba donde estaba porque lo puso el gobierno peronista. Que él tuvo que volteara ese mismo gobierno, eso ya son cinco guitás aparte. Pero que ellos lo pusieron, lo pusieron. Y si se fijan bien, van a tener que recurrir a Massera en el futuro.

En eso estaba cuando el auto se detuvo ante uno de los puestos de guardia. Un suboficial se acercó a la ventanilla trasera y le preguntó:

— ¿Usted es el Capitán de Corbeta Jorge Acosta?

El Tigre hizo un gesto afirmativo.

—Le ruego que me acompañe, señor.

Una excitación infantil se apoderó del Tigre mientras seguía al zumbo. Lo sofocaban las palpitations y la garganta se le secó como cuando estaba por operar.

Esperó en el antedespacho, seducido por el silencio que parecía emanar de las mullidas alfombras.

No podía apartar la vista de la puerta del despacho. Detrás de ella se concentraban todas sus expectativas. Intuía, imaginaba lo que podía estar ocurriendo en ese ámbito casi divino donde un hombre solía tomar decisiones que cambiaban la vida de tantos otros.

Vahiginger, sonriente, lo había hecho sentar frente a su escritorio, con indudable deferencia. En la antesala esperaban audiencia un Contraalmirante y un Capitán de Navío que lo saludaron con un gruñido, como preguntándose: “este ilustre desconocido de dónde saca tanto poder para que lo reciba el Comandante en Jefe”

Ignoraban, tal vez, que él también era luterano como Massera. Los tipos serían logósofos u otras macanas por el estilo. En cambio él pertenecía a la sagrada secta de los luteranos, que se repetía invariablemente cada tres promociones, desde 1945. Massera había integrado la primera promoción.

Les decían luteranos porque habían surgido de una importante Reforma en los planes de estudio de la Escuela Naval. Ese cambio fue producto del irresistible ascenso de Juan Perón y el peronismo. La Marina, que lo combatiera abiertamente en tiempos del Almirante Vernengo Lima, tuvo que adaptarse a los tiempos y ocultar las viejas ideas tras un nuevo lenguaje.

Cuando él entró en la Escuela, cuando era un “bípedo”, debió elegir un “padre” entre los cadetes de cuarto. Por suerte esa era una promoción luterana. Su padre lo inició en los ritos luteranos, le impuso el respeto a la Diosa de los cuatro pares de brazos, a la implacable Kali. Cuando él mismo fue de cuarto, hizo bailar a los que no se cuadraban cuando se gritaba “Kali”.

Cuántas noches, trasgrediendo los horarios, cuando ya les habían apagado la luz, cuchicheaban recuerdos de otras promociones. De Massera se hablaba como un líder ya en sus tiempos de cadete. A él se le permitía lo que en otro oficial se hubiera considerado indigno: que le diera de tanto en tanto al trago, que fuera burrero y, desde luego, mujeriego. No había sobresalido en los estudios (el Tigre tampoco), pero había sido vivo y el verdadero, el único líder de su camada.

A diferencia de todas las otras promociones, los luteranos utilizaron la transmisión oral para crear una jerga propia dentro del argot más vasto de la Marina. Eso los definía con perfiles nítidos, y eso —se regodeaba el Tigre— permitía que Chamorro y

Massera le hubieran dado siempre una pelota que estaba muy por encima de su rango. Una pelota que hacía palidecer de envidia a muchos superiores. Una pelota que, aunque el Tigre lo negara, podía cortarse abruptamente cuando los vaivenes de una Diosa más implacable que Kali indicara desprenderse de los que podían llegar a ser una molestia. O un mal recuerdo.

El Tigre pegó un respingo cuando la voz de Massera sonó grave en el intercomunicador, Vahiginger se levantó, le hizo una seña y marchó hacia la puerta del despacho. Entró y cerró con cuidado, silenciosamente. Un segundo después la puerta volvía a entreabrirse y el secretario del Almirante le indicaba que podía pasar. El Contraalmirante, que simulaba leer, alzó la vista desde las páginas de la *Gaceta Marinera* sin poder reprimir una expresión de disgusto, como si hubieran arrojado a sus pies una bombita de mal olor.

Recorrió de un vistazo el amplio recinto. El Almirante parado tras su escritorio, al lado del pabellón argentino, terminaba de cerrar pensativo una carpeta. Después lo examinó brevemente con una mirada fría e impersonal, que alcanzó a disimular pronto con una amplia sonrisa y una invitación:

—Pase, Acosta, por favor.

El Tigre avanzó hasta el escritorio de caoba y se puso firme. Massera le extendió la mano y lo saludó con cordialidad. Luego le indicó que se sentaran en unos sillones, para restarle formalidad al encuentro.

— ¿Un café?

—Gracias, señor.

Massera dio instrucciones a Vahiginger para que nadie lo interrumpiera y quedaron solos, envueltos en un silencio embarazoso.

Massera lo rompió con soltura, mientras el otro espiaba hasta sus mínimos gestos, tratando de memorizar todas sus palabras para repetirlas después en la Escuela ante los oficiales y los chupados más inteligentes.

— ¿Cómo anda, Acosta? ¿Muchos problemas? —sin darle tiempo a responder prosiguió con el breve discurso introductorio que ya tenía preparado—. Y... es lógico. Con estos tiempos que corren la Patria nos demanda un sacrificio total. Una entrega total... Eso es, total, al servicio. ¿Me explico?

—La guerra que estamos librando no la hemos elegido, nos la han impuesto. Y lo que es peor, se la han impuesto a una juventud que podría ser valiosa, que podría ser recuperable para la Patria, cuando deje de oír el canto de sirena de los nihilistas, de los que aman la muerte. ¿Me explico?

—Esta guerra la vamos a ganar. No tengo dudas. Porque sé (como lo dije alguna vez) que no vamos a combatir hasta la muerte. Sé que vamos a combatir hasta la victoria, esté más acá o más allá de la muerte. Porque sé que... ¿cómo le diría...? Sé que estamos más preparados, tenemos todo el poder de la violencia legítima que ellos no tienen y tenemos, aunque ellos digan lo contrario, el apoyo del pueblo que quiere paz. Porque el pueblo siempre quiere paz, ¿no es cierto, Acosta?

El Tigre asentía en silencio y trataba de no perder la ilación, ni tampoco las palabras separadas que oía como si se hubieran pronunciado por primera vez en el mundo. Le habían contado que esos conceptos no eran de Massera, que tenía un *staff* de periodistas a sueldo que le armaban sus discursos, pero no le importaba. Era evidente que la línea la bajaba el Negro. Era evidente que ese hombre creía en lo que decía, a juzgar por la pasión contenida y seria con que se expresaba.

—...El pueblo quiere comer, quiere ir al cine, quiere educar a sus hijos. Cosas sencillas. Sencillas pero que hacen a la vida, ¿me explico? Nadie quiere morir ni pelear salvo que usted lo acorrale, que no le deje una salida. En suma, hay que vivir y dejar vivir. Ni tan ricos ni tan pobres. ¿No es cierto? El término medio. Yo —se sonrió— si no fuera porque no queda bien la palabra extremista, si no fuera porque hemos debido exterminar al extremismo, me atrevería a decirle que soy un extremista de centro. ¿Eh? ¿Le gustó, no? Veo que le gustó. Le voy a dar un anticipo. Le pido que lo mantenga en reserva: vamos a sacar un diario. Un diario dirigido por un periodista muy capaz, este muchacho Ezequiel Lezama. ¿Eh? Ya lo sabía. Vamos, no me diga... Ya lo sabía. A usted no se le escapa nada. Acosta. Se ríe, ¿eh? Bueno, a lo que iba, ese diario va tener un lema, a ver que le parece... Ese lema va a ser “El diario de extremo centro”. ¿Qué le parece? Le gustó, ¿eh? Ya veo que le gustó.

El Almirante hizo una pausa para tomarse un último sorbo de café frío. Acosta aprovechó para meter su primer bocadillo.

—Me parece brillante ese slogan, señor, y creo que muchos argentinos se van a sentir identificados, porque fíjese señor que...

— ¿No es cierto que es buenísimo? Le decía, la guerra la vamos a ganar, de eso no me caben dudas. Ya casi la tenemos ganada. Le diría que la tenemos ganada desde que

esta gente se peleó con Perón y Perón los echó de la Plaza. No es eso lo que me preocupa. Me preocupa cómo vamos a ganar la paz... ¿me explico? Porque si no ganamos la paz, fíjese Acosta, si no ganamos la paz, la guerra puede empezar de nuevo bajo otras formas. Porque siempre van a existir problemas que la justifiquen, Siempre hay pretextos para hacer una revolución. Ahora son los Montoneros y mañana puede ser otra cuestión. Entonces, a mí me preocupan muchas cosas. Me preocupan aspectos de la política económica que yo he marcado en algunos discursos. Yo sé que debemos hacer un país eficiente, con una iniciativa privada pujante. Esa es la filosofía del Proceso. Pero si abrimos todo a la importación, vamos a destruir la producción. ¿No es cierto?

A esta altura el Tigre se esforzaba cada vez más por desentrañar el contenido del discurso. Adivinaba que estaba en el prólogo y no lograba descubrir el hilo de Ariadna que lo condujera al final del laberinto. El Almirante se había levantado y miraba la ciudad a través de un ventanal.

—El problema es que hace falta una nueva mística. Los hombres están gastados, las palabras están gastadas. Todo huele a viejo. Tenemos que crear algo nuevo. Así la gente producirá contenta y el país alcanzará su destino de grandeza. Sin esa mística estamos perdidos. Esta gente que combatimos tuvo una mística, por eso arrastraron multitudes. Pero como esa mística los llevaba al fanatismo colectivista, perdieron el apoyo. Ahora bien, lo que yo quiero es tomar lo bueno de cada lado. El país es como un mosaico... ¿me explico? Y cada uno de los cuadraditos de ese mosaico, tiene una parte de razón. O una parte aprovechable, que es lo mismo.

El Almirante volvió a acercarse al Tigre.

—Del peronismo hay que tomar lo bueno y del radicalismo, del conservadorismo. De todos menos del comunismo y el nazismo. Y de esta gente hay que tomar la mística que bien canalizada permita desfogar las energías rebeldes de la juventud. ¿No le parece?

El Tigre intentó una respuesta pero el Almirante, que había vuelto a sentarse, lo interrumpió una vez más.

—Hay que ganar arrepentidos para nuestra causa. ¿Me explico?

Massera le había dicho esto último en voz baja, mirándolo a los ojos. El Tigre comenzaba a comprender. No sólo el discurso de esa mañana sino muchas otras cosas. Comenzó a entender por qué habían ido agrupando a algunos chupados, por qué les habían dado como tarea que revisaran y ampliaran el archivo del diario "Noticias", por qué se había formado el "staff", que era cualitativamente distinto al "ministaff" integrado

por los colaboradores de total confianza.

El Almirante parecía haber adivinado sus pensamientos porque, siempre en el mismo tono de voz confidencial, indagó:

— ¿Cómo anda la gente?

— Bien... dentro de su situación — se sonrió a pesar suyo.

— Ajá... Pero quiero decir si hay una disposición activa a colaborar. Una comprensión definitiva de su equivocación. No sé si soy claro...

— Según los casos, señor.

— Yo me refiero a la mayoría del grupo ese... ¿cómo lo llaman? El staff, eso, el staff. Yo sé. Acosta, que hay gente contumaz, irrecatable. Me refiero a la mayoría de ese grupo.

— La mayoría parece haber entendido, señor.

— Bien, eso quería saber. Era importante precisarlo en función de algunos proyectos.

Miró inquisitivamente al Tigre, que no pudo evitar un estremecimiento.

— ¿Esa gente tiene bien claro que va a sobrevivir?

— Sí. Bueno. Tiene claro que va a vivir si admite la derrota.

El rostro de Massera se había tomado ceniciento. Replegado en la penumbra, musitó:

— Eso es lo que quería decir.

— ...Porque habrá excepciones, señor.

— Claro. Habrá excepciones. Hay caminos sin retorno.

— Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

Las cejas del Almirante se arquearon. Luego volvieron a distenderse y respondió en tono neutro:

—Sí, por supuesto.

— ¿Norma Arrostito es una excepción?

La frente del Comandante de la Marina se surcó de arrugas. Decidió responder con una pregunta.

— ¿Usted qué piensa?

—Yo creo que es irrecuperable, señor.

Massera no hizo ningún comentario. Se limitó a mirar al Tigre. Luego arrancó con una respuesta elíptica.

—Yo quiero conservar para el futuro a lo que llamo los Predicadores del Arrepentimiento. ¿Se acuerda de lo que dije en la última cena de camaradería de las Fuerzas Armadas? “También los equivocados arrepentidos tienen un lugar en la Argentina que soñamos.” Acuérdesse, Acosta, los Predicadores del Arrepentimiento. Me imagino que usted ha leído a Clausewitz, ¿no? ¿Se acuerda cuál es su definición de victoria? Un ejército vence a otro no cuando lo aniquila totalmente (cosa que se da pocas veces en la realidad), sino cuando *le arrebató la voluntad de combatir*. A esta gente no la reservamos para una simple maniobra de inteligencia. Sino para algo más trascendente. Algo que se irá desarrollando seguramente cuando yo mismo no ocupe este despacho.

“Pero cuando te prepares para ocupar otro aún más importante”, pensó el Tigre.

—Dos cuestiones, Acosta. ¿Cómo está Dri?

—No sé, señor. No podría responderle. No me fío de ese tipo.

—Convénzalo de que va a vivir.

Massera se incorporó para cortar la entrevista, que había durado demasiado.

—La segunda: lo hice venir para comunicarle que voy a visitar a la gente de...

— ¿Del staff?

—Eso, del staff. Voy a hacerles una visita dentro de pocos días. Yo le avisaré la fecha justa. Quiero que los vaya preparando para ese encuentro. Quiero que usted mismo y la gente del Grupo estén preparados para esa visita.

—Comprendido, señor.

—Bien, Acosta... —Le tendió la mano.

El Tigre salió dividido por sentimientos opuestos. Por un lado había aumentado su fidelidad al jefe; por otro lo abrumaban ciertas ambigüedades que nacían en el Massera político. Hubiera preferido las órdenes secas y precisas del militar.

Se quedó a curiosear en el vino de honor y escuchó la explosiva declaración del Almirante. Temió la reacción del Ejército: “Los fósforos se van a cabrear”, pensó. Por un momento tuvo envidia de su hermano el milico. El Ejército no necesitaba sacar cuadros de apoyo de la subversión para hacer política. Sus propios oficiales venían haciendo política desde el 30. Eran lo más parecido a un partido armado que se pudiera concebir.

Vio un nuevo Massera bajo los flashes y se marchó contento rumbo a la ESMA.

De camino decidió que sería bueno comerse un matambre al barro en su carrito favorito de la Costanera.

Cuando entraron los tres marinos, la gente los miró con sobresalto. Era temprano y había pocos parroquianos. Se fueron derecho a un ángulo desde el cual podían dominar el auto estacionado en la vereda y todos los movimientos del local.

Los dos pesados cambiaban bromas obscenas acerca de las descomunales caderas de la cajera. El Tigre había perdido los efluvios del poder y Caía en un nuevo cono de sombra.

Un sentimiento insidioso comenzaba a enseñorearse de su alma oscura, Un sentimiento que rechazaba como una debilidad, que lo iba corroyendo como si tuviera una planta carnívora en las entrañas.

Algo volvía a traerlo a la memoria. Tal vez el vuelo de una falda bajo el sol. O el encendido tono de una blusa frente al ancho, inacabable río. Tal vez venía en la brisa costanera, como un perfume venenoso.

No tenía nada que ver con él y por eso mismo lo desarmaba. No era una de esas clásicas pasiones sucias y mezquinas que lo habían acompañado tantos años. Era una suerte de imposible retorno a los quince. A los días interiores a su ingreso en la Escuela. A los poemas cursis de entonces. Los poemas que copiaba de los libros baratos y le enviaba a la amada que no se casó con él, que no quiso siquiera ser su novia. Ahora resurgía, en el humo azulado de las parrillas, veinte años después.

Porque aunque el Tigre no quería reconocerlo, estaba enamorado de tina de esas mujeres a las que podía matar o salvar con la misma facilidad con que acababa de pedir la comida.

VII Lejanías

¿Cuándo se unirá la Milicia de la Ciudad Celeste con la Milicia de la Ciudad Terrena?

¿En qué instancia?

¿Por medio de qué alquimias?

¿Con qué deleznable materiales?

¿Cómo habrá de alzar la sórdida vida del hombre embrutecido por la falta de esperanza?

¿Erigirá templos matinales que brillen al sol, cúpulas doradas de un amanecer eterno?

¿Hará sentir la voz de Dios al hijo pródigo que no sabe por cuál camino regresar?

¿Dónde está la redención de tanta miseria, de tanto egoísmo, de tanta concupiscencia, de tanta maldad cínica y desafiante, de tanto escándalo, de tanta podredumbre, de tanta gusanera tras los sepulcros blanqueados, tras las horas que pasan inútilmente, tras las ferocidades que se esconden como una llaga purulenta?

¿Por qué la Ciudad Terrena nos oculta la Ciudad Celeste y el Hombre va reptando hacia el Apocalipsis como la pérfida, como la tentadora que le enseñó el camino seguro de la Muerte?

¿Adonde estás. Señor, que las viejas palabras ya no sirven para encontrarte, que ya ni sirven para encontrarnos en la cálida certeza de aquella inocencia que tuvimos en el Credo, en el Padrenuestro, en el Ave María, en los rosarios, misas y jaculatorias?

¿Cómo distinguir tu voz entre el ruido de los módulos electrónicos, la trepanación celeste de los aviones de chorro, la estúpida cortina de ruidos y músicas que nos reclaman y nos atontan?

¿Cómo empuñar, Señor Dios de los Ejércitos, esa Misericordia que nos anega el alma inmortal y blandiría contra los Autómatas, con toda la agria certeza de que tu Palabra rompe los muros?

Estaba al fin lejos de esos extremos: Chajarí y Buenos Aires. En ese Chaco algodonero de los nuevos colonizadores de la tierra. Entre hijos de gringos, alemanes, polacos. En ese Chaco confín, a ratos Litoral, cuando miraba la punzante melancolía del Paraná llevando aguas abajo los camalotes con la sorpresa de una yarará que se había quedado dormida. Ese litoral cercano a la siesta polvorienta del Paraguay adormecido en su miseria y su dictadura. El Chaco de los quebrachos y las palmas, de los esteros aptos para el mensaje crepuscular del chajá. El Chaco con el Impenetrable, su desierto de yuyos sin destino, sus montes abrumados de espinillos, percutidos de garrapatas y abandono. El Chaco cooperativo y peronista, ahora también universitario y cristiano. El Chaco con su horizonte de palmeras al atardecer. El Chaco provincia joven, consagrada federalmente por Perón, que la había redimido de su condición apendicular de Territorio Nacional, de baldío perteneciente a la Nación.

Más acá de los quebrachos y las yararás, en el cemento alevosamente híbrido de los constructores italianos, en los pujos ingenuos de la joven ciudad “progresista” que se resistía en vano a la indiferencia de la Capital, estaba el Colegio Mayor Universitario.

En sus claustros iba fermentando el caldo social cristiano. Todavía no destilaba el producto final: la nueva montonera que galoparía sobre el asfalto en caballos de fuerza, sustituyendo la tacuara por el FAL.

Eran las vísperas.

Era aún la precaria calma del gobierno radical, preñada de futuras tempestades.

El Chacho cabalga hacia la muerte. Lleva aún pegada al tronco la cabeza que le quitarán. Lleva en la mirada el presentimiento de la emboscada que ya le están tendiendo.

Cabalga por la tierra lunar de La Rioja y va pensando en ese General Quiroga, en ese Facundo, en ese ventarrón de cascos que se repiten en el yermo inexorable del siglo.

Hace frío en la noche lunar y el hombre que va a morir piensa ya en su propio recuerdo. En el recuerdo de la muerte.

Felipe marcha al destierro entre montañas madrinas, arrogantes de sales de sobre. Hacia ese pescante del Sur, hacia ese Chile salitrero que preuncia la seguridad liberadora del Pacífico. Puede dejar a los unitarios a sus espaldas, pero en las alforjas de cuero crudo van los recuerdos ensangrentados, los sueños que los porteños han pisoteado, la idea derrotada de la gran América bolivariana.

Hace muchos años que comenzó esta guerra contra los doctores del Puerto. Hace ya muchos años de correr de una provincia a otra. De llegar como un vendaval asiático a inquietar el sueño de los tribunos que adoptaron el jaqué europeo. De huir en las sombras con una pequeña partida.

Hace muchos años que el Tigre rugió peí última vez en Barranca Yaco, donde el destino común de los caudillos interceptó el paso inquieto de su calesa.

Hace tiempo que sus espectros vagan por pampa y esteros. Hace tiempo ya, viejo Felipe, que los ponchos se hacen en Manchester y se entretejen con empréstitos acordados entre gallos y Baring Brothers.

Hace ya demasiado tiempo que él le envió su espada a Rosas y que Rosas se fue a Southampton.

Hace años largos que Don José Gervasio dejó de meditar en su destierro de Asunción. Que archivó para siempre esas locas ideas de entregar hermosas pasturas a manos sarmentosas y plebeyas. A manos que ignoran todo lo bueno que las manos deben hacer cuando no están ocupadas en desmontar rafees.

Hace tiempo que un viejo cansancio atropella el corazón cuarteado de cicatrices Y el polvo se apresta a cobijarnos. A damos el largo olvido que nos hemos ganado con los trajines imposibles.

Tanto penar para morirse uno.

Qué descanso saber que el algarrobo se levantará sobre nuestro silencio en una tumba sin nombre.

Y sin embargo, hay algo que ni Felipe, ni Facundo, ni José Gervasio, ni Martín Miguel, ni el Chacho, saben. Ni pueden saber. Ni lograrían entender.

De esos gringos andrajosos que salían como pulgas azoradas de los barcos. De esos puñados de mugre nostálgica. De esos. De los alucinados por la Pampa-Despensa, por la Pampa-Madre, por la Pampa-Tierra. De la carnaza innoble que rememoró aldeas remotas en los barracones del Puerto. De los gráficos que acumularon líneas de un idioma que estaban aprendiendo. De los artesanos que amamantaron cortas y escasas industrias. De los bigotudos esos. De los empachados por liebres solidarias.

De esos surgió la primera huelga cuando terminaba de extinguirse la penúltima montonera.

El Colegio Mayor no era, como usted podría figurarse con toda lógica, un colegio. Era aproximadamente una residencia para estudiantes. Esto de *aproximadamente* no es un capricho semántico. Porque usted, también con toda lógica, podría suponer que era un solo edificio con sus claustros, su capilla y toda la vela. Nada de eso. Era un nombre. Un nombre institucional para designar un programa de albergues estudiantiles. Ya me entiende: grupos de alumnos universitarios repartidos en distintas casas, en pensiones más o menos grandes. Había, claro, un denominador común. Esos distintos albergues pertenecían a ese nombre unitario y estaban patrocinados por la Democracia Cristiana.

¿Para evitar que las ovejas se descarriasen?

Exactamente.

¿Y... lo evitaron?

Todo lo contrario. El Colegio terminó varias veces allanado por la policía y maldecido por los obispos reaccionarios.

¿En serio?

Se lo digo yo. Es lo que cualquier barbudo de apellido difícil llamaría la dialéctica.

¡Ah...!

Por las mañanas, en cuanto se apagaba el gallo, se encendía la radio de la señora de la limpieza. Eran los tiempos aquellos de Palito Ortega y Leo Dan. La felicidad-a-a-a-á, la felicidad-a-a-a-á. A veces un chamamé resquebrajaba la contundencia repetitiva de los juglares patrocinados por RCA Victor.

La felicidad-a-a-a-á se reiteraba después en la desafinación de la señora que hacía la limpieza y parecía concentrarse en la placidez con que se lamía la minga el perro del colegio.

En la pieza en sombras, compartida, había olor de soltería, de medias arrugadas debajo de la cama. En las paredes los cromos de la Anunciación, los ojos de María vueltos hacia un cielo demasiado azul.

Los muchachos en camiseta se despertaban con mate y se acostaban con mate. La unidad nacional se iba sintetizando en los pausados chupetazos a la bombilla.

Afuera estaba la Universidad del Nordeste, adonde se dirigían para ser

contadores como Jaime, ingenieros, abogados, médicos.

Allí la Babel chaqueña congregaba las esperanzas de muchos hijos del interior. Venían de las chacras. Con todos los signos indoeuropeos y también con los rasgos mestizos de un criollaje pobretón que había logrado ascender a las aulas universitarias, al calor de la ilusión que había generado el desarrollismo.

Entre 1958 y 1962, el país se había llenado de fábricas automotrices, las compañías petroleras habían convertido a la Patagonia en un Far West y habían vuelto a proliferar universidades en el interior. Luego regresó la recesión y finalmente otra breve expansión, con el gobierno radical. El país, pensaba la clase media, necesitará muchos técnicos y profesionales. Las grandes empresas auguraban un destino de gloria.

Ese destino era todavía más verosímil en Buenos Aires. Estaba más europea que nunca, la guacha. Florecían restaurantes exóticos, cafés-concert donde podían escucharse instructivas canciones de protesta. Al europeísimo de la cultura *seria*, de los teatros de vanguardia, se superponía una nueva cultura de inequívoca procedencia: la del ejecutivo. *Dinámico y rodeado de azafatas...* —ironizaba María Elena Walsh— *trajina para darnos la ilusión/ de un cielo donde muy poquitos/ aprenden a jugar al golf/ Ay qué vivos/ son los ejecutivos/ qué viven del del sillón al avión/ siempre tienen razón...*

La pequeña burguesía asistía entusiasmada a una liberación sin precedentes. El Instituto Di Tella, patrocinado por una conocida firma de fabricantes de electrodomésticos, estallaba en los happenings de Martha Minujin en los que cualquier señor gordo y pelado podrá ser Miguel Ángel durante 10 minutos. Buenos Aires superaba a París en materia de móviles y acrílicos. Los plásticos argentinos repintaban de verde las aguas podridas de los canales venecianos. Los adelantos derrumbaban muchas costumbres provincianas de la Gran Aldea. Iban relegando a los barrios populares los largos e infructuosos escarceos eróticos en los zaguanes. Las películas suecas habían revelado que era posible coger con la noviecita del alma.

En ciertos núcleos podía darse un paso más allá. La cultura de la lengua llegaba a las remotas costas del Plata. La nueva ropa de los jóvenes derrumbaba el almidón argentino, arrojaba la corbata al cajón de las cosas inútiles. Creyendo vivir la dulce vita, más de un simplón se reunía en la ronda de la yerba. Los almohadones sustituían a los divanes que la generación anterior consideraba modernos. Los discos de Vivaldi y los Beatles se escuchaban en los bulines estudiantiles. El que no amaba el barroco era un imbécil. El que no ponía un letrero público en el baño, un antiguo. Las volutas de Aubrey Beardsley, los artilugios del *art nouveau*, convivían con un cenicero robado en un hotel de Villa Gesell y una copa escamoteada en un bar de Belgrano. Todo era “pop”. Hasta

aquello que realmente lo era...

El sueño "hippie" no lograba enseñorearse de vastos sectores de la juventud pequeño-burguesa, como iba ocurriendo en muchos países centrales, pero aportaba pautas formales, externas. El *sex-group* era más una temblorosa curiosidad que una realidad. Estaba más presente en las bromas que en las camas, pero era de buen tono dejar trascender que se estaba más allá del bien y del mal. Las fotos de Sigmund Freud, pegadas sobre bastidores de madera, sospechosamente idénticas, comenzaban a proliferar en la zona "pequebú" del aristocrático Barrio Norte. Infinidad de psicoanalistas se agrupaban en un radio de varias manzanas que tenían por epicentro a Agüero y Santa Fe. Villa Freud, para los iniciados... Era necesario "asumirse", otorgar jerarquía "a nivel de", como años después sería imperativo "proletarizarse" "Filo" (la Facultad de Filosofía y Letras), o la Manzana Loca, eran puntos estratégicos de las nuevas formas en danza. Pronto los posters de Beardsley, con sus cabecitas victorianas llenas de arabescos, cederían su lugar en las paredes a Mao, al Che o a Kim II Sung. De Vivaldi, algunos pasarían al Libro Rojo. Otros combinarían la historieta del Corto Maltes con los escritos del General Giap.

Reaccionaban contra la estrechez del bife con ensalada, de las pastas domingueras, de la sordidez, de los partidos de fútbol escuchados por radio. Erigían nuevos templos frente a la cursilería de las confiterías a media luz de los años cincuenta. Una muralla de nuevos lugares comunes se alzaba contra la jubilación y el reuma, contra las estupideces de los programas de preguntas y respuestas, contra los romances de artistas en las revistas especializadas. Mientras tanto, el doctor Ricardo Balbín evocaba un Dueños Aires de techos bajos, en el que las familias salían en las noches de verano a tomar fresco en la vereda y comentar las anécdotas cruciales de la cuadra o quejarse contra los efectos siempre nocivos de la humedad.

La vasta clase media, que había enfrentado mayoritariamente al peronismo, renovaba sus mitos, mientras los techos bajos eran reemplazados por altas torres de cristal y aluminio y los suburbios de la Capital y algunas ciudades del interior modificaban su paisaje con los ladrillos de las nuevas fábricas. Las ilusiones desarrollistas comenzaban a producir esos técnicos y profesionales que el país iba a ubicar seguramente en la Lord, en Ducilo, o en la pseudovernácula Bunge y Born. ¡Hagan cancha que hay lugar para todos...! Este ha dejado de ser un país agroexportador. Entonemos un breve himno a la soda solvay. La petroquímica nos redimirá del viejo olor a bosta de vaca que llevamos pegado a la suela de los zapatos... o de las alpargatas. Los memorables culos de las argentinas resplandecen en toda su opulencia bajo la suave textura de los flamantes polímeros. El petróleo es fuente de modernas erecciones.

Fronzizi había sido derrotado por los militares debido a insensatas sospechas de marxismo. El y su Harry Hopkins, Rogelio Frigerio, aparecían, frente a la candidez de los servicios de inteligencia militares, como marxistas infiltrados en una de las corrientes del radicalismo, para destruir el “ser nacional” En realidad habían fortalecido como nadie esa nueva cultura gerencial y subordinada con sus proyectos desarrollistas. El breve interregno radical del pueblo, con un neokeynesianismo a la chacarera, no podía asegurar la continuidad de ese proceso de modernización del capitalismo dependiente y por eso tuvo, a su turno, que ser derribado.

Los militares, que habían exorcizado a patada limpia el demonio desarrollista, acabaron por asimilarlo. Como suele suceder tan a menudo, por otra parte. Hacía falta un nuevo remezón de concentración monopólica, de política monetarista, de caucho policial sobre las manifestaciones populares. Y vendría, bajo el pomposo nombre de Revolución Argentina.

Bajo esa costra modernosa, “este conflicto generacional”, como gustaban decir los sociólogos adocenados, antiguas realidades calentaban la marmita.

A kilómetros de la calle Florida, de los cafés express del “Augustus” en las calles de barrio arrasadas de baches y nostalgia, eran otras las preocupaciones. En las nuevas fábricas del interior y en las nuevas universidades, se iba amasando una nueva población obrera, una nueva población estudiantil que no leía a Althusser ni a Marcuse. Pero que iba haciendo su camino, bajo la paz engañosa del gobierno de Illia.

También estaba el país de saco y corbata. El país de gomina, oligárquico o el clasemediero, liberal o ultramontano. El país “blanco” que solía ufanarse: “aquí no tenemos problemas raciales”. Que llamaba “cholos” a los bolivianos, “macacos” a los brasileños y “cabecitas negras” a los argentinos mestizos.

Esos diversos países tenían escasos lugares de entrecruzamiento, más bien se superponían en círculos concéntricos, formando esa curiosa espiral de la identidad nacional. Que seguía siendo un tema obsesivo. En el fútbol, en la literatura, en el ancho de las avenidas. Todo escritor que quisiera tener acceso a los nuevos medios de información, a los plagios criollos de *Time* o *Newsweek*, debía preguntarse una vez al mes: ¿qué es ser argentino? Al lado de esas aburridas indagaciones, otras secciones revisteriles proponían el “pret a porter”, ensalzaban al “decisión maker”, postulaban las copas del “after six” o, en un gesto de rebeldía inolvidable, aseguraban que Buenos Aires tenía más cabarets literarios que Nueva York. Cortázar y Le Pare triunfaban en París, Borges y Sábato hasta en Estambul. Los técnicos argentinos humedecían los ojos de sus colegas de la NASA con prodigiosas invenciones. Estaba de moda repetir que exportábamos talento,

que prodigábamos a los Von Braun del subdesarrollo. Timerman era el Randolph Hearst local. Y todos contentos.

De vez en cuando algún imbécil se abordaba de que estábamos lejos, muy lejos de las luces del centro. Pero pronto lo hacían callar. Cualquier pelafustán podía hablar en un café de la calle Corrientes sobre Bergman o Marguerite Duras, pero no conocía ni por las tapas los libros de Roberto Arlt o de Scalabrini Ortiz, hasta que la ráfaga de la moda se inclinó sobre ellos. En más de un caso, para malversarlos.

Y sin embargo, pese a todo ese provincianismo nauseabundo, la Argentina provinciana estaba por explotar. Más allá de la manía de preguntarse por la identidad nacional inexistente, esa identidad iba fraguando a caballo de dos clases, en determinados lugares.

Jaime y muchos de sus compañeros compartían esa otra realidad. Su tránsito hacia una nueva conciencia no se operaba en los cauces de la izquierda tradicional antiperonista, sino navegando a dos aguas entre el nacionalismo católico de cuño medieval y el socialcristianismo.

El paso por esa derecha segundona que había heredado la ideología de ciertos sectores oligárquicos, sin heredar a un tiempo la fortuna, sería muy fugaz.

La vida en provincias no era lo mismo para el joven pequeño burgués que la vida en la capital. Los ecos del Di Tella llegaban amortiguados, las quimeras desarrollistas se deshacían más rápido. Y el hijo del pequeño propietario que había llegado a la universidad del interior acunado por la familia en los viejos sueños del prestigio (de mi hijo el doctor), en las paparruchadas esas de la movilidad social que alguna vez fueron ciertas, salía radicalizado o atontado a comprobar que la sociedad ya no se movía tanto y que los grandes puestos públicos y privados no alcanzaban para la mayoría.

La revolución pronto se nutriría de todo ese desconcierto.

VIII La noche de Navidad

LOS días que se sucedieron entre el 18 y el 24 de diciembre de 1977, fueron para Dri como una jornada única e interminable.

No hubo secuencia entre el día y la noche, entre la mañana y la tarde.

El Teniente de Navío Schelling, a quien no conocía por ese nombre ni tampoco aún por su apodo, Mariano, le hizo algunas visitas breves, en las que disimuló el interrogatorio bajo la apariencia de una charla cortés e Informal.

Esa voz amable tenía a veces otras inflexiones. El Pelado lo escuchó Interrogar en una celda contigua. La voz metálica, imperativa, alcanzaba matices de inusitada ferocidad mientras el prisionero gemía defendiendo con su verso la vida. A ratos los gritos del muchacho lo retrotraían a Uruguay y lo enloquecían. Esta vez estaban mucho más cercanos y se imaginó al Sopita desnudo en la parrilla. El contrapunto de aullidos y música a ludo volumen era insoportable y se alegró por el desconocido y por él mismo cuando pusieron fin al interrogatorio. “En cierto sentido —comentaría más tarde— es más jodido oír cómo torturan a otro que tu propia tortura”

Aquellos días pasó la mayor parte del tiempo en la estrecha celda, rumiando pensamientos circulares que iban y venían como en una película sin fin.

La luz potente, calurosa, estaba eternamente encendida. La música también era eterna. Desde afuera, ese afuera desconocido, se oían de tanto en tanto voces, las más de las veces pasos, simples pasos que agitaban el pulso y tensaban el oído al acecho. Siempre al acecho.

Un enfermero con expresión aburrida le observó la herida y luego, sin darle mayor importancia, se limitó a vendarla.

El Nariz y el Beto no reaparecieron.

Cerca de la puerta sentía la presencia permanente de los guardias Vestidos de verde. Eran todos jóvenes y sospechó que debían ser alumnos de la Escuela, futuros suboficiales. Pronto advirtió que su consigna principal consistía en maltratar a los prisioneros. Aunque había excepciones. Uno de ellos, un adolescente todavía, lo había mirado compadecido.

A veces le dejaban la capucha floja; otras tiraban fuerte de la cuerda que la cerraba y la anudaban con firmeza, embolsándole la cabera. Cuando podía, aliaba levemente el borde y espiaba hacia el piso. Tenía siempre la inquietante sensación de que alguien pudiera estar observándolo. Algunos eran furtivos y entraban en cualquier momento, otros sólo acudían cuando él los llamaba para ir al baño.

El dolor de las heridas le impedía acomodarse para dormir y la música era el peor suplicio. Cuando por fin alcanzaba una postura relativamente cómoda para su hombro dislocado, llegaban bajo distintas apariencias los mismos pensamientos.

Dos veces al día le traían una clásica comida cuartelera. Venía servida en una de esas bandejas de metal donde se mezcla la sopa con el guiso o el pan se empapa con el agua del jarro. Los primeros dos días no tuvo hambre; sólo sed, una sed inextinguible. Después venció la repugnancia y empezó a probar la comida.

“Es una porquería de sabor, aunque seguramente tiene las calorías y las proteínas adecuadas” pensó mientras dejaba a un lado un grasiento pedazo de carne fría y se comía la pequeña naranja que completaba el menú. “¿Adecuadas para qué?” se preguntó enseguida, recordando que estaba ahí para ser asesinado.

Comenzó a imaginar el mundo sin él desde fuera. La Negra guardaría un largo tiempo de luto y luego, un día cualquiera, acorralada por la soledad, volvería a “formar pareja” ¿Con quién? ¿Con algún compañero del Partido, como habían hecho algunas viudas? ¿O regresaría afectivamente a su realidad original y se metería con algún revolucionario centroamericano, con algún antiguo compañero de facultad en Panamá? Vanesa y Fernando crecerían con la madre sola o con el nuevo padre y él sería un recuerdo omnipresente, borroso y lejano. Reconstruirían su cara por las fotos personales, o por las que publicara el *Evita Montonera*. Pero no lograrían asociar ese rostro pensativo con los gestos cotidianos del papá de la primera infancia.

No sólo lo hostigaban esas imágenes del futuro; también lo asaltaban las actuales. La Negra estaría alarmada porque no había hecho las llamadas de control. Tal vez los diarios habrían registrado caídas en Uruguay. La Organización ya debía conocer el desastre.

Se la imaginó por avenidas flanqueadas de palmeras, caminando agitada y enérgica. Con canas en su pelo ondulado y una mueca amarga en la comisura de los labios, con la misma nerviosa electricidad de diez años atrás. Recorriendo casas de amigos, procurando llegar a Don Omar, entrevistándose con el responsable partidario en Panamá; acudiendo sin lágrimas con dureza, a la solidaridad de todos.

¿Ya habría dado la alarma o se estaría conteniendo, imaginándolo escondido en Uruguay, buscando una vía de escape? Suponía que los militares argentinos no iban a decir nada y que los uruguayos también se callarían la boca Cuando querían que un tipo desapareciera de la faz de la tierra, desaparecía.

A los chicos no les diría una palabra hasta tener la certeza de que él había sido secuestrado. Entonces se lo revelaría así, brutalmente: “Hijos, los malos. Los que defienden a los ricos, han secuestrado al papá. Tenemos que ser fuertes y aguantamos la rabia y el dolor, porque eso es lo que el papá quiere. Vamos a Luchar para tenerlo, para que pueda estar pronto con nosotros” Vanesa, entonces, miraría el regalo de Navidad que le preparaban para su regreso y Fernando saldría a la calle a jugar, a olvidarse que estaba marcado para siempre.

Se imaginé su ausencia la noche de Navidad. La Negra fumando en un rincón, hablando en voz baja, tejiendo hipótesis; la parienta solícita atendiendo a los chicos y tratando de que jugaran y comieran hasta caer rendidos.

Sintió un enorme alivio al saber que estaban tan lejos, que eran invulnerables. Que estos tipos no podían aterrorizarlos ni ensuciarlos. Recordaba testimonios. La mujer violada frente al marido. El torvo que le pone la pistola en la cabeza a los niños para que el padre hable.

“Por suerte estoy solo”, se dijo. Y se concentró en esa resistencia solitaria, más lejana del mundo exterior que la Tierra del Sol. Entonces volvió a pensar en su muerte, individual y clandestina. La caída de su propio cuerpo aterrorizado en las aguas del Atlántico. La inmersión en el doble abismo del océano y la muerte. Comprendió que la picana era una tontería al lado de esos pensamientos. Que lo estaban cebando como a un pavo para ser devorado por las olas que borran todo vestigio. Que la comida, la amabilidad del untuoso oficial y el discurso tomista del Tigre, convergían en un punto: las aguas sombrías de la nada que se abrirían para anular su memoria, para comerse el tiempo breve del hombre, para borrar los días del hombre.

Ese era el final inevitable. Estaba sentenciado sin juez, ni defensor, ni veredicto, pero tan sentenciado como esos condenados de muerte que había visto en las películas. Sólo que a él no vendrían a buscarlo con un capellán bondadoso de pelo blanco y evitarían toda ceremonia. Adivinaría el final por algún gesto de inteligencia entre los verdugos; o algún cínico al estilo del Tigre le diría sin mayores remilgos: “Te vamos a reventar”

No era la primera vez que se enfrentaba con la muerte. Traspasado ese

sentimiento lúdico del peligro de los primeros años de militancia, ya no hubo retomo. La sintió cerca muchas veces. La encontró en las fotos de esos cuerpos desfigurados a balazos por la Triple A y se estremeció por ellos y por él mismo. El temor a la muerte había seguido después, diariamente, durante el golpe militar, en la clandestinidad, cada vez que se topaba con un control o una cita se ponía “rara”

Entonces Se trataba del riesgo, del peligro; ahora estaba frente a la Certeza.

“Perdí” se dijo, con la jerga que había empleado tantas veces para hablar de otros. “Fulano perdió”, era la Frase más usual de los últimos años. Ahora existía además un peligro mayor. El gran peligro de la nueva etapa: la posibilidad de convertirse en un traidor y morir de todos modos.

En otro momento (¿por la madrugada, por la tarde?), se levantó temerariamente la capucha y se quedó mirando las dos siniestras cacerolas que usaban para torturar. Y entendió el porqué del buen trato. A medida que pasaban los días sin tortura, la idea de volver a la tortura se tomaba cada vez menos soportable.

“Voy a tener que bancármela de nuevo”, pensó. Su cabeza se aterró dolorosamente a todas las armas que había elegido para enfrentarla. Recordó otra vez a los que “había metido en esto” y le aterró imaginar lo que pensarían si se convertía en un traidor. La Negra lo borraría de su vida y la de sus hijos. Todos esos años serían un hueco, páginas en blanco que nunca existieron. El horror a ese vacío de la no existencia, de la pérdida definitiva de toda identidad, del pasado y el futuro, le permitió instalarse en el presente.

—Shh... No hagas ruido. Te traje algo —un nuevo personaje había entrado en su vida—. Por las trazas parecía uno de esos muchachitos que ingresaban a borbotones en la Organización entre el 72 y el 73. Hablaba en un susurro y continuamente se volvía para espiar un eventual regreso del guardia.

De sus jeans descoloridos sacó un paquete de cigarrillos. Eran “Parisiennes”, negros. Pese a que el Pelado fumaba rubios, le parecieron un lujo. Sin dejar de volverse nerviosamente hacia la puerta, el otro terminó de sacarle la capucha y le encendió un cigarrillo.

—Larga el humo para el lado de la pared —advirtió—. No vayas a decir que te lo di yo, porque me revientan.

El Pelado volvía a fumar después de seis días y le pareció el regalo más valioso. Mientras exhalaba cautelosamente la primera pitada, se fijó en los ojos increíbles de esa

especie de monaguillo del infierno. No eran nada vulgares. Parecía que toda la sabiduría del mundo, que toda la angustia del universo habían recalado en esas aguas profundas.

— ¿Vos sos...? —insinuó el Pelado.

—Sí, yo también soy un chupado —respondió el pibe y esa fue la primera vez que oyó la palabra.

Observó que no llevaba grilletes ni esposas.

—Pero...

—Sí —contestó el otro—. Hago cosas. Yo manejo la sierra. Es para construir estos tabiques. Me llamo Serafín.

Sin agregar nada más, desapareció.

A las diez de la noche del 24 de diciembre vinieron a buscarlo. El guardián lo sacudió violentamente y lo hizo levantar. Luego lo guió en la tiniebla como si fueran al baño. Sin embargo, el Pelado supo que esta vez no lo llevaban a ducharse.

“Llegó la hora” pensó mientras atravesaba a ciegas el sótano del Casino de Oficiales de la Escuela de Mecánica de la Armada.

“No es tan jodido” se dijo mientras notaba una cierta evanescencia en las rodillas y un cálido derrame de ansiedad dentro del pecho.

El sentimiento predominante era la curiosidad. Una curiosidad atípica en este hombre tranquilo de maneras suaves, que había atravesado situaciones límite con parsimoniosa cautela, como si examinara un balance.

Quiso creer que podía tratarse de uno de esos clásicos simulacros de fusilamiento. Lo descartó rápidamente. Ahora quienes podían contar que habían padecido un simulacro constituían una minoría de privilegiados.

—Así que... me van a matar en serio —siguió monologando mientras el guardia le hacía levantar un pie para salvar el alto escalón de cemento. Durante un ascenso alargado por las dificultades para mover los pies con los grilletes se sintió orgulloso de llegar al fin sin haber hablado. Se detuvieron ante una puerta. Alguien los espía desde una mirilla y Abrió. El que lo guiaba y otro apostado tras la puerta, intercambiaron algunas frases misteriosas y oyó nítidamente el rasgido de una pluma poco experta

garabateando datos en un cuaderno.

Ingresaron en una atmósfera hedionda. Era una insoportable combinación de olores apestosos: humedad, orín, viejos sudores acumulados y pestilencias indeterminables. La suma de los hedores, la atmósfera caldeada, tenían vida propia y el Pelado pensó que si el infierno oliera, tendría el mismo aliento espeso y nauseabundo.

Pese al silencio percibió que había mucha gente. Una tosecilla apagada, el retintín de unos grilletes, una respiración enronquecida, se lo fueron confirmando. Hasta creyó percibir un extraño lamento en las tinieblas.

Estos sonidos le llegaban en un segundo o tercer plano, oscurecidos por un ruido inmisericorde que provenía de los extractores de aire. Al escucharlo alimentó la fantasía de estar en la sentina maloliente de un barco lleno de galeotes.

El guardia lo hizo detener vacilante ante dos o tres puntos ignotos de la sombra interminable. Por fin se decidió y exclamó:

—Agachate.

El Pelado obedeció a ciegas. El centinela agregó:

—Levántate un poco la capucha y mirá para abajo. Así.

Sus ojos distinguieron en la penumbra una colchoneta mugrosa, con manchas de sangre y sudor.

— Acostate.

Obedeció y su cabeza, queda a pocos centímetros de los borceguíes del guardia que, sin decir ni una palabra, se alejó.

Llevaba pocos minutos acostado cuando oyó un chillido inconfundible.

“Tenía que haber ratas”, pensó, alegrándose de que sus andanzas por el campo lo hubieran curado de espanto.

Al levantarse la capucha había distinguido vagamente el cubículo donde estaba acostado: sobre su cabeza, a escasa altura, una viga de acero bajaba en diagonal hasta sus pies; el piso estaba totalmente cubierto por la colchoneta, cuyos bordes chocaban contra dos tabiques de conglomerado, Supuso, con razón, que esos tabiques lo separaban de

otros prisioneros acostados en sus colchonetas, con la cabeza hacia un corredor y las piernas rozando las vigas.

Un chistido casi imperceptible lo puso en guardia.

—Pelado... —murmuró una voz proveniente de uno de los compartimientos contiguos.

—Soy un compañero —insistió la voz— Vos sos Dri. ¿no? Yo soy Chiqui. Aspirante de Sindical. Trabajo en el sótano, pero vengo a dormir a Capucha.

Aprendía un nuevo nombre. La penosa ironía de los secuestrados o los guardianes había denominado de esa manera al curioso recinto. El Pelado sólo quebró su silencio con un “Hola” muy quedo y lleno de prevenciones. Recordaba el consejo de Beto: “No confiés en nadie. Absolutamente en nadie”

Pero el murmullo sonaba confiable, cálido y el tipo, fuera compañero o traidor, parecía totalmente resuelto a no cejar en sus intentos conversadores.

—Con cuidado levántate la capucha y mirá. El “verde” está lejos y no nos puede ver. Si nos pescan hablando nos cagan, pero no tengas miedo que yo te aviso. Yo ya estoy canchero, ¿viste? Esto es como la colimba. Vos hiciste el servicio militar, ¿no? Bueno, cuando sos nuevo, “reclutón”, cumplís todas las órdenes al pie de la letra; luego te vas canchereando y hacés cosas que al principio ni soñabas. Dale, levántate la capucha.

El Pelado tardó un rato en hacerle caso. Pudo más la curiosidad y se animó. A escasos setenta centímetros de distancia lo observaba una cara simpática que desentonaba manifiestamente con la lobreguez del lugar. Una ojeada posterior le permitió comprobar que estaba en un enorme pabellón en forma de L, con techo a dos aguas y piso de concreto, pésimamente iluminado con lamparitas eléctricas que pendían a intervalos regulares de cinco o seis metros. El estaba casi en el ángulo de la L y podía distinguir decenas de cubículos como el suyo, verdaderos agujeros de una extraña estantería donde yacían los desaparecidos.

Frente a él y al fondo de la otra pata de la L, se alzaban algunas construcciones precarias de manipostería. Cada una de las celdas tenía una puerta cerrada. Los muros no llegaban hasta el techo en declive, los habían completado con un grueso tejido de alambre. Era evidente que no tenían nada que ver con la edificación anterior, que constituían un parche de los nuevos tiempos y esa verificación alteró ligeramente el ánimo del Pelado. Nuevamente lo invadió la curiosidad. ¿Qué había... quién vivía en esas celdas?

— ¿Quieres un faso? —oyó la voz de Chiqui como en un sueño.

—Si tenes cuidado podés fumarte un fasito. El verde que está de guardia es un guanaco, ahora está lejos. Si viene para acá lo apagamos.

Aceptó esta nueva ofrenda que lo restituía a una cotidianidad imponible. El humo era una tregua.

— ¿Y...? ¿Qué te parece Capucha?

La burbuja de vida se rompió. Una mirada circular le hizo pensar en el fondo de un océano de pesadilla. Los ojos aguzados en la penumbra le permitieron distinguir sombras humanas que se frotaban un tobillo lacerado por los grilletes, o dormían acurrucados en la colchoneta en posición fetal, olvidados por unas horas de su destino, o cuchicheaban cabeza a cabeza como él y el Chiqui. En el centro del pasillo, una vieja lata de aceite hacía de meadero.

— ¿Ves allá...? El cuarto agujero. ¿Ves ese tipo? Es el Negro Ricardo. El que lo “hizo” a Guzzetti.

El Pelado miró hacia un durmiente encapuchado, una masa informe de contornos indefinidos empotrada en su cubículo.

Había sido una de las operaciones más audaces de la Organización. El Contraalmirante Guzzetti, Ministro de Relaciones Exteriores y uno de los principales panegiristas de los grupos paramilitares fue atacado en tina clínica privada por montoneros disfrazados de médicos y enfermeras. Maleado en la cabeza, se salvó por milagro.

El Pelado se estremeció al imaginar cómo se habrían ensañado con Ricardo. Adivinando su pensamiento, Chiqui comentó:

—Sabés cómo le dieron... Está deshecho. Pero no cantó nada. Yo no sé cómo no lo liquidaron todavía. Porque medio muerto y todo, los sigue puteando.

El Pelado ignoraba que el entregador de Ricardo también estaba en la Escuela de Mecánica.

El Verde, en una de sus rondas, llegó a escasa distancia de los dos. Ne cubrieron rápidamente con sus capuchas y simularon dormir hasta que los pasos se alejaron. Después se reanudó el diálogo, aunque mejor sería tice ir el monólogo, ya que Chiqui

parecía dispuesto a develarle todas las Incógnitas aquella noche. Como si pensara que iba a ser la última.

Y sin embargo, era sólo una reducida porción de lo que iría descubriendo por sí mismo.

En su desconocimiento, el Pelado había imaginado la existencia de un verdadero campo de concentración con barracas atestadas de prisioneros y todos los atributos que un campo suele tener, al menos en las películas.

Según Chiqui, no había nada de eso.

Le habló del Sótano, donde el Pelado vivía. Era el sitio destinado a los “interrogatorios”. Y Capucha, una suerte de cuadra que servía de alojamiento, tanto para los que se quedaban en la ESMA haciendo determinadas tareas, como para los que eran trasladados. La palabra “traslado” era un eufemismo burocrático, según lo insinuó claramente el prisionero más veterano, para designar el envío a la muerte.

Las revelaciones de Chiqui afirmaron al Pelado en su convicción de que iba a morir pronto. Un sentimiento negro y denso, que ya se había insinuado otras veces, iba adueñándose de él con fuerza incontenible. Era curioso: no lo había experimentado con esa intensidad cuando estaba solo, en el sótano, en una de las celdas destinadas a la tortura, y venía a sentirlo ahora, que estaba acompañado por decenas de secuestrados.

Era una infinita soledad. La máxima concentración de soledad que podía llegar a padecer un hombre antes de volverse loco. Otro, ante esa presión fenomenal, hubiera acabado por dar alaridos hasta que lo golpearan o lo mataran. En el Pelado, en cambio, se traducían en una melancolía aniquiladora.

La oscura náusea ascendía por las tripas hasta el cerebro y se convertía en certeza: estaba en un tiempo fijo y eterno a total merced de los inquisidores que eran los dueños y señores de la vida y la muerte. Sólo ante los amos oscuros que eran argentinos como él, que pertenecían como él a la clase media, que habían jugado a los mismos juegos y que luego, en algún momento, habían comenzado a recorrer el camino opuesto. Allí estaban, aunque no estaban ahora. Aunque habían dejado a esos hieráticos centinelas, a esos muchachitos sádicos o compasivos, que tal vez eran estudiantes de la misma escuela. Desde sus escritorios, frente a sus gráficos de cerco y aniquilamiento pegados con chinches en las sordidas paredes del Campo, jugaban a ser Dios o el Demonio y en parte lo lograban.

Hasta el momento de escribir estas líneas el tenebroso enigma sigue siendo lema de polémica. Nadie está en condiciones de hacer una afirmación categórica, excepto los responsables.

En estricta justicia, sólo puede afirmarse que hubo traslados que culminaron con la muerte y hubo trasladados que fueron vistos con vida en otras prisiones clandestinas.

En eso estaba, cuando las puertas se abrieron para dar paso al desfile navideño. Al imposible ritual de medianoche.

—Feliz Navidad —dijo el Chiqui, mostrándole el espectáculo con una mueca irónica.

Como obedeciendo a una orden misteriosa, decenas de muertos abandonaban sus tumbas a las doce en punto de la noche.

Dejaban los nichos donde yacían, para irse congregando en el pasillo central. La penumbra acentuaba la fuerte sensación de irrealidad, de mundo submarino. Un murmullo creciente suplantó el silencio anterior, sólo rasgado por toses o quejidos. Allí iban, hacia un centro magnético, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, arrastrando sus grilletes, levantando sus manos esposadas en un gesto que recordaba la oración.

La guardia había cambiado. Un centinela adolescente hacía la vista gorda a todo lo que estaba ocurriendo.

Chiqui recordó en voz alta:

—Ese es de los que lloran. También los hay. “Yo no sé porque estoy acá, yo no tengo nada contra ustedes” Te lo juro, Pelado, la mayoría te caga a palos, pero algunos lloran.

El Pelado vio a una embarazada con una panza enorme, sostenida por dos mujeres. Se preguntó si llegaría a conocer el hijo que estaba engendrando. Insólitamente dos hombres mayores, de contextura recia y maneras vulgares, reían a carcajadas. Su guía en el laberinto volvió a informarle: eran “isabelinos”, hombres de acción de la derecha peronista que, vaya a saber por qué razón, habían caído en las anchas redes del secuestro. No muy lejos de ellos había un joven arrancado de un cuento de Chejov.

Sumamente delgado y serio, observaba la alucinante mascarada con ojos miopes, agrandados tras minúsculos lentes de montura dorada. Era un militante comunista, secuestrado mientras realizaba una campaña financiera.

—Es increíble. Lo van a matar y sigue diciendo que hay que dar apoyo crítico al gobierno de Videla para impedir el fascismo —apuntó el Chiqui con una sonrisa.

El Negro Ricardo habrá logrado semiincorporarse en su colchoneta. Dos prisioneros se acercaron respetuosamente y le dieron algo que no podía distinguirse en la penumbra.

Nuevos convidados hicieron su aparición en la fiesta. Eran chupados también, aunque de una clase diferente. Venían en libertad, sin grilletes. No llevaban, como los otros, las ropas del día del secuestro, percutidas de sudor, de vómito, de sangre o del pus de las heridas. Iban Vestidos con ropas limpias y caminaban sin el agobio de los tobillos lacerados, los hombros dislocados o las llagas de la picana eléctrica. El Pelado veía todo como en un sueño, pero registró esa diferencia. En sus Soliloquios imaginaba que todos los condenados estarían sometidos a un régimen parejo, a un comunismo del horror. Comprendió que estaba equivocado. El mundo subterráneo prohijaba clases, como el de la superficie.

Los seres de los nichos y los de las celdas se abrazaron. En ese mismo instante se alzaban millones de copas. Con champagne, sidra o vino garnacha. En los petit hotel de Barrio Parque, en los departamentos de clase media, en los ranchos de las villas miseria. El Chaco, aquella Navidad, cuando habían ido al rancherío. Junto a pibes descalzos y viejas desdentadas, con pan dulce y sidra, a repetir el ritual de Perón y Evita. Panamá. La Negra y los chicos junto al arbolito. El mundo de afuera. Remoto e inaccesible como otra galaxia.

Imaginó las mesas servidas de los propios torturadores y las mesas de los familiares de estos hombres que se abrazaban en el centro magnético. En las sombras se alzaron los rostros atónitos de madres, padres, abuelos, hijos condenados sorpresivamente a la más cruel de las incertidumbres. Las Madres de Plaza de Mayo recorriendo las iglesias, implorando sermones, rezando por ellos, por los que se abrazaban en la otra esfera de la realidad, en el cono invertido del país, en el lado en sombras del tiempo.

Guiado por las formas, ignorante de las complejidades de la catacumba a la que había sido arrojado, el Pelado miró con recelo a los recién llegados y tomó partido por los de su clase, por los que habían arrojado recién sus mugrientas capuchas. Se "equivocaba.

En uno y otro grupo había leales y traidores. La frontera era de otro tipo y tardaría un tiempo en descubrirla.

Casi todos eran solitarios como él, pero su ojo aguzado descubrió la existencia de algunas parejas. Una, en especial, atrajo su atención. Ella era pequeña y miraba todo con ojos asustados; él era grande y sombrío y le hablaba continuamente al oído, comentándole todos los pormenores de la fiesta.

Pronto el Pelado se vio arrastrado hacia el centro. Una miriada de manos y brazos, encadenados o libres, se alzó para recibirlo. En su borrachera, en su delirio, quedó fascinado por las manos, más que por las caras. Había dedos lánguidos y pálidos. Dedos gruesos como morcillas. Manos costrosas de roña y coágulos. Manos limpias que olían a jabón o a goma de borrar.

Una muchacha hermosa lo besó en la mejilla y le dio un regalo. El Pelado la vio entre sueños, riendo como cuando era diputado, como cuando iba a una reunión política. Era un librito de historietas que alguien —tal vez la misma muchacha— había confeccionado uniendo las tiras cómicas del diario Clarín. Los reconoció en la penumbra. Los mismos personajes que acompañaban el café matinal afuera: el Clemente de Caloi con sus alusiones políticas para leer entre líneas; el desparpajo de Fontanarrosa, la ternura de Diógenes y el Linyera, el realismo fotográfico del Loco Chávez con las curvas abundosas de Pampita.

Otro había, recibido un libro de Mafalda y se reía agradecido. Había obsequios para todos. Muñequitos o collares hechos con miga de pan, algunos pintados con marcadores de color, misteriosamente llegados a esas profundidades.

Concentrada en el ritual de los presentes, la fraternidad de ultratumba levantaba la voz, olvidada momentáneamente de las reglas del campo. Aunque el Pelado no lo supiera, cada uno de esos regalos de Navidad implicaba un desafío, la posibilidad cierta de jugarse la vida si eran sorprendidos. Estaba prohibido intercambiarse objetos de cualquier tipo. Estaba terminantemente prohibido para los habitantes de *Capucha* dirigirse siquiera la palabra. Sin embargo, la Navidad había sido más fuerte. El viejo ritual les había hecho olvidar algunos datos centrales de su nueva existencia. El tacho de lata donde había que orinar a la vista de todo el mundo. El calor agobiante de *Capucha*. Y, sobre todo, ese día miércoles que hubiera sido mejor borrar de la ronda eterna de las semanas. Porque los miércoles (excepcionalmente los jueves), eran los días de “traslado”. Ese día la disciplina era más rígida y una atmósfera de tensión iba impregnando el Casino de Oficiales. Los prisioneros debían permanecer en su sitio, con los grilletes puestos y encapuchados, para no observar lo que estaba ocurriendo. Menos que nunca se

podía hablar. Ni llamar a los guardias. A las cinco de la tarde comenzaba una tenebrosa lotería: los desaparecidos que iban a ser trasladados eran llamados por su número y luego formados en hilera. Arrastrando los grilletes, la fila india iba saliendo por el portón rumbo al sótano misterioso, a la enfermería, donde, según los rumores, les aplicaban una inyección de pentotal, de “pentonaval”, como decían los marinos.

Emborrachado por ese instante de efusión, ignorante todavía de ciertas reglas de discreción que se observaban estrictamente, el Pelado se confió por única vez en voz alta a la pálida muchacha que lo había besado:

—Estos hijos de puta podrán derrotarnos a nosotros, pero no van a poder derrotar al pueblo.

Las pupilas de la muchacha se contrajeron de terror. Luego desvió la mirada y comenzó una conversación absurda acerca de los regalos, exactamente igual que si hubiera estado en una fiesta familiar. El Pelado no comprendió cabalmente el brutal efecto que había causado su exabrupto entre quienes lo rodeaban. Sólo percibió un cierto vacío, un clima extraño. Tal vez por eso bendijo la presencia del Beto y el Nariz que, al abrazarlo, lo sacaron de su incomodidad. A sus espaldas el Chiqui lo miraba con gesto irónico y compasivo, como diciendo para sí: “Perdónalo, Señor, porque no sabe lo que hace”

Un codazo le hizo advertir el nuevo fenómeno que se estaba produciendo. Desde la última celda ubicada en el recinto (la parte más corta de la L) venía una mujer caminando en forma penosamente lenta. A su paso se iba haciendo un silencio religioso, como si se tratara de un oficiante.

Chiqui le anunció al oído:

—Es ella.

El concentró entonces la vista en esa mujer vestida de gris que saludaba a todos, aunque era conocida solamente por los más antiguos o por los cuadros de mayor nivel. Aun los que ignoraban quién era, se apartaban respetuosamente para cederle el paso, contagiados por la inexplicable atmósfera que generaban los iniciados.

El Pelado nunca la había conocido personalmente. Pero notó inmediatamente un contraste en esa figura espectral que todos observaban. Un contraste que provocaba un malestar soterrado. Si el examen empezaba por la cabeza, se notaba que iba bien peinada y arreglada, que su vestido gris estaba limpio y planchado, como el de los detenidos-libres. Si la mirada bajaba hasta los pies descubría la causa del lento caminar:

como los galeotes de Capucha, tenía los tobillos aherrojados por grilletes.

Cuando Chiqui le dijo el nombre, lo recorrió un estremecimiento. Nunca hubiera relacionado ese rostro delgado y suave con el que mostraba aquella fotografía policial de 1970. Los afiches del caso Aramburu exhibían las caras jóvenes, inexpresivas y desconocidas de *los fundadores*. Recordaba la tarde en que se enteró casualmente de su “muerte” Iba en el subte, tenso, atento a todo lo que ocurría en el vagón, cuando lo atrapó el titular del diario. La noticia estaba en la primera página de *Crónica*, en letras catástrofe y la sintió como una grave derrota. Era lo que internamente se llamaba “un bronce” Uno de esos compañeros cuyo nombre parecía un sinónimo de *Montoneros*. En la primera estación se bajó y compró un diario. El comunicado del Primer Cuerpo de Ejército tenía algunos puntos oscuros, pero parecía veraz. Durante muchos meses, ni él ni nadie habían puesto en duda que estuviera muerta, hasta que comenzaron a circular aquellos extraños rumores, cuyo origen nadie podía determinar a ciencia cierta.

Cuando la tuvo a pocos pasos se le aceleró el pulso. Era la tercera resurrección que presenciaba. Lejos de acostumbrarse, cada nueva aparición lo sumía en el desasosiego y la angustia y poblaba su cabeza de interrogantes sin respuesta.

Ella lo saludó como si lo conociera, con una extraña sonrisa y una serenidad aun más extraña. El Pelado titubeó un instante y luego, entorpecido por esposas y grilletes, estrechó en sus brazos el cuerpo frágil pero vivo de Norma Arrostito.

Pronto corrió la voz de que la ceremonia tocaba a su fin. Nadie supo de dónde provenía. Todos se desconcentraron al unísono, como si fueran un organismo gigantesco compuesto por ochenta partes individuales. Las celdas volvieron a abrirse y a cerrarse hasta la mañana siguiente. Los galeotes regresaron a sus nichos. Los últimos murmullos dispersos se apagaron. El guardia adolescente retomó la ronda sempiterna y el ruido de los extractores de aire volvió a alimentar la fantasía del barco fantasma.

El Pelado pasó el resto de la noche en *Capucha*. En la penumbra, en la quietud sólo quebrada por la ronda incesante, lo que acababa de vivir parecía más que nunca una alucinación colectiva. Los terribles secretos que se le habían develado lo acercaban a la muerte. Por otro lado, si Beto, el Nariz y Norma seguían vivos después de tantos meses, ¿por qué no iba a vivir él mismo?

La pregunta flotaba allá en el fondo de la conciencia, como un lejano fanal en una noche de naufragio. Era imposible acallarla; iba y venía como una de las gigantescas ratas que recorrían las vigas del techo.

IX Paralelos y meridianos

A medida que diciembre avanzaba, el presentimiento iba creciendo en las entrañas de la Negra como un tumor maligno. Ella se había opuesto con todas sus fuerzas a que el Pelado concurriera a esa reunión en Montevideo.

—Uruguay está podrido —le había dicho—. No podes ir, Pelado. Déjame que vaya en tu lugar.

El, como de costumbre, no quiso escuchar razones. Bajo las maneras suaves se ocultaba una tenacidad de hierro y una vocación indeclinable para hacer todo lo que el Partido le mandara, aunque fuera tirarse de cabeza al precipicio.

Primero fueron las súplicas, después las voces airadas. Lo amenazó con no darle la mitad de la cita que ella tenía en su poder, sabiendo desde el vamos que terminaría por entregarle ese papel arrugado que completaba los datos y conducía a una posible hecatombe.

El Pelado callaba, con esa irritante capacidad de fumar en silencio que tenía.

—Negra, sabés que tengo que ir —había sentenciado, sintetizando en ese laconismo muchas otras cosas. “Si no voy —quería decir— me van a sancionar. Tal vez hasta me van a degradar. Van a decir que me quebré, que me cagué, que no tengo nivel para estar en el Partido. Todos los esfuerzos y los sacrificios van a ser al cuete. Voy a perder todo lo que he sido y todo lo que soy en materia política”.

—Si tú no vas —en la angustia, en la cólera, había reaparecido el tú primigenio— van a decretar una emergencia, van a levantar la reunión y se van a salvar todos.

Ese argumento tampoco dio resultado. La inteligencia parecía suprimida y la voluntad de cumplir se asemejaba cada vez más a un fatalismo suicida.

Y ahora *estaba ocurriendo*. El Pelado no venía, no llamaba al pie telefónico. Algo le había pasado.

Aunque todavía estaba lejos de la certidumbre y más lejos aún de los días terribles de la “Operación Fortuna”, el teléfono comenzaba a convertirse en una obsesión. El pequeño tótem negro, ubicado entre otros fetiches domésticos, mantenía un silencio cargado de presagios. Pronto habría de sonar para introducir, entre cientos de charlas

insustanciales, voces oscuras, mensajes inquietantes, anuncios de catástrofe.

Cero cumplió su promesa.

Allí estaban, frente a frente, los marinos y algunos de sus principales prisioneros.

Ambos grupos vestían ropas civiles, deportivas, con la única excepción del Almirante. Massera lucía un impecable traje de seda gris, cuidadosamente combinado con la camisa, la corbata y el pañuelo. Sus ojos se empequeñecían bajo las pobladas cejas negras, escrutando los rostros de sus interlocutores. A su derecha, el Delfín Chamorro, ofreciendo un violento contraste. Aparentaba mayor edad y su figura pequeña y regordeta evocaba un jabalí, no sólo por las formas, por esa cabeza calva que brotaba sin cuello de los hombros recargados, sino por la agresividad que parecía emanar de su piel intensamente perfumada. Como director de la Escuela, era el responsable final del Grupo de Tareas 3.3.2, por cuyas actividades clandestinas rendía cuentas directamente al Comandante en Jefe de la Armada. El Delfín jugueteaba nerviosamente con el pie derecho, trazando dibujos imaginarios en el piso.

A la izquierda del Almirante se había situado, en riguroso orden jerárquico, Gastón, conocido en las listas de personal de la Marina de Guerra como el Capitán de Navío Vildoza perteneciente al escalafón de la aviación naval. Era alto y atildado como Massera, tenía ojos claros y se veía parco y severo. Había cambiado los aviones, que eran la pasión de su vida, por la represión clandestina de los opositores, desempeñándose con idéntica eficacia. Alguien lo describiría como “un burócrata del terror”, una personalidad gris, notoriamente desdibujada por la omnipresencia del subordinado inmediato, el Capitán de Corbeta Jorge Acosta, Jefe de Inteligencia del GT/332, quien se había ubicado, discretamente, a pocos pasos de su jefe.

Los cuatro eran fundadores del G.T. y ocupaban física y jerárquicamente, la primera línea en el grupo de los marinos. Detrás suyo se agolpaban otros hombres claves, como el Capitán de Corbeta Paso, alias León, jefe del sector Logística; el Capitán de Corbeta (retiro efectivo) Francis William Whamond, incorporado voluntariamente al GT/332; el Teniente de Navío Juan Carlos Rolón, alias Niño o Juan, a cargo de tareas de inteligencia; el Teniente de Fragata Alfredo Astiz, alias Rubio, Cuervo. Ángel, Gonzalo, también conocido como Gustavo Niño en la operación de infiltración dentro de los organismos de familiares, o como Alberto Escudero en el Comité de Solidaridad que funcionaba en París, el Teniente de Navío Schelling, alias Mariano, Pingüino o Miranda, oficial de inteligencia; el Teniente de Navío Radizzi, alias Gabriel o Rugen, contador público asimilado que era aficionado al tiro y a los negocios y administraba el botín de guerra; el Teniente de Infantería de Marina conocido por los alias de Giba, Mochila o

Quasimodo, por razones obvias, y otros oficiales en activo y retirados.

También asistían a la extraña conferencia individuos de otras armas o Fuerzas de seguridad, como el Mayor de Ejército Coronel, alias Maco, rengo por causa de un balazo; el Comisario de la Policía Federal Boero, más conocido como “220” debido a su capacidad para aleccionar a los marinos en ciertos usos no convencionales de la electricidad, y el Prefecto Favre, alias Daniel o Selva, otro experto en interrogatorios.

Frente al bando *oficial* se ubicaba un selecto lote de prisioneros. Hombres y mujeres que no habían tenido un comportamiento similar frente a la tortura y muerte, pero que estaban unidos por un denominador común; todos habían sido montoneros notorios. Algunos sabían que no tenían retomo y estaban resueltos a encontrar un lugar bajo el sol, poniéndose incondicionalmente al servicio de sus enemigos del pasado. Otros, que no habían hablado en la tortura, querían sobrevivir y simulaban una colaboración política. Más allá y más acá de estas grandes generalizaciones, cabían decenas de actitudes individuales. Ni los marinos ni los prisioneros tenían las categorías nítidamente separadas. El único elemento unificador era el recelo. Todos desconfiaban de todos.

Massera repasaba mentalmente las escasas y confusas palabras que iba a decir. El Tigre, por su parte, estaba satisfecho. Durante un año y medio había sido un jefe militar de éxito que había logrado cazar más de cuatro mil subversivos, ahora se iba convirtiendo en un jefe político al que asesoraban los viejos enemigos. Allí estaban, listos para intégrense al proyecto del Negro, con él como intermediario. De haber tenido imaginación, hubiera meditado con mayor seriedad acerca de las reciprocidades de toda servidumbre. Hubiera evaluado, por ejemplo, los alcances de un fenómeno que ya se estaba produciendo; al “politizarse”, el Grupo de Tareas se iba desmilitarizando. Al dejar gente viva se sembraban futuros testimonios; al permitir contactos con las familias se quebraba el impenetrable secreto sobre los desaparecidos que había reinado hasta entonces y había constituido la base del terror. Al pedir todo había que dar algo a cambio: la vida, al menos, y ciertas apariencias de libertad. Pero el Tigre no era proclive a las aventuras dialécticas. Cuando lo asaltaba algún resquemor, se calmaba contrapesando los riesgos con las ventajas. El *staff político* no sólo lo alzaba a las alturas imposibles de la relación con el Almirantazgo, le abría una válvula de seguridad futura: la posibilidad de ampararse en la mayor parte de esos sobrevivientes para responder a eventuales acusaciones.

Massera no veía aquellos rostros de ultratumba por primera vez. Había hablado con jefes montoneros en otros tiempos, cuando la guerrilla tenía tanta fuerza en las calles como para poder pisar los despachos oficiales. Su larga experiencia le permitía

encontrarse cómodo dentro de esa curiosa situación. En los restantes, fueran secuestradores o secuestrados, se percibía la tensión, la duda, el esfuerzo por leer entre líneas, así como la ansiedad y hasta la excitación ante la posibilidad de coronar un triunfo.

El Nariz Maggio disimulaba sus pensamientos con una mueca bobalicona, a la vez mordaz y sobradora, sólo perceptible para un estudioso profundo de ciertos caracteres discepolianos. El Beto tenía los ojos apagados clavados en el piso. El rostro de la Quica Osatinsky presentaba la dureza de una máscara: en esta guerra había perdido al marido y los dos hijos. Miguel Ángel Lauletta, el Caín, exageraba su atención hasta la obsecuencia. Antonio Nelson Latorre, que alguna vez había sido el Pelado Diego para la FAR y los Montoneros, se estremecía y escrutaba sus palmas sudorosas. De tanto en tanto alzaba los ojos plomizos y hundidos para espiar en Massera un signo de reconocimiento. Massera se lo hizo, efectivamente. Mientras hablaba dirigió su mirada al rostro redondo, prematuramente envejecido, que tenía a pocos pasos de distancia, y luego volvió la vista hacia ese punto abstracto de los oradores, que no miran nada concreto porque se supone que están avizorando la historia.

—...La Patria nos convoca, por sobre banderías partidistas, en el supremo ideal de la democracia. En la construcción de un futuro para todos, por el que tantos argentinos de uno y otro bando han caído, regando su suelo bendito que es prenda de unión y reconciliación, por sobre los errores que todos, sin excepción, hemos cometido por el celo a que nos mueve su digno servicio...

Un pajarito posado en una de las ventanas del Casino, indiferente a las palabras del Almirante, alzó vuelo hacia el río.

La Negra colgó el tubo con una expresión muy fea, tan fea que Marta se aterró.

— ¿Te lo confirmaron?

—Casi.

— ¿En Uruguay?

La Negra hizo un gesto afirmativo y se fugó hacia el balcón.

Sentía crecer los efectos del garrotazo en el estómago. Se apoyó en la baranda que daba a la bahía y trató de reconstruir la conversación con el secretario de Prensa del MPM.

— ¿Del Pelado sabes algo?—había preguntado.

—No, del Pelado en concreto, nada. Pero hubo varios socios accidentados.

Accidentados, enfermos, la empresa, los socios. Los que controlaban las conversaciones debían estar hartos de esos eufemismos. Insistió, por las dudas. No se resignaba a que la catástrofe Le llegara así de simple, en esa comunicación telefónica con eco y con seguros grabadores, porque Bonasso hablaba desde Alabama 17, nominalmente el Centro de Estudios General San Martín, en realidad la sede del peronismo montonero en México.

Volvió a insistir.

—Oye, negrito ¿no tienes la nómina de los socios?

— ¿Cómo?

—La nómina —pausa— quiero decir, si sabes algún nombre.

—Algunos.

— ¿No sabés si uno de ellos es el doctor Sopa?

—Sí.

— ¡Ay, carajo!

Ella, a su vez, le dio a entender que para esas fechas el Pelado ya debía estar en Panamá para pasar la Navidad en familia. Que, por lo tanto, algo debía haberle pasado. Bonasso le planteó una duda: a lo mejor el Pelado no había caído en la emergencia y estaba metido bajo una piedra. Si se largaba la denuncia se lo podía poner en evidencia y lanzar en su búsqueda a militares argentinos y uruguayos. Era una débil lucecita, pero los dos se aferraron a esa hipótesis. Convinieron aguardar a que pasaran unos días antes de denunciar el probable secuestro.

La Negra contemplaba esa bahía tan conocida y tan ajena como si de la negrura donde casi se confundía el mar con el cielo pudiera surgir una esperanza. Marta le prendió un cigarrillo y se quedó a su lado. La figura fantasmagórica de un mercante entrando a puerto, parecía condensar la amargura que caía como una losa sobre todos los terrores y las angustias de los últimos años. Marta hubiera preferido que llorase, para abrazarla, en lugar de tener que soportar ese perfil hierático y seco con los bucles negros

festoneados de canas.

La Navidad estaba ahí, a cuarenta y ocho horas de distancia. *Esa* Navidad debía ser particularmente familiar. La Mamá se había recuperado de un ataque cerebral que sobrevino a mediados de año y de una recaída sufrida en noviembre. Tal vez era su última Navidad. También estaba lo otro: la tregua antes de regresar en febrero a la Argentina, estar unos días en paz con los chicos después de su secuestro, del inevitable viaje a Panamá y de los azacaneos partidarios del Pelado y ella, que les habían impedido lograr una semana entera juntos.

Comenzó a salir del pozo tomando la primera decisión: no les diría una palabra a los chicos ni a la familia. Se la bancaría sola. O, a lo sumo, con Esther, esa especie de hermana postiza que habla conocido en el Chaco y estaba siempre a total disposición.

Y la Navidad llegó.

Todos se tragarón la mentira de la falta de pasajes. O simularon tragársela para no convertir la Navidad en un velorio anticipado.

La Mamá caminaba con bastón, pero caminó lo justo para sentarse en el centro, escoltada de nietos y muy especialmente de Vanesa y Fernando. Fernando tuvo la bicicleta que quería, la que reemplazaba aquella que perdió cuando lo secuestraron. Vanesa logró por fin la muñeca que camina, mami, como la de la hija del Negro Fino. Otro nombre de las sombras, ni vivo ni muerto, suspendido en el espacio espectral de las desapariciones.

Hubo que soportar con grandes sonrisas los comentarios sobre el nuevo chalet de la Fula y darle los últimos retoques al pino de verdad (porque si no es de verdad trae mala suerte).

Cuando la algazara general comenzó a declinar, cuando las conversaciones se tomaron esporádicas y desvaídas, la Negra marchó resuelta hacia la vitrina del bar y sacó la botella petisa y regordeta de *Otará Dupuy —Reserva San Juan—*, el regalo que había traído desde la Argentina para Torrijos. “El General me perdonará”, pensó mientras lidiaba con el corcho y comenzaban a salir los vapores contenidos del coñac argentino y con ellos los bares de las citas y las asechanzas de Rosario y Buenos Aires.

Esther, la tía favorita de los chicos, la que improvisaba una comida en “un abrir y cerrar de latas”, se bajó el *Otará Dupuy* con la Negra en equitativas mitades. Al amanecer los que debían irse se habían ido y los que debían dormir, dormían. A esa hora aliviadora y fresca, salieron a dar vueltas a la manzana.

Otras fiestas se habían apagado y el barrio residencial dormía envuelto en los vapores de la Navidad copiosamente festejada. La Negra, con la copa en la mano, dejaba vagar los ojos por las lajas de la acera, por la exuberancia barroca de los jardines, y le costaba conciliar ese esplendor vital con la gran incógnita del Pelado. A esas horas podía estar vivo y escondido; muerto; aullando en el potro o iniciando el camino irreversible de la traición.

—Debe ser un retraso... —dijo en voz alta, mientras reingresaban en la casa. Esther soltó un “¡Claro!” poco convincente, y cerraron la puerta de entrada.

En la cama improvisada, la Negra trató de llenar el enorme agujero con miles de hipótesis y fantasías. Aunque era muy imaginativa y a veces hasta telepática, no alcanzó a concebir lo que era *Capucha*, y mucho menos la singular Fiesta de Navidad que allí se había celebrado.

“Omar me va a ayudar”, pensó la Negra acomodando las máscaras ecuatorianas que había colgado en esa misma pared diez años antes. Ahí estaba otra vez, al cabo de todas las tormentas, en el departamento de la Gume, que supo ser su piso de soltera.

Se disparó hacia la cocina programando su reenganche con el Partido. “Me tengo que ir a México.” El café le cayó como una patada. Se metió en el bato como una tromba, pálida y sudorosa.

No sabe cómo pudo resistir. Y menos aún cómo logra seguir resistiendo.

Algún día me desplomaré como un viejo barco podrido, en la playa desierta y oxidada de mis sueños.

Comenzamos a correr hace muchos años y nunca hemos parado.

Fue a finales de 1974. Dormían cuando oyeron la explosión. Salimos y alcanzarnos a ver el pequeño Citroën estacionado frente a la puerta, convertido en una bola de fuego.

El Pelado desayunaba con los titulares y cenaba con los titulares.

DIPUTADO NACIONAL ACRIBILLADO: LAS TRES A REIVINDICAN EL ATENTADO.

Jaime también era diputado. Pero en la Argentina es preferible ser pintor de paredes.

Nos fuimos a Corzuela, al interior del Chaco.

Le habían dado una vasta zona a controlar.

No podía atenderla a pie y el auto tenía que usarlo el Pelado, que iba de un lado para otro. Cada vez con mayores riesgos. Cuestioné esa desaprensión del Partido. Me bajaron de nivel.

Duró poco el escondite de Corzuela. Estalló una emergencia en la zona y tuvieron que salir cagando.

Hace ya muchos años de correr de una provincia a otra.

Al Pelado lo trasladaron a Rosario. Yo me quedé en Corrientes con los niños para tratar de terminar mi carrera de Trabajadora Social. De esta última reivindicación no quería retroceder.

Tuvo que hacerlo: alguien le avisó a tiempo que la policía había andado de averiguaciones en el kinder de los chicos.

Estábamos todos juntos de nuevo. La primera casa rosarina era cómoda y alegre, aunque estaba sin terminar. Al terrenito de atrás lo convertimos en huerto.

Jaime se olvidó un portafolios en un taxi. El taxi no había parado frente a la casa, pero el portafolios tenía un embute y dentro del embute estaban los documentos partidarios.

Otra vez a mudarse.

La nueva estación lie la Larga marcha era hermosa. Grande, cómoda. Tan grande que servía como depósito a toda la Columna.

“Mamá, estaba, jugando en la vereda cuando la vi a tía Picky.” ¡Qué puntería! La gallega Picky, la compañera del Negro Fino, justo se había encontrado a Vanesa en la puerta.

No se levantaron por eso. Una tarde el médico del barrio les avisó, muerto de miedo, que “todo el mundo los tenía fichados como montos”

De pronto a gambetear la pobreza en una pieza de pensión. Amontonados con otra cumpa y su hijito.

Luego saltó la casa de dos plantas. Justo cuando voló la Isabel y se vino el golpe.

El Negro Fino cayó.

El techo iba bajando.

Yo me la traigo a la Gallega a vivir con nosotros.

De huir en las sombras con una pequeña partida.

Meterse en las casas de los compañeros. Pedirle a los colaboradores que te aguanten un día más. Ver cómo la mujer lo llama al marido a la cocina para decirle: "Hoy se tienen que ir. Ya no me banco más esta situación"

¿Cuándo para? ¿Cuándo?

"El FLN argelino llegó al final de la guerra con el diez por ciento de los cuadros."

La guerra popular prolongada. Es prolongada. ¿Es guerra? ¿Es popular?

Algunos hombres aguantan un cacho y son buenos, otros aguantan más y son mejores, pero algunos aguantan todo el tiempo y esos son... esos... ¿cómo era?

Llegó la Navidad de 1976. (Siempre la Navidad.) Y aunque no había muchos motivos de festejo, queríamos pasarla con Picky. Llegó con sus cuatro hijos. Cabizbajos. Tabicados. Todavía estábamos festejando cuando cayó la casa de Picky y el Tío Retamar ordenó que se quedara a vivir con nosotros, sin saber dónde estaba. Así vivieron los cinco. Cerrados. Hasta el día de la cita.

Ese día todos tenían cita. Yo tenía emergencia en el área de inteligencia y debía ir a una cita muy jodida y peligrosa. El Pelado tenía una reunión impostergable. Y Picky (pobre Picky). Ella tenía que ir a las seis de la tarde a otra cita, para que le dijeran si la trasladaban o no a Mar del Plata.

Creí que me volvía loca... no sabía cómo compaginar. ¿Con quién se iban a quedar los seis chicos?

Lo resolvió como pudo: ella, Picky y los seis niños saldrían juntos de la casa. La Negra se iría a su cita y Picky, antes de ir a la suya, pasaría por el Parque Independencia a dejarle los pibes a una compañera que los cuidaría hasta que las dos regresaran.

Habíamos quedado en reencontrarnos todos a las siete en el Parque, para volver juntos a casa. Teníamos que volver juntos a huevo, porque lo tenía que *entrar* a Picky y

sus hijos.

La compañera que iba a cuidar a los chicos era una subordinada de la Negra. Era una buena piba, seria y responsable.

Pero ese día, justo ese día, se demoró unos minutos. Picky vio que se le hacía tarde y decidió no esperarla. Cubriría su cita acompañada por todo el piberío.

A las siete, cuando llegué al Parque, no vi a Picky ni a los chicos. Estaba sí la compañera que iba a cuidarlos. Sola y preocupada.

“Yo me demoré unos minutos...” trató de explicar la muchacha, angustiada. La Negra la miró en silencio con las cejas arqueadas.

Fuimos una y mil veces desde la parada del colectivo hasta el lugar exacto donde debíamos encontrarlos. No estaban. La acosó a preguntas. “A lo mejor —pensó— se le hizo tarde y se fue a la cita”. Me resistía a completar ese pensamiento. A suponer siquiera que la cita estaba cantada.

Se agarró de una esperanza absurda: tal vez Vane y Fer sabían volver solos a casa y habían guiado a su tía Picky. Seguro. Se abriría la puerta y estarían todos esperándola. Pero ¿volver de dónde?

La piba me propuso: “Te acompaño” “No —le dije—, vos andáte, hagamos una cita para mañana.”

Se tomó el colectivo como una autómatas. Fue todo el camino con la cabeza fuera de la ventanilla, con la loca esperanza de verlos a todos en alguna esquina.

Al llegar a casa encontré al Pelado que había regresado de su reunión. Me dio bronca verlo tan tranquilo en traje de baño, escuchando la radio. Que fue y le contó todo de golpe, sin preaviso. El Pelado saltó de la silla: “¡Pero la puta madre! ¿Cómo pudiste arreglar las cosas de esa manera?”

Hubo un silencio espeso. Nos levantamos. Tuvimos que salir con el dinero y los papeles de la organización. Tuvo la presencia de ánimo necesaria para cambiarse la ropa y el peinado y camuflarlo al Pelado. “Puede que los hayan sacado a la calle a buscarnos”

Llegaron al precario aguantadero. Era una familia amiga del Pelado. Las mujeres se pusieron a llorar. Yo sentí que la cabeza me explotaba y que había un clima de reproche colectivo que me iba rodeando.

Pidió algo fuerte para tomar y se puso a hurgar en el bolso de la Picky hasta encontrar lo que buscaba. Allí estaba el papel de la cita. Era una pista para empezar la lucha.

A las tres de la mañana nos metimos en la cama. El Pelado fumaba en silencio. Suavemente se volvió hacia ella y le preguntó:

— ¿Quieres llorar?

—No. Quiero pensar que hay que hacer mañana.

No dormimos casi. A la mañana muy temprano llegamos al lugar de la cita. Muelos no quisieron hablar. Otros nos confirmaron el secuestro. “Vea, la señora sería caminando con los chicos. De golpe se bajaron de dos autos sin chapas. La agarraron y ahí no más empezaron a pegarle. A los pibes los amenazaban. La señora era brava, pedía socorro. Gritaba que no se llevasen a los chicos. Tuvieron que arrastrarla de los pelos para meterla en un auto.”

No nos abandonamos a la desesperación. Era muy peligroso compadecerse. Debían rechazar el chantaje que podía llevarlos a terminar canjeándose por Vanesa y Femando, para hundirse todos sin remedio.

La lucha en todos los frentes. La familia. Torrijos. El Partido. Los mismos protagonistas. Al comienzo fue difícil y jodido. Hubo de todo, la jefa de la Negra estaba de vacaciones, la reemplazaba un joven soberbio y pelotudito que se negó a montar el escándalo internacional que ella le proponía. Yo le conté que podíamos hacer venir de Panamá a una de mis hermanas. Que el General podía presionar. Hacía falta guita y me la negó. “El Partido no puede gastar sus recursos en problemas personales. Todos los días caen compañeros”

No le fue mejor con algunos parientes del Pelado. Una mina (que prefiero olvidar), le dijo por teléfono: “Ah... cuánto me alegro” Y cortó. Una monja la dejó en la calle a la una de la madrugada.

Pero la vieja del Pelado se portó. Y una cuñada también. Me ayudaron en el recorrido que hice por medio país. También el Partido mostró otras caras: cuando su jefa llegó de vacaciones, se indignó por la frase del pelotudito aprendiz de Pol Pot y juró conseguir la guita para la campaña. El Sopa se puso con todo. Y Tucho, claro.

Durante un mes no lograron averiguar dónde los tenían. Vino la Fula. Torrijos se jugó. La cancillería panameña empezó a hinchar las pelotas. Por fin, a través de la vía

clerical, llegaron a la verdad: el General Galtieri los había hecho encerrar en la Policía de Menores. Allí convivían con ladrones, drogadictos, homosexuales y prostitutas. Además los sacaban a patrullar Rosario. En el edificio de la Policía de Menores había una guardia militar disimulada, lista para atrapar al primer infeliz que se acercase a preguntar por los niños Dri.

Fueron tres meses de lucha.

El 15 de marzo se los entregaron a la Fula. La tía se espantó: eran dos esqueletitos percutidos de sarna y piojos. Vanesa tenía una infección genital y a Fernando se le caía el pelo a mechones.

Fula los llevó a Buenos Aires. A las veinticuatro horas pudimos abrazarlos en el departamento del cabezón Habegger. Estuvimos juntos una semana. Una tarde salíamos del zoológico y pasó un patrullero a nuestro lado. Vanesa le preguntó al padre: “¿No los busca la policía? ¿Cómo éstos no nos llevaron?”.

El 21 Fula se les trajo aquí, a Panamá. La Negra y el Pelado volvieron a Rosario. Era su aniversario de bodas.

¿Cómo? Vanesa tenía seis años. Fer cuatro.

Às vezes você sente feliz

junto com a outro quando

você estava fora e foi alguém

sua espera

la traducción arriba, escrita en birome, con letras de imprenta:

“A VECES TE SIENTES FELIZ JUNTAMENTE CON OTROS CUANDO ESTUVISTE LEJOS Y HUBO ALGUIEN QUE ESTUVO A TU ESPERA.”

Y el dibujito del pibe, que regresa descalzo, con dos pequeñas valijas en cada mano. Y la nena que abre los brazos para recibirlo, sentada en ese tosco atalaya armado para jugar, con tablas de pino sacadas de cajones de fruta.

La Negra estaba arreglando los papeles para ir a México, cuando vio los dos

pequeños libros cuadrados que les habían enviado desde Brasil, antes del reencuentro.

Um amigo y Ser feliz.

Queridos Fernando y Vanesa:

Con todo amor papá y mamá les envían este libro, para que piensen todas las cosas hermosas que están en la amistad. Es una forma de amor. Mil besos de papá y mamá.

Santos 25 nov. 1977 BRASIL

Los chicos estaban enfrente, apenas cruzando la primera calle Perejil, en el colegio de los jesuitas. La Negra fue hasta el patio y se quedó un ratito mirando el mismo mamey y el mismo mango que alzaban sus ramas por sobre la medianera, como escapándose de la casa de al lado, de la casa donde había vivido un viejo pretendiente de los años sesenta. La sombra de una nube pasó sobre los árboles y las ropas flotantes del tendedero. Cuando el sol reapareció la encontró apoyada en el muro, llorando.

X El Tigre hace un préstamo

Avanza en la tierra mucilaginoso. El helecho gigante le azota la cara. Siente que está cerca. Tan cerca que puede olfatearla. Los ruidos de la selva impiden distinguir el sonido con precisión, pero al cabo de un momento, en forma tenue y lejana, comienza a oírse. A medida que avanza la tierra se convierte en lodo. Se la percibe ya, todavía como un eco lejano. Un rato antes... ¿cuándo...? ¿dónde...? ha resbalado y al caer se ha golpeado fuertemente el hombro contra la piedra tapizada de musgo. El dolor es insoportable. Sólo el eco lejano le permite caminar, arrastrarse con los pies entorpecidos por el barro. Arrojó lejos la capucha y tiene miedo de que la descubran entre los helechos. De pronto aparecen la cascada y el remanso. Las ve desde un altozano, mientras hojas enfermas le rozan la piel y un gran pájaro de mil colores alza el vuelo con un asqueroso graznido. Avanza desnudo y cauteloso por el zócalo de peñas que bordea la laguna negra. Intuye que esas aguas también están enfermas, que rezuman podredumbre y que monstruos aún innominados aguardan en el fondo con ojos rojizos. Sabe que tiene que ir hasta el final, hasta la cascada misionera que guarda el secreto. Le duelen los pies con las aristas de las peñas. Los tobillos arden como si estuvieran abrasados. Pero ellos vienen por detrás y hay que llegar a la trastienda de la cascada donde ella, donde ellos, donde lo aguardan. Aunque no los ve ni los oye atrás, en la espesura sobre la que cae la sombra gris verdosa de la tormenta, una brisa fresca y malévola le trae un olor a lino de uniformes verdes recién lavados y planchados, un olor a gomina blanda sobre pelos mojados. Una rama seca se ha quebrado a muchos cientos de metros y oye el sonido amplificado. Las zarpas se posan con infinito cuidado, pero las oye. No ve con los ojos, siente en la nuca el fulgor amarillo, los dos redondeles y los blancos bigotes que rozan las hojas. No hay que perder tiempo. El problema es que está desnudo y eso les facilita la tarea. Pueden descubrirlo más rápido, por el olor del encierro. Si lo encuentran sin capucha lo van a arrojar al fondo de la laguna. Pero ya está cerca. La luz de la tormenta ilumina la cascada con ese color verde blancuzco que trae alivio al corazón. Ya está cerca. Hay que asentar los pies con cuidado para no caer en Las aguas negras que lo atraen como un vértigo. ¡Ya está! La cascada lo empapa como la ducha. Lo cubre y lo oculta. Bebe basta saciarse. Afuera también llueve. Sobre la atmósfera extraterrestre, sobre las hojas enfermas y sobre las aguas negras que súbitamente se han vuelto grises y alzan miles de pezones. Llueve sobre el tiempo y sobre una esfera que está antes y después del tiempo. Llueve sobre la bisagra del Universo. Entonces sabe que ya no lo alcanzarán, porque ha entrado a La caverna y lo están esperando. Lo palmean, le ofrecen una silla. Le hacen mil preguntas y la Negra, sonriente, le murmura al oído: "Yo te dije que todo iba a salir bien". Vanesa come un helado y se hace la indiferente. Fernando lo tironea de la

pierna herida y le pregunta si ahora se va a quedar. El otro Pelado, el Comandante, prende las luces y lo abraza. Por encima de su hombro da instrucciones y hay un tipo que mira en la penumbra con suspicacia. No importa, está del otro lado. Se jodieron. Un periodista le acerca el grabador entre flashes y le hace una pregunta sobre el Mundial. El Comandante pide silencio enérgicamente. Envuelto en ese silencio comienza su relato: "Estuve secuestrado por la Marina argentina en la Escuela de Mecánica de la Armada.

Un grito pavoroso, que ascendía desde remotos subterráneos, le hizo pegar un salto en la colchoneta. Semidormido todavía, se incorporó y se arrancó la capucha de un tirón. Se estremeció mirando el mundo que lo rodeaba y, por primera vez desde que lo habían baleado en Uruguay, sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Y la Negra? Vio cómo las situaciones del sueño, que le habían parecido tan reales, se desinflaban como globos, se perdían como hilachas de humo en la pelada bóveda que encerraba su enfebrecido cerebro. Seguía en *Capucha*. Un cadáver que hubiera despertado del largo sueño en el cementerio no se hubiera sentido peor que el Pelado. A su lado dormitaba Chiqui, el guía del laberinto. Enfrente, en su agujero, el Negro Ricardo tal vez agonizaba. En el silencio impuesto de *Capucha*, se oían de tanto en tanto quejidos y esa ronca respiración que precede a la muerte. Recordó otras épocas, cuando despertaba de una pesadilla y se recuperaba aferrándose al viejo y conocido mundo solar que parecía perdido para siempre en el sueño. La silueta del mate y la bombilla, un rayo de sol atravesando la celosía, los zapatos arrugados en las puntas. Todo se invertía: el mundo que iba recuperando era ese salón en forma de L, permanentemente iluminado por esas sórdidas lamparitas, a las que se sumaba ahora una luz aguachenta, la luz del día que llegaba por sucios agujeros que no tenían nada que ver con las puertas y ventanas de la casa del hombre. A lo lejos se distinguía la silueta del verde que proseguía su ronda. La Nochebuena había pasado. Estaba viviendo el 25 de diciembre. Lo recordó al distinguir en un ángulo del inmundo yacijo el libro de historietas que le habían regalado.

Ese día pasó muchas horas en *Capucha* hasta que lo devolvieron al sótano. Inclusive comió en *Capucha*. Una bazofia peor que la que había tragado en días anteriores. Tuvo un atisbo de la vida cotidiana en ese lugar. Chiqui y otros como Chiqui abandonaron sus nichos para hacer sus labores. No apareció ninguno de los marinos. Cuando vinieron a buscarlo, tenía su capucha puesta e intentaba dormir. Quería regresar al sueño. A la cascada final que lo devolvería a la superficie.

Por suerte para él, con distintos escenarios pero con los mismos personajes, ese sueño regresaría una y otra vez a consolarlo. Volvería de sus profundidades a instalarse como una idea en la conciencia.

Llevaba pocas horas en su primitiva celda del Sótano cuando entró el Verde y le

ordenó ponerse en marcha.

—Lo esperan en la guardia.

La insólita afirmación lo dejó perplejo. ¿Quién podía buscarlo? Era estúpido pensar que podía tratarse de un pariente. La familia lo hacía fuera del país y llevaba mucho tiempo sin ver a ninguno de ellos. Por otra parte, aunque hubieran sabido que estaba secuestrado y por un milagro hubieran llegado a donde estaba, los marinos lo hubieran negado. No, debía ser otra cosa. ¿Pero qué cosa? Recordó ciertos relatos, las excusas absurdas de los verdugos cuando no se trata de un simulacro, cuando van a matar en serio. Hay una suerte de torpeza burocrática en el lenguaje, una especie de remordimiento que impide llamar las cosas por su nombre. Era evidente entonces que lo sacaban para tronarlo. Le dolía tanto la espalda y la pierna que ese dolor le tapaba los síntomas más evidentes del miedo. Se sorprendió de tener tanto ánimo. De que la reiteración de esas situaciones no hiciera trizas sus nervios.

Cuando le ordenaron sacarse la capucha, estaba en una sala cómodamente alfombrada. El Tigre lo miraba con su sonrisa benevolente. A su lado un hombre desagradablemente rubio, manoseaba con dedos gordezuelos un pocillo de café. Lo primero que observó fueron esos dedos en los que resaltaba un anillo de oro con una piedra gigantesca. El Tigre lo sacó de la fascinación.

—Usted se va a ir con este señor. Va a ir a Rosario con él. Tenga confianza en el señor Jorge. Yo le garantizo que puede tener confianza.

En medio de la situación, el manejo del Tigre le hizo gracia. ¿Quién era él para garantizar nada? El otro dejó el pocillo y, con el mismo aire sonriente y paternal del Tigre, se dirigió a Jaime, con una voz oronda, segura de sí misma, la voz de un hombre al que le gusta escucharse.

—Allá están todos sus amigos. Podrá estar con los compañeros. Se va a encontrar con varios “muertos”.

El Pelado tuvo que hacer esfuerzos para contener el asco. La palabra *compañeros* en la boca blanca y babosa del rubio, parecía una obscenidad. La reiteración del tema de los muertos vivos se le clavó como un punzón. Ya había visto unos cuantos, ¿a quién más le tocaría ver?

El Tigre lo tuteó súbitamente con esas bruscas transiciones de trato y lenguaje que solían ser habituales en aquellos parajes:

—Mira, el negocio es simple: vas para allá y, si no te gusta, te volvés para acá.

“Así que ir o volver depende de mí”, se dijo el Pelado insinuando la bronca en la mirada. Como si lo hubiera escuchado, el gordito rubio se apresuró a comentar:

—Es un préstamo. ¿Entendés? Digamos que el Club Atlético “La Marina” te presta al Deportivo “Ejército”

Al Tigre se le escapó una mirada de recelo que el rubio, entretenido con sus propios chistes, no advirtió. El Pelado se dio cuenta y tuvo un ligero estremecimiento. “Pero después de todo, ¿que más da? Que me mate el Ejército.” Sin embargo, más allá de esa resignación, la vieja astucia provinciana le señalaba que era protagonista de una contradicción oculta entre esos hombres y, tal vez, entre esas dos instituciones.

El rubio seguía con sus gansadas.

—Yo le digo la verdad, no los veía mal a los Montoneros hasta...

Hizo una larga pausa rascándose la barbilla.

—...Hasta que se mandaron la cagada de Formosa.

El Tigre miró de reojo al rubio, sin poder evitar un gesto de fastidio que nuevamente pasó inadvertido para el oficial del Ejército, pero no para el Pelado.

El rubio, indiferente a todo, siguió perorando sobre el pasado montonero. Al Pelado le molestaban sus aires populacheros, su bonhomía grandilocuente y lo clasificó mentalmente como un fanfarrón.

—Bueno, mañana nos vamos. —Concluyó abruptamente el rufián, dando fin al discurso.

El Tigre insistió una vez más, antes que un guardia se llevara al Pelado:

—Vas a estar en buenas manos.

Era evidente que no estaba muy convencido de lo que decía.

De regreso a la celda de tortura, el Pelado sintió una vivísima necesidad de ver al Nariz. Como si el Nariz no fuera otro condenado de muerte, sino un ser todopoderoso que podía descifrar los enigmas y abrirle el camino hacia algo que todavía no tomaba

forma en su conciencia.

Por momentos se daba cuenta de lo absurdo de esa pretensión y la desechaba, cayendo en una atonía total. En una desesperanza que amenazaba con convertirlo en mineral. Luego la ansiedad renacía y se descubría bañado en sudor la boca seca, olvidado de todas las penurias físicas y concentrado en ese dolor mental que no le daba reposo.

En ese estado lo sorprendió Serafín cuando se metió sigilosamente en el compartimiento. El Pelado se agarró de él y no lo dejó ir hasta que le dio su palabra de honor de que haría venir al Nariz lo más pronto posible. Después de atrancarle la promesa, se sintió momentáneamente aliviado. La expresión de Serafín parecía sincera. Recién entonces advirtió que le miraba un diente y que esa ausencia le confería un aire cómico, impostado. El aire imposible de una bruja o un pirata de barrio de un disfraz de carnaval.

A medida que pasaron los minutos y nadie regresó, volvieron a acosarlo las más sombrías prevenciones. “No le dijo un carajo”, pensó con odio y suspicacia. “Sí le dijo, pero el otro no puede venir” “Tal vez no quiere venir” “Simplemente no quiere verme, porque sabe que me van a matar”.

Para su desgracia no sólo pasaron minutos, transcurrieron horas sin que nadie apareciera.

Muy cerca de allí, el hombre que era esperado como el Mesías concentraba toda su inteligencia en develar el enigma del traslado y buscaba con astucia la oportunidad de descender los tres pisos que lo separaban del Pelado.

Efectivamente, contra toda lógica, era cierto que podía trascender los misterios, que podía meter en la conciencia del otro la terrible inquietud de la posibilidad.

La esperanza.

El Tigre no estaba menos ansioso que su presa. Temía que ese “préstamo” al Ejército terminara mal. Además, acababa de recibir un dato decisivo. Un dato que podía inclinar la balanza a su favor frente a “ella”

Sumido en sus cavilaciones ingresó en el tercer piso del antiguo Casino de Oficiales. Pasó frente a la celda destinada a las embarazadas y entró en la *Pecera*.

La *Pecera* estaba en el lado opuesto de *Capucha* y era también un gran recinto en forma de L, ubicado en dirección al norte, mirando hacia el límite de la Capital con la

provincia de Buenos Aires.

La jerga interna había bautizado acertadamente el lugar: la *Pecera* era un conjunto de cubículos cerrados con vidrios donde los prisioneros del "staff" hacían "tareas de oficina"

Hasta agosto de ese año había funcionado en ese espacio el llamado "Pañol Grande" Allí se había acumulado el botín de guerra. El Pañol ofrecía, en 1976 y comienzos de 1977, un curioso espectáculo: montañas de ropa llegaban hasta el techo; en hileras perfectamente clasificadas, heladeras, cocinas, estufas y muebles que habían pertenecido a los desaparecidos.

El extraño almacén tenía un cuidador no menos sombrío que el lugar que custodiaba: era un suboficial de la Marina al que se conocía como "la Bruja"

Alguna vez ciertos prisioneros fueran autorizarlos a entrar al lugar oculto y quedaron desgarrarlos por esa especie de tienda fantasmagórica. Por las voces del silencio. Pantalones, camisas, faldas, recordaban miedos y ausencias. Las heladeras, las cocinas, hablaban de una cotidianidad quebrada abruptamente por el allanamiento. Esos televisores de distintos tamaños y edades, fueron ojos a través de los cuales se miró la realidad del país desde la casa clandestina, desde la soledad interrumpida a balazos. Tal vez uno de ellos estaba encendido cuando la patota se presentó, cuando una voz intimó a la rendición y un hombre y una mujer tuvieron que optar por entregarse, escapar o hacerse matar frente a sus hijos.

Para el Tigre y otros oficiales, la cuestión no presentaba esas aristas. Era tan impresionante el número de casas saqueadas que junto con el Teniente de Fragata Savio, el Capitán de Corbeta Paso y algunos amigos civiles, habían tenido que poner una inmobiliaria. Con documentos falsificados lograron vender las propiedades de los desaparecidos y se embolsaron un jugoso beneficio. Total el Negro aprobaba: "Los muchachos deben tener una compensación por los riesgos que corren"

Ahora no quedaban rastros del viejo Pañol. Los nuevos cubículos iluminados con luces de neón exhibían curiosos oficinistas que Kafka no hubiera tenido la audacia de imaginar.

Recortaban periódicos, trabajaban en la historia de la Organización, clasificaban los libros de una gigantesca biblioteca formada con miles de bibliotecas allanadas, o controlaban la incesante tira de cables que vomitaban dos teletipos directamente conectadas con la Cancillería, las que a su vez estaban surtidas por las embajadas

argentinas y la Agencia France Presse.

Algunos, morosamente, engordaban con nuevos datos el antiguo archivo del diario *Noticias*. En los sobres de papel madera se acumulaban imágenes de otras épocas: el primer regreso de Perón en 1972, las movilizaciones juveniles del “Luche y Vuelve”, Cámpora primero y Perón después hablando a la multitud, el Brujo López Rega al lado de Isabel, la masacre de Ezeiza, los atentados dinamiteros a los locales de la Juventud Peronista, cadáveres, cadáveres de la izquierda peronista, de la derecha peronista, de Rucci, de Mor Roig, de Ortega Peña, del cura Mugica. También había fotos de diversos juramentos presidenciales. En ese eterno Salón Blanco, el único aspecto inmutable de la zarandeada democracia argentina. Con el busto de la República impertérrita, viendo desfilar a civiles y militares. Y la Plaza, la eterna Plaza, a la que se iba a gritar de alegría o a morir de un certero escopetazo como el villero Chejolán.

Algunos podían reconocerse a sí mismos integrando una columna, debajo de un cartel que decía “Perón o muerte”, “Perón. Evita, la Patria Socialista”, “Juventud Presente”, o “Hasta la victoria mi General” Podían llevar el cómputo de los que habían muerto, de los que estaban secuestrados en otros lugares, de los que seguían luchando, de los que se habían marchado al exilio, de los que tal vez estaban entrando clandestinamente al país. De los jefes, de los perejiles, de los jetones, de los cuadrazos, de los combatientes, de los colaboradores, de los que se habían borrado, de los que estaban allí mismo, en ese presente eterno, metiendo y sacando fotos y papeles de los sobres.

El Tigre 1 a vio de lejos y el corazón se le aceleró como cuando estaba por interrogar a un tipo importante. Se avergonzó de la debilidad de sus rodillas. Y para darse ánimos la recordó desnuda, a su total merced en la parrilla, el día que la trajeron. No sabía qué le impidió violarla. Tal vez el fijarse en ese lunar que parecía resumir todo el desamparo. Tal vez algo en su mirada que era, en medio del terror, tan remota y lejana. Que quizá pertenecía al flaco boludo y suicida que había perdido meses atrás, cuando se cagó a tiros en un control.

Ella lo sintió llegar y por una extraña coincidencia recordó ese momento inicial, cuando regresaba de la nada y vio su cara desconocida dándole la bienvenida al otro lado de la vida recuperada contra su voluntad. Recibiéndola con un sarcasmo que no alcanzó a disimular el vértigo que iba en ascenso.

Aquellos días... Pancho había perdido en una pinza. Andaba sonámbula y su “respo” le había dicho: “Vos estás buscando que te maten y te van a matar” Luego la cita en aquel cine. En ese cine de Lanús que veía por primera vez pero olía a butacas envejecidas por el sudor como los cines de su infancia. Entraban los pibes a la matinee,

los que se habían hecho la rata al colegio y comentaban a carcajadas las fotos de “El Golpe”, con el piola de Paul Newman y el churro de Robert Redford. La habían visto con Pancho cuando la estrenaron en el centro y se habían reído como locos. Parecía increíble al ver la gorra de Robert Redford y el traje de cafishio de Paul Newman, que Pancho fuera cadáver y ella estuviera esperando una cita en ese Buenos Aires donde uno no tenía dónde meterse.

Lo primero que pensó fue que un pelotudo la había atropellado para entrar o para sacar las entradas. Pero enseguida tuvo tres tipos encima gritando y manoteando en medio de la sorpresa de los que se disponían a gozar de una simple matinee de barrio.

Había logrado meter la mano en la bolsa tejida y agarrar la pastilla. Se la metió en la boca y le pegaron un tremendo cachetazo. Uno del grupo exclamó: “¡Se empastilló esta yegua de mierda!”

Entre brumas sintió que le metían una cánula en la garganta con un líquido repelente. Mientras la arrastraban a la camioneta sintió el pinchazo de una inyección y tuvo la certidumbre final de que el cianuro le estaba haciendo efecto y la vida se le estaba yendo. Antes de “morir” alcanzó a escuchar la misma voz de antes que ahora decía: “Vos te boleteás y tu jefe cantó todo. Sos una boluda” Y con esa indignada curiosidad perdió la conciencia.

Cuando despertó estaba en un pequeño cubículo, desnuda, con correas de goma que le sujetaban las manos y los pies. Tres sujetos la observaban aten lamente. Uno de ellos se inclinó sobre su rostro para decirle:

—No soy San Pedro, ni estás en el cielo.

Y luego de una larga pausa inenarrable:

— ¿Sabes dónde estás?

Entonces escuchó su propia voz, cenicienta y aterrada, decir desde el fondo de sus entrañas:

— ¡En la Escuela de Mecánica!

La sonrisa afirmativa del desconocido la confirmó en el terror.

Poco después empezaron con la picana. El tipo se había ido y no volvió a verlo hasta que cesó la tortura. Hasta que pudo hablarle suave, persuasivamente, como si

fueran dos viejos amigos. Ese tipo era el Tigre.

—Te respeto —le dijo en esa segunda entrevista—. Te respeto porque te callaste la boca.

La había apadrinado, la protegía de los miles de peligros que acechaban a cada paso, hasta integrarla al núcleo de los escogidos.

Aunque no había entregado nada de la organización, vivía esa protección con una culpa horrible, con el convencimiento de que debía haber algo espantosamente bajo en ella para hacerse acreedora de semejantes atenciones. Así aparecía ante los demás prisioneros neutra, pasiva, dulce y solícita, pero ante ella misma peor que los que salían a marcar por las calles y presenciaban las torturas de los antiguos compañeros, indigna de la mirada de aquellos que como Norma, Ricardo o el Sordo se desangraban día a día sin ceder ni un milímetro al enemigo.

Los traidores la envidiaban por su “poder interno”. Los que seguían su lucha silenciosa y sin cuartel no tenían nada que reprocharle. Pero cuando algún compañero “nuevo” que no conocía la situación la miraba con suspicacia, Pelusa pensaba que había calado hondo en su conciencia y descubierto esa lacra original que estaba en ella desde su nacimiento, o tal vez antes, mucho antes, como un mal de familia, como una sífilis que venía por remotos torrentes de sangre a marcarla contra su voluntad.

El Tigre ignoraba, por supuesto, lo que había tras esos ojos gris-verdosos, mansos, que sin embargo habían mirado la mecha de las bombas o la figura del policía en la mira del FAL. Nunca esos labios perfectamente dibujados habían dicho una sola palabra que calmara su infaligable curiosidad o le permitieran restituirse al mundo de los “otros”, los que estaban fuera de la guerra. Al mundo que tanto él como Pelusa habían abandonado para siempre. El de los que no iban al cine a cubrir una cita orgánica o cazar a un guerrillero.

Se metió en el cubículo y le dijo todo bruscamente, para sacarse de encima aquello como una muela podrida. Mientras hablaba espiaba sus reacciones.

—Tus viejos y tu hermanito cayeron en un pozo del Ejército.

Ella asimiló el golpe como un viejo boxeador acostumbrado a la lona. Apenas se agrandaron sus ojos enormes. Sólo la mirada aguda del Tigre pudo registrar el imperceptible temblor en la barbilla.

—Está confirmado —agregó. Y esa palabra *confirmado* sobrevoló los papeles y las

carpetas como una amenaza y una esperanza.

— ¿Dónde están? — musitó Pelusa, mientras evocaba la cara ajada y hermosa de su madre, el eterno desamparo de un viejo que no entendía nada y las zapatillas olorosas del hermano adolescente que había pasado en meses del fútbol a la política.

Trataba de imaginarlos en un ámbito distinto a esa casa de Villa Urquiza con sus persianas metálicas, sus óleos de temporales marinos y praderas, pero no podía imaginar nada. La palabra *pozo* se había adueñado de su conciencia, abría un abismo en su imaginación, le impedía encontrarlos para rescatarlos aunque fuera con el pensamiento.

— Pero ellos no tienen nada que ver... protestó en voz alta.

El Tigre se encogió de hombros por toda respuesta. Luego, manejando las transiciones, se le acercó sigilosamente y le habló en voz muy baja.

— Ojo, no le prometo nada. Pero vamos a ver si se puede hacer algo. No te prometo nada.

Y se fue taconeando con furia, para no abrazarla.

En la insoportable espera del Nariz, el Pelado tuvo una tregua. Fue cuando lo llevaron nuevamente a bañarse. A la salida del baño recibió otra sorpresa: la Chiqui, que también había sido trasladada clandestinamente desde Uruguay, estaba allí para alcanzarle sus pantalones recién lavados y planchados. La mancha de sangre todavía se notaba pero ponerse la tela limpia era un alivio. La Chiqui había estado solícita, sin embargo alguien debía haber dado la orden. Era evidente que los marinos querían enviarlo "presentable". Le hizo gracia ese prurito y dirigió una mirada agradecida a la compañera que se había encargado de la faena.

Cuando, por fin, el Nariz entró en la celda, el Pelado dormitaba. Al despertarse, lo primero que dijo fue:

— Me llevan a Rosario.

El Nariz no dudaba que el Pelado sería boleta. Hizo un esfuerzo y trató de prepararlo como mejor pudo.

— Mirá Pelado. Es muy probable que antes de sacarte de acá te lleven a la enfermería y te pongan una inyección. Pero no te preocupés. No pasa nada. Lo hacen para manejar los traslados sin problemas.

Después reflexionó brevemente y se dijo que no había que descartar que efectivamente lo llevaran a Rosario. Imaginó qué podían hacerle en Ejército y comprendió que también era su deber apoyarlo ante la posibilidad de la tortura.

—Si te fajan mucho, jodélos. Dales un dato que no sirva. Mirá, yo te puedo dar nao. La dirección de una casa en que viví allá en Rosario y donde no hay nada desde hace meses.

En un suspiro le brindó las señas.

El Pelado rió nerviosamente, y profundamente conmovido le apretó el brazo. El Nariz tenía su famoso apéndice como un pimiento y los ojos también estaban rojos y acuosos.

—Animo, Pelado. Hay que ganar... ¿entendés? Hay que ganarles esta batalla.

El cuerpo pequeño y delgado del Nariz parecía más eléctrico que nunca. Hablaba sin mirarlo y repetidas veces dirigió la vista hacia la puerta, como si temiera o esperara la súbita irrupción de los carceleros.

— ¿Pasa algo? —preguntó el Pelado.

—Tengo poco tiempo —respondió el Nariz con una mueca que invertía su clásica sonrisa. Agregó: — Me costó mucho bajar.

El Pelado no quiso inquirir y se limitó a observar cómo su guía en el laberinto se inclinaba y escrutaba en la pared, buscando una señal invisible.

—Acá están —dijo por fin—. Mirá, Pelado, acá están.

El Pelado miró y al principio le costó distinguirlas. Alguien había trazado dos cruces con la uña, rascando la pintura. Una era grande, la otra mucho más chica. El Nariz se las enseñaba y el rostro enjuto volvía a iluminarse con una sonrisa extraña, a la vez triunfal y melancólica.

—Las hicieron ellas...

— ¿Ellas...?

—Bueno, una de ellas. Una de las monjitas francesas —la voz del Nariz había bajado y su vista relampagueó hacia la entrada.

Los ojos alargados, zorrunos del Pelado, se clavaron en las toscas rayas que reconstruían el calvario. Como un exorcismo contra la propia carne aterrada.

—Animo Pelado. —El Nariz se estaba despidiendo.

Se estrecharon en un abrazo. Tan abruptamente como había llegado, Horacio Domingo Maggio se fue con su cuerpo eléctrico hacia esos espacios remotos e incomprensibles de los que había descendido.

Cuando el Pelado se despertó, el Tigre lo estaba observando.

—Nos vamos. Dri —dijo y sus cejas se inclinaron en una interrogación, como si los papeles se hubieran invertido y fuera el prisionero el que pudiera revelar el futuro.

Un verde lo ayudó a vestirse y lo condujo otra vez en las sombras por nuevos espacios. Se detuvieron al final de un pasillo de la planta baja que remataba en un portón de salida al exterior.

Allí se produjo una discusión entre el Tigre y otras voces (presumiblemente los que venían a buscarlo), sobre si debía o no viajar con capucha, o simplemente con "anteojitos". El Capitán de Corbeta Acosta opinó que los *anteojitos* serían más discretos. Le sacaron la capucha y se los pusieron. Eran de una tela basta, negra y estaban forrados con algodón para presionar sobre los ojos y mantenerlos cerrados. En el breve lapso del cambio, el Pelado pudo ver al extraño grupo de hombres parados en ese hall que conducía a varias dependencias del Casino de Oficiales, entre ellas a unas misteriosas instalaciones conocidas como "El Dorado", estrictamente vedadas para todos los que no integrasen las escuadras operativas o de inteligencia del GT-332.

Eran las 8 de la mañana del 27 de diciembre de 1977, pero el Pelado lo ignoraba.

El Tigre volvió a indicarle que iba bien recomendado y sus custodios intercambiaron miradas y sonrisas que el "chupado" no pudo ver. El portón se abrió y el aire del mundo le dio de lleno en la cara. Sintió el sol y escuchó los mil ruidos indistinguibles de la mañana. Bajaron cuidadosamente la escalera de lajas que conducía al playón y lo metieron en un auto.

Alcanzó a oír un cuchicheo inquietante: "¿Lo inyectamos?", preguntaba uno. "No, no hace falta", respondió la voz de mando del "señor Jorge".

El asiento delantero estaba ocupado por el chofer y un acompañante. Jaime Dri iba atrás, esposado y escoltado por otros dos hombres. Se encendió el motor y le pareció

escuchar el ruido de otros autos.

—Sentáte bien y bajá la cabeza —dijo el acompañante del chofer—. Hací como hacen ustedes cuando van a una casa cerrada.

El auto arrancó y durante unos minutos sólo escuchó el siseo de las ruedas contra un pavimento áspero. La brisa matinal le provocaba un ligero sofoco. El frenesí de la libertad perdida.

Tras un corto recorrido el coche (los coches), se detuvo. El Pelado intuyó por los bocinazos y el ruido del tránsito, que estaban frente a una gran avenida que no podía ser otra que Libertador. El chofer le dijo a alguien:

—Abrir la partida con un dos de caballo.

Con ese sésamo se abrieron las grandes puertas de la Escuela de Mecánica de la Armada y la extraña comitiva ingresó al torrente de Libertador, proa al Acceso Norte de la ciudad, hacia Rosario.

Allí el jefe de policía había masacrado a su amigo Bettanín, a Cristinita y al hermano del Nariz. Allí también, al terminar esa operación, había dicho bien alto: “Ahora me falta un solo diputado”.

“El único diputado que faltaba viaja hacia Rosario”, pensó el Pelado.

Allí también habían corrido de casa en casa. Allí habían secuestrado a Vanesa y Fernando.

El conductor se rió al distinguir a lo lejos un vasto operativo de control que bloqueaba la ruta. Miró por el retrovisor al prisionero cabizbajo y le espetó, entre carcajadas:

— ¡Cagaste, Pelado! Hay una pinza.

Agregó con sorna:

— ¿Tenes documentos?

La comitiva lo detuvo. Los policías se cuadraron ante la identificación de los hombres de Ejército y los autorizaron a seguir la marcha.

El Pelado no disfrutó demasiado con el humor del chofer. “Hubiera sido lindo —se dijo— que uno de esos boludos que hablan de bandas de ultraderecha hubiera visto esta escena.”

El auto rodaba a toda velocidad cuando el acompañante del conductor lo autorizó a sacarse los anteojos. El resplandor lo encegueció. Tardó un rato en distinguir el paisaje suburbano. Después le estallaron en los ojos y en el corazón, como piezas de un caleidoscopio gigantesco: la blanca pared de una casa, una avenida de eucaliptos, un pequeño almacén con sus clásicos letreros de chapa anunciando gaseosas, una calle de tierra, una muchacha morena cargada con el bolso de las compras. Por momentos, rompiendo la continuidad edilicia del gigantesco Gran Buenos Aires, la pampa avanzando en matorrales, prefigurando sus extensiones oceánicas, alargando el bostezo de un árbol de copa aplanada por un cielo de fuego. Un chango en bicicleta, la policromía de un kiosco de revistas, los colectivos y camiones suburbanos con sus leyendas cómicas, eróticas o fanfarronas, resumiendo en un pedazo de chapa la filosofía existencial del patán que lo conducía. “Tarzán-Bar-Billares”, un almacén donde se apuraba una ginebra. La charla morosa de dos vecinas que hacían un alto en la lavada de vereda. Y el brillo. El brillo del sol pampeano metiéndose en la piel y en los huesos, reverberando en el parabrisas y en el marco de las ventanas. El sol que alumbraba su nueva prisión rodante como una cálida espada que lastimaba el alma.

Mirándolo con curiosidad, el acompañante del chofer le ofreció un cigarrillo. El Pelado se sorprendió cuando vio que era un Dunhill.

—Son importados —recalcó el tipo, subrayando el lujo de cortesía que le estaban brindando.

Durante un largo trecho se repitieron los ofrecimientos, que el Pelado aceptó invariablemente.

—Vamos a tener que comprarte fasos porque si no me vas a acabar el paquete —dijo el acompañante. El Pelado pensó que era una broma y lo decía por decir, pero efectivamente pararon.

Estaban en una estación de servicio y se sorprendió mirando apasionadamente esas cosas que había visto tantas veces en auto o en ómnibus, en sus viajes. La increíble existencia de los surtidores de YPF que seguían cargando nafta como si no pasara nada. Ese ómnibus que iba a Rosario del que descendían viajeros para tomarse un café con leche y unas medias lunas, la increíble falda plisada de esa rubia no menos increíble.

Algunos curiosos miraban hacia donde él estaba, pensando tal vez la verdad, o creyendo que se trataba de un simple preso.

“Si ahora gritase. Si dijera que me llevan secuestrado. Me cagarían a golpes y arrancarían a los pedos”, fantaseó mientras descubría que había dos coches más, cargados de custodios. De uno de ellos bajó pesadamente Jorge y se acercó para hablarle.

—Qué tal, Dri... cómo lo trata la vida... ¿Quiere un sándwich? ¿Qué cigarrillos fuma?

Le trajeron un especial de cocido y queso y dos paquetes de Jockey. Mientras el Pelado comía ese sandwich de “afuera”, comprado, Jorge lo miró inquisitivamente e insistió con su cantilena:

—Se va a llevar cada sorpresa allá. No tiene idea. Hay mucha gente amiga. Se lo digo yo, Dri, mucha gente amiga suya.

Y se le escapó una frase en la que el Pelado no reparó mucho en ese momento, pero que después recordaría: “El Nacho boludo, porque como no abría la mano le torcimos un dedo”. Fue apenas como una leve molestia en un ojo, una brizna que cayó en el inconsciente en medio de la verborrea del otro, que no paraba.

Continuaron la marcha. El coche en que iba Jorge encabezaba la comitiva; el que transportaba al Pelado iba en segundo lugar y cerraba la marcha un tercero.

Al costado del macadán, la vida continuaba sus labores en libertad. En libertad... un nuevo sentimiento asaltó al Pelado. La sombría convicción de que esas gentes también eran *chupados*, que todo, absolutamente todo, era un gigantesco campo de concentración.

FIN DE LA PRIMERA TEMPORADA

Segunda temporada

I Testimonios

Se detienen los autos, me ponen de cara al baúl de otro auto, me levantan la venda y veo a mi compañero muerto, con los ojos abiertos. Un hilo de sangre le salía de la boca y del pecho, los ojos muy abiertos. No lloro. No digo nada. No entiendo nada. Me dicen: "Nos creés ahora". Serían entre las 17 y 17.30. Hacía una hora todo era normal y ahora él muerto, yo ahí, no entendía nada, no podía ser cierto. Cuando venía en el auto antes de tirarme trataba de conservar la lucidez. Cuando llegué a la Perla después de lo pasado, casi muerta primero, casi en libertad después, ahora en sus manos, mi compañero muerto, ya mi situación interna era muy otra. No entré preparada para la lucha. Entré ya derrotada.

Me acuesta en un elástico de cama, con las manos y piernas esposadas a la pata de la cama, me baja los pantalones y me descubre la parte superior. Estaba vendada y comienza a picanear y a interrogar mientras picaneaba. "Largá la cita" me dice, le digo de qué cita me habla, y me dice "a mí no me vas a joder, no te das cuenta que tenemos tu ficha y tus datos..."

Después me llevan a una oficina y me toman el "previo" El previo es el nombre, documento, hija de quién y quién, nacida en, etc., dónde fue detenida, y abren una carpeta que dice en la tapa GRACIELA SUSANA GEUNA (A) "GRINGA" JUP 252. A partir de ese momento me dicen que me acuerde del número, que cuando me llamen a declarar soy el 252.

Después viene el cura y se queda solo conmigo, me levanta la venda, me da cigarrillos, café, me dice que me va a tomar declaración, que él me va a tratar bien pero que si no hablo iban a venir "Texas " y "Gastón " Me pregunta cómo empezó todo esto y yo me remonto a mis 15 años y me extiende largamente a grupos tercermundistas en los que había estado, y luego que a los 17 años llegué a Córdoba a estudiar, que quería aportar en el Proceso de Reconstrucción, que salgo delegada de curso a fines del 73 para trabajar en la modificación de planes de estudio de la Facultad, etc., tic., y llena páginas y páginas con esto sin apurarme. Hablamos de mi marido, que había muerto como él quería, de mi relación con él, etc. A lado esto, se escuchaban, no sé si en ese momento a antes, gritos en las otras oficinas. Era la madre del fasto del PRT y la hermana, ellas eran enlaces y querían saber el domicilio de JUMO y la madre le gritaba a la hija: "No hables nena, a estos hijos de puta ni una palabra "

No tengo noción del tiempo para nada porque allí no había día ni noche, había tanta gente igual a las tres de la tarde como a las tres de la mañana. A todo esto entra "Texas". Asoma la cabeza por la puerta y dice "Dio ya QTH" (QTH en el código quiere decir domicilios) y el cura le dice que no, que no se apure que estoy contando mi historia. Entonces entra y le dice al cura que es un bolado que no sabe interrogar y apoya mi silla contra la pared y comienza a dar mi cabeza contra la pared

(me tenía agarrada de los pelos) una y otra y otra y otra vez y el cura le dice que se vaya o que él no interroga nunca más. Estas contradicciones eran reales y no fingidas porque el cura tenía contradicciones con todos por esto. El pensaba que éramos todos una mierda, ellos y nosotros y lo único que quería era trabajar tranquilo, en cambio los otros estaban en la carrera por “el dato” y por ver quién era más capaz que otro, no había coordinación sino una competencia infernal...

Bueno, este Ángel me saluda, se agacha al lado mío y me levanta la venda, debí poner cara rara, porque me pregunta qué me pasa, le explico que tiene puesto el saco de mi marido, y me dice que estoy equivocada, que todo el mundo dice que Gastón y él son ladrones y yo le digo que no es así, que yo lo conozco bien porque es el saco de casamiento y me pongo a llorar de ver a un asesino con la ropa de mi compañero. Se va. Eran ladrones de lo que venga, desde cosas valiosas hasta chorros de gallinas.

Gastón decía “A tu marido lo agarré yo y lo detecté por el olor, por el olor a sucio, a monto, que tenía, y ahora ya no tiene más olor a sucio, tiene olor a podrido porque está muerto y se está pudriendo, dentro de poco vos vas a tener el mismo olor”

Otra vez me llamo el Capitán Carlos González al cual le decían “Monseñor”, “Monseñor” o “Juan XXIII”, porque era cursillista y muy chupacirios. Me trata muy bien, es un tipo que nunca le pegó a nadie pero esto es por sus propias contradicciones con la religión, para auto justificarse, pero es tan hijo de puta como cualquiera de los otros y se regodea cuando otros pegan. Después él viene y consuela. Es morboso. Me dice que había leído mis declaraciones, que vio que yo era de origen católico, que no entendía entonces cómo había terminado en eso, que la subversión era el Anticristo y me habla del ORDEN NATURAL que nosotros alterábamos... Me dice además que yo podría ser su hermana o su esposa (con esto me quiere decir que yo podría ser de “su clase social”). Me trae chocolates.

La compañera cada vez gritaba más. Me largo a llorar y viene el guardia y me pregunta qué pasa y le digo que a dos o tres metros míos se está muriendo una compañera a quien yo quería mucho y me deja levantar e ir a atenderla. Se quejaba mucho y teníamos que darla vuelta cada media hora, luego cada 20 minutos, luego cada 10, y luego continuamente. Como a las 5 ya estaba totalmente transfigurada, hinchada, era una compañera que afuera siempre sufrió de los riñones. Allí no había atención suficiente, sólo calmantes y desinfectantes. Gritaba continuamente, decía “boluda, sos una perejil bolada” y luego “basta Luis, basta” Luis es quien la torturó y lo de perejil es lo que le decían por el nivel. Le contábamos que estábamos en el río con su mamá, que a los hombres malos ya los habíamos echado y hablaba delirando sobre el río, el agua, su madre, el día, etc. Por momentos recuperaba la lucidez un momento y se daba cuenta que todo era mentira, nos puteaba y luego seguía delirando, luego volvía “no me mientan. Gringa, no me mientas” y luego seguía delirando. Tuvo una regresión total, recuerdo que para entonces ya había venido Miguel y ella pedía a su compañero que la besara, Miguel la besó como si fuera el compañero, luego la

acunábamos, pensaba que era una bebida y así dos horas cantándole canciones de cuna mientras se moría. Por momentos ella decía “fuerza, valor, coraje” y repetía delirando estas palabras constantemente. Le movíamos las piernas constantemente haciendo “la bicicleta”, tenía un terrible olor a podrido en la vagina por la infección de la tortura. No se puede relatar la horrible muerte de esta compañera. En pocas horas desfigurarse y los dolores terribles y la regresión a la infancia y caminar hacia la muerte acunada y nosotras cantándole el “arrrró” Todavía me parece que lo escuchara. Como a las ocho de la mañana llegó inteligencia y dijeron que se la llevaban. Nosotras dijimos que no, que ya se moría, que la dejaran morir entre nosotras. Después de varias idas y venidas de ellos y consultas, vienen y dicen que se la llevan al Hospital Militar. Nosotras sabíamos que era mentira, ya le faltaba muy poco para morirse. Recuerdo que vinieron “Fogo” y el “Yanqui” a buscarla, en ese momento ella recuperó el conocimiento, los ojos se le agrandaron por el horror, nos mira y dice: “¡¡¡Me mintieron, son los hombres, no dejen que me lleven los hombres!!! y perdió el conocimiento. La arrastraron en la frazada hasta la puerta de la cuadra ayudados por Tita y yo que quisimos acompañarla hasta la puerta de la cuadra. Pensamos que le pegarían un tiro. Esa tarde Fogo nos lleva a todos los más antiguos de la cuadra a limpiar autos al galpón, cosa que hacía cada vez que podía para que pudiéramos ver. Ana y yo salimos llorando, nos llevaban vendados hasta el galpón, en “trecito”, y Hernández me para y me pregunta por qué lloro y le digo que por María Luz y me dice “¿Porqué llora si la llevamos al hospital?” Le digo que si se cree que soy boluda y sigo. Para confirmar, tiempo más adelante yo pregunto con su ficha: “¿Y en ésta que pongo?” y me dicen QTHF, o sea muerta. Luego Fago me contaría que se la llevaron al galpón, no al de los autos sino al de las caballerías, y la dejaron morir allí. Murió al rato. En verdad nosotras descebamos que se muriere cuando la estábamos acunando, queríamos ganar tiempo para que muera entre nosotros. Ellos, como “son católicos” y “no matan si no es en ceremonia militar”, no le pegaron un tiro, que era lo único que se podía hacer a esa altura por ella, la dejaron morirse solita delirando en el galpón.

(Fragmentos del testimonio presentado en Madrid a la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) por Graciela Susana Geuna, sobreviviente del campo de concentración La Perla, bajo jurisdicción del Tercer Cuerpo de Ejército, comandado en esa época (1977-1979) por el General de División Luciano Benjamín Menéndez, sobrino del Teniente General Benjamín Menéndez, oficial que intentó derrocar en 1951 al gobierno de Juan Domingo Perón, y primo del General de Brigada Mario Benjamín Menéndez, Gobernador Militar de las Islas Malvinas que se rindió a las tropas británicas el 15 de junio de 1982.)

Dentro de la nomenclatura militar, se conoce con el nombre de GRUPOS DE TAREAS a aquellos organismos que llevan adelante el accionar represivo en la Argentina. El que funcionaba en la Escuela de Mecánica de la Armada se reconocía con la sigla GT/332. Su máxima autoridad —desde los inicios hasta diciembre de 1978— fue el Contralmirante Rubén Jacinto Chamorro. Los orígenes de este grupo se remontan a los primeros meses de 1976. Al producirse el golpe militar del

24 de marzo, Marina necesitó crear un grupo de inteligencia lo suficientemente ágil y dinámico como para llevar adelante masivamente su accionar represivo.

El Grupo se formó con personal del Servicio de Inteligencia Naval (SIN) y de otras dependencias del Arma. Su objetivo era aniquilar lo más rápido posible a los militantes populares. Contó desde sus inicios con el aval del propio Comandante en Jefe de la Armada, Almirante Emilio Eduardo Massera.

Lo integraban, además, miembros de otras fuerzas represivas: Prefectura Naval, Policía Federal, Servicio Penitenciario Nacional, y algunos oficiales del Ejército, destinados institucionalmente a colaborar con la Marina todos ellos. Se fue haciendo sobre la marcha, elaborando su propia doctrina de guerra.

También recibieron influencias de personal especializado fuera del país. Su eficiencia en el accionar queda clara. El resultado de su operatividad en un año marzo 1976-marzo 1977, capturó a 2000 argentinas. A marzo de 1978 la cifra asciende a 4750. Al frente del GT/332 fue colocada el Capitán de Corbeta Menéndez, alias "Capital", el cual, al ser herido, fue enviado a recuperarse a Estados Unidos. Queda a cargo entonces el Capitán de Corbeta Jorge Acosta, aunque por encima de éste se encontraba el Capitán de Navío Vildoza (alias "Gastón"), jefe Institucional del grupo. Para llevar adelante sus tareas, el GT se divide en tres grandes unidades: Operativo, Inteligencia y Logística.

(De la denuncia leída en la Asamblea Nacional de Francia el viernes 12 de octubre de 1979, por Ana María Martí, Alicia Milia de Pirles y Sara Solarz de Osatinsky, liberadas del campo de concentración de la Escuela de Mecánica de la Armada.)

INTELIGENCIA

Tenía a su cargo la realización efectiva de los interrogatorios y torturas de los secuestrados llevados a la ESMA por los grupos operativos y el análisis minucioso de todos los papeles, apuntes y cualquier otro material que se hallara en poder de sus víctimas en el momento del secuestro (o "chupe").

Había permanentemente un oficial de guardia de Inteligencia asignado a cubrir durante las 24 horas la posibilidad de que sus "servicios" fueran requeridos. Al llevarse a cabo operaciones de envergadura, solía estar a cargo de éstas un oficial de Inteligencia.

Otra función de Inteligencia era la de decidir, bajo la conducción del Contraalmirante Chamorro, qué secuestrados debían ser incluidos en los sucesivos traslados. Tenían a su cargo también el contacto con los secuestrados que iban quedando en la ESMA sin ser trasladados, a los que interrogaban asiduamente acerca de sus conocimientos, historia personal, concepciones

políticas, etc., intentando adoctrinarlos en lo que sostenían era su “filosofía occidental y cristiana ”

OPERACIONES

Este grupo llevaba adelante la planificación y ejecución de los secuestros, robos de automóviles, saqueos de viviendas, etc. Operaban en base a datos obtenidos mediante la tortura, y/o del análisis que Inteligencia hacía de los materiales obtenidos en operaciones anteriores. Muchos secuestros se hicieron durante los “paseos” que sistemáticamente realizaban por la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, en los cuales participaba un “marcador”.

Prisionero que accedía a colaborar con los marinos señalando a sus antiguos compañeros. La planificación de las operaciones se hacían en el salón “Dorado”, ubicada en la planta baja del Casino de Oficiales de la ESMA.

En el grupo OPERATIVO participaban oficiales y suboficiales de la Armada. Algunos de ellos estaban asignados a esta función con carácter permanente y otros en calidad de “rotativos”. Permanecían en la ESMA, o en los otros campos de concentración de la Marina: Mar del Plata, Bahía Blanca, por períodos aproximados de dos meses. Esto garantizaba que la totalidad del arma, en todos sus niveles y en todos los miembros, participara de la lucha represiva, a fin de ser incluidos en el “pacto de sangre y silencio” establecido por los altos mandos.

LOGÍSTICA

En este sector estaban los oficiales y suboficiales de la Marina que tenían a su cargo el desarrollo y mantenimiento de la infraestructura del GT/332. Esto abarcaba desde la conservación y modificación de las condiciones del edificio, como también la administración de los fondos y bienes obtenidos como botín de guerra, resultado del robo sistemático y exhaustivo que ejecutaron con las pertenencias de los secuestrados y de las organizaciones populares a las que reprimieron.

El 15 de julio de 1976 fue secuestrado Sergio Tarnopolsky junto a cuatro miembros de su familia: Betina, Blanca y Hugo Abraham Tarnopolsky y Laura De Luca de Tarnopolsky. Sergio estaba haciendo el servicio militar y se desempeñaba como asistente del Capitán de Corbeta Jorge Acosta. Fue bárbaramente torturado y luego asesinado, al igual que sus familiares. En el secuestro participó el oficial de la Policía Federal Roberto González.

(Aspectos parciales del testimonio elevado a la División Derechos Humanos de las Naciones Unidas por el dirigente peronista Andrés Castillo —uno de los integrantes del grupo civil que en septiembre de 1966 intentó la ocupación de las Malvinas— y Graciela Daleo, militante de la misma filiación.)

París, 9 de diciembre de 1977

Señores:

Me llamo Daniel Tarnopolsky, tengo 19 años y estoy absolutamente solo porque he perdido a toda mi familia. Mi padre, mi madre, mis dos hermanos y mi cuñada, fueron secuestrados por las fuerzas de seguridad argentinas hace un año y medio, en la noche del 14 y 15 de julio de 1976. Esa noche un grupo de individuos armados, después de haber hecho saltar la puerta de mi casa con una bomba, entraron y secuestraron a mis padres, sin razón, sin explicación. Luego desaparecieron mis dos hermanos y mi cuñada de la misma forma.

Hasta ese día vivíamos una vida llena de alegría y armoniosa. Formábamos una familia sólidamente unida, compartíamos nuestros problemas y alegrías y nos ayudábamos mutuamente.

Esa noche de julio no volví a casa porque asistí a un Congreso de Terapia Musical y me quedé a dormir en casa de un amigo. Es sin duda la razón por la cual estoy yo aquí.

El día 16 de julio estaba previsto juntarnos en familia para cenar. No pudimos hacerlo. Cuando me quise comunicar con ellos en casa de mi abuela, me enteré que habían desaparecido. Que mi departamento había sido totalmente saqueado. Que mis pertenencias ya no existían más. Que había quedado solo.

Estuve vagabundeando por las calles de Buenos Aires durante un mes, sin saber qué hacer. Había veces que quería morirme. No comprendía por qué los habían secuestrado. Tampoco puedo comprender por qué tuve la suerte de que a mí no me ocurriera lo mismo. Quisiera saber si mi familia está todavía con vida. Si está bien de salud. Si están todos juntos o los han separado. Quisiera volver a encontrarlos. Que nos encontremos todos reunidos como antes.

Es por este motivo que yo escribo esta carta.

Necesito que me ayuden a conocer la verdad.

Necesito ayuda para obtener una respuesta del gobierno argentino, para que me digan qué ha ocurrido con mi familia. ¡Por qué los han secuestrado! ¡Por qué han desaparecido hace un año y medio!

Les agradezco de antemano todo lo que puedan hacer por mí.

Espero una respuesta.

DANIEL TARNOPOLSKY

SEGUNDO CUERPO DE EJÉRCITO

Con asiento en la ciudad de Rosario. Su comandante durante los años 76, 77 y 78 fue el General Galtieri. Su jurisdicción abarca las provincias de Santa Fe, Chaco, Formosa, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, todo el este del país.

ROSARIO

Sus obreros: profesionales, comerciantes, estudiantes, protagonizaron heroicas Jornadas señaladas con el precio de tantos muertos, desaparecidos y presos. Allí se inicia la huelga portuaria del 17 y 18. Durante el 78 los conflictos obreros se extienden al cordón industrial.

Es necesario someter y controlar esta ciudad que, en caso de estallar en pueblada como lo hiciera contra la dictadura anterior (1911), sería un peligro para estos asesinos uniformados.

ETAPAS DE LA REPRESIÓN *Se pueden marcar tres etapas.*

Desde el 24 de marzo del 76 a marzo del 77: el torturador Comisario Fessed o Fesek, jefe de la policía provincial, protagonista en este primer período, su mano derecha es "El Ciego" estudiante de pediatría que concurre a la Facultad, muy inteligente, hombre de confianza del Ejército.*

En el Servicio de Informaciones de la Policía de la Provincia de Santa Fe han dispuesto de dos lugares para los desaparecidos. Esto es "la favela", primer paso del SIn que es el lugar destinado para los hombres. Allí no existe higiene de ningún tipo, los detenidos deben hacer sus necesidades en el mismo lugar donde viven, comen y duermen, permanentemente atados. Y otro lugar donde habitan los que probablemente serían reconocidos, donde existen mejores condiciones de vida.

TORTURAS

Tenemos conocimiento que en el área del Segundo Cuerpo, no solamente en Rosario, existieron y existen tratamientos "especiales", para los desaparecidos condenados a muerte. La imaginación no alcanza para cubrir el horror de la realidad misma. El prisionero está atado a una mesa, estaqueado, el torturador se aproxima con un aparato desconocido, el más sódico de los psicópatas no podría imaginarse su utilidad. El prisionero, después de las más horribles torturas durante días, tampoco. El aparato es introducido en el ano, a partir de allí sentirá que le desgarran las entrañas, y en realidad es así pues el aparato va extrayendo a través del ano los intestinos. De allí en adelante inicia una agonía dolorosa, terriblemente dolorosa. A esto los técnicos torturadores lo llaman: EVISCERACIÓN, en otros términos más vulgares, "el tirabuzón". A las mujeres se aplica indistintamente en el ano o en la vagina. Otra forma de practicarlo es abrir directamente el vientre con un tajo, por donde salen los órganos.

Desde marzo a septiembre del 77: La sede sigue siendo el Servicio de Informaciones de Rosario. Los métodos son los mismos, pero se pone mayor cuidado en que la tortura sea sistemática y los prisioneros "duren" lo que los señores militares dispongan. Para obtener un mayor control y a partir de las múltiples denuncias que cuestionan la criminalidad de Fessek o Fessed, éste se retira en septiembre del 77, tomando injerencia directa los militares.

Desde septiembre del 77 en adelante: Ya la policía provincial no trabaja directamente relacionada a los prisioneros políticos. Es el Ejército el que realiza todas las tareas. Para tal fin instalaron un chupadero en las afueras de Rosario, en una casa residencial al sur de la ciudad, cercana al arroyo Saladillo. Esta casa se utiliza como depósito, ya que la tortura sería instrumentada en el SIDE. Acá los métodos son por demás "refinados" donde no sólo juegan con la destrucción física sino que también para lograr un desequilibrio mental. Acá lo primero que recibe el detenido son golpes brutales. Con el cuerpo "flojo" se lo coloca en una parrilla insertándole en los muslos agujas, a través de las cuales se hace correr luego electricidad, todo al mismo tiempo. Durante todo ese período que se cubre por algunas horas se interroga a la víctima y habiendo llegado a un estado de inconsciencia, se lo deposita en un pequeño calabozo individual en el que se encontrará cuando vuelva en sí. En ese momento se dará cuenta que tiene colocado en su cabeza una serie de cables que irán midiendo sus reacciones a partir de distintas preguntas que hará una voz salida no se sabe de dónde.-Esa voz en la penumbra del calabozo y junto a sus oídos, pregunta: "¿Te gusta el mar? ¿Te gusta pasear por la costanera?" y de pronto, abruptamente increpa: "¿Cuál es la dirección de tu hermano? ¿Dónde está? Vos lo sabés". A las respuestas del prisionero suceden expresiones como "es cierto" o "estás mintiendo" Y así continúa la "conversación" con otros temas, intercalando preguntas y amenazas. Es aterradora la sensación de que uno no dirige sus ideas, sus pensamientos, que "alguien" instalado en el interior de uno mismo, lo domina.

(Fragmento de un documento que lleva la firma: Presas políticas de Villa Devoto.)

Ustedes van a ganar finalmente, pero en esta etapa vamos a ganar nosotros.

(Profecía del Coronel Gabazo, de las Fuerzas Conjuntas del Uruguay, a su prisionero, el pianista argentino Miguel Ángel Estrella.)

II La quinta de Funes

Cuando la caravana ingresó en los suburbios de Rosario, el prisionero llevaba ya un buen rato con los anteojitos puestos. Vuelto a las sombras, se metía para adentro a bucear en las mismas incógnitas. Algo fallaba en todas las especulaciones que había venido haciendo hasta ese momento; seguía con vida cuando, a esas alturas, ya debía estar muerto.

Apelaba a su instinto, a la astucia de la razón, y no llegaba a componer una teoría que le permitiera elaborar una respuesta y ensayar una conducta.

En medio de los dolores que persistían, de los mareos que comenzaban a acosarlo con una náusea recurrente, de la insensibilidad de las manos que lo inquietaba, de los latidos de la herida tumefacta, una orden lograba instalarse en su conciencia; no dejar traslucir nada de lo que pasaba en su interior, aprovechar el tiempo extra que le brindaban para estar al acecho de una fisura, de esa articulación favorable que algunos llaman oportunidad y otros destino.

De pronto se produjo un atasco fenomenal. Sonaban bocinas por todos lados y el calor acentuaba el mareo. El chofer sumó sus bocinazos a los de otros impacientes. Luego puso a todo volumen la inconfundible sirena. Como si nada. Seguían parados.

— ¡Pero qué se cree este pelotudo! —dijo, y simultáneamente el Pelado oyó el ruido característico de una pistola que se está martillando. Dos segundos después el estruendo de un balazo de 45 sobresaltó al Pelado y seguramente a los que obstruían la marcha de la caravana, porque inmediatamente el Falcon empezó a moverse. Con extremada delicadeza, el chofer se dirigió al prisionero:

—Pelado, no te pongás nervioso, ya vamos a llegar.

Por las bromas de sus guardianes, el Pelado sacó cuenta del efecto que el tiro al aire había producido entre los azorados automovilistas. Pronto comprobó que el conductor le había dicho la verdad: tras un breve recorrido por caminos de tierra, llegaron al punto final del viaje. Se abrieron las portezuelas y un desconocido lo ayudó a descender. Se sorprendió al notar que estaba pisando césped y, medio tambaleante,

ayudado siempre por su nuevo guía, comenzó otro camino a ciegas.

A intervalos el sol le daba de lleno en el rostro. Comprendió que caminaban por un jardín o un parque profusamente arbolado. Una chicharra convertía las primeras horas de la tarde en estruendo campestre y una ligera brisa lo atontó con una mezcla de aromas silvestres: el perfume sedante del pino, la intensa apelación de unos rosales, la fragancia del pasto tierno *y* una multitud de olores indiferenciados que, en *Capucha*, supuso que estaban perdidos para siempre.

Se abrió una puerta y cuando volvió a cerrarse le sacaron los anteojos. Pudo ver entonces una sala de recepción muy bien amueblada, con su infaltable chimenea. En un rincón extraños aparatos electrónicos, que al Pelado le evocaron inmediatamente las picanas.

Su silencioso acompañante lo hizo sentar junto a una larga mesa, frente a un nuevo personaje que lo examinó detenidamente. Era "Barba", uno de los oficiales de inteligencia a cargo de los interrogatorios.

Barba comenzó su discurso de bienvenida.

—Vea, Dri, acá no torturamos. No hace falta. Sabemos todo de todos. Pero eso sí, no admitimos versos. Cuando alguien empieza a versear, no jodemos. No sé si soy claro...

Era transparente. Pero el Pelado no tuvo mucho tiempo para considerar la amenaza. Una puerta interna, que no había visto al entrar, se abrió cautelosamente. El Pelado no se hubiera sobresaltado más si en el vano hubiera visto a su padre. Allí estaba, vivo y sonriente, el compañero Pedro Retamar, el "río", al que un comunicado del Segundo Cuerpo de Ejército había dado por muerto en un enfrentamiento meses atrás.

El Pelado se avergonzó de sus sentimientos: el Tío, que avanzaba resueltamente a saludarlo, lo indignaba con su resurrección. Sintió que esa vida imposible constituía una sórdida estafa. Que venía a arrebatarse el dolor que lo agobió al leer los diarios. Reprimió mecánicamente esos pensamientos y se puso de pie para recibirlo.

— ¡Pelado! —exclamó ya casi a su lado el fantasma y un momento después lo estrechaba en sus brazos.

Se recorrieron con la mirada como si se estuvieran reconociendo. Era el mismo Tío de siempre, con su rostro delgado, con sus pómulos salientes, con ese labio inferior que se estiraba antes de soltar las palabras, como si las sopesara. El Tío con sus canas de

cuarentón largo, con esa pátina cetrina que le ennegrecía la piel y no era por los pigmentos, sino por la larga historia de luchas, padecimientos, miedos y rebeldías que le fueron marcando las comisuras, tensando el cuello, sombreando las ojeras.

—Si serás tacaño —dijo el Tío rompiendo el encantamiento—. Tenés la misma camisa que usabas en Rosario.

En Rosario. Sonó extraño, porque estaban en Rosario. Pero ese *Rosario* quería decir: en la Columna, antes, cuando vos y yo...

Su voz también era la de siempre. Con ese *mmmm...* que se prolongaba antes de convertirse en palabras, con esos gallos que se le escapaban en las parrafadas ascendentes. No pudo distinguir ni una nota falsa, ningún matiz que indicara nada. “El 48, pensó, il morto qui parla” La vieja tradición italiana que recomienda jugar al 48 cuando un muerto se nos aparece en sueños *y* nos habla. La única diferencia era que no estaba soñando. Esa sala era bien real. Bien real la cara atenta de Barba, que observaba el encuentro de los viejos compañeros con una sonrisa; bien reales los negros aparatos electrónicos apilados en un rincón, bien real el moscardón imbécil que rebotaba contra el vidrio del ventanal, atrapado por el voile de los cortinados que difuminaban el jardín.

Y bien real también la muchacha que había entrado con una bandeja donde humeaba un puchero.

—La Juana... Jaime —dijo el Tío, presentándolos.

La Juana puso la mesa silenciosamente y se fue. El Tío siguió con una sonrisa cínica el bamboleo de sus caderas rumbo a la puerta. Cuando desapareció le comentó al recién llegado:

— ¿No la conociste? Estaba en la Columna.

Dirigiendo una rápida mirada al Barba, acotó:

—Y muy... *mmmm...* muy servicial.

Tratando de que su cara fuera lo más neutra posible, el Pelado iba registrando todos los mensajes a medias que iba recibiendo. Esperaba con gran ansiedad el arribo de explicaciones más o menos coherentes. Llegaron cuando hundió su cabeza para comer. Sobrevolando un choclo aceitoso, por encima del osobuco, sobre el vidrio de la gaseosa, flotaban las palabras increíbles que estaba diciendo el Tío.

—Lo nuestro se acabó, Pelado. Cometimos muchos errores. Demasiados. En un momento pudimos tener la manija, pero la perdimos por soberbios. Cientos de miles de tipos iban a nuestras movilizaciones en el 73. En el 75 pudimos liderar a la clase obrera y por sectarios y pelotudos perdimos esa oportunidad única. Dimos mal la pelea con el Viejo y la pelea con Isabel. Atacamos al Ejército y nos pusimos en contra a los oficiales nacionalistas. Mmmm... Y, además, mandamos a miles de pibes sin experiencia a la muerte. Todo por la locura del Pepe. Por sus aires de mmmm... de personaje, de comandante.

—Nos quedamos solos, Pelado. Y perdimos. Hay que admitirlo de una buena vez y parar la masacre. ¿No?

El Pelado se había refugiado en la carne, no quería alzar los ojos y mirarlo. Sabía que Barba y el Tío lo estaban taladrando con la vista. La curiosidad de los dos era casi física. Se sentía tocado, escrutado con más intensidad que en un interrogatorio abierto.

El Tío no cesaba en su largo sermón. La misma voz que en las reuniones de ámbito hablaba de la solidez ideológica que debían tener los cuadros en esta etapa; la que evocaba en largas mateadas los primeros años de la Resistencia, las luchas obreras, la insurrección del Rosariazo, le descubría las bondades de la colaboración con hipotéticos militares nacionalistas, la necesidad de llegar por cualquier vía a la paz.

Es cierto que viejas expresiones se intercalaban con las nuevas. Que antiguas críticas que el Tío hacía antes entre íntimos resplandecían en el nuevo lenguaje, en ese discurso que Barba aprobaba en silencio.

“La autocrítica no la podés hacer frente al enemigo”, pensó con bronca el Pelado mientras fijaba sus ojos en los últimos restos del puchero y entendía que lo estaban presionando para que él también se definiera.

Ay, carajo, esa sala bien amueblada, ese mantelito individual puesto para su comida, esa cortés gaseosa que acompañaba el menú de la compañera *servicial*, escondían acechanzas peores a las mazmorras de la Escuela de Mecánica. Extrañaba la compañía de las ratas en *Capucha*.

Tuvo un alivio momentáneo cuando el oficial se despidió y los dejó a solas. En seguida comprendió que podía tratarse de una celada. A solas con el antiguo compañero, se explayaría y un simple micrófono les permitiría descubrir si por lo menos admitía la derrota, para asumir después la traición.

Sabía que ahora no podría mantener el silencio y por eso eligió el derrotero menos

comprometido de las peripecias personales.

—Y, ¿cómo fue que... te salvaste? —preguntó.

El Tío hizo un gesto con la cara y la mano huesuda, como queriendo decir:

“Uuuh, si supieras” Había caído en la trampa. El Pelado le había abierto una ventana a la autojustificación y entró por ella.

En forma económica y aparentemente despojada de emoción, le contó su historia.

Había caído, como tantos, en una cita envenenada. Muchos, demasiados milicos lo esperaban en la emboscada. Su olfato lo había alertado de algo raro, pero no tenía salida. Le dieron el alto y él desenfundó. Desde los techos, desde los portales, comenzaron a disparar. Un balazo de *FAL* le destrozó la clavícula y lo enterró de espaldas contra el piso. Pudo manotear la pastilla de cianuro y metérsela en la boca, antes de que le cayeran encima. Pero lo “sacaron”. Era un caso raro, sí, aunque no el único. Después, lo sabido: despertó en una cama de hospital rodeado de milicos. Su convalecencia la pasó en los sótanos de tortura de la Jefatura de Policía. Aguantó un mes. Al mes decidió que era inútil oponer resistencia y se decidió a colaborar.

El Pelado estaba sinceramente conmovido por el relato, y sobreactuó su interés, con incesantes preguntas que tendían a ganar tiempo, a estudiar un plan de respuestas.

El Tío se desabrochó la camisa y le mostró la fresca cicatriz del tiro. Jaime hizo otro tanto con sus heridas. Retamar le aseguró, paternal:

—No te preocupés, acá te las van a curar.

Jaime escrutó los ojos helados de su antagonista en busca de nuevas claves. Pero no alcanzó a leer lo que decían sin palabras.

Mira Pelada yo soy otro. El Tío que conociste murió en esa cita. Yo habito su cuerpo como un zombie habita su propio cadáver. Mi nueva vida es oscura, ya lo sé. Pero más grandiosa que la anterior porque nace de la propia muerte. Vos no estabas ahí Pelado cuando yo fui superior a la inmensa mayoría de los hombres por el solo hecho de aceptar morir. Vos no viste el brillo de las armas que me apuntaban ni sentiste el zumbido verdadero de esas balas que me tiraban a mí. A mi cabeza de individuo donde todo el universo cabe y existe porque yo lo pienso y lo siento. Donde todo el universo puede anularse con mi muerte. Vos no viste el lujo de mi furia al apretar el gatillo del 38 y apuntar con una mano que no temblaba. En ese momento en que decidí que no me agarraban vivo. Cuando pensé que me llevaba alguno conmigo. Vos no viste cómo busqué una cubierta para

prolongar el combare y me asombré de mi propio coraje frente a todos esos tipos. Vos no sentiste el odio que yo sentí cuando me puso fuera de combate el tiro de FAL y cuando tomé por segunda vez la decisión de morir. Cuando rechacé todos los consuelos y las justificaciones que me decían: "Ya hiciste bastante. Peleaste como un león y no te mataron. Ahora quédate quieto". Cuando saqué la pastilla y me la puse en la boca. La pastilla, Pelado. Es hermoso tirar y que la muerte te sorprenda peleando. Pero una pastilla de cianuro no tiene el mismo efecto embriagador que el combate. A la pastilla tenés que colocarla entre los dientes y apretar fuerte para cortar el plástico para que el cianuro comience su descenso por los caños y tu muerte sea realmente una elección y no un accidente. Y yo apreté los dientes y liberé a mi muerte en la garganta. Yo me metí la muerte adentro, Pelado. Y después, qué mierda sabrás vos lo que es la famosa apomorfina, que te "saca" la muerte que te metiste adentro. Qué sabrás vos lo que es ir abriendo los ojos desde la muerte para ver las cánulas, el tubo de suero, tu propia carne vendada y los ojos y los bigotes de los que te estaban esperando desde la otra orilla. De los que te resucitan para matar todo lo que vos eras y construir ese otro, ese Tío que te está mirando. Pelado. Con estos ojos nuevos de la muerte y la traición. Con esta nueva vida que sí, te lo advierto, voy a vivir cueste lo que cueste y caiga quien caiga.

Funes es un barrio residencial, un refugio para la alta burguesía de Rosario, ubicado en la zona oeste, a un costado de la ruta que viene de Buenos Aires, constituye un remanso verde en el paisaje urbano donde predominan las chimeneas fabriles, los gigantescos elevadores de granos, la implacable monotonía de los barrios pequeñoburgueses o la franca sordidez de los asentamientos proletarios.

En Funes las casas no se apiñan unas con otras, están separadas por cercas vegetales, aisladas en montículos de césped bien cortado, sombreadas por paraísos, eucaliptos, pinos y otros árboles añosos. Los chalets californianos, los cottages, están alejados de las simpáticas callejuelas de tierra, reclusos en su intimidad gozosa.

Esta intimidad, su fácil acceso y su relativa cercanía del centro de La ciudad, del que la separan solamente 10 kilómetros, son algunas de las causas que llevaron a los hombres de Inteligencia del II Cuerpo de Ejército a elegir Funes como zona apropiada para instalar una casa operativa.

A mediados de 1977, alquilan allí una quinta amplia y confortable. La cobertura es sencilla: la ocuparán algunos distinguidos militares con sus familiares. Ni el propietario ni los vecinos ven en ello nada malo. Los hombres de armas se están sacrificando por el país, lo están ordenando con el expediente de la guerra sucia, y es necesario que se repongan de las fatigas del combate y las asperezas de un arduo, difícil gobierno.

Por eso, tampoco les llama la atención que los nuevos ocupantes utilicen tantos vehículos y exista una discreta aunque indisimulable custodia. Es lógico, dado los

tiempos que corren, que los nuevos habitantes del barrio quieran estar seguros frente a las asechanzas de la subversión.

Tal vez, de haberse asomado al interior, les hubieran sorprendido los extraños hábitos de esa multitudinaria "familia" Pero en Funes la gente no es curiosa y menos cuando hay militares de por medio.

La quinta que Jaime Dri no ha llegado a conocer todavía, ocupa un pulcro terreno de dos manzanas. La casa principal es una construcción sobria, con ladrillos adornados por piedras, con techo de dos aguas de pizarras rojas. La habitan los hombres de Inteligencia encargados de realizar ciertas operaciones clandestinas y cuidar a un selecto grupo de *chupados*. Está ubicada a unos cien metros del portón de entrada, que da a la Ruta Nacional N° 9, y está compuesta por una sala que ya conocemos, el living, comedor de los oficiales, un amplio dormitorio para la guardia, una cocina, un baño y una habitación más pequeña, que habrá de jugar un papel importante en esta historia. En el salón hay un equipo radial *Motorola*, que comunica con la Base. Es decir, con el área de Inteligencia del Segundo Cuerpo. Son los negros aparatos que inquietaron al Pelado.

A espaldas del chalet, a unos cinco o seis metros de distancia, hay un pabellón precario, erigido con materiales de segunda, que en tiempos pretéritos albergó a la servidumbre y ahora sirve de vivienda a los prisioneros. Siguiendo la misma línea de edificación, cinco metros a la izquierda de este pabellón, si la observación se hace desde el portón de entrada, hay un garaje lo bastante grande como para recibir a tres o cuatro coches. Sus funciones originales también han sido alteradas por la inventiva de los hombres del II Cuerpo. Una parte de este galpón se destina a refectorio de los prisioneros en las horas de comida, y después se transforma en sala de juegos, donde se llevan a cabo estimulantes torneos de ping-pong. El resto de la construcción, que ha comenzado a dividirse con una mampara, es una imprenta clandestina. Tres mimeógrafos y una *rotaprint* integran la curiosa planta gráfica, que de tanto en tanto imprime miles de folletos *subversivos*. Por qué el Ejército, plagiando a Chesterton, edita los materiales de los montoneros rosarinos, es decir, de su principal enemigo, es una de las tantas incógnitas de este relato, que a su tiempo encontrarán respuesta.

A unos treinta metros del edificio principal, en una diagonal orientada hacia el frente de la quinta, está la hermosa piscina, a la que no le faltan dos vestuarios que, por caprichos de la política argentina, han devenido calabozos.

En uno de ellos, precisamente, está alojado el Pelado después de su imposible encuentro con el Tío Retamar.

El control de los prisioneros está asegurado por una doble guardia. La externa la integran cuatro efectivos de la Gendarmería Nacional, que rotan cada ocho horas. Visten ropas civiles y se ocultan de las miradas entre las matas y los árboles. Más aún: suelen camuflar sus fusiles bajo inocentes frazadas. Hacen su vigilancia sentados contra el tronco de un árbol, tomando mate, simulando descansar. No tienen jamás contacto directo con los prisioneros. Su misión es simplemente impedir que se fuguen.

La guardia interna tiene en cambio armas cortas, pero no las exhiben. Generalmente están guardadas en la casa principal, en el salón de recepción, que es a la vez sala operativa. Ellos sí tienen contacto permanente con los prisioneros. Un observador superficial tardaría en descubrir la índole profunda de esas relaciones: el trato es cordial, sin órdenes estentóreas ni gruñidos, sin amenazas ni cortapisas a la libertad de movimientos dentro, claro está, de un determinado perímetro.

Los prisioneros, por su parte, podrían parecer ante ojos extraños como obedientes y solícitos caseros que podan las flores y los árboles frutales, riegan el césped, arreglan las cañerías, limpian la piscina o preparan a veces pantagruélicos asados donde, en democrática confusión, todos comparten la misma mesa. Extraño, sí, pero no imposible.

Este es, a grandes rasgos, el escenario que el General Leopoldo Fortunato Galtieri y sus hombres han elegido como laboratorio, como base para una de las operaciones de inteligencia más audaces y ambiciosas de la guerra entre el Ejército y la guerrilla montonera. Este será, también, el marco propicio para la gestión de la maniobra contraria. Sobre la gramilla tierna de esa casa de recreo, el coraje se convertirá en astucia, la traición y la lealtad compartirán un mismo espacio, la vida y la muerte jugarán su eterna pulseada y todos los protagonistas descubrirán a su turno que, en ciertos momentos, el suelo firme que antes pisaban puede volverse más estrecho que el filo de una navaja.

III El juego de TEG

“¿Quién más está? Además del Tío... ¿quién más está?” La única respuesta al soliloquio del Pelado fue un rayo colosal que rasgó la penumbra verdosa de su nuevo calabozo, seguido por un trueno que lo hizo brincar en el camastro.

Llovía torrencialmente. Afuera, en el parque, se formaban charcos y las gotas alzaban esas burbujas que aseguran que la cosa va para largo.

Con una mano y un pie esposados a la cama metálica, el Pelado espiaba a su guardián, que mateaba en silencio. “Correntino” pensó, observando la tez morena, los ojos huidizos, las mil señales de una vida al aire libre, una pasividad y un fatalismo asiáticos que se resquebrajaban con una bonhomía profesional cuartelera, enriquecida por la astucia innata del hombre de campo.

Pasó el relumbrón, que había convertido las imágenes reales en un negativo fotográfico, y el vestuario devenido en calabozo se inundó nuevamente con esa penumbra submarina de la tarde de tormenta.

A diferencia del *Sótano*, o de *Capucha*, el Pelado tenía un panorama para recrear la vista. Una amplia ventana, situada a sus espaldas, le permitía atisbar un fragmento de la quinta. Tras un trecho de césped que la perspectiva acortaba, se distinguía parte de uno de los linderos. La frontera con otras quintas, tal vez con algún baldío, con la libertad, en suma, era un cerco de alambre de escasa altura, tapizado de plantas espinosas y enredaderas. Algo muy fácil de saltar. En el tramo de medianera que tenía a la vista no se divisaba ningún guardián. Debía haberlos, sin duda, pero por ahí no se había paseado ninguno en más de una hora.

Un frenesí parecido al de los años frescos de la aviación, se fue apoderando del prisionero. Se instaló en su corazón y luego en su garganta, ahogándolo como una marejada verde.

Allí, en ese vestuario de Funes, la idea que pugnaba por instalarse en la conciencia adquirió definitiva carta de ciudadanía: la fuga es posible.

Antes de ser idea, fue un poderoso sentimiento ligado a esas hojas de enredadera que la lluvia convertía en un lujo, a esos troncos de eucaliptos que el agua no terminaba nunca de penetrar, a ese viento que traía el aroma de la tierra mojada.

“Me tengo que fugar”, se dijo, volcando los ojos claros hacia el cielo agónico de Funes. “Me voy a fugar, carajo, yo sé que me voy a fugar.”

Una ráfaga fresca y húmeda lo hizo mirar hacia la puerta.

En el vano, empapado y sonriente, estaba el Tío.

Amistoso, campechano, el muerto vivo se sacudió como un perro de aguas.

— ¡Cha digo, hermanito, qué lluviecita...!

Como obedeciendo a una orden telepática, el centinela se levantó y engolfado en un capote militar salió del cuarto, dejándole tácitamente el lugar a Retamar.

Un rato antes, el Pelado había evocado con profunda amargura el encuentro con el Tío. Su traición no sólo rompía la imagen del héroe muerto en combate: cuestionaba retroactivamente al jefe que tuvo, cuando lo destinaron al trabajo sindical en San Lorenzo. Pero al verlo allí, mojado y risueño, de regreso de sus dos muertes, borró de un plumazo al Tío que ponderaba el nacionalismo de sus verdugos y vio el rostro de su antiguo compañero. Se aferró a esos rasgos que le recordaban panfleteadas frente a la John Deere o a Sulfacid, a las bromas pudorosas que tapaban temores comunes. Y por eso, porque era una cara conocida, un pedazo de su propia vida, lo recibió con afecto.

El Tío traía, además de los naipes, un paquete de *Jockey Club*. El Pelado, que desdeñaba la comida, agarró los cigarrillos con desesperación. Después, en días posteriores, cada vez que Retamar le acercaba los *Jockey*, sentía que esa marquilla roja con el gorro y la fusta era un cable que venía de afuera y de antes, un puente con el mundo. Pasaba largos ratos mirando el paquete, abismado en mil recuerdos, depositando en ese fetiche tabacalero las ternuras del desamparo.

La partida se animó cuando la gorda Lucy, otra compañera de la Columna, hizo su aparición. El Pelado sospechó algo. Pudo confirmarlo cuando el propio Tío se lo confesó. Ella era viuda de un compañero muerto en combate y acababa de unir su soledad con la del Tío. Ejército, le diría después, era más permisivo que Marina. Los matrimonios podían hacer vida conyugal y hasta se les permitía constituir nuevas parejas.

La Lucy aportó mate y unas deliciosas, impensadas facturas, a la amigable reunión.

Paró el truco y en el calor de esa charla como las de antaño, en la que únicamente las esposas que amarraban a Jaime desentonaban, el Pelado cometió el error de ser

sincero. Recordando sus recientes andanzas por Europa, la ampliación del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, trató de sacarlo al Tío del derrotismo.

—La Orga está cambiando —dijo—. Ahora, con esto del Movimiento como arma principal de lucha, se le está dando juego a los viejos, a la política de masas. En serio, Tío. Hay autocrítica de verdad. Yo estoy convencido de que el militarismo... Bueno, no te digo... En fin, es un proceso. Pero es un proceso positivo. Si recuperamos una política de masas, vamos a estar en condiciones de conducir una contraofensiva cuando llegue el momento.

El Tío lo escuchaba en silencio. Sus ojos muertos se cruzaban con los de la Lucy. Su mano sarmentosa se posó sobre una rodilla de la gorda cuando empezó a rebatirlo.

—Mira, Pelado. Hay que dejarse de joder. El Ejército nos ganó. Afortunadamente dentro del Ejército hay tipos como la gente. Nacionalistas. Peronistas como nosotros. Gente que no está vendida a la oligarquía y las multinacionales. Yo sé cosas. Yo te podría contar algunas cosas que te harían cambiar de opinión. Acá no se puede pensar en hacer un ejército popular y cagarlos. Ese fue nuestro error. Y lo pagamos caro. Pero eso no quiere decir que tengamos que renunciar a la política. Al contrario, nuestra experiencia de cuadros nos va a servir. Vamos a ser útiles a un nuevo proceso.

Jaime advirtió su error. El sondeo. El interrogatorio disimulado. La prédica con segundas intenciones.

El Tío. Tío hijo de puta que me traés *Jockey Club* y facturas para quebrarme. Que le sobás la rodilla viva a la Lucy, viva como vos. ¿Dónde metiste aquellas madrugadas en Berisso y Ensenada? ¿Dónde metiste las *molo* y las pintadas? ¿La V de *Vuelve*, de *Venceremos*? ¿Los gritos contra la burocracia en las asambleas? ¿La tarde en que los tanques tiraron abajo los portones de la fábrica ocupada? ¿Dónde dejaste el odio, Tío? ¿Dónde te dejaste a vos mismo pedazo de este pueblo, carne de cañón, eterna víctima y forro de los milicos argentinos? ¿No te acordás de los que metiste en esto? ¿De los que convenciste? ¿De tus subordinados? ¿No te acordás cuando me tiraste la bronca o me sancionaste? ¿Qué hiciste de tu alma o lo que mierda sea? No eras un cuadrado de esos... un nene que pasó de su mamá a la Orga, un aparatista, un oscuro. Te conocían, Tío, y te cagás en los que te conocen.

La lluvia caía implacable sobre los vivos y sobre los muertos cuando el Tío y la Lucy se fueron, no sin antes prometerle que le harían curar las heridas y dejarle una advertencia: mañana recibiría una visita muy importante.

Volvió el guardián. La tarde umbría había dejado pasó a una noche de lobos que los relámpagos rasgaban de tanto en tanto. El correntino se puso a barrer. En un momento dado se detuvo, se rió de sus propios pensamientos y le confesó al prisionero:

— ¿Quién me iba a decir, chamigo, que yo iba a barrerle la celda a un diputado? La política es puta, chamigo. Más puta que negra e'boliche. Y ¿quién te dice a vos que mañana no se dé vuelta la taba y volvás al gobierno? Acordáte que yo no te'tocau un pelo, ¿eh? no me hagás recagar, ¿ah?

El Pelado se sonrió a pesar de que la charla con el Tío se le había quedado atravesada en la garganta. A pesar de la nueva inquietud que le había despertado el anuncio de la *visita importante*. Allí estaba, charlando con ese personaje de Landriscina, con ese sargento de campaña, negro como la roche y más malo que una yará, con ese falso correntino que súbitamente resultó formoseño. Hablaban de la Mesopotamia, de esas cosas vegetales, animales y aun sociales, que curiosamente pueden compartir hasta un guardián y un condenado a muerte.

Más avanzada la noche, el guardián le apagó la luz y se despidió. Al Pelado le quedaban tres cigarrillos, que tuvo que administrar en un largo desvelo. La lluvia paró. El viento barrió las nubes y la luna apareció en la ventana. La brasa del cigarrillo alumbraba intermitentemente su cuerpo dolorido y amarrado. Agradecía esa primera noche sin luz eléctrica ni altavoces. Con el croar de las ranas, los estremecimientos del follaje, la negra silueta de los árboles contra el cielo, los mil ruidos del campo.

Ya había visto a dos: Retamar y la gorda Lucy. ¿Quién más estaba? *Hay muchos muertos que están vivos*. Ya va a ver, le había dicho el repugnante señor Jorge. ¿Quiénes serían? ¿Estaban todos quebrados como el Tío? ¿Para qué los tenían en esa quinta? ¿Por qué la Lucy y el Tío andaban libres y él estaba esposado? ¿Tanta confianza se habían ganado?

Algo comenzaba a quedar claro: para poder fugarse había que vivir; para poder vivir había que estar quebrado. O, al menos, había que simular que uno estaba quebrado. Pero ¿era posible simular? Por otra parte, eso de simular tiene sus bemoles; uno sabe cómo empieza pero no cómo acaba. Uno está en desventaja frente al enemigo. Recordó confusamente una película sobre alguien que simulaba la locura, lo metían en un manicomio y terminaba totalmente chiflado. ¿Dónde la había visto?

Oyó toses y pasos afuera. Una breve conversación. Una ronda. Todo en orden. Escondió la brasa del cigarrillo para que supusieran que estaba dormido. La puerta se abrió. Una silueta se recortó contra el débil resplandor lunar. La puerta volvió a cerrarse.

Aspiró con delectación el final de la colilla. Las leyes del Partido se le aparecieron con la solidez y la contundencia de las tablas mosaicas. Al enemigo no hay que cederle ni una pulgada. Ni un dato. Ni el propio nombre. Hay que tratar de no caer vivo. Pero si la cosa falla y uno cae vivo, hay que aguantar como sea y no dar nada. La vieja idea... (¿cristiana?). No hay que luchar por la propia vida. El individuo siempre puede traicionar. Lo que vale es el Partido. Nada, nada. La traición se parece a la seducción. A la imagen de la mujer seducida. La que entrega un beso, luego entrega otro y termina abriéndose de gambas. Hay que odiarlos. Hay que cagarse en sus pretendidos gestos humanos. Siempre esconden algo. Algo quieren de uno. Quieren que uno vaya aflojando las defensas y entregue algo vital, se comprometa. Y cuando eso ocurra, termine gozando en la abyección, revolcándose en su propia mierda. Feliz, sí, feliz de haber caído por fin a lo más bajo. De no tener nunca más retomo.

Simular... tiene ese riesgo.

Lo despertó el sol en la cara y el inefable formoseño.

— Parece que eras impórtame, *aña memby*: está por venir a verte uno de nuestros jefes.

La confirmación del anuncio de Retamar le produjo un ligero sobresalto. Ese diálogo con el *jefe* era una prueba. ¿Qué era lo que había que probar? O, mejor dicho, ¿qué era lo que el *Jefe* quería probar?

Aquella fue una mañana bastante trajinada, que le dejó poco tiempo para retomar sus cavilaciones nocturnas. El Tío y Lucy le trajeron el desayuno primero y después la comida. Retamar le recomendó que se hiciera el boludo, que no dejara traslucir que sabía con quién iba a hablar y le reveló que el misterioso interlocutor sería, nada menos, el General Jáuregui.

— Es un gorila — le dijo en voz baja —. Pero no te calentes. Acá, por arriba de él está Galtieri. Y ese sí manya de política.

En las primeras horas de la tarde escuchó ruido de autos y de aprestos militares. Voces de mando.

La puerta se abrió violentamente, tan rápido que no alcanzó siquiera a apagar el cigarrillo. Dos desconocidos avanzaron hacia el camastro. Uno de ellos ordenó al formoseño:

— Véndelo y póngale las esposas atrás.

Le amarraron los pies con innecesaria violencia. El buen trato se iba a la mierda a toda velocidad. "Soné —se dijo— ¡otra que entrevistarme con Jáuregui!"

Lo sacaron rengueando del calabozo.

La venda no estaba herméticamente cerrada. Podía ver en un radio de dos metros a la redonda. Simuló que estaba ciego y se tropezaba. Pisó un charco y empapó a sus carceleros, que maldijeron. Trató de contar los pasos que mediaban entre el vestuario de la piscina y el lugar adonde lo llevaban, pero se olvidó el recuento cuando lo introdujeron violentamente en la sala que ya conocía.

Lo sentaron en una silla y olfateó que a su alrededor había mucha gente. Toses, carraspeos, cuchicheos, recreaban el instante previo al arranque de una orquesta o a la apertura de un juicio oral.

Una voz metálica, que evitó cuidadosamente dar un grado a su interlocutor, pero que evidentemente se dirigía a un superior, anunció:

—Este es el hombre. Acá está a su disposición.

Tras una pausa estalló otra voz, avinagrada, enronquecida por décadas de gritos.

— ¿Usted es Jaime Dri, el terrorista marxista?

—Soy Jaime Dri, diputado peronista —se oyó responder el Pelado mientras algo espeso le subía por el esófago.

—Ah... ¡peronista! —la voz tenía una inflexión irónica.

—Peronista—repitió el prisionero como un eco.

— ¿Y ustedes hablan de dictadura? —dijo la voz alzándose en un falsete.

—Ustedes, que sometieron a la Argentina a la peor dictadura de todos los tiempos. Porque a mí no me la contaron ¿eh? Yo la viví. Mi mujer era maestra. Y si quería seguir ejerciendo como maestra tenía que afiliarse al Partido Peronista. Si no no la dejaban ejercer. No la dejaban. ¿Me entiende? O qué se cree usted. ¿Que hubiera podido ejercer sin afiliarse, como se tuvo que afiliarse, al Partido Peronista?

—Yo no sé lo que usted dice, señor, sólo sé que el peronismo le devolvió la dignidad al pueblo.

— ¡Qué va a devolver! Qué va a devolver. Usted sabe lo que valía un peso antes del peronismo. Y cuánto valía después. El peronismo hundió a la clase media. Y este país lo mejor que tiene es su clase media. Acá no hay negros... no hay problemas raciales. Hay clase media. Y el peronismo destruyó todo. Destruyó absolutamente todo lo que nos diferenciaba de los otros países de América Latina.

Jaime calló. Se produjo un largo silencio. Alguien sopló una pregunta en el oído del general.

—A ver... dígame usted. ¿Con qué arma simpatiza más? O no. No es simpatiza la palabra. Mejor: ¿qué opina usted del Ejército Argentino?

El prisionero meditó unos segundos y se lanzó. En la línea de lo que había acordado consigo mismo instantes antes de dormirse. Su voz adquirió un matiz eclesial, jesuítico, al responder con mansedumbre:

—Vamos a empezar por las cosas buenas. El Ejército ha dado algunos patriotas en este siglo. Como los generales Savio. Mosconi y Perón.

No lo vio pero era evidente que el general se había incorporado y se le aproximaba peligrosamente. Se acordó de las películas de los nazis. La voz estalló cárdena de furia.

—A los señores generales Savio y Mosconi, que tanto hicieron por la siderurgia y el petróleo, mis respetos. Sinceramente, mis respetos. Pero ese viejo hijo de puta... ese viejo que gustaba de eh... de hacerse acompañar por prostitutas... eh... ese viejo bien podrido y agusanado está. Bien muerto. Bien podrido en su sarcófago. Y lo único que me duele es que esté amortajado con el uniforme de Teniente General que nunca, nunca ¿me entiende? se le debió restituir.

¡Eso es! Las últimas palabras le calentaron las mejillas. El general, después del exabrupto, había vuelto a sentarse y resoplaba. La inquietud flotaba en el aire. Sintió ruido de sillas que se acomodaban. Luego retomó su discurso. Parecía sereno, pero el timbre de su voz rezumaba amenaza.

—Dígame... señor...

El señor sonó como un escupitajo.

—Si yo fuera el que estaría en esa silla... (el general no controlaba bien los tiempos de verbo) y usted en este sillón, vestido de verde oliva. ¿Qué haría conmigo? ¿No me oye? No quiere contestar, ¿verdad? Mire, eso es exactamente lo que yo voy a hacer con

usted. Me entiende, ¿no? Yo le voy a hacer a usted lo que ustedes me harían si hubieran ganado.

El Pelado se sorprendió de su calma, del terciopelo de su voz al preguntar a su vez:

—Está bien. Pero ahora... ¿Qué soluciones le van a dar a este país que está en la ruina? Este... ¿cómo van a mejorar la -vida de nuestro pueblo? Porque la represión no ha resuelto nada.

El general volvió a brincar como si lo hubiera picado una víbora.

—No se preocupe. No se preocupe porque usted no lo va a ver. Y además, no necesitamos a gente como ustedes para arreglar el país. ¡Para nada! Para nada queremos a tipos como ustedes.

Sorpresivamente, uno de los asistentes se animó a intervenir.

—No es marxista, señor. Es nacionalista y viene de una familia muy católica.

— ¡Puros cuentos! —estalló el general—. Una cosa es lo que dicen y otra lo que hacen. Ahora parecen mansas ovejas. Pero póngales una ametralladora en la mano y después le digo. Con esta gente no se dialoga. A esta gente hay que exterminarla. Porque son un cáncer. Y uno no habla con un cáncer, lo extirpa.

— ¡Llévenselo!

Dos hombres lo agarraron vigorosamente de los brazos y lo sacaron de la casa.

Volvió el espeso aliento de la muerte. Encerrado en las sombras de la capucha, lamentó haber perdido la fe de carretero de la infancia. La fe y la pureza. Dios y el diablo. La virtud y el pecado. Muy *servicial*, dijo el Tío de la Juana con evidente malicia. *Servicial* se le antojaba la palabra más obscena. A su conjuro, como en los viejos días de la adolescencia reprimida, surgieron de las sombras bacanales sórdidas, clandestinas, olorosas y renegridas como la mugre de los dedos. Le parecía escuchar en un eco lejano y desvaído las antiguas palabras: *Señor, aparta de mí los malos pensamientos*. Pero no lograba conjurar la fuerza de las imágenes. La prisionera pasando de uno a otro. Solazándose ella misma en el vértigo de su caída. Las imágenes iban y venían en la noche sin fin de la capucha. Espesas de carnalidad, de risas equívocas y fantasmales. De sexos entrevistados en las tinieblas.

Afuera le habían contado casos así. Había tardado en asimilar esas historias en medio del espanto, de la vergüenza ajena, de un maligno estremecimiento de curiosidad. Ahora no se trataba de cuentos. Convivía con los bichos nocturnos. En el mismo barro... Bancáte la nada, Pelado. Es tan fácil, por otro lado, que todo el mundo termina por bancársela. Generaciones tras generaciones, ciudades tras ciudades, van a parar al mismo pozo y la inmensa mayoría se va en silencio, sin hacer ningún papelón.

Todos le rajan pero no pueden evitar que llegue cuando menos se la espera, como el ladrón. Dormir toda la eternidad. No deja de ser un consuelo.

Ese tipo lo había amenazado en serio. Era capaz de matar a su propio hijo si llegaba a pensar que le había salido subversivo. Sí, ese hijo de puta mata de verdad.

Durante un tiempo se sintió como una hoja en la tormenta. Luego el viento amainó. "Lo que es a mí, no me va a matar" Se lo juró a sí mismo, como anticipo de una nueva teoría que comenzaba a elaborar. Toda esa milonga de la quinta no era al cuete. "Aquí se está cocinando algo. Algo grande. Muy grande."

Sintió una nueva presencia en el cuarto que le erizó la piel. Cuando el formoseño le sacó la capucha, pudo ver el rostro fofo y seboso de Jorge que lo contemplaba con una sonrisa paternal. El oficial esperó que el formoseño se rajara y luego aclaró:

—No hagas caso de lo que te acaban de decir. Este hombre no entiende cómo es la cosa. Cree que todos los subversivos son malos. Dice siempre: "son criminales natos, les gusta matar" Vos sabés que no acepta que la gente, tipos buenos como el Tío, anden destabizados por la quinta. Cuando viene él hay que enchufarle una capucha a todo el mundo. Porque, además, no quiere que le vean la cara. No es por nada, ¿viste? pero no quiere. Bueno, vos no hagas caso de lo que te dijo este señor. En serio. Te lo digo yo. Mirá, aquí el que manda es el general Galtieri. Y él sí que entiende de estas cosas. Sabe que hay buena gente. Gente recuperable con la que se puede hablar. Gente que nos va a ayudar a terminar esta guerra.

Jaime lo escuchó en silencio, comprobando que su teoría del fato grande tenía cada vez más asidero.

Jorge se fue pronto. Detrás de él entraron Lucy y el Tío, seguramente siguiendo instrucciones. Venían también a tranquilizarlo. A mostrarle la evidencia de que en Funes se podía vivir. Uno podía hasta casarse de nuevo. Volvieron las imágenes. Mientras le servían la comida los vio en la penumbra, sudorosos y jadeantes. Comprendió que en algún momento, como en las novelas, a él también le tirarían el anzuelo del sexo para

rematar la conciencia de que hay que sobrevivir a cualquier costo. Mientras miraba a la pareja, comprobó con precisión de entomólogo y sin espanto que podía resistir ese anzuelo. Que, tal vez a causa del terror, estaba como asexual. O des-sexuado. Y esas imágenes de confesionario contribuían a alejarlo aún más. Lo angelizaban. Le brotaba una seca condena medieval para las brujas que danzaban en el bosque. Un áspero talante de monje trapense, ávido de condenas y exorcismos, enfrascado en las más ligeras y puras elucubraciones del alma. De esa alma que trabajaba sin pausa para construirse un aura protectora.

Almorzó con faz sombría y tan frugalmente que el Tío lo miró preocupado. Mientras masticaba monótonamente un pedazo de papa le puso de nuevo el cassette de los militares nacionalistas y llegó a revelarles que había estado en reuniones con generales. Como Galtieri, que parecía tan popular en ese reducto. Y también con el General Martínez, que encabezaba la Secretaría de Informaciones del Estado.

Viendo que la mano venía mal, los ex compañeros lo dejaron solo. Primero fue la Lucy, pretextando cualquier cosa. Luego el Tío.

Desde la puerta, le advirtió a modo de despedida:

—No te mostrés así, caído. Acá no les gusta eso. Y se fijan mucho en esas cosas.

El único saldo de la visita meloneadora era el clásico paquete de Jockey. Mientras fumaba con profundas bocanadas, entró el formoseño con una manta y una mueca lacónica.

—Que’hacey, chamigo... mirá que habías sido importante.

Con mano experta convirtió la manta en cortina y le tapó a Jaime el mundo exterior.

—No la vayas a sacar, chamigo. Que si no nos revientan a los dos —sentenció con bonhomía.

Al rato el Pelado escuchó risas y voces relativamente cercanas. Luego los gritos típicos de un partido de fútbol.

— ¡No te la morfés, loco!

— ¡A mí!

— ¡A mí!

Desde distintos ángulos, con distintos tonos de voz.

Por eso no querían que viera. Ahí tenía que haber otra gente conocida de la Columna. Todavía se la tenían tabicada. ¿Por qué, mi Dios, por qué?

El grito no fue claro, pero le martilló la conciencia. Debía haber sido un retazo de palabra, de nombre. “Poldo”. Sí, había sonado así. No había escuchado enterito LE-O-POL-DO. ¡Pero sí carajo, tenía que ser el Leopoldo! ¿Entonces también había caído? ¿Pero acaso el Leopoldo no se había entrevistado con el Tucho en Paraguay, cuando fueron con el Nacho? Y entonces... ¿el Nacho también...?

Leopoldo era secretario militar en Rosario, Nacho secretario político. Sus jefes. Los segundos de Tucho. Pero entonces... Una nueva sospecha comenzó a alzarse dentro de la pelada infatigable, cuando llegó el surrealismo y lo llamó por su nombre.

—Dri —dijo un nuevo sujeto con cara de enterrador.

—Lo llaman por teléfono.

Con la misma naturalidad que si le hubieran pasado un mensaje en la oficina.

— ¿A mí?

—Sí —respondió lacónicamente el enterrador.

La misma caminata hasta la casa principal. Los gritos del fútbol habían cesado. Forzó el oído tratando de reconocer alguna voz, pero sólo escuchó el paso de un ómnibus por la ruta. “¿Quién me puede llamar a mí, aquí? Puta, estamos todos locos”, iba pensando.

En la sala lo pusieron al habla con un desconocido colérico.

—Quién habla.

—Dri.

— ¿Y que carajo hace ahí en el teléfono?

—No sé. A mí me dijeron que me llamaban.

—Pero no. Déme con el que lo trajo.

Le dio.

—Usted me dijo que quería hablar con el viajero —balbuceó el enterrador. Del tubo emergían gruñidos.

El Pelado no prestaba atención al paso de comedia telefónico. Acababa de hacer un descubrimiento.

Allí estaba, en un rincón, con otros objetos. Ese tablero con su representación arbitraria del mundo, simulando un antiguo planisferio. Y las tres letras de la sigla: *TEG. Táctica y estrategia de la guerra*. Un juego brasileño que se había puesto de moda en la Orga cuando comenzó el repliegue al exterior. Un jueguito realmente divertido que hacía olvidar la verdadera guerra. Pero el Pelado no pensaba en el juego ni se demoraba en evocar aquellas innumerables veladas en Río o Asunción, embalados en el *TEG*. Sus reflexiones eran mucho más concretas. La Negra, en Brasil, había comprado dos juegos de *TEG*. Uno se lo había regalado a él y otro al Nacho Laluf. El suyo estaba en Panamá. Este tenía que ser el de Laluf. Podía ser de cualquiera, en realidad, pero el Pelado *supo* desde el primer momento que era el de Laluf.

Eso significaba, por lo pronto, que Nacho estaba en la quinta de Funes.

Y podía significar muchas otras cosas, que se dirigían como flechas envenenadas al pasado y al futuro. Podía significar, por ejemplo, que Nacho había caído mucho tiempo atrás, cuando el Pelado sospechó que había caído. Que acaso ya estaba chupado cuando...

Una sorprendente lucidez alumbró su cerebro. Del *TEG* brotaba una inequívoca señal de alarma: *Tucho está en peligro*.

IV Tucho

Efectivamente: Tucho está en peligro.

El TEG atestigua que Nacho ha caído. Pero no dice cuándo. En realidad fue *chupado* seis meses atrás, pocos días después de que Tucho saliera de la Argentina para reunirse con la Conducción Nacional.

Ese hombrecito risueño y simpático, con su pequeño bigote rubio que evoca a un cervecero de Munich, sus ojos celestes y cándidos, sus ampulosas gesticulaciones y ese clásico dejo de asmático, de pez fuera del agua, no es un improvisado. Lleva años de lucha clandestina. En la anterior dictadura sufre su primera caída, lo torturan y no dice una palabra. Esta vez encuentra su límite y se rompe como un metal fatigado.

Comienza a colaborar a las pocas horas. Igual que Leopoldo y el Foca.

Los hombres de Galtieri se sorprenden y se engolosinan. Allí están en su poder los temidos jefes enemigos que se van dando vuelta uno a uno, casi sin necesidad de presionarlos.

Entonces conciben la maniobra. Se ocultarán las caídas. Los *chupados*, en lugar de quedar confinados en un campo de concentración, seguirán "funcionando" como montoneros.

Nada ha cambiado en apariencia. Rosario mantiene sus secretarías en pie. Se sigue editando la prensa clandestina. Pero ahora es otro el patrón que mueve los hilos. Lectores infatigables de literatura de espionaje, los militares argentinos han encontrado por fin su "Orquesta Roja", su "gran juego" para infiltrar a la guerrilla peronista y asestarle los peores golpes.

Varias circunstancias inclinan la balanza a su favor: la Conducción Nacional de Montoneros está fuera del país, lejos, a merced de los informes que le llevan, de tanto en tanto, los escasos cuadros que han debido quedarse dentro de un cerco implacable. Las comunicaciones se ven entorpecidas, trabadas. Es difícil saber con exactitud lo que está pasando. Los contactos entre militantes se han reducido al máximo. Las reuniones de célula se hacen cada tres meses. En ese lapso pueden pasar demasiadas cosas. Los controles telefónicos no sirven para nada. Al teléfono puede llamar el Leal y el traidor. Por el teléfono puede llegar también la cita envenenada.

Muy acotados al comienzo, con mayor libertad después, los jefes secuestrados van siendo puestos en circulación, como moneda falsa. Visitan a los militantes que están en libertad, les pasan incluso la prensa partidaria. ¿Quién podría sospechar la verdad?

La maniobra no se hace, claro está, para engañar a colaboradores de la periferia, a simples militantes de base. Está destinada a pescar peces gordos.

Con prudencia y habilidad, el equipo de Funes va probando a los nuevos colaboradores. Ya no se trata de que los hombres canten una cita, entreguen una casa o marquen a un segundón por la calle: se trata de convertirlos en verdaderos agentes dobles que deberán llevar el virus filtrable hasta el cerebro mismo de la organización enemiga.

Y para eso deben “poner los dedos”, jugarse por su nueva jefatura, y además tener iniciativa y moverse con eficacia. Cualquier gesto de arrepentimiento o cualquier torpeza, darían al traste con el juego.

El Nacho es una pieza clave en esta maniobra; no sólo es el lugarteniente del jefe ausente, también es su mejor amigo. Si él no lo engaña, nadie lo puede engañar.

Es verdad que el segundo de Tucho parece confiable. Aunque la palabra *parece* es sumamente riesgosa en tareas de inteligencia. Es necesario asegurar esa confiabilidad y comprobar que Tucho no alienta la menor sospecha.

Es preciso, ante todo, superar un pequeño problema derivado de la caída: Nacho debía viajar al exterior con la mujer de Tucho, y obviamente no pudo hacerlo. Además, no llamó al pie telefónico. Esto, piensan los titiriteros, puede haber encendido las sospechas de María. En realidad así ocurre: María decide salir por las suyas y alertar a los compañeros sobre la probable caída de Nacho.

Tucho es quien más debería preocuparse, sin embargo no le da mucha importancia al incidente.

Al mes, el teléfono de “boquitas pintadas”, las amables solteronas que inocentemente servían de enlace, recibe una llamada de la Nacha. “Tu comadre te busca, acá hay mucha gente enferma”, le dirán al Pelado que llamaba de Brasil por orden de Tucho. María y el Pelado desconfían. “Nacho no puede traicionar. Es un cuadro jugado y probado”, dirá Tucho secamente para zanjar definitivamente la cuestión. Y manda a llamar a Nacho.

Los estrategas de Funes vacilan. Es todavía demasiado riesgoso enviar a Nacho

fuera del país. Podría sentir remordimientos y contarle la verdad a su amigo. Tampoco es aconsejable que se niegue a ir. ¿Con qué pretexto? Si la larga ausencia del pie telefónico despertó algunos recelos, esta negativa podría acentuarlos. Es malo dejarlo ir y peor que no vaya, ¿Qué hacer entonces?

Se les ocurre una solución ingeniosa. Un verdadero paso de comedia.

Nacho no "viajará", enviará un delegado. Y para que este delegado cumpla bien su papel, es mejor que sea una pieza totalmente ajena a la jugada. ¿Existe ese hombre? Existe. Es un cura, colaborador de la Organización, que Nacho ha seguido "atendiendo" después de su caída.

Cincuentón, inteligente pero desprovisto de malicia, el antiguo sacerdote acepta sin vacilar la misión que el Nacho le propone.

Viaja a Brasil, se encuentra con Tucho y le explica que Nacho lo envía porque no puede viajar: todavía no tiene un buen juego de documentos falsos. Repite inocentemente todo el verso que le han dictado y entrega un "informe" sobre la situación de Rosario... que ha sido redactado en la quinta de Funes. Junto con el informe va un pedido de presupuesto. Tucho, más confiado que nunca ante el emisario transparente, le entrega setenta mil dólares y directivas para la Columna Rosario. Los dólares irán a engrosar las arcas de la patota rosarina. Las directivas servirán para desarrollar las labores de inteligencia.

El equipo de Funes festeja. El juego comienza a dar resultados concretos y sabrosos. Es preciso doblarla apuesta. Y la doblan.

En noviembre Nacho y Leopoldo viajan al exterior a encontrarse con Tucho. Equivocan el lugar de cita y lo buscan infructuosamente en Brasil. Pero la casualidad vuelca los dados a favor del Ejército: cuando los dos infiltrados desesperan ya de reunirse con su antiguo jefe, la Negra se los encuentra en Copacabana. Ella los atenderá en Brasil, le regalará el famoso *TEG* a Nacho y los conducirá —con absoluta inocencia— hasta Tucho.

Al fin Tucho se reúne con sus secretarios de zona, en un bungalow de Puerto Presidente Stroessner. Mientras discute con los dos chupados el destino de una Columna fantasma, los milicos se pasean a menos de cien metros, escuchando todo.

Nacho ha venido con una posición derrotista que alarma a Tucho. Sus planteos rebosan oportunismo y reformismo. Sin embargo, Tucho no sospecha. Después de varias sesiones tormentosas, le ratifica la amistad y la confianza. En enero se encontrarán en el

país.

Nacho viaja a Santos a entrevistarse con Petrus, el secretario militar de Montoneros.

Petrus se indigna con sus heterodoxias y termina por marginarlo del cónclave. Pero tampoco llega a suponer que está en presencia de un agente doble.

Más tarde, los que manejan los hilos le reprocharán a Nacho ese afán polémico que estuvo a punto de estropear el pastel. Ignoran seguramente que la conciencia elige caminos tortuosos para expresarse.

Ignoran y seguirán ignorándolo hasta leer estas líneas, que Nacho ha estado a un tris de volver a pasarse de bando. Una mañana pasea con el Pelado por la laguna de Ipacaráí. Nacho no mira el rielaje del sol en las aguas mitológicas, mira adentro de su alma buscando las palabras de una confesión. Está a punto de decir "mirá Pelado, yo no me animo a decírselo a Tucho. Quiero que vos seas mi mensajero ante el Partido y les cuentas...". Ha sopesado todo: sabe que la Nacha quedó como rehén en Funes, que es difícil que el Partido no lo atrape y le pida que se juegue a fondo... Teme, sin embargo las palabras ascienden como arcadas, están ya cerca de los labios ansiosos. Algo, tal vez una frase de ese Pelado que sigue considerándolo un compañero, un gesto, una mirada, o simplemente el vértigo que viene de adentro, le impide purificarse. Sella su boca para siempre y mirando esos sauces llorones de su condena, acepta que esa mañana ha optado definitivamente por la traición.

Los preparativos estaban listos. Los documentos eran buenos, copiaban los de una familia real que les venía como anillo al dedo.

Tucho alzó la vista hacia los rumores de la noche. A su lado la María controlaba los embutes donde iban dólares, citas y planes microfilmados.

Sebastián se movió en la cama. Dormido, se rascaba una roncha.

Se preguntó si dejarían que lo viera crecer. Ese hijo ajeno había llegado a ser demasiado propio.

Cómo cambian los tiempos. Antes no quería tenerlos. Alcira se lo reprochó hasta la separación. Uno no debe tener hijos cuando anda en este negocio. Había tantas cosas que Alcira no entendía.

Sebastián dormía sin sábanas, suelto, a pata ancha, mientras su hermano iba

creciendo dentro de María.

Con Alcira no quise ninguno. Con María voy a tener dos. O tres, porque pueden ser mellizos.

— ¿En que pensás?

— En nada.

Alcira era el nombre de los comienzos. De los primeros despelotes en Derecho. De las largas teorizaciones en la AERREPE, de la anterior dictadura. De la dictablanda. Alcira y sus contradicciones. La casa solariega de Jujuy. Las reuniones literarias. La suegra y el suegro. Buena gente al fin. Pero nada que ver. ¿Qué habrá sido de ellos en esta etapa?

María se levantó pesadamente. Todavía le faltaba mucho, pero ¡qué rápido agarran ese estilo de embarazadas!

Un presentimiento le nubló el corazón. El ángel de la muerte, dicen las viejas. Allá va, galopando en el trueno y señalando a los que llevan la señal desde el fondo original de los tiempos. Se aferró a Sebastián. Lo vio en una plaza poblada de banderas. Cosa curiosa, no estaba él y tampoco estaba su madre.

Por la mañana entrarían nuevamente a la Argentina, después de seis meses de yirar por el ancho mundo. Se levantó y miró por los listones de solaire hacia la noche de grillos.

— ¡Ya está! — dijo María cenando el bolso.

La mamá de Alcira lo irritaba porque lo mimaba demasiado. Como su propia madre. Cianica. Matrona la pobre vieja. Tulienska, le decía. Tulienska y no Tucho como los compañeros. El Tulienska era un recuerdo de los años en Moscú, cuando su papá era secretario del embajador Cantoni. Ojo: del caudillo Cantoni. Aunque el apellido Cantoni no le evocaba San Juan, le traía las vagas imágenes de la Plaza Roja, un mar de bufandas y, sobre todo, aquel escritorio de caoba que había en la Embajada Argentina. En la embajada peronista. *Tucho, no seas así con tu mamá. Tucho, no discutas con Héctor.* Mamá preparando comida para los invitados de papá, primero, de Héctor después. Dando de morfar a bloquistas, a peronistas, a media provincia. ¡Tulienska! La pobre vieja recorriendo comisarías por él, sin entender un carajo. La gran familia protegiéndolo, amariconándolo. *Pero no te das cuenta, vieja... No te das cuenta.* No había leído al Che. No sabía que el revolucionario es como el coco: duro por fuera y tierno por dentro. ¡Qué se va a dar cuenta! Cuando se casó con Alcira le llevaron un auto de regalo hasta Jujuy.

¡Que se lo metan en el culo! No soy un burgués. Soy un revolucionario o qué mierda soy.

— ¿Querés un café?

María lo miraba inquisitiva. Intuía que vagaba por comarcas inabordables. Le retribuyó la mirada: ésta sí que está afiliada como yo a la teoría del coco. Metida para adentro y blindada a cal y canto.

—Si vos tomás...

Sebastián inició un suave ronquido que parecía un ronroneo. Los dos se demoraron en la piel afelpada, en la gracia de sus pequeños brazos.

El blindaje ocultaba mil delicadezas inaccesibles. La reconocía en las noches por ciertas caricias recónditas, por la forma en que aquellos dedos finos recorrían la soledad de su pecho, por los ritos de entrega que lo sorprendían y exaltaban y que no podía vincular con aquel rostro severo con el que hacía frente a la luz del día.

Algo le hizo recordar fugazmente al Nacho, a la gente de la Columna, y volvió la oscura vibración, un segundo apenas, como el presagio de un terremoto. Sin saber por qué recordó sus dos caídas. El auto dando volteretas como una pelota en las montañas de Salta. Cuando logró emerger de los fierros retorcidos y las latas humeantes, había veinte tipos apuntándolos. Dictablanda y todo, lo tuvieron incomunicado durante diez días. Primero para darle la biaba. Después para que se le fueran borrando las señales. La segunda fue mucho más jodida. Estuvo a punto de ser uno de esos cadáveres que la Triple A desfondaba a balazos o pulverizaba con una carga de trotyl. Lo salvó ese grito en el andén de la estación Ramos Mejía: "Soy Tulio Valenzuela. Me secuestran. Llamen a mi hermano Héctor en el Congreso" Alguien había llamado y Héctor había logrado desmontar la máquina de la muerte. ¡Pobre Héctor! Y pobre vieja. Sobreprotectores. Lo que carajo quiera uno decir, pero efectivos.

Tomaron el café en silencio, cada uno en su propia esfera. María se preguntaba cuánto durarían en esa guerra y qué sería de los chicos. El que estaba en la cama y el que se movía, en ese preciso momento, dentro de su panza. Tucho se había empeñado en imaginar que llegarían los cuatro a la victoria.

Un golpe de viento echó a volar los papeles amontonados en la pequeña mesa del motel paraguayo. A María le había florecido una de esas extrañas sonrisas que sólo tenía en ciertas noches propicias.

Fueron a tapar a Sebastián. Después, alegres y cómplices, se metieron en la cama y

se hicieron el amor, conteniendo la locura por miedo a que el pibe se despertara.

V Caza mayor

—Yo también soy nacionalista. A mí tampoco me gusta que los yanquis nos manejen como se les da la gana. Yo comparto muchas de las cosas que dicen ustedes Yo sé que están bien inspirados, que tienen una formación cristiana y no marxista.

Y se lo quedó mirando, pensativo. El Pelado se asomó brevemente a esos ojos de un negro profundo que parecían abrir y cerrar cortinas de tejido cristalino al vaivén del discurso. Descendió hasta la boca que acababa de cerrarse con firmeza, al cuello de la camisa sport y se detuvo en las dos cruces que pendían de sendas cadenas. Una era un simple crucifijo de oro, no llamaba la atención. La otra era una cruz de Malta. La primera que veía colgando del cuello de aquellos hombres.

La charla parecía casual, como la visita. Pero el Pelado sabía que en la tarea de inteligencia las apariencias de lo casual encubren las intenciones trascendentes. La voz que acababa de escuchar proponiendo el diálogo era la misma que se había dejado oír, tímidamente desafiante, para “defenderlo” frente al General Jáuregui. En aquel momento no podía asociarla a un rostro, ahora se vinculaba a las facciones despejadas e inteligentes de Sebastián, el oficial de Ejército que conducía el chupadero.

—Ustedes se equivocaron al atacar al Ejército —prosiguió tras una pausa en la que no dejó de escrutarlo—. Nuestro problema era con el ERP, no con Montoneros —los rasgos se endurecieron—. Con esa gente no hay negociación. Son antinacionales. De ellos se ocupan otros. Con los Montoneros, con la gente que esta acá, por ejemplo, no hay problemas.

Otra pausa.

—Nuestra misión no consiste en matarlos. ¿Se acuerda aquella frase del General Lonardi cuando derrocó a Perón? —Jaime asintió en silencio—. Ni vencedores ni vencidos. En última instancia quería hacer un peronismo sin los errores de Perón. Volver a lo que fue el peronismo en sus primeros años: un movimiento nacionalista, sano, cristiano. Alejado del liberalismo capitalista y del colectivismo marxista. Ahora tenemos que hacerlo. Ustedes y nosotros. Unidos, porque nos molestan las mismas cosas: los usureros, los abogados al servicio de capital financiero internacional.

Los mercaderes de la pornografía que quieren corrompemos para... para

dominamos. En el Operativo Dorrego desfilamos juntos: ¡el Ejército y las milicias de la Juventud Peronista...! ¿No?

—Sí —murmuró el Pelado. Y agregó en un tono neutro, como si hablara de cosas que no los afectaban a los dos: — Pero ustedes se lanzaron a exterminarnos.

Sebastián esbozó una sonrisa de reproche.

—Es el huevo y la gallina. ¿Quién empezó? El Ejército no puede desaparecer: está en la esencia misma de la Nación. Si usted pretende arrebatarme mi rol profesional, mi razón de ser en la sociedad, yo tengo que matarlo. Un ejército en operaciones es una máquina arrolladora. Ustedes la menospreciaron. Se equivocaron, nadie puede destruir al Ejército. Si admiten eso podemos trabajar juntos y echar a los mercaderes del templo.

Cautelosamente, después de dar una profunda pitada al cigarrillo, el Pelado prosiguió la polémica:

—Pero los mercaderes no sólo están en el templo. Desgraciadamente ocupan el Ministerio de Economía y están destruyendo el país. Las Fuerzas Armadas tienen el poder político y militar y designaron a Martínez de Hoz, que es un abogado de las transnacionales y un oligarca. ¿Por qué no lo echan?

Hubo una larga pausa. Sebastián volvió a sonreír con tolerancia.

—En las Fuerzas Armadas no todos pensamos igual.

El Pelado tomó una decisión. Admitiría tácitamente la buena fe del otro, para que se explayase.

—Pero los que piensan distinto siempre ganan. Uriburu era nacionalista, lo tiró a Yrigoyen para impulsar un proyecto nacionalista. Fue sucedido por el General Justo y vino la década infame, la peor entrega del país, con ministros que se ufanaban de que Argentina fuera una colonia de Gran Bretaña. En el cincuenta y cinco pasó lo mismo. La revolución la hizo Lonardi, para dejarle la silla caliente a Aramburu, que entregó el país al Fondo Monetario. Y así es siempre. Los nacionalistas dan los golpes y los liberales...

Sebastián lo miraba serio. Se levantó y fue hasta la ventana. Mirando hacia la mañana que comenzaba a despejarse después de la lluvia, dijo como si pensara en voz alta:

—Esta vez no va a ocurrir lo mismo —se volvió enfrentando al Pelado y agregó

suavemente—: Esta vez los generalotes liberales no nos van a cagar. Esta vez nosotros pusimos los huevos y no vamos a ser usados por nadie.

—Ojalá sea —respondió el Pelado, ya totalmente seguro de la decisión que acababa de tomar.

Cuando Sebastián se fue, se quedó un largo rato mirando para atrás, hacia ese cielo todavía encapotado que un sol difuminado pugnaba por perforar. Para fugarse había que lograr un cierto *status*. Poder desplazarse libremente como el Tío, la Lucy o Juana. Para eso había que simular. Es verdad que todavía rengueaba mucho, que estaba dolorido y débil. También era cierto que la fuga distaba de ser imposible. Había que ganar tiempo y confianza sin hacer concesiones. Presentarse aquiescente, persuadido de la derrota, pero no totalmente entregado. No sólo para evitar el deslizamiento hacia la traición, sino para que tuvieran que emplear más tiempo en la seducción. Para tornar verosímil la seducción misma.

La puerta se abrió y apareció el Barba con un cuadernito en la mano. Era la contracara de la charla *casual* y el tono amistoso. “Este viene a los bifés”, pensó mientras respondía tenso al breve saludo del inquisidor.

—Bueno, Dri, ¿que tiene usted en Rosario? —preguntó el Barba sin perder tiempo en preámbulos.

—Nada —respondió el Pelado, con la expresión de un monaguillo interrogado por el sacristán.

Barba hizo una mueca de escepticismo profesional.

— ¿Infraestructura?

El Pelado negó en silencio.

— ¿Colaboradores?

Otra negativa.

Barba se acomodó inquieto en la silla. Alzó la vista desde el cuaderno de notas donde acababa de subrayar la palabra colaboradores.

—Ya se lo dije. Pero se lo voy a repetir... Somos tolerantes, somos hasta buenos, si usted quiere, pero no somos pelotudos. Acá sigue el que se compromete. Los otros...

bueno, no hace falta que le explique lo que hacemos con los otros. No tenemos tiempo para andarlo perdiendo con gente que no se compromete.

—No tengo nada que entregar.

—Vamos Dri, no me joda. Me va a decir que no tiene ni un colaborador...

Los ojos del Pelado parecían los de un querubín. Su boca estaba ligeramente entreabierta en una expresión de asombro, de imbecilidad. Su cerebro rompía la barrera del sonido. Tomó la iniciativa.

—Mire, ustedes saben perfectamente que el Partido me mandó al exterior, que estuve haciendo tareas, en el exterior con lo del lanzamiento del Consejo Superior. Lo que tenía en Rosario no lo tengo más —moduló los labios finos con una sonrisa idiota y tiró la frase clave—. Ustedes lo saben bien... por el Nacho.

Tocado. El dardo dio en el blanco. Barba no se dio por aludido pero sus ojos lo traicionaron. El Pelado lo había agarrado con la guardia baja. Compuso un rostro severo para ocultar el efecto de la estocada. Se levanto y abrió la puerta.

—Repito: acá no es negocio mentir —dijo mientras trataba de taladrar la mirada neutra del Pelado—. Sabemos todo de todos. A tu casa de Darragueira llegamos diez minutos después de que ustedes se levantaron. A la de Pujato tardamos un poco más: llegamos al día siguiente.

El Pelado no respondió. Ahora la estocada la había recibido él. Los datos eran exactos.

—Zafaste por un pelo. Las dos veces —la incorporación del tuteo no tenía nada de amistosa—. Pero encontramos cosas.

El Pelado, seguro de que habían levantado todo, lo miró con soma, como diciendo “no me vengas con macanas”

—Sí —insistió el Barba—. En Pujato había fierros.

—No es cierto —exclamó, calculando el riesgo de refutarlo—. No había ningún fierro. Me los habrán puesto ustedes al hacer el procedimiento.

—Dri... No todos los lugares son como esta quinta. Hay pozos en los que los chupados desearían no haber nacido...

—No tengo nada. Pregúntenle a Nacho. Es la pura verdad.

Era una verdad a medias. Tenía colaboradores que no había “socializado” con el Partido. Nacho conocía su existencia pero no sabía cómo hallarlos. La voz resplandecía honestidad, parecía decir entre líneas: “Les juré que si tuviera algo que entregar lo entregaba para salvarme”

El Barba se fue sin despedirse.

Dormía un sueño ligero cuando despertó sobresaltado. Enseguida supo que había alguien más en el calabozo improvisado. Se encendió la lamparita que colgaba del cable roñoso y lo vio de golpe, bajando la mano que un segundo antes había accionado el interruptor. Era alto, delgado, tenía un poblado bigote negro que no contradecía la apariencia juvenil.

La visita se producía en la madrugada del 31 de diciembre.

—Buenas noches. ¿Cómo está?

—Y... aquí estoy...

—Ahora duerma. Mañana vamos a charlar.

Apagó la luz y se fue tan abruptamente como había llegado.

A la mañana, entre bostezos, el gendarme le explicó:

—Es buen muchacho. El segundo de acá. El segundo a cargo.

“Buen muchacho”, repitió mentalmente el Pelado. “Buen muchacho a cargo... a cargo del chupadero”

El Tío fue el encargado del anuncio:

—Bueno, Pelado, hoy vas a venir a vivir con nosotros.

Y como lo mirase con un gesto de interrogación:

—Sí, pibe. Te van a sacar de aquí.

Comprendió que, al menos provisoriamente, había franqueado una frontera

trascendente. Si había sentencia, estaba diferida.

Mientras agarraba el mate que el Tío le extendía con un guiño de complicidad experimentó, por primera vez desde la caída una inmensa alegría: era posible joderlos.

El Tío se fue y se quedó un largo rato a solas con el falso correntino, cortando muy de tanto en tanto el mutismo con alguna breve referencia a la meteorología y al reuma.

Por fin apareció el Nacho. Para amortiguar el golpe venía con la Nacha. Hubo besos y abrazos. La Nacha se hizo más chiquita de lo que era y se quedó en su rincón, mientras Nacho repetía la cantilena que parecía norma en esa quinta: la cantada, la resistencia, la caída y la colaboración.

El Pelado confirmó sus sospechas:

— ¿Entonces... en Paraguay ya estabas...?

— Sí.

Largo, incómodo silencio. Lo rompió la Nacha.

— Sabés, Pelado, cuando yo caí estuve unas horas en otro lado, antes de que me trajeran acá. Cuando vine acá me llevaron al lugar donde vivimos y... ¿a que no sabés lo que pasó? Me habían traído a Laika, la perrita, y habían trasladado nuestro dormitorio. Con todas nuestras cosas. Estaba igualito. Casi me caigo de espaldas. Pero igualito a como lo dejé. Hasta las cosas que había sobre la cómoda. Igualito.

Iba a seguir explicando pero una mirada de Nacho la redujo al silencio. Se encogió más.

El Pelado los veía en otras instancias: discutiendo el plan de seguridad de una reunión, caminando tensos en una cita, trajinando con documentos partidarios embutidos en una caja de jabón en polvo o un paquete de yerba. El Nacho se le aparecía en los días de Paraguay, mortificado por las críticas de Tucho, boqueando como un bagre en el espinel.

A la Nacha sólo podía verla ahora con sus deditos gordezuelos, acomodando una bailaora en miniatura sobre la cómoda, o una pantera rosa de loza. Extendiendo su mano sobre la colcha floreada de la cama que reconstruía la cotidianidad perdida en el campo de concentración; revisando los cajones y comprobando que sus bombachas estaban en orden, igual que los calzoncillos y las medias de Nacho o el tarrito del *Dr. Scholl* para la

transpiración de los pies.

Una mano invisible le apretaba las tripas, y el paladar y la garganta se llenaban con los jugos de la náusea.

Nacho le hablaba solapadamente mal del Tío.

—...Se ha puesto jodido, receloso. ¿A vos qué te dijo?

—Me contó lo suyo —respondió concisamente y se puso a pensar que allí había otra milonga a desentrañar.

—Es competitivo —insistió Nacho y luego miró a su mujer, como diciéndole “¿rajamos?”

El Pelado le estaba tomando gusto a la esgrima. Tiró una estocada a fondo.

—Vos no sabías las citas exactas que yo tema en Rosario, pero conocías la zona... no les hubiera costado mucho encontrarme. ¿Por qué no me cantaste?

Nacho levantó la vista que estaba clavada en los dobleces chaplinescos de sus mocasines y lo miró fijamente con los ojos azules, infantiles.

—No soy tan hijo de puta —dijo, y se despidieron.

Se pasó varias horas haciendo conjeturas sobre Leopoldo, el Foca y todos los otros que ya estaba seguro que iba a encontrar allí. Los que habían faltado a las citas en Rosario.

Comenzaba a irse el último día del 77 cuando vinieron a buscarlo. La canilla del lavatorio refulgía con el bermellón del crepúsculo y la carota achinada del guardián se iba consumiendo, hasta convertirse en un ídolo dorado que reverberaba en la penumbra. Le sacaron esposas y ligaduras y pudo salir sin capucha, a cara Ubre, al jardín donde iba creciendo la noche.

Acompañado del guardia y seguido a pocos pasos por el Tío Retamar, comenzó a renguear hacia la casa, hacia la gente.

El césped estaba mojado por la lluvia reciente; el agua de la piscina copiaba los tonos violáceos del atardecer; debajo de los árboles añosos, la sombra anidada se iba extendiendo.

Caminó como en un sueño hacia la casa principal y los fue viendo. Escalonados, a tramos, ambivalentes en la luz fugitiva. Algunos rostros eran solamente una mancha azulada. Los reconocía igual. Por la altura, por la forma de estar parados o de caminar, por la manera de rascarse la nariz o pasarse una mano por el pelo.

Hacían cosas que le costó entender. Pero sobre todo algo que lo afectaba de un modo muy particular: lo estaban esperando.

Esa espera era tan intensa y anhelante que, por un momento, generó en él y en ellos la ilusión de la petrificación. Las figuras de cera lo miraban llegar. Al único elemento móvil de la quinta, de Funes, de la Argentina, del Universo. La Tierra se había detenido para exhibir esa marcha penosamente lenta, que remedaba la libertad.

La ilusión fue cortada por el revoloteo de un gigantesco murciélago describiendo círculos sobre las ondas aceitosas de la pileta y por un ladrido acuciante e impotente, atiborrado de llanura y lejanía.

Se encendieron algunas lamparitas dentro de la casa y en algunos rincones estratégicos del parque.

La primera estatua que cobró vida cuando él se le acercó fue la del Foca. Tenía más cara de foca que nunca. De foca triste visitada en el zoológico. El morro de la foca se extendió en una sonrisa cuando el Pelado lo abrazó.

— ¡Foca! —exclamó el Pelado mientras le prodigaba el palmoteo chaqueño y peronista.

— ¿Cómo estás, Pelado? —saludó el Foca.

—Y... —dijo Jaime y estalló en una risita que crispó a todo el mundo.

El Tío era una sombra maciza a sus espaldas y una sonrisa de padrino le lajeó la cara.

El extraño cortejo reanudó la procesión reviviendo estatuas. La siguiente fue la del Leopoldo.

—Sabía que estabas acá —balbuceó el Pelado, mientras lo estrechaba contra su cuerpo. El Leopoldo dejó escapar un gesto de alarma.

—Escuché que te nombraban cuando jugaban al fútbol... el otro día.

Leopoldo se distendió, estuvo a punto de hablar cuando el Tío se le adelantó, empujó a Jaime suavemente y se lo llevó hacia otro grupo. Leopoldo los siguió con la mirada y en esa mirada había odio.

El Tío la registró y le apuntó a Jaime en el oído:

—No les des bola a los intelectuales. Vení a saludar a la muchachada.

En un grupito estaban Ignacio, el Cabezón Tognoli y un desconocido que le presentaron como el Pipa. Los recibieron con grandes muestras de efusividad, igual que si se reencontraran afuera, en un asado peronista.

El Tío, rodeándole los hombros con su brazo poderoso, comentó:

—Cuando te trajeron te estuvimos espiando. Y decíamos todos que sos un codito, porque venías con la misma camisa que ya estábamos podridos de verte en Rosario.

Le preguntaron cómo había caído, y él les contó someramente. Pronto descubrió que conocían bastante bien los hechos principales. “Hay un ‘clearing’ de información entre los distintos chupaderos”, anotó mentalmente.

—Hinchamos bastante las pelotas para que te trajeran —reveló el Tío.

—Al comienzo, cuando nos enteramos de las caídas en Uruguay, pensamos que tenías que ser vos o el Cabezón Habegger. Uno de los dos —acotó el Cabezón Tognoli.

—Y planteamos que cualquiera que fuese de los dos era igual, que tenían que traerlo. Gente cristiana, recuperable, les dijimos. ¿Entendés? —confesó Ignacio.

—Pobre Sopa —dijo alguien en las sombras. El Pelado se sobresaltó y buscó la cara del Tío.

— ¿El Sopa...? —preguntó.

—Qué, ¿no sabés? —indagó a su vez Retamar. Como el Pelado negó con la cabeza: — Sí, murió. Lo mataron cuando te chaparon a vos.

— ¿Seguro?

—Segurísimo —el Tío volvió a empujarlo hacia adelante.

—Pero no hablemos hoy de esas cosas...

Reanudaron la caminata en silencio. Cuando el Tío le encendió un Jockey, comprobó que había acertado: el Pelado tenía los ojos brillantes, llenos de lágrimas.

Pasaban por uno de los flancos de la casa grande, hacia los fondos, cuando se les aproximó una sombra voluminosa.

— ¿Qué tal, Dri? —gritó Jorge—. Ya le dije yo que aquí se iba a encontrar con los viejos amigos —y cambió una mirada cómplice con Retamar.

Jaime cabeceó en silencio y se dejó llevar mansamente hacia el pabellón auxiliar, donde se amontonaban los chupados. En el espacio que mediaba entre éste y el chalet principal, habían armado una larga mesa con tablones, bajo los árboles. Estaba profusamente iluminada con lamparitas que pendían de unos cables. “Parece que hay banquete”, registró el Pelado y entró por la cocina a la orna vivienda. La cocina era un revoltijo de mujeres atareadas que fueron deteniendo sucesivamente su labor para saludarlo.

Sobre las anchas mesadas se arracimaban tomates relucientes, frescas lechugas, papas frías en cuadraditos, rodajas de huevo duro, impecables remolachas. Recién lavadas y apiladas, listas para ser cortadas e integradas al clericó, se mezclaban las frutas. Por todos lados enormes jarras, amplias y profundas fuentes, botellas de vino y sidra, cajones de sifones y Coca-Colas. Animando el impensable bodegón, se movían parlotando las mujeres. Allí estaban la Lucy, la Nacha, Juana, las compañeras del Leopoldo y el Foca.

Esta vez hubo un continuo inclinarse a besar mejillas y ser besado. Nada de estatuas. La vida hormigueaba en la cocina. Reinaba el buen humor, la calidez de los preparativos. “Están contentas”, pensó, y con los ojos interiores vio la cara crispada del Sopa pugnando por salir de la Mehari.

...nostalgia de las cosas que han pasado,

arena que la vida se llevó,

pesadumbre de barrios que han cambiado

y amargura del sueño que murió...

Alguien había puesto un cassette de la Rinaldi. El Tío le apretó el brazo y

mostrándole en una sonrisa de compinche las carnosas encías, comentó:

—No hay nada que hacer. Me gusta mucho más cómo lo canta el Feo. ¿No te parece? —Y luego: — ¡Qué me contursi! Hasta música y todo, tenemos.

Salieron de la casa y lo vieron. Era un pizarrón con extrañas anotaciones en tiza. Mientras el Tío lo arrastraba hacia una nueva sorpresa, trató de entender los trazos que había espiado al pasar: parecía el diseño de una operación.

Se acercaron al fogón. Un nuevo personaje le completó el cuadro de las caídas. Arrimaba un tronco al fuego chisporroteante. Cuando lo vio venir, soltó el tronco y le dio un abrazo. Era Juan Dubcek, el encargado de prensa.

Un desconocido trabajaba con Dubcek cuando se produjo el encuentro. Miró de reojo la escena y siguió en lo suyo. El Pelado lo catalogó como un tipo de la patota.

En una mesa descansaba una palangana repleta de chorizos y morcillas, un envoltorio con tiras de asado y, completando el cambalache, un *walkie-talkie* que se daba de patadas con la naturaleza muerta.

Los modernos vulcanos, con el rostro enrojecido por las llamaradas, iban trasladando los carbones encendidos bajo la parrilla improvisada con el elástico oxidado de una cama. Juan se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa y luego se puso a emparejar las brasas, mientras canturreaba entre dientes. “Este también está contento”, se dijo el Pelado, “todos están contentos”

Desde la tiniebla circundante alguien ingresó en el círculo flamígero. Le costó un segundo reconocerlo, porque la luz del fuego lo iluminaba de abajo y movía sus rasgos en un incesante bailoteo de luces y sombras. Era el flaco que lo había visitado de madrugada.

— ¿Cómo está, Dri? —dijo el teniente Daniel.

Se quedaron los dos en silencio, hipnotizados por el fuego, viendo cómo las brasas ya maduras suplantaban gradualmente al fulgor de las llamas, cómo parecían chuparse toda la luz, mientras el cielo del litoral se abría para exhibir sus estrellas.

—Se está poniendo lindo —comentó Daniel mirando hacia arriba.

—Sí —admitió el Pelado en un susurro.

El Tío y el Pelado dejaron a los atareados parrilleros y caminaron en dirección al amplio garaje que se alzaba a un costado de la casa chica. Se asomaron por el portón y vieron al Foca y a Leopoldo jugando al pingpong.

—No laburen que es yeta —dijo entre joda y veras el Tío. Y luego más bajo, a Jaime: — Estos son unos bacanes, cada vez que pueden le rajan al trabajo manual.

El Pelado ya no lo escuchaba. Estaba absorto contemplando un camión con toldo de lona que no había visto antes, al que silenciosas hormigas iban llenando de un extraño cargamento. Vio cómo subían un tubo de oxígeno, cajas de madera con una cruz roja y una serie de implementos que no alcanzó a descifrar.

— ¿Y eso? —preguntó.

—Lo vamos a ir a buscar a Tucho —respondió la voz de Nacho, que brotó como una aparición a su lado.

— ¿Cayó? —exclamó el Pelado.

—Todavía no —contestó Nacho.

Desde el mirador del restaurante, Tucho y María se recreaban con el dibujo nocturno de la bahía. El collar de luces circundaba la negra garganta del mar.

Estaban ochocientos kilómetros al sur de Rosario, y Rosario estaba en sus pensamientos, porque dos días después debían encontrarse, él con Nacho, y ella con Juan Dubcek.

Habían estado en la playa durante el día y nada lograba consumir las energías de Sebastián, que ahora tironeaba peligrosamente el mantel mientras, con la otra mano, insistía en llevarse el encendedor de plástico a la boca.

El mozo retiró los restos de la cazuela de mariscos justo cuando la radio, que atronaba desde el mostrador, comenzaba a difundir las doce campanadas de fin de año.

Agarraron los toscos vasos de sidra y se dispusieron a brindar. Los escasos parroquianos hicieron otro tanto y un pibe que pasaba por la calle estropeó el momento tirando adentro un poderoso petardo, que asustó a todo el mundo.

Los nenes (más educados) de la mesa del fondo, arrojaron serpentinas a los adultos, que animados de un súbito amor universal, comenzaron a desearse felicidades

desde una mesa a otra.

Abajo, sobre las enormes olas, una barcaza hizo sonar su sirena. Ante las miradas comprensivas y bonachonas de la raleada concurrencia, Tucho y María se besaron y brindaron secretamente por un año 78 menos malo para el pueblo y más jodido para los militares. Por fin se iba ese 77 de mierda.

Aldo iba a ser el chofer operativo. Apoyado en un árbol, supervisaba la carga. No reparó en el nuevo chupado que los estaba mirando. Cuidó obsesivamente que cargasen todo lo necesario: el tubo de oxígeno, porque decían que el tipo tenía problemas cardíacos, el botiquín de primeros auxilios por si había bronca, y otras milongas que se usan en estos casos. Cosa rara: esta vez no iban a llevar la máquina portátil, la que funcionaba con baterías.

Estaba contento con el camión. Eran unos flores de mioncas esos *Mercedes*. Robarlo fue cosa de chicos. El dueño estaba morfando en una fonda de la ruta. Los tres autos que habían afanado de aquel garaje en el centro, también estaban al pelo. Si la cosa andaba mal, no iba a ser por la flotilla.

Sebastián, por su parte, se mantenía ajeno a los preparativos del banquete. Había tenido que ir al Batallón 121, para presentarle al Coronel (a *Coco*, como le decían), los últimos informes de la operación. Al término de la conversación, un mensaje cifrado recorría la red interna del Ejército Argentino: Rosario solicita área libre para operar en la zona de Mar del Plata.

Su principal preocupación era que cayeran los dos. Si uno llegaba a zafar, todo se iba al carajo. Aparentemente iban confiados a la cita. Tenían motivos, María se había encontrado con Nacha en Rosario pocos días atrás y eso debía haber reforzado su confianza.

El contacto sirvió, además, para “blanquearlo” a Juan Dubcek, a quien el Partido podía haber dado por caído. Así fraguaron un encuentro “casual” que disipara las dudas.

Las dos mujeres iban caminando por la avenida Alberdi cuando María lo vio acercarse en sentido contrario. “¡Mirá quién viene!”, exclamó la compañera de Tucho. “¿Quién?” preguntó la Nacha, haciéndose la boluda. “¡Juan! ¡Pero si es Juan!” El hombre iba en bicicleta, disfrazado de albañil, y se “alegró” mucho de verlas. Pasados los primeros minutos de “sorpresa”, les contó que al desengancharse del partido tuvo que buscar trabajo en una obra en construcción.

María tragó el anzuelo y ahí no más armó dos citas en Mar del Plata. Una para que

Nacho se encontrara con Tucho. La segunda para el propio reenganchado, que cubriría ella misma. Allí Juan recibiría dinero y nuevas órdenes.

Contenta por el improvisado hallazgo, María le comentó a Nacha que necesitaban armas. La otra quedó en decírselo a su compañero para que les resolviera el problema.

Cuando analizaban las alternativas del *chupe*, Sebastián discutió este punto con Nacho. Nacho propuso pasarle a Tucho una pistola 45 sin percutor. No era mala idea, aunque presentaba algunos riesgos. Al final decidieron no llevarle nada.

El Tío Retamar también observaba la carga del camión con aquellos ojos muertos, de tiburón. El Pelado malinterpretó su hosquedad y su silencio. Intentó alumbrarlo con dudas y remordimientos. No eran esos los sentimientos: el Tío, simplemente, estaba recordando con ira las sesiones en la casa grande, las discusiones para planificar la operación. Nada de lo que él había propuesto se había aceptado. Nacho llevó la voz cantante. Sebastián aprobaba todo lo que decía. El había trazado las líneas principales del diseño operativo. Como cuando estaban en la Orga. “Me tiene podrido” pensó con un suspiro, y palmeándolo a Jaime, propuso en voz alta:

— ¿Nos tomamos un vinito?

Poco antes de dar las doce, los comensales habían trasegado veinte kilos de buena carne y largas ristras de chorizos y morcillas. Secuestradores y secuestrados estaban bastante achispados.

El Pelado simulaba escuchar, simulaba entregarse con convicción a la charla, y espiaba todo sin perder detalle. Estaba flanqueado por el Leopoldo y por Sergio II, un operativo que había militado en el CNU. Enfrente lo tenía al Foca, que departía calurosamente con el teniente Daniel.

El Pelado había ido recorriendo con la vista las largas hileras de comensales que se apiñaban sobre el césped húmedo, bajo la luz bailarina de las lamparitas, y vuelto muchas veces los ojos hacia ese pizarrón con círculos y flechas que preanunciaba el secuestro de Tucho.

A esa hora el asado y el clericó iban haciendo efecto. Los bigotes relucían de grasa, las mejillas se encendían y los ojos se ponían turbios o ganaban un brillo especial. El barullo era fenomenal. Quince chupados y casi otro tanto de guardianes hablaban al mismo tiempo, discutían, improvisaban bromas, tomaban a alguien de punto, pedían que les alcanzaran la bebida o puteaban impacientes porque todavía no se había servido el postre: las legendarias frutillas con crema.

Preparando el momento litúrgico de la medianoche, algunos voluntarios empezaban a descorchar la sidra. Un guaso había eructado sin complejos y el señor Jorge se había visto obligado a improvisar un discurso.

—El subversivo... —decía Jorge— ...el subversivo es un individuo engañado. Que por un lógico resentimiento de la vida hace macanas, macanas que no son lógicas. Pero si el individuo tiene una guía, una posibilidad de reintegrarse a la sociedad, no sólo puede llegar a ser útil, sino yo diría que hasta muy útil e imprescindible, porque... porque... yo diría... es un individuo que sin ser mejor que los demás, nadie está diciendo eso... sin creerse mejor que ninguno, es sin embargo un individuo que se ha calentado por los demás. Un individuo que no es indiferente, como son muchos individuos...

Sebastián venía caminando cuando escuchó las últimas frases; olfateó la sorna en el aire y sus facciones se crisparon. Al verlo llegar a la zona iluminada, varios rostros se pusieron serios y el orador, sintiendo algo raro, desvió la vista. Una mueca indefinible alteró su rostro enrojecido. Aunque Sebastián era de menor rango, bajó la voz como un chico sorprendido en medio de una fechoría y concluyó rápidamente.

—Bueno, señores, al final somos todos argentinos. Alzo mi copa por la Patria. ¡Feliz año nuevo!

Todos brindaron, incluido Sebastián, que había recuperado la serenidad sempiterna y dirigía una sonrisa cortés a Dri, como homenaje al recién llegado.

Después de los brindis, Aldo se levantó y marchó hacia el camión. Sebastián se le acercó para reiterarle algunas instrucciones de último momento. Finalmente desapareció entre los árboles y, cuando el camión se puso en marcha, sólo el Pelado y Nacho estaban atentos al ruido del motor.

Los demás habían vuelto a sus libaciones, a sus charlas. La resaca de huesos, migas de pan, manchas de clericó y sobre todo la visión de la grasa fría que impregnaba la mesa, estuvieron a punto de provocarle arcadas. Volvía ese maldito dolor de estómago, esos calambres que lo partían. Estaba suspendido en la marea de voces y carcajadas y una irrealidad aún más grande que la de la noche de Navidad lo envolvía totalmente. Como si estuviese dentro de una bolsa de polietileno a punto de asfixiarse. La luna brillaba en las fuentes grasosas y acentuaba la náusea.

El Tío deja de simular, se le acerca y le propone sacar partido de la confusión y el pedo generalizados para meterse en la casa grande y cazar las metras, las escopetas y las pistolas. Nacho, Leopoldo y el Foca se les suman, a un guiño del Tío.

Vuelven sigilosos a la mesa tendida bajo los árboles y comienzan a tirar sobre la patota. Mientras tira alcanza a ver la cara rosada de Jorge bañada en sangre, las manos de otro verdugo arrastrando el mantel en su caída, las miradas de estupor de la Juana y un tipo viscoso de la cana que, un momento antes, franeleaban a vista y paciencia de todo el mundo: la terrible sorpresa de Sebastián en el mismo instante de recibir un tiro en la garganta. Ve todo claramente: los fogonazos, los intentos de evasión, los tipos que se tiran bajo la mesa, los vasos y las botellas estallando en mil pedazos. Escucha con nitidez los gritos de miedo, de furia; el silbido de las balas y el sonido blando, acuoso, del plomo, al penetrar la carne. Y cuando ya están por alcanzar los autos, se vuelve una vez más a mirar lo que ha quedado del banquete: la confusión de cadáveres caídos sobre la mesa o en el pasto, los heridos arrastrándose, y por todos lados sangre. Una orgía de sangre, empachando el corazón del odio. Sangre a mares, como en un rito purificador. Sangre en la vieja y siempre renovada pira sacrificial.

La ensoñación se cortó como una burbuja; miró su mano reveladora, tensa. Entre el pulgar y el índice tema una bola de miga que amasaba y apretaba compulsivamente. A la distancia el Tío, que estaba abriendo otra botella de sidra para recibir la naciente madrugada, le dirigió una mirada fulminante de advertencia. El Cabezón Tognoli, denso y pegajoso, farfullaba hasta el hartazgo: “el Pelado es mi amigo... se va a portar bien...”. Sebastián y Jorge se fueron. Daniel también se marchó poco después. La Juana y el cana habían desaparecido. Al retirarse los jefes del chupadero, el ambiente se relajó todavía más. La fiesta no desmayó hasta que el cielo comenzó a clarear. En grupos o a solas fueron volviendo a las dos casas.

El Pelado se zambulló en el baño y vomitó como nunca había vomitado en su vida. Cuando salió, lívido y con los ojos llenos de lágrimas por el esfuerzo de las arcadas, el Tío lo miraba en la penumbra.

—No va —dijo—. Así no va.

A las cinco de la tarde del dos de enero, las grandes tiendas *Los Gallegos* rebosaban de gente. Una abigarrada y heterogénea multitud de veraneantes se movía de una sección a otra comprando ropa, bronceadores, artículos deportivos y hasta ollas y sartenes para equipar las *kitchenettes* de los pequeños departamentos alquilados por un mes o quince días.

Tucho tenía firmemente agarrado de la mano a Sebastián para evitar que la marea humana se lo arrebatase. María había ido sola a la cita con Juan, que era la más dudosa. Tucho no temía. Aunque a partir del 76 cada cita orgánica era un albur y uno no sabía nunca si se iba a encontrar con un compañero o con los horribles. Confiaba en Nacho.

Podía tener desviaciones reformistas, pero distaba mucho de ser un perejil, un advenedizo de esos que se habían hecho montoneros en las horas breves y felices del triunfalismo universitario. Era un duro, como él mismo. Además, era un viejo amigo.

De todos modos, por prudencia elemental y mecánica, no se había quedado parado en la puerta como un poste. Iba y venía, entre señoras gordas con los brazos pecosos al aire y unos shorts cortitos que mostraban los jamones llenos de várices, entre jubilados que se permitían la audacia de una camisa floreada, entre pibas jóvenes que olían a sol, a mar, a lavanda o bronceador. Sus ojos recorrían la policromía de los escaparates de ofertas, los estandartes de los precios erigidos sobre las mesas de saldos, con signos de admiración al lado de cifras que no eran tan modestas. Miraba en transparencia buscando solamente un rostro y por eso no advirtió la maniobra envolvente que iban realizando unos sujetos también vestidos de playa, con traje de baño y remera. El círculo se iba cerrando, pero no lo advirtió.

Estaba reprimiendo a Sebastián, que insistía en agarrar todo lo que tenía a su alcance, cuando un tipo atlético empujó a una gorda que estaba a su lado y se le tiró encima, gritando:

— ¡Acá está! ¡Este es el que robó la moto!

Más por instinto que por reflexión logró esquivar la embestida, buscando un sendero en la masa humana que lo circundaba.

— ¡Es éste! — gritaba otro fulano de remera colorada que le estaba cerrando el camino de la huida.

Los gritos lograban perforar el zumbido soñoliento de la tienda.

— ¡Agarrálo! ¡No lo dejen escapar!

— ¡Yo no robé nada! — gritó Tucho, todavía confundido.

Los veraneantes comenzaron a arremolinarse en tomo de Tucho y sus agresores, ignorando el origen y el desenlace de la escena, atraídos por ese show inesperado que venía a cortarles la monotonía de una tarde de compras.

Algunos sufrieron patadas y empujones y protestaron por la extremada rudeza de esos muchachones que querían recuperar la moto robada. Otros comenzaron a sospechar que podía tratarse de la policía. La marea confusa y contradictoria estorbaba a perseguidores y perseguido. Nadie podía moverse con comodidad. Se escuchaban gritos

de protesta, insultos y hasta la risa de un imbécil.

— ¡No robé! ¡Me quieren secuestrar! —gritaba ahora Tucho mientras lograba hurtar el cuerpo a un tacle audaz de Sergio II y pegaba un manotazo en la cara de Sergio I.

Uno de los atacantes había logrado desaferrar la mano de Sebastián de los dedos como tenazas de su padre y lo alzaba en vilo. El chico lloraba y una señora protestó.

— ¡Sebastián! —aulló Tucho y una milésima de segundo después un puño de acero se descargó violentamente sobre su hígado. Sergio II le aplicó una llave para trabarlo, mientras otros desbrozaban el camino hacia la salida a empellones y manotazos. Increíblemente Tucho logró zafar y cuando empezaba una corta carrera, otros dos se le abalanzaron, lo inmovilizaron y comenzaron a arrastrarlo de los pelos hacia la calle.

— ¡Me secuestran! —gritó Tucho convertido en una llaga humana.

Las voces raleaban y un clima de terror fue bajando sobre los testigos. Nadie entendía claramente todavía, pero todos ya estaban persuadidos de que había algo mucho más serio que una moto en el trasfondo de la escena que estaban contemplando. Alguien se recuperó del estupor y gritó:

— ¡Llamen a la policía!

— ¡Callate pelotudo! —dijo uno de los miembros de la patota, mientras ayudaba en el traslado dando violentos empellones.

Atravesaron las puertas de cristales seguidos de muchos clientes de la tienda, que comenzaban a reaccionar. Los autos estaban estacionados frente mismo a la entrada, pero parecía cosa de titanes poder salvar los cinco o seis metros que los separaban de los vehículos en marcha. A la distancia, dentro de otro coche de contención, otros dos operativos y Nacho observaban el tumulto.

Tucho, convertido en un manojito de nervios disparados, se retorció como una anguila, lograba tirarse al suelo y frenar el inexorable arrastre hacia los autos en marcha.

Al lado de la tienda había una obra en construcción y los albañiles que concluían el turno estaban saliendo. Al principio se limitaban a mirar atónitos, luego reaccionaron. Sin pensarlo mucho se lanzaron sobre los secuestradores, tratando de rescatar a ese hombre enloquecido que miraba impotente cómo un Sebastián que lloraba a gritos era introducido dentro del primer coche. Uno de los obreros, que parecía una verdadera

torre humana, descargó un feroz puñetazo sobre la nariz de uno de los operativos. Simultáneamente apareció un policía, inquiriendo:

— ¡A ver...! ¡Qué pasa acá! ¡Suelten a ese hombre!

Las puertas de la tienda y las veredas de los alrededores estaban colmadas de curiosos cada vez menos pasivos. Empleadas y empleados de *Los Gallegos* también habían salido, convocados por el alboroto.

Ya seriamente preocupados por las dificultades, los hombres del *Grupo Operativo* se dividieron en dos. Mientras unos trataban de reducir a golpes a Tucho, otros se abalanzaban sobre los autos. Al regresar venían empuñando pistolas ametralladoras. Con el caño de las armas empujaron a los espontáneos que trataban de liberar al hombre que seguía debatiéndose como un perro rabioso. El jefe de la operación se acercó al policía y mientras le mostraba una credencial, ponía fin definitivamente a la farsa anterior de la moto.

— ¡No interfiera! —gritó con voz ronca, como de borracho—. Este es un operativo del Ejército.

—Pero... —balbuceó todavía el policía.

—No hay peros. ¡Haga circular a toda esta gente o tiramos!

El silencio se adueñó de la multitud y los albañiles más resueltos se detuvieron. Los hombres habían tomado posición y sacado el seguro de las armas. Ahora nadie dudaba. Si proseguía la resistencia, de esos agujeros negros comenzarían a salir las ráfagas. Un golpe violento en el cuello, dado con pericia con el canto de la mano, terminaba de reducir a Tucho, al que transportaban como un muñeco de trapo.

La gente agolpada en la acera abrió un sendero instintivamente, mientras el policía ordenaba:

— ¡Circulen! Por favor, circulen si no quieren meterse en líos. ¡Circulen!

Las imágenes pasaron como un relámpago y en menos tiempo de lo que se tarde en pensarlo, los vehículos arrancaron con un agudo chillido de gomas.

El albañil gigantesco frunció su cara curtida y dijo en voz muy baja, que sin embargo algunos oyeron:

— ¡Hijos de puta! Algún día los vamos a reventar como cucarachas.

Y dirigiéndose a otro:

— Vamos Lito.

María se había citado con Juan a pocas cuadras de *Los Gallegos*, en la esquina de la Avenida Luro y la calle Catamarca. Para su desgracia, no escuchó siquiera el eco del tumulto.

Juan llegó puntual. Estaba solo, pero ella era muy desconfiada y siguió manteniendo entre sus dedos la pastilla de cianuro.

Aunque iba muy alerta, no advirtió un ligero tic nervioso en la mejilla de Dubcek, ni supo interpretar su mirada esquiva y turbia. Al contrario, después de caminar juntos apenas cincuenta metros, guardó la pastilla en la cartera. Juan reparó en el gesto de confianza y lo retribuyó rascándose la nuca. A la señal, dos individuos corpulentos parecieron brotar de las baldosas. María fue rápidamente reducida y no tuvo ni la débil esperanza de un grupo de albañiles. Algunos transeúntes se pararon a mirar, inmóviles y silenciosos. Mientras la empujaban dentro del auto, logró patear furiosamente la canilla de uno de los tipos y mirando a Juan a los ojos, alcanzó a escupirle:

— ¡Sos una mierda!

Juan se la quedó mirando más de la cuenta, mientras Armando, el mecánico dental, que empuñaba una Itaka, le gritó ansioso:

— ¡Subí! ¡Dale! ¿Qué te quedás mirando?

Los autos llegaron sin inconvenientes al punto convenido. Se encolumnaron y comenzaron a dejar atrás las redondas lomas desde las que se divisa Mar del Plata. La caravana se fue adentrando en los suburbios y encaró la Ruta 2. Pasaron sin problemas todos los controles de la policía provincial y no fueron molestados por la Caminera.

A los cincuenta kilómetros vieron el camión. Allí estaba, a un costado de la ruta, en el sitio exacto que habían marcado. Aldo aguardaba al lado de la portezuela del conductor, fumando. El lugar estaba bien elegido, entre matorrales, junto a un maizal, al pie de un montículo donde se levantaban árboles altos y oscuros. Nubes sangrientas se estiraban hacia el poniente y el sol era un melocotón gigantesco que se iba sumergiendo en la llanura. Un manto azulado se extendía sobre la tierra y los turistas que pasaban en sus coches o en los gigantescos micros, sólo tenían una visión parcial y confusa de la

curiosa flotilla que formaban cuatro autos y un camión, detenidos a pocos metros del asfalto.

Tucho se sorprendió de ver a María cuando los bajaron de sendos coches y los llevaron, con las manos esposadas, al oscuro camión con techo de lona. También alcanzó a distinguir a Nacho dentro de otro auto.

Las primeras avanzadillas anduvieron ligero y llegaron a Funes mucho antes que el camión y el vehículo de contención que lo iba escoltando.

El Tío se acercó a Sergio II, que estaba cerrando la puerta del auto.

— ¿Y? —preguntó.

—Todo salió al pelo. Ahí los traen —contestó el operativo y aceleró el paso para meterse en el chalet.

Sebastián informó a Jorge, Jorge a Coco, Coco al General Jáuregui y el General Jáuregui al General Galtieri. Objetivo cumplido, sin contratiempos. La prensa no había registrado el incidente ocurrido frente a la tienda *Los Gallegos*.

Un sol de plomo caía sobre el césped de la quinta cuando el camión metió la trompa por la entrada principal. Eran las dos de la tarde. Los vecinos de Funes se cobijaban a la sombra de los quinchos. Ruidos de platos, de voces llamando a comer, quebraban de tanto en tanto el silencio del barrio paralizado por el sol. Los chupados estaban atentos. Uno a uno se fueron acercando al camión, que se acababa de parar a veinte metros de la casa.

El Pelado estaba allí con ellos, en silencio.

Primero bajó María, esposada y vendada. Fue siguiendo el paso vacilante de la figura orgullosamente erguida y se sorprendió al notar que no la llevaban hacia los calabozos, ni hacia el albergue precario de los prisioneros, sino que la metían en el chalet de la guardia. A pocos pasos de ella venía un guardián y Sebastián, que miraba a todos con sus ojos enormes. Un segundo después Tucho descendía a ciegas de la caja del camión, guiado por Aldo.

A Tucho sí lo condujeron hacia los vestuarios. El Pelado sintió una puntada en el pecho. Por un instante se vio a sí mismo, pocos días atrás, observado por los mismos ojos, con la camisa que todos le conocían de Rosario.

VI ¿Traición?

Mientras Tucho y María iban aprendiendo las primeras lecciones, el Pelado oscilaba entre la ansiedad y el abatimiento. Vivía ya, desde la madrugada del 31, en la pieza de los chupados solteros. El Pipa, Juan Dubcek, Ignacio y el Cabezón Tognoli, disfrutaban de camastros superpuestos. Jaime, como recién llegado, tuvo que contentarse con un colchón en el suelo, entre las cuatro cuchetas, que debía guardar por las mañanas. Los veteranos le habían obsequiado alguna ropa: unos calzoncillos, dos pares de medias y otra camisa, “para no verlo siempre con la misma pinta” Había recibido los presentes con una indiferencia apenas disimulada por la sonrisa cortés. El Tío no le perdía pisada, y al verlo meter colchón y ropas a la que te crió debajo de una de las camas, volvió a llamarle la atención:

—Pelado, poné más cuidado. Mirá que acá se fijan mucho en esas cosas. Si te ven con esos ánimos, van a pensar que tenés ideas locas.

El Pelado se quedó mirándolo. Mientras se agachaba para reacomodar el pequeño hatillo, preguntó en tono neutro:

—Ideas... ¿qué ideas?

Los ojos del Tío estaban más muertos que los clavos de un ataúd.

—Ideas de suicidio, hermano, ¿de qué van a ser?

El Pelado se incorporó y soltó una carcajada falluta.

— ¿Estás loco? ¡Mirá si yo...!

El Tío se fue sin responder.

Para ganárselo. Retamar lo había metido en el grupo de los que hacían tareas manuales. Era un gran alivio. Las horas de soledad aumentaban y uno podía cortar el pasto y echar a andar la fantasía. Los pensamientos parecían volar junto con las briznas de grama fresca y reluciente que la cuchilla de la máquina iba segando. Daba gusto contemplar los listones de césped cortito, las parvas que se habían amontonado y los anchos espacios que aun era preciso recortar. El sol pegaba fuerte y, tras la lluvia, el parque estallaba en mil tonos de verde. El calor, lejos de desalentarlo, lo estimulaba.

Estaba de espaldas al chalet principal, mirando hacia la piscina y los vestuarios.

Los principales protagonistas del drama habían ido desfilando por su antiguo calabozo, que ahora ocupaba Tucho. La puerta siempre cerrada atraía sus miradas. Podía imaginar lo que dirían sucesivamente Nacho, el Tío, Leopoldo, el Foca, Jorge, Sebastián y el Barba. Aunque no lograba concebir las respuestas de Tucho, alimentaba una fe ciega. “Ahora lo van a sacar trasladado”, pensaba. Y luego: “No... no lo van a sacar. Los va a engañar, como yo” “Tucho es muy inteligente”, se repetía. Los visitantes fueron saliendo uno a uno. Nadie se paró a su lado para comentarle nada. El tampoco quería dejar la tarea y acercárseles para indagar, porque tenía miedo de que descubriesen la idea que se le estaba ocurriendo: por fin tendría alguien en quien confiar, un compañero, dos compañeros para intentar la fuga. Instintivamente fue recorriendo los puestos de guardia. Bajo un paraíso un gendarme morochazo, jetón y bigotudo; diez metros hacia el frente, otro tipo mirando el cerco de ligustro. Se asustó como si sus pensamientos fueran transparentes para los demás, cuando escuchó a sus espaldas la voz grave de Sebastián:

—Y... ¿No quiere verlo al Tucho?

Se volvió con la frente fruncida de interrogantes.

—Digo. Pensé que le gustaría verlo.

Tucho estaba sentado en su antiguo camastro. Sin esposas. Fumaba pensativo cuando él entró.

— ¡Pelado! —y dio un salto para abrazarlo.

Se contaron minuciosamente las respectivas caídas. El Pelado hablaba y reparó que Tucho no lo miraba a los ojos, estaba absorto en la contemplación de la pierna vendada. Después se quedó ojeando los cachos de paisaje que se divisaban a través de la ventana, mustio y silencioso.

—Todos cayeron mejor que yo... —murmuró enigmáticamente, dándole la espalda.

—Sí, todos. Hasta el Nacho. Yo no tengo un rasguño, un tiro. Nada...

—Hay circunstancias... —balbuceó el Pelado.

— ¡Qué circunstancias! Tenía que haber muerto y ni siquiera estoy herido como vos.

Se quedaron los dos callados. Luego el Pelado preguntó suavemente:

— ¿Les dieron?

—No. Vos decís... No, ni un pelo. Al contrario. Trato de lujo: “Mayor Valenzuela” por acá, “Mayor Valenzuela” por allá.

Y se quedó mirando hacia la puerta como hipnotizado.

—Pero no te confundas. Yo no me hago ilusiones. Haga lo que haga, me van a matar.

El Pelado no dijo nada.

Los dos sabían que eran muchas y graves las cuentas de Tucho con el Ejército.

—A todos nos van a matar. A mí, a vos, y también al Tío, al Nacho. Crean lo que crean, son boleta. Muertos en vacaciones.

Se rió. El Pelado asintió en silencio. Afuera una brisa ligera agitaba las ramas de un pino. Alguien chapoteaba alegremente en la pileta.

Tucho lo taladró con su angustia. La boca entreabierta, los ojos marrones, vivísimos, en los que bailoteaban todas las preguntas.

—Nacho me contó todo. Que estaba infiltrado cuando nos reunimos en Paraguay. Dice que me salvó la vida... Que está trabajando con los otros para salvarle la vida al resto de los compañeros...

El Pelado prendió un cigarrillo.

—No te apresurés —propuso—. Vos solo te vas a ir dando cuenta de cómo es todo...

Y se sorprendió descubriendo que ahora él ocupaba el lugar del Nariz.

—No cantaron.

—No colaboran.

—No hablan.

Durante escasas, eternas horas —entre el 2 y el 4 de enero— esos fueron los

comentarios que le iban llegando. Por el Tío. Por el Nacho. Por el Foca.

—Mayor Valenzuela, la situación es la siguiente: la Organización Montoneros está derrotada militarmente. Esto no significa que no pueda actuar. Puede hacerlo. Y poner a nuestras fuerzas en situación comprometida. Sobre todo ahora que se acerca el Mundial de Fútbol. Esas acciones le pueden dar changüí, como se dice vulgarmente... Le pueden dar un cierto aire. Los desaciertos de la política económica... también, por qué no decirlo, ciertas modalidades de la represión, están poniendo al gobierno en aprietos. La campaña internacional está creando problemas... Por una y otra razón la guerra se puede prolongar. Con un costo inútil de vidas... Y, total, para terminar de todas maneras en un exterminio... Nuestro propósito...

Tucho, impaciente, lo interrumpió con un gesto equívoco. Murmuró algo inaudible. Sebastián preguntó inquieto:

—Perdón... ¿dijo algo?

—Sí... ¿qué...? Concretamente, ¿qué quieren de mí?

Sebastián se levantó de la silla.

—No creo que sea a mí al que corresponda decirlo.

— ¿A quién, entonces?

—Al jefe de nuestras fuerzas. A quien va a garantizar su vida y la de su familia... Al General Galtieri.

—Pero, dígame... No puedo hablar con mi compañera si no sé lo que quieren de mí.

Sebastián volvió a sentarse.

—Hay sólo dos maneras de acortar esta guerra sucia, que nadie quiere ya. Una es política, la otra militar.

Los ojos de Tucho se abrieron con sorpresa.

—Políticamente pensamos en una gran conferencia de prensa o algo así. Una capitulación en regla de los jefes montoneros... Pero esa salida no es viable si antes...

Tucho lo interrogaba con la mirada.

—...Si antes no golpeamos decisivamente sobre el centro de gravedad. Y como ese centro de gravedad está en el extranjero...

Tucho frunció los labios. Los músculos de la cara estaban insoportablemente tensos cuando preguntó:

— ¿Se da cuenta de qué me está pidiendo?

Sebastián asintió en silencio mientras se miraba las manos bien cuidadas. Alzó la vista con la segunda pregunta del prisionero:

— ¿Y si me niego?

Sebastián tardó en responder. Sus ojos volaron hacia la ventana.

— Veríamos... —sugirió.

— ¿Nos matan? —se animó a preguntar el chupado.

—No —se apresuró a responder el oficial con serenidad—. No necesariamente. Usted puede hacer otras tareas.

Tucho se mordió un labio.

—Deme tiempo. Y otra cosa: no haré nada si María no está de acuerdo. Levánteme la incomunicación. Déjenos hablar a solas.

—Está bien —respondió Sebastián y se volvió a parar, esta vez para marcharse.

—Parece que la María está dura... —comentó el Tío, haciendo un alto en el arreglo de la cañería.

— ¿No entregó nada? —preguntó el Cabezón Tognoli.

—La casa de Mar del Plata. Mañana llegan las cosas.

— ¿Había algo importante?

—No sé, iban a ver. Parece que no hay gran cosa.

— ¿Guita?

—No sé. Cabezón, no sé, no me rompás las pelotas.

Los ojos de tiburón se posaron en el chalet. No lo habían llamado. Adentro estaban Coco, Jorge y Sebastián con el Nacho, el Leopoldo y el Foca. Era injusto. Había sido el primer chupado de Funes. Luego cayeron los *universitarios*. Y ahora se habían convertido en tipos de confianza. El no había ido a la universidad, pero les daba vuelta y media a esos pequeños burgueses de mierda. Sin embargo era igual que antes. Igual que en el Partido, que en la vida. “¿Cómo era eso...? ya vendrán los doctores... ¿Cómo era?”

El Cabezón también había dejado de trabajar y miraba el chalet, cuando el patadón del Tío se le enterró entre el trasero y las verijas.

— ¿Qué hacés?

—Cortala de mirar, chabón. Trabajó, que el trabajo es salud.

—Entonces que trabajen los enfermos.

Y volvieron, sonrientes y recelosos, a la tarea.

El Pelado vio cómo sacaban nuevamente a Tucho del calabozo, para hacerle una segunda visita a la María. Iba vendado y acompañado por uno de los gendarmes. Retardó todo lo que pudo la cortada de césped del sector. Pero nada. Tucho llevaba más de una hora adentro y no salía. Se fue para el galpón a guardar la cortadora.

Se demoró en el depósito. Allí estaba la rotaprint que tiraba el *Evita Montonera y Movimiento*. Al lado de la máquina las resmas en blanco bien apiladitas, prolijas. También la composer, con su lamparita arriba y su memoria. Una mesa de tablas con una Olivetti mediana, para escribir los documentos y los panfletos que se editaban con la firma de la Secretaría de Prensa de la Columna Rosario. “¡Carajo, hasta hay una multilit!” se sorprendió. Y se imaginó la repartija en las villas, los tipos que distribuían o recibían los materiales made in Funes. También había una pequeña repisa, con unas carpetas. Estaba por abrir una cuando entró sorpresivamente Sergio II.

—Pelado... justamente a vos te andaba buscando.

Se alegró de haber dejado la carpeta a tiempo.

—A ver, mostrame tu pie... —se agachó—. Sí, yo creo que te van a ir bien.

— ¿Qué cosa?

—No, que traje unas zapatillas mías. ¿Cuánto calzás?

—Cuarenta y uno.

— ¡No te dije! Te van a ir bien. Ahora te las doy. Las dejé en la casa. Si ya me parecía que vos y yo debíamos tener más o menos el mismo número.

Lo miró disimuladamente. Era bastante más bajo, pero un tipo atlético. Tenía una cara despejada y, ¿por qué no? simpática. “Es increíble —pensó— pero tiene facha de tipo honesto. Y sin embargo, ¿a cuántos compañeros habrá reventado?” Sergio observaba la multilit.

—Linda máquina, ¿no? ¿Sabés manejarla?

—No. He visto muchas como está funcionando, pero yo no sé manejarla.

—Es una linda máquina. Gauchita. Allá en *los fachos* teníamos una. En el CNU, digo.

Alguien, Leopoldo o el Foca, le habían hablado del tipo. “Es un cuadro militar”, comentó. “Un tipo que no anda en la joda de la guita ni las minas. Un puntacho que está en esto por ideología y no por reviente”

—Yo la sé manejar —dijo Sergio II—. Si habré tenido que hacer volantes cuando estaba en la Facultad.

— ¿Del CNU ? —se atrevió a preguntar el Pelado. Sergio II se rió.

—No, de la JUP. Yo la iba de compañero de ustedes. Inteligencia, ¿entendés?

El Pelado entendió. El policía le convidó un cigarrillo. Estaban los dos apoyados en la rotaprint. Sergio dio una pitada y se quedó mirando el humo. En voz baja marcó:

—Parece no más que tu jefe va a colaborar.

El Pelado se limitó a mirarlo.

—Yo creí que era más “trosko” —había una nota de real desilusión en la voz—. ¿Este no era liberado del 73?

El Pelado asintió con la cabeza. Sergio siguió monologando, preguntándole y preguntándose.

—Y parece que se bancó unas cuantas biabas... Claro, ahora es distinto. ¿No? Digo, ahora ve que la guerra está perdida. ¿No te parece?

—Sí —admitió el Pelado—. Está perdida. —Y se animó a preguntarle: —Y ahora que está perdida para nosotros, ¿qué van a hacer ustedes?

—No sé.

—Y si no sabés... ¿para qué peleás?

—Yo... por lo mío.

El Pelado arqueó las cejas.

—Por ahora para que haya orden. Después para que haya otra cosa. Otra Argentina.

— ¿Con Martínez de Hoz y el Fondo Monetario?

—No, claro que no. Martínez de Hoz está enganchado con la banca judía. Eso es posta. Yo lo tengo bien remanyado.

—Está bien. Pero hasta ahora él tiene la manija.

—Ahora, ahora. Esperá un poco y vas a ver cómo vamos a meter en caja a todos esos judíos de mierda.

—Los oligarcas no son judíos.

—Ah... ¿ves? A ustedes se los rasca un poco y ya están defendiendo a los rusitos. Yo pensé que vos eras algo zurdo, pero nacionalista y cristiano. Al final me resultaste igual que los liberales y los marxistas. Dale, ¿te llamás Dri o Drivisky?

Se rió y le mostró la cadena, de la que colgaba otra cruz de Malta.

— ¿Sabés lo que es esto, no? Esta es mi idea, Pelado. Si te portás bien te voy a prestar un libro muy piola. Del tipo ese que te hablé la otra noche. El de la Guardia de Hierro rumana.

Y lo sacó del depósito hacia el otro sector del garaje que hacía las veces de comedor. La Juana y la Tere ya estaban poniendo los cubiertos para el almuerzo, sobre la mesa de ping-pong.

Nacho y el Tío, en un rincón, hablaban en voz baja. Al pasar alcanzó a oír al primero, que decía:

—Ya está. La María aceptó.

— ¿En serio?

—Sí. Entregaron su casa de Rosario.

Antes de verse con Tucho y María, se encontró con los objetos. Como embajadores que llegaban a la corte extranjera precediendo a su amo, allí estaban enriqueciendo el galpón: el televisor de Tucho, sus libros. Cosas de Benedetti como solitaria efusión lírica en un mar de historia, política, economía. Y ese *Reportaje al pie del patíbulo*, que en seguida le llamó la atención.

La manaza peluda del Tío cayó sobre su hombro, mientras contemplaba el magro botín.

— ¿Qué me contás, Pelado? Ahora tenemos televisión.

Luego agregó, casi con ternura:

—Esta nohecita los traen a vivir con nosotros.

Las horas previas a la *liberación* tuvieron a todo el campo en vilo. Los prisioneros que no habían visto a Tucho y María, querían comprobar por sí mismos que el proceso químico que los transformara, había terminado por corroer a su jefe hasta convertirlo en otro quebrado. Las negras olas de la vida circundaban a la pareja. Del sí de Tucho dependía la vida y la libertad de todos. No estarían seguros hasta que se consumara esa *opereta grossa* que sólo unos pocos conocían.

El Pelado, por su parte, quería certificar si sus intuiciones eran correctas, si Tucho estaba montando o no una gigantesca comedia. Apenas le habían dado retazos de información. Era evidente que, como recién llegado, debía ser tratado con cautela. Pero con lo poco que se le fue escapando a Nacho, al Foca, a Leopoldo y al Tío, pudo ir bordando una parte, sólo una parte, de la verdad. Tucho iba a repetir con la Conducción Nacional, lo que Nacho y Leopoldo habían hecho con él; iría a México a infiltrarse en la

reunión trimestral de área. Cuando completó el último tramo del bordado, el sol comenzaba a declinar. Los trazos del pizarrón empezaban a difuminarse cuando lo acosaron nuevas angustias: el viaje de Tucho a México se interponía con sus planes de fuga. Pero además, qué frágil parecía la Organización vista desde este lado del mostrador. Bastaba con tirar del hilo para que fueran saliendo en cadena todos los peces.

El enemigo también estaba ansioso. Un par de veces había visto a Jorge yendo de un lado a otro como poseído, más gordo y notorio que nunca. También divisó la cara afilada de Sebastián en la penumbra del porche y esa visión fugaz lo había llenado de una alarma indefinible... El más transparente era Daniel. Se acariciaba obsesivamente las guías de sus mostachos y hablaba. Hablaba de más. Estaba atrapado por una nueva fiebre que dominaba a todos, que parecía derramarse por el césped y trepar por las paredes, anegando la quinta de Funes con su turbio delirio.

Entonces la historia se repitió con distintos protagonistas. La noche caía sobre ese rincón del mundo cuando los trajeron. Tucho se veía pálido; María, insondable. Laika les trotaba alrededor moviendo el rabo.

El Tío les alcanzó un mate y todos los rodearon en silencio.

La muerte quedaba fuera del círculo luminoso. Sus pies de ceniza se alargaban, atravesaban las sombrías oquedades del barrio residencial, las calles de tierra estremecidas de huellas y acequias, la insoportable melancolía de los postes de alumbrado, hasta ganar su territorio: la pampa inconmensurable, habitada por una soledad activa, perversa, que se dibujaba como un manto funerario, como un lazo negro en torno del resplandor fabril de San Lorenzo y de las luces de Rosario.

El Pelado la sintió y supo que, además, ya la estaba recordando.

La reunión empezó tarde. El señor Comandante los había hecho esperar porque su agenda estaba particularmente recargada ese día. Al fin estaban sentados en torno de la mesa de reuniones, en el Comando del Segundo Cuerpo.

La expresión de furia contenida del General Jáuregui y el rostro huraño y desconfiado de Coco, preanunciaban una embestida. Jorge pensaba que tenía todos los ases en la manga. Sebastián no subestimaba al adversario y sopesaba cuidadosamente lo que iba a decir en el curso de la entrevista.

El General Galtieri acomodó unos papeles, de espaldas a la gran mesa oval, musitó unas órdenes a su ayudante y se sentó, abrumado.

—Disculpen la demora— se excusó.

No tardó en recomponerse. Sus ojos acerados revivieron al sobrevolar a Jáuregui y Coco y posarse alternativamente en Jorge y Sebastián. Su voluminosa humanidad, que un momento antes parecía derrumbarse como un flan, había recuperado la vertical. El rostro sonrosado era de una extraordinaria movilidad y nunca se detenía en la cincuentena, que era su verdadera edad. Naufragaba en una vejez prematura que ahondaba sus comisuras, o se exaltaba hasta una juventud extemporánea que se daba de patadas con el pelo blanco. Había egresado como subteniente en 1945, el año del ascenso de Perón. Diez años después estuvo entre los oficiales que participaron en el derrocamiento.

Si Viola relevaba a Videla como Comandante en Jefe del Ejército y Presidente de la República, Galtieri tenía a su vez chance de ocupar el puesto de Viola. Pese a su relativa juventud, era uno de los jefes más antiguos y ya había comandado otro cuerpo de Ejército en tiempos de Lanusse: el Quinto, con asiento en Bahía Blanca.

Sebastián miró con esperanza el albo cabello que refulgía con la luz del mediodía y los ojos grises que parecían haberle tirado un cabo. Tras una breve interrupción de Coco, como jefe del Área de Inteligencia, y del Mayor que respondía al apodo de Jorge, le tocó informar a él, como responsable directo del chupadero.

Cuidó de evitar cualquier inflexión subjetiva y trató de adelantarse en su exposición a las principales objeciones que podrían formular el Jefe de Inteligencia y el Segundo Comandante, cada vez más replegado en un silencio hosco y amenazante. Cuando terminó, la cara de Galtieri no dejaba traslucir la índole final de su arbitraje. Coco solicitó la venia para hablar y le preguntó a boca de jarro:

—Es raro que en dos días se decida a colaborar. Usted conoce sus antecedentes.

—Sí mi Coronel. Pero la situación es distinta. Además...

Miró a Galtieri que había cruzado las manos debajo del rostro y se sostenía el mentón con los pulgares.

—...Además, entregó dos casas.

—Pero no entregó personal —exclamó de improviso el General Jáuregui.

—No, es verdad, mi General. Tampoco nosotros lo presionamos mucho para que lo hiciera —admitió Sebastián. Jorge dibujaba arabescos en un papel.

—Mal hecho —sentenció Jáuregui. Siguió un silencio, que rompió Galtieri. Los cabellos se habían vuelto dorados por el sol y desde el extremo de la larga mesa, donde lo estaba observando Sebastián, asemejaba el busto de un emperador romano.

— ¿Pero ha dicho que está dispuesto a ir a México? Y que está dispuesto a tomar contacto... —el resto de la frase quedó en suspenso. El Comandante preguntaba elípticamente si estaba dispuesto a entregar a la Conducción Nacional de Montoneros.

—Sí mi General. Por él podemos llegar a Firmenich y los otros jefes y operar sobre ellos.

— ¿En México? —preguntó Jáuregui, con un matiz de franco escepticismo.

Sebastián asintió en silencio. Galtieri tomó un cortapapeles cuyo mango representaba una sirena y se quedó mirándolo, como si le aportase la solución del enigma. Alzó la vista cuando Coco dijo:

—Si me permite, mi General, yo pienso que deberíamos esperar un poco, no apresuramos. Total podemos infiltrarlo en marzo, en la próxima reunión de Área.

Para felicidad de Sebastián y Jorge. Galtieri comenzó a enunciar el veredicto.

—No, Coronel. Eso no nos conviene. Esa gente puede darse cuenta de que el hombre ha sido detenido. Y en ese caso perderemos todo lo que logramos hasta ahora.

Jáuregui no pudo ocultar un gesto de impaciencia que notó su jefe.

— ¿Usted qué opina. General? —inquirió Galtieri.

—Con todo respeto, mi General, creo que hemos terminado con la Columna Rosario. Que con ese individuo Valenzuela terminamos, completamos, nuestra tarea aquí en Rosario. Cayeron todos los jefes. Mi opinión es que hay que poner punto final a la cosa y... y fusilarlo. A él y a los otros.

Galtieri dejó la sirena de bronce.

— ¿Pero antes o después de la operación, General?

—Creo, mi General, que esa operación tiene demasiados riesgos. No tenemos contactos en México. Ese país ha permitido que los subversivos tengan hasta una sede.

Galtieri asintió suavemente.

—Es cierto. También es cierto que se nos viene el Mundial encima. Cuando nos queramos acordar vamos a tener el Mundial y, si los Montoneros conservan su conducción, vamos a correr un riesgo serio. Digo yo... Me parece bien que no nos apresuremos. Pero... —su voz enronqueció—. Pero tengamos en cuenta el factor tiempo.

Sebastián no quiso mirar a Jorge por temor a delatare. Habían ganado. Mantuvo inmutable el rostro delgado. Sintió que una rápida mirada de Jáuregui le quemaba la mejilla. Decidió coronar con gran audacia lo que parecía una victoria segura.

—Si me permiten los señores Comandantes...

Galtieri le hizo una seña para que continuara.

—...Quería proponer que, para agotar bien el tema, el señor General Galtieri se formase su propio criterio... hablando con el prisionero Valenzuela.

El rostro de Jáuregui enrojeció de furia.

— ¿Le parece. Capitán? —preguntó Galtieri.

—Sí, mi General —respondió Sebastián.

Nuevo silencio. El Comandante meditó unos segundos.

—Yo conozco a Valenzuela —dijo sorprendentemente—. Con hablar no se pierde nada.

Jáuregui se miró con Coco. Largos años de disciplina le habían enseñado a callarse la boca, a comer mierda. “El jefe de una gran unidad de batalla —pensó— hablando con un roñoso. ¿Adonde vamos a ir a parar?” Se limitó a ordenar sus papeles en silencio. De reojo espío la boca del Comandante, que se le antojó demasiado carnosa, que ahora se abría en una impúdica sonrisa, con esos dientes grandes, demasiado separados, para decir:

—Sí, voy a ir. Voy a hablar con Valenzuela y entonces decidiremos.

Sebastián y Jorge bajaron las escaleras ligero, casi a saltos, con la definitiva convicción de que estaba en marcha la Operación México.

Tucho tuvo que llamar a Panamá para no despertar sospechas. La Negra le contó que habían secuestrado a Jaime. “Ya me enteré”, respondió con una amarga sonrisa, pensando que Jaime debía andar por ahí, a menos de diez metros de distancia.

Olimpia le comentó que estaba por lanzar una campaña internacional y que se aprestaba a viajar a México. Preocupado, trató de disuadirla del viaje. Olimpia insistió, agregando con eufemismos que el Vasco estaba de acuerdo con su criterio. “Ah... Si es así, viajá entonces”, admitió.

La perspectiva del viaje a México tenía en vilo a todo el campo. Nadie podía sustraerse a su influjo. Sebastián, con su proverbial cautela, mantenía silencio. Daniel estaba exultante y no se cuidaba en ocultarlo. También Jorge había dado rienda suelta a la lengua, yendo mucho más allá de lo que la prudencia aconsejaba. A cada chupado que encontraba en su camino le preguntaba si se podía confiar en Tucho, y parecía dispuesto a recibir únicamente aquellas opiniones que lo tranquilizaban. Aunque, a decir verdad, la inmensa mayoría de los encuestados dijeron que Tucho era confiable, que estaba absolutamente *recuperado*.

Desde su primera aparición en público, él, su compañera y Sebastián habían sido alojados en la habitación de los casados. Las mujeres cuidaban a Sebastián, los hombres rodeaban respetuosamente a Tucho que, curiosamente, mantenía su autoridad como antes. Las jerarquías del chupadero, encamadas en el Tío y Nacho, no fueron formalmente abolidas: seguían dirigiendo sus respectivos campos de acción (las tareas manuales o las labores de oficina), pero era evidente que ambos jefes se subordinaban crecientemente al recién llegado. Muy especialmente el Nacho Laluf.

Tucho había planteado la necesidad de trabajar en la sala operativa del chalet principal y se le había concedido esa prerrogativa. Trabajaban con Nacho en la redacción de un extenso informe sobre la Columna Rosario, que iban a presentar en México, en la reunión de Área.

De esta labor se enteraron todos los prisioneros, incluido el Pelado, pero también hubo reuniones secretas con Sebastián. Jorge y Daniel, en las que se fue trazando el diseño operativo. En ambas instancias Tucho llevaba la voz cantante, y tanto los chupados como los militares fueron aceptando como válida la doctrina que iba elaborando.

A esas alturas ya era cosa del pasado el perdón que Tucho había concedido al Nacho, por entregarlo. Un corto diálogo entre los viejos amigos sirvió para zanjar la cuestión. Valenzuela reconoció que Nacho no tenía alternativas y que, dada la situación

existente, su actitud no era reprochable.

El Pelado quería pensar que las apariencias ocultaban una lucha soterrada, un proyecto todavía no definido que sólo podía terminar con la fuga de su antiguo jefe. Suponía que, de concretarse algo así, los matarían a todos, pero no podía soportar la idea de que Tucho se hubiera convertido de la noche a la mañana en un traidor. Y no en cualquier traidor, sino en el traidor máximo, en el arquetipo de la traición.

Nacho, en la sorda lucha por el poder interno, estaba tratando de captarlo y ese era un nuevo motivo de alarma. Le había pedido que le diera una mano para pasar cosas a máquina, y Jaime intuía que detrás de ese pedido anidaba la voluntad de integrarlo al grupo de "cerebros", de los que "le ponían cabeza" al asunto ese de destruir la Organización.

Una noche, mientras los de la guardia jugaban al truco en el jardín, sostuvo un diálogo con el Foca que le encendió la alarma.

—Mirá Pelado, nosotros tenemos una sola chance de que no nos maten, y es integramos al Ejército. Convertimos en auxiliares de inteligencia.

El morro de foca se había cerrado, los ojos miraban más allá de los altos árboles, hacia los faroles raleados y dispersos de la carretera. Escupió y aplastó la escupida con el pie, insistiendo:

—No queda otra.

El Pelado, inquieto, trató de consolidar su actividad en el equipo de trabajadores manuales que comandaba el Tío. Por eso se alegró cuando le encomendaron la construcción de un caminito de ladrillos y portland para unir el galpón con la vivienda de los prisioneros. Pero Nacho seguía presionando.

—Che, prestame al Pelado —insistió el Nacho frente al Tío y obtuvo, tras una serie de gruñidos y protestas, su aquiescencia. Así, una mañana entró en la casa grande y lo sentaron frente a la máquina de escribir. Era buen dactilógrafo. El mejor del chupadero, y para Nacho eso constituía un motivo de orgullo y satisfacción.

—Esto pasálo a dos espacios. Dale este margen. Hacé cuatro copias.

El Pelado respetaba escrupulosamente las instrucciones y tipeaba limpio, casi sin errores. En general se trataba de informes de Nacho a Sebastián sobre las cuestiones más diversas: desde problemas de inteligencia referidos a la actividad política y sindical en la

zona, hasta lucubraciones sobre la actualidad política nacional. Estaban redactados con el estilo partidario y estructurados con el clásico sistema numérico: 1.1.2., 1.2.1., etcétera. Una vez estaba copiando el borrador de Nacho, cuando se percató que alguien lo espiaba por encima del hombro. Era Jorge, que lanzó una gran risotada.

—Es increíble, Dri. ¡Qué cosa grande! Nosotros también presentamos así los informes.

Y se explayó durante quince minutos sobre esa notable coincidencia.

Pronto descubrió que su actividad como dactilógrafo lo estaba poniendo en contacto con cuestiones reservadas y hasta secretas. Una mañana, antes de que llegaran Nacho y Tucho a elaborar su inacabable informe de área, descubrió una carpeta que contenía una caracterización, hombre por hombre, de los militantes del peronismo montonero en Rosario. Había un elemento común en las fichas: ninguno era un cuadro partidario, un miembro pleno de la Organización. Se trataba invariablemente de periféricos, colaboradores, dedicados preferentemente a la acción política y sindical y no a tareas militares. “Ninguno es del Partido. Son todos del Movimiento”

En algunos casos había fotos, en otros no. De éste se hacía una historia prolija, detallada, que incluía referencias biográficas, amistades, episodios en que había participado. De aquél había una vaga caracterización general, a lo sumo tres o cuatro líneas. A muchos Jaime los conocía personalmente y lo estremecía verlos fichados, encarpetados, a merced de sus represores. De algunos sabía que habían caído; otros estaban en libertad cuando el pasó un mes atrás por Rosario. Tal vez seguían estándolo. Como cebo. Para atrapar cuadros que vinieran del exterior o de otras regionales a ensartarse con “puntas envenenadas” Se alegró de no haberle socializado a Nacho algunos colaboradores.

Después llegaron Tucho y Nacho y comenzaron su tarea. Como a las dos horas Nacho se fue al baño y el Pelado se quedó a solas con Valenzuela. Dudó un instante y luego se sometió al primer impulso. Tucho estaba inclinado sobre la mesa, revisando una de las carillas del informe, que acababan de tipear. Le puso la carpeta delante de los ojos y comentó:

— ¿Viste esto?

Tucho miró la primera carilla y sin decir nada comenzó a hojear el resto. Nacho salió del baño y se sentó al lado de Tucho. No se fijó en la carpeta. Cuando concluyó la lectura, Tucho la cerró y, sin una palabra, se la extendió al Pelado. Luego se volvió a

Nacho y preguntó:

— ¿Por dónde íbamos?

Jaime se replegó en su tarea con la convicción de que su corazonada era buena. “Se va a escapar y le va a pasar estos datos al Partido”, pensó, mientras Nacho y Tucho seguían inventando el Informe.

Pocos días después, los habitantes de Funes fueron sacudidos por la inminencia de un magno acontecimiento: Galtieri los iba a visitar.

—No sé por qué se alborotan tanto —exclamó el Tío mientras tomaban mate en la cocina, que olía demasiado a orégano y ajo.

—Yo hablé un montón de veces con él. Es un tipo llano, macanudo. Ya vas a ver, Pelado. No tiene nada que ver con ese gorila de Jáuregui. Ya vas a ver cómo no te amenaza, cómo te trata bien.

Y se puso a recordar anécdotas que demostraban que él y sólo él era el tipo de confianza. El mismo Tío bondadoso, paternal. Medio celador por las mañanas, es cierto. Cuando le arrebatava las sábanas de un tirón y comenzaba la monserga de rutina: “Arriba dormilones, vamos que hay mucho laburo” “Vamos Pelado, hay que dormir de noche, no de día”. El Tío, que tenía su *Smith & Wesson* .38 en un placard de la casa grande, que salía a operar con la patota. El Tío que le estaba diciendo:

—Tu laburo con el Nacho es un préstamo ¿eh ? No te confundás. Aquí, cuando el Tío dice que es carnaval, todo el mundo tiene que apretar el pomo.

Hubo un momento en que su fe de carretero estuvo a punto de desplomarse. En que sintió que lo dinamitaban por la base como un viejo edificio en demolición. En que el tiempo fue un cono invertido y por un agujero negro se filtró el mundo entero hacia una eterna, infinita letrina. En que todo era posible: que su padre, un muerto de diecisiete años de edad, regresara desde la carcoma, los huesos porosos y el blanco terciopelo de la nada; que él mismo retomara desde aquel abrazo que le dio cuando regresaba con el recuerdo de la muerte; que la Argentina fuera también una ficción en ese universal diafragma que trasegaba tiempo, hombres, caballos, atardeceres y acribillados hacia el callejón de sombras de las galaxias; que la Tierra saltara de su eje y se pusiera a trotar por las llanuras del vacío en busca de horizontes que helaban el alma; que su carne perforada fuera el recuerdo de otras carnes que a su vez recordaban otras carnes.

A la luz perversa de un amanecer nublado, cuando los otros cuatro compañeros

de cuarto, de celda, de ilusión de vida, dormían, lo asaltó su propio jardín de los olivos. El que anida en todos los hombres, el que todos los hombres encuentran a su turno. El también rogó en la penumbra verdosa para que la mano ciega apartase de sí el cáliz, sin pensar que esa oración, que ese telegrama funeral sin destinatario preciso se elevaba desde miles de gargantas cerradas por la desesperación, por el miedo y por el miedo a desesperar.

Y aunque la muerte retomó con todas sus obscenidades, con el flujo incesante de sus líquidos negros, con la mueca espectral del tiempo congelado en el último instante, con el sudor y los pujos del nuevo nacimiento, con la certeza de todas las imposibilidades, con la crudeza de los ataúdes apilados en la funeraria del Chajarí perdido, con las voces apagadas, con los convencionalismos en la cocina, con la cera de las velas y de los muertos, con la soledad, lamentó que no lo hubiera atrapado y rendido en aquel mediodía de Montevideo. Deseó no estar, no ser, no ver, no sentir, no compartir, no tener que compadecer, no entender, no perdonar, no proponerse regresar alguna vez del Infierno. No la miró en las pompas, en el fracaso final, en todas sus mutilaciones. La imploró como el blanco olvido bajo el algarrobo, como la suprema comunión con el mineral giratorio a que se acogieron los espectros mayores que vagaron por pampas y esteros en busca de su propio rostro y su propio recuerdo.

El Cabezón Tognoli dormía despatarrado y destapado; la boca era un enorme agujero; sólo un leve ronquido demostraba que aun seguía con vida. Dormía con los ojos entrecerrados, como si vigilara desde el sueño. El Pelado tembló de asco y terror y ese estremecimiento le restituyó las fuerzas, lo facultó a lomar su cáliz y seguir adelante. Al lado de la colchoneta, en el suelo, estaban esos dos libros opuestos, complementarios. Uno era sobre la epopeya del Capitán, el jefe de la Guardia de Hierro rumana, que le había prestado Sergio II. Lo había leído, como quien acude a un exorcismo. Hizo abstracción de la ideología del protagonista y se concentró en su entereza como prisionero. Pero, sobre todo, ahí estaba *Reportaje al pie del patíbulo*. Las memorias de un hermano, de otro condenado a muerte, en este caso el secretario de prensa del Partido Comunista Checoslovaco, que fueron sacadas inocentemente de la prisión por un guardián, para quien eran simples cartas familiares.

En el vértigo del amanecer las cubiertas antiguas, amarillas y olvidadas, cobraban una vida que trascendía el cartón y el papel.

Cerró los ojos. Mucho más tranquilo, se dispuso a dormir un par de horas.

VII Rommel

Cuando Galtieri llegó los sorprendió en sus cosas.

La ansiedad había sido tan intensa que el clímax pasó y ahora estaban alelados. Muchos de ellos recreándose con el televisor recién instalado. Allí estaba el Pelado y su ojo alerta fue el primero en descubrir, a pocos metros de la entrada, el grupo que se venía acercando.

Entraron y los chupados se pusieron de pie.

Lo había visto en fotos. Lo había denunciado como responsable del secuestro de sus hijos y lo había maldecido cuando acribillaron a Bettanín y al hermano del Nariz. Hasta ahora había sido una abstracción, un nombre que sintetizaba la palabra enemigo allá en Rosario. Como Videla, Massera y Agosti la sintetizaban en el orden nacional. Ahora estaba de cuerpo presente. Y el cuerpo vestía un pantalón gris y una remera blanca. A diferencia de los grabados de *La Capital* o *La Nación*, que lo mostraban con la chaquetilla verde oliva del Ejército Argentino.

Con sencillez y cortesía —como lo había preunciado el Tío— fue saludando uno a uno a todos los presentes. Finalmente lo tenía enfrente y le extendía la mano.

— ¿Cómo está, Dri? —saludó con voz pastosa.

Tucho estaba al lado. Hubo un instante de vacilación, luego un leve gesto de fingida sorpresa, por fin el saludo.

—Mayor Valenzuela... nos volvemos a encontrar.

—Sí, general —musitó Tucho.

Estas escasas palabras cortaron un silencio cargado de expectativas. Chupados y oficiales no perdían detalle de la escena. Galtieri parecía ignorar con su desenvoltura tanta tensión y ansiedad. Sebastián estaba más encorvado y afilado que nunca. Jorge, colorado de satisfacción y boquiabierto. Daniel se mordía el labio inferior y el Tío sonrió cuando el Comandante del II Cuerpo lo distinguió con una palmada en el hombro.

—Hasta luego, señores... Nos vemos después —dijo el general y dio la orden a sus acólitos de marchar hacia la casa.

Cuando traspusieron el umbral, el Pelado le preguntó en voz baja a Tucho:

—Cómo... ¿ya te conocía?

—Sí, de Rawson. Cuando era jefe del Quinto Cuerpo. El vino a la cárcel a hablar con nosotros, poco antes de que asumiera Cámpora. Para discutir lo de la amnistía y nuestra libertad.

Se pasó una mano por la frente sudorosa y agregó:

—El creía que yo era el responsable de los presos montos. En realidad, vos sabés... yo era el segundo, pero por razones de seguridad pasaba por ser el primero.

—Che pibe... Anda a ver cómo anda el asado —le dijo el Tío a Ignacio. La visita había determinado un nuevo festín. El elástico que hacía de parrilla, rebosaba de relucientes chorizos, de todo tipo de achuras y de unas tiras de asado que perfumaban todo el perímetro de la quinta.

Galtieri y los oficiales comieron en la casa grande. Los prisioneros, los miembros de la patota y algunos guardianes que dejaban su tumo, en la cocina de la casa chica, en alguna mesa sobre el jardín o sobre la tabla verde del ping-pong.

Nadie prestó demasiada atención a la comida. La diferencia con el banquete de fin de año era total. Algunos apuraban un simple sandwich de pie, con los ojos vueltos hacia el chalet donde estaba cenando Galtieri.

A los postres, Jorge y Sebastián fueron marcando a quienes debían comparecer ante el Comandante. Las mujeres no fueron convocadas. Sucesivamente pasaron por el chalet Nacho, Leopoldo, el Tío, Juan Dubcek y el Foca. Le tocó el tumo a Jaime. Cuando atravesó el hall de entrada, el Tío, que estaba conversando con Daniel, le apretó el brazo.

—Te hicimos llamar para que vea que sos un buen tipo —le comentó en voz baja. Sin responderle, abrió la puerta y entró al resplandor de la sala. Allí, frente a la mesa de trabajo, cerca de esos aparatos negros que lo habían sobresaltado en su primera jomada en Funes, estaba Galtieri, rodeado de los oficiales de mayor rango. A su alcance una botella de *Johnnie Walker*, etiqueta negra, algunos vasos y una hielera.

—Siéntese, Dri —propuso el Comandante.

Se sentó del otro lado de la mesa, poniendo su mejor cara neutra y preparándose para escuchar. El general lo escrutó con disimulo. Afuera se oía un lejano chisporroteo de

grillos y ranas. El Comandante de Rosario alzó los ojos hacia las vigas del techo y luego los dirigió hacia el prisionero.

—Y... Dri, ¿qué opina de la situación del país? Digo, de esta guerra. Para mí el enfrentamiento con la guerrilla es lamentable. Esta es una guerra muy fea. Entre argentinos. Yo le aseguro que nosotros no queremos matar argentinos.

Comprendió el mensaje. Era el reverso de lo de Jáuregui. Hacía un esfuerzo visible por tranquilizarlo.

— ¿Usted qué piensa? —insistió.

—Yo pienso que la guerra terminó —mintió el Pelado.

El general iba a servirse otro trago, pero mirándolo fijamente fue bajando suavemente la botella hasta dejarla en su lugar.

— ¿Le parece? Yo creo que se equivoca. Tal como van las cosas, la guerra se puede prolongar como cinco años más. Y sería terrible que eso ocurra... ¿no le parece?

El rostro grande y carnoso que se le aproximaba por encima de la mesa tenía ahora una expresión mansa, dulce y confidencial. Parecía un abuelo reclamando que el nieto hiciera los deberes.

—Mire, Dri... Le quiero pedir que colabore para que esto se termine cuanto antes. Todos tenemos que poner el hombro para ordenar el país. Después...

Se rascó la nuca con una mano gorda y rosada.

—...Después tenemos que juntamos y hacer el gran país que todos queremos. Pero primero hay que acabar con la guerra, poner orden.

Y se puso de pie para dar por terminada la entrevista, no sin antes estrecharle calurosamente la mano.

“¡Qué lo parió!” se dijo el Pelado. “Este es un tipo peligroso.” Y comparó sus modales campechanos, que le recordaban a los de Bittel, con la pose envarada de una arenga que pasó la televisión. “No podemos volver a repetir los errores que cometimos durante varias décadas”, dijo en esa ocasión. “Si volvemos a cometer los mismos errores, se van a producir los mismos efectos y esta vez yo creo que será el abismo.” Se refería a la entrega del poder a los civiles sin un acuerdo que garantizara la presencia de las Fuerzas

Armadas en el futuro gobierno. También había hablado de un “pacto de sangre”

El último en entrevistarse con Galtieri fue Tucho. Cuando entró al chalet aún no era medianoche. Cuando regresó al pabellón de los chupados, comenzaba a clarear.

En ese chupadero donde todo se sabía, no trascendió nada de lo conversado entre los dos.

El general se levantó con la copa en la mano.

—El General Galtieri no es un agente de los monopolios —dijo.

—A mí también me preocupa que la gente se muera de hambre. Tucho se frotaba las sienes con las yemas de los dedos.

—Soy cristiano... Soy cristiano y quiero a mi patria.

Un sorbo.

—...Luchamos por la libertad, por la familia.

Otro sorbo.

—...No lucho, yo, digo... yo... estos hombres, no luchamos por las multinacionales.

El vaso vacío se calentó en la ancha mano. Se desplomó en un sofá repentinamente perplejo, abrumado.

—Mayor Valenzuela —la voz brotó oscura, empalagosa, desde el sofá—. Créame.

Tucho le clavó la vista.

—No estoy de acuerdo con la política económica. Y no soy el único que piensa así. Esto no puede seguir. El gobierno no resiste un año 78 igual al 77.

Se animó, abrió los ojos que tenía entrecerrados y fue a sentarse junto a Tucho.

—Por eso hay que terminar cuanto antes. Hay que terminar la guerra y para terminar la guerra hay que terminar con... con... los jefes que están afuera. Antes de que empiece el Mundial. ¿No le parece?

Tucho asintió en silencio. Luego hubo otro salto y se apartó del tema central. Así

había sido durante toda la noche; así seguiría siendo hasta el final. El general daba vueltas, planeaba en círculos concéntricos. Los círculos se iban cerrando en una espiral, cada vez mas ceñidos al blanco.

Conjeturó que las Fuerzas Armadas debían retener el poder hasta 1985. Volvió a hablar de la política económica y luego, por alguna razón, dijo en forma imprevista.

—Nadie es detenido, hecho desaparecer, muerto o puesto en libertad sin orden expresa de un Comandante de Cuerpo de Ejército. El poder de decisión sobre la detención, la desaparición, la ejecución o la libertad de todos los habitantes de la jurisdicción del Segundo Cuerpo, lo concentro en mis manos. Y ninguno de mis subordinados, ni nadie, quede claro: nadie, nadie realiza acciones represivas al margen de mis órdenes.

Volvió a su asiento con un ligero bamboleo. Hubo un bache de silencio. Galtieri clavaba en Tucho los ojos enturbiados pero alertas. Jorge bostezó. Sebastián observó de reojo la breve cinta ambarina que restaba en la botella.

Cuando parecía derrumbado por el sueño y Tucho estaba sin defensas, se tiró a fondo.

—Dígame, mayor Valenzuela... Quiero que me sintetice en una frase cuáles serían los motivos por los que usted iría a México y cumpliría la misión que nosotros queremos que cumpla. Y disculpe, le pregunto esto así porque me extraña, porque usted tiene una foja de servicios verdaderamente brillante.

La piel de Tucho estaba lívida, verdosa. En la humareda y la madrugada sus facciones parecían a punto de licuarse. Los ojos de Galtieri eran dos piedras grises aferradas a sus pupilas y también preguntaban. Tucho encendió un cigarrillo antes de responder. El también se transformó. La mirada se encendió. Las manos que jugaban morosamente con el papel celofán lleno de briznas de tabaco, comenzaron a desplegar el pulgar y el índice. La voz se pobló de matices que atraparon a Galtieri y despenaron a Jorge, que tensaron las expectativas de Sebastián.

—En la Segunda Guerra Mundial, después del desembarco de los aliados en Normandía, la guerra quedó definida. Los generales alemanes tenían dos alternativas: o peleaban hasta la caída de la última casa en Berlín, hasta la última bala, o negociaban la rendición para evitar que murieran cinco millones de personas. La guerra en la Argentina ya está definida. Pero como usted dijo, puede prolongarse en una agonía que signifique la pérdida de... la pérdida inútil de vidas.

—Ahora bien... el obstáculo que tenían los generales, que tenía especialmente el mejor de ellos, el general Rommel... que, bueno, no hace falta que se lo diga, usted lo sabe mejor que yo, era un gran oficial... El problema, digo, era Hitler. Y mi, nuestro problema, es Firmenich.

Galtieri enrojeció de placer. Jorge y Sebastián se felicitaron con la mirada. Tucho seguía.

—Esta es la primera razón. Una razón política y militar. Para mí es la decisiva. Y creo que debe ser decisiva para usted. Digo, para que usted pueda confiar en que cumpliré mi misión hasta las últimas consecuencias. La otra razón, obviamente, es de carácter personal: la salvación de mi familia y mi propia vida.

Galtieri interrogó con la mirada a sus subordinados. El efecto sobre ellos era el mismo. De nuevo lucía cara de abuelo manso y alargaba el pescuezo hacia Tucho como había hecho con el Pelado. Iba a decir algo, pero Tucho habló antes.

—No ignoro... es decir... me han dicho —y miró con rencor a Jorge— que la garantía de esta operación es mi compañera. Ella se queda acá con mi hijito y como comprenderá... aun para... aun para un hombre como yo, aun para un jefe revolucionario, el precio es terrible.

La cara del abuelo se crispó en una mueca de disgusto.

—No, escúcheme... —exclamó— antes de asumir un compromiso. Ya le dije que yo le puedo garantizar la vida a usted y su familia, aunque no vaya a México. Piénselo bien Mayor, porque puede no ir a México y colaborar con el gran objetivo de terminar la guerra. Ahora que, si va, es lógico: usted comprenderá que no lo quiero presionar. Pero nosotros tampoco podemos correr riesgos. Tener sorpresas. Digo, no es que vaya a ser así. Yo confío en las razones que usted me ha dado. Pero, lógico, si va hay como un reaseguro, ¿me entiende...? hay ciertas reglas de juego.

María y Sebastián debían estar durmiendo, lejos de la vista pero no del poder del hombre de cabellos blancos que acababa de hablar. La cara de Tucho se veía como sumergida en un estanque verdoso. Inclino la frente, acatando las reglas del juego.

El general se incorporó desperezándose.

—Bueno, señores... ya es hora de irnos a dormir. Mañana vamos a tener mucho trabajo.

Lo despidió con efusividad y espió desde el porche, hasta que Tucho entró en el pabellón de los chupados.

Trazos sangrientos separaban el césped del amanecer, todavía gobernado por la noche. Caminaron sobre el rocío hacia el auto y emergieron como sombras azules los hombres de la custodia. Jorge y Sebastián estaban atentos al rostro rojizo que los primeros rayos barnizaban de dorado. Vieron cómo los coches se perdían en una humareda que se unía a la bruma del parque y, de regreso al chalet, se felicitaron con un apretón de manos.

Uno de los encargados de mantenimiento del Aeropuerto Fisherton de Rosario, miró sorprendido. ¿Qué hacía allí el avión presidencial? ¿Acaso Videla estaba en Rosario? No había dudas: en la cola ostentaba la enseña nacional, la celeste y blanca, con el sol en el medio.

Mientras se preguntaba qué estaría haciendo ahí el *Tango Uno*, los vio llegar.

Un furgón cerrado, escoltado por un jeep del Ejército y una camioneta del aeropuerto, acababan de estacionarse junto a la máquina. Rápidamente del furgón comenzaron a bajar milicos de todos los colores y tamaños. El hombre pudo ver a la distancia cómo un pez gordo, que no pudo distinguir bien, trepaba con agilidad la escalerilla y desaparecía con un reducido séquito dentro del avión del Presidente. No prestó mayor atención al episodio y retornó a sus tareas momentáneamente suspendidas.

Ni ese hombre ni otros que repararon en la presencia inesperada de la aeronave podían suponer, ese 13 de enero de 1978, que estaban asistiendo al prólogo de una de las acciones de inteligencia más alucinantes de la guerra sucia. Porque quien se aprestaba a viajar en el jet de Videla era, efectivamente, el General Leopoldo Fortunato Galtieri y dentro del portafolios que llevaba en la mano izquierda iban los informes de la *Operación México*.

Dos horas después, en una de las salas del Comando en Jefe del Ejército, el Teniente General Videla se reunía con los generales Viola Jefe del Estado Mayor; Galtieri, Comandante del TI Cuerpo y Martínez, a cargo de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE).

Galtieri hizo una meticulosa presentación de la *Operación*, ilustrada, según la costumbre, por algunos gráficos que trazó en el pizarrón. Cualquiera hubiese quedado perplejo al descubrir la palabra *Rommel*, rodeada por un círculo de tiza, en los esquemas gruesos y rotundos que el jefe militar de Rosario estampó en la pizarra.

Al anochecer, el jefe del II Cuerpo se llevaba la autorización de las máximas autoridades del Ejército para emprender, cuanto antes, la Operación México.

A medianoche, arrellanado en el sillón de su despacho en el Comando, hizo llamar al teléfono 93-200. Primero habló con Sebastián, después convocó a Tucho. Sonreía cuando le dijo:

—Ya hemos desembarcado en Normandía, ahora avancemos sobre Berlín.

Había turnos para el amor en Funes. Ahora les tocaba a Tucho y María. Era la tarde de las vísperas, la última tarde.

Al comienzo, toda sensualidad parecía abolida. Estaban graves, opacos en la penumbra.

Lentamente, en el calor húmedo, ese cuarto feo, desarreglado, atiborrado de ropas viejas, de objetos y olores ajenos, se fue inundando por una atmósfera de intimidad. Llegaban recién del último baño en la pileta. María se desprendía con cierto esfuerzo de la malla con faldita. Tucho arrojó a un rincón el short morado que había usado en Mar del Plata. La piel de los dos conservaba el recuerdo del sol y del agua y se erizaba por la frescura de la sombra. Una nueva pátina de calor, de electricidad, iba sustituyendo al escalofrío inicial. María estaba herniosa, con el pelo mojado y suelto, los muslos altos, duros y aterciopelados rematados en la cúpula del vientre cargado, tenso, en el que se transparentaba el azul de las venas. Arriba los pechos también grávidos, endurecidos por la maternidad próxima. El cuello sensual y la fragilidad de los hombros tiernos, evasivos. Olía a cloro, a sol, a hembra y a verano cuando la recorrió con las manos hambrientas y las bocas se abrieron y se juntaron en besos cortos, enloquecidos. Los ecos de la tarde envolvieron con un manto cálido y acuoso el abrazo que se dieron de pie, entre dos camas. Cuando rodaron sobre las sábanas húmedas y arrugadas, esa atmósfera era lo único que contaba. Ya no estaban en Funes, ni en la pieza compartida, sino dentro de esa concavidad umbría que reproducía la bóveda inicial del cuerpo de María. Definitivamente olvidados de todo lo que no fuera ese recibimiento mágico que parecía estallar por primera vez en el mundo, ascendieron juntos la onda más elevada y se precipitaron vertiginosamente en el desborde final y el aniquilamiento.

Tucho fumaba en silencio. El resplandor del cigarrillo rescataba de la sombra imágenes fugaces y diabólicas.

— ¿Estás segura? —preguntó por última vez.

Le temblaba la barbilla y no quiso o no pudo responderle en voz alta, pero le

apretó la mano en señal de asentimiento. Cuando él le besó la mejilla sus labios se contagiaron de una sal amarga.

Todo llega. El 14 de enero, cuando el sol comenzaba a alzarse inclemente, se produjo la partida.

Sebastián, Daniel, Barba, Nacho y Tucho estaban recién bañados y afeitados. Bien vestidos para el viaje, tal vez demasiado arreglados. Los cuatro primeros ya habían cargado sus maletas en los coches. Tucho fue el último en hacerlo.

Apoyados en los árboles o simplemente parados sobre el verdor resplandeciente, los ojos entrecerrados por los rayos de sol que se filtraban entre las ramas, los habitantes de Funes se habían congregado para despedir a los viajeros. Tucho cargó su valija en el baúl y volvió hacia los espectadores su rostro azorado. Uno a uno se fue despidiendo de todos, En algunos casos con una palmada, en otros con un simple apretón de manos. El Pelado fue el penúltimo, porque el abrazo final estaba destinado a María. Se le aproximó mirándolo de hito en hito, los ojos enrojecidos, la boca apretada, la nuez subiendo y bajando por el cuello tenso. Se estrecharon en un abrazo. El Pelado lo sintió vibrar de un modo atroz y tuvo la insólita aprensión de que se le iba a desvanecer entre los brazos, Con el mentón apoyado en la tela del traje marrón, hipnotizado por las rayas del casimir, sobrevino el presentimiento. Y entonces tuvo ese impromptu, tan característico de su forma de ser. Fue un mensaje del sentimiento forrado por la ambigüedad de la cautela, cuando dijo esa frase que los testigos podían interpretar de dos maneras opuestas:

—No aflojes, Tucho.

VIII Operación México

Sábado 14 de enero de 1978, 12 horas (aproximadamente): el grupo compuesto por tres miembros de la inteligencia militar (Sebastián, Daniel y Barba) y dos prisioneros (Tulio Valenzuela y Carlos Laluf) emprenden su partida desde la quinta de Funes. Valenzuela lleva el mismo documento falso que tenía en el momento de la caída, a nombre *de Jorge Raúl Cattone*. El Mayor Sebastián pasa a ser el señor *Ferrer*, Barba es ahora *Caravetta* y Nacho Laluf se llama *Miguel Vila*. Los documentos falsos de estos últimos han sido confeccionados en Funes, utilizando el servicio de documentación que tenía la Columna Rosario de la Organización Montoneros.

12.30 horas: en el aeropuerto Fisherton, los viajeros se enteran que el avión de la línea *Austral* que debía llevarlos a Buenos Aires a las 13.30 está en reparaciones. Es preciso cubrir los 350 kilómetros por carretera. Los autos regresan, solamente por unos minutos, a la quinta de Funes, y luego emprenden la marcha hacia la Capital Federal.

18.30 horas: en el aeropuerto internacional de Ezeiza abordan el vuelo de *Varig* que los llevará a Río de Janeiro.

21.00 horas: llegada a Río. El personal militar se aloja en la habitación número 2701 del *Hotel Meridien*. Tucho y Nacho en el hotel *Río Copa*. El gobierno brasileño aún no ha sido informado pero se lo piensa informar. El Mayor Sebastián aclara a los miembros del comando que, ante cualquier problema con las autoridades, deben llamar a un número determinado del Ministerio de Agricultura y pedir por el Teniente Coronel *Ricardo Bastos Huerta*. Bastos Huerta es el contacto militar que tiene el II Cuerpo de Ejército de Argentina en el Brasil, como parte de los acuerdos entre los servicios de ambos países.

Lunes 16 de enero, 2.30 horas: salida de Río rumbo a Guatemala en un vuelo de *Pan Atn* que hace escala en Venezuela y parte con una hora de retraso. Los cinco argentinos llegan juntos a Guatemala. Allí no es necesario tomar excesivas precauciones: las relaciones entre ambos gobiernos militares son excelentes.

Desde Guatemala, Valenzuela llama a México, al Centro de Estudios General San Martín, sede oficiosa del Movimiento. Para su sorpresa lo atiende Olimpia Díaz. La Negra le comenta que ya hizo todo lo que tenía que hacer y que regresa a Panamá. Tucho le adelanta que está en viaje a México. Olimpia pregunta. “¿Te espero?” La respuesta es terminante: “No, no. Yo después te veo en Panamá”. Antes de salir de Funes le había

propuesto a Jaime: “Si la veo a la Negra, ¿quieres que le diga algo en especial?” “No —dijo el Pelado— decíle solamente que estoy bien.” Por supuesto, no arriesgó una sola palabra sobre sus ideas de fuga.

14 horas (aproximadamente): Cattone (Tucho) y Vila (Laluf, ascienden a otro avión de Pan Am que esta vez los lleva a México. El pasaje a nombre del señor Cattone lleva el número 0269403436122 y ha sido expedido el 13 de enero por la agencia de viajes D E. Johnstone, de Rosario. Sebastián, Daniel y Barba se quedan en Guatemala un día más. La idea es dividir el grupo porque la llegada de cinco argentinos juntos podría alertar a los servicios mexicanos.

15.40 horas: el avión de Pan Am toca tierra en el aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México. Ahora sí entran en zona crítica. El General Galtieri les había advertido: “En México tendrán que actuar por zurda. Sin ninguna clase de apoyo. No es Brasil, ni Bolivia, ni Uruguay” Tucho y Nacho pasan migraciones sin problemas. El funcionario que controla sus pasaportes no advierte ninguna irregularidad, sella la fórmula migratoria y les entrega una copia de la boleta rosa. Toman un taxi y Laluf ordena: “Al hotel Premier” El taxista les dice que está lleno y propone llevarlos al Mayaland, “en el mero centro, un hotel muy padre”. Se alojan en la habitación 404. Sin deshacer las valijas, Tucho sale solo del hotel para tomar contacto con la Organización. No tiene citas preestablecidas. Hará entonces lo que se ha estipulado para estos casos: dirigirse a la sede del Movimiento, en Alabama 17. La Operación México ya está en pleno desarrollo.

— ¿Qué dice nuestro boletinero del Ejército Grande?

El aludido frunció el ceño y miró el reloj: cincuenta y cinco minutos de retraso.

—Me estaba por ir.

El Loco Galimberti lanzó una carcajada que sobresaltó a los parroquianos del comedero plástico. Se había cortado el pelo rubio y ondulado casi al rape. Con su campera impecable de cuero crudo, sus pantalones marrones bien cortados y la cartera colgando del hombro izquierdo, parecía un turista atildado. Cuando se sentó en el butacón color fucsia y prendió la pipa, recuperó el aura legendaria, la reminiscencia levemente decadente de un *junker*, de un oficial aristocrático de la *Wehrmacht*. El pelo ocultaba apenas el raspón que un plomo calibre 11,25 le había dejado en el cuero cabelludo. Los ojos celestes brillaban con ironía. Los labios finos, que habían soltado discursos temerarios, se fruncían en las pitadas preliminares del encendido. Lanzó una bocanada.

— ¿Por qué me mirás con esa cara de gerente de Gath y Chaves? Vamos, che, vos no sos un burócrata montonero. Sabes cómo es Kafkatillan... Me tuve que bancar un atasco fenomenal y además... —Bonasso se sonrió frente a la eterna puerilidad de sus excusas.

—Y además no sabés cómo carajo manejar el tiempo.

—Eso es verdad. Sólo que esta vez ocurrió algo serio, muy serio.

El otro insinuó un gesto escéptico.

—De veras, te digo. Si querés le cuento.

Había bajado la voz y asumido plenamente su clásico estilo conspirativo.

— ¿Qué pasó?

—No te voy a contar hasta que desarrugues el entrecejo y abandonés esa pose de fiscal de provincia.

Bonasso se encogió de hombros. Sabía que el curso de la charla sería accidentado. Seguramente no tardarían en aparecer tres, cuatro o cinco miembros de la corte juvenil del Loco, para recibir órdenes secas, rápidas, expelidas con gran seguridad. Entre visita y visita, el Loco bordaría infatigables fantasías, evocaría romances con aristócratas europeas izquierdistas y ninfómanas, recordaría anécdotas con Perón, escrutaría sin piedad la vida política de sus adversarios en la conducción nacional, se quejaría de estar relegado y protestaría contra la lentitud de la mesera. Por momentos el chisporroteo verbal de Galimberti lo fascinaba. Entonces el Loco solía adivinar.

—Me estás mirando como a un personaje de novela, hijo de puta. Yo siempre dije que vos vas a ser nuestro Malraux.

Y la frase quedaba flotando a mitad de camino entre el elogio y la injuria.

Otras veces la andanada verborrágica lo abatía o lo llenaba de ansiedad por todas las cosas que estaba dejando de hacer.

— ¿En qué estás pensando? —indagaba entonces el Loco—. Seguro que en alguna chanchada nocturna. Recordó que los abusos eróticos debilitan tu formación ideológica.

Pero también podía apretarle fuertemente el hombro, mirarlo fijamente a los ojos y

preguntarle:

— Vos pensás que yo soy un *condottiero*, ¿no es cierto? No vas a confiar en mí hasta que me maten. Vos también sos víctima de la necrofilia nacional. El genio que está vivo se jode. No hay nada más sospechoso que respirar. El que certifica la gloria es Lazara Costa. El nicho es el único seguro de honorabilidad para los argentinos. Y bueno, turro, voy a tener que morirme para que me creas.

La mesera trajo el jugo de naranja doble.

— Hoy me toca dieta líquida — aclaró el Loco.

— ¿Nada más? — acució la mesera, programada para órdenes más sustanciosas.

— Nada más, mijita. La asignación partidaria no me permite comer como ese cerdo de la mesa de al lado.

Mientras la mesera se alejaba con rencor profesional, Bonasso insistió:

— ¿Me vas a contar o me vas a tener toda la tarde de seña?

El Loco no escuchaba. Se había detenido en la contemplación de dos muchachas que hablaban por teléfono.

— No están mal. Por el lomo parecen argentinas. Digo, olvidá esos pantalones poco excitantes y cómo se les marca el grueso elástico de la bombacha. Ponéles mentalmente unos pantalones de Pucci, unas bombachas Christian Dior y decíme si no... Además fijate cómo habla la morocha. Mira ese labio inferior tembloroso de histeria, y pensá en las cosas perversas que puede hacer.

Se puso serio. Con expresión de carbonario, largó la confidencia:

— Anda la patota por México.

— ¿Qué?

— Sí. Ayer estábamos con Carlón en el *Vips* de San Antonio y Revolución y tuvimos que salir cagando. En una mesa había cinco monos inconfundibles. De esos que saben Karate, Jiu-jit-su, Yudo, Tae Kwon-do y todo lo que te puedas imaginar. De esos que desenfundan en una décima de segundo y antes de que puedas parpadear te meten ocho plomazos en la frente.

— ¿No serán ideas tuyas?

—Te digo que Carlón también los vio. Están preparando algo.

-¿Y?

—Y nada, mejor. Ya me estaba aburriendo en esta burocracia del exilio. No hay nada que me excite sexualmente más que el peligro. O el poder, clara. El poder es el afrodisíaco...

No completó la frase, manoteó la boleta con la cuenta y se dirigió sombrío hacia la caja. Cuando salían a la tarde de México, atiborrada de autos y smog, insistió:

—Dame bola con lo de la patota, que va en serio. Vos vas a tener que verlo a Buendía y yo voy a tener que ir a Gobernación.

Alzó la vista hacia un jet que venía bajando como un pez en el cielo grisáceo, y exclamó:

— ¡Qué ciudad surrealista ésta! En cualquier momento llueven perros muertos.

Los dos se alejaron sin sospechar que en pocas horas serían sorprendidos por los acontecimientos. Lo que el Loco había visto y relatado, no era más que una pequeña porción de la Operación México.

Tucho salió de esa especie de cajón de cinco pisos que era el *Hotel Mayaland* y por la calle Antonio Caso enderezó sus pasos hacia Reforma. Iba tan aturdido y ensimismado que no vio al Dodge Polara que casi lo embiste en la esquina.

Caminó por las aceras atestadas de peatones, sorteando vendedores de lotería y lustrabotas. La tarde del suave invierno mexicano se iba bruñendo y madurando. Los cubos de vidrio de los edificios de oficinas resplandecían con un oro antiguo y un cielo de apocalipsis asomaba recortado, allí al final, en la brumosa apertura verde de Chapultepec.

El monstruo ocupaba todo el entorno. Respiraba fuego. Trasegaba el vaho negruzco del torrente metálico. Parpadeaba verde y rojo en los semáforos. Se había adueñado de la ciudad. Más que una brisa ciudadana, respiraba el aliento espeso de la muerte.

En el añil de las paredes de un restaurante, en la mole grisácea de la estatua de

Cuauhtémoc, en el letrero apagado de un teatro de revistas, en la cuchillada de cemento de las diagonales, en el rostro aindiado y enigmático de los caminantes, navegaba el asombro esencial de estar allí de nuevo, fatal e inesperado como un cometa en desgracia.

Por momentos buscaba en la impiadosa mole de los bancos la respuesta imposible de los interrogantes principales. La respuesta era una náusea de indiferencia. Otras veces se dejaba llevar, con el paso entorpecido de angustia, por las aceras móviles donde crepitaba el fuego frío de mil desdichas. Nadie reparaba en ese hombre delgado y moreno, algo más alto que mediano, que ni siquiera tenía la tez güera que podría colocarle la etiqueta de gringo o argentino. Su desamparo se codeaba con otros desamparos, más ajetreados que el suyo y ciertamente más integrados al paisaje.

Aparecía un retazo de sonrisa, un hombro de María. Sebastián aún se desvanecía en la lejanía. Eran sus nombres, más que sus rostros, los que dolían. Los que vaciaban sus entrañas o las sacudían con un viento inclemente.

Parado como un autómatas frente a un quiosco de revistas ajenas, incomprensibles, recordó lo que había leído una vez sobre la teoría del trampolín, la ley de los momentos límites, el instante en que la flecha del cuerpo está por dispararse y atravesar el vertiginoso camino que no tiene retorno. Los colores chirriantes de una portada aumentaron el desasosiego y supo que el miedo crecía como una enredadera oscura y le proponía sendas intransitables. Solo en una ciudad de diecisiete millones de habitantes, oscilaba entre el recuerdo de las horas inmediatas y la imaginación de los minutos que no tardarían en desencadenarse sobre su cabeza.

Bajo el mismo cielo de apocalipsis, Bonasso había descendido del Volkswagen blanco. Lo dejó estacionado a doscientos metros de Alabama, más por disciplina que por real prevención.

Iba reconcentrado en una furia obsesiva: las tareas para el Mundial se iban amontonando y el Grupo de Trabajo merecía llamarse en realidad Grupo de Descanso. Admitía que había honradas excepciones, pero vivía lidiando con la mayoría. Galimberti le tomaba el pelo: "Ya lograste adquirir ese carácter avinagrado de todos los viejos periodistas" Otros le recordaban los esquemas partidarios: "Hay muchos que se rajaron, están quebrados. No le pidas peras al olmo". El Pelado José había sido más explícito. Aludiendo al aluvión de militantes que todas las jornadas, al caer la noche, se posaba como una nube de zancudos sobre la casa de Alabama, sentenció: "Algún día muchos de esos puntos volverán a la Argentina. No antes de que los militares se vayan. Habrán hecho guita con sus divanes de psicoanalistas, habrán podido educar a sus hijos en los mejores colegios, por supuesto en los principios del marxismo-leninismo, y llegarán a

hacerse cargo de los puestos de la Universidad y el gobierno. Vos y yo, en cambio, estaremos muertos, o habremos sido secuestrados y tal vez habremos cantado y nuestros hijos tendrán que haber pasado por una educación de mierda y tendrán que negar hasta el recuerdo de nuestro nombre" El no extendía la condenación a todos. Ni consideraba que nada era irrevocable. El débil de hoy podía ser el fuerte de mañana y viceversa. Pero la falta de eficiencia lo arrastraba al borde de la apoplejía.

Caminó con su pesado portafolios las dos cuerdas que lo separaban de la casa. Era un barrio tranquilo, increíblemente tranquilo para estar tan cerca del fárrago de Insurgentes. Calles arboladas, silenciosas, de clase media acomodada. Las bardas no eran murallas inexpugnables, como en las zonas residenciales de la alta burguesía; los chalets de una y dos plantas podían distinguirse a pocos metros de la acera, bordeados de jardines. El estilo imperante era un híbrido del churrigueresco, con bajorrelieves pródigos en arabescos realizados en piedra de un malva desvaído. Casas parecidas a las que había visto en el barrio de Miraflores de Lima. Bien latinoamericanas, bien distintas a los chalets porteños de Martínez o Acasusso.

La que alquilaba el MPM era un arquetipo del barrio. Una casona de tres plantas, con un ala que se alzaba en breve torre coronada por un techo de tejas rojas de dos aguas. Las ventanas lucían rejas negras y, a la izquierda, un ala se extendía formando un arco, una techumbre que podía amparar a uno o dos coches. Al frente había un pequeño jardín, mal cuidado, y bajo el arco moruno que cubría la entrada principal, un banco de mayólicas ponía el toque andaluz.

Por dentro era una verdadera mansión arruinada. Una amplia sala principal remataba en una cinematográfica escalera y a cada costado, en distintos niveles y separados por arcadas, dos salones más pequeños. Uno era usado como comedor y el otro como lugar de reunión por las huestes de Galimberti. Junto al comedor, una antecocina, y detrás la cocina, que daba al patio donde, en ciertas ocasiones especiales, se preparaban los clásicos asados. Antes de la escalera salía un pasillo que daba a la entrada del frente. En ese pasillo había una pequeña habitación destinada a la Secretaría de Prensa y un baño oloroso que parecía haber sufrido un misterioso cataclismo. En el piso de arriba estaba el salón de reuniones del Consejo Superior y otras habitaciones que habían sido destinadas a los Grupos de Trabajo. Una imprenta defectuosa funcionaba en el sótano y, en el altillo, se extendían los dominios de prensa, con el archivo y el cuartito de diseño.

Era increíble observar cómo la casa había logrado adquirir en pocos meses un aire tal de decrepitud. La silenciosa tarea cotidiana de los Tíos no podía nada contra la marea militante, que se empeñaba en abandonar vasos y tazas en cualquier lugar, desfondar los

sillones, anotar números de teléfono en la pared o dejar colillas encendidas en las mesas. Muchos acudían, además, con los hijos, y los Tíos debían multiplicarse para servir sándwiches y refrescos y tratar de arreglar al mismo tiempo las averías más visibles del temporal.

Pero el torrente de blue jeans todavía no había caído sobre Alabama cuando esa tarde Bonasso traspuso el umbral. El salón principal estaba en penumbra y vacío, reconcentrado en evocar tiempos más plácidos.

El silencio se cortó con un cuchicheo. El Tío S. estaba con un desconocido, al que trataba con evidente deferencia. Debía ser un personaje estimable, porque el propio Tío lo era. Viejo sindicalista nacido a la lucha bajo la bandera rojinegra, solía sintetizar en una frase su experiencia militante: *Mientras fui anarquista nunca tuve problemas. Iba solo a poner los caños y no me chapaban nunca. Cuando me hice montonero tuve que ir con otros y caí en cana.*

—Miguel... —musitó el Tío.

— ¿Qué tal, Tío? ¿Cómo está?

El Tío hizo una seña discreta para que se acercara. Inexplicablemente él, que era tan campechano, parecía haber adquirido el estilo conspirativo de Galimberti. "Qué le pasa hoy a todo el mundo", se preguntó Bonasso y avanzó hacia el ángulo de la mesa donde estaban sentados el Tío y el desconocido.

— ¿Usted conoce al compañero? —murmuró el Tío nervioso, mirando para todos lados. Bonasso negó y se lo presentaron. Vestía un saco sport y una camisa de manga larga, abierta en el cuello. El rostro estaba opacado en la penumbra y lucía ligeramente sudoroso e inestable. Bonasso registró con aprensión ese remoto desequilibrio que parecía cabalgar entre la boca, los pómulos y las cejas. El desconocido habló gravemente:

— Vos no le acordarás, tal vez. Pero yo te conozco. Estuve una vez por *Noticias*. Soy Tucho, Oficial Mayor de la Organización, jefe de Rosario.

El Tío lo avalaba por detrás con cabezazos y luego hizo un mullí discreto, cuando le pareció que se iba a entrar en materia.

Recordando una anécdota de aquellos tiempos, Tucho sonrió y la sonrisa tranquilizó a su interlocutor. Suprimía el desequilibrio de las facciones y le restablecía por segundos la serenidad perdida.

— ¿Vos te ves con los compañeros de la Conducción? —pregunta anhelante.

—Bueno... —Bonasso se puso tenso y en guardia. El otro lo advirtió y se apresuró a agregar:

—No me digas nada. No te estoy pidiendo que me lleves con el Pe... con ellos. No me digás siquiera si podés localizarlos rápido. Pero sí te pido que les des un mensaje.

El rostro de Tucho se había degradado hasta la ceniza y su voz sonaba triste y apagada. Comprendía el recibimiento: comenzaba a ingresar en el territorio de la sospecha.

Bonasso simuló aflojarse pero estaba muy atento.

—No sé si podré —dijo.

Tucho le tomó un brazo con inusitada violencia y se le acercó, mirándolo de hito en hito.

—Tenés que prometerme que les vas a hacer llegar mi mensaje, es una cuestión de vida o muerte.

Bonasso se dejó caer en una silla. Tucho se le sentó al lado, pegado, Podía oír su respiración.

—Trataré —dijo el secretario de Prensa.

—No —respondió Tucho con una mirada implorante.— *Tenés* que hacerlo. Como sea. De eso depende la vida de Firmenich.

Fue dicho sin dramatismo, con la sencillez pasmosa de las revelaciones más cruciales. Luego se irritó: era evidente que el otro lo estaba mirando como a un mitómano. Se dio vuelta hacia la cocina, buscando el auxilio del casero.

—El Tío te puede decir quién soy. No te estoy macaneando. ¡Por favor! —y agregó enronquecido—. Han venido a matar a Firmenich. Me consta... porque yo vine con ellos.

Pese a todos sus esfuerzos tardó en armar la cita. Miraba con impaciencia y cólera el pequeño aparato de radiollamadas. El “pip pip” sonaba inoportunamente muchas veces. “Para boludeces”. Pero ahora, precisamente ahora, estaba silencioso. Le dieron ganas de estrellarlo contra la pared.

Por fin sonó la voz, a un tiempo castrense y juguetona de P, el asistente de

Firmenich. Le tiraba una cita para la mañana siguiente.

Llegó puntual, contra su costumbre. P. también. Con los anteojos negros parecía de la patota. Alguien ya lo había dicho: “Era un gran pibe, pero lo convirtieron en un policía. Claro: en un policía nuestro”. P. le hizo una seña para que se trepara al Chevrolet y comenzaron la marcha por Revolución, en dirección al sur, sin rumbo fijo. Sin perder tiempo le contó el extraño encuentro. P. se alarmó.

— ¿Cómo, estás enterado?

Bonasso estaba sorprendido.

— ¿Ustedes también? — atinó a preguntar.

P. endureció el rostro.

—Orden de la conducción: ni una palabra a nadie. ¿Me entendiste? SE ablandó—. Nos enteramos anoche. Porque el tipo logró verlo a Manolo y justo Manolo tenía una cita conmigo.

—Ya van a recibir órdenes. Usted y Galimberti.

Era uno de los clásicos exabruptos de P. Bonasso se sonrió y no le tulo importancia. Se limitó a comentar:

—Parece que el compañero habla en serio.

P. venía escrutando el paisaje automovilístico por el espejo retrovisor; arrugó la boca breve, coronada por un bigotito, y escupió:

— ¡Compañero! ¡Otra que compañero! Es un traidor hijo de pula.

Sin dejar de observar a los autos, se explayó:

—Si me lo dejaban un rato a mí iban a ver cómo el tipo decía la verdad. Pero somos blandos, muy blandos.

Y luego le pasó una cita con Galimberti.

Ya era noche cerrada cuando el taxi se detuvo en la puerta del *Mayaland*. Tucho bajó y ascendió los escalones listados de bronce, con la sensación física de que lo estaban

vigilando. Miró el cubículo vacío y penumbroso de la agencia de viajes y el hall con la alfombra negra de caucho. Un recepcionista con pinta de ídolo olmeca dormitaba junto a un conmutador de los tiempos de la Revolución. Echó un vistazo rápido al pequeño hall de recepción y se acercó al mostrador circular. La llave estaba en el casillero 404. Nacho había salido. Dirigió una atenta mirada al restaurante del hotel, separado de la recepción por una mampara de vidrio. Había dos parejas y un hombre solo. Nacho no estaba. Tampoco *ellos*. Pidió la llave y preguntó estúpidamente si tenía algún mensaje.

¿Mande? inquirió el buda de la recepción, regresando de un sueño remoto en tierras poblanas.

Abrumado, se acercó al ascensor enmarcado por planchas de mármol negro. Encima de la puerta había un reloj detenido. A cada lado del ascensor, dos salivaderas de metal acentuaban la sensación funeraria.

Viajó solo hasta el cuarto piso y caminó solo por los pasillos en penumbra, con un temor infantil, esperando que algo se abalanzara sobre él en un recodo de los corredores. Con la misma aprensión abrió la puerta y manoteó en las sombras en busca del interruptor. Entró cuando la luz estaba encendida. Allí estaban sus cosas, sobre la cama. Pero habían desaparecido las de Nacho. Debían estar en el placard. Se cercioró: estaban. ¿Y por qué no iban a estar?

La habitación era triste, pero limpia. Incluía un televisor blanco y negro. Fue al baño y se lavó las manos con premura. Miró distraídamente el anuncio de cerámica en la pared: *Agua potable -Drink water*. Para tranquilizar a turistas gringos acosados por el espectro de la amebiasis. El tenía otros. Se lavó los párpados y escrutó la cara envejecida que se había asomado al espejo. "¿Soy yo, de verdad? Y qué es ser yo y estar acá, a las diez de la noche del 16 de enero de 1978, en México. ¿Por qué estoy?" Se sorprendió de ese retomo a la infancia. Allá por los ocho, por los diez años, lo asaltaba esa vivísima extrañeza de ser como era y de estar en el mundo. Generalmente frente a un espejo. Entonces solía escaparse de un salto de esa perplejidad insoportable. Era un abismo idéntico al de la muerte. Tan incomprensible y misterioso. ¿Por qué era así y no de otra manera? ¿Por qué tenía justamente esa cara, esa voz y esas manos, y no cosas completamente distintas?

Para evadirse del malestar comenzó a colgar los pantalones y ordenar la ropa en el placard. La habitación; con su monotonía cromática que no salía de los marrones y los cremas, comenzaba a pesar demasiado. Revisó los papeles del informe Rosario y se estremeció. Los ocultó cuidadosamente. En la billetera había una foto de María y Sebastián al borde de una piletta. Cumpliendo un rito besó las imágenes frías y distantes

y sin dejar de mirarlos, se tiró sobre la colcha impecablemente extendida. Pasó varios minutos con la vista clavada en el techo, aterrado por todo lo que estaba viviendo y recordando. ¿Ese Bonasso le habría creído? Manolo se había comprometido a pasar el mensaje. Le había dado una cita para el día siguiente. Pensó con asco que ahora volvería Nacho y que tendrían que convivir unos días más, espiándose y mintiéndose. Súbitamente lo asaltó un nuevo temor: ¿y si la conducción le tiraba una cita y ellos lo seguían? ¿Y si operaban sobre la conducción a pesar de que él creía desbaratada la maniobra? Entonces quedaría como un traidor para el resto de su vida. No, todo tenía que salir bien. La conducción no iba a arriesgarse fácilmente. Además Sebastián, Daniel y Barba no tenían fierros. Bah, no tenían. Él no sabía si *ahora* no los tendrían. Tampoco podía jurar que los tipos estaban solos. A lo mejor eran la punta del iceberg, el equipo de inteligencia, el grupo que daría la señal para que entrasen en acción otros que él no conocía ni había visto. Esos tipos podían estar ya allí, en México, preparándose para actuar. Trataba de tranquilizarse pensando que había dado la voz de alarma. Que toda la Organización estaría en estado de alerta, previniendo el atentado. Por otra parte, ¿quién había dicho que Firmenich estaba ahí? Podía no estar hace tiempo, podía estar levantándose ahora mismo, ante la noticia. Y sin embargo sospechaba que no, que *todavía* estaba ahí, en esa misma ciudad enorme, en algún punto de ese gigantesco resplandor que podía atisbarse por la ventana. *No* —se tranquilizó— *todo va a salir bien, como estaba previsto*. Pero ¿qué significaba *bien*? Bien para la organización, para el pueblo, para la revolución. Para él, para la María, para Sebastián, ya nada podría salir bien. Lloraba cuando recordó que a María la iban a matar. *Tal vez con Sebastián no se atrevan y se lo dejen a los abuelos, pero a María la van a matar*. La matarían antes o después de tener la nueva criatura. Su primer hijo. Si sobrevivía iría a parar a un destino ignoto. A lo sumo a un orfanato, o a la calta de unos milicos estériles que quisieran adoptarlo. Lo iban a educar con las ideas de ellos, borrando a los verdaderos padres del mapa, para siempre. *Pero es mi hijo*, sollozó contra la almohada. *Es mi único hijo y no lo voy a conocer*. Supo que tampoco iba a volver a verse con María y que su propio destino era la muerte. Si no le creían, lo matarían los propios compañeros. Si le creían, él mismo iba a pedir una misión que cerrase la parábola. Se levantó, acosado por la culpa. En la almohada húmeda estaba el hueco de su cabeza. *¿Y si hice todo esto para salvarme yo, en forma egoísta? ¿Si me engañé diciéndome y diciéndole a María que era para evitar una derrota estratégica? ¿Y si soy un hijo de puta?*

Se lanzó como un loco fuera de la habitación, dominado por el vértigo y la náusea. Se repetía: *no es cierto, no es cierto*.

Se abrieron las puertas del ascensor y se topó con Nacho, bañado por la luz de neón. Los dos se sobresaltaron.

— ¿Qué hacés? —preguntó Nacho mientras sostenía el botón para mantener abiertas las hojas de metal.

—Bajaba a comer algo ¿Y vos, dónde estuviste?

—Fui a dar una vuelta —mintió—. Yo ya comí, pero te acompaño.

El descenso parecía interminable. Sobre todo cuando Nacho preguntó:

— ¿Cómo te fue?

—Bien... ¿Cómo querés que me vaya? —respondió mientras fijaba la vista tercamente en el botón negro con las letras blancas P.B.

Fueron los últimos parroquianos. Quiso saber qué eran los tacos de cochinita, pero los dejó por la mitad Nacho no paraba de indagar y tuvo que simular que se moría de sueño. La luz violácea del cazamoscas eléctrico volvía todo más sórdido e insoportable.

Era muy tarde ya y estaba por quedarse dormido, cuando escuchó que Nacho lloraba.

— ¿Trajiste el grabador?

—Acá está.

El pequeño restaurante del centro estaba vacío. Había pasado la hora del desayuno y todavía era muy temprano para la comida. Podían hablar con relativa tranquilidad.

—Aquí tengo los cassettes de la conducción. Hay uno para mí, otro para vos y otro para los dos.

— ¿Los manda el Pelado Carlitos?

—Sí. No. Hay uno de Carlitos, pero es para Tucho. Las instrucciones para nosotros las manda el Lauchón —y Galimberti se detuvo en una larga consideración acerca del Comandante Mendizábal, alias Lauchón, que terminó con un teatral—: Es un hombre terrible —derrapando como de costumbre en la erre de terrible.

— ¿Los escuchaste? —preguntó Bonasso.

—Todavía no. Pero ya sé cómo viene la mano: a partir de ahora estamos en una operación militar. Yo soy el responsable. Vos tenés a tu cargo toda la difusión del asunto.

— ¿Vamos a hacer una conferencia de prensa?

—Sí, pero discreta. Únicamente para periodistas de confianza. No podemos darnos el lujo de que operen sobre Tucho.

—Claro.

Escucharon por turno sus respectivas instrucciones. Cuando el Loco pidió su cuarto jugo de naranja, lo hizo con la expresión de alguien que va a beberse una botella entera de ron. El cassette lo había dejado mal, Buscó la complicidad.

—Mirá, es para mí solo. Si se enteran que te lo hice escuchar, me fusilan. Pero yo quiero que escuches esta última parte.

Bonasso se puso el auricular y escuchó. Cuando la cinta llegó al tope, estaba pálido como un muerto. Mientras encendía una nueva pipa, el Loco lo miró alzando las cejas, como diciendo “¿Qué tal ?”

Eran las 12.30 horas del miércoles 18 de enero de 1978. El día “D”. Estaba en marcha la maniobra de respuesta.

Bonasso llegó a Alabama a las seis de la tarde. Los grupos de trabajo del MPM ignoraban todo. Sólo se había convocado a los miembros del Consejo Superior residentes en México y a los militantes más escogidos de la Secretaría de Prensa y la Juventud. Pero a nadie se le había revelado el motivo de la convocatoria. El secretario de Prensa había seleccionado cuatro periodistas: tres argentinos y el mexicano Luis Alberto García. Iban a ser los únicos reporteros presentes en la conferencia. Al influyente comentarista Manuel Buendía, le había reservado una entrevista exclusiva con Tulio Valenzuela para el día siguiente. “Es un asunto muy gordo”, comentó al hacer las invitaciones, “pero no puedo decir en qué consiste hasta esta noche”

Su misión inmediata consistía solamente en encontrarse con Tucho. Brindarle confianza y evitar que, por cualquier motivo, abandonara el local partidario. “Es importante que Tucho ‘salga’ de la presión del enemigo” pensaba. “Que vuelva a sentirse integrado con los compañeros. Si nos vive como a Galtieri, como a policías de signo contrario, estamos jodidos.”

Tucho lo había conmovido desde el primer momento. Una real simpatía

comenzaba a ligarlo al fugitivo. Esa simpatía, más que cualquier Consideración táctica, fue decisiva para acortar distancias y entablar el diálogo. De todos modos, pese a las palabras, ninguno de los dos se engallaba: hasta que Tucho no diera una prueba terminante de lealtad, estaba bajo sospecha. Era el régimen no explicitado de “libertad vigilada” que imponía el código revolucionario.

A las ocho de la noche el local había perdido su fisonomía habitual. Guardias discretas y no tan discretas, se desplegaban en los sitios neurálgicos. Un centinela de la Juventud estaba apostado frente al cuarto del primer piso, que Tucho no había abandonado en dos horas. Tenía instrucciones precisas de que nadie, absolutamente nadie, ingresara en el recinto sin orden expresa. A esas horas dos autos alquilados entraron al jardín y al patio. De ellos descendieron vertiginosamente Galimberti y sus acompañantes.

Tucho ya había sido informado; sabía exactamente lo que la conducción quería de él. Para reafirmarlo se colocó un grabador sobre una mesa y, al cabo de unos segundos, empezó a escucharse la voz del Pelado Carlitos, el *Comandante Perdía*. Tras una larga explicación sobre los objetivos del enemigo en la presente coyuntura, el número 2 de la Organización exhortaba a Tucho a denunciar toda la maniobra de inteligencia montada por Galtieri. Era preciso hacerlo ya, en una conferencia de prensa que iba a celebrarse esa misma noche.

Los escasos asistentes al cónclave no perdían una sola sílaba. La tensión petrificaba la atmósfera del cuarto. Hubo, solamente dos interrupciones. La primera se produjo cuando la voz que salía del magnetófono expresó: “El problema de tu compañera y la chica, tenés que verlo a la luz de los intereses del conjunto...” Tucho se tiró para atrás el mechón que le caía sobre la frente, y comentó con una sonrisa indescriptible:

—No le digás chica a Sebastián...

La otra vino de afuera. El centinela, contraviniendo la orden, dejó pasar al doctor Ricardo Obregón Cano, miembro del Consejo Superior. Ante la imprevista apertura de la puerta, Galimberti dio un salto, y se abalanzó sobre el intruso. Obregón retrocedió espantado. El incidente se imperó con sonrisas de ambas partes.

—Disculpe doctor... pero había dado órdenes de que no entrara nadie. Claro que no valen para usted. Siéntese, por favor. ¿Ya conoce al compañero Valenzuela?

Se detuvo el grabador para las inevitables presentaciones. Luego siguió inexorable

la voz metálica de Perdía.

Tucho estuvo de acuerdo en líneas generales. Sólo insinuó su desacuerdo en relación con dos temas: el deschave de la participación de su mujer en la maniobra y la mención de gente que, como el Pelado Dri, se mantenía aparentemente leal a la Organización. El criterio partidario era otro: era preciso exaltar los ejemplos de heroísmo: demostrar que había cuadros heroicos que resistían la presión de la tortura y la muerte.

Se concertó rápidamente cuál sería la mecánica de la conferencia y el grupo se movilizó a la sala de reuniones del Consejo, en la que ya habían ido tomando asiento los otros consejeros. Los cuatro periodistas aguardaban en la planta baja, tomando café. Ya eran más de las nueve de la noche. Era necesario comenzar cuanto antes.

La sala de reuniones era muy despojada. Su único mobiliario constaba de una larga mesa rectangular y un mueble alto de madera, que hacía las veces de librero y aparador. Al fondo y a la izquierda, mirando desde la puerta, una ventana daba a la silenciosa y oscura calle Alabama. Obviamente estaba cerrada.

Tucho se ubicó en el centro de la mesa, en el flanco más alejado de la puerta. Bonasso se sentó a su izquierda y Galimberti a su derecha. Los restantes lugares fueron ocupados por los consejeros Obregón Cano, Holver Martínez Borelli, Sylvia Berman. René Chaves. César Calcagno, Pablo Fernández Long y Manuel Pedreira, y los cuatro periodistas de confianza. No había fotógrafos ni camarógrafos. La documentación sonora, fotográfica y fílmica, estuvo a cargo de militantes de la secretaría de prensa del MPM. Cuando Rodolfo Galimberti tomó la palabra para presentar a Valenzuela y dar por iniciada la rueda de prensa, una verdadera humareda envolvía a los presentes.

Tucho comenzó a hablar con vacilación. Un cigarrillo temblaba ligeramente entre sus dedos. Cuando empezaba a sobreponerse y adquirir soltura fue interrumpido por un incidente tragicómico: uno de los integrantes del grupo de trabajo de prensa que accionaba un grabador-radio, erró el bolón y prendió la radio. El reducido ámbito se llenó con las inesperadas notas de un tema de moda, "Boogie-Boogie". Hubo algunas risas nerviosas.

Con exactitud milimétrica, Tucho retrocedió al párrafo anterior y dijo: "El día 2 de enero de este mes fui capturado por el enemigo en la puerta de la tienda Los Gallegos de Mar del Plata. A pocas cuadras de ahí, sobre la avenida Luro y Catamarca, fue capturada mi compañera por haber sido entregada por cuadros partidarios que estaban en manos del enemigo"... Y durante más de media hora contó todo lo que el lector ya conoce, sin omitir ningún detalle significativo. Habló de los *resucítenlos* como el Tío Retamar; de las

peripecias que había atravesado Jaime Dri en Uruguay primero y luego en la Escuela de Mecánica; de los diálogos con Galtieri; de las características de la operación que el grupo de inteligencia tramaba en México y de los pasos dados hasta ese momento. Fue preciso en los datos probatorios: los nombres falsos del comando, las secuencias del viaje, el teléfono de la quinta de Funes, la ubicación de Laluf-Vila en el hotel *Mayalimd*. También exhibió los pasajes que había utilizado a nombre de Jorge Raúl Cattone, y el pasaporte con el mismo nombre.

Puso especial énfasis en la cuestión de la violación de la soberanía mexicana y reafirmó que los Montoneros circunscribían su lucha al territorio nacional, respetando “la autodeterminación de cada país”, en tanto que la dictadura se proponía “trasladar la guerra sucia que están haciendo a todos los países del mundo”

También reveló que un grupo de la Marina de Guerra había estado días atrás en México, con el objetivo de “golpear sobre un alto cuadro partidario” “Como finalmente no pudieron encontrarlo en la cita —agregó— se tuvieron que volver.”

El silencio se espesó cuando dijo: “Hay que tener en cuenta en qué condiciones vengo yo. Además de que supuestamente me convencieron políticamente de que yo debía colaborar. La condición principal es que ;mi compañera, que está embarazada de seis meses, que se llama Raquel Negro, y mi hijo, que tiene un año y medio. Sebastián, están en manos del enemigo. Ellos son los rehenes. Yo fui amenazado de que serían inmediatamente ejecutados, si la misión de infiltración que yo iba a cumplir acá fracasaba o se producía algún hecho como éste. Cualquiera se puede dar cuenta de que ésta es una situación muy difícil para cualquier hombre, aun para un cuadro revolucionario. (...) Yo discutí esta situación con mi compañera. Mi compañera manifestó que ella estaba totalmente dispuesta a quedar en el país como rehén, para morir, para salvar algo que era mucho más trascendente que nuestras propias vidas, para llegar acá y poder informarle a nuestro partido y al mundo de los planes de la dictadura y hacer un esfuerzo por desbaratarlos”

Fue después un Tucho enérgico el que exclamó: “Mi compañera, un hijo por nacer y mi otro hijo, están en manos, en este momento, del General Galtieri. Yo responsabilizo por sus vidas y por su integridad física a todos los jefes militares que participaron en esta operación: al General Videla, al General Viola, al General Martínez, que era el cerebro de esta Operación, y al General Galtieri, que la tienen en una quinta de Funes, en las afueras de Rosario...”

Más adelante hizo una apreciación que repetiría en documentos posteriores: “Lo que nos dio fuerzas (para esta maniobra) es lo que en estos momentos está produciendo

nuestro pueblo en la resistencia. (...) Es esa Confianza en ese pueblo que día a día nos demuestra hasta qué punto vale In pena luchar por él: es que nosotros... yo no lo digo tanto por mí, lo digo por mi compañera, que tuvo el coraje de quedarse en manos del enemigo con el serio peligro de ser muerta”

El testimonio concluyó con la afirmación de que el objetivo básico de los militares, consistía en eliminar a los principales dirigentes montoneros, allí donde se encontrasen. “Piensan que la lucha popular, si bien va a seguir porque es irreversible, va a quedar dispersa, descabezada, sin una conducción que sectores cada vez más importantes del pueblo van reconociendo día a día como propia” Y se puso a disposición de los periodistas para contestar sus preguntas.

El diálogo se inició en seguida, con gran vivacidad.

La primera pregunta:

—Acá hay un elemento que no quedó claro: cuando hablaba de que había encontrado traidores, de inmediato nombró a Retamar y a Dri. ¿Los incluye en la categoría de traidores?

—No, no. Yo no voy a identificar quiénes son traidores y quiénes no lo son. Yo dije que encontré al compañero Dri, que me relató todas las circunstancias de su captura y de su tortura. El compañero Dri tenía acceso, podía llegar a mí antes de caer yo y de ningún punto de vista me mandó una cita o algo por el estilo.

Buena parte de las preguntas y respuestas sirvieron para precisar datos que ya estaban contenidos en el testimonio. Pero hubo otras que agregaron aspectos significativos, incluso de lo que estaba ocurriendo en ese preciso momento.

Periodista: —Todo el control que mantienen los militares se centra en la situación en que están tu hijo y tu mujer, o bien ¿hay aquí un aparato que le controle?

Valenzuela: —Hay un aparato que está controlando, visible. Y hay un aparato que no sé si está o no está. Yo lo digo con toda franqueza: interiormente pienso que está, y puede estar por operar sobre este local, pero yo no lo vi. Lo que a mí me consta es que están esos tres individuos acá.

Periodista: —Yo preguntaba porque noté cierto nerviosismo en las personas presentes en este local.

La conferencia de prensa fue cerrada por Galimberti, quien reveló que

inmediatamente se iba a informar detalladamente a las autoridades mexicanas y que se establecerían todos los “mecanismos de defensa políticos, a través de la denuncia ante los parlamentos, los partidos políticos y los gobiernos, para evitar que prosperen atentados y provocaciones”

Por último destacó “el heroísmo y la brillantez de esta maniobra de contrainteligencia realizada por el compañero Tulio Valenzuela”

La despedida fue apresurada. Los periodistas corrieron a las redacciones. Obregón Cano y Calcagno, con una cinta magnetofónica y apuntes tomados durante la conferencia, se dirigieron a la Secretaría de Gobernación, y el grupo dirigido por Galimberti se aprestó a la retirada. Debajo del arco de la entrada estaba el coche que habría de conducir a Tucho: un Chevrolet Malibú color naranja. Adelante, cerca del portón aguardaba, con el motor en marcha, el auto de guía y contención. Al volante del Malibú iba un experto chofer operativo. Galimberti se ubicó al lado. Valenzuela se sentó en el centro del asiento trasero, escoltado a cada lado por Fernández Long y Bonasso, que lo iban cubriendo con sus propios cuerpos.

— ¡Bajen los vidrios! —vociferó el Loco. Luego se volvió marcialmente hacia Tucho:

—Mayor Valenzuela, solicito autorización para continuar con la operación.

Tucho sonrió amargamente.

—Dale, Loco, no rompas... Hací lo que tengas que hacer.

Galimberti hizo una seña a los militantes que guardaban el portón de hierro de la entrada. Se abrieron las negras hojas y el auto de vanguardia arrancó con un fuerte chirrido de gomas. El Malibú copió la maniobra. En contados segundos los dos vehículos iniciaron una carrera loca, un ballet grotesco por las oscuras calles de la Colonia Nápoles. Recién al cabo de quince minutos, cuando era evidente que “no venía nadie pegado”, los autos se separaron y el Malibú colocó la trompa en dirección al sur, hacia San Ángel. Cuando sus cinco tripulantes se bajaron en aquel restaurante de lujo, nadie hubiera podido suponer de dónde venían y qué habían estado haciendo. Constituían un grupo estrafalario, es cierto, pero en la vida noctámbula suelen abundar los grupos estrafalarios.

Mientras cenaban y Tucho no paraba de hablar, compelido a dar detalles y a volver sobre cada situación, una y mil veces, los agentes de la seguridad ya estaban interrogando al comando argentino.

La cacería había empezado antes de concluir la conferencia de prensa. Laluf y el Barba fueron arrestados en las inmediaciones del *Mayaland*; Sebastián y Daniel, en su hotel.

Ninguno de los protagonistas de la conferencia dormía aún, cuando una curiosa carpeta, traída por un motociclista, llegaba a manos del Subsecretario de Gobernación. Después de examinarla rápidamente pero con atención, el Subsecretario salió de su despacho, en el primer piso del viejo edificio de la calle Bucarelli, y caminó unos veinte pasos hasta la oficina ministerial.

El Secretario de Gobernación también estaba pasando la noche en vela. Cuando concluyó el último párrafo del informe enrojeció visiblemente y sus hombres de confianza supieron a qué atenerse. Dio las órdenes pertinentes con cólera apenas disimulada. No era para menos: tenía en las manos la confesión completa de Sebastián, Daniel, Barba y el Nacho.

El teléfono comenzó a sonar insistentemente en la residencia del embajador argentino.

IX El tiro por la culata

Suele ser grato, para un encargado de negocios, tener que suplantar al Embajador. No lo fue para el encargado de negocios de la Embajada Argentina en México, aquella madrugada del 19 de enero de 1978. El Embajador estaba en Buenos Aires y el segundo de a bordo tuvo que concurrir a horas desusadas a la Secretaría de Gobernación.

—Lo he llamado yo para mantener el incidente dentro de los límites policiales. Si lo hubiera hecho el Canciller, a estas horas México estaba rompiendo relaciones con Argentina.

Al escuchar estas palabras y observar la expresión del Secretario de Gobernación, el diplomático maldijo una vez más el viaje de su Embajador. Acostumbrado a las afelpadas charlas de las recepciones y a los canapés de caviar, no daba crédito a sus oídos.

—Señor Secretario... balbuceó tratando de hallar una fórmula retórica que lo sacara del trance. El funcionario no lo dejó proseguir; con ademán enérgico le extendió la famosa carpeta. El encargado de negocios la fue leyendo aterrado, bajo la mirada implacable del Secretario.

Al llegar a la última hoja, releyó un par de veces el párrafo final y soltó una imbecilidad:

—Pero... el General Videla no tiene la culpa. Ha sido el General Galtieri...

El Secretario estalló.

— ¡Yo no entiendo de apellidos de generales argentinos! Me da igual quién haya sido el que mandó a esas gentes a violar la soberanía mexicana. Sólo le voy a decir una cosa: esos cuatro señores tienen plazo máximo de veinticuatro horas para salir de México, y si no que se atengan a las consecuencias.

El encargado de negocios daba cabezadas de asentimiento, como un colegial sorprendido in fraganti.

—Ah... —siguió tronando el Secretario—. Es probable que algunos señores más hayan volado a meterse en la Embajada o que anden por ahí esperando que escampe. A todos, a todos ellos los quiero fuera de México en veinticuatro horas. ¡O salen fregados!

¿Me entendió?

Entendió. Pero se sintió obligado a insinuar una tímida negativa.

—No sé de quiénes me habla, señor Secretario...

— ¡No me importa! —rugió el ministro golpeando la mesa y haciendo saltar una taza de café—. Ya le dije. Veinticuatro horas. Nada más. Buenas noches.

El diplomático salió balbuceando excusas. Mientras bajaba aturdido la escalinata de mármol, alcanzó a advertir que el sudor le empapaba la espalda.

Por la mañana las cosas no mejoraron para los responsables de la Embajada Argentina. El agregado cultural leyó los diarios con alivio, hasta que tropezó con el *Unomasuno*. No pudo evitar una sonora blasfemia. Allí estaba la crónica de la conferencia, a cuatro columnas, bajo el título *La Junta argentina envía agentes a México para asesinar dirigentes exiliados*.

La cosa era grave, muy grave, sobre todo considerando que las relaciones entre ambos países distaban de ser buenas. En la Embajada Mexicana en Buenos Aires tres asilados, el ex presidente Héctor Cámpora, su hijo y el doctor Juan Manuel Abal Medina aguardaban, desde abril de 1976, que el gobierno militar les concediera los salvoconductos de rigor para abandonar el territorio argentino.

Mientras la legación transmitía desconcertados cables a Buenos Aires y ultimaba los preparativos para evacuar a los miembros del comando, cuatro periodistas de *Unomasuno* comprobaban, mediante una ingeniosa iniciativa, la veracidad de las denuncias de Valenzuela.

Fue poco después de las tres de la tarde del jueves 19. La sala de redacción, aún estaba vacía. Los cuatro complotados decidieron llamar a la quinta de Funes. El encargado de hablar fue el reportero-estrella Germán Ramos Navas.

— ¿Hablo con el General Galtieri?

—Sí —fue la sorprendente respuesta.

En realidad no era Galtieri, sino el Teniente Coronel que se hacía llamar Jorge, pero por nerviosismo, o por torpeza, asumió la identidad de Galtieri y confirmó indirectamente que tenían agentes en el exterior.

La crónica fue publicada por el matutino el día 20 (véase página siguiente).

—Otra que *La Orquesta Roja* —dijo Galimberti recargando la pipa.

—Es cierto... ¿vos la leíste? —preguntó Tucho, que se mantenía en pie por la tensión nerviosa.

—Sí, claro —respondió el Loco.

—Vos tendrías que escribir esta historia —propuso Bonasso.

Tucho se quedó pensativo. Luego admitió.

—Sí, debería escribirla.

Sobre la pequeña mesa devorada por la carcoma y las quemaduras (le cigarrillos, estaban los pasajes de *Austral* y *Pan Am* y la fotografía de María y Sebastián. El equipo de filmación acababa de apagar los focos, que habían caldeado insoportablemente el departamento de dos ambientes, el local tabicado en el que habían escondido a Tucho la misma noche de la conferencia de prensa.

Amanecía cuando la filmación quedó concluida. Nunca se exhibiría. Dos meses más tarde sería reemplazada por un video-cassette grabado en la comandancia de Montoneros. En él aparecen sucesivamente el comandante Mario Eduardo Firmenich y Tulio Valenzuela. Ambos de uniforme, con un detalle sugestivo: en esta segunda versión, Tucho ya no luce las Insignias de *Mayor*, sino las de *Subteniente*.

Pero aún era Oficial Mayor y así se sentía, cuando en esas horas febriles de México, oculto en un sórdido tabuco de la zona céntrica, le escribió al General Galtieri.

► **Consulta a militares argentinos** **No controlo a mis agentes que** **están fuera del país: Galtieri**

Germán Ramos Navas

El general Fortunato Galtieri, jefe del segundo cuerpo del Ejército argentino, indicó a este diario durante una entrevista telefónica que "yo no tengo control de mis agentes fuera del país", al ser interrogado sobre sus responsabilidades con el grupo operativo que la junta militar argentina envió a México, según denunció ayer en conferencia de prensa el oficial montonero Tulio Valenzuela.

Entre tanto, Manuel Vila, nombre falso de Carlos Laluf, miembro de la "misión especial", cuyo objetivo es el asesinato de los líderes del Movimiento Peronista Montonero (MPM) residentes en México, quien se hospedaba en el hotel Mayaland de esta ciudad, desapareció misteriosamente; mientras que otro de ellos, cuya identidad se desconoce, "descansa en Acapulco", según se informó en el hotel.

Galtieri, nervioso y preocupado ante la inesperada llama-

da, titubeó notoriamente antes de negar que conocía a Manuel Vila o Carlos Laluf. Su nerviosismo y desconcierto fueron en aumento, al ser interrogado sobre su relación con "Ferrer" y "Caravetta", nombres falsos de otros dos agentes de la junta integrantes del operativo.

Al preguntársele sobre la situación de los presos políticos en la "quinta" de Funes, en las cercanías de la ciudad de Rosario, Argentina en la que se encuentran en calidad de rehenes Raquel Negro, embarazada de seis meses y Sebastián, la esposa y el hijo de Tulio Valenzuela, declaró con voz entrecortada y sumamente molesto que desconocía la existencia de dicho lugar. Cabe señalar que Valenzuela declaró ayer haber estado detenido allí y que la comunicación se obtuvo directamente con Funes con el número telefónico proporcionado por Valenzuela.

México, Enero de 1978

Sr. Gral. de División Comandante del II Cuerpo de Ejército I). LEOPOLDO FORTUNATO GALTIERI S/D

En este momento ya conoce Ud. el desenlace de los hechos históricos que ambos protagonizamos en la quinta de Funes. Esta carta dice mucho menos de lo que hablaron los hechos, pero tengo motivos para escribirla igual.

Ud. es un general enemigo, jefe de la Unidad de batalla que enfrenta a la Unidad de batalla bajo mi mando. Somos, como Ud. mismo lo dijera, "colegas en esta guerra". El enfrentamiento de nuestras fuerzas — Huís allá de nuestra voluntad — nos ha colocado frente a frente por segunda vez.

En 1973 usted era II Comandante del V Cuerpo de Ejército y tenía a SU cargo la custodia de los prisioneros de guerra reclusos en el famoso penal de Rawson. Yo era el II Jefe de los Montoneros presos, aunque por razones tácticas aparecía como el N° I. Mientras el pueblo peronista ganaba la calle y desequilibraba día a día la relación de fuerzas, Ud. y yo negociábamos en su oficina la suerte de los prisioneros.

Aquella batalla la ganó el pueblo. Ud. debió replegarse y dejarnos en libertad. Ninguno de los dos se engañaba, esa era una batalla, pero la guerra seguiría. Sólo habíamos conquistado el gobierno, pero no teníamos el poder.

Cuatro años más tarde, tras dura lucha, entre agosto de 1977 y enero de 1978, Ud. obtuvo la más importante victoria táctica de toda la guerra, al capturar vivos y lograr la colaboración y traición a la causa popular de varios de mis oficiales. Era la primera vez que estuvo en sus manos y en las de su Ejército la posibilidad de aniquilar nuestro centro de gravedad y retrasar por largos años la revolución, al poder infiltrar las estructuras nacionales del Partido con esos traidores, a fin de poder operar sobre las mismas y sus dirigentes en el exterior. Victoria admirable e inesperada para mí. El talento del jefe enemigo no puede dejar de ser reconocido por el jefe de la propia fuerza. Yo lo había subestimado y eso me convirtió en su prisionero, junto a mi familia, el 2 de enero de 1978.

Pero en la explotación de la victoria Ud. cometió el mismo error que yo, me subestimó al pretender sumarme a los traidores, permitió que se desarrollase así un combate entre la astucia y la fuerza sin ninguna necesidad, ya que Laluf hubiera garantizado, en un poco más de tiempo, todos los objetivos que Ud. se proponía, sin necesidad de arriesgarse conmigo.

Venció la astucia y usted ha sido derrotado por segunda vez. A un costo personal enorme, yo lo he vencido y mi movimiento ha transformado una derrota militar táctica (que pudo convertirse en estratégica), en una gran victoria política. Pero esta no es una victoria personal, es una victoria popular donde el principal protagonista ha sido el pueblo que resiste y yo un mero instrumento de implementación.

Tampoco la suya es una derrota personal. Es una derrota del Estado Mayor General del Ejército, al que yo logré que Ud. convenciera de aprobar la operación, es una derrota del General Videla, que dio su consentimiento. Pero es mucho más que eso, es la derrota de una política condenada por la historia.

Una política de hambre, represión salvaje y entrega a los intereses extranjeros. Algunos militares saben qué intereses están defendiendo en esta guerra, otros tienen la cabeza tan llena de confusiones que hasta creen que luchan por un sistema de valores defendibles.

La guerra seguirá. Uds. tuvieron en sus manos la posibilidad de una victoria estratégica que aunque no hubiera detenido las ruedas de la historia, hubiera retrasado varios años el triunfo popular. Nuestra victoria es solamente táctica, aunque consolida nuestras posibilidades de victoria estratégica en el mediano plazo.

Sus propios oficiales al entregarme el parte de gran cantidad de conflictos sindicales de Rosario, fortalecieron esta afirmación política. () la anécdota de la resistencia de los transeúntes a mi secuestro, en clara adhesión a los militantes populares y claro repudio a los métodos y política que representan las fuerzas armadas.

Cuando usted me preguntó cuál era el fundamento de mi supuesta actitud de traición, aparentemente contradictoria con "una brillante foja de servicios personal " —según su propia expresión— yo le di un ejemplo histórico que usted seguramente recuerda.

Le dije que la situación de nuestra guerra era similar a un momento de la segunda guerra mundial. Cuando los aliados consolidaron la invasión a Normandía la guerra estaba perdida por los alemanes y toda resistencia, hasta la última trinchera de Berlín, sólo aportaba un inútil derramamiento de sangre.

Frente a esta situación y la actitud irreductible de Hitler, se planteó un dilema a los generales alemanes, entre ellos Rommel, el mejor general alemán: o golpeaban sobre Hitler y pactaban la paz, o combatían hasta la última bala en las trincheras de Berlín.

Este argumento, con que usted deslumbró al estado mayor y al General Videla, lo haría sentir a este último Eisenhower, a usted un Patton, y yo sería el "Rommel victorioso ", que facilitaría el asesinato del Comandante Firmenich y otros dirigentes.

Militarmente impecable, el argumento escondía una trampa política que usted no advirtió. Ustedes no son los aliados, sino que son la cosa más parecida a los nazis que haya conocido la historia del país; Firmenich no podía ser nunca Hitler y yo no soy Rommel.

Políticamente usted pensó que su microclima psicológico, que había funcionado con algunos de mis oficiales, me podía hacer ver a ustedes consolidados en Normandía, cuando en realidad las cosas son muy distintas.

Los que vamos a “desembarcar en Normandía”, en algún momento de los próximos dos años, somos los Montoneros. Los que deberán decidir la resistencia de Berlín hasta la última bala, o su rendición, deberán ser ustedes, los generales. Pero su dilema será distinto del que yo mismo simulé considerar.

La mayor parte de los oficiales y seguramente hasta algunos generales, no saben a ciencia cierta qué intereses defienden en esta lucha. Ustedes dicen luchar por “la patria”, “la libertad”, “la familia”. Usted me manifestó personalmente que “el General Galtieri no es un agente de los monopolios”, “a mí también me preocupa que la gente se muera de hambre” Es posible que en esto, como en sus manifestas convicciones “cristianas” haya sido sincero, yo quisiera creerle.

Cuando políticamente hayan comprendido que han estado luchando contra el pueblo y la nación, y sus más caras tradiciones; cuando hayan comprendido el daño que le han causado a la patria, y estén dispuestos a rectificar, a dar por concluida la guerra, contribuir a la pacificación nacional, y evitar más derramamientos de sangre, nosotros los Montoneros les tenderemos la mano.

Por encima de las pasiones que desatan las guerras y de las cicatrices que origina el salvajismo con que ustedes nos combaten, nosotros, los Montoneros, somos maduros y patriotas y con la misma fuerza con que hemos luchado, aceptaremos cualquier propuesta justa que ponga fin a esta guerra y evite los derramamientos de sangre inútiles y dolorosos, en la medida que la misma garantice los objetivos de independencia económica, justicia social y soberanía política por los que nuestro pueblo lucha desde hace muchos años.

Si el destino quiere que yo vea ese momento, me gustaría ver al general Galtieri pactando la pacificación nacional, facilitando la reconstrucción nacional y evitando los derramamientos inútiles de sangre.

Si sus manifestaciones en contra de la política económica de hambre en favor de la pacificación, en contra del derramamiento de sangre entre argentinos, en favor de los principios morales del cristianismo, fueron sinceros y apuntan a una rectificación, tiene usted la primera oportunidad de demostrarlo, respetando la vida y la integridad física de mi compañera y de mi hijo,

con cuyo asesinato me chantajeó. Tiene, también, la oportunidad de suprimir el secuestro y la tortura, de presentar las listas de detenidos, por ejemplo, en la quinta de Funes (Jaime Dri, Carlos Capella, Retamar, Gylbram y otros).

El pueblo vencerá y nosotros, los Montoneros, conduciremos esa victoria. Esta afirmación no se basa en una confianza mística, sino en un análisis político. Está basada en la justicia de nuestra causa y en la pro finida injusticia de la de ustedes, está basada en la calidad de las fuerzas enfrentadas: nosotros expresamos los intereses de las grandes mayorías populares, ustedes los de las pequeñas minorías oligárquicas. Está basada en la naturaleza de nuestros respectivos ejércitos, nuestro pueblo sabe muy bien por qué lucha y son los millones; el Ejército de ustedes, en su gran mayoría, no sabe por qué lucha aunque crean tener intactas sus cien mil bayonetas.

Nosotros tenemos el número, la justicia y tratamos de tener la astucia de nuestra parte. Ustedes tienen la organización y las armas de la suya. El desenlace es seguro, tarde lo que tarde y cueste lo que cueste, nosotros venceremos.

La maniobra de contrainteligencia que desbarata su maniobra, tiene muchos detalles que usted querrá conocer. Quizás algún día los escriba y lleguen a sus manos y pueda satisfacer su curiosidad militar. Sólo me voy a referir a algunos.

En primer lugar, la concepción de la maniobra nace en el mismo momento de la captura y tiene un diseño definido cuando a las dos horas y media digo dónde está mi casa de Mar del Plata. El primer error de su fuerza es haberme dado en ese lapso la información vital que necesitaba para diseñar la maniobra.

Comprendí que el primer combate se libraba convenciendo a los traidores de que yo también era uno de ellos. Debí vencer el grave obstáculo que significaba el hecho de haber convivido con ellos durante años y el conocimiento mutuo que derivara de allí, simulando en condiciones difíciles que derivaban del conocimiento mutuo de años. Ellos se equivocaron porque su traición les acarreaaba frecuentes problemas de conciencia, ellos querían una justificación, deseaban a toda costa argumentos políticos que les permitieran dormir en paz en el futuro. Sabían que era su debilidad personal y no el análisis político el factor determinante de su traición, aunque dijeran lo contrario. Yo les di los argumentos que querían oír sobre la supuesta derrota de nuestra fuerza.

Vencido ese obstáculo, el tercer error que ustedes cometen es haber permitido que los traidores me dieran involuntariamente los elementos necesarios para convencer a sus oficiales de inteligencia (algunos realmente inteligentes como "Sebastián" y "Daniel", y otros vanidosos, torpes, como "Jorge" y "Coco"), al describirme su psicología.

El cuarto error es suyo, general, porque sus conocimientos políticos no están a la altura de

sus conocimientos militares, que son muchos. Porque debió advertir que no soy tan torpe como para pensar que mi unidad de batalla estaba destruida por el solo hecho de que algunos de mis oficiales estaban prisioneros y colaborando con el enemigo. ¿ Y nuestros soldados? Nuestra fuerza es antes que nada una fuerza social, nuestros soldados son los miles de obreros en conflicto, nuestras fuerzas son esos dos millones y medio de votos que usted mismo reconoció que teníamos.

En segundo lugar, porque el curso de la guerra es favorable a nosotros, y aunque muchos oficiales suyos vivan algunas victorias militares tácticas sobre algunos de nuestros cuadros como "la victoria", y algunos de nuestros oficiales, sometidos al más espeluznante método de "lavado de cerebro" del que tenga noticia, terminan por vivir esos hechos como "la derrota " ustedes, los generales enemigos y nosotros, los jefes Montoneros, sabemos perfectamente cuál es el curso de la guerra. Usted mismo lo dijo cuando afirmó que "el país no aguanta un año 1978 igual al 1977" o cuando afirmó que de no conseguir el éxito de mi "misión" la guerra duraría cinco años más.

Yo no puedo impedir que mi compañera Raquel Negro y mi hijo Sebastián sean fusilados, si es que no lo fueron ya. Si usted o cualquier otro jefe militar da esa orden, yo le pido que antes de su ejecución, usted tenga el coraje de leerle esta carta y de transmitirle que los Montoneros estamos orgullosos de su heroísmo, que ha sido el ejemplo más alto de conducta en lo que va de esta guerra, que el pueblo la recordará para siempre.

En el plano personal, le pido que le transmita que los quiero más que nunca y que jamás los olvidaré. Sin ella y su excepcional conducta, la maniobra no hubiera sido posible, hubiéramos sido derrotados, y yo no habría conocido este año de felicidad personal que pasamos juntos.

General Galtieri: la historia suele tener muchas vueltas, es posible que uno de los dos, o ambos, perdamos la vida en esta guerra. Tampoco es descartable que usted defienda Berlín hasta sus últimas consecuencias, o que recapacite y sea uno de los Rommel que logre impedir el derramamiento de sangre cuando nuestra victoria sea inevitable. Yo le pido que recapacite ante su Dios y su conciencia los graves errores que viene cometiendo: sepa reconocerlos y tienda la mano al pueblo, nosotros se la sabremos recibir si la misma es sincera.

Oficial Mayor Montonero Tulio VALENZUELA

El Chevrolet naranja se internó en las calles interiores del vasto palomar. Al volante el silencioso chofer operativo. En el asiento de al lado, el Loco. Atrás Tucho y Fernández Long. El traslado se hacía al solo objeto de la entrevista. Estacionaron lejos del edificio y tardaron un buen rato en distinguirlo de los otros, absolutamente idénticos. En una de las plazuelas internas, acongojadas de árboles pelados, un grupo de niños se

fatigaba ruidosamente detrás de una pelota. No era domingo, pero había luz, aire y color de domingo. Entraron y se dispusieron a esperar.

Manuel Buendía venía en otro coche junto con Bonasso. Al volante un militante de la juventud al que llamaban el Manco, por sus dedos como morcillas. Buendía extrajo de la cintura la Browning 9 milímetros y se la puso entre las piernas. Al bajar del auto, volvió a calzársela. Caminaron en silencio hasta el edificio grisáceo.

La entrevista —primera y última de Tucho— iba a ser larga y tensa.

— ¿Por qué estaba desarmado?

— ¿No tenía pastilla de cianuro?

— ¿Por qué le creyeron? Vuélvame a contar lo que le dijo Galtieri...

— ¿No tenían ninguna complicidad aquí en México, elementos del hampa y gentes así?

Las preguntas del famoso columnista se iban descerrajando como balazos sobre ese hombre melancólico, que siempre parecía estar dando examen. Que contestaba hasta la minucia, que repetía hasta el hartazgo los mil detalles de su historia.

La increíble voltereta de la Operación México pasó bastante inadvertida para la opinión pública. Los Montoneros acataron una inequívoca sugerencia de las autoridades: no hacer escándalo, dejar que las aguas volvieran a aquietarse. Pero la Operación produjo movimientos subterráneos, como una explosión en las profundidades.

La misma noche del miércoles 18, la Conducción Nacional de la Organización acordó replegar a los dos principales dirigentes: Firmenich y Perdía. Raúl Yager y Horacio Mendizábal, los números tres y cuatro, quedaron a cargo del espinoso *affaire* en territorio mexicano. Pronto fueron informados de otra solicitud oficial que no admitía dudas ni dilaciones: Valenzuela debía abandonar México en un plazo perentorio. Y Valenzuela fue evacuado. Tras un corto periplo por algunos países europeos, recaló en la sede de la comandancia. Allí se encontró con los hombres a los que había salvado la vida. Allí —también— fue sometido a juicio revolucionario. En la Argentina la censura redujo a un puñado de hombres el número de los enterados. La casi totalidad de la población ignoró la Operación México, incluyendo la propia familia de Valenzuela. Los cables de las agencias internacionales llegaron a las redacciones, pero no se publicó una línea. Allí también los efectos sólo se sintieron en las profundidades. Especialmente en ese agujero del mundo que era la quinta de Funes.

Cuando en México las aguas parecían definitivamente aquietadas, hubo un remesón inesperado: el 1° de febrero, en su columna *Red Privada* que entonces publicaba el diario *El Sol*, Buendía volvía a la carga con sorprendentes revelaciones (véase página siguiente).

El mordaz testimonio de Buendía, recabado sin duda en fuentes irrecusables, vino a certificar en forma definitiva la principal aseveración de Tulio Valenzuela: el gobierno militar argentino envió agentes a México para asesinar opositores. Esta evidencia no se resiente por diferencias menores entre una y otra denuncia. Según Tucho, el *Mayor Pedro Julio Seaad* (aparentemente la identidad verdadera), usaba el alias *Sebastián* y no *Manuel*, como afirma Buendía, basado en sus fuentes. Su pasaporte falso, de acuerdo con la versión de Valenzuela, estaba a nombre de *Ferrer* y no *Manuel Gutiérrez*, como aseguró *Red Privada*. El *Saúl Malo* a quien la crónica atribuye el grado de *Capitán* y el apodo *Serafín*, es el hombre al que los prisioneros conocían como el *Teniente Daniel*. Y, por último, el agente policial *Héctor Gertrudis*, alias *Machete*, no es otro que *Barba*, el interrogador de Funes.

Las diferencias entre ambos asertos pueden tener una amplia gama de explicaciones. En primer lugar: es sabido que los hombres de Inteligencia utilizan más de un nombre de guerra. Bien puede ser entonces que el *Mayor Seaad* (si es éste su verdadero nombre), utilizase simultáneamente los alias de *Sebastián* y *Manuel*, y que Tucho sólo conociera el primero. Otro tanto vale para *Daniel* y *Barba*.

La diferencia en los nombres de los pasaportes falsos de *Sebastián*, también puede obedecer a motivos variados. Hay que tener en cuenta que a Tucho no le debió resultar muy fácil averiguarlo. Pudo ver el documento fugazmente durante el viaje, o enterarse por una infidencia de Laluf.

Lo del grado de *Daniel* es aún menos relevante. Otro testimonio de Funes asegura que los tres miembros del comando fueron ascendidos por esas fechas; el *Teniente Daniel* bien pudo ser *Teniente Primero* hasta enero, en que accedió a las insignias de *Capitán*. Por último, cabe aclarar la posibilidad de que confesando lo principal, esto es, que habían venido a México clandestinamente enviados por Galtieri, los agentes diesen algunos datos falsos en la confesión, para protegerse de acciones legales en el presente o represalias futuras. Lo cierto es que ambos (Tucho y Buendía), coinciden en lo fundamental: 1) la Operación México existió; 2) el General Galtieri, con el del Presidente Videla y el Estado Mayor del Ejército, ordenó una acción clandestina en territorio extranjero; 3) al menos tres agentes fueron enviados a México para infiltrar las estructuras de los montoneros y operar sobre su conducción, y 4) toda esta maniobra se hizo—y las autoridades mexicanas pudieron detener a los violadores de su soberanía—

merced al testimonio de Valenzuela.

Red Privada

Por Manuel Buendía

- Terroristas Fracasados
- Cantaron Como Gardel

La junta militar argentina tiene ahora la certidumbre de que México no es un país hospitalario para los agentes extranjeros a quienes se encomienda la tarea de asesinar o secuestrar asilados. Desde hace seis días, los generales Videla, Viola y Gualtieri estudian un desconsolador parte rendido por tres miembros del comando que enviaron a México a mediados de enero.

En este documento deben constar

Para la Página 6

El Sol de México,
1° de febrero de 1978

RED PRIVADA

Viene de la Primera Página

los siguientes datos.

a) El 17 de enero la policía mexicana aprehendió a los siguientes miembros del comando: mayor del ejército argentino Pedro Julio Seaad, del cuarto cuerpo, alias "Manuel", como nombre de guerra, y pasaporte falso como "señor Manuel Gutiérrez"; capitán Saul Malo, alias "Serafin"; agente Héctor Gertrudis, de la policía de Buenos Aires, alias "Machete".

b) Durante los ocho días siguientes, los tres detenidos pasaron horas muy amargas en los separos policíacos. Jamás podrán olvidar lo que les ocurrió a manos de unos descorteses y rudos policías aztecas, que parecían empeñados en que los enviados de aquel trío de generales supieran qué sienten los prisioneros de la junta militar en Argentina.

c) El mayor Seaad, el capitán Malo y el agente Gertrudis confesaron todo lo que había que confesar. Por ejemplo, señalaron directamente al comandante del segundo cuerpo del ejército argentino, general Fortunato Gualtieri, como el "cerebro" que armó esta fracasada operación.

d) Persuadidos rápidamente para que revelaran sus identidades, poco después estaban cantando mucho mejor que Carlitos Gardel. Entre otras cosas, el mayor Seaad y el capitán Malo revelaron que "Machete" es un

excelente especialista en asesinar montoneros. La inclusión de este agente en el comando tuvo por objeto asegurar el asesinato de las víctimas escogidas en caso de que no fuera posible secuestrarlas y llevarlas con vida a Buenos Aires.

Después de lo que en el argot de la policía mexicana se conoce con el nombre de "exhaustivo interrogatorio", los tres fracasados terroristas fueron puestos en un avión, y deben haber llegado a Buenos Aires —al son de "Cuesta abajo"— posiblemente el día 25 de enero.

Presuntamente la posición del general Gualtieri se ha debilitado frente a la junta militar, pues en los anales de la guerra civil argentina no se tiene memoria de una acción más estúpidamente concebida y realizada.

No se considera probable que funcionarios mexicanos de ningún nivel hagan comentarios oficiales acerca de este episodio. Para las autoridades de México aparentemente todo quedó reducido a un incidente policíaco de tono menor. Pero debajo de esta apariencia ha quedado un registro muy minucioso: evidencias, fotografías, confesiones, papeles. En fin, se ha formado un expediente que bastaría para explicar las jaquecas cada vez más frecuentes del general Videla.

X La onda expansiva

Hubo indicios. En el aire, en el cielo, en las caras. La María paseaba solitaria, panzona, alta, blanca y morocha, con su nariz afilada. El Pelado detectó los nervios en esa mano que, casi continuamente, acomodaba el mechón de pelos caídos sobre la frente.

Trajeron a una nueva prisionera. Una piba del PCML de Córdoba. Venía del famoso chupadero de *La Perla*. Allí, en el vestuario de la pileta, se cocinaba en el ácido de los recuerdos cercanos. Su compañero, un estudiante como ella, se resistió y lo mataron. La violaron frente a su madre, a sus dos hijos pequeños y su marido, que tal vez no había terminado de morirse. Tenía los ojos clavados en esos camiones que salían de madrugada. Los *Menéndez Benz* era el nombre que una ironía cordobesa más fuerte que la propia muerte, les había endilgado. Los silencios. Los gritos. Las puteadas o las súplicas de los que se iban en los camiones. Había cambiado el escenario pero seguía en la tiniebla circular de la capucha, ignorando todo, a Tucho, a la Operación México, al nuevo paisaje que la rodeaba.

El Pelado vio cuando la trajeron. No se perdía detalle de cuanto pasaba. Estaba cada vez más convencido de que Tucho se iba a escapar y de que los matarían a todos. Lo leía en la cara dura, aparentemente desabrida, de María. Lo olfateaba en el aire.

El primer plan de fuga era sencillo. Tal vez demasiado sencillo. Consistía en saltar el cerco vegetal y tratar de huir a pie hasta Rosario. Allí estaba ese colaborador que había logrado preservar de la Organización. Allí había dejado, meses atrás, mil dólares escondidos y un juego de documentación que le podía permitir llegar al Brasil.

Con la minuciosidad de un científico y el disimulo de un espía, había registrado todos los detalles topográficos, los sistemas de vigilancia y las características psicológicas de los miembros de la patota y los chupados.

Es que temía más a ciertos chupados que a los propios chupadores.

Cada vez que el Tío le daba el paquete diario de Jockey, trataba de reprimir el temblor de la mano. A veces el agobio se tornaba evidente, se le caía la máscara. Una mañana trabajaban con el Foca en el linde trasero de la quinta, cuando el Foca, que parecía distraído, le demostró que estaba bien atento.

—No andes así, encorvado, con la cabeza baja. Van a pensar que tenís ideas de escaparte.

Sabía que el Leopodo también lo vigilaba. Y Juan, y el Ignacio. Aunque parecían confiarse. Como esa tarde, tirados en el césped, cuando Ignacio le confesó que vivía atormentado porque todas las noches se imaginaba a su mujer "encamándose con otro". O cuando el Cabezón Tognoli le reveló que iba con los milicos a los controles vestido con uniforme de conscripto.

Tenía fichas mentales de todos:

"Mayor Jorge: Creo que ahora ascendido a Teniente Coronel. Habla fuerte. Larga información al pedo. Militarmente no debe ser muy bueno.

"Sebastián (Capitán o Mayor): Discreto. Cauto. Inteligente. Su especialidad no deben ser los tiros. Pero no creo que se arrugue en el combate.

"Daniel (Teniente o Capitán): Un Sebastián joven. Todavía sin pulir. Pero vivo. Ojo.

"Tordo: Capitán, médico. Voluntario. Convencido. Milico. Cazador de hombres. Sabe jugar al *Teg*. Dice que gana porque es el más inteligente. Anécdota a recordar: cuando apareció con aquel gorro de lana que tenía una borla roja y alguien comentó: 'parecés un maquí', y él le largó con bronca esa respuesta: '¿Por qué no un comando argentino?' Guarda con éste. Pelado.

"Sergio I: Suboficial de la Aeronáutica. Encargado de la logística 'casera'. Siempre es el que trae la comida. Petiso. Parece un italiano mafioso. Vago. Malandra. Sinvergüenza. Borracho. Se gasta lo que roba en los boliches. Arma quilombo en los bares, con las putas.

"Sergio II: Policía provincial de Rosario. Lo contrario al anterior. Moralmente sano. La mujer lo llama todos los días a la quinta. Hace gimnasia todos los días. Lee muchos libros fachos. No anda de joda. Dejó de trabajar con Feced porque dice que Feced es un inmoral. Atenti: te mata sin ningún remordimiento.

"Torres: Policía provincial. Disciplinado. Experto. Algo cínico. El balazo de un compañero casi le vuela los huevos. Me mostró la herida con displicencia deportiva, sin darle mucha importancia. No engañarse: aunque me aconseja sobre mis heridas puede hacerme otras sin ningún problema.

"Puma: Policía Federal. Un degenerado, mercenario, chorro y borracho. Pierna de Sergio I.

"Armando (también le dicen 'Cráneo' y 'Pelado'): Mecánico dental. Rasgos humanos.

"Carlitos Pancuca (panza-culo y cabeza): Imbécil. Sólo piensa en la Turca esa con la que se está por casar. Nadie lo respeta.

"Tutu: Con la cachaza tucumana. Viejo. Experimentado. Ojo, es observador.

"Paco: Policía provincial que sigue admirando a Feced. Una bestia. Un sargento nazi como los del libro de Fucik. Un verdadero carnicero. Hay otro también, ese hijo de puta que no me acuerdo cómo se llama. Pinta de gringo. Parece que es el que hace negocios con el botín de guerra. Hinchaba de Newell's Old Boys. Además de hijo de puta, necio."

Ninguno de los miembros de la patota andaba armado. Las armas estaban en el chalet. Los únicos enfierrados eran los cuatro gendarmes que por turno guardaban el perímetro de la quinta. Generalmente —verificó el Pelado— esa guardia se reducía a tres o a dos, porque siempre alguno iba al baño o se acercaba a las casas para charlar o comer algo. O sea que había baches de seguridad bastante grandes. Había que aprovecharlos y jugarse.

Para seguir acumulando información era necesario no retraerse tanto. Hablar con los asesinos. Lograr que se acostumbraran a verlo hasta incorporarlo como una mancha del paisaje. Y esa convivencia lo trituraba. No podía evitar los recuerdos: cuando los veía antes, en libertad, recorriendo Rosario a toda velocidad en los Falcon verdes. Ahora estaban ahí, jugando al truco por las noches, hablando de fútbol o de la guerra con los prisioneros, como si la guerra fuese un tema lejano, a lo sumo vagamente aún a unos y otros.

Se evadía del malestar sumergiéndose en las páginas aceradas del *Reportaje al pie del patíbulo*. Por momentos vivía el relato del otro prisionero con tanta intensidad como si fuera él mismo. Pero cuando cerraba el libro de Fucik trazaba inevitables comparaciones.

La idea de la fuga crecía en los intersticios de la rutina. En esas noches en que el estómago se convertía en un lodazal lleno de lagartos. Sentía, en la semipenumbra del cuarto compartido, con espesos olores masculinos y ajenos, que se acercaba al mismo trampolín que Tucho y que fugarse era mucho más que una decisión, una ocasión o una técnica. Que la fuga era el momento más jodido para cualquier prisionero. Mucho más que la caída. "Porque la fuga es uno y la caída son los otros."

Imaginaba a Tucho en esos paisajes remotos, tomando contacto con el Partido y

escapándose del Ejército. Y comprendía que debía acelerar su propia zambullida, antes de que los otros decidieran por él y para siempre.

Pasó el fin de semana. El lunes llamaron por teléfono desde Guatemala. Toda la población de Funes respiró aliviada. Aparentemente el plan se iba desarrollando de acuerdo con lo previsto. Pero el alivio duró poco. Nadie se engañaba: el choque crucial entre la lealtad y la traición, recién debía producirse en México, adonde Tucho y Nacho estaban llegando.

El martes y el miércoles no sonó el teléfono. La tensión comenzó a crecer. Hasta los que fingían estar más despreocupados, como el Tío, no podían ocultar una jeta agria y fruncida.

— ¡Llaman de México! — gritó alguien en la nochecita del jueves.

El Pelado estaba sentado cerca de la cocina, mirando las espaldas del chalet grande. María se paseaba en silencio entre los árboles. Se detuvo como en una fotografía. Pese a que no estaba cerca, Jaime sintió que le lanzaba una mirada.

— Por fin... — dijo en la puerta de la cocina la Nacha, interrumpiendo los mimos y carantoñas que le venía prodigando a Laika.

Jorge tardó en salir del chalet. No pudo irse enseguida, como hubiera querido. Lo rodeó un cinturón de caras anhelantes.

— Hubo un pequeño problema... — balbuceó con la mirada huidiza—. Nacho y Daniel chocaron con un auto... — hizo un gesto como espantando una mosca—. Pero están bien — y se alejó hacia el auto mientras todos se quedaban haciendo comentarios en las sombras, en voz muy baja. El Pelado advirtió la mirada de Jorge a la Nacha. Vio cómo ella dejaba a la pena en el pasto y corría hacia el milico con un trotecito ridículo, patético. El no lo pudo escuchar, pero cuando la Nacha se puso a la par del oficial, Jorge no pudo más y confesó:

-- Se pudrió todo.

Y luego, con el rostro muy grave.

— Ni una palabra a nadie. ¿Entendido?

La Nacha cabeceó en silencio, la boca entreabierta y el labio inferior colgando.

Esa noche no hubo truco. Todos se fueron a dormir temprano. El Pelado, simulando a medias que la colitis lo tenía loco, se la pasó yendo al baño. Hasta bien tarde hubo luces en la casa grande. “Están reunidos pensó—. Porque el Tucho se las tomó. Otra que choque ni choque.” Y se trepó a la cama con palpitaciones.

Cuando despertó, lo primero que vio fueron las pupilas grises del Tío, que por suerte estaban enfocadas hacia el Cabezón Tognoli. Descubrió una señal de inteligencia entre ellos. Durante el desayuno imperó un silencio funeral.

A medida que avanzaba la mañana, fue percibiendo los signos inequívocos. Mientras trabajaba en el sendero que urna el pabellón de los prisioneros con el garaje, vio pasar a Sergio 1 con un elocuente aditamento: la empuñadura de una pistola le asomaba por la espalda, por encima del cinto. Se fijó entonces en los que iban apareciendo: todos estaban armados.

Llevaba los materiales al garaje cuando Jorge pasó como una tromba a su lado y dirigiéndose a los prisioneros, comenzó a chillar.

— ¡Esto es una mugre! Está todo roñoso y desordenado. A ver si dejan de hablar y limpian todo.

Pasó un dedo por la mesa de ping-pong y rugió.

— ¡Está inmunda de grasa. A ver si la limpian de una buena vez!

Y se fue con el rostro encendido.

Hubo otros signos. La guardia cortó el tuteo y la charla amistosa.

Aunque estaban en short o en traje de baño, parecían cubiertos con invisibles uniformes. El Pelado leyó el miedo en el rostro ceniciento del Foca, que estúpidamente se ponía un dedo sobre los labios ordenándoles silencio.

El almuerzo fue otro velorio. María se comía las uñas. El Tío no dejó de observarla un instante.

La orden llegó a la tarde:

—Preparen sus cosas. Lo mínimo indispensable —anunció glacial el Tordo.

El Pelado lo relojeó con disimulo, conteniendo el temor y el odio que ese tipo le

inspiraba. Estaba de sport, pero ya tenía puesto el correaje militar y la cartuchera encerraba una 45. Iba de un lado a otro, activo, dando órdenes cada vez más alarmantes.

—Preparen sus vendas —espetó, bien plantado, las piernas abiertas y los brazos en jarras.

Y largó la confirmación.

— ¡La foto de Tucho la voy a llevar siempre acá! —exclamó, golpeándose la cartuchera.

Pese a su larga sospecha, el Pelado quedó petrificado. El Foca lo apartó.

— ¿Te diste cuenta? —preguntó con un hilo de voz.

—Tucho se escapó. No digas nada a nadie. Mirá que la cosa está muy jodida y pueden matarnos a todos. A todos... ¿me entendiste?

Le contó que esa madrugada Jorge los había amenazado de muerte. Las luces que Jaime veía en la casa grande...

Atardecía. Se alargaron las sombras del grupo formado entre las dos casas. Se alinearon los coches.

El Tío se paseó frente a ellos. Despegado. Del otro lado. Con el 38 en la cintura. Cuando pasó frente al Pelado, se dio un leve golpecito sobre el tambor del revólver y le comentó en voz baja:

—Papito es de confianza.

La Nacha se zarpó. Como si fuera un día cualquiera, comenzó a preguntar en voz alta y contraproducente.

— ¿Y Laika? ¿Pero dónde se habrá metido esa perra, digo yo?

El Tordo se volvió. Entonces todos la vieron. Acudía a las voces de su ama con ese trote insulso, desmañado, que parecía el mismo trote de la Nacha. El Tordo también la vio venir. Desabrochó la cartuchera y sacó la pistola en medio segundo. Fue un tiro instintivo sin apuntar. Pero certero. La bala le destrozó la cabeza y cuando se derrumbó con tres o cuatro giros de marioneta, ya estaba muerta.

El estampido cortó en dos la tarde. Nacha fue la última en darse cuenta. Olió la pólvora, vio la pequeña nube de humo que se estiraba en el viento y no pudo asociar esas evidencias con la bola negra ensangrentada, definitivamente detenida sobre el césped.

— ¡Eh! —exclamó cuando pudo completar la suma que todos los demás ya habían hecho.

— Adonde vamos no hacen falta perros —comentó el Tordo, volviendo a guardar el arma.

Detrás del cadáver de Laika se veía la improvisada cancha de *vóley* y se insinuaba, brumosa, la pileta. Más irreales que nunca. Como proyectadas sobre un telón de fondo.

— ¡Pónganse las vendas! —ordenó el Tordo. Volviéndose hacia los prisioneros, comenzó a ordenar la salida.

— Vamos a ir en tres grupos. Tres o cuatro de ustedes por vez, van a ir en el primer auto con Sergio II. Detrás va a ir el auto de custodia, con personal armado. Quiero que quede claro: a la primera cosa rara el personal de atrás abrirá fuego. Lo siento por Sergio, pero no vamos a tener más sorpresas. Al menos no mientras yo esté a cargo. ¿Comprendido?

Los miembros de la patota y los prisioneros asintieron.

El Tordo señaló a los interesados del primer grupo. Dos hombres y dos mujeres fueron conducidos violentamente al primer auto.

La Nacha hipaba apoyada en el hombro de la Gringa.

— ¿Por qué la mató? ¿Qué les hizo Laika? —repetía entre sollozos, mientras la Gringa le apretaba el brazo para que se callara.

Cuando oyó el ruido de los autos y una suave brisa nocturna le acarició la cara, el Pelado suspiró hondo. “La fuga se fue a la mierda —se dijo—. Hay que bancarse lo que viene con dignidad”

Se estremeció cuando sintió que le pellizcaban el costado. Olió el aliento del Tío y lo escuchó susurrar:

— Te saqué un bichito de encima.

La muerte olía a locomotora oxidada, a una combinación de ajo, ginebra y tabaco negro. Se imaginó los ojos de la Muerte: esas pupilas grises de los abismos marinos atravesando las ondas desde su centro frío.

Le tocó el turno. El *Cráneo* Armando lo flanqueó para escoltarlo. Al tomarlo del brazo, le preguntó:

—Pelado... ¿cómo estás?

Y lo ayudó a entrar sin golpearse la cabeza.

Sergio II estaba en silencio. Pese a la venda podía verlo atento, mirando al lote que ahora llenaba el auto.

Arrancaron. El primer auto. El segundo auto.

Otra vez deslizarse en la noche hacia la noche. Se despidió de Olimpia, de Vanesa, de Fernando. “Dentro de poco voy a estar como Laika.” Volvió a sorprenderse de esa renovada curiosidad. La curiosidad de la nada.

XI El juicio

Febrero fue un mes de intensa actividad en la Comandancia. Fue el mes de la instalación. Simultáneamente hubo que dar respuesta a varios problemas: las operaciones militares a desplegar en el país durante el Mundial, la campaña de propaganda en el exterior, el análisis de coyuntura, las tareas de “preparación de la contraofensiva”, y las instancias del juicio revolucionario a Tulio Valenzuela.

El Tribunal Revolucionario quedó integrado de la siguiente manera: Presidente: Cmdte. Mario Firmenich; Sumariantes: Cmdtes. Roberto Perdía y Raúl Yager. Así era, aunque algunos viejos militantes insistían en llamarlos el Pepe, el Pelado Cariños y el Roque. Los apodos de las viejas épocas, cuando no existía el *Partido Montonero*, el *Ejército Montonero* y el *Movimiento Peronista Montonero*. Cuando existía simplemente la *Organización Político-Militar Montoneros* y decenas de miles de jóvenes desfilaban bajo sus banderas.

La posición de firme ante el superior, el trato de usted en las reuniones y otras recientes disposiciones, tenían plena vigencia entre los cuadros que se encontraban en el exterior. En el país, los escasos militantes dispersos se veían acuciados por preocupaciones más perentorias.

Por esa época se pergeñó la reglamentación sobre uso del uniforme, que fue dada a conocer como *ANEXO II DE LA RESOLUCIÓN N° 001/78*. Especificaba, entre otras cosas:

A excepción hecha del tipo de estrella que simboliza los grados de los oficiales y el color de las utilizadas para el grado de Comandante, todas las insignias son idénticas a las identificatorias de grado que utiliza el Ejército Argentino.

Comandante: 1 estrella roja.

Segundo Comandante: 2 estrellas doradas.

Mayor: 1 estrella dorada.

Capitán: 3 estrellas plateadas.

Teniente Primero: 2 estrellas plateadas.

Teniente: 1 estrella dorada y 1 estrella plateada. Debiendo ubicarse la primera sobre el borde interior y la plateada sobre el exterior de la charretera.

Subteniente: 1 estrella plateada.

Sargento: bandas en forma de V corta, paralelas de color amarillo sobre fondo azul, las dos inferiores anchas y la superior angosta.

Mientras tanto la Comandancia se iba equipando: una IBM Composer, una video-cassetera con su correspondiente equipo de grabación, varios grabadores, equipos electrónicos diversos, armas y parque, un archivo bastante completo y bien clasificado, mapas, un sofisticado servicio de documentación y hasta algunos toques de adorno para una decoración austera.

En este marco se celebró el juicio. Aunque hubo momentos informales, largas charlas en la cocina con el Cmdte. Perdía, que volvía a ser Carlitos, y hasta bromas en las comidas cuando el *Primer Secretario del Partido, Comandante en Jefe del Ejército y Secretario General del Movimiento*. Tornaba a ser el Pepe.

A las sesiones, en cambio, se asistía de uniforme: pantalón azul, camisa celeste e insignias. Cada tanto un asistente traía mate y vaciaba los copiosos ceniceros.

Dos de los tres hombres que integraban el Tribunal, habían sido el blanco de la Operación México. Yager, aunque era el N° 3 de la Conducción Nacional, venía bastante rezagado en el poder interno. La dupla Firmenich-Perdía constituía uno de esos binomios tan frecuentes en la política. Firmenich elaboraba políticas y las exponía hasta la minucia, con brillo didáctico, no exento de un viejo retintín escolástico; Perdía era tajante, concreto y su fuerte eran las labores organizativas. Cuando Firmenich estaba enojado, el que hablaba o sancionaba era Perdía. También era Perdía el que recortaba los presupuestos, impartía las órdenes más temerarias o brindaba secamente las noticias desagradables. Ambos eran cortos de estatura, robustos, macizos. La sonrisa, la ironía de Firmenich, cultivada en sus labores políticas, solían inducir en error a los incautos. Mientras la pequeña boca sonreía en la lisonja, u opinaba cálidamente sobre todo lo divino y humano, los ojos redondos, marrones, duros como botones, permanecían opacados por un velo de cautela. No expresaban nada, pero observaban atentamente al interlocutor. Perdía también engañaba a los superficiales, por el fenómeno contrario. Los menos avisados sólo veían la máquina, el engranaje humano de cuello corto y sanguíneo que embestía tercamente contra la realidad. Era el hombre de las negativas, la bestia de carga que podía trabajar dieciséis horas seguidas, la computadora que vomitaba órdenes. Sin embargo, en los breves respiros que se tomaba, cuando divertía a los íntimos comiéndose el yeso de las paredes, la cáscara de una banana o un pedazo de *scotch*, la máquina dejaba entrever las pasiones humanas. Las expresiones de cólera del campesino croata, los sueños de grandeza de la revolución, la obsesión ética y hasta insólitas

ternezas bruscas, descolocadas e inquietantes como las efusiones cariñosas de un gran danés.

El más gris de los tres, en apariencia al menos, era Yager: un producto católico del calvinismo alemán arraigado en suelo santafecino. Más alto y algo menos robusto que los otros dos, no era menos monje, guerrero y asceta.

La instrucción del sumario supuso largas horas de grabación. Asistentes de confianza desgrabaron luego las cintas, para que el Tribunal pudiese tener en las manos, en blanco y negro, los hechos a juzgar.

Concluida la etapa sumarial, se iniciaron las deliberaciones.

Firmenich explicó cuál era el sentido del juicio revolucionario dentro del Partido Montonero.

—No hay aquí lo clásico: fiscales acusadores o abogados defensores. El sentido es otro. Se trata de que... de que el Partido sintetice con su teoría y su práctica, sobre todo con su práctica. Sintetice, decía, las inevitables contradicciones entre la cuestión individual... yo diría la contradicción entre dos opuestos: la esfera de los intereses individuales de cada compañero (sus relaciones familiares, sus aspiraciones individuales, etc.) y los intereses colectivos que el Partido expresa.

Hizo una pausa, prendió un cigarrillo, exhaló una profunda bocanada. Luego, extrañamente, sonrió:

—El individuo, ustedes lo saben muy bien, puede defecionar, se puede equivocar, puede hasta llegar a la traición. La única garantía es la práctica histórica del Partido, que está por encima de los intereses de los individuos que lo componen.

Perdía, Yager y Tucho tomaban nota. No entraba la luz del sol. En las paredes blancas de la habitación semipelada, iluminada por tubos de neón, colgaban tres afiches montados sobre bastidores de madera: uno mostraba a Juan Perón en su última aparición pública, vestido de Teniente General, con la leyenda: *Hasta la victoria, mi General-Montoneros*; otro a Eva Perón, en uno de sus últimos discursos. Al pie se podía leer: *Evita Montonera*. El tercero exhibía la solarización artística de una foto carnet del Comandante Julio Iván Roqué, caído en combate.

—...Por eso el Partido debe desarrollar la síntesis de esa contradicción, porque, al mismo tiempo que el Partido lucha por imponer los objetivos colectivos en la sociedad, va transformando a sus propios militantes... Es decir, a los agentes de esa transformación

en la sociedad.

Silenciosamente Perdía le extendió el mate, Firmenich le dio una breve chupada a la bombilla y prosiguió pausadamente.

—Ahora bien... esta prioridad, esta preeminencia de los valores colectivos... —pasó el mate a Perdía, que estaba cebando— supone que toda sanción tenga que sintetizar dos cuestiones: una, el efecto demostración, o sea, el valor ejemplarizador para el conjunto... tanto para el conjunto de los miembros del Partido como para el conjunto del pueblo. Y ese valor... — Perdía le pasó el mate a Tucho, que escuchaba cetrino, cejjunto, con una mano acariciándose la barbilla— ...ese valor ejemplificador varía según las circunstancias. Por ejemplo: en 1976, cuando la resistencia no se había marineado y el Piulido afrontaba solo todo el peso de la resistencia, era fundamental preservar la integridad partidaria, ¿no es cierto? Entonces ¿qué hacíamos...? castigábamos con pena de muerte a todo compañero que, estando armado, cayera sin defenderse en manos del enemigo. Ahora esa cuestión también la sancionaríamos con una pena grave, pero sin llegar a la pena de fusilamiento... —Tucho se tiró para atrás el mechón de pelo— ...¿no es verdad? Exacto. Porque las circunstancias variaron. Y la segunda cuestión que hay que sintetizar, es que toda sanción debe procurar establecer las condiciones materiales para la recuperación como militante revolucionario del compañero sancionado. Ojo, siempre y cuando... siempre y cuando esa recuperación no atente contra el aspecto principal que son los intereses colectivos, del Partido y del pueblo. Pero esas son las dos cuestiones a sintetizar.

Hizo otra pausa, prendió otro cigarrillo, el mate llegó a Yager. Tucho anotó con el bolígrafo debajo de un arabesco indescifrable: *Sintetizar*: 1. efecto ejemplificador. 2. recuperación.

Firmenich anunció:

—Bueno, vamos a empezar. Tiene la palabra el Comandante Perdía, en su carácter de sumariante.

Perdía sacó unos papeles. Dirigió una breve mirada oblicua a Firmenich, que estaba sentado en la cabecera, y luego comenzó a leer.

—Del relato de los hechos ejecutados por el compañero Tucho, surge que se han cometido los siguientes delitos:

”a) Traición. El artículo 4 dice que: ‘incurre en el delito de traición cualquiera de las personas indicadas en el Capítulo 1, que por cualquier medio colabore o sirva

conscientemente al enemigo'. En este caso concreto, este delito se manifestó en la colaboración consciente con el enemigo en el planeamiento y desarrollo para infiltrarse en la reunión de área y en la elaboración de doctrina para asesinar al Comandante Firmenich.

"b) Delación. El artículo 7 establece que constituye este delito 'la entrega consciente al enemigo de datos o elementos que puedan perjudicar objetivamente a la organización o a las estructuras que ella conduce...'. Se manifiesta este delito —Perdía alzó la vista del papel que estaba leyendo y miró a Tucho, que estaba tomando nota— en la entrega de la vivienda de Mar del Plata, donde se había ordenado su instalación provisoria y del 'embute' con dinero del Partido.

"c) Instigación. Si bien no está previsto en el Código, el Tribunal Revolucionario considera que este delito debe ser incluido y el mismo consiste en la presión del compañero Tucho sobre la compañera María, para que cometa el delito de entregar la casa partidaria que compartían en Rosario."

Tras un silencio largo, embarazoso, el Presidente del Tribunal pidió a Tucho que expusiera su autocrítica.

Habló largo, muy largo, interrogando a los tres con la mirada.

—Creo... —comenzó a decir— ...que la maniobra fue correcta. Si los compañeros de la Conducción están con vida... —se dirigió a Firmenich, que lo miraba fijamente— ...fue gracias a esa maniobra —Perdía mordisqueaba un lápiz, Yager tomaba nota hierático—. O sea, yo voy a estos efectos, ¿no?, se protegió y salvó a la Conducción Nacional, se avanzó en la elaboración de una nueva doctrina respecto a las tácticas de inteligencia del Ejer... del enemigo y, finalmente, se desbarató la infiltración.

Salvo dos o tres preguntas, escuetamente formuladas, Tucho pudo trazar su exposición sin interrupciones. Al llegar al aspecto de la sanción, expresó que, "al juzgar los delitos objetivamente cometidos —la simulación, la entrega de datos y el riesgo de servir como instrumento involuntario al enemigo— había que tener en cuenta dos cuestiones decisivas: a) la proporcionalidad entre la importancia de los objetivos planteados y los medios empleados para alcanzarlos; y b) el principio del *estado de necesidad* que toma no punible un delito cuando se lo comete con el fin de evitar otro mayor e inminente".

—Ah... —dijo finalmente—. No quiero eludir mi responsabilidad personal por el estado de quiebre y colaboración con el enemigo que muestran mis... los cuadros de

conducción de Rosario. Es preciso ahondar ahí... ver qué pasó. Profundizar la autocrítica.

Concluyó sudoroso, trémulo. Firmenich abrió una ronda, concediendo la palabra a Perdía, que estaba a su izquierda, frente a Tucho. El número 2 encaró su exposición con aparente calma; luego su voz se tornó aguda en el crescendo y una explosión hizo saltar en pedazos la débil capa de hielo inicial.

— ¡No se puede! —gritó—. No puede un cuadro del Partido alterar la doctrina por sí mismo. ¡A dónde vamos a parar! ¿Qué es esto? —Tucho hizo un gesto como para interrumpirlo, que lo enardeció más. Estiró la cabeza cárdena por sobre la mesa, en dirección al procesado:— ¡No podes! ¿Te das cuenta que vos no podés violar esa doctrina, o no te das cuenta?

Tucho intentó una explicación. El Presidente indicó que podría hablar nuevamente a su turno. Perdía dejó caer con estrépito el lápiz careo mido sobre la mesa.

— ¡Nada más! —exclamó mirando a Firmenich y cruzándose de brazos.

Le tocó el turno a Yager. Coincidió con Perdía en la crítica central: la violación, por decisión individual de un cuadro partidario, de la doctrina establecida por el Partido en materia de comportamiento frente al enemigo. Habló fría, desapasionadamente, con matices didácticos, como si le explicara a Valenzuela y a sus colegas del tribunal, las características del arme y desarme de un motor diésel.

La síntesis de la crítica estuvo a cargo del Presidente. Expuso con serenidad, dirigiendo frecuentes apelaciones a la experiencia militante de Tucho, a su capacidad para el análisis objetivo. Retomando elementos dispersos de las anteriores exposiciones, Firmenich cuestionó la maniobra como tal y también su desarrollo.

—Porque, Tucho, al margen de tus intenciones, es evidente que al llevar la maniobra hasta elaborar la doctrina de mi... de mi ejecución y llegar incluso a México, te ponías objetivamente, repito... o sea, al margen de tu subjetividad, de tus intenciones, en condición de ser un instrumento involuntario del enemigo. O sea que el enemigo podía llegar a operar sobre la Conducción Nacional. Además, en una de esas llamadas de control podías haber dado una pista, avisar en clave que estabas secuestrado. Sí, eso hubiera puesto en peligro la vida tuya y de tu compañera, pero nos hubiera alertado.

Tucho asentía abatido. Fragmentos de María, de Sebastián, como gemas centrífugas en el caleidoscopio de la locura, se conjugaban con otras imágenes: el puño que lo dobló en Mar del Plata, los moldes de Sebastián para jugar con la arena, el llanto de Nacho en el hotel, la salida como héroes de la cárcel el 25 de Mayo, el sórdido

aguantadero de México. Estaba reventado como un sapo, los ojos vueltos al vaciadero de la angustia, al sumidero de todos sus días de militancia, a esa mesa y esos uniformes a miles de leguas del corrosivo teatro de los acontecimientos. Quiso pararse y pedirles entre feroces insultos que lo mataran ahí mismo y lo disolvieran con ácido para que sus propias células, sus huesos cansados de la angustia, dejaran también tic ser; para que un silencio mineral se llevara hasta el propio recuerdo del recuerdo. Y estaba por gritar confusamente una pálida aproximación a todo eso, cuando el Pepe (no el *Comandante*, no el *Presidente del Tribunal*) cerró sus carpetas indicando que había un cuarto intermedio para comer.

Perdía se precipitó fuera de la salita a lanzar diversas órdenes. Yager se dirigió parsimoniosamente al baño y Tucho se quedó con Pepe, como se quedaba de chico con el maestro para recibir una explicación suplementaria, para excusarse por no haber preparado bien una lección, o para sentir simplemente que el maestro lo quería y lo respetaba. Firmenich se demoraba en ciertos detalles cuando ocurrió lo inexplicable: un acusado Con los ojos anegados abrazaba al juez, susurrándole al oído:

—Yo sé, yo sé... Para ustedes es más jodido que para mí, porque si están acá... si pueden hasta juzgarme, no por mal, yo sé, por todos, por el bien del Partido, si se puede, es porque yo les salvé la vida.

El 7 de marzo de 1978 el Tribunal Revolucionario dictó sentencia:

VISTOS Y CONSIDERANDO:

QUE hay pleno reconocimiento de hechos que nuestro Código contempla en los cargos de Traición, Delación y que también hay reconocimiento de los hechos que justifican el cargo de Instigación, planteado por el Tribunal;

QUE debe tenerse en cuenta la existencia de atenuantes perfectamente verificados, como lo son: a) La no consumación de la entrega de la CN, principal objetivo del enemigo; b) el desbaratamiento de la infiltración producida y el alerta sobre la que se estaba por producir; ej el desentrañamiento de aspectos importantes sobre nuevas tácticas del enemigo; d) la total disposición hacia el Partido, desde el momento en que toma contacto con el mismo en México; e) no haber entregado ningún compañero;

QUE a pesar que los cargos probados están sancionados hasta con la pena de fusilamiento (art. 28), no corresponde la aplicación de la misma, por cuanto el efecto final y principal previsto por el enemigo no pudo ser ejecutado;

QUE tampoco corresponde la aplicación de la expulsión (art. 24) del compañero Tucho, por

cuanto los delitos cometidos tuvieron por objetiva y como efecto, evitar males mayores que serían cometidos por el enemigo mediante la colaboración premeditada de traidores;

QUE la sanción a aplicar incluye la evaluación autocrítica sobre su responsabilidad en la columna, evaluación que en forma autónoma de ninguna manera podría implicar una degradación en más de un grado;

QUE los delitos fueron cometidos en medio de una maniobra que permitió preservar a importantes sectores de la estructura partidaria, salvar su vida, pero también evitar la acción sobre la propia conducción partidaria, todo lo cual merece el reconocimiento del conjunto de nuestro Partido, no obstante lo cual, el compañero Tucho debe ser castigado con la máxima severidad que permite nuestro código en función del nivel del mismo y como efecto ejemplificador para evitar reiteraciones en la aplicación de este tipo de doctrina totalmente sujetas al arbitrio individual;

Por todo ello el TRIBUNAL REVOLUCIONARIO RESUELVE:

Aplicar al compañero MAYOR TULLIO VALENZUELA (Tucho) la pena de degradación (art. 23 en su máxima degradación dentro del Partido). El compañero Tucho mantiene su pertenencia al Partido con todos sus derechos y obligaciones con el grado de SUBTENIENTE, sin ninguna otra pena accesoria, cesando a partir de la comunicación de la presente sentencia las medidas de libertad vigilada a las que estaba sujeto.

A los fines de su recuperación establecer para el compañero el desarrollo de prácticas superadoras, las que le serán comunicadas oralmente, que le permitan su reintegración plena a la militancia revolucionaria.

Que la sentencia dictada implica la plena confianza en la rehabilitación revolucionaria del compañero sancionado para lo cual se hace un llamado no sólo al compañero sancionado, sino al conjunto partidario para permitir que la autocrítica formulada se verifique en los hechos.

Que la presente resolución, una breve consideración de la audiencia del juicio serán puestos en conocimiento del conjunto del Partido (art. 45).

Siguen las firmas de los miembros del Tribunal Revolucionario:

*Presidente: Cmdte. Mario Firmenich Sumariante: Cmdte. Roberto Perdía Sumariante:
Cmdte. Raúl Yager*

2.4. LA APELACIÓN

Según lo dispone el art. 44, toda resolución de un Tribunal Revolucionario puede ser

apelada por el enjuiciado y cualquier miembro del Consejo Nacional, dentro de los cinco días de conocida la sentencia.

El compañero Tucho, con fecha 11 de marzo, acepta el fallo y eleva una autocrítica que queda incorporada como anexo al juicio.

Volver. Ahí está: esa barranca brumosa color mostaza es la Argentina, tiste cacho de río marrón que nos separa es la frontera. ¿Cuánto tardará la balsa? ¿A cuántos minutos estoy de la vuelta? El bigote está demasiado flamante y me pica. Habremos pasado nosotros y estas aguas marrones seguirán llevando camalotes y hojas podridas, con la persistencia ciega de su declive. El cana brasileño tiene una cara de hijo de puta terrible, hay que hacerse el otario. Total: acá no me van a parar. Si sospecha me dejará como pasto para los horribles de la otra orilla. ¿No te digo? Se queda con la papeleta de entrada, la sella. Ojo, no soy Cattone. María... ¿estás todavía acá... digo, sobre esta tierra? —Ah... sí, gracias. Me devuelve el documento. Está bien hecho. Este P. tendrá sus cosas pero es un tipo prolijo. Bueno, ya está, a la escalera y a la balsa. ¡Qué lujo estas hojas y estas mariposas gigantes y este olor a musgo sobre las piedras y el infernal quilombo de las cataratas a lo lejos! Mirá esa pareja con el pibito. Podríamos ser nosotros, con Sebastián. Se cagan de risa. —Guardá bien las cosas que vos siempre perdés todo. Siempre pierde todo. Se llamará Cacho y será tendero o hijo de tenderos. Tiene cara de turco. ¡Y mirá la camisa con palmeras que se puso para turistar! Je. Te liberaste. Cacho. Bueno, vamos Tucho, dejate pensar huevadas y a la balsa...

La primera autocrítica es, en síntesis, haber cometido delitos de colaboración y traición, con hechos concretos reprimidos por el Código Revolucionario, la segunda es haber elaborado una doctrina incorrecta y haberme sentido autorizado para implementarla, una doctrina donde se busca compatibilizar el interés individual con el interés colectivo, en una relación defectuosa que necesariamente coloca al filo del error, e incursiona irresponsablemente en el terreno donde el campo de la revolución y el campo de la contrarrevolución se tocan, pensando que la mera voluntad individual nos garantiza que en última instancia obraremos con lealtad. Me autocrítico de la soberbia de haber pensado que tenía el control de la situación y de que podía jugar impunemente a vencer al enemigo dándole más ventajas de las que tenía en el momento de la captura.

La cosa esta, lanchón, bote, balsa, lo que mierda sea, se mueve. Estamos a menos metros de la Argentina. El señor canoso con pinta de jubilado, me mira. También me mira la mujer, con esos shorts que no le sientan y la hija fea y pecosa, con el pelo color zanahoria, que tiene la máquina de fotos. ¿Tendrán mi foto en el puesto? ¿Cómo hago para meterme la pastilla en la boca? Parece mentira... después de haber hecho tantas cosas no sé qué hacer, cómo hacer con la pastilla. Así, boludo, sacála de la camisa. La familia del jubilado mira hacia las barrancas cada vez más cercanas de la costa. Este cielo

parece de hierro fundido. Blanco. Quema. ¡Ya está! nadie vio... ¿y si vio qué? Puede ser una golosina, o un remedio. Remedio para melancólicos. ¿Qué se llamaba así? ¡Otra que remedio! ahí está debajo de la lengua, detrás de los dientes. Si me la trago sin romperla no pasa nada. Si la rompo no pasa nada para siempre. María... ¿estará muerta? ¿La habrán llevado con su yumper de embarazada y le habrán pegado cuatro tiros? ¿Lu dejarán parir primero? Calma, calma que la gilada me debe estar relojeando. Se me debe ver en la cara María... la pastilla. Nos vamos acercando...

Otro error grueso se da en la autocrítica. Desde el inicio de la operación, el 2 de enero, hasta el 8 de marzo, yo estoy convencido de haber obrado por "estado de necesidad" jurídico y el principio político-militar de "proporcionalidad entre los objetivos, medios y riesgos" Convencido de que si no hacía exactamente lo que hice se produciría una catástrofe nacional del Partido. Valorizando la operación a partir de un resultado y no a partir de su doctrina. Durante el tiempo que estuve en manos del enemigo, no sentí miedo personal sino miedo por la suerte del conjunto, no tuve pensamientos egoístas explícitos. Me sentí seguro de mí mismo, de mi ideología, actué fríamente entre traidores y enemigos, convencido de que estaba venciendo a unos y a otros. Jamás me sentí traidor, ni siquiera potencial (¿cómo podía sentirme traidor o débil ideológicamente, si antes fui torturado dos veces, y no me quebraron, si cuando tuve oportunidad de elegir entre mi vida y cantar o la muerte, elegí la muerte?). La falta de autocrítica hasta en la audiencia del juicio, habla de no haber querido analizar objetivamente la maniobra no por falta de capacidad, sino por individualismo, el individualismo de no querer reconocer el error.

Es impresionante cómo gritan los pájaros a medida que nos acercamos. Parece que fuera un estallido de pájaros. Es lindo ese recoveco que hace la costa argentina allá, a la derecha. El barranco cae a pico sobre ese remanso de agua que todavía está brumoso por la mañana. Está tan sereno todo. Allá se ve la casilla de Migraciones. Parece que hubiera mucho movimiento. ¿Habrá un dedo? No. No me pueden chapar vivo. No quiero ni pensar lo que me harían. Tengo que hacer un gran quilombo, morder la pastilla y tratar de zafar, de tirarme al agua, qué se yo, algo que me dé tiempo a que me haga efecto. ¿Y cómo será ese efecto? Uy, la cara de la pecosa, del jubilado, del de la camisa turística. Estos ni se imaginan con quién van. La esposa del jubilado me mira. Le sonrío. Me sonrío.

— ¡Qué calor! ¿eh? —Sí, señora, pero lo que mata es la humedad...— Lo que mata... Ja.

En el plano personal (el enemigo) ha logrado que tenga remordimientos por algunos de esos errores con consecuencias posteriores. Por Otra parte, sin haber debilitado mi confianza en las masas, en el Partido, en su política, ha logrado generarme desconfianza hacia los cuadros considerados como individuos. Este éxito del enemigo se da también por mis debilidades ideológicas. Durante ese tiempo he sentido que sólo podía estar seguro de mí mismo, pero que no

podía confiar en tal o cual compañero, en concreto en ninguno, sobre su evolución como cuadro, sobre todo si caía en manos del enemigo. Al haber muerto prácticamente todos mis amigos y haber perdido mi familia, se generó un vacío afectivo, que vengo negándome a llenar por desconfianza. El aspecto condicionante de esa desconfianza está dado por la efectiva traición de algunos de mis amigos en Funes. Pero lo determinante está en el individualismo con que he venido viviendo esta situación. Mi lado revolucionario me hace confiar en las masas, en el Partido y en su política. Me hace querer seguir siendo montonero a toda costa. Mis limitaciones individualistas me hacen confiar mucho en mí y desconfiar del resto de los individuos.

Paró. Los puntos se ponen los bolsos, agarran los nenes. Cuidado. Denle una mano a la gorda. ¡Qué cagazo tengo! No a la muerte, creo. ¿No me estaré engañando de nuevo? No, creo que no. No tengo miedo a la muerte. Sino a volver a ver la cara de los traidores mientras me la dan hasta el final. Yo creo que esta vez lo traen al Tío para que me torture. Cómo pesa este bolso. Pero si se pudre todo, a la mierda y chau. Tiro todo y trato de rajar. O mejor, de que tiren ahí no más. Qué quilombo. Me imagino al de la camisa mirando todo, recagado en las patas. Qué escalera eterna ésta. Pero va rápido. Parece que la cola va rápido. Claro que si hay un dedo... no va a ser para estos buenos señores que fueron a ver cómo es Brasil. El dedo es para mí. Los yutos están bien hechos, por ese lado... ¡Putá, hay un dato que se me hizo un blanco! ¿La calle esa donde vivo está entre cuál y cuál esquina...? Lo busqué allá en la guía y ahora no me acuerdo. Pero no me van a preguntar, cuando te preguntan es porque ya estás cocinado. Allá está Brasil no más. A lo lejos. Verde como su bandera. Estos escalones gastados que salen del muelle podrido son Argentina. Sigue rápida la cosa. Ahora habrá que ir pronto al ómnibus, a Posadas, al avión, a Buenos Aires. Ese pibe de lejos se parece al Sebastián. De cerca no. Pero de lejos me lo hace acordar una barbaridad.

COMPAÑEROS DE LA CN: Ahora soy consciente hasta que punto debe haberles costado sancionarme. Algunos de ustedes están vivos porque, a pesar de todos los errores míos, el haberme presentado en México impidió que el enemigo los matara. El error del enemigo y algunas circunstancias fortuitas fueron el aspecto determinante de que yo llegara al local de Alabama. Cuando se fueron disipando las sospechas de que podía estar loco, ser un mentiroso o inclusive un cuadro ganado por el enemigo, debe haberse vuelto muy difícil para ustedes volverse objetivos con el cuadro que protagonizó estos hechos. Vencer la tendencia espontánea a protegerme, proceder con justicia y mirando el interés del conjunto los honra como Conducción. Que hayan tenido la paciencia y el acierto de hacerme ver las cosas desde una nueva óptica, despojada del subjetivismo individualista, es algo de lo que les estaré muy reconocido para siempre.

Bueno Tucho, serenidad, cara de boludo. Por suerte el tipo no parece muy canchero en cuestiones de inteligencia. Parece un simple funcionario de Migraciones. Allá atrás hay un suboficial de Prefectura. No lo mires. El jodido es ése que se ve adentro,

con bigotito. Parece un profesional del asunto. Ni una palabra. Ni miró la foto. Qué fácil ¿no? ¿O estarán un cachito más adentro? ¿Para no hacer lío delante de todos? No. Parece que no. Y allá en esa explanadita debe estar la salida. Ya estamos como cien metros dentro de Argentina y no pasa nada. Ganamos. Pero no hay que cantar victoria. No hay que cantar victoria. Todavía no me saco la pastilla de la boca. No señor, no me la saco. Pero... mejor le pregunto a alguien porque ando boleado... Con la cabeza loca...

Esta no es la autocrítica definitiva de la operación, hay que avanzar más, ir reconociendo en cada hecho qué fue lo que subyacía, irse más atrás al resto de mi práctica política, implementar las correcciones en una práctica prolongada. No es un camino fácil, si soy superficial en la autocrítica los problemas volverán a aparecer en el momento más inesperado, defraudando las esperanzas que el Partido ha puesto en mi recuperación, si se me va la mano perderé en confianza y seguridad, y no hay capacidad natural ni experiencia que pueda compensar esos elementos, defraudando al Partido.

Por eso no he querido avanzar más en la autocrítica. Pero me pareció que quizás es importante fundamentarles en estas líneas por qué no voy a apelar el fallo y, de paso, si algún cuadro del Partido tiene diferencias con el mismo, quizás esta aproximación autocrítica sea un aporte que contribuya a disipar dudas.

LIBERACIÓN O DEPENDENCIA

PATRIA O MUERTE

VENCEREMOS

TUCHO, SUBTENIENTE

11 de marzo/78

Este ómnibus traquetea de lo lindo, pero ya estamos en camino. Ya puedo guardar la pastilla. Por lo menos hasta que nos pare una pinza. Espero que no haya demasiadas. Voy a agacharme para hacer que busco algo en el bolso, así disimulo. ¿Así que esta cápsula gelatinosa de mi saliva que tengo entre los dedos es la muerte? Ya está. El de al lado no se avivó. Va dormido como un tronco. Ronca y todo... ¡qué envidia! Este no es turista. Se huele que es un laburante. Esa cara roja de sol y vino quebracho. ¿Cuándo te levantarás vos? ¿Cuándo llegará ese maremoto que barra con toda la inmundicia que nos ahoga? ¿Lo veré? ¿Veré esas olas grises de la multitud cubriendo la Plaza, como antes, pero esta vez para siempre? ¿Veré las fogatas de furia que se alzarán en los barrios bacanes? ¿Veré a los milicos vestidos de civil, en camisa, temblando frente a los tribunales revolucionarios? ¿Veré las columnas con las banderas descubriendo que por fin, que para siempre son dueños de todo lo que les sacaron por siglos? ¿Veré los grandes

debates de la Asamblea Popular? ¿Los primeros decretos del Gobierno Revolucionario? No. Lo más probable es que no lo vea. Que dentro de diez minutos o diez meses caiga en una pinza, en una cita cantada, en una operación o transmitiendo consignas electrónicas por un RL. Si ahora cayera, el tipo que duerme al lado se estremecería, se indignaría, pero se quedaría quieto. Volvería a la noche a su casa y le comentaría entre mate y mate a su gorda, a la que no puede meter en la clandestinidad: ¿Sabés? En el ómnibus venía conmigo un montonero. Lo quisieron agarrar y trató de escapar y ahí mismo, delante de todos nosotros, lo bajaron a tiros. Y el tipo me miraba. Te juro que me miraba. Como si yo pudiera hacer algo. ¿Te imaginás yo, desarmado, que podría hacer yo desarmado contra todos esos hijos de puta?

La carranca que llevaba a Tucho siguió a los empujones, tosiendo y bufando por las suaves colinas del Parque Nacional Iguazú. Levantando polvo rojo como el ladrillo en el camino flanqueado por la selva espesa. Un yaguar-yaguareté miró pasar de lejos, con amarilla pupila, el extraño animal ronco y oxidado que ya había visto otras veces y luego siguió limpiando con la lengua áspera y rosada el lujo de su pelambre en riesgo de extinción. De la exuberancia tropical fueron pasando a paisajes más abiertos, verdes como una esmeralda, sombreados por negros bosques de coníferas que, al atardecer, presentaban cúpulas aceradas, salidas de un sueño imposible, demencial y extraterrestre.

Sin contratiempos, llegaron a destino.

XII Lejanías

Yo me pregunto: ¿uno es libre, o qué? O qué. Esa es la respuesta. Y, sin embargo, fijáte. Mirando para atrás desde esta tumba, descubres una cierta lógica. (Descubris debiera decir, pero a veces me sale el tú como a los uruguayos.) Cada paso previo lleva a la cosa ¿no? Es decir, hay un momento en el cual tú (o vos) eliges. Pero luego las circunstancias te llevan hacia lo que no habías previsto. Claro que también podría decirse al revés, que las circunstancias te condicionan para que tomes tal o cual decisión. Si mi viejo no hubiera sido peronista, si además no hubiera sido cristiano, si yo no hubiera ido al Colegio Mayor. Ahora bien, yo me metí. Yo fui, yo *soy* libre. ¿Cómo explicarte esta historia que yo mismo no tengo muy clara? Vamos a ver, vamos a tratar de aclarar. (Interviene el otro, el que dialoga, y con ingenua pedantería cita a Macedonio Fernández: “la realidad trabaja en abierta oscuridad”) ¿Cómo? (eso: que la realidad trabaja —este *trabaja* es casi definitivo— en *abierta* oscuridad. Acá me acotan: ya lo dijo Hegel. Respondo: pero yo se lo leí a Macedonio). Ahora... ¿qué tiene esto que ver con la Revolución en la Argentina. (Todo, todo tiene que ver con ese descubrimiento hegelio-macedoniano: en el momento que, por vagancia, te dejás esa contradicción en el tintero, comenzaron los problemas.) Es probable. Ahora bien, volviendo a mi historia, que dicho sea de paso no tiene importancia si no es para referimos a la otra historia... (el pedante vuelve a interrumpir con su insoportable tonito porteño: no creas che, no creas). Bueno, lo que sea. Volviendo a esa historia, no puedo recordar el preciso momento en que elegí, me parece que fue un proceso más que un momento límite, como dirían los intelectuales. Esas cosas de la vida, ¿no? Podría arrancar diciéndote: todo empezó en el Colegio Mayor de Resistencia. Pero, ¿empezó ahí? ¿O empezó un día nublado de junio en el Buenos Aires de 1955? ¿O un día helado en la Patagonia del 20 cuando pusieron a lodos esos obreros en fila y los fusilaron? (tal vez no haya empezado nunca. Pelado, tal vez esté siempre empezando; a lo mejor ahora mismo esta empezando). Puede ser. En fin, yo te cuento y vos verás. No sé si tiene mucha importancia. ¿Te parece que esto sirve?

En aquellos días del 64 la rutina era sencilla. La semana se dividía en dos grandes momentos: los lunes a viernes y los fines de semana. Los lunes a viernes comenzaban a las cinco y media de la mañana: a las seis llegaba el trabajo en el Tribunal de Cuentas de la provincia. Allí se embolaba hasta las 13 horas. Luego almorzaba en el comedor universitario y muchas veces el sol aplastante de las tres de la tarde invitaba a recluirse en la oscuridad de la pieza. Después había que dejar los libros de Perón, de José María Rosa, de Puiggrós, de Mao o de Teilhard de Chardin, para tratar de concentrarse en los de contabilidad. A las 18 horas, cronométricamente iba a la Facultad y después de las clases seguían las interminables reuniones. A las 12 de la noche, de vuelta en la habitación del Colegio Mayor, se trataba de superar infructuosamente la misma página

de *El Capital* que había quedado marcada de la noche anterior. El sueño solía llegar pronto, demasiado pronto, acunado por la plusvalía. Otras veces, en las penumbras de la semivigilia, el país futuro y el país presente se entremezclaban, se superponían y sucedían del mismo modo que los sueños joviales y las pesadillas.

Los lunes a viernes terminaban, en realidad, los viernes a la noche. El patio del Colegio revivía entonces los fastos sencillos del interior. Estallaban los chamamés entre las glicinas y los jazmines que arrebatan de indefinibles deseos la noche mesopotámica, y todo parecía posible. La estudiantada ingenuota y rústica rodeaba al guitarrero, mientras circulaba el mate en las manos juveniles, o un vino recio que empastaba la garganta y predisponía el ánimo para los gritos agudos en guaraní.

Muchachos y chicas reían los chistes de un chango que luego alcanzaría resonancia como cómico en la TV. Se bichaban de reojo para ver la reacción con los cuentos verdes y un inusitado rubor encendía algunas mejillas. El Soldado Chamamé combinaba todas las artes: la pantomima, el cuento, el canto intencionado y el antiguo y venerable oficio de tragasables, pero en clave más modesta: ante las miradas candorosas de aquellos hijos de colonos, engullía hojitas de afeitar.

Los domingos se celebraba el viejo rito del asado. A un costado del Club de Regatas, entre los sauces llorones inclinados sobre el río Negro, crepitaba la leña de quebracho y una humareda azul aromaba de chorizos el paisaje del Nordeste. Los muchachos competían en pericia acomodando las brasas con gesto experto y rostro reconcentrado, aunque no fallaba algún cachorro futbolista que, en un avance incontenible, lanzara un pelotazo sobre el coro de muchachas sentadas en el pasto.

En las sobremesas los nuevos estudiantes peronistas, o los que habían regresado al peronismo, como Jaime, formaban círculo alrededor de algún viejo militante de la *Resistencia*. Con respeto religioso, repitiendo sin darse cuenta las atentas posturas de la paisanada, escuchando las relaciones de algún resero pródigo en aventuras, agasajaban con su devoción al “peronista de la primera hora” El individuo en cuestión regulaba las preguntas y una lenta chupada al mate le permitía construir con pausas el imprescindible suspenso. Deshilvanada por las preguntas y las interrupciones, surgía de entre los bigotes canosos, amarilleados de tabaco, la gesta del pueblo proscripto.

—Perón le dio dignidad al obrero — solía ser el preámbulo favorito para describir los primeros gobiernos del *Viejo*, para desplegar la imagen cantarina y cristalizada de un paraíso de abundancia. Luego venía la saga de la *Resistencia*. Los *gorilas* quemando los retratos de Perón y Evita en las calles. Las caras contraídas por el odio o el miedo. La clase trabajadora sola, como único baluarte de un nombre político que no se podía decir

en voz alta. Algún chiste matizaba el drama. Un pudor muy nacional evitaba subrayar el patetismo. El hombre evocaba la ingenuidad de las primeras células que intentaban organizar “la violencia de los de abajo”, plagadas de agentes de los servicios.

—El Viejo dijo... —aquí se atascaba en una risa que terminaba en toses violentas—
...debemos estar atentos y vigilantes... La joda es que se fueron los atentados.

La concurrencia reía los dichos del Viejo con fervor, y con la misma unción se ensombrecía ante el recuerdo de las cargas de la policía montada contra los manifestantes peronistas, o se exaltaba con las hazañas de los hombres que, como Carlos Caride o Gustavo Rearte, habían prenunciado el camino de los fierros.

Elecciones ganadas y anuladas, cárceles y torturas, destierro, combinado con huelgas salvajes y bombas caseras que explotaban en las fechas litúrgicas, aparecían en la larga relación a medida que la tarde descendía sobre el río y convertía en vagas formas azuladas los perfiles del Club de Regatas.

A veces se daba el caso de que el hombre era un doble proscrito y su corazón rezumaba odio en dos direcciones. Lo habían perseguido los milicos y la patronal, pero también los dirigentes de su sindicato. El régimen no sólo esgrimía el garrote. Las rejas estaban reservadas para los peronistas “malos”. Los peronistas “buenos” podían llegar a diputados y a millonarios. Sin trabajo, fichado por todas las policías, el hombre se había recluido en el interior y tercamente recomenzaba —como el *gaucho malo*— su prédica con los más jóvenes. Hasta que un día lo ficharan en su nuevo refugio y tuviera que alzarse nuevamente a recorrer el país subterráneo.

Al concluir ese año, que para los peronistas fue *el Año del Retorno*, el General intentó regresar a la Argentina, pero las autoridades brasileñas lo interceptaron en el Galeão. El país serio y formal respiró tranquilo. El país soterrado asimiló la nueva frustración. Algunos dirigieron el índice acusador hacia los gorilas y el *subimperialismo*; otros extendieron la acusación hacia los dirigentes que embarcaron al Viejo en una aventura sin destino. Tal vez para probar que su regreso físico era imposible y para construir un nuevo partido peronista gobernado por *el Lobo* de los sindicatos: Augusto Timoteo Vandor.

Ávidos de hazañas, los muchachos recorrían los barrios humildes, pensando que la hoguera de la Revolución se enciende con cualquier yesca. Las “acciones” aún transitaban por el pintoresquismo y la comicidad antes que por la tragedia.

El mundo *bien* de Resistencia, que escuchaba con devoción a un folklorista del

Partido Comunista pero no ocultaba las náuseas que le producían los *peronachos*, refugiaba placenteramente sus desveladas en el *Fogón de los Arrieros*, una simpática peña atiborrada de objetos curiosos: el letrero de un mingitorio de París, un morrión de la Conquista del Desierto, óleos de pintores modernos, un manuscrito del grupo Martín Fierro y otras muestras de un *bric-à-brac* cálido, reconfortante y ajeno. En el baño de caballeros, los anfitriones habían colgado el libro *La razón de mi vida* de Eva Perón, para que sus hojas reemplazaran al papel higiénico. La broma de los Verdurin chaqueños llegó a los barrios populares, donde la efigie de Evita compartía los altares domésticos. Una noche, al acercarse al inodoro urgido por múltiples libaciones, un coronel retirado que se dedicaba al ramo inmobiliario descubrió en la pared una gigantesca leyenda pintada con aerosol *lo que no les entra por la cabeza, que les entre por el culo*. Lo firmaba la Juventud Peronista.

Hubo un interregno latinoamericano: Santiago de Chile. Desde el avión se asomó a los vertiginosos abismos en sombra, a la terracota ennoblecida por la nieve y las nubes; su alma litoraleña se estiró como esa tierra sacudida por milenarios cataclismos y luego se replegó religiosamente sobre sí misma. El sol brillaba sobre el ala y el ala parecía rascar las montañas, mientras el avión avanzaba por los desfiladeros.

Santiago le gustó por las mismas razones que lo llevaron a elegir Resistencia para vivir. Era una ciudad, pero una ciudad accesible, transitable, donde las viejas costumbres se resistían a morir. Donde un forastero lo suficientemente humilde podía sentirse cómodo.

Viajaba con una beca del ILADES, que controlaban los jesuitas. El Instituto había otorgado una beca al Centro de Promoción Humana del Nordeste Argentino y él se la había ganado. Las aulas de aquel seminario le iban a permitir asomarse a un concentrado de todas las tendencias de la Iglesia contemporánea. Escucharía con recelo al inteligente Pierre Vigó, director del seminario, ex cura obrero y rotundo antimarxista, dictando la materia Doctrina Social de la Iglesia: al marxista Jacques Chonchol, que luego fundaría el MAPU y sería ministro de Chicho Allende; a celebridades internacionales como Paulo Freire y Armando Mattelart. El seminario se extendió de abril a diciembre de 1966 y, por eso, se enteró del nuevo golpe militar por los diarios chilenos.

El nuevo presidente era el Teniente General (retirado) Juan Carlos Onganía, una curiosa cruz de templario y jugador de polo, que se proponía ordenar a la díscola Argentina olvidando las sabias palabras de Dorrego sobre Lavalle: *a qué se mete a reformador de leyes, si ésa no es tarea del arma de caballería*.

El nuevo gobierno parecía dispuesto a quedarse. Se autodenominaba *Revolución*

Argentina y sus actas fundacionales se cagaban alegremente en la Constitución.

En el seminario se comentó mucho ese nuevo golpe argentino, por la índole confesional de varios de sus máximos dirigentes. El gabinete de Onganía había exhumado a los cursillistas, al Opus Dei, a una granada colección de caballeros civiles y militares que no vacilaban en vestir hábitos monacales y encerrarse en largos retiros espirituales que favorecían, por otra parte, la concertación de excelentes negocios.

Varios de ellos parecían arrancados de las páginas de Benito Pérez Galdós por su integrista acérrimo. Ultramontanos de pelo blanco escondían bajo el manto humilde del penitente casimires muy bien cortados. Estos doctores de almas habían logrado superar la arteriosclerosis, la gota y el reuma, y llegaban con nuevos arreos a curar de raíz todos los males de la República.

Onganía aparecía como un nuevo Generalísimo, austero, sobrio, adornado por un mostacho marcial que, según rumores, encubría un labio leporino, y cultivaba una pose hierática y patriarcal que tapizaba su vacío de Esfinge sin secretos.

Era partidario de la doctrina de las “fronteras ideológicas” y había cuestionado al presidente radical por no enviar tropas a Santo Domingo. Sentía que el occidente cristiano estaba en peligro mortal y aventuraba cruzadas contra una “subversión” que aun no existía pero que, incentivada por sus sermones medievales y la contundencia de los bastones policiales, no tardaría en manifestarse.

Al Pelado le llamó la atención que muchos dirigentes políticos y sindicales del peronismo saludasen al nuevo régimen como el fin del liberalismo, porque la política económica que enunciaban las Actas, era del más crudo liberalismo.

Los partidos entraban en un nuevo ciclo de hibernación y hasta las masas populares —bastante levantiscas— habían optado por la buena letra. Los derrotados, que habían subido con el 23 por ciento de los sufragios, no intentaron resistir: pagaban el precio de una democracia que nació mutilada. El Departamento de Estado y la comunidad financiera internacional saludaron con regocijo a las nuevas autoridades.

Santiago fue también la Negra.

El romance nació y se crió a los tropezones, encorsetado por viejos y nuevos prejuicios. El Pelado vivía aún obsesionado por el fantasma del pecado, y no había conocido una verdadera relación amorosa. La Negra había tenido un noviecito de la izquierda cristiana que no tardaría en sumarse a la guerrilla salvadoreña, pero la cosa tampoco había trascendido las inocuas esferas del platonismo.

En el plano de la teoría, era menos rígida que ese argentino reconcentrado y tímido. Más proclive a las audacias verbales, al reconocimiento de la religiosidad popular despojada de aristas inquisitoriales. En las reuniones, él se quedaba en un segundo plano, callado y escondido; eludía las discusiones y era raro verlo reír, aunque a veces estallaba en carcajadas extemporáneas, que parecían provenir de una suerte de otro yo implacable y burlón. Ella hacía gala de un carácter arrollador. Polemizaba con exuberancia, afincada permanentemente en su papel de abogado del diablo.

Tal vez la cosa empezó en mayo, cuando hicieron ese paseo a Calera de Tango, al viejo convento jesuítico donde San Martín durmió una noche.

La relación siguió después en Santiago, en la rutina de los cursos, las cenas de pollo frito en un pequeño boliche del centro y las eventuales inmersiones en la oscuridad de algún cine, propicia para los estremecimientos de una tentación invariablemente reprimida.

Día a día ella iba intuyendo que, a pesar de las palabras distintas, de no entender a Perón ni a esa Argentina que emanaba futbolistas habilidosos, gigolós con gran talento organizativo, militares anticomunistas, cantores de tango y ejecutivos infatuados que se paseaban por la América india con cara de oler mierda, iba quedando enganchada a ese protorrevolucionario de ideologismo implacable, a ese varón sombrío.

El Pelado, en cambio, navegaba en un mar de oscuras perplejidades y no parecía dispuesto a cambiar su vida, su país y su vocación por la panameña que lo desconcertaba y atraía.

Los dos sabían que retomarían a sus respectivas tierras y tuvieron la prudencia de dejar todo en agua de borrajas, librado a los azares de una hipotética correspondencia. Cuando el curso terminó vino la despedida. Y pese a que ninguno de los dos alcanzó a imaginar ni remotamente las peripecias que habrían de vivir juntos, al subirse al barco que la devolvería al universo cálido y barroco del Canal, ella fue sacudida por una premonición.

—Negra... esta vez me parece que estás jodida.

Hubo una tarde, sí, que tal vez fue un comienzo. Un paso. El jardín chaqueño respiraba los vapores azulados del crepúsculo, cuando el Pelado conoció al otro Pelado. Y hablaron de la ruta de Ho-Chi-Minh. De la "rural", para distinguirla de la "urbana"

El otro Pelado era un abogado laboralista santafesino que había alcanzado cierta notoriedad en la juventud demócrata cristiana. Se contaba una anécdota: el dueño de un

obraje se negaba a pagar los jornales caídos después de una huelga. El otro Pelado, más bajo y corpulento que Jaime, había sacado una 45 de la cintura y lo había persuadido.

Ahora el hombre no estaba más en la DC: alentaba la esperanza de formar una guerrilla peronista.

Era una curiosa mezcla de empleado bancario y campesino de los Balcanes y, mientras hablaba, no cesaba de arrancar cortezas con sus dedos regordetes o de comerse un lápiz. Jaime lo seguía en sus vaivenes con la mirada. A la vera de los dos un cura amigo, del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, no se perdía una palabra del monólogo.

El balcánico quería desarrollar una guerrilla en Salta y Tucumán, abastecida por el Nordeste. El Che estaba por caer en Bolivia. Los grupos cristianos discutían sobre la legitimidad de la violencia. Surgían los ateneos y se insinuaban las ideas que después sustentaría la revista *Cristianismo y Revolución*, teniendo como referencia a Medellín y a Camilo Torres.

—No hay otra —decía el balcánico mientras les ofrecía integrarse a la estructura logística y diseñar la extensa y nunca realizada “ruta Ho-ChiMinh”. El crepúsculo había acabado de apoderarse de su cara redonda y tosca y contrastaba con el fuego de sus pupilas.

El jardín umbrío se plagaba de sombras orientales; parecía que tras los ceibos de rojo agónico se extendían arrozales llenos de *vietcongs*. Por el sendero que llevaba a la casa parroquial, a la iglesia protectora de los cristianos primitivos, caminaban los espectros del Mate Cosido y del Isidro Velázquez, los bandidos que habían encendido leyendas en el Chaco. Los que secuestraban normandos en el bosque de Sherwood para repartir las riquezas entre los sajones.

—Peronismo, socialismo, lucha armada... —repetía el balcánico como pensando en voz alta—. No hay otra.

Cuando regresaban a paso lento por el caminito del jardín, Jaime advirtió que había comprometido su apoyo y que el desconocido había terminado de comerse el lápiz. El cura venía detrás, como cerrando una puerta invisible.

Por esas cosas raras que tiene la vida, el muy católico gobierno del General Onganía entró en feroz contradicción con buena parte de la juventud cristiana y una porción nada desdeñable del clero.

Tras descargar furiosos bastonazos sobre la Universidad de Buenos Aires por considerarla “una cueva de marxistas”, el gobierno militar fue haciendo lo mismo en los claustros del interior y acabó extendiendo ecuménicamente el caucho represivo sobre los estudiantes integralistas, que deberían haber sido un pilar del régimen.

En el año de gracia de 1968, ese hábito inveterado de la Guardia de Infantería de bastonear a los estudiantes y manosear a las estudiantas había logrado volcar hacia el peronismo y la izquierda a la inmensa mayoría del movimiento universitario. En ocasiones los choques llegaron a ser letales y en las calles de Córdoba quedó el cadáver del estudiante católico Santiago Pampillón. En Tucumán floreció, y rápidamente fue extinguido, el foco guerrillero de las *Fuerzas Armadas Peronistas*. Experiencia solitaria y aislada que venía a sumarse a otros antecedentes: la *Operación Cóndor* en las Malvinas y la breve experiencia urbana del *Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara*.

Aún el régimen podía respirar tranquilo y continuar su política económica, aderezándola con medidas de otro tipo que enfurecían a los sectores cultos de la clase media. La censura del onganiato le había echado el ojo a Pasolini, y no se había detenido siquiera ante la ópera *Bomarzo*, basada en un novelón pasatista de Manuel Mujica Láinez. Desde un año antes gobernaba la economía un viejo conocido de *Adela Investments*, *Business International*, el *Banco Mundial* y la transnacional *Deltec* con sede en Bahamas: el doctor Adalbert Krieger Vasena. Su receta era sencilla: devaluación, congelamiento de salarios, liberación de precios, monopolio del comercio de carnes... de *Deltec*, naturalmente.

Frente a la sencillez de esas medidas, se iba amalgamando una compleja resistencia liderada por nuevos políticos y sindicalistas que no habían aplaudido el advenimiento de Onganía y que, mirando fijo al superministro de Economía, advertían que la *Revolución Argentina* no se proponía sepultar al liberalismo. Al menos no al liberalismo económico.

Una nueva figura emergía en los sindicatos. Era joven, peronista y cristiano. Alto, delgado, siempre vestido de negro, el gráfico quijotesco ponía en peligro al *Lobo Vador* y todo el país empezaba a hablar de Raimundo Ongaro.

Cuando ganó el puesto de Secretario General de la CGT, la central se partió en dos. Los vadoristas se quedaron con el viejo edificio de la calle Azopardo. El linotipista de camisa negra y lenguaje libertario estableció su cuartel general en la Federación Gráfica Bonaerense, en la calle Paseo Colón. Allí, en la llamada CGT de los Argentinos, se iba congregando la izquierda que no quería más retóricas de cale; los hombres de la resistencia peronista, los nuevos activistas del cristianismo a lo Camilo y un sinfín de

estudiantes e intelectuales que soñaban con el asalto al Palacio de Invierno.

“Es un extremista y un loco, dice que habla con Dios”, ironizó Coria, secretario contra natura del gremio de la Construcción. “Prefiero que hable con Dios y no con los militares”, habría sido la irónica respuesta de Perón. Pronto lo recibiría en Puerta de Hierro para sopesar al nuevo fenómeno. Al acompañarlo hasta el porche una noche de invierno, advirtió que no tenía abrigo y soplaban el viento helado de la sierra.

—Llévese mi sobretodo —propuso el Líder.

—No, General... —se apresuró a responder el gráfico—. Seguro que me va a quedar muy grande.

Los ojos entrecerrados de Perón brillaron en la penumbra.

— ¡De ninguna manera! Yo creo que le va a quedar como si fuera de medida.

Las cartas entre Panamá y el Chaco se van sucediendo a lo largo de la Revolución Argentina. Hay sucesivas rupturas y reconciliaciones. Un día vuelve la amiga que viajó a la Argentina y le dice:

—O vas y te casas, o lo pierdes.

La excusa para el reencuentro es un seminario en Paraguay. Y Paraguay está muy cerca de Resistencia.

La ciudad la abrume. Casas sin aleros, a plomo sobre las veredas... Se siente arriba de una mesa. La gente también le parece chata. Especialmente el grupo de Jaime. Ve chispazos de vida afuera, que son criticados como “burgueses”. La cosa no camina y se vuelve a Panamá emputada contra la vida en general y contra ese argentino en particular, que insiste con la “rural”, una rígida ideología de las costumbres y, sobre todo, con mantener sus planes personales sin concesiones. Ella no entra en el tablero. Aunque deje el Canal y sus anfictiónicas aspiraciones de hacer la revolución en Centroamérica.

Sin embargo, contra toda lógica, contra esa eterna racionalización de los sentimientos que contradice su proclamada adscripción al surrealismo tropical, regresa. Regresa para casarse.

Salta del trópico al Colegio Mayor. No sabe muy bien por qué está ahí. Por qué se va a casar con el peronista reconcentrado, con el contador que quería volar, con el último

vástago de una prole de catorce hijos (cinco varones y nueve hembras), con un cura, un hermano salesiano y cinco monjas, dejando a los laicos en minoría.

Sólo encuentra consuelo en la casa de Picky y el Negro Fino. Todo le parece elitista, sectario, machista, y una serie de islas más, como ese tío del Pelado que la invita a comer y descubre que aunque es negra habla como una persona y sabe manejar los cubiertos, ese tío que se ha tomado la molestia de leer sobre Panamá en el *Almanaque Mundial*.

Los cristianos primitivos se casan, por fin, el 22 de marzo de 1969 en la Catedral de Resistencia. Los casa el cura párroco, Don Uberto Cúberli, otro cristiano primitivo que ha convertido la Catedral en refugio de todos los perseguidos y morirá amargado por sus tremendas peloterías con el obispo. La fiesta es en el Colegio Mayor, a las diez de la mañana.

Faltan dos meses solamente para que la Argentina provinciana vuele alegremente por los aires; para que exploten las alcantarillas con los gases de tanta mierda acumulada.

El *Cordobazo* empieza fuera de Córdoba. Precisamente en la Universidad del Nordeste. ¿El motivo? Fútil en apariencia: el boleto para el comedor universitario aumentó de 10 a 12 pesos. El 15 de mayo los universitarios, los empleados de la provincia, la JP, Jaime, la Negra, Picky, el Negro Fino, Cúberli y miles de personas enfurecidas, recorren las calles de Resistencia. Hay gases. También tiros. En Corrientes muere un muchachito: Cabral. En Rosario otro: Blanco. Entonces, por la irrefutable teoría de los vasos comunicantes, estalla Córdoba.

Veintinueve de mayo del sesenta y nueve cuantas cosas no te habrán pasado por el bocho querido amigo joven pequeño burgués como yo de buena y respetable familia e indudables oportunidades de progreso y desarrollo personal dentro de nuestra querida aunque un tanto ajada Patria argentina azul y blanca que copia los colores del cielo en la barranca del Paraná y rechaza el inmundotraporrojo-que-supimosconseguir-coronadosdegloriavivaaaaamosoojurescongloriamorir-orejurescongloriamorirojurescongloriamorir. Córdoba la docta.

Córdoba.

La Roja.

Austera.

IKA-Renault.

FIAT.

Fiat lux.

Xerox.

Córdoba de la Cañada. Lumpenacha y querida.

Córdoba obrera de Ferreyra.

Córdoba estudiantil del Barrio de Clínicas.

Córdoba la.

Córdoba.

Peronizada.

Radical.

Radicalizada.

Sabattinizada.

Encolerizada.

“Pidamos a Dios en este día para que pueblo y ejército sigan como ayer y como hoy unidos en la meta tantas veces soñada de grandeza y felicidad”, dijo el 29 de mayo de 1969 en Córdoba el Comandante del III Cuerpo de Ejército, General de División Eleodoro Sánchez Lahoz. Era el Día del Ejército.

Durante años solamente nos han exigido sacrificarnos. Nos aconsejaron que fuésemos austeros: lo hemos sido hasta el hambre.

Cuenta un Negrazón la saga inédita:

“Mira loco: ahí bajaban juntos las columnas de proletas y estudiantes. Miles, te juro. Parecían hormigas los guasos. Y cuando se cacharon de frente con la Montada los hijos de la remilputa pelaron las guachas y empezaron a tirar. Ahí lo bajaron al pobre Mena, el laburante”.

Nos pidieron que aguantáramos un invierno: hemos aguantado diez.

Obreros, estudiantes, clase media, comenzaron las barricadas. Los ataques relámpagos con molotov.

“Había más fuego y humo que en la guerra, te juro loco.”

A la Cañada. ¡Todos a la Cañada!

Al bulevar San Juan. ¡Todos al bulevar San Juan!

A reventar la Xerox.

A la Oriental.

A reventar la agencia Piattini.

¡Qué Elpidio Torres ni qué carajo!

Los dirigentes sindicales son sobrepasados.

La policía es sobrepasada.

La Montada retrocede.

Viene el Ejército.

La pueblada anega el centro de la ciudad. Pero se vienen los monos con ropas pardas. Las balas de las ametralladoras pican las paredes. Arden ómnibus, patrulleros, autos, neumáticos de humo negro.

Y cuando no hay humillación que nos falte padecer ni injusticia que reste cometerse con nosotros, se nos pide irónicamente que “participemos ” Les decimos: ya hemos participado, y no como ejecutores, sino como víctimas en las persecuciones, en las torturas, en las movilizaciones, en los despidos, en las intervenciones, en los desalojos. No queremos ya esta clase de participación.

El Cordobazo duró dos días con sus noches. Con sus noches de francotiradores y resistencia en el Barrio de Clínicas. Al cabo quedaron decenas de cadáveres, cientos de heridos, un buen pedazo de la ciudad en ruinas y un gobierno militar boqueando.

El doctor Krieger Vasena se tuvo que ir del ministerio y del país. En Ezeiza comentó sus perplejidades a los reporteros: “Yo no entiendo... todo esto lo hicieron los obreros mejor pagados del país”. Se consoló en Bahamas.

Así fueron pasando trescientos sesenta y cinco días. Hasta otro 29 de mayo. Jóvenes disfrazados de militares fueron a un departamento de la calle Montevideo. “General, nos tiene que acompañar”, le dijeron. Y los acompañó Aramburu. Sin sospechar al comienzo que eran oficiales de otra milicia, que querían meterlo en una pieza de una casa de una estanzuela allá en Timóte, prender un grabador y preguntarle:

— ¿Dónde está el cadáver de Evita?

Y escribir en una máquina prestada por un cura amigo que no sabía realmente nada del asunto:

COMUNICADO N° 3

En el día de la fecha, domingo 31 de mayo de 1970, la conducción de nuestra organización, constituida en Tribunal Revolucionario, luego de interrogar detenidamente a Pedro Eugenio Aramburu, declara:

I. Por cuanto Pedro Eugenio Aramburu se fue reconocido responsable:

1°) De los decretos 10.362 y 10.363 de fecha 9 de junio por los que se “legaliza” la matanza de 27 argentinos sin juicio previo ni causa justificada.

2°) Del decreto 10.364 por el que son condenados a muerte ocho militares, por expresa resolución del Poder Ejecutivo Nacional, burlando la autoridad del Consejo de Guerra reunido en Campo de Mayo y presidido por el General Lorio, que había fallado la inocencia de los acusados.

3°) De haber encabezado la represión del movimiento político mayoritario representativo del pueblo argentino, proscribiendo sus organizaciones, interviniendo sus sindicatos, encarcelando a sus dirigentes y fomentando la represión en los lugares de trabajo.

4°) De la profanación del lugar donde reposaban los restos de la compañera Evita y la posterior desaparición de los mismos, para quitarle al Pueblo hasta el último resto material de quien fuera su abanderada.

11. Por cuanto el Tribunal lo ha encontrado culpable de los siguientes cargos, que no han sido reconocidos por el acusado:

1°) La pública difamación del nombre de legítimos dirigentes populares y especialmente de nuestro líder Juan Domingo Perón y nuestros compañeros Eva Perón y Juan José Valle.

2°) Haber anulado las legítimas conquistas sociales instauradas por la Revolución

Justicialista.

3º) Haber iniciado la entrega del patrimonio nacional a los intereses foráneos.

4º) Ser actualmente una carta del régimen que pretende reponerlo en el poder para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia y legalizar la entrega de nuestra patria.

5º) Haber sido vehículo de la revancha de la oligarquía contra lo que significaba el cambio del orden social hacia un sentido de estricta justicia cristiana.

El Tribunal Revolucionario, RESUELVE:

1 Condenar a Pedro Eugenio Aramburu a ser pasado por las armas en lugar y fecha a determinar.

2 Hacer conocer oportunamente la documentación que fundamenta la resolución de este tribunal.

3 Dar cristiana sepultura a los restos del acusado que sólo serán restituidos a sus familiares cuando al Pueblo Argentino le sean devueltos los restos de su querida compañera Evita.

MONTONEROS

COMUNICADO N° 4 Al PUEBLO DE LA NACIÓN

La conducción de los MONTONEROS comunica que hoy a las 7.00 horas fue ejecutado Pedro Eugenio Aramburu.

Que Dios Nuestro Señor se apiade de su alma.

¡PERÓN O MUERTE!

¡VIVA LA PATRIA!

MONTONEROS

Onganía kaput.

XIII Historia en tres ciudades

Chacho ha dejado la *Pecera* para buscar tabaco. Una vez en la celda improvisada llena la pipa, contempla el río. La planicie de cobre que se extiende sin fin, sin costas a la vista.

Se demora en el ventanuco, agobiado por una vejez más que prematura, por un desasosiego que lo va horadando y que los chupados no perciben detrás de la frase ingeniosa, de la calma para evaluar las situaciones más conflictivas y apremiantes. Es un jefe, siempre ha sido un jefe. Es verdad que en la Orga no pasaba de ser un cuadro medio, pero él sabía que los otros sabían que merecía ser un jefe, aunque le retacearan el nivel y las insignias. Ahora los chupados no se lo retacean. No hay insignias en la tiniebla, pero nadie discute su jefatura.

Recuerda imprecisamente esos tiempos tan próximos y tan lejanos de la incertidumbre, cuando estaba en capilla. Cuando Lucy trabajaba semana a semana para diferirle la sentencia.

“No entregué a nadie”, piensa en transparencia, más allá de la visión de una chata arenosa, panzona y renegrada que cruza las aguas sucias hacia el este. Todos los días se lo repite y es cierto: aguantó la tortura; no tiene que reprocharse la caída de un solo compañero. Pero hay tantas cosas entre cielo y tierra que convocan el desasosiego.

Evoca el maremágnum de los primeros días que siguieron a la caída. Cuando se torturaba simultáneamente en todos los cuartos del sótano. Cuando los insultos se mezclaban en Capucha con los lamentos. La muchachita esa violada en el baño por cuatro verdes. El jefe de los violadores comentándole al marido engrillado: “Nos cogimos a esa puta montonera roñosa y le gustó. Le gustó más que con vos” La exaltación del Tigre cuando lo tuvo a su arbitrio en la celda número 13 y le besó la cara sobre la tela inmunda de la capucha, gritándole en el oído: “¡Caíste, Chachito querido! Eras el último que me fallaba de tu ámbito. Ahora puedo completar el organigrama”

De nuevo, como en el 72, la picana sin parar, día y noche, a cualquier hora. Y en las pausas de descanso los gritos de una vieja que destrozaban delante del hijo. O aquel domingo en que cayó gente importante de Capital y el Tigre tuvo que interrumpir su tarde de *yachting*. Cayó vestido de sport al sótano. Con una chomba amarilla y esa gorra de capitán de velero que parecía una caricatura de su oficio de marino. Febril, entraba y salía de cada cuarto dando máquina en uno, dirigiendo el interrogatorio en otro, pidiendo un vaso de agua en el pasillo con voz normal y luego volviendo teatral y

gesticulante a una de las celdas improvisadas, sacándose y poniéndose la gorra.

Todas las semanas esperaba su traslado. Todas las semanas el tribunal de las tinieblas se reunía a decidir los nombres del próximo lote.

Fue en el primer mes, cuando pasó lo de Tincho. Lo que Tincho le contó en voz baja, con los ojos extraviados, mirando más hacia adentro, hacia esa película sin fin del traslado, que a su interlocutor. *Me bajaron a la enfermería. Me dijeron que me iban a llevar a un lugar mejor pero que me tenían que poner una vacuna para evitar contagios. El enfermero me aplicó una inyección en el brazo que tardó en hacerme efecto. Pasaron unos minutos y comencé a sentir que los brazos y las piernas no me respondían y que las movía como en cámara lenta. Me sentía muy débil. Pero no llegué a dormirme. A otros les hicieron lo mismo. Algunos vomitaban mientras esperaban sentados en los bancos del pasillo. Algunos se desvanecieron y así los llevaron. Creyeron que yo también estaba desmayado. Me sacaron por la puerta del sótano y me cargaron en un camión con todos los demás. Llegamos a un lugar del Aeroparque. Me subieron a un avión Foker y allí Pedro Bolita me preguntó mi nombre. Cuando le dije: Tincho, Pedro Bolita me dice: "Te salvaste, pibe" Y me trajo de vuelta acá. Estuve luego como día y medio durmiendo.*

Una vez también el *Chispa* le había dicho: *No aguanto más. Día y noche pienso en los que tiramos al mar.*

Se sienta en el camastro. Fuma y recuerda. Lucy. Lucy es el eslabón entre las dos épocas. La clave de que este allí, fumando en el camastro. Abrumadoramente vivo. Y al mismo tiempo flotando en ese sueño del que no atina a despertar.

Lucy, *Oficial Mayor*. Lucy en la Panamericana cambiando las chapas de un Citroën afanado. Aquella vez, cuando esos motociclistas de la caminera fueron a meter las narices en lo que no les importaba. Lucy, la cabellera suelta, las manos lánguidas afirmando la metra... Lucy respetada. Compañera del Monra, pero valiosa en sí misma. Discutidora. Lectora. Conocedora al pelo de la historia de la Orga. De todas las orgas. Lucy carnaza del 68, de nuestra generación. Atiborrada de Althusser y Marighela.

¿Cuándo empezó lo de Lucy? Recuerda, recostado en el camastro. Goza sombríamente cada espacio de soledad que se concede. Tiene privilegios ganados que ya nadie le va a discutir. Puede demorar en volver a la Pecera. La historia es la consabida. Se banco los golpes y la picana. No soltó un dato. Y luego... El luego de Lucy es aún más terrible que el de todos. Que el *luego* de Chacho.

No colabora, no dice nada durante meses. Es difícil saber qué piensa. Intuir si está derrotada. Sólo se deja hacer, se deja estar. La llevan con otras a las *casas Coda*. Se pone su

bikini. Se mete en la pileta o toma sol como una autómatas. Sólo tiene un gesto de su antigua rebeldía una tarde en que el Tigre se insinúa más de la cuenta. Lo frena en seco delante de todo el mundo. Tan secamente que el Tigre abandona definitivamente sus evidentes propósitos de sustituir con ese junco altivo y enigmático el cuerpo hastiado de la Negrita, percutido de aberraciones.

Un día el *Raía*, al Trueno Pernía le anuncia que tienen en su poder al asistente del Monra y que ha cantado. El tipo habla con su mujer por teléfono y le dice que busque cualquier pretexto para irse con sus hijos. La mujer obedece. El Monra ignora todo. La mira con ojos celestes y confiados, hasta que media hora después comprueba que él y su hija están rodeados por la Patota.

El Rata agarra el megáfono y le propone un extraño trato. Tal vez el más extraño de esta guerra: que deje salir a la nena.

Quiere llevarle el presente a Lucy. Ingresar en ella por el camino que el Tigre no supo recorrer.

El Monra lo putea. Ignora muchas cosas, aunque hay algo que ya sabe: la pareja que convive con él lo ha entregado. También cree haber escuchado por el megáfono que los tipos hablan de Lucy. Como si Lucy estuviera viva... De todos modos no tiene demasiado tiempo para pensar. Está frente al momento que ha imaginado todos estos años. Decide ponerse a la altura de lo que él y todos los compañeros suponen que debe hacer un jefe montonero. Pone a la nena a buen recaudo: se asoma con cautela a la ventana y, sin responder a los del megáfono, abre fuego. Dispara como un demonio. Desde una, desde otra ventana. Recargando a velocidad inaudita, con cara de loco. De afuera le contestan y las balas comienzan a silbar en la habitación. De pronto paran. Vuelve el megáfono. El tampoco dispara. Está escuchando al tipo ese que insiste:

— ¡Tenemos a Lucy! ¡Dame la nena!

Piensa un segundo.

— ¡Está bien! ¡Pero no me rindo!

La trae del escondite y la abraza.

La besa. Los dos lloran abrazados.

— ¡Voy a entrar! ¡No tires! — grita el del megáfono.

— ¡No voy a tirar! ¡Entren de una vez! —ruge el Monra.

La empuja hacia la puerta. Ella se queda parada en medio de la pieza, implorándole entre lágrimas.

— ¡Papá...! ¡No quiero...!

— Andá hija. Andá... —suplica el Monra.

El del megáfono ya está del otro lado de la puerta.

— ¡Voy a entrar! ¡Estoy desarmado!

El Monra se repliega hacia el ángulo, apuntando hacia la puerta.

— ¡Pasen! —grita—. No voy a tirar.

El Rata se asoma con cautela. En un segundo capta la escena: el enemigo que le apunta desde el rincón, la piba en medio de la pieza sin querer desprenderse, él mismo, que está entrando en ese silencio, él mismo que está estirando una mano hacia la chica mientras el Monra espía cada uno de sus movimientos. El mismo que se está yendo ahora, agarrando a esta pibita loca que grita, llora, clama por ese padre que está dejando ahí y que no va a ver más.

Hay un larguísimo silencio. Luego vuelve a oírse el megáfono y la voz del tipo que se llevó a la hija.

— ¡Entregate Monra! ¡Tenemos a Lucy!

Una sonrisa inhumana desfigura el rostro hermoso del Monra. Siente cerca de la nariz el olor de la lubrilina, el ojo azul apunta, el dedo acaricia la cola del disparador y el mundo vuelve a llenarse de explosiones infernales hasta que algo, como una manopla de hierro, lo parte en dos.

“¡Es de novela!” califica el Chacho, mientras limpia la pipa. Vuelve a sorprenderse, una vez más. No tanto de lo que el hombre puede hacerle a los demás hombres, sino de lo que el hombre puede hacerse a sí mismo. De cómo puede ofender y ensuciar su alma y obligarla a sumergirse en los pozos más nauseabundos, hasta que no quede el mínimo vestigio del cielo que iluminó otros días de la vida del hombre. Porque entonces, cuando lo bajan al Monra, Lucy cambia.

La dejan acompañar al Monra en su agonía. El pelo de Lucy le roza la cara. Las lágrimas de su mujer le mojan el hombro aterido.

Allí está espiando el Rata Pernía. Con su campera azul de plástico. Con su porra negra y desaliñada. El ceño fruncido, los ojos entrecerrados, el labio superior fino oprimiendo la carnosidad del otro labio.

—Lucita quería tener a su hija —explica.

El moribundo abre los ojos y los clava en la cabeza que se sacude sobre su hombro.

— ¿Y de cuándo te llama a vos Lucita este hijo de puta?

Es lo último que dirá. Minutos después *Mengele* certificará la defunción con gestos profesionales.

Chacho todavía estaba en libertad cuando Monra fue a morir a la ESMA y Lucy franqueó la frontera. Pero fue testigo de lo que vino después.

Nadie lo quería creer, hasta que tuvieron que convencerse. Ella misma se lo contó una vez que lo visitó en Capucha para darle esperanzas y confidenciarle sus planes salvavidas.

Vos sabes lo mío y lo de Antonio, ¿verdad?, y le rehuyó la mirada. Con la vista en el suelo, vomitó todo: lo quiero. Es horrible, pero lo quiero. El a veces me mira y me dice: "¿Cómo me puedes querer si soy un mierda? ¿Si soy una bestia y un asesino?". Una vez, estábamos acostados fumando y me gritó: "Levantate de mi cama, puta. Levantate que yo lo maté a tu marido"

Recuerda. No lloraba cuando dijo eso. Seguía con la vista clavada en el piso cuando agregó: *Pero lo quiero... ¿sabes? Aunque me diga esas cosas lo sigo queriendo. No se por qué. Tal vez porque me devolvió a mi hija.*

Chacho camina por la celda y descubre el libro: *La Orquesta Roja*. Un regalo del Tigre, dedicado por el Tigre. "¡Imbécil! Siempre tratando inútilmente de que yo lo respete." Vuelve a Lucy. Evoca las cartas. La ansiedad de todos cuando la llevaron al Centro Piloto. Algunos tipos como el Puma no estaban de acuerdo. Había muchos riesgos. Pero Lucy se quedó en el molde, cumplió su tarea, no se rajó y se puso a dar conferencias de prensa.

Mete los ojos en el turbión, en la centrífuga asesina. Revisa datos actuales. Compulsa lo que sabe de ella por una carta. "La Lucy tiene la locura mística. Parece que

lo lleva a la rastra al Trueno por todas las iglesias de Europa.” Se le agolpan las imágenes. La ve con una pañoleta en un mar de reclinatorios vacíos, rezando. El Rata apoyado en una columna gótica, bostezando. Allí va la increíble pareja por las iglesias de Francia, España, Italia, hundiendo los dedos en la pila de agua bendita. Tal vez acudiendo a la sombra preñada de sombras de un confesionario, para decirle a un cura gallego lo que no se atrevería a decirle a nadie. “El Trueno la trata mal. Le hincha las bolas esta locura mística. Empieza a hartarse de la monja que lo sigue como un perro faldero. Claro, su ideal para la cama era la montonera dura y altiva, y no esta chupacirios que soporta todos sus desprecios como un acto de contrición.”

Chacho se irrita al admitir que le debe un agradecimiento total a la monja. Que está vivo gracias a su intervención, como Mora, como Mateo, como varios otros.

Ella inicia la tarea de persuasión: *Hay que convencer a los marinos, que son muy brutos, de que hay que dejar vivos a los cuadros. Que tratando bien a la gente se logran mejores resultados.*

El perfeccionó la doctrina. “Fue todo tan increíblemente sencillo.” Se le aparece nítida la cara de boludo del Tigre cuando hablaban de política internacional. Cuando él les dijo que iban a tener problemas serios con Cárter por la cuestión de los derechos humanos. Cuando descubrió que esos oficiales de *inteligencia* ni siquiera leían los diarios.

“Aunque, para ser justo, tengo que reconocer que Astiz siempre fue más piola. Ese escuchó desde el comienzo. Cuando vio cómo venía la mano con el embajador Castro, me felicitó por mi diagnóstico.” Se consuela: “No es poco lo que se ha logrado. Se acabó esa época en que ellos tiraban de la piola y salía todo. La mano está parando. Ya casi no operan. Se están desmilitarizando como grupo. Ahora todos están pensando en respuestas políticas. Y eso lo logré yo”

Piensa en la Pecera como su obra máxima. ¡Qué transformación desde esos comienzos artesanales! Desde aquellos días en que le llevaban uno o dos diarios para marcar las cosas más importantes del país y las que iba haciendo la Orga. En el exterior, con la *campaña anti argentina*. “Ahora hay télex, teletipos de agencia, cuarto de grabación, laboratorio fotográfico, de todo. Una central de comunicaciones subterránea. Es preferible que se entretengan con esto y no salgan a la calle a operar.”

Vuelve a cargar la pipa. El viento le trae una vaharada de barro, un recordatorio acuciante del río cercano. “Estoy vivo y pronto voy a salir de acá. Y voy a estar con la Flaca y el pibe. ¿Pero saldré alguna vez de la Pecera? ¿Podré dejar esta celda cuando camine por el mundo con un pasaporte de la Marina?” Prefiere cortar las indagaciones y concentrarse en las tareas urgentes. “Hay que presionar para que traigan de vuelta al

Sordo de Campo de Mayo y al Pelado de Funes. Si el Ejército amasija a uno de los dos, se va a crear un precedente muy jodido. Además la gente está inquieta... Algunos piensan que al final nos matan a todos.”

Se calma, se autoinunda de responsabilidad y vuelve a la Pecera, convencido más que nunca de que ellos, manejan a los marinos. Sin permitirse pensar, siquiera por un momento, en la hipótesis contraria.

— ¿Está quebrado?

—No.

— ¿Las heridas son graves?

—No tengo la menor idea. Sólo sé lo que dijo Tucho en la conferencia de prensa. Parece que está herido en las piernas.

— ¿Y qué pensás vos?

Largo silencio. El Vasco se pasó una mano por la nuca. El Gordo Julio se levantó molesto a mirar las verdes palmas entre los listones de vidrio de la ventana. Ella se mandó el ron de un trago y remató:

— ¿No hay que hacerse esperanzas, no?

—Yo creo que no. Lo siento. Pero eso es lo que pienso. No hay sobrevivientes. Y más después de lo de Tucho. Se lo van a cobrar con los prisioneros.

Siguieron especulando un rato pero la conversación iba desmayando en un silencio mucho más expresivo. Ella le pidió ayuda. El Vasco le explicó que no tenía presupuesto. El último dinero que le había dado el Partido eran esos trescientos dólares que el Gordo Julio le había podido pasar en México.

Al día siguiente la Negra decidió que tenía que decírselo a los chicos. Los llevó a la recámara de la Gume. Se sentaron los tres en la cama.

— ¿Se acuerdan lo que les pasó a ustedes? Por toda esta lucha que estamos llevando. Bueno. El papá iba a una reunión y lo mismo que a ustedes, lo han secuestrado.

Vanesa y Fernando la miraron con ojos de vidrio.

—Creo... que es muy difícil que lo suelten. Es preferible pensar que no lo vamos a ver más. Porque si lo viéramos...

Vanesa jugaba con un pliegue de la falda de su muñeca.

— ¿Tenemos que pensar que está muerto? —preguntó.

—Sí —contestó la Negra sin pensarlo. Los abrazó, los besó y los empujó a sus juegos. Nadie había derramado una lágrima.

El tema se fue desgranando en los días siguientes en charlas aparentemente casuales. A la semana hubo una explosión y los tres lloraron abrazados en la cama de la Gume.

El viaje a Coclecito fue una pausa en la rutina de la angustia. Fue con su jefe inmediato —el Gordo Julio— y el legendario Vasco Vaca Narvaja, a ver al General en su reducto. Allí estaba, en esa casona rústica, rodeado de sus campesinos y su aureola de Macondo. Hablaron de política. Tomaron ron y café. El hizo pocas, incisivas preguntas, con su puro y su sonrisa enigmática. Ahí no más se oficializó que quedaba como embajadora de la Orga.

Al atardecer los acompañó solo por esa larga calle de tierra que llevaba al improvisado aeropuerto. Mientras hablaba con ellos una banda de indiecitos le bailaba alrededor, le pedía caramelos, lo obligaba a regañarlos con la falsa severidad de los abuelos consentidores.

Desde los asientos lo vieron un buen rato todavía, con su sombrero, agitando la mano, pensando tal vez en su laboratorio: en el Coclecito comunitario del futuro.

Lina tarde volvía del Arzobispado, los pies hinchados, sin noticias ni esperanzas. Se tiró en la cama sollozando y tardó en darse cuenta de la presencia de la Gume.

—Vamos, vamos... Si has sido bien fuerte hasta ahora.

No le contestó. Siguió aferrada a la almohada, hipando.

—Piensa que a lo mejor no está muerto.

Entonces sí se volvió hacia la hermana mayor, el rostro enrojecido y descompuesto.

—Mil veces... ¿me escuchás...? ¡Mil veces prefiero que esté muerto a que viva convertido en un traidor!

En ese momento tocaron a la puerta. Allí estaba el Gordo Julio con su vaga reminiscencia de mexicano de película. Aunque tardó un rato en ir al living, él se dio cuenta a la primera ojeada.

—Negra... —dijo muy serio—. Tenemos una cita muy importante. Vestíte enseguida.

No preguntó y le bastaron pocos minutos para arreglarse. Cuando salieron a la calle él le mostró unos boletos. Eran entradas para el *Bella Vista*, el cine de la esquina. Después fueron a cenar y a charlar hasta la madrugada. Ella daba vueltas y vueltas a la noria. Sin reposo.

A ratos recordaba el hocico de Laika con sus cuajarones de sangre. Ni Sergio 11 ni los otros chupados hablaban. Sólo se oía el ruido del propio auto y el de los otros vehículos que se iban cruzando en la ruta.

Por momentos sentía un genuino pavor. Otros deseaba que todo se acabara de una vez. No habría que simular ni ocultar los pensamientos. No habría que correr el riesgo de una lucha desigual en la que uno podía terminar convertido en traidor. Todas las dudas y los temores se desvanecían ante la perspectiva final de los balazos.

Pensó en tantos fusilados clandestinos. En la madrugada final de Dardo Cabo. Se preguntó, una vez más, cómo sería ese breve tránsito. No alcanzaría siquiera a ver los fogonazos, ni menos todavía a escuchar el sonido de los últimos disparos.

Cuando el auto se detuvo, tenía las manos empapadas de sudor. Alguien le agarró del brazo y, por la levedad de la presión, antes de que dijera una palabra, supo que era Armando. Con él subió unas escaleras y atravesó un ancho espacio vacío que repetía el sonido de sus pasos. Tocarón una pared. Entonces Armando dijo:

—Sentáte, Pelado, sentáte recostado para atrás, contra la pared.

Después escuchó el latigazo de la voz del Tordo.

— ¡Todos quietos! ¡Que nadie se mueva ni se toque la venda porque lo refundo!

Y se alejó, taconeando.

Se oían pasos lejanos, ecos dispersos que le ratificaron la impresión original: estaba en un espacioso salón completamente vacío. Ya se había dado cuenta por el sonido. Con las yemas de los dedos comprobó que el piso era de madera.

Lo inquietaron voces nuevas, que no eran de los miembros de la Patota. También escuchó martillazos y ruidos metálicos. Estaban trancando las ventanas. Tapiándolas para que no pudieran localizar dónde estaban. Pese al silencio de los prisioneros y la parquedad de los guardianes, los martillazos, las secas órdenes, acentuaban el clima de tensión.

Con el paso de las horas la disciplina inicial se fue relajando. El Pelado se puso canchero, la venda se aflojó y comenzó el reconocimiento: estaban efectivamente en un gran salón que parecía... ¡un aula!

Sería ya la madrugada cuando entraron varios hombres a la vez. Alguien ordenó:

—Júntenlos en la esquina.

Los hombres de la Patota comenzaron a arrearlos en la dirección indicada, hasta que estuvieron todos agrupados en un ángulo.

No había dudas, era la voz de Jorge la que ordenó:

—Sáquense los tabiques.

Era Jorge no más y estaba frente a ellos, los brazos enjarras.

—Vengo de hablar con el General Galtieri. Me ha dado la orden de que les informe a ustedes toda la verdad de lo ocurrido y el por qué de este procedimiento. El General les manda un saludo. El hubiera querido venir personalmente pero no pudo, por eso me ha dado la orden de venir en su lugar y de... este... informarles lo ocurrido. Que se queden tranquilos que con ustedes no va a pasar nada... incluida la señora —y dirigió una rápida mirada a María.

—Bueno, por orden del General Galtieri les informo que Tucho Valenzuela se ha escapado y aquí tengo mensajes pasados por teletipo de lo que ha publicado el diario *Unomasuno*, que es un diario de poco tiraje en México y poca gente lo lee...

Leyó textualmente la crónica que reproducía la conferencia de prensa. El Pelado se sobresaltó al escuchar su nombre, y cuando oyó el de Retamar lo buscó con la vista hasta encontrarlo. Estaba frente a ellos, escoltando a Jorge.

—Fue transmitido vía embajada y no caben dudas. Pero les reitero el saludo del General Galtieri y les aseguro que no tienen nada que temer.

Jaime iba alternativamente del rostro colorado de Jorge al salón donde estaban. Había un largo pizarrón al fondo y varias mesas de dibujo. Pensó inicialmente que podía ser el aula de una escuela de dibujo o de arquitectura; salió de su error al divisar en la pared una lámina con el despiece de un motor. Era una escuela industrial, sin duda.

Las ventanas, que seguramente daban a la calle, habían sido cubiertas con periódicos y en uno de los ángulos del aula se había improvisado un baño precario, sólo para orinar. Una frazada hacía de cortina. Se dieron las órdenes de rutina y Jorge se marchó, dejándolos con los guardianes de menor nivel.

Aunque todavía abrigaban dudas y resquemores, el discurso de Jorge había surtido efecto. Los días siguientes fueron incómodos pero mucho menos tensos. Aparentemente el peligro de muerte se estaba desvaneciendo. Una mañana el Pelado fue al baño del rincón y pudo efectuar un interesante descubrimiento. Estaba orinando ruidosamente en el balde cuando advirtió que uno de los diarios que cubría el ventanal tenía una punta doblada. Espió por la abertura y lo que vio lo llenó de excitación: era la ochava de una calle y ahí estaba la placa con el nombre *E. Zeballos*. Miró más allá de la ochava y descubrió que era el cruce con una avenida importante. Aunque no pudo leer el nombre de la avenida, tardó pocos minutos en ubicarse: estaban en la esquina de *E. Zeballos y Ovidio Lagos*. ¡En el centro de Rosario!

Ahora recordaba esa escuela industrial que había visto tantas veces con indiferencia. Días después el Cabezón Tognoli le ratificaría el dato, agregando una curiosa referencia.

—Con los cumpas de la UES le metimos un caño. Sospechábamos que el director era un facho de los servicios y mirá cómo vengo a comprobarlo.

Llegó el 24 de enero, día en que el Pelado cumplía sus treinta y seis años. La Nacha lamentó que no lo pudieran festejar.

—Mirá que cumpleaños, pobre Jaime. Tabicados y tirados en el piso. Pensar que hasta ahora a todos los compañeros les pudimos festejar...

El Tío cocinaba y era el único que se movía con total libertad. A veces también reemplazaba a los guardianes en la tarea de sacarlos al baño principal. Debían bajar las escaleras y una vez el Tío aprovechó la circunstancia para procurarse una inocente diversión.

— ¡Cuidado Pelado! ¡Baja la cabeza! ¡Cuidado que te chocás! Eso, así.

Y el Pelado a ciegas pegaba inútiles cabezazos para eludir inexistentes peligros, que encendían fragorosas carcajadas de su antiguo jefe.

Hasta que empezó a circular el rumor. Los chupados con más experiencia lo repitieron alborozados.

— ¡Qué piola, che! Parece que nos llevan de vuelta a La Intermedia.

XIV El tema de la fuga

El ruido de su propio corazón se alza en la noche de lobos, dominando los otros sonidos: la lluvia cayendo sobre el pasto cimarrón que se extiende hasta la autopista; el siseo de las cuerdas de un auto que pasa a toda velocidad; el ronroneo lejano de un camión que se viene acercando; la respiración del Pipa, el Ignacio y el Juan, durmiendo en las camas de abajo y enfrente; el ronquido lejano de alguno de los tipos de la Patota que ocupan el cuarto de al lado.

Se incorpora lentamente, ejerciendo un control riguroso sobre cada uno de sus músculos y sintiendo, con cada crujido que se escapa, que el galope del corazón aumenta y asciende hasta anegarle la garganta.

La noche parece propicia. Todos duermen, las nubes espesas de la tormenta ocultan la luna. Se incorpora más sudando a chorros, con el paladar convertido en papel de lija.

¿Se fugará?

Todavía no sabe cómo terminará todo, si en fuga o en simple prueba. Para tranquilizarse piensa que es un ensayo, nada más. Pero... ¿quién sabe? "Si sale bien me tiro de cabeza." El Ignacio se mueve inquieto en su camastro. Está todo tan oscuro que no alcanza a ver si acaso se ha despertado. Espera uno, dos minutos, semiincorporado sobre su codo derecho, hasta que todo el cuerpo le tiembla por la tensión. Bucea entre los ruidos dispersos para analizar uno: la respiración del contrincante. Aparentemente es regular, tranquila. Simplemente se ha movido en sueños. Tarda una eternidad en erguirse unos veinte o treinta centímetros más. Siempre acechando. Mira a través de la ventana enrejada que imposibilita la fuga por ese lado y observa el vasto pastizal, la autopista, las luces de neón de la estación de servicio, y luego, en el horizonte, ese resplandor lejano que alimentó sus esperanzas. Ahora, contemplando esas llamas iracundas, vuelve a excitarse con el descubrimiento: ¿es la chimenea de Duperial lo que está viendo! Y si es la chimenea de Duperial, significa que ahí no más (a cinco, a ocho, a diez kilómetros de distancia), está el complejo industrial de San Lorenzo. De allí salen día y noche los ómnibus que llevan a los obreros a Rosario. O sea, al escondite, a los documentos ocultos, a los dólares *embutidos*, al raje fuera del país.

En el suelo, al borde de la cama de abajo, donde duerme el Pipa, están sus

zapatillas, las que le trajo Sergio. Debajo de la plantilla, bien apisonados para que no hagan bulto, los cuatro billetes de diez pesos que le robó a Juan Dubcek. Aparentemente sin que Juan notara su ausencia. Esos cuarenta pesos servirían precisamente para eso, para llegar a Rosario, para perderse en sus calles y sumergirse en la casa del colaborador que estos tipos no conocen.

Se siente bien, ya no reingua; puede correr hasta salir del ancho perímetro de *La Intermedia*. Puede caminar a paso vivaz esos cinco, ocho o tal vez diez kilómetros que lo separan de San Lorenzo. Sí, físicamente está bien, pero lo acosa un miedo superior a todos los que ha conocido hasta ahora: el miedo de la fuga. Hasta ese momento todo lo que le ha pasado vino de afuera, de los otros; ahora sabe que debe trabajar en su propio Interior como en una cantera, que debe tensar al máximo las cuerdas de SU voluntad. Que todo depende *de él mismo*. "Sí, lógico, hay circunstancias exteriores que lo condicionan a uno, pero es uno el que debe decidir." Comprende bien en ese momento lo que nunca pudo entender antes y afuera: por qué mucha gente, en los campos de concentración de los nazis, se dejaba llevar a los hornos, a las cámaras de gas, sin oponer resistencia. "El miedo a la fuga es mayor que el miedo a la muerte."

San Lorenzo semeja, en la negra perspectiva de la noche tormentosa, un incendio colosal, una lejana batalla de la que no llegan ecos.

Cae en la ensoñación de siempre: ha logrado escapar, se reúne con la Negra y los chicos, se sienta frente a un grabador con los responsables partidarios, mañana tendrá lugar la conferencia de prensa.

Nunca sabrá si el sueño le lleva diez minutos o una hora. Hasta que la realidad le enfría el espinazo. Ahora es otro el que se remueve en la cama lanzando un hondo suspiro. Le parece que es Dubcek, el hombre que lleva dinero en el bolsillo del pantalón porque sale a marcar gente y *atender* compañeros por las calles de Rosario.

Vuelve a tenderse con sumo cuidado y espera. Pasa un minuto, o cien. El compás de las respiraciones vuelve a tranquilizarlo, ya está otra vez sentado en su jergón, cerca de la pared que huele a portland fresco, a revoque sin terminar, a lo que es La Intermedia: dos casas inconclusas en medio del campo.

Se controla, revisa mentalmente los detalles del relevamiento que ha venido haciendo casi a lo largo de un mes: La Intermedia es una chacra con dos construcciones precarias, rodeadas de un gran terreno. La casa donde el Pelado está ahora ha sido destinada a los prisioneros y a los miembros de la Patota que se turnan en las guardias internas. Es un chalet de dos plantas, que todavía no tiene baño ni luz eléctrica. En la

planta baja hay cuatro habitaciones: dos están ocupadas por los chupados, una por los miembros del grupo de tareas y la restante se usa provisoriamente como depósito. El piso inferior se completa con una cocina, donde se abre la única puerta de acceso a la vivienda que da a unos sembradíos de maíz que se extienden, por decenas de metros, hasta una de las chacras linderas. En el piso superior viven las parejas.

La habitación donde duerme Jaime está orientada hacia el alambrado que marca el frente del terreno. Detrás del alambrado hay una breve cuneta paralela a la autopista que une Santa Fe con Rosario. Entre la casa y el alambrado, donde está ubicado el portón de entrada, median uno ochenta metros de terreno poblado de cizaña y matorrales silvestres.

En la franja central que divide las dos manos de la autopista, hay una estación de servicio del Automóvil Club llamada de *La Ribera*, en honor a la cercana orilla del río Carcarañá, donde los domingos organizan picnics y asados las familias de la zona. Del otro lado de la autopista se extienden otros campos que separan a La Intermedia del complejo industrial de San Lorenzo. El Pelado ha ido acumulando todos estos datos por observación directa, y a través de algunas indiscreciones de chupados y guardianes, hábilmente inducidas en charlas insustanciales. Al comienzo no sabía para qué lado estaba Rosario, pero logró hacérselo decir al Nacho. Lo del río Carcarañá se le escapó, un domingo, a un miembro de la Patota.

Detrás de la casa principal, unos veinte metros a la derecha mirando desde los fondos hacia la autopista, hay una tapera pequeña, de dos piezas y un baño, donde la guardia externa suele apostarse y donde, además, guarda las armas largas. Pronto comprueba que los mecanismos de vigilancia son idénticos a los de Funes. Los hombres del grupo de tareas — generalmente desarmados— se ocupan del control interno y los gendarmes, que duermen en la tapera, tienen a su cargo la guardia externa.

En La Intermedia no hay equipo de radio; se usa la motorola instalada en el Ford Falcon que habitualmente queda estacionado frente a la segunda casa, al final del camino que conduce al portón de entrada. El Pelado ha comprobado con alegría que suelen dejarlo con las puertas sin seguro y las llaves puestas.

El rancho de los gendarmes tiene una pequeña galería al frente, protegida por un alero. De noche, uno o dos centinelas se sientan en el estrecho porche, las armas disimuladas (como en Funes) por alguna frazada.

El Pelado ha ideado un plan de fuga bastante simple: aprovechar las horas de la noche para que su ausencia pase inadvertida, escabullirse de la casa y caminar a campo

traviesa hasta San Lorenzo. Como ignora la distancia exacta que lo separa del complejo, calcula la mayor posible: diez kilómetros. Eso, a buen paso, supone unas tres horas de marcha para llegar hasta San Lorenzo y una hora más de ómnibus a Rosario. Si la suerte lo acompaña y la fuga se inicia entre las doce y la una, cuando ya todos los chupados y los integrantes de la Patota están dormidos, existen grandes posibilidades de esfumarse.

Los obstáculos que había previsto con la imaginación se agigantan en la realidad, en esta suerte de test que ya comienza y que, de salir bien, puede terminar en la fuga misma.

Se da vuelta conteniendo la respiración y empieza el descenso. Ya está en el suelo. Nadie se ha despertado. Se calza las zapatillas. Sale del cuarto, mira a su izquierda donde no hay nada, sólo el negro espacio del depósito. A la derecha otra habitación con más chupados que están durmiendo. Enfrente la puerta abierta de la guardia. Se detiene en el pasillo. Escucha. Nada, salvo los ruidos de la lluvia cayendo en el campo. Se mete resueltamente en la cocina pero inmediatamente se detiene, espantado de su propia audacia. Ahora viene lo más difícil: hay que evitar ser visto por la guardia. "Esos gendarmes son jodidos, no se duermen nunca." Especula sobre las posibilidades que tienen de verlo en una noche como ésta, a veinte metros de distancia. "Eso si están en su puesto, en la otra casa... ¿pero si están de ronda? ¿Si andan cerca de esta casa?"

Duda otra eternidad antes de oprimir el picaporte. Al rodear con la mano el metal le parece que el frío de la manija se le cuela en las entrañas. El pulso ha vuelto a desbocarse, le parece que sus latidos se oyen a kilómetros de distancia. Todo lo que tiene que hacer es abrir la puerta silenciosamente, dirigir una mirada al puesto de guardia y tratar de deslizarse en sentido contrario, sólo cuatro o cinco metros hasta llegar al recodo de la casa. Si lo alcanza sin ser visto... ¡ya está! A partir de doblar el ángulo quedará fuera del campo visual de los guardianes. El resto es relativamente sencillo: atravesar el terreno del frente amparado por la oscuridad, cruzar la autopista y caminar a campo traviesa hacia el resplandor, hacia esa gigantesca fragua que enciende de bermellón y grana las nubes de la tormenta.

Ese recorrido de cuatro o cinco metros, esas seis zancadas sobre la vereda de material, con el cuerpo aplastado contra la pared, constituyen la definición. La diferencia entre la vida y la muerte. Ya es malo que lo vean salir de la casa a esas horas. Lo otro no es malo, es *irreversible*.

Si no se mueve, le queda la posibilidad de inventar la excusa del baño. Si se mueve en dirección contraria al baño, a la guardia, y dirige sus pasos hacia el descampado y la tiniebla, es evidente que lo hace para escaparse. Y es igualmente cierto que después de la

catástrofe de Tucho, no van a ser benignos con el segundo fugitivo.

Todos estos cálculos y consideraciones se condensan en su cabeza, en su garganta y hasta en su mano, esa mano que ahora está haciendo girar el picaporte, que atrae la puerta hacia adentro, hasta casi tocar con el filo frío su propia frente, mientras los goznes dejan escapar un espantoso chirrido.

Saca un pie afuera y luego el otro y cierra con infinito cuidado la puerta a sus espaldas, mientras el aire húmedo de la noche lluviosa le tensó todavía más los sentidos.

Al comienzo hay un bache de negrura, silencio e inmovilidad que rompe ese escándalo de luz sobre su rostro despavorido. Por el golpe abrupto de su corazón comprende que lo están alumbrando con una linterna.

El otro, el que lo dirige siempre desde el centro frío del instinto, lo hace agarrarse el vientre con las manos y decir con voz increíblemente normal:

—Estoy descompuesto... necesito ir al baño.

En los días que siguieron a la intentona nocturna, el Pelado no advirtió nada raro, ni en los milicos ni en los otros prisioneros. El chupadero había retomado una rutina semejante a la de los días de Funes. Con menos libertad, tal vez, por las precarias condiciones materiales. Las casas, erigidas sobre un terreno sin árboles, eran perfectamente visibles desde la autopista. Esto obligaba a realizar movimientos cautos, para no llamar la atención de terceros. Había que ir al baño por turno, no se podía pasear libremente por el campo y toda la actividad debía regularse minuciosamente para que no se advirtiera la presencia de tanta gente. Los prisioneros pasaban más horas bajo techo, unos escribiendo, otros realizando tareas manuales, otros cocinando y limpiando. Las largas horas de ocio se cubrían leyendo y jugando a los naipes o al *TEG*, al que todos se habían aficionado.

Los protagonistas de la Operación México ya se habían reintegrado al grupo en los días fugaces de la Escuela Industrial. Primero habían regresado Barba, Daniel y el Nacho, los tres bastante alicaídos y maltrechos. Para colmo de males, dijeron, el avión que los traía desde Chile casi se había estrellado en la Cordillera. Después, fugazmente, los visitó un Sebastián delgado y taciturno. Daniel y Barba fueron parcos y cuando hablaron “versearon” para desinformar. Según ellos las autoridades mexicanas los habían tratado muy bien e incluso les habían prometido facilidades para espionar y “marcar” al nutrido exilio argentino. Nacho, más sincero, reveló que no lo habían pasado muy bien en las dependencias policiales y hasta llegó a tomarse el pelo a sí mismo. “En la cárcel, en poder

de la policía mexicana, llegué a pensar que estaba marcado por el destino y era un 'chupado' al cuadrado."

Tucho era el blanco de todos los comentarios, el objetivo predilecto de una nube de odio que se iba elevando en el descampado de La Intermedia. Por él estaban como estaban. Por él podían, finalmente, ser liquidados sin piedad. Acuciados por el terror comenzaron a concebir alguna alternativa que les permitiera recuperar la situación anterior. Una tarde, mientras mateaban en la casa grande, el Nacho le confidenció al Pelado: —Mirá... no tenemos otra. Para seguir vivos tenemos que serles útiles. Pero no como hasta ahora. Es decir, colaborando. Ahora la cosa tiene que ser *orgánica*.

— ¿Orgánica? —balbuceó el Pelado. Nacho bajó la voz.

—Sí. Quiero decir que tenemos que meternos en la estructura. Que tenemos que pasar a ser agentes de inteligencia del Ejército.

Lo había dicho con el mayor descaro. Sin que una sombra turbase la neutralidad aparente de sus ojos claros. Se sonrió, lo palmeó al ver el efecto que sus palabras le habían causado y añadió todavía más quedo:

—Por un tiempo, digo. Y luego recuperar la libertad.

En camino hacia esa meta comenzaron a desarrollar un plan de operaciones sobre la base montonera de Brasil. "Ahí, decía el Nacho, se están fabricando granadas de exógeno. Por Brasil pasan muchos capos de la Orga." La *propuesta brasileña* había seducido a Emilio, el nuevo responsable del chupadero. Un correntino taimado, morocho y de poblados bigotazos, que reemplazaba a Sebastián.

A medida que los planes iban evolucionando, los principales cabecillas iban recuperando el buen humor y deslizaban indiscreciones. Así el Pelado se fue enterando de los nombres de algunos compañeros que pensaban capturar y algunos blancos que querían abatir. La fuga, en estas condiciones, aparecía como un imperativo categórico. "Hay que sacar esto afuera", se desesperaba, "hay que buscar la forma de hacerlo llegar al Partido."

Emilio le dispensaba un trato cortés. Sostuvo con él un par de charlas informales sobre el peronismo, en las que deslizó que tenía muchos amigos en la corriente liderada por el ex gobernador Julio Romero. El Pelado, cargado de aprensiones por las sospechas que podía haber despertado su primer intento, simuló estar más quebrado que en Funes.

—Montoneros está fuera de combate —dijo.

—No crea. Si quedan cinco pero hay un auge de masas, van a volver a jugar un papel importante.

Volvía el sentimiento de soledad. Como si estuviera flotando eternamente en el vacío cósmico. También la duda sobre lo que estaba haciendo. “¿Y si me engaño? A lo mejor creo que los voy a derrotar yo solo y esa soberbia me lleva a condenarme como traidor para siempre.” La vieja culpa católica reaparecía con nuevos atributos racionales. “Es probable que ellos sepan que simulo y no les importe. Es probable que ellos piensen: es una cuestión de tiempo. ¿Y si es así, verdaderamente? ¿Si sólo necesitan tiempo para trasvasarme su ideología y convertirme en un fiambre que camina, como los otros?”

A estas dudas venía a sumarse el pavor que le despertaba el Tío. Siempre lo estaba observando y cuando el Pelado lo notaba se sonreía en silencio, mostrándole las encías gruesas que terminaban de desequilibrarlo. No lo podía definir con palabras; visualizaba a Retamar como una especie de animal astuto, ubicado más acá y más allá de la razón, como una fuerza maligna que extrae una negra sabiduría de la bestialidad.

A veces sus frecuentes ensoñaciones de fuga concluían de un modo atroz: se escapaba, pero el Tío lograba recapturarlo y los milicos le confiaban la ejecución de la sentencia.

La soledad y los temores insidiosos lo llevaron a suprimir su cautela proverbial y dar un paso que suponía una gran audacia. Una tarde estaba a solas con María en la cocina. Aparentemente nadie podía escucharlos. El Pelado ya había iniciado una prudente aproximación en la Escuela Industrial; esta vez franqueó la frontera sin retorno.

—Terminemos con la desconfianza entre nosotros —dijo abruptamente—. Yo he venido simulando, pero no soy ni un traidor ni un quebrado... y me pienso fugar.

María estaba de espaldas a él, lavando las tazas para tomarse un café. No se dio vuelta, siguió lavando. Y el Pelado supo por un breve temblor, por un tintineo de las tazas, que había dado en el blanco. Se le acercó.

— ¿No me oíste? Me voy a fugar.

Estaba de perfil, cabizbaja, mirando a través de las tazas hacia remotas regiones de su espíritu. El contemplaba con avidez el rostro pálido y pensativo que encerraba claves fundamentales. Ella se volvió y la encaró reciamente, de hito en hito, participándole en silencio de sus últimas dudas. Le agarró el brazo y sus ojos se dulcificaron. Ella también acababa de decidirse por la confianza.

— ¿En serio. Pelado? —preguntó con un dejo de vacilación que ya estaba siendo suplantado por la certidumbre—. ¡Por fin un compañero!

Le temblaba la barbilla y su máscara pétrea y ausente comenzó a encenderse. Lloraba en silencio. El Pelado le apretó los hombros. Ahora era María la que se estaba confesando.

—Tucho hizo muy bien. Yo lo apoyé y siempre estuve de acuerdo con su fuga. Estos hijos de puta lo odian porque les demostró lo que son. Les hizo ver que es mentira todo lo que dicen y que sólo defienden su pellejo contra la vida de los compañeros. ¡Parece mentira! Acá somos como quince compañeros, ellos nunca son más de ocho y no podemos armar un plan para fugarnos en conjunto.

—Ni lo pienses —advirtió el Pelado.

—No, no lo pienso. Lo que pasa es que me duele que todo sea así. Esta traición me enferma. Prefiero la muerte. Les tengo más asco a ellos que al enemigo.

Afuera llovía torrencialmente. Tal vez por eso no oyeron que alguien se acercaba. La puerta se abrió de golpe y apareció el Leopoldo en el vano, empapado. Les dirigió una mirada y se sacudió el agua.

— ¿Parece que estaban por hacer café...? Me parece una gran idea.

María y el Pelado se miraron. El Pelado comenzó a hablar de esa lluvia pertinaz que venía descargándose en los últimos tres días.

Las charlas con María continuaron y progresaron. La Intermedia era menos propicia que Funes para aislarse, y no querían que los viesen hablando solos por los rincones, pero supieron aprovechar las escasas ocasiones favorables y hasta llegaron a pergeñar algunos esbozos de plan.

En una oportunidad María le suplicó:

—Yo estoy llegando al final del embarazo. Así no puedo rajar. Es imprescindible que primero tenga el chico. Te pido entonces que me esperes. Claro... si se te presenta la oportunidad no la desperdicias. Pero si no la tenés muy clara, por favor, esperáme. Creo que entre los dos va a ser más fácil.

El bosquejo era bastante incompleto y riesgoso: pedirían permiso para ir al baño y le arrebatrían el FAL al guardián de la tapera. María, que sabía utilizar el arma, haría la

contención para que el Pelado pudiera correr hasta el Falcon y ponerlo en marcha. Huirían con él, dejándolos a la vez sin vehículo y sin radio. Los tipos tardarían unos minutos preciosos en alcanzar la estación de servicio y confiscar algún auto. Esos minutos les darían la delantera necesaria para llegar a Rosario y perderse en la casa del colaborador.

María fue llevada dos veces en consulta al hospital de Paraná. A la segunda vez, el Pelado le pidió que hiciera un “chequeo” lo más minucioso posible del recorrido. ¿Por dónde iban? ¿Cuánto tardaban? ¿Para qué lado estaba Rosario? La trajeron de regreso tarde y esa noche no pudieron hablar. La mañana siguiente el Pelado estaba arreglando la bomba de agua, que siempre se descomponía, cuando María, que había pedido permiso para ir al baño, simuló un encuentro casual y una charla intrascendente.

—No fuimos por la autopista —le informó—. Aquí cerquita no más salimos de la autopista, pasamos por debajo de un puente que la cruza y luego tomamos un camino de tierra hacia San Lorenzo. Poco antes de San Lorenzo había pavimento.

El Pelado se incorporó interesado.

—Ah... ¿sí? ¿Y cuánto tardaron en llegar a San Lorenzo?

—Y... habrán sido unos diez minutos.

Concluía febrero cuando aconteció una catástrofe sanitaria que parecía una metáfora. Las lluvias anegaron el pozo negro de La Intermedia y hubo una verdadera erupción de mierda que rebasó el agujero del baño y se extendió al terreno vecino con aluvional pestilencia.

El Tío y los hombres de su equipo se vieron obligados a la ingrata tarea de abrir un nuevo pozo.

Estaban dándole fuerte a la pala, sudando bajo el aguacero y maldiciendo por el formidable y persistente hedor cuando Retamar, haciendo un alto, se dirigió a Jaime con una de sus salidas habituales:

—Pelado, te vas a tener que definir de una vez... ¿Por qué bando estás?

Sintió una fuerte descarga de adrenalina y le pareció que el otro, como los perros, podía olerle el miedo. Lo miró, compuso su mejor sonrisa de imbécil y se fue por las ramas.

—Pero vos sabés que yo no opto por ningún bando, porque me parece una estupidez que entre prisioneros estemos formando bandos... O sea, yo te estimo a vos... y también lo estimo al Nacho. No veo por qué tengo que elegir...

El Tío entrecerró los ojos y lanzó una desagradable carcajada.

— ¡Qué Pelado éste! —comentó, y volvió a la pala.

A la noche jugaron al *TEG*. Nacho, después de perder a lo loco, tirar el tablero y putear al mundo entero, había optado por irse a dormir, renegando de su mala suerte. Todos censuraron sus raptos de cólera y su individualismo. Ahora, más tranquilos, iniciaban una nueva partida. En esto estaba cuando el Tío, que venía del cuarto de arriba, se presentó de improviso en la cocina. Sin decir nada fue a pararse detrás de Jaime, que se aprestaba a un ataque. Le puso las manotas sobre los hombros y se quedó así, en silencio, como si le interesara el juego. Cuando acabó la vuelta, mientras se pagaban ejércitos y se entregaban tarjetas, dijo súbitamente:

—Nosotros siempre creíamos que acá el que nos enroscaba la víbora era el Pipa. Pero resulta que no, que la víbora no es el Pipa. Acá, compañeros, tenemos una víbora con dos cabezas.

Todos se rieron y lo miraron al Jaime.

Marzo llegó cargado de desgracias. Lo alarmaron singulares mutaciones. La Patota trajo un equipo electrógeno para iluminar las noches de La Intendencia. Las puertas del Falcon se cerraban ahora con seguro y la llave nunca más quedó abandonada en la cerradura. Por si fuera poco instalaron un equipo de radio en la pieza de los Fales y tuvo la sensación casi física de que aumentaba el control sobre él.

Un mediodía vino Jorge, recién ascendido a Teniente Coronel, y reunió a todo el mundo para una arenga. Contra lo habitual se lo veía grave y silencioso. Esperó con visible impaciencia a que formaran un círculo en su derredor y después arrancó.

—Aquellos que tienen ratoncitos en la cabeza, que se los saquen. Bien sabe el Foca (porque a él se lo dije cuando se fugó Tucho), que no nos tiembla el pulso para pegarles cuatro tiros.

Y dirigiéndose al Pelado, que trataba de pasar inadvertido en una segunda lila:

—Dri sabe bien que tuve que llegar a altas esferas para traerlo acá —todos se dieron vuelta hacia el Pelado— ... Sabe también que tengo absoluta libertad para disponer

de él. Tanto puedo devolverlo a la Marina... como reventarlo. ¿No es así, Dri?

El Pelado alzó la vista sin contestar.

—Bueno, es todo.

Una mañana María le comentó, lívida:

—Me llevan a Paraná.

—Ya lo sabías... —acoló el Pelado tratando de tranquilizarla.

—Sí, pero es raro, porque según lo que me dijo el médico la última vez, todavía me faltan ocho días.

Jaime alzó las cejas en una involuntaria interrogación.

—Dicen que es porque está lloviendo mucho y tienen miedo que me haga mal. Pero yo no lo creo.

— ¿No? ¿Por qué no? —intentó el Pelado.

Ella se mordía el labio y miraba por la ventana. Afuera se había formado un verdadero cenagal entre las dos casas.

—No sé... Pienso que se cumple la sentencia... Por lo de Tucho.

Ahora era el Pelado el que palidecía visiblemente. Le agarró la mano y le dirigió una sonrisa temblorosa.

—Hasta pronto. Pelado... Espero que sea hasta pronto.

—Sí... ya vas a ver —y le dio el primer y último beso en la mejilla fría.

Un rato después la vio partir con aquel pequeño bolso que había usado para las cosas de Sebastián. El chico llevaba varias semanas viviendo con sus abuelos maternos. La Nacha la ayudó, solícita, hasta el último minuto y no se olvidó de meterle una mañanita que le había comprado en una tienda de Rosario.

El se quedó acongojado, convencido de que había perdido a su cómplice para siempre y que debía afrontar solo las nuevas asechanzas.

A los pocos días apareció un teniente de inteligencia con la aprobación del *Plan Brasil*.

—Dri se va a ir unos días a la Escuela de Mecánica —comentó el oficial—. Y luego va a regresar aquí.

Cuarenta y ocho horas después le confirmaban el traslado. Tendría lugar al día siguiente. Jueves Santo, en horas de la mañana.

El Pipa, que seguía diciéndose marxista y que, aparentemente, no había entregado nada, lo avergonzó con una inesperada sugerencia.

—Pelado, vos fuiste diputado. Sos popular en el Chaco. Tenés espacio para negociar con Massera. A Massera le conviene para su proyecto un tipo como vos. Creéme, te conviene que te devuelvan a la Marina. Es evidente que ellos no quieren perderte. Tenés espacio para exigir, mientras que acá...

Después de la cena el Nacho se lo llevó aparte, al cuarto que servía como depósito.

— ¿Qué opinás? —le preguntó a boca de jarro.

El Pelado se lo quedó mirando sin responder.

—Digo... ¿cómo ves las cosas?

El Pelado había dado unos pasos hacia la pared. Se volvió rojo de furia. La noticia del traslado ponía fin a la simulación. Que todo se fuera al reverendísimo carajo.

— ¿Cómo te sentís vos con todo lo que estás haciendo? Hace seis meses eras montonero... ¿ahora qué sos?

Nacho se quedó un buen rato abatido. Luego respondió con voz opaca.

—Yo hice bien. Entregué compañeros para salvarles la vida.

—Pero... —los ojos del Pelado relampagueaban.

—No quería que los mataran al pedo.

—Ah, ¿sí? —explotó el Pelado aproximándosele con una sonrisa feroz—. ¿En función de qué decidiste *salvarlos*? ¿Quién sos vos para decidir por ellos? ¡Cuando

estábamos afuera veíamos al enemigo como el enemigo! ¡Y ahora me venís con eso... con que el enemigo es el *salvador* de los compañeros!

—Es que yo... yo no soy más montonero... ¡es el proyecto montonero el que los lleva a la muerte!

Estaban frente a frente, a escasa distancia. El Pelado la acortó más para decirle con voz masticada por la furia.

—Pero no podés dejar de ser montonero en manos del enemigo. ¿No entendés?

Nacho parecía a punto de echarse a llorar como un chico. El Pelado se suavizó de repente.

—Nacho, éste no es el lugar más indicado para darse cuenta... diríamos... de que te equivocaste. Si caíste como montonero tenés que seguir sintiéndote montonero acá adentro, hasta el final, pase lo que pase. Afuera podés putear al Pepe, decir que la línea es una mierda, lo que quieras. ¡Pero a-fue-ra!

El petiso bajó la cabeza.

—Y es fundamental que respetes a los compañeros que están libres. Están en su derecho de morir por lo que creen. Es *su* problema. Caer, salvarse, morir, dejar la Orga, o lo que mierda quieran hacer. ¡No es *tu* problema!

El Pelado murmuró:

—Además... no estoy para nada seguro de que les hayas salvado la vida.

El Nacho tenía los ojos como un conejo.

— ¡Cómo no! —protestó casi en un sollozo—. ¿No viste a varios?

—Nacho... ¿cuánta gente hay acá y cuánta gente más cayó? Acá faltan muchos compañeros.

Nacho pareció suplicar.

—La gente está en La Rioja.

—Pero, ¿a vos te consta eso?

— ¡Pero sí! ¿Cómo vas a dudar de eso?

—Cómo voy a dudar de eso... ¡Cómo voy a dudar! Si vos venís y me decís yo fui y los vi vivos, te creería. Pero si no, no lo creo. Hasta que no los vea vivos me quedan serias dudas de a dónde están los compañeros. Y te pregunto: ¿por qué creés a pies juntillas que están vivos?

— ¿En función de qué desconfiás?

—Y vos, ¿en función de qué confiás?

—Yo... yo confío porque acá todos conformamos un equipo. Ellos y nosotros, quiero decir...

El Pelado se abalanzó sobre él. Nacho retrocedió hasta una pila de porquerías y desechos amontonados en el depósito. El Pelado estaba a punto de pegarle.

—Claro, “acá resolvemos todo entre todos...” —lo remedó—. ¿O lo resuelven *ustedes*? ¡Vos, el Leopoldo y el Foca! ¡Vamos! Cuando Tucho se fugó en México, que yo sepa, la decisión de maltratarnos, tabicarnos y llevarnos a otro lado, creo que esa decisión la tomó solamente una parte: ¡la tomó el enemigo! Aquí a nadie se lo consultó. Y ahora yo te pregunto: vos decís que a vos siempre te consultaron todo, yo quiero saber ¿a vos te consultaron la decisión de llevarme mañana de vuelta a la Marina?

Nacho estaba cabizbajo, concentrado en sus mocasines retorcidos.

—No... —admitió en un suspiro—. A mí no me dijeron nada —alzó los ojos redondos y celestes y trató de rehacerse—. Eso es lo que estoy esperando. Que venga mañana el capitán para preguntarle. Además él mismo mandó a decir que antes que vos te vayas va a venir a hablar con vos.

El Pelado soltó una carcajada.

— ¡Ah qué bien! Así está bien. Estoy seguro que el capitán va a venir a darme explicaciones *a mí* de por qué me llevan a la Marina. Así que levántate temprano, así mañana a la madrugada vos también le pedís explicaciones de por qué me llevan sin haberte pedido permiso primero.

Aún no terminaba de clarear cuando dos autos se detuvieron en la estación de servicio de *La Ribera* sin entrar en La Intermedia. Dos individuos ingresaron en la chacra para buscar al prisionero. Los otros tres efectivos que componían el grupo operativo se

quedaron esperando en los coches.

La Nacha madrugó para cebarle un mate. Mientras le caía como fuego ácido por la garganta, apareció el Nacho. No había ni rastros del capitán. Los otros chupados dormían o simulaban dormir.

— ¿Viste, Nacho? —exclamó el Pelado con voz desusadamente alta—. Ahí llegó el capitán para explicarte a vos por qué me llevan. Y, por supuesto, ¡para explicármelo a mí también!

Alguien se acercó con un pequeño hato de ropa. El Pelado lo rechazó sonriendo con ferocidad.

—No se preocupen. Allá conseguiré ropa.

Comenzaba una mañana fría y sucia. Una luz deslavazada caía impiadosamente sobre los surcos que las ruedas del Falcon habían dejado en el camino de tierra. El prisionero y los dos guardianes marchaban a pie, lentamente, caminando bajo la llovizna, pina salvar los cien o ciento cincuenta metros que los separaban de la estación de servicio. Un gigantesco camión con acoplado venía por la autopista. Un hueco mortal se abría una vez más en el paisaje. Otra vez el umbral. Otra vez, la caminata hacia el patíbulo. “No, si me fueran a matar no hubieran esperado a que se hiciera de día”, se dijo, mientras observaba los altos pastizales que hubieran podido proteger su fuga. De pronto lo asaltó el temor doble, por él y por ella: ¿si María hubiera cantado? Se tranquilizó recordando que las medidas de vigilancia y que las bromas del Tío se había producido antes de que la llevaran. “Pobre María, la deben haber matado.” Recordó la expresión ambigua del capitán cuando les anunció que había tenido mellizos y que estaba bien.

Ya llegaban al portón. Se volvió a dirigir una última mirada. Allá, entre las dos casas, recortados contra el verde esmeralda de los campos, estaban el Nacho y la Nacha.

Mientras los guardianes abrían la tranquera, se fijó detenidamente en los dos monigotes desleídos por la distancia y la garúa. El hombre estaba inmóvil, pero la mujer agitaba un brazo en señal de despedida.

Nunca los volvió a ver.

FIN DE LA SEGUNDA TEMPORADA

Tercera temporada

I Selenio

El Capitán de Fragata Luis D'Imperio, Jefe de Operaciones del SIN, conocido en el subsuelo como *Abdala*, gozaba en secreto con el desconcierto del Tigre. "Ahora todo el tinglado puede irse al diablo en un santiamén", pensaba mientras deshuesaba con paciencia de cirujano el pollo que le acababan de servir en el Casino de Oficiales.

"Ahora se le bajarán los humos", se decía mientras espiaba los gestos histriónicos del Tigre. Era en ese momento el único oficial del SIN que compartía la mesa con los jefes del GT/332. Siempre estaba en minoría, para todo: era el que menos chupados tenía; su grupo operativo era muy pequeño y sólo le habían dejado para los prisioneros ese atillo estrecho y maloliente que llamaban *Capuchita*.

"Estos fatuos van a pasar y nosotros nos vamos a quedar con el santo y la limosna." Ese nosotros quería decir los hombres del otrora poderoso Servicio de Informaciones Navales, que desde 1976 venía siendo relegado por ese curioso engendro que era el Grupo de Tareas.

"Los hombres pasan y las instituciones quedan", gustaba pensar Abdala, que era aficionado a las definiciones tajantes. "Este imbécil se juega entero al Negro y el Negro lo va a usar hasta que tenga que darle un puntapié en el trasero. Además, cuando el propio Massera se vaya, yo no sé qué va a ser de todos estos fulanos... Pero el SIN, el SIN va a existir siempre."

El Capitán D'Imperio no veía con buenos ojos el asunto del *staff*, como organismo de asesoramiento político. Prefería inclinarse por cosas más tangibles y seguras. Los viejos métodos de inteligencia eran menos espectaculares pero a la larga daban mejores resultados. Opinaba que ya iba siendo hora de combinar la represión clandestina con la legal y pasar los sobrevivientes *por derecha* a los jueces y a la cárcel. "Si no todo esto se va a convertir en una gigantesca hipoteca."

El Tigre casi no tocaba su plato. La fuga del Nariz le había quitado el apetito. Fue tan sencilla, tan estúpida. Iba al correo, acompañado por un *Gustavo*, pidió permiso para mear en el baño de un bar que tenía dos entradas y se las piró. Demasiado sencillo y demasiado pesado. Ahora todo podía irse a la mismísima mierda. Si reprimía podía tirar abajo el edificio laboriosamente levantado a lo largo de meses; si se quedaba piola, los

chupados podían subírsele a las barbas, o, peor, el ejemplo de Maggio podía cundir.

Era la primera vez que un tipo de esa importancia se piantaba de la ESMA. Sólo recordaba un antecedente menor, el de aquella chica de quince años, que se escapó por una ventana usando como escalera una pila de cadáveres. Claro que aquello era distinto. La piba no significaba nada y no se publicó nada, absolutamente nada, ni en el país ni afuera. Eran otros tiempos.

En cambio en este caso la mano podía venir muy pesada. El Nariz no era una muchacha asustada, sino un cuadro que podía meter mucha bulla antes del Mundial. Por ahora se mantenía en silencio... Escondido. ¿Rajado al exterior? El Tigre oscilaba entre el consuelo del silencio y el temor de lo que podía venir en cualquier momento. “¡Bah! A lo mejor no hace un carajo.”

Le caía bien, para colmo. Siempre se había sentido inclinado a protegerlo. Vaya a saber uno por qué. “Y justo éste me la tenía que dar.”

Se le clavó una sospecha: “¿No me estaré ablandando?” Los tipos habían pasado a tener exigencias. “¿Cuándo lo traen a Dri de Rosario?” “¿Cuándo lo traen al Sordo de Campo de Mayo?” Y ellos habían cedido, Hay que traerlos porque si no todo el mundo va a decir que no hay garantías. “¡Garantías! ¿Y qué garantías tenían hace unos pocos meses? Estamos todos locos.”

Examinó con fastidio el rostro zumbón de Abdala, que guardaba silencio. Ahí estaba ese grandulón, rubio y afable, burlándose para sus adentros, sin soltar prenda, esperando como una araña a que él se enredara en sus hilos.

Se despidió con un gruñido y marchó a encerrarse en el camarote. Ni prendió la luz. Tiró la gorra sobre el escritorio descascarado y se arrojó sobre la cama tendida. Se quedó un largo rato mirando el techo, con la cabeza convertida en una calesita y el estómago avinagrado.

¿Lo del Nariz podía liquidar el proyecto? ¿O no? Habían calculado siempre el riesgo de una fuga, como los supermercados precontabilizan un cierto porcentaje de robos. Estaba seguro de que el Negro seguiría adelante. Pero ¿qué pasaría con tipos chapados a la antigua, gente como D’Imperio, que prefería atenerse a los viejos moldes? Entonces, convocada por alguna sombra, por alguna palabra o simplemente por la modorra siestera de aquellas primeras horas de la tarde, apareció Pelusa. Recordó por fragmentos: los muslos soberbios que se retorcían en la parrilla, el venenoso imán del pubis o la aureola rosada, levemente violácea de los pezones. Trató de imaginarla de pie,

avanzando hacia él en la penumbra, pero no le salía: la imagen se desvanecía en hilachas demasiado vagas o en pensamientos demasiado duros y concretos que no lograban recrear la esencia camal de la diosa. Pese a no poder reconstruirla, se le secaba el paladar y palpitaba en un deseo doloroso, insoportable. A medida que el deseo crecía avanzaban otras fantasías: se juntaría con ella como el Trueno con la Lucy y mandarían a la mierda a su mujer, que le parecía cada vez más sosa y empequeñecida. Mandaría a la mierda a sus propios hijos, que ahora sólo podía evocar con irritación; a esa casa donde llegaba para ver televisión y dormir o contemplar con incredulidad su foto de bodas, con el uniforme de gala y la imbécil llena de azahares, tomada de su brazo.

Se levantó bruscamente, abrió la puerta de un manotazo y se metió en el baño contiguo. Dejó correr el agua mientras se miraba los ojos, bien abiertos, como los de un loco. Recorrió las bolsas de los párpados y comenzó a tirarse agua fría a chorros. Cuando volvió secándose al camarote, ya había decidido cometer una imprudencia. Esa misma noche la llevaría al cine y a cenar. “Me cago en la emergencia del Nariz”, pensó mientras buscaba un traje en el armario.

El Sordo prepara cuidadosamente su alucinación dentro de la capucha verde oliva. “En un viaje es conveniente organizarlo todo. Las reservas ya están hechas por teléfono... esta tarde tengo que comprar los pasajes. Las nenas pagan medio pasaje todavía, por suerte, porque es conveniente que nos quede la mayor cantidad de plata posible. Nunca se sabe...”

Uno de los fantasmas del *Compito* comienza con esos estremecimientos que preludian las convulsiones o los desmayos. Siente los tirones en la cadena, porque están todos eslabonados, unidos unos a otros como chorizos. Sentados en el suelo. Sin respaldo. Desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche.

El Sordo debe interrumpir la programación del viaje. “Estamos sonados. Ahora van a venir a ver si está jodido en serio o simula y la va a terminar ligando cualquiera.”

Por un momento parece que los sacudones de la cadena cesan. El tipo debe estar lejos de él, pero no puede preguntarle porque si lo oyen hablar lo muelen a palos. Ese largo día de marzo sólo ha dicho *presente* al oír su número por la mañana. “¡Qué bien! Parece que se quedó quieto.” Falsa ilusión. Ahí están otra vez las convulsiones. Los tirones de la cadena se sienten cada vez más fuertes. Con terror de ser descubierto alza la capucha hasta la altura de la nariz y mira. Mira y por el portón abierto ve ese paisaje de Campo de Mayo, el paisaje de un rincón muy específico de Institutos Militares que llaman el *Compito* y que ha espiado otras veces a hurtadillas. Ve las antiguas caballerizas de ladrillo o de chapa, el piso de mosaicos, los negros árboles a lo lejos; en seguida la

mirada se detiene en ese compañero flaco y lívido que está sacudido por los espasmos musculares y que ahora parece que riera a carcajadas. Oye el silbato y deja caer a toda velocidad la mugrienta capucha. Ahí viene al trote el Puma, que es el jefe de la guardia y no se anda con jodas. El todavía no había llegado, pero uno de los viejos le contó cómo el Puma mató un prisionero a palos, sólo por levantarse la capucha y mirarlo.

— ¡Hijo de puta! ¡Ahora te hacés el gracioso!

Los garrotazos caen sobre el estremecido saco de huesos y alcanzan a resonar en el pabellón, paralizando aún más las estatuas encapuchadas. El flaco sigue con su carcajeo espasmódico durante un rato, luego lo va abandonando por unos aullidos perrunos, que le hacen eco a cada estacazo. No se le oye gemir más. Escuchan con claridad cómo se lo llevan a la rastra. Todos saben adónde: a las parvas. A esos montonales de trigo húmedo y podrido que han arrojado dentro del pabellón y sirven de lechos a los inquietos. Las parvas están llenas de gorgojos, que se meten por todos los agujeros del cuerpo, especialmente cuando uno quiere dormir, huir, ni ser ni estar en esa letrina del mundo.

Durante un buen tiempo no se oye nada más. Salvo la respiración agitada del *Viejo*, que se muere en cualquier momento. El Sordo vuelve con mayor prolijidad que nunca a planificar ese viaje que recomienza todos los días a las seis de la mañana y concluye a las ocho de la noche. Cuando no hay interrupciones. Cuando no lo llevan (y es raro el día que no lo llevan) a la máquina. A darle con una, con dos picanas, o con la picana automática que funciona con el motor de un limpiaparabrisas. Atado al elástico escucha las preguntas que le han hecho cien veces; allí mismo, en la Escuela de Mecánica y hasta en Uruguay, cuando cayó. A veces viene Gordo 1, otras Gordo 2, Fito, todos policías trabajando para el Ejército. También viene Víctor, el jefe del campo, que encuentra un especial deleite en llamarlo *canguro* por el ano contra natura que tiene como recuerdo del balazo uruguayo. Cada interrogador recalitra en cuestiones que él ya aclaró, sin problemas, porque no eran datos operativos que pudieran afectar a la Orga o costarle la vida a un compañero. “Eso ya lo dije”, murmura en la parrilla. “Sí, pero se lo dijiste a otro. Repetírmelo.” Se le hace evidente que no lo interrogan para sacarle información, sino para destruirlo. Para que termine como esa pobre bazofia de *Nariz con Pelo*, el antiguo Oficial Superior, que les sirve de payaso. Al que de tanto en tanto ponen un gorro que dice “*General Montonero*” y obligan a regalarles los oídos con ese show que empieza y termina con la cantinela “soy un pelotudo”

Otra interrupción de la rutina que desquicia a los fantasmas es el *traslado*. No lo hacen en días fijos como la Marina, pero se puede prever con bastante anticipación. Y esos días el pavor y el alivio se confunden. Uno sabe que ese camión Mercedes Benz que los más viejos han visto y que parece de un repartidor de carne, sirve precisamente para

repartir carne lacerada hacia destinos ignotos. Hacia esos aviones que esperan al final de la pista de Campo de Mayo. Y el que sabe que va a ser trasladado tiene una racha de alivio, pero también de terror, porque muchos de esos hombres y mujeres que se han enfrentado a la muerte con dignidad temen a esta muerte escamoteada. A esta evanescencia perversa de la doble desaparición, del aniquilamiento dentro del aniquilamiento que, como diría un sobreviviente del Campito, era *como morir sin desaparecer, o desaparecer sin morir nunca, una muerte en la cual el que iba a morir no tenía ninguna participación: era como morir sin combatir, como morir estando muerto, o como no morir nunca.*

Cuando oyen los motores del Mercedes o de ese otro furgón que llaman *Swat* porque es idéntico al de la serie, los encapuchados sienten que el aire se espesa hasta volverse sólido. Entonces no es un ángel exterminador, una criatura celeste remitida al Juicio Final, el encargado de romper el séptimo sello, sino un miembro de la Patota que va nombrando a los números de los que se sacaron la lotería al revés y marchan hacia el anonadamiento estadístico de las selvas amazónicas, las olas del océano o las tumbas N.N.

“Es probable que tengamos que pagar exceso de equipaje. Pero creo que conversando con los de la compañía se puede sacar una rebaja. O, ¿quién sabe?, a lo mejor ni siquiera nos cobran. Hay que llevar ropa de abrigo para las nenas, porque dicen que allí ahora es invierno y el frío pega duro. Yo creo que no van a poder viajar con el abriguito en la mano. Fijáte Elena que ya llevan los canastos con sus juguetes y además las muñecas. No. Si las sobrecargamos van a ir tirando todo por los pasillos del aeropuerto. También, pobres pibas, con esta vida de gitanos que uno hace...” —Tabicáte, Pelado.

Oyó las dos cosas casi simultáneamente: la orden que le había dado el Teniente Daniel y la invocación hecha a través de la motorola.

—Atención Selenio... La mercadería vuelve sin novedad.

Los dos Falcon se detuvieron, uno detrás del otro, en el semáforo de Libertador. Un automovilista los observó con disimulo y luego volvió rápidamente la mirada al frente. Cinco minutos después ya había sepultado el incómodo recuerdo con varias capas de obsesiones cotidianas. También les echó otra mirada inquisitiva un taximetro de rostro cetrino y bigotes como morsa. En la luneta trasera del taxi tenía pegada la calcomanía de rigor, la que habían empezado a difundir con vistas al futuro Mundial y a los visitantes extranjeros: *Los argentinos somos derechos y somos humanos.*

Esperaron la luz, como buenos ciudadanos, y arrancaron. Mientras giraban hacia una de las entradas de la ESMA, volvieron a utilizar la radio:

—Cerrar la partida con tres de alfil —fue ahora la críptica propuesta—. Uno de los verdes de guardia en el portón, les franqueó la entrada.

Las ruedas crepitaron en la grava de los caminos interiores. Los autos volvieron a detenerse. Estaban en el playón donde estacionaban los vehículos operativos. Le abrieron la portezuela y lo ayudaron a bajar. Luego lo llevaron entre dos, uno de cada brazo. Subieron una, dos escaleras, y se detuvieron. El trío escuchó dos voces nuevas y reinició la marcha. Ahora tuvieron que bajar otras escaleras y entonces evocó su llegada de Uruguay: estaba en el mismo lugar. Sintió cómo se abría un portón de hierro y se reencontró con la fuerte iluminación que le traspasaba la trama de la venda. Caminó unos metros por el pasillo del sótano (la *Avenida de la Felicidad*, como la había bautizado el Tigre), y lo metieron en una celda.

—Puede sacarse la venda —dijo una voz conocida.

Frente a él estaba el engominado. Los otros habían desaparecido. De una ojeada comprobó que estaba en el mismo cubículo que antes. Hasta alcanzó a distinguir borrosamente la cruz trazada por las mojas francesas.

Miraba la celda y al Pingüino Mariano sin hablar. Tuvo que ser el otro quien rompiera el fuego.

—De nuevo en casa... Bienvenido.

La sonrisa lo tranquilizó. Tal vez Ejército no había pasado el parte de sus “ideas locas” El Pingüino le propuso con un gesto que se sentara en el camastro de tortura. Arrimó una silla junto al jergón y le preguntó:

—Y... ¿qué tal? ¿Cómo le fue? ¿Lo trataron bien?

Su pelo engominado lanzaba destellos pacíficos bajo la lamparita de la celda, su rostro rezumaba buena voluntad e interés. El Pelado comprobó que esta vez no le habían puesto esposas. Recordó las palabras del Pipa en Rosario: “Sos popular en el Chaco. Tenés espacio para negociar con Massera”. Se arriesgó:

—La verdad, estaba mucho mejor que acá: teníamos un campito para jugar al fútbol, vóley... hasta pileta de natación.

El rostro anodino del Pingüino se frunció en un gesto que podía ser de disgusto pero parecía de tristeza.

—Nosotros también tuvimos quintas —confesó con un dejo de orgullo profesional herido.

—Y vamos a volver a tenerlas —prometió amoscado. Parecía el gerente de una cadena hotelera humillado por la propaganda de un competidor.

—Hubo algunos problemas, pero vamos a volver a tenerlas. Se lo digo yo.

Por los ojos del Pelado pasó una chispa de socarronería que el otro no alcanzó a percibir. El rostro del prisionero se había compuesto rápidamente: lucía compungido, con una expresión que combinaba el reproche con un cierto desafío.

—Tenga paciencia... —insistió el Pingüino.

El Pelado asintió en silencio. Pero inmediatamente se soltó con vivacidad.

—Sí, paciencia sí... pero no acepto más grilletes ni esposas. Ya tengo bastante con todo lo que pasé.

La insolencia surtió efecto.

—No se preocupe. Se lo digo yo.

Se levantó suspirando.

—Ahora quería decirle que tengo un trabajito para usted. Lo van a hacer con una persona que usted conoce.

Sin decir nada más salió y regresó al cabo de unos segundos con Elena. Allí estaba en la puerta otra Elena que no podía asociar al *cuadro* que había conocido en Montevideo: cálida, blanca, con su rostro tan redondo que contradecía la silueta delgada, su pelo negro prematuramente encanecido. Se levantó de un salto para abrazarla. La estrujó entre sus brazos fuertes y nerviosos y no se preguntó, al mirar los ojos vivaces, si estaba *bien o quebrada*. Fue una confianza relampagueante y recíproca, sin fisuras. Muy atrás, en zonas recónditas de la corteza cerebral, había imágenes y sonidos que venían de las lejanías más remotas (*consuelo de los pecadores... virgo potens... ahora y en la hora de nuestra muerte, amén*) y habían entrado a la siniestra celda número 13 como una imprevista ráfaga de lavanda en una bóveda subterránea.

El Pingüino interrumpió la escena con suave firmeza.

—Elena está pasando un trabajo que hizo la Lucy y hemos pensado, Pelado, que vos la ayudes con esa tarea.

La voz del marino invocando a Lucy y tuteándolo, lo devolvieron a la celda número 13.

—Yo le explico —se apresuró a decir Elena con una mirada protectora.

—Está bien —contestó el Pingüino y se fue hacia la estrecha puerta—. Yo me voy. Hasta luego, Dri. Elena te va a explicar cómo son las cosas.

Oyeron el taconeo que se alejaba y estuvieron un rato en acecho. Elena ocupó la silla que había usado Mariano y le preguntó por Rosario. El Pelado le hizo una síntesis rápida y deslavazada de lo que había vivido y le preguntó a su vez por las novedades de la ESMA. La música se había interrumpido. Elena echó una ojeada significativa al parlante aplicado cerca de la puerta.

—Vení... —le dijo en voz baja y tendiéndole una mano—. Vamos a nuestra “oficina”.

Se asomaron al pasillo. En aquel momento no se veía ningún prisionero. Al final, en el recodo cercano al portón que daba a la guardia, se paseaba un verde. Entraron rápidamente en la celda número 15, donde Elena había comenzado a trabajar en el borrador de Lucy. El mamotreto estaba sobre una mesa, al lado de la máquina de escribir, una Olivetti mediana bastante usada, sin tapa, con el teclado polvoriento.

Ahora Elena hablaba sin parar, como una locomotora. Era un cuchicheo incesante. A veces se distraía con la exaltación y se le escapaban palabras y hasta frases enteras en voz bien alta. A veces se levantaba, iba hasta la puerta y echaba una ojeada, para volver con renovados bríos. Los dos se habían sentado codo a codo frente a la mesa, para simular que Elena lo estaba instruyendo.

Ella hablaba del Sordo y perdía esa fortaleza maternal, esa capacidad de confortación que Jaime había recibido enseguida. En ese momento, las manos trémulas, la punta de la nariz húmeda y colorada, la delicada barbilla agitada por la inminencia del llanto, convocaba la piedad del compañero, del confidente que le había caído del cielo... o de otros infiernos.

—No sé si lo van a traer de vuelta. Tengo miedo de que lo maten. Pelado.

—Pero mirá, no seas zonza. ¿No ves que a mí también me prestaron y me devolvieron?

—Es distinto, Pelado. El está mal. Está herido. Tiene esa cosa horrible acá en la cintura... Además ellos saben que es un cuadro de conducción. Un cuadro que les podía haber dado todo y no les dio nada.

Se sonrió. Recordaba otras épocas del Sordo.

—Porque vos no sé si lo conoces. Es terco como una muía, duro, empecinado... ¿vos pensás que lo van a traer? ¿En serio Pelado? Decime que sí. Pelado, por lo que más quieras. Porque lo único que me sostiene es pensar que las pibas todavía lo tienen... que su papá...

La voz se quebró mirando las fotos de las nenas que había clavado en la pared. Allá estaban: una sonriente, la otra hosca y reconcentrada. Con sus trajecitos de pollera tableada que les había cosido la abuela, posando sobre el césped de otra era, los ojitos entrecerrados por un sol eclipsado para siempre. La palmeó.

—Lo van a traer. Como me trajeron a mí. Podés estar segura.

Cabizbaja, miraba cómo una de sus lágrimas había caído sobre “La historia de los montoneros”, sin firma. Dos tomos, 300 cuartillas. Ediciones del abismo. Hablaba tan bajo que al Pelado le costaba seguir el hilo. El recuerdo de la muerte iba brotando de un manantial oculto y parecía no estar con Jaime, ni con nadie.

—A Gaby la mataron. El 15 de enero. Yo no la vi, me lo contaron. Esos días parecía que había un virus del que nadie quería hablar. “Gaby está mal”, “Gaby está mal”, llegó acá al sótano la versión de que ella estaba mal. Porque le decían Gaby, de “Gaviota”, a Norma, ¿sabías? Andaba mal del corazón. Cuando cayó se había tomado la pastilla, pero la sacaron. Y el Trueno tiró sangre del grupo que ella tenía. Ahí mismo, en el lugar donde la agarraron. Así podían decir que Norma Arrostito había muerto en un enfrentamiento. Dicen los más viejos que durante una semana le dieron máquina sin parar. Estaba *Gato Electrónico* (un amigo del Tigre, un civil que inventó las picanas que se usan acá). También estaba el Tigre y creo que estaba Mengele, para evitar que se les fuera la mano y se quedara. Pero no se quedó. Yo no sé si ya sufría del corazón antes o empezó a sufrir por la tortura. La cosa es que no se les quedó. A la semana Gaby pidió que viniera el oficial de más rango ¿sabés? Y parece que lo dijo de una manera que le hicieron caso. Parece que el propio Chamorro vino acá al sótano a verla. Y dicen que ella le dijo: “No voy a dar otro dato que mi nombre de guerra y mi grado. Si me tienen que fusilar,

háganlo ya mismo. Como hicimos nosotros con Aramburu". Eso parece que les dijo... "como hicimos nosotros con Aramburu" Y no la torturaron más. Se dieron cuenta que decía la verdad y que era inútil hacerle eso, a una persona así, como era ella... ¿no? Es raro, porque otros no dijeron nada tampoco, otros estuvieron como ella y sin embargo les daban para destruirlos. Como al Negro Ricardo...

— ¿Qué pasó con el Negro? —el Pelado interrumpió el soliloquio. Elena lo miró como si un extraño hubiera irrumpido súbitamente en la pieza.

— ¿No sabés? Lo mataron. Lo llevaron al *Dorado* y lo colgaron. Dicen que lo colgaron. Yo no lo vi, pero todos los compañeros dicen que lo colgaron.

— ¿Y a Gaby?

—A Gaby ya no le daban más pero siempre andaba con grilletes. La hacían maquillar, peinarse, que se vistiera bien. Pero siempre con grilletes. Y siempre Chamorro la iba a ver y se quedaba horas hablando con ella. Y mirá lo que serán, ¿no? que ella le pidió al Delfín que si la iban a matar, él mismo le pegara un tiro. Se lo hizo prometer. Y le hizo prometer que no la prestarían al Ejército. Porque ella sabía que el Ejército la iba a destrozarse. Ella sabía que no le perdonaban lo de Aramburu. Y el Delfín le prometió que si la sentencia era de muerte, él le pegaba el tiro. Y mirá después ¿no? Aunque dicen que el Delfín estaba indignado con el Tigre. Que el Tigre se había cortado solo y todo eso...

—Pero ¿cómo fue?

—Acá llegó eso de que andaba mal. Entonces un día el Tommy fue a verla, porque el Mengele estaba de franco. Son los médicos, ¿entendés?, los médicos de acá que están en todas. Van a los chupes, están en los interrogatorios. Dicen que el Tommy fue con una caja de inyecciones allá, a la celda de ella en Capucha. Es una mierda el Tommy ese, un desgraciado que está medio loco. Creo que es dermatólogo o algo así, no sé... Parece que el tipo estaba muy nervioso. Imagínate. La Gaby. Era *el* personaje para estos tipos. Los traían a todos los peces gordos a verla. Entonces, digo, cuando estaba bien. Como si fuera un trofeo. Massera, el Coronel Rowaldes del Primer Cuerpo, el Coronel Minicucci. Dicen que lo trajeron al propio Bonamín, al obispo, para que la viera. Y bueno, después de que Tommy entró en la celda, al rato los de Capucha los vieron salir. La Gaby iba en camilla. La cara hinchada y violeta. La acompañaba Jorgelina Ramus, que colabora con ellos, el Tommy con la latita de jeringas en la mano. Dijeron que la llevaron al Hospital Naval. Pero nunca volvió. La mataron. Enseguida supimos que la habían matado.

Bruscamente se levantó, se pasó una mano por la frente y fue hacia las fotos de la

pared. Volvió hacia Jaime y le dijo en voz muy baja:

—Tenemos que tratar de que nos suban a la Pecera, Pelado.

Y como viera que él la miraba sin entender:

—Mientras estemos en el sótano significa que no hay sentencia todavía. Si te pasan con los de la Pecera significa que vas a vivir. Y que sea cuanto antes, porque las cosas se han puesto muy fuleras después de lo de Nariz.

— ¿El Nariz?

—Cómo... no... Claro ¡qué tonta! si vos no sabés nada —y le volvió la sonrisa del encuentro—. El Nariz se escapó.

El Pelado estaba boquiabierto. El también insinuaba una sonrisa de revancha.

— ¿De acá adentro?

—No.. De acá no. En la calle. Lo habían llevado a la calle a no sé qué y se las tomó.

— ¿En serio?

—Claro que en serio. Preguntale al Tigre y vas a ver la cara que pone —miró hacia la puerta y se lo soltó con todas las letras—. Le pidió autorización al Sordo, porque era el jefe. Y el Sordo le dijo que sí... que había que fugarse y tomar contacto con el Partido. Que no hiciera nada, ni denuncia ni nada, hasta estar fuera del país y tomar contacto con el Partido.

El Pelado se miró en esos ojos saltarines donde las lágrimas se habían convertido en luces traviesas y escuchó el renacimiento de las voces que parecían enterradas en La Intermedia: el ronroneo del motor incesante, el viejo frenesí de los vuelos sobre los naranjales de Entre Ríos, marchando a paso de carga, amenazando con romperle el corazón.

II El Sótano

El Pingüino cumplió su promesa: el Pelado pudo circular libremente por el Sótano, sin grilletes ni venda. Elena, que todavía iba engrilletada, comentó que era “un buen síntoma” en la carrera por la supervivencia.

Pronto se disiparon sus temores de que el Ejército lo hubiera devuelto para que lo boleteara la Marina. El Pingüino se mostraba siempre reservado pero muy amable. Un día, inopinadamente, le dejó el libro *Los mercenarios* sobre la mesa de su celda. Otro le preguntó si lo había leído y qué le parecía. Era evidente que se identificaba con los personajes de Larteguy, admiraba su filosofía dolicocefala y sospechaba —como ellos— que las ensoñaciones grecolatinas habían comenzado a fermentar y se veían amenazadas por un invisible cataclismo.

Aprovechando esa primera tregua, su flamante libertad de movimientos y su innata capacidad de hacerse el otario, el Pelado se entregó de lleno a su obsesión favorita: hacer un cuidadoso relevamiento mental del lugar donde estaba encerrado y una prolija clasificación de los diablos y condenados que compartían su infierno.

El Sótano era un rectángulo perfecto que medía unos 35 metros de largo por unos 12 de ancho. Los lados mayores iban de este a oeste y los menores de norte a sur. El acceso principal estaba situado en el extremo occidental (en la misma línea del frente del Casino de Oficiales, que daba ll la Avenida del Libertador). Tenía un ancho portón de hierro, pintado de verde, con una mirilla, y estaba precedido por un alto escalón de cemento, el mismo que había sorteado a ciegas en su primera temporada. El pesado portón se abría cuando el centinela armado que montaba guardia en el exterior recibía, por intercomunicador, la orden de hacerlo. Sólo los oficiales conocidos y unos misteriosos personajes llamados *Pedros* o *Ayudantes de Pedro*, podían franquear la entrada sin consulta previa. La otra salida era una puerta pequeña, ubicada en el lado sur, que antes se Utilizaba para sacar a los *trasladados* y que ahora había sido clausurada.

La estructura del Sótano era recia, como la de Capucha, con gruesas columnas de hormigón pintadas de gris. Resultaba evidente que se le habían ido incorporando y suprimiendo, de acuerdo con las épocas y las necesidades operativas, una serie de compartimientos levantados, por lo general, con materiales precarios, como los tabiques de aglomerado.

En el lado sur, en la misma línea de edificación de la puerta clausurada y marchando en dirección al fondo (es decir a la pared del lado este), podían verse,

sucesivamente, el baño chico (algo elevado y dotado solamente de un inodoro); el baño grande, con inodoro, dos lavabos y du chas (que habían sido construidos después que el Pelado fuera llevado a Funes); la *sala de audio*, conocida popularmente como *la huevera* por sus paneles aislantes llenos de protuberancias; un pequeño comedor y las salas de tortura 13, 14 y 15, que eran las que habían quedado para esas fechas (antes habían sido más de diez).

En la pared opuesta, siempre marchando desde el portón hacia el fondo, habían levantado cinco cubículos con sus correspondientes subdivisiones. Primero estaba la sala de diagramación, atravesada por una robusta viga aérea de hormigón y, a continuación, la oficina de documentación falsa; el laboratorio fotográfico, con su cuarto oscuro equipado con tres lavabos; la enfermería y, por último, otro taller de maquinaria gráfica. Sobre la pared del fondo, contiguo al taller, había un cuarto de trastos viejos donde también se guardaban las herramientas destinadas a labores de carpintería y mantenimiento.

El espacio central era un pasillo irregular (la *Avenida de la Felicidad*) de unos tres o cuatro metros de ancho, como promedio.

No había ventanas, sino unos módicos ventiluces rectangulares practicados a un metro setenta de altura, que desde afuera se alzaban unos veinte centímetros desde el nivel del piso. El único paisaje que podía percibirse ocasionalmente desde esos agujeros, eran los zapatos de un eventual caminante. Por supuesto la luz natural no bastaba ni remotamente para alumbrar ese pozo. Día y noche el sótano estaba iluminado por los neones del pasillo y los focos de las celdas y lugares de trabajo. Las módicas aberturas tampoco alcanzaban a ventilar, por eso, igual que en Capucha, durante mucho tiempo funcionó un extractor no menos ruidoso. Su zumbido incesante volvió a evocar al Pelado el barco fantasma.

Los ojos del Pelado volaban hacia ese portón verde que comunicaba con el mundo exterior y que antes había traspuesto encapuchado. Tardó un tiempo en saber qué había “detrás”, pero se fue esforzando tanto en imaginar sus detalles que llegó a reconstruirlo con la misma perfección dolorosa que podría alcanzar un ciego para modelar un rostro amado. Primero, de sur a norte, estaba la escalera que llevaba a la salida y también al misterio de los pisos superiores; luego otra pieza de trastos; después el generador de emergencia, el puesto de guardia y los armarios metálicos donde se guardaba el armamento y, por fin, el ascensor.

El Sótano estaba custodiado solamente por uno o dos *verdes* desarmados que, en general, no se metían con los chupados “viejos”, pero no parecía fácil escabullirse de esa

ratonera. Mucho más difícil que de Funes o de La Intermedia.

Con mayor empeño todavía el Pelado se dio a la tarea de clasificar a los habitantes del subsuelo. Prisioneros, guardias, oficiales, miembros de la Patota, fueron pasando por su lupa poderosa. La mayoría no sospechaba que era sometido a un minucioso espionaje. Encontraban frente a ellos un hombre débil, vencido, siempre bien dispuesto para levantar los platos y lavarlos, a veces hostigado por el intestino y los malos recuerdos. Un simplón pacífico y aquiescente; lo que suele llamarse “un buen compañero”

De entrada había sentido la imperiosa necesidad de ser amigo de Elena y ese poderoso sentimiento lo llevaba a quebrantar el juramento que se había hecho en Rosario: confiar únicamente en sí mismo. Es verdad que no le había dicho lo principal, que pensaba fugarse, pero allá en el fondo de su corazón sabía que en cualquier momento podía hacerlo. Aunque también de entrada se propuso limitar esa confianza a Elena y no extenderla a ningún otro, por honesto y leal que pudiera parecer. La única excepción, por supuesto, sería el Sordo... siempre y cuando tuvieran la suerte de volver a verlo.

La amistad con Elena alcanzaba y sobraba para arrancarlo de la soledad y ayudarlo a establecer un cierto equilibrio interior; ese diálogo sin el cual no hay mundo. Elena era la recuperación del pasado y la esperanza de un futuro que trascendiera el portón verde. De momento, se había convertido en un auxiliar imprescindible en sus investigaciones. “Con ése no hablés; con aquel mostrate superquebrado.” “Ese es un buen tipo, que está jodido porque entregó a su mejor amigo y más jodido todavía porque el amigo lo perdonó.” “Ojo: ése es directamente un cuadro del enemigo.” “Fulano es buen tipo; no entregó nada pero sin embargo el Tigre le da mucha pelota.” “Mengano sí que es un compañerazo, con ése podés hablar con total franqueza.”

El Pelado metía los consejos en la computadora, los procesaba, los cotejaba con sus propias observaciones y luego iba sacando un principio de diagnóstico, o un diagnóstico definitivo. Seguía fiel al principio *líbrame de mis amigos, que de mis enemigos me cuido solo*. Por eso se descubría más tenso frente a los traidores que ante los propios milicos.

El que más lo impresionó fue Miguel Ángel Lauletta, a quien el pueblo de las profundidades había bautizado *Caín*. Petisón, panzoncito, puro bigote, el Caín proseguía en la ESMA el trabajo que había llegado a dominar en la Orga: era un genio para falsificar documentos. Los viernes a la tarde se iba “franco” a visitar a su mujer y sus hijos y los domingos por la noche regresaba al Sótano borracho como una cuba. Lloraba entonces y se ponía pegajoso y lúbrico. Rondaba como un buitre en torno de Elena, pavoneando su poder de *kapó* y sugiriéndole abiertamente que si se acostaba con él podía ascender a la

Pecera, el mágico recinto de los elegidos.

Cerca del Caín, en el laboratorio fotográfico, trabajaban tres tipos de cuidado. El más notorio era Daniel Lastra. Grandote hasta la desmesura, desproporcionado por la acromegalia, este Frankenstein también era temido por los habitantes del Sótano. Elena le contó al Pelado que el gigante taciturno había propuesto colaborar a condición de que dejaran en libertad a su mujer y la mandaran al extranjero. Ella había cumplido su parte publicando una solicitada en *Clarín*, en la que se arrepentía de “haber sido engañada por la subversión”.

Otro era el *Ingeniero*. Alto, delgado, medio canoso, había dado varias vueltas de campana. “Cuando cayó lo cantó al Colorado Zavala —recordó Elena— pero luego se arrepintió. El Colo venía en un colectivo a la cita y éste le hizo señas desde abajo para que no se bajara. Ahí no más se largó a correr y alguien de la Patota le pegó un tiro en una pierna. Fue lo último bueno que hizo. A partir de ahí se convirtió en un terrible hijo de puta...”

El tercero era el *Gallego* Marcelo Hernández. Barba renegrida, cejas espesas y pelo de puercoespín comiéndose la frente. Hablaba con la zeta. Salía muy a menudo de la Escuela. Cuando se quedaba a dormir, compartía la celda con el Pelado Diego. El submundo le atribuía una astucia infernal: se había quedado con plata de la Orga engañando a la Marina. “Lo único que no cantó fue la plata”, reveló Elena.

Otra banda peligrosa como la del laboratorio era la del Tío y sus carpinteros, los fabricantes de ataúdes N.N. El Tío había entregado a Lino, pero a diferencia de Caín no solía recalcitrar en el verso antimontonero. Nadie le creía, por supuesto, y el Pelado trataba de evitarlo.

En cambio le caía bien la “barra de mantenimiento”, donde descollaban algunos lumpenazos como *Bichi* y *Mantecol*. El villero esmirriado y morenito que respondía al apodo de Mantecol, era un rico tipo que se cagaba de risa de todo, hasta de su propia suerte. “El día que me fueron a buscar —le confió al Pelado— el Tigre hizo iluminar toda la villa como si fuera una película. Imagínate; ¡buscaba al peligroso Mantecol!” Bichi lo seguía como su sombra y solía decir que el Mantecol muchas veces dormía en la ESMA para que no lo matara una de sus dos esposas.

También estaba en *mantenimiento* el guía de la noche de Navidad. El *Chiqui* había militado en el gremio telefónico y era un muchacho jovial y amistoso que había llegado a perdonar a Roque, el amigo que lo había entregado. Roque, sin embargo no se perdonaba la delación. Deambulaba por el Sótano como una sombra silenciosa y reconcentrada.

El Pelado quiso saber la historia de Serafín, el melancólico desdentado que le había dado el primer cigarrillo. Se enteró con pena que “había hablado en la tortura” y se sorprendió al descubrir que su ánimo se inclinaba al perdón. “Es increíble —se decía— pero pese a todo siento que no es un mal tipo.” Soslayando las prohibiciones del campo, Serafín había logrado formar pareja con Rosita, un ser enfermizo e insignificante.

Allí encontró también al Tito y su mujer, la Chiqui, los otros compañeros caídos en Montevideo.

Pero ninguno de ellos podía servir para alimentar sus fantasías de fuga, o para compartir siquiera la fidelidad oculta a la identidad montonera. Sus esperanzas comenzaban a dirigirse hacia dos mitológicos personajes de *arriba*: el Mateo y la *Cabra*, de quienes Elena hablaba sin parar.

El otro bando presentaba rostros muy diferentes. Estaban los silenciosos *verdes*. Los *Pedros*, jefes de los verdes, los marinos y los auxiliares de la Patota.

El jefe del sótano era indudablemente el *Pingüino*, a quien había llegado a calar bastante. Era un pituco, visceralmente antiperonista, que obedecía a Massera pero añoraba a Rojas.

Otro habitué era el chanco colorado que había ido a buscarlo a Uruguay. Por Elena se enteró de que era el Prefecto Héctor Favre, al que todos llamaban *Selva*. Alguien había comentado que el Trueno Pernía lo despreciaba por cagón, pero lo respetaba como torturador. Bicho del mismo charco era el Subprefecto Carnot, conocido como el *Espejaimé*. Conocía bien al Pelado y una tarde le confesó que lo había andado buscando por la zona de Yapeyú.

Pero el más inquietante era el sargento Juan Carlos Linares, de la Federal. El Gordo Juan Carlos había sido uno de los puntales del Tigre en el GT. No sólo fue profesor de picana de los marinos, también se especializó en ahorcar prisioneros con alambre o dinamitarlos. Al Pelado no lo engañaba su estilo bonachón y humorístico; apenas lo veía bajar se ponía en guardia. Una tarde trajo harina y grasa y le pidió a Elena:

— ¿Por qué no te hacés unos bizcochitos?

Para desgracia de Jaime, a éste le gustaba hablar con él y hacerlo receptor de las más cínicas confidencias:

—Si no se hubiese inventado este negocio de las patotas, yo andaría dirigiendo el tránsito.

—Te vamos a fusilar — anuncia en las sombras la voz del Puma.

Lo levantan brutalmente de sus delirios de los viajes y la ropa de las nenas y empiezan a arrastrarlo por la tierra. A través de la inmundada capucha le llega el cloqueo de un molino de agua, un imposible olor a mejorana y las mil reverberaciones de la mañana de otoño. Una manaza lo arroja contra un muro.

— Ahí, quedáte ahí quietito... — ordena Víctor.

— Sí, no te muevas que te vamos a retratar — agrega, ahogándose de risa, un rufián desconocido.

No ocurre lo que suele contarse sobre los últimos minutos. No le pasa por la cabeza la película de su vida entera. Apenas un recuerdo reciente, de hace unos meses. Que tampoco desfila con imágenes en tinte, sino de una manera abstracta, vinculada a lo sumo a un hedor. El hedor de la propia herida. Vuelve sólo lo de Uruguay, ese 21 de noviembre. Cuando le pescan el 38 adentro del termo. Cuando le dan y simula que se quiebra. Cuando les dice que tiene una cita en un hotel del centro y les versea que para no hacer saltar la liebre no puede ir escoltado por un grupo grande. Recuerda que estuvo a un pelo de ganar: lo mandaron sólo con el chofer del auto. Un tipo duro, es cierto, pero un solo tipo al fin. Increíblemente la manija bajó, pudo abrir la portezuela y rajar y hasta tuvo el tino de correr a contramano por aquella calle de Montevideo. Pero el tipo también tenía reflejos, también metió el coche a contramano y lo cagó de un tiro en las tripas, ahí, en ese zaguán. En el mismo zaguán donde ahora estoy parado esperando los tiros de nuevo.

— ¿Querés gritar algo? — pregunta el Puma. Aclara: — Digo, si querés gritar “Viva la Patria y vivan los Montoneros...” o solamente “Viva la Patria”

Hay un silencio largo que sólo corta el cerrojazo de las metralletas.

— ¡Viva la Patria! — el Sordo se escucha gritar mientras espera los plomazos.

No llegan. Hay risitas. Toses. Una nueva voz cargada de autoridad increpa:

— ¡Paren ya! Se acabó la joda. Este hombre es nuestro.

Alguien se acerca y le levanta la capucha. Tarda unos segundos en reconocerlo. En deletrear los rasgos de esa cara ancha, ribeteada por un pelo pulcro y entrecano que al comienzo ve como una mancha difusa contra el azul del cielo y un retazo de ramaje que parte su horizonte. La cara pertenece a Gastón, el jefe del GT/332.

—Se acabó —dice Gastón—. Te vas a venir conmigo.

Y agrega al oído:

—Elena te espera.

El Sordo recorre la topografía de la cara. Sus accidentes visibles: un barrito, la erosión de los cuarenta años. Se detiene en la mirada helada, imprevisiblemente irónica.

A un costado de ese rostro, insoportablemente cercano, divisa la silueta verdeoliva de los otros. Se ríen. No paran de reírse. Gastón también. Al comienzo fue un leve visaje. Pero ahora es risa franca.

Todos se ríen y lo miran.

La rutina de aquellos días fue un bálsamo para los nervios del Pelado, una tregua que le iba a permitir cargar las baterías para afrontar los momentos que se aproximaban.

A menudo lo agobiaba el dolor de espalda que le dejaron de recuerdo las colgaduras de Uruguay, y tenía frecuentes mareos. Mengele, el jefe de los médicos, practicó una somera revisión y diagnosticó “una pinzación en dos vértebras cervicales” No le creyó una palabra. Mengele era un cerdo. Alto, gordo, cetrino y viscoso. Un tipo siniestro.

La población del Sótano no tenía un horario estricto para levantarse; solían hacerlo entre siete y media y ocho. Por turnos iban pasando al baño grande a ducharse y luego se juntaban en el comedor a desayunar el inevitable mate cocido. A media mañana solían regalarles el paladar con un café. Los fumadores recibían diariamente un atado de cigarrillos de manos del Pingüino.

Después cada uno se metía en su cubículo a trabajar o a simular que trabajaba, como Elena y el Pelado.

A las doce bajaba el almuerzo del tercer piso. Invariablemente era pollo o carne con papas y ensalada. Una bazofia nutritiva.

Comían todos juntos, los Caínes y los Abeles, y conversaban animadamente de trivialidades. Jamás se hablaba de política y mucho menos de caídas y cantadas. Las bromas giraban en tomo de los hábitos y defectos personales. “Mantecol es un avestruz, es capaz de comerse una llave inglesa.” Comentarios de ese tipo encendían grandes risotadas. Se reían como colegiales, hasta que se les caían las lágrimas.

Por las tardes algunos dormían la siesta, otros seguían la faena y no pocos se encerraban en el camarote a leer.

La cena se servía tipo convento, entre siete y ocho de la noche. Allí volvía a juntarse el pueblo y se repetía, con menos vitalidad, la comedia del mediodía. A los postres los veteranos regresaban a Capucha y sólo algunos trasnochadores empedernidos como el Chiqui buscaban prolongar la velada con un *TEG* o una manilo de Truco.

Un buen día la rutina se interrumpió por un episodio que provocó gran agitación entre los habitantes del Sótano y de todo el Casino de Oficiales: un grupo de periodistas vendría a visitarlos.

Esta incursión de la prensa en las intimidades de la represión era una sorpresa para los prisioneros, pero había sido rigurosamente planificada por los jefes del Grupo de Tareas. Preocupados por la creciente virulencia de las denuncias en el exilio, los hombres de la ESMA querían neutralizar los ataques con un operativo de acción psicológica.

Dos cronistas a sueldo de la Marina, el *Bebe* Héctor Agulleiro y el *Bebito* Héctor Sayago, visitarían la Escuela para proclamar a los cuatro vientos que allí no había “ningún campo de concentración”. En realidad era su primera visita oficial y pública. Clandestinamente, habían estado en varias oportunidades y hasta se les había permitido observar a los fantasmas de Capucha. Agulleiro era una figurita en el noticiero de *Canal II*. Sayago vivía en España y había trabajado en la redacción del libro *Europa y Argentina, un mismo terrorismo*, editado por el Centro Piloto.

Para aumentar la credibilidad del testimonio, ambos venían como *grupines*, acompañando a un reportero inglés que había seleccionado con sumo cuidado la agencia de publicidad norteamericana *Burson Marsteller*.

La visita provocó una serie de mudanzas apresuradas. Capucha fue desalojada y se la convirtió en “cuadra para el descanso del personal”. Los prisioneros de mayor confianza fueron enviados a casa de sus familiares. A los que por una u otra razón tuvieron que quedarse, se los disfrazó de marinos. Al Pelado Diego le pusieron un uniforme de suboficial y entendió la alusión perfectamente. Las veinticuatro picanas que había en la ESMA fueron archivadas bajo llave y se levantaron las camillas de las salas de tortura. Jaime y Elena fueron encerrados en una pieza.

Escortado por sus colegas argentinos y los marinos, el periodista británico recorrió

las inocentes instalaciones, asistió a un reconfortante almuerzo en el Casino y a una instructiva charla sobre la “Guerra contra el terrorismo” que dio el Tigre en el Salón Dorado.

El Caín tenía un humor de perros. “Uno se rompe todo y luego los otros se empeñan en hacer boludeces.” Le habían hecho un juego completo de documentación al Cuervo Astiz que era una pinturita. El mismo día que se llevaban a las viejas de la iglesia de la Santa Cruz, el Cuervo salía rumbo a París con los *yutos* a nombre de Alberto Escudero. Luego, cuando la vieja esa le dio la cana en el CAIS y tuvo que rajar, cometió la increíble estupidez de cruzar la frontera con Alemania llevándolo de ladero al Teniente Yon... ¡que viajaba con los legales! El Tigre comentó que habían cruzado pegaditos en un puesto donde se fotocopian los papeles de todos los viajeros. ¡Qué manera de poner las digitales!

Ahora, curado de espanto, el Tigre quería que le hicieran pelpas a todos los que andaban en el exterior. Y hasta doble juego, por si las moscas. El Trueno Pernía, que reemplazaba a Perrén en el Centro Piloto, ya se había llevado los suyos, a nombre de Héctor Gaimar. También la Lucy había dejado de ser Mercedes Carazzo. Pero ahora había que prepararle documentación supletoria a los dos. Para colmo de males ahí estaba hinchando los huevos esa mina Holmberg, que se había peleado con Perrén. Así que, más cuidado todavía.

El Caín desgranaba sus irritaciones cotidianas mientras trabajaba. Con paciencia oriental fue completando los detalles: el cuño seco ya estaba aplicado sobre la foto del Trueno que le había sacado en el mismo Sótano; preparó cuidadosamente la perforadora y troqueló los números sobre el margen derecho, a un centímetro del corte. Luego aplanó la lámpara contra el tablero y se dispuso a aplicar el sello correspondiente:

COMISARIO JUAN FÉLIX TOREIU JEFE DIVISIÓN PASAPORTES.

Levantó de la mesa un pasaporte auténtico que le habían prestado “al efecto” y miró por centésima vez la firma real del Comisario Torelli. Conocía ese trazo breve de memoria, esa especie de S estilizada al estilo SS y puesta en sentido vertical, luego el único garabato que la rodeaba y finalmente la cruzaba por arriba, formando una especie de V. “¿Qué mierda tendrá que ver este jeroglífico con el apellido Torelli?”, pensó mientras practicaba en una hojita suelta. Por fin, ya seguro de su pulso, que últimamente no lucía tan firme como antes, volvió a apropiarse de esa firma condenada a múltiples plagios. Bastante satisfecho con la falsificación, aplicó el secante con levedad y precisión y alcanzó a cerrar el pasaporte. Justo a tiempo, porque en ese instante supo a través de la nuca que alguien que no debía estar allí, había entrado silenciosamente y lo estaba

espiando. Se volvió de un latigazo, como una cobra, y vio al Pelado Dri que lo miraba con sus mansos ojos azules y le dirigía una sonrisa bobalicona.

— ¿Qué hacés acá? —le preguntó, agrio.

—Eh... yo... Perdón, ¿no se puede?

—Avisá por lo menos. A veces hay cosas que no se pueden ver.

—Ah... disculpáme. Sólo quería charlar con vos.

La figura tiznada del Caín pareció reconcentrarse.

— ¿Qué querés? —dijo con la simpatía de un enterrador que está trabajando horas extras.

—Nada en especial... charlar... Claro que, si estás muy ocupado...

El Caín se suavizó un poco, pero permaneció a la defensiva.

—Sentate —invitó con un gruñido, indicándole un banquito.

— ¿Mucho laburo? —quiso saber el Pelado, amigablemente.

—Más o menos —respondió Caín y volvió a interrogar:— ¿Pasa algo?

—No, te repito que no —insistió el Pelado, pero luego dio un suspiro curialesco que hubiera conmovido a cualquier otro que no fuera el Caín y se contradijo.

—Bueno, sí, mirá... Quería hablarle del asunto mío.

Entonces el Caín hizo algo absolutamente inverosímil. Tan inverosímil que logró descolocar al Pelado. Agarró la tulipa metálica de la lámpara articulada y dirigió el haz de luz hacia la cara del Pelado, que se movió inquieto.

—Habló.

—La luz me molesta —dijo el Pelado haciendo visera con la mano.

—Ah... disculpame —admitió Caín como si recién se diera cuenta y desvió la luz hacia el techo.

Ahora eran dos manchas pardas y difusas. El Pelado volvió a suspirar.

— ¿Qué pasa conmigo?

El Caín se encogió de hombros.

— ¡Y yo qué sé! ¿Por qué me preguntás a mí? Preguntale a Mariano.

— Vos sabés... —arriesgó el Pelado con la sonrisa acartonada de un *Jocker*.

— Yo no sé nada.

— Vamos... ¿me vas a decir que no sabés por qué no me mandan arriba?

Una regurgitación de odio trepó por la laringe del falsificador y se estacionó en sus ojos color café, que parecían dos tachuelas.

— Por algo será —filosofó inclemente.

— ¿Por qué? —demandó el Pelado con una mueca fronteriza a la imbecilidad.

— Y... una de dos: o no te evaluaron, o te evaluaron mal. ¿Te mandaste alguna cagada allá en Funes?

El Pelado palideció pero supo contenerse.

— Ninguna. Mariano me dijo que los del Ejército estaban contentos.

— Entonces no te evaluaron —sentenció el Caín hurgándose una uña más negra que su bigote.

— Y vos... —sugirió el Pelado nuevamente—. ¿Vos no me podés dar una mano?

El Caín largó la uña y lo miró fijamente.

— Yo no me juego por nadie —escupió y atacó una segunda uña.

— No, no digo que te juegues... —se apresuró a decir Jaime—. Sólo que si te preguntan... o algo así...

El falsificador volvió a dejar la manicura y se pasó un índice grasiento por el bigote.

—Mirá Pelado... —empezó—. Yo puse mucho en esto. No sé si me entendés. Entregué mucho. Y me voy a asegurar de que las cosas salgan bien para poder vivir tranquilo.

Jaime no captaba en toda su magnitud la insólita confesión del Caín, aunque le pareció advertir que tenía los ojos húmedos y enrojecidos.

—Yo entregué hasta a mi mejor amigo.

Los dos se quedaron en silencio. Caín rubricó su frase apretando los labios y moviendo la cabeza en una afirmación obsesiva.

—Así como lo oís. Por eso no voy a descansar hasta que caiga el último montonero.

Se inclinó hasta casi tocar el rostro del Pelado.

—Porque mientras exista un montonero existirá la posibilidad de que me peguen un tiro. Así de sencillo. Entonces, te digo, yo no voy a descansar. No. No he descansado y no voy a descansar.

Se paró. Jaime lo vio blando y fosforescente, apoyado sobre el tablero. El también se levantó como respondiendo a un misterioso llamado.

—Escúchame, turrítico chaqueño, lleno de mañas camperas, ¿vos diste alguna prueba de amor ?

La palabra amor se daba de patadas con la expresión terrible del Caín en aquel momento. Jaime se sacudió el miedo repentino y sintió que el odio le goteaba por dentro hasta colmarlo. Imaginó su puño estrellándose contra la boca grosera del Caín. Le costó preguntar con voz neutra:

— ¿La prueba de qué?

El falsificador parecía un pez ciego de los abismos.

—Dejalo así —musitó con un tonito que pretendía ser misterioso.

El Pelado insinuó un movimiento como para salir del cuarto, pero el Caín alcanzó a contenerlo con un gesto vago.

—Está bien —empezó a desembuchar con un cansancio que se fue convirtiendo en otra cosa—. Si puedo te voy a dar una mano. Pero no te olvides de lo que hoy te dije. Nunca te olvides. A partir de este momento no te voy a sacar el ojo de encima. Y si resulta que me quisiste engrupir... Si alguna vez se te pasa por la cabeza que yo soy un traidor y vos seguís siendo un montonero, te hago mierda.

Se miraron en silencio y el Pelado regresó a la “oficina”

—Sigo siendo un montonero —exclamó Jaime.

Elena se volvió alarmada hacia la puerta abierta. Luego se le acercó y le devolvió la confesión.

—Yo también.

El Pelado ya ni la miraba. Tenía los ojos clavados en el trabajo de la Lucy y no lo veía. Por su cabeza desfilaban las imágenes de su eterna obsesión.

—Y pienso fugarme.

Elena volvió a jugarse.

—Yo también. Y si vuelve el Sordo seremos tres.

Con una excitación terrible, como no había sentido en muchos meses, el Pelado iba y venía por la mísera “oficina”, escrutando el pasillo para evitar la presencia de algún enemigo. Tomó la pava que había sobre el calentador eléctrico y le dijo a su confidente:

—Voy a buscar agua al baño, así nos tomamos un café. De paso hecho un vistazo.

Recorrió los ocho o nueve metros que lo separaban del baño grande, cargó la pava y regresó, repleto él también de ilusiones y proyectos.

Mientras tomaban el café, Elena le contó los planes de fuga que habían hecho con el Sordo. Ellos también habían trazado un relevamiento del Sótano y la guardia externa. Jaime desestimó cualquier intento por ese lado.

—Es una locura. ¿Cómo hacemos para pasar el portón y desarmar a la guardia? Y suponéte que lo logramos: ¿cómo hacemos para salir de la Escuela?

Elena admitió en silencio que ese pesimismo estaba justificado.

—Hay que buscar otro medio —sentenció el Pelado quemándose con el café.

—El Nariz lo hizo —dijo Elena.

—Sí, claro. Pero el Nariz salió... es decir, lo sacaron de la ESMA. Si no salimos no hay posibilidades.

—Para salir hace falta antes que nada que nos manden arriba. Mientras estemos en el Sótano no tenemos ninguna chance.

—A ver... —murmuró el Pelado casi en el oído de la compañera—, ¿En qué casos te sacan?

Elena lo miró con fijeza dolorosa.

—Bueno, según... A veces te sacan a “lanchar”

— ¿A marcar?

—Sí, claro. Casi nadie marca, la joda es que te ponen uno que sí marca al lado y ése puede avivarse que viste a un compañero y no lo entregaste.

—Ah... Bueno, pero eso tampoco sirve porque me imagino que en esos patrullajes irán varios de ellos enfierrados.

—Sí. Pero no deja de ser una posibilidad. Claro que la más fácil es otra.

— ¿Cuál?

—Cuando te llevan a visitar a tu familia.

— ¿Y eso?

—Sí. No tenés que ser un traidor para que te lleven. Hay compañeros que no cantaron y de vez en cuando ven a las familias. Lo hacen para decirte: “ves... si te dejamos ver a la familia es que no te vamos a matar”

Jaime apoyó los codos sobre la mesa.

—Estamos en la misma.

— ¿Cómo?

—Estamos en la misma. Para lograr eso tenemos que ir arriba.

—Sí. No hay otra.

Parece una foto antigua, aureolada por una nebulosa que diluye los ángulos. El sol titila, colándose por el espeso celaje. En la hondonada corro el pequeño riachuelo y más allá se abre el descampado con suaves ondulaciones de un verde purísimo. Al fondo, cerca de la casa, la mesa resplandece con su mantel blanco de hilo, el brillo de los cubiertos y las copas. De la sombra dulce del porche van saliendo los invitados. Es un grupo multiforme, que se unifica por las risas y las bromas. Hay sacerdotes con hábito talar, monjas vestidas como niñas que van a tomar la primera comunión, ancianos que ya pertenecen al polvo, con su recobrada carne reluciente al mediodía. La señorita. Está la señorita de primero inferior con una insólita capelina blanca. Los muertos conversan animadamente con los vivos, luego se apartan hacia un recodo de la casa inubicable donde resaltan los ventanales de un escritorio, enmarcados por la hiedra. Los muertos rodean algo que no alcanza a divisarse desde la húmeda sombra del río, que empieza a distinguirse a medida que él inicia la trepada por la barranca panzona y asciende hacia la casa. Allí está. Es el Viejo. Mueve los brazos. Está pontificando. ¿Pero es Perón o es su padre? Le alcanzan un plato de entremeses coloridos que abandona en una silla de paja para seguir gesticulando y hablando. Las heridas lucen como medallas al sol. La vieja sangre no se ha ennegrecido, tiene la transparencia de un vino noble y una consistencia diamantina. Parecen exhibirlas con orgullo. Todos quieren mostrarle las suyas al Padre que sigue su eterno monólogo sin dignarse a interrumpirlo. A un costado del rincón de los muertos, los niños juegan, revolcándose en el césped, con sus pantaloncitos y sus faldas almidonadas de domingo. Un coro de mujeres sale de la parte trasera portando los sagrados alimentos de la comunión dominical. Las fuentes de loza humeantes, los dorados lechones adornados con hojas tropicales, los rabanitos que brillan como rubíes, los estofados bañándose en salsas de recio sabor, los tallarines de todos los colores, como montañas de serpentinas. La Negra viste una réplica en miniatura. Y él avanza. Aunque sabe que hay cámaras de televisión ocultas en el follaje. Avanza por un campo saturado de abejas y cigarras. Hasta que Fernando lo ve y abandona su juego y corre y corre. Mientras, a lo lejos, el Padre sigue pontificando.

Subir. Vivir. Ascender, no a los cielos, sino al tercer piso. ¿Subiré? Me dice Elena: Chacho va a venir a verte. Y repite Chacho va a venir a verte. ¿Cuándo va a venir? ¿Por qué es tan importante que Chacho venga a verme? A Elena ya la dejaron hablar con su casa. Dijo hola mamá cómo estás soy yo Elena cómo están las nenas. Selva miraba y controlaba con un grabador y un chupete. No sea que. No sea que ¿qué...? ¿Quién es Chacho? ¿Cuando yo lo vea a Chacho voy a poder hablar con la Negra o mis hermanos? Es buen tipo dice Elena es buen tipo pero es un poco el jefe de los chupados. No cantó a

nadie pero ojo, no le digas la verdad como a mí, ellos están en otra, en sobrevivir todos juntos para testimoniar todos juntos. ¿Pero no se dan cuenta de que están vivos porque el enemigo quiere? ¿No se dan cuenta que todos estamos vivos porque estamos sirviendo para algo que el enemigo prepara? ¿No se avivan que hay que fugarse para romper eso? No sé dice Elena. No sé pero no le digas. Estás loca yo no le digo nada, le digo que ya no creo en nada y es lo mejor. ¿Pero jefe de qué? ¿Acaso hay otra organización acá adentro?

Se cerró el portón a sus espaldas y el ruido del extractor fue lo único que escuchó en el Sótano durante varios minutos, mientras avanzaba por el pasillo.

El Pelado había ido al comedor, a buscar el paquete de cigarrillos. Todavía estaba allí cuando oyó el grito. Se asomó a la puerta y vio que Elena corría hacia la encorvada silueta que venía caminando.

No había cumplido los cuarenta, pero visto en el Sótano y a esa distancia, el Sordo parecía un hombre de setenta años.

Al cruzar el portón le sacaron la venda. Su rostro fue, durante varios minutos insoportables, una mancha color yodo, a caballo de un cuerpo que parecía ajeno, que se arrastraba con infinita penuria, como agobiado por el peso de aquella mancha yodada. Gastón lo escoltaba grave y silencioso.

A medida que se acercaba al comedor, se iba definiendo una cara larga y ovalada, con la frente amplia y despejada. No era alto como lo había imaginado. Apenas mediano. El pelo comenzaba a ralearle y dos enormes entradas brillaban bajo los neones del pasillo. Los ojos apagados hacían un visible esfuerzo para recorrer el escenario conocido. Y una sonrisa alumbraba la boca firme, un mentón cargado de audacia. Toda su historia reciente podía leerse en esa piel que parecía teñida de un amarillo artificial.

Elena lo había enlazado por la cintura y lo guiaba insensiblemente hacia la celda 15. La cara enrojecida de la mujer se pegaba al rostro del compañero formando un duro contraste.

Varios prisioneros contemplaban la escena en silencio. Gastón, dos pasos atrás, lo señaló con la mano y les dijo:

—Lo trajimos. ¿Vieron que lo trajimos?

III De muerte natural

Pelusa seguía recordando aquella noche tremenda. Hasta tuvo la desfachatez de ir a buscarla a la celda. Se había engominado y perfumado y vestía un blazer azul y un pantalón gris. Ella también estaba “arreglada” para salir. Los dos hacían más notorias las escasas sombras que quedaban arrinconadas en Capucha, en la eterna vigila del posible traslado.

La sacó en un Chevy celeste. El tapizado apestaba a colonia y las emanaciones estuvieron a punto de descomponerla. Era una noche despejada y tibia. El Tigre conducía a gran velocidad por Libertador, por Alvear, por la fronda suntuosa del Palermo residencial.

Cenaron temprano en un restaurante bacán que estaba enfrente de la Recoleta.

El Tigre estaba nervioso y dirigía miradas a hurtadillas a todos los rincones. A veces, inconscientemente, palpaba las cachas del *magnum* que pendía de la sobaquera, justo bajo el escudo inglés de su chaqueta.

Pelusa habló muy poco. Casi todo el gasto verbal estuvo a cargo de él. Cuchicheando, a saltos, mientras le preguntaba si le gustaba el *Buen Retiro* y quería el *Tournedó* jugoso o bien hecho, le habló de sus padres y de su hermanito. El que corría más peligro era el mocoso. Los de Ejército insistían en que no era un perejil y parecían dispuestos a reventarlo. Con los padres la cosa podía resultar más fácil. Ella insistió con su argumento de siempre.

—Claro, si no están en nada. Ya sabe, como toda la gente de esa generación.

Los ojos del Tigre relampaguearon con la luz del rojo velón que adornaba la mesa.

—Acá no tenés que decirme señor, ni tratarme de usted.

Ella bajó los ojos enormes hacia el mantel; luego los posó en la cara sofisticada. El Tigre extendió una mano temblorosa, con la palma húmeda, hacia la mano de ella, abandonada cerca de su copa. Pelusa la retiró bruscamente y el Tigre volcó su contrariedad con el mozo, que se había equivocado con el punto de cocción de los medallones de lomo.

Salieron a la oscuridad. Una viejecita que parecía una pura pañoleta brotó de la

vereda como una aparición, sobresaltando al marino.

—Un ramito para la dama, señor.

Pelusa hizo un gesto de negación, pero el Tigre insistió en comprar lo. Cuando sacó la billetera ella advirtió nuevamente el temblor de la mano que la había torturado.

Fueron al coche bajo las sombras de la calle Junín. Enfrente se alzaba la mole negruzca del cementerio. Por encima del murallón de ladrillos alcanzaban a recortarse las siluetas de los ángeles de la muerte. Allá estaban, en sus bóvedas de mármol y bronce, los prohombres de la Argentina. Los militares, tribunos, escritores, y sobre todo los propietarios, que figuraban en los libros de historia. Los apellidos que seguían presidiendo la Sociedad Rural, la Bolsa de Valores, la Cámara Argentina de Comercio... Solos y olvidados frente al bullicio de los coches sport de los nietos.

Entraron al auto y Pelusa encendió un cigarrillo.

—Vamos a un lugar donde podamos estar solos... —propuso el Tigre a media voz, con una tenaza en la garganta.

—Hoy no —rogó Pelusa.

— ¿Por qué no, zoncita? —el Tigre suplicaba. Agregó, torpe:— Nadie se va a enterar.

—Todos están enterados —suspiró Pelusa.

El Tigre giró la llave. Las gomas del Chevy chirriaron y se sumergieron a toda velocidad por la loma de Junín hacia Las Heras. En dos cuadras el escenario había cambiado. Ni cementerio aristocrático, ni restaurantes a la moda; una sórdida y oscura avenida, apenas recorrida por algún solitario. Volvió a enfilar hacia el ruido y las luces. Iban por Callao hacia Santa Fe.

Los detuvo un semáforo. Se volvió hacia ella.

No suplicaba ahora. Estaba rojo de furia cuando le preguntó.

— ¿Vas a salvarlos... o no vas a salvarlos?

Los tres se rezagaron en el comedor. El Sordo se había levantado tarde. Rebanó un pedazo de pan y lo sumergió en el mate cocido. Se iba recuperando. Elena y el Pelado se

admiraban de los progresos.

— ¿Así que el Nacho ahora quiere ir a Brasil? — comentó.

— Ajá — respondió el Pelado.

Ya lo habían hablado con Elena. Era imprescindible que el dato llegara al Partido. La pandilla de Funes proyectaba resarcirse del fracaso de la Operación México. Elena dijo que tratarían. El Sordo lo reiteró. La pareja tenía algunos fieles que veían a las familias. Esa podía ser la vía para evitar un desastre.

Cambiaron de tema cuando entró el Pingüino.

— ¿Que tal De Gregorio? ¿Cómo se encuentra? — seguía haciéndose el hotelero.

— Bien — comentó el Sordo—. Imagínese... en comparación con aquel pozo... Lo único que me molesta es la cuestión esta... — se palpó un bulto que hinchaba la camisa cerca de la cintura. Era la bolsa del ano artificial.

— Sí, claro — dijo el Pingüino con cara de circunstancias—. Pero ya me dijo el doc que lo va a operar...

El Sordo se ensombreció.

— A mí también me lo dijo... — y agregó intencionado: — Espero quedar bien.

— Claro. En el Hospital Naval tienen todos los recursos.

Se despidió rápidamente. El Sordo sacó la risa de antaño.

— La verdad que no le mentí al tipo con eso de que acá se está mejor. Comparado con Campo de Mayo, esto parece un hotel de lujo.

Se puso a especular. Como antes. Eran así los jefes. Muy parecidos. Al Pelado le parecía estar afuera.

— Yo no sé qué será, si estos tipos tienen contradicciones por su ideología liberal. Pero los de Ejército son nazis. Claro que si estos te tienen que matar, le matan. Pero son dos políticas. Aquellos ni se calientan por lavarle el bocho a nadie.

Se llevaron al Sordo a la *oficina* para seguir charlando. Elena tenía razón: era una

suerte enorme que lo hubieran traído. No sólo para él. Ahora tal vez podría pensarse seriamente en el proyecto de fuga.

Había además otra cuestión que el Pelado no tenía muy masticada en la conciencia: el Sordo personificaba a la Organización en el chupadero. Con esa calma, con ese afán continuo de racionalizar las peripecias, restituía el papel imprescindible del jefe.

Hablaban del pasado. El Pelado preguntaba con cautela si no había sido un error el ataque al cuartel de Formosa.

—Eso lo vemos claro ahora. Entonces no era tan fácil darse cuenta.

Se quedó cavilando un rato y luego “hizo la síntesis”, como si estuvieran en una reunión de ámbito.

—Hay que tener mucho cuidado y reconocer que no estamos en las mejores condiciones para hacer una autocrítica. Hay una base material defectuosa, un condicionamiento negativo, que es nuestra condición de cuadros en manos del enemigo.

El Pelado ya se lo había dicho a Nacho, pero lo escuchó como una revelación. Lo decía uno de los fundadores.

Esa misma mañana el Mateo descendió a visitar al Sordo. Elena le había contado su historia. De familia oligarca, hijo de una escritora que vivía en París, llegó rengueando por el pasillo a causa del escopetazo recibido cuando lo atraparon.

Le cayó bien de entrada con sus anteojos y sus tics, su estilo flaco y desgarbado. Mientras se abrazaba con el Sordo se compadeció de la fragilidad de los dos.

Cuando lo operaron de la pierna y lo trajeron a la enfermería, Jaime le llevaba los diarios y lo ayudaba a lavarse, porque lo habían enyesado desde la cintura hasta la punta del pie. Pronto descubrió lo que había detrás de esa frente ancha y prominente, del hábito de pesarse un dedo por la lengua antes de hablar o la rutina de acomodarse los anteojos. Mateo fue una revelación.

Menudearon las visitas. No sólo al Sordo, también a él. Algunas lo dejaron postrado. Otras lo hicieron reír.

Conoció a las viudas famosas. La Quica Osatinsky y a la famosa Cabra. Le costó asociar esa mujer arremetedora, siempre “dispuesta a saltar al monte”, campechana y alegre, con la historia que le conocía. A su marido, Roberto Pirles, lo habían fusilado en

La Plata, junto con Dardo Cabo. Observando la figura esbelta y fibrosa, el rostro muchachil, supo en seguida que había ganado otra amiga.

Ignorante de muchas cosas, el Pelado incurrió en torpezas que fueron muy comentadas en el círculo íntimo. Uno de sus visitantes fue el Gordo Castillo. Jaime lo confundió con el Pelado Diego y le recitó un verso tan repugnante que el otro fue espantado a prevenirla a Elena: "Putá, ¡qué jodido está el Pelado Jaime!" Cuando Elena se lo contó, se rió de buena gana y sorprendentemente le pidió que lo mantuviera desinformado. "¿Por qué?", protestó Elena. "No importa", insistió el Pelado. "Vos dejá que se crea que estoy convertido en una mierda."

Pero el Chacho no se dignaba a bajar al sótano.

Mandó un delegado.

El Pelado se sobresaltó al volver a encontrarse cara a cara con el tipo que había ido con la Patota a buscarlo a Montevideo.

Lo examinó con prevención, cuidadosamente. El escueto bigote rubio que acariciaba hasta la exasperación, los ojos brillantes y sobresalientes que parecían escaparse de la cara.

— ¿Qué pensás? —carraspeó Gabriel. Y el Arcángel bajó de las alturas.

—Que nos equivocamos. Que perdimos.

El Arcángel se frotó el bigote, pero no dejó traslucir sus pensamientos. El Pelado decidió avanzar en la historieta del quiebre. Eso sí, matizándola. Intuyó que no había que pasarse de rosca para ningún extremo. O no subiría en la puta vida a la Pecera.

A Gabriel se le escapó un gesto de impaciencia. Parecía dar por terminado el interrogatorio. Estaba por hablar, pero se veía que ordenaba las fichas cuidadosamente antes de hacerlo.

"Por algo estaba en finanzas —pensó el Pelado—. Debe ser Contador como yo." Algo le había dicho Elena. También lo llamaban Graiver, por sus contactos con el banquero. "A éste lo deben haber dejado vivo para ver si pescan alguna guita", conjeturó el Pelado mientras el otro terminaba de encolumnar las fichas.

—La guerra es muy compleja... —fue la sorprendente iniciación—. Pero hay algunas cosas claras... Como el tema éste del exterminio.

“Sí, eso está claro”, admitió mentalmente el Pelado.

—... en gran medida lo han logrado. Aunque no totalmente. Vos viste que hay sobrevivientes. Incluso jefes. O... tal vez jefes, precisamente.

El Pelado cabeceó su acuerdo.

—Ocurre que al ir viendo la calidad de nuestra gente, los marinos han pensado en ciertos objetivos políticos...

Los ojos brillantes saltaban más que nunca. El Pelado sintió que iba ingresando en un nuevo territorio en el que algunas incógnitas comenzaban a despejarse.

—... y abandonado el objetivo militar del exterminio. Esto del conocimiento personal... —se rascó el bigote— ...es sumamente importante. Ellos creían que éramos monstruos, asesinos, y ahora se ha dado una relación humana fluida, un diálogo político rico... —parpadeó— ...y están descolocados. Esta relación humana los jode porque los educaron para odiarnos, para matar. Y ahora algunos hasta son amigos o tienen lazos afectivos...

Volvió a carraspear y se quedó callado mordiéndose el bigote. El Pelado escuchaba atentamente.

—Ahora bien. A todo esto hay que agregar la habilidad de algunos compañeros que supieron sacar partido de esta situación y... manejarla. Para salvar vidas.

Jaime recordó que le habían puesto el número 049. Elena le había explicado el por qué de los números. Cada serie iba del cero al 999. El era de los primeros de la sexta serie. Más de cinco mil habían desfilado por la ESMA. “¿Dónde están?”, quiso preguntarle a Gabriel. “¿Por qué esos no supieron manejar la situación?” Se calló la boca.

—Estos compañeros, este grupo, se ha propuesto detener la matanza. No a cualquier costo. Hay una colaboración política, pero no hay colaboración militar. Es decir: no se entrega a nadie.

Lo miró fijamente por primera vez.

—O sea: si te dicen que vas a lanchar, vos no te negás. Salís de “paseo” pero no marcás a nadie. O sea: ahí se simula que se colabora, pero no se colabora.

—La colaboración es política... —subrayó el Pelado.

—Claro, política —se le escapó una sonrisa lúgubre—. El Coara dice que somos sus “asesores de izquierda”

— ¿Quién es el Coara?

—Massera. ¿Quién va a ser? Le dicen de varias formas, también el Coara.

El Pelado asintió con una sonrisa benevolente.

—Esto permite “meter” ideología. Meter política. Así lo hicimos con el proyecto de recuperación de las Malvinas, o con el tema del Beagle que manejó el Pelado Diego. Hay posiciones buenas, nacionalistas, que ellos han ido aceptando.

De golpe se quedó en silencio, como si lo hubieran desenchufado. Luego dijo:

—El Chacho te manda saludos. El maneja muy bien... Bueno, somos un grupo, como te digo... queríamos saber cómo pensabas.

El Pelado despertó súbitamente al entusiasmo.

—Estoy de acuerdo. Completamente de acuerdo.

Gabriel insinuó una mueca de despedida y se fue sin añadir una palabra.

Elena estaba en el cuarto de dibujo, pidiéndole ayuda a Serafín para las carátulas del trabajo de Lucy. El Sordo aprovechó su ausencia y se metió en la *oficina*.

—Mañana me llevan a operar —le dijo al Pelado.

—Ah... Bueno —respondió Jaime dándose la vuelta y encarándolo.

—No tan bueno —murmuró el Sordo—. De eso te quería hablar.

Jaime frunció el ceño.

—Escúchame. No quiero que se lo digas a Elena. Pero estoy casi seguro de una cosa... y quería tomar algunas precauciones. Si me pasa algo en la operación...

—Che, no jodas... —comenzó a decir el Pelado pero el otro lo interrumpió.

—No, por favor, escuchame que es importante. Si algo me llega a pasar, quiero que cuides a Elena, que la apoyes. Pero además, es fundamental que ustedes hagan lo

mismo que el Nariz. No lo olvides nunca. Pelado. Ese es nuestro principal deber acá... tratar de escapamos.

— Ya lo sé, Sordo. Lo sé muy bien. Te juro que no pienso en otra cosa. Pero quedate tranquilo. No creo que te hagan nada.

El Sordo suspiró con melancolía.

— Estoy tranquilo. Pelado. Pero tengo que prever cómo puede venir la mano. Hice una evaluación de todo lo que está pasando y también de lo que ya pasó. De lo que les hicieron a Gaby y a Ricardo... Y llegué a una conclusión.

— ¿Cuál?

— No voy a salir vivo de esta operación.

La camilla rodante, con los tubos acoplados, hizo un corto trayecto por el pasillo sucio y mal iluminado hasta detenerse frente al montacargas. El ascensor llegó y los dos enfermeros que la escoltaban la metieron con bastante estrépito. Detrás del paciente, apenas una mancha lívida rodeada por la blancura de la almohada y las mantas, venían dos hombres torvos vestidos de paisanos.

Bajaron hasta el último piso y salieron al playón donde aguardaba la ambulancia y el Ford Falcon de la escolta. Habían pasado más de dos horas desde el final de la operación y el hombre seguía inconsciente. Así hizo el largo trayecto hasta la Escuela de Mecánica de la Armada.

Ya en las proximidades de la ESMA los del Falcon llamaron a *Selenio*, anunciando el regreso. Diez minutos después los enfermeros depositaban al Sordo en una camilla de la enfermería.

El Pelado no estaba. Ese mismo día se había cumplido su deseo de que lo enviaran arriba. Recién estaba aclimatándose al nuevo escenario de su prisión y a los personajes que deambulaban por la Pecera. Elena, avisada por Mariano, esperaba a su compañero.

Los enfermeros no sabían nada. Nadie sabía nada. Lo único que pudieron o quisieron admitirle es que efectivamente acababa de ser operado. Ni una palabra sobre el resultado.

Le tomó una mano pálida que asomaba sobre la colcha y se quedó sola junto al Sordo durante más de una hora. Entonces apareció Mengele a controlar el suero y la

temperatura. No dijo una palabra en presencia del paciente. Elena lo corrió hasta el pasillo.

— ¿Por qué lo trajeron tan rápido? —alcanzó a preguntarle mientras el médico se escabullía.

Mengele se dio vuelta y la miró en silencio.

—Doctor, ¿por qué lo trajeron recién operado?

— ¿Por?

—No sé, me parece raro. El posoperatorio y todas esas cosas.

—No podían tenerlo allí —fue la seca respuesta.

— ¿Cómo?

—Digo... Es un compromiso tenerlo en el Hospital Naval.

—Pero, doctor, por favor, ¿cómo está?

—La operación estuvo bien hecha.

—Pero él... él... ¿cómo lo encuentra?

—Aparentemente bien. Reponiéndose de la anestesia.

—Pero... ¿va a quedar bien?

—Le repito: la operación fue un éxito.

—Pero... ¿qué le hicieron? —comenzó a lloriquear Elena.

— ¿Usted entiende de cirugía? —preguntó Mengele.

— ¿Eh...? ¿quién...? ¿yo? No. No entiendo...

—Entonces, para qué pregunta.

Y se fue, con ese delantal que le arrastraba.

Pasó un rato largo hasta que el Sordo empezó a dar señales de vida. Hablaba incoherentemente de las nenas y un viaje. Pidió agua insistentemente.

Elena le daba besos y le hablaba al oído.

—No te agités mi amor, acá estoy. Acá está Elena para cuidarte. Ya te consigo. Ya te doy. Quedáte tranquilo.

Pero en realidad no sabía qué hacer. Si darle o no darle agua. Empezó a llorar en silencio, de impotencia. Una calma total reinaba en el sótano, que parecía vaciado por una fuerza misteriosa. La noche anterior en cambio, el subsuelo había sido escenario de una verdadera batahola. Habían traído a unos muchachos muy jóvenes. Les habían dado una feroz paliza bajo la dirección de Mariano. Durante dos horas todo fueron gritón de dolor y feroces insultos. Después se los llevaron a la rastra, hacia Capucha o el traslado. Parecía que la iban a sacar liviana, que podrían quedar en libertad. Ella misma escuchó cuando Mariano comentaba: “Son perejiles, lo más probable es que se vayan de franco”. Pero la escena, en medio de la espera del Sordo, la había dejado al borde de la postración nerviosa.

Ahora no había nadie. No se oía nada. Por fin se animó a buscar al verde de guardia y pedirle que viniera un médico a decirle qué debía hacer con el enfermo.

A la media hora se presentó un enfermero enviado por Mengele.

—Si pide... puede mojarle los labios —dijo mientras miraba al Sordo, que había recuperado la piel amarillo yodo que traía de Campo de Mayo.

El enfermero, también misterioso y parco, se limitó a ponerle el termómetro. A los dos minutos le dio unas sacudidas, lo guardó en un estuche que dejó sobre la mesa y se dispuso a marcharse.

Elena repitió la misma maniobra que antes: tuvo que correrlo hasta el pasillo y agarrarle de una manga.

— ¿Qué pasa? ¿Tiene fiebre?

—Sí —admitió el enfermero, un sujeto bajito y enteco de mirada apagada.

— ¿Mucha fiebre? —inquirió Elena angustiada.

—Treinta y ocho y medio —fue la respuesta. El tipo se desprendió de la mano

blanca y suave que lo retenía y marchó hacia el portón de hierro.

Elena volvió a quedarse a solas con el Sordo. Una vez abrió los ojos con lentitud y los cerró deslumbrado por el neón. Elena le preguntó si le molestaba y él se limitó a mover débilmente la cabeza con un signo afirmativo. Entonces apagó la luz de la improvisada enfermería y dejó la puerta abierta. Por la abertura penetraba la luz del pasillo.

Por momentos el Sordo se sumía en un profundo sopor y su respiración se volvía ronca y entrecortada. Elena se asustaba mucho y se repetía para adentro: “Hay que darle algo, hay que darle algo”. No se animaba a ponerle de nuevo el termómetro, pero sentía que la frente de Oscar ardía bajo su palma. Otra vez abrió los ojos y la miró brevemente, con una dulzura tan melancólica que estuvo a un tris de provocarle el llanto. Pero el Sordo volvió a cerrar los ojos enseguida. Reingresó en ese sopor maligno de la respiración entrecortada, a la que ahora se añadían hilachas de palabras, pedidos incomprensibles, remotas señales que atravesaban su inconsciente desquiciado y llegaban mutiladas a los labios mortecinos.

Elena le seguía acariciando la frente, olvidada de su congoja y su Cansancio, sin moverse un milímetro porque empezaba a albergar las más horribles sospechas y la iba asaltando la convicción mágica de que esa mano suya sobre la frente de Oscar era un lazo que lo mantenía de este ludo, y que si retiraba su piel de la de él, rompería el cordón umbilical que lo mantenía vivo.

Las horas se resistían a pasar. Parecían reconcentradas en la sombra alargada de las patas de la silla, en las manchas de humedad de las paredes de aglomerado; sobre todo en el rostro ahora agitado que se iba hundiendo en la almohada.

Cuando hubo pasado un tiempo incontable, Elena vio la sombra de un hombre en el piso. Alzó la vista y divisó al Pingüino en el vano de la puerta, que le hacía señas de guardar silencio. Temerosa se decidió a romper el sortilegio de la mano. Se levantó con infinito cuidado y se dispuso a encarar al Pingüino, pero en ese momento se oyó débil y cavernosa la voz del Sordo.

—Elena...

Regresó a la silla a toda velocidad acariciándole la frente murmuró:

—Quedáte tranquilo, Oscar. Acá estoy. No me muevo. Sólo voy hasta la puerta para preguntar qué hay que darte...

El esbozó un gesto indefinible con la mano que asomaba. Elena marchó hacia la puerta para hacerle un planteo al marino.

—Vuela de fiebre —le dijo muy quedo, con furia contenida—. Y no ha bajado nadie y no le han dado nada. Debe tener cerca de cuarenta grados.

El Pingüino puso cara de preocupado y la palmeó paternal.

—No te preocupes. Ya subo y le mando un médico. Yo mismo vengo con el médico.

Elena volvió a su puesto. Reemplazó el exorcismo de la mano por unos paños húmedos sobre la frente. El Sordo empezaba a delirar.

Los pterodáctilos vuelan y chillan, vuelan y no paran. Picotean, con esos picos largos. Esas tijeras que parecen de palo rojo. Y esos rojos... esos rojos... esos ojos rojos como el palo rojo de los que picotean. Hay estrellas de fuego en el aire negro de la noche. ¿O son ellos? Las estrellas vienen de los agujeros negros. Uno es chico y espeso, como ese espesor que tengo entre los ojos, que parece que lo mido con la yema de los dedos, pero lo mido con la yema de los dedos de la cabeza. Y se agranda o se achica con un tiempo propio que se espesa también o se estrecha. Ahí vuelven. Elena... Yo no sé cómo no te das cuenta que te picotean la mano. No sé cómo no te das cuenta que te hablo sin palabras porque no tengo palabras, sino ese grito que no termina de salir...

Elena, como despiadadamente lo había hecho notar Mengele, no entendía de cirugía, pero le bastaba y sobraba el sentimiento para darse cuenta que su hombre se iba derrumbando en forma visible; hora a hora, minuto a minuto.

No la consolaron ni tranquilizaron Mengele y algunos colegas, como *Green* y *Manzanita*, con explicaciones pseudotécnicas, y se aterró cuando le dijeron que el corazón se había dilatado por la tortura. Para colmo el Sordo había comenzado a sufrir fuertes dolores. Consiguió que le suministraran analgésicos, pero no cedían.

Al caer la noche había involucionado de manera notoria. Elena fue un momento al baño chico y, al regresar, divisó con espanto los estragos del proceso. La nariz se había afilado, los ojos estaban hundidos, la respiración era cada vez más ronca y entrecortada; la palidez prenunciaba el futuro cadáver.

Sin embargo abrió los ojos, escudriñó la penumbra de la pieza y se alivió al descubrir a su mujer en la puerta. Le hizo un débil gesto para que se aproximara y cuando ella se inclinó para besarle la frente, le preguntó con precaución:

— ¿Estamos solos?

— Sí...

— Escucháme... No te pongas mal y esas cosas, pero sé que me voy a morir...

Y como Elena hiciera un gesto bien expresivo...

— No, por favor. Necesito que me escuches antes de que sea tarde. Tienes que saber que me llevaron allá... al hospital... para asesinarme. Yo... yo me lo temía. Y está ocurriendo. Hay que denunciar... No por mí... sino para que se sepa que siguen matando. Que la... la...

Parecía no encontrar las palabras o la fuerza necesaria para emitirlas. Lo sacudió una ligera convulsión que aterró a su mujer. Pero volvió a la calma anterior y siguió hablando.

— Hay que denunciarlos. Las nenas deben saber... y el pueblo. El pueblo debe saber... Expliquen cómo... cómo trabaja el enemigo.

Elena tenía los ojos arrasados de lágrimas y besaba con desesperación la mano abandonada sobre la sábana.

— No, Oscar —repetía en una letanía—. No te va a pasar nada malo. Te vas a curar. Ya vas a ver. Yo voy a hacer lo que quieras. Pero te vas a curar. Y vas a ver a las nenas. Las vas a ver...

El la miró con ojos crecientemente opacados por un velo siniestro. Un minuto después había vuelto a caer en el sopor maligno y en el delirio.

La Muerte entra callada en la enfermería y se sienta discretamente en un ángulo de la cama. Elena no la ve, aunque la presiente. Todavía no avanza hacia el cerebro y el corazón del Sordo. Simplemente espera. Hace tiempo, que es su especialidad. Viste una túnica indecorosa del color del escándalo. Tiene o no tiene una edad indefinida. En todo caso, una edad a contramano de cualquier hábito honesto. No se sabe si es una joven disfrazada de vieja o una vieja que oculta sus estragos con afeites procaces. Ha sido inoportuna. Siempre lo es. Aunque esta vez se le fue la mano. Lleva los labios pintados de un rojo brillante. Tan rojo y tan brillante como lo autoriza el éxito indiscutible de la presente vendimia. Se ha cebado en nuevos hábitos contranatura. En la cosecha de las mieses tempranas. ¡Se la ve tan argentina! El Sordo la mira desde adentro. Sabe que aunque espera recatada puede desdoblarse y se le irá metiendo y creciendo. Ocupando

inexorable, tramo a tramo, todo el espacio...

Elena luchó. Fue una pelea breve. Consintieron en volverlo a llevar al hospital. La ambulancia partió de la ESMA en las últimas horas del 15 de abril. Iban los torvos, también Elena. Regresaron poco antes del mediodía siguiente. Poco después se desataban las ansias irrefrenables de la agonía.

El Sordo estaba o parecía inconsciente. Su pecho ascendía y descendía cada vez con mayor violencia y la respiración ronca se había convertido en francos estertores.

Elena estaba literalmente derrumbada sobre su mano y rezaba. El Tigre y el Pingüino espiaban desde la puerta.

Las agujas señalaban las dos de la tarde cuando todos supieron que el final se acercaba vertiginosamente. Elena abandonó los rezos en voz baja y comenzó a gritar entre sollozos.

— ¡Oscar, no me dejes! ¡No! ¡No...!

Hubo un ligero espasmo. Una última aspiración profunda y una especie de horrible soplido con la boca rígidamente abierta. El Pecho dejó de moverse y la boca quedó abierta. Al agitar Elena el cuerpo con desesperación se entreabrieron los párpados del muerto. Por las ranuras entrevió con espanto las pupilas sin luz de su compañero y lanzó un alarido que estremeció el Sótano.

— ¡No puede ser! —repetía a cada instante, mirando alternativamente al cadáver y a los marinos.

La anegó una insufrible congoja y lloró al muerto y su desamparo abandonada sobre la cama. El Tigre le hizo un comentario en voz baja al Pingüino y desapareció.

“¡No quiero dejarlo solo!”, aulló cuando Mariano le dijo que tenía que subir. Tuvieron que arrastrarla a la fuerza y llevarla para arriba. Apenas si podían sujetarla. Parecía una posesa.

El Pelado la vio llegar al tercer piso gritando:

— ¡El Sordo murió!

Nadie quedaba en el Sótano. La orden de desalojo no admitía excepciones.

Pasó un buen rato hasta que llegaron los que estaban expresamente autorizados. Hubo un remolino de delantales blancos en tomo del muñeco lívido que se iba enfriando. Brillaron extraños frascos y jeringas impensadas. El Tío y el Gallego pusieron en marcha la sierra y comenzaron a cortar y clavar un ataúd que esta vez no era de aglomerado.

Bichi comentaría después que al bajar al sótano para una tarea, sintió un fuerte olor a remedio. "Parecía formo!", dijo.

Escuchándolo, el Pelado alimentó una fantasía que tal vez fuera cierta: "Los marinos van a conservar el cadáver. Por las dudas. Por si llega el día en que no tengan más remedio que exhibirlo y entregarlo"

IV La guerra del Nariz

El Nariz llevaba los bolsillos cargados de cospeles y monedas, para hablar desde los más variados teléfonos públicos de Buenos Aires. Lo acompañaba un individuo bajo y morrudo que miraba para todos lados.

El Polichinela marcó con sumo cuidado: 7-0-1 -4-4-1-8 y esperó con una sonrisa.

—Hola. Guardia —dijo una voz neutra.

—Aquí Maggio, hijo de puta. ¿Cómo anda la ESMA desde que yo me fui? ¿A cuánta gente mataron?

El Pedro de guardia creía que estaba soñando y no atinaba a dar respuesta.

— ¿Quién habla ahí? Algún asesino, seguramente.

El morrudo hacía señas de que cortara y rajaran, pero el Nariz proseguía con deleite.

—Va a haber un Núremberg para todos ustedes. Díganle al Tigre, de mi parte, que quiero ver su cara cuando esté frente a los tribunales populares.

El marino no cortaba, esperando que la llamada fuera interceptada. Pero el Nariz no era estúpido. Sabía que no demoraría más de un minuto y en un minuto se pueden decir muchas cosas.

Ese día, a intervalos irregulares, el 701-4418 de la ESMA se atosigó de llamadas. Distintos centinelas recibieron los mensajes verdaderamente atónitos. A partir del tercer llamado, comenzaron a grabar.

Otros ya lo estaban haciendo desde mucho antes. En una oficina del Correo Central, policías de Coordinación Federal escuchaban las cintas y no podían evitar la risa.

—Se les piantó un pájaro —dijo un suboficial grasiento, mientras se sacaba una pelusa del ombligo.

—Este va a hacer quilombo —comentó serio un hombre canoso que parecía el jefe.

En días sucesivos, una extraña correspondencia comenzó a inquietar los más

diversos y prestigiosos despachos.

Cartas de un mismo tenor, respetuosas, encabezadas generalmente con el tratamiento de “Su Excelencia”, llegaron a manos de Raúl Castro, embajador de Estados Unidos en Argentina, así como a las de sus colegas de otras embajadas. No se salvaron los altos purpurados como los monseñores Juan Carlos Aramburu, Raúl Primatesta o Vicente Zazpe, a quienes el misterioso corresponsal designaba con el tratamiento de “Su Eminencia Reverendísima”. Ni por supuesto, el Poder Ejecutivo, los mandos militares, los sindicatos y los principales dirigentes políticos.

Pero ni el Nariz ni los Montoneros confiaban demasiado en la repercusión local; por eso hicieron llegar la carta al Secretario General de las Naciones Unidas, al titular de Amnesty International y, sobre todo, a la prensa extranjera.

Pronto los marinos tuvieron una copia en sus manos y pudieron ver sus nombres y alias, por primera vez, en blanco y negro.

La carta-denuncia tenía una extensión de siete carillas tamaño oficio, a doble espacio; venía acompañada por un anexo documental en el que estaban los primeros planos de la ESMA que el mundo conoció y cada hoja estaba firmada por Maggio. El primer párrafo decía: *El que suscribe, HORACIO DOMINGO MAGGIO, argentino, con Documento Nacional de Identidad N° 6.308.359, ex Delegado General, miembro de la Comisión Gremial Interna del Banco Provincial de Santa Fe, Casa Central, se dirige a Ud. en la condición de militante del Movimiento Peronista Montonero, a los efectos de presentarles el relato de la amarga experiencia que tuve en calidad de secuestrado por la Marina.*

El Polichinela estuvo trece meses en la ESMA y no perdió el tiempo. Aprendió demasiadas cosas. Entre otras, quiénes eran los oficiales del GT/332 y los miembros del *Ministaff* que trabajaban en el Ministerio de Relaciones Exteriores. María Isabel Murgier, Marta Alvarez y Graciela Bompland, recibieron aterradas los periódicos telefonazos del Nariz, resuelto a enloquecer a la Cancillería.

Pronto esta guerra telefónica y postal comenzó a producir los resultados queridos; el Tigre perdió los estribos y ordenó desatar una feroz cacería. El propio Massera tuvo problemas cuando el ex prisionero reveló que *Informe Cero* y *E.P.A.* (“Esto pasa aquí”), dos pasquines que se mandaban por correo —el primero sin cobertura y el segundo bajo las apariencias de ser órgano oficioso de los Viajantes de Capital— estaban redactados en el Campo de Concentración de la ESMA.

Pero ni el fugado ni sus jefes estaban satisfechos con los éxitos alcanzados;

necesitaban explotar a fondo el testimonio a nivel internacional y dieron los pasos necesarios para lograrlo.

Un buen día de mediados de abril Richard Boudreaux, subdirector de la agencia Associated Press en la Argentina, decidió someterse a una serie de inquietantes y molestas peripecias conspirativas para conseguir una “gran nota” Le habían prometido que hablaría con un fugado de la Escuela de Mecánica de la Armada y el asunto realmente valía la pena: la Argentina, en vísperas del Mundial 78, concitaba el interés de una prensa internacional sensibilizada por innumerables denuncias sobre violaciones de los derechos humanos. El exilio había alertado a los periodistas que visitarían el país en junio acerca de la existencia de la ESMA... a pocos metros del estadio de River Plate, donde tendrían lugar los más importantes encuentros del campeonato.

El diálogo entre Boudreaux y Maggio y los aspectos sustanciales de la carta-testimonio, comenzaron a reproducirse en los principales diarios del mundo.

Los franceses conocieron horrorizados la suerte de las monjas Alice Dumont y Leonie Duquet; los suecos el calvario de una adolescente: Dagmar Hagelin, sucesivamente herida, torturada, violada y asesinada por los hombres de la ESMA. Un nombre, el del Teniente de Navío Alfredo Astiz, comenzó a circular en los teletipos, como responsable directo de ambos casos.

El Tigre cambió su nombre de guerra: dejó de ser *Santiago* para llamarse *Aníbal*. Era lo de menos: desde entonces y para siempre sería conocido como el Tigre Acosta. Se habían vuelto las tornas: los especialistas del terror estaban aterrorizados. Los anónimos visitantes de la noche aparecían a la luz pública. Más de uno se preguntó si el “proyecto de recuperación” tenía sentido y si no era más sensato matarlos a todos. Los “halcones” señalaron que el accionar político y propagandístico los había “desmilitarizado”, les había hecho perder el cuidado y la disciplina que exigen las tareas de inteligencia. D’Imperio se regocijó pensando que la era del Tigre llegaba a su fin. El Nariz, consciente del daño que les estaba infligiendo, vivía con exaltación las horas más intensas de su vida.

—Hay un animalito del campo argentino que cuando pasa el tren lo orina, pero no puede impedir la marcha del tren. Ese animalito es el Nariz y ese tren es la Armada Argentina. Ningún delincuente... ningún traidor... ningún nihilista va a poder detener nuestra marcha inexorable hacia el triunfo. Porque el tren no se detiene, aplasta... y ¡guay del que ose ponérsele en medio! Así que, señores... ténganlo muy bien en cuenta. Acá vamos a andar todos derechos. Yo no voy a tolerar más falsos arrepentimientos y falsas lealtades. No tengo por qué tolerarlos, además, porque vamos ganando. Estamos por

aniquilar a la banda de delincuentes terroristas montoneros, como ya derrotamos al ERP. Vamos ganando. Y al vencedor ni se le piden explicaciones ¡ni nada! Vamos a fundar una República para cien años. Los que quieran enrolarse pueden entrar. Pero... ¡ojo! *Entrar* significa *entrar*. Comprometerse. Poner los dedos. El que no pone los dedos no sirve, es sospechoso, y ya saben cuál será su destino final. Algunos de ustedes llevan tiempo aquí y han visto que yo no macaneo. Que cuando tenemos que ser severos somos severos. Saben que yo mismo soy bueno, soy noble (por eso me pudo engañar el señor que se escapó), fui educado en sanos principios de patria, moral y familia, pero digámoslo claro, con todas las letras: ¡no soy ningún pelotudo! Se los voy a decir clarito: ésta es mi última advertencia. Todos los que están acá deben saber que no tienen comprada su libertad. Ni siquiera tienen comprada la vida. Solamente tienen una sentencia pendiente. Están a disposición del juicio de Dios. Y el Juicio de Dios es inapelable. Su dedo... el dedo de Dios determina quién sigue vivo y quién se va para arriba. Y otra cosa más: no les quepa duda de que a ese señor lo vamos a agarrar y le vamos a hacer pagar caro lo que está haciendo. Y ustedes van a colaborar en la cacería. Así que, más vale que se preparen. Más vale que estén lúcidos, activos, bien dispuestos. A ver incluso lo que no existe. A encontrar lo que es imposible encontrar. No les voy a pedir que rindan el cien por ciento... Para seguir respirando tendrán que dar el ciento diez por ciento. Ese diez por ciento qué significa: yo me acuerdo de tal casa, o me acuerdo de un amigo que tenía, o me acuerdo que tenía un pariente que trabajaba en tal o cual lado... o no sé. No me importa. Lo que quiero decir es que tienen que *poner iniciativa*. No se trata de cumplir órdenes. De salir a lanchar y todo eso. Se trata de poner lo mejor de uno para pescar al fulano. Desde ya los invito a que lo vayan haciendo. El que tenga algo que decirme tiene las puertas abiertas. Yo escucho a todo el mundo. No hace falta que hablen ahora. El que sepa algo, el que intuya algo, se lo piensa bien y luego pide hablar conmigo. Viene conmigo, a solas, con confianza, con respeto, y me dice: “Señor, yo me acordé de este dato” Yo voy a tener en cuenta la iniciativa. Voy a tener en cuenta la buena voluntad y me voy a acordar luego cuando llegue el momento de hacer algo por él. Sí que me voy a acordar-, porque yo, a diferencia del señor que se escapó, no soy un ingrato. No soy un mercenario de la mentira. Soy un oficial de Marina. Un hombre de honor. Si lo hacen, bien, mejor para todos. Pero igual lo vamos a agarrar. Ustedes saben que terminamos siempre por agarrarlos a todos. Y ahora, una última cuestión. Escúchenla bien, grábensela bien adentro: si alguno de ustedes... ¡mírenme bien...! si alguno de ustedes está pensando en repetir la hazaña de este señor, piénselo con cuidado. Porque no habrá una segunda fuga. No habrá un próximo Nariz.

El Tigre terminó su arenga pálido y sudoroso. El Pelado, que lo había escuchado con su mejor expresión seráfica, en realidad estaba pensando: “Estás equivocado, Tigre: claro que hay un próximo Nariz. Ese próximo soy yo”.

El Capitán de Corbeta Jorge Acosta ya se alejaba por el antiguo pañol grande. A su

lado iba un hombre de unos treinta años, delgado, moreno, con cara de oficinista: el Teniente de Navío Juan Carlos Rolón, Juan para los amigos. Era el responsable de la Pecera.

Los chupados, a quienes el Tigre había congregado en el acceso a la Pecera, se iban levantando del suelo adonde se sentaron para escuchar el sermón y se dirigían lentamente a los cubículos. Casi nadie hablaba. A lo (tumo alguna señal de inteligencia, algún gesto indicativo de la tensión que todos estaban viviendo. El Pelado estudiaba a ese grupo selecto. A esos seres humanos que no tenían comprada "la libertad, ni siquiera la vida". Hacía sus fichas; seguía clasificando. Sintió una mano que le rozaba el codo. Era Elena.

La cacería se organizó en el *Dorado*. Había venido el mismísimo Delfín y presidía Gastón. Pero —como siempre— el Tigre llevaba la voz cantante. Y estaba, por supuesto, todo el zoológico: el Puma Perren (que acababa de reemplazar al Rata Pernía como jefe operativo), el León Paso, Jefe de Logística; la Jirafa Damario, oficial operativo; el Pingüino Schelling; el Cuervo Astiz (que acababa de regresar de Europa); el Halcón Savio y la Pantera Diego.

No participó, en cambio, el Cobra Yon, porque desde febrero había pasado a desempeñarse como segundo ayudante del Agregado Naval en París, y aunque no era un operativo desdeñable, ahora estaba ocupado redactando comunicados de prensa en contra de los organismos de derechos humanos. Tampoco era de la partida el Chispa Gonzalo Sánchez, de Prefectura. Oficialmente, porque ya tenía un nuevo destino fuera del GT; oficiosamente, tal vez, por la sencilla razón de que estaba quebrado. Enamorado de una prisionera, había confesado que él "no mataría más montoneros" Tampoco actuaría Pernía, destacado en el Centro Piloto. Pero estas ausencias serían compensadas por hombres voluntariosos y afectos al trabajo, como el Teniente de Infantería de Marina Jorge Suárez, el Loco Antonio, un oficial retirado (ejecutivo de la Ford y la Coca Cola de Córdoba), que se había integrado voluntariamente al Grupo y había descollado en la captura y ejecución de Mercedes Bogliolo, compañera de Alberto Eduardo Gironde. O Quasimodo, un Teniente de Navío con poderosos antecedentes familiares, tan poderosos como para poder ingresar a la Escuela Naval siendo jorobado. Y ¿por qué no? hombres con inventiva como el Capitán de Corbeta que se hacía llamar Biónico y que había demostrado inclinaciones histriónicas que mejor le hubieran valido el mote de Frégoli, ya que le gustaba participar en los chupes vestido de sacerdote.

Pero la lista estaba lejos de agotarse. Había numerosos oficiales más, timón de los suboficiales de la Armada y el personal de Prefectura, Policía Federal y Servicio Penitenciario Nacional, afectados al GT/332. Entre estos últimos descollaba el Gordo Juan

Carlos, el Comisario 220, el guardia cárcel Fragote (que había integrado la Alianza Anticomunista Argentina y participado en el asesinato del sacerdote Carlos Mugica), y el oficial Roberto González, alias Federico, que hizo desaparecer de la faz de la tierra a la familia Tarnopolsky.

Asistía también a la reunión el Mayor Coronel (Maco), a quien habían dado de baja en el Ejército por un manejo poco escrupuloso de fondos. Maco, desolado por el desarraigo institucional, se había sumado en cuerpo y alma al GT. Fue uno de los hombres que trajeron al Pelado Dri del Uruguay.

En caso de necesidad, los operativos podrían contar con un tirador excepcional que ahora había enfocado la mira hacia la logística y más particularmente hacia las finanzas: el Teniente de Navío Radizzi, alias Ruger.

En tareas de apoyo, porque “era un desastre para operar”, se podrían requerir los servicios del inefable Gordo Selva.

Y, cerrando la nómina, la zarpa derecha del Tigre, el hombre que tenía las llaves de la caja fuerte: el Suboficial Mayor Mazzola, a quien Ion secuestrados conocían simplemente por el rudimentario apodo de Mayor.

A los profesionales habrían de sumarse los vocacionales, es decir varios chupados que se habían destacado como marcadores furiosos. Algunos integraban el *Ministaff* y habían dejado la Escuela tiempo atrás, para cumplir otras funciones, determinadas por el GT/332 o la inteligencia naval. Algunos estaban en el exterior, en ignotas misiones, como González de Langarica, más conocido como Toño. Otros, en cambio, regresaban al país para participar en la búsqueda del Polichinela, como la Coca, Marta Bazán, que había entregado a su suegra y ahora era amante del Delfín.

De todos modos, la mayor parte del *Ministaff* se encontraba en Argentina, listos para operar, como el Gordo Alfredo Bursalino, un ex aspirante montonero que en sus buenos tiempos ocupó la Secretaría de Organización del Sindicato de Publicidad. Alfredo resistió quince días la tortura, pero luego negoció directamente su colaboración con el Delfín. Inmediatamente se puso activamente a explotar sus conocimientos, evocando datos precisos y marcando gente por la calle. En menos de un año, desde finales del 76 a mediados del 77, entregó a unos cuatrocientos militantes. Este récord lo convirtió en un imprescindible. Los marinos lo despreciaban, pero su eficacia lo ubicó en un nivel de decisión al que no accedían todos los colaboradores: participaba en las reuniones de Ion martes, donde se determinaba quiénes serían trasladados.

Otro de los puntales del Ministaff era Graciela, la Negrita. También se le computaba una inmensa cantidad de caídas. Ella sola pulverizó la Secretaría de Organización de Montoneros. Durante mucho tiempo fue la amante del Tigre, pero aun después de que el marino dejó de utilizarla para esos menesteres, siguió siendo su consejera favorita. Sus ojos y oídos dentro de la ESMA.

A estos especialistas se sumaban Estela, implacable marcadora que provocó una verdadera hecatombe en La Plata y el sur de la provincia de Buenos Aires, que cayó por la Negrita, de quien era (y de quien siguió siendo), muy amiga; Anita Dvatman, Barbarella, para esas fechas flamante funcionaría del Ministerio de Relaciones Exteriores y amiga íntima de Ruger; Peti, antigua aspirante de Prensa en la Capital Federal, que participaba en los interrogatorios; Silvina Labayru, que alcanzó notoriedad en la ESMA por haber colaborado con Astiz en la infiltración de las Madres de Plaza de Mayo; y otros dedos implacables como Federico Ibañez, Daniel Lastra, Oscar Paz, Jorgelina Ramus y el ya conocido Caín (Miguel Ángel Lauletta).

A poco de producirse la fuga del Nariz, se hicieron varios procedimientos de rutina. Se interrogó a los prisioneros de mayor confianza y se dispuso que los mejores marcadores salieran a patrullar las calles de la Capital Federal y el norte del Gran Buenos Aires. Pero, a medida que el Polichinela fue desplegando su ofensiva, los jefes navales, realmente preocupados, advirtieron que era preciso montar un operativo de vastos Alcances para silenciar al molesto abejorro. Si el Nariz seguía vivo y libre en junio, podía llegar a producir un escándalo para el Mundial. La Cancillería argentina, que desde 1976 estaba conducida por la Marina, había Contratado a la Burson Marsteller para que “lavara” la imagen del gobierno militar. Los asesores norteamericanos embolsaron un millón de dólares a cambio de una serie de típicas necedades aptas para vender las inclinaciones humanísticas de la IBM en el mercado yanqui, pero notoriamente descolocadas para reflotar el régimen de Videla ante la comunidad internacional. Sin embargo, el informe de la Burson Marsteller —que los militares consideraban el non plus ultra de la comunicación social— contenía, en medio de un fárrago de imbecilidades destiladas a lo largo de 40 carillas, algunas deshonestas sugerencias que podían ser viables. Los *contact-men* de la agencia proporcionaban, por ejemplo, una lista de periodistas lo suficientemente reaccionarios o venales (o ambas Cosas) que debían ver cierta Argentina ostensible, cosmopolita y jacarandosa, y negar las insinuaciones pérfidas del exilio, en el sentido de que había otra, subterránea y martirizada. Debían, por ejemplo, visitar la Escuela de Mecánica de la Armada, para asegurar que no había allí mazmorras ni potros de tormento, sino pacíficas aulas donde pulcros adolescentes aprendían simultáneamente un oficio técnico y a servir a su Patria. Y todo este hermoso pastel podía irse al carajo si —por suponer algo— un arlequín narigón e insolente se presentaba en una rueda de prensa clandestina a recitar su historia.

El Tigre diseñó las líneas generales de la caza. El Puma precisó los detalles operativos. Hubo un intercambio de opiniones y finalmente se dio por concluido el *briefing*. Como los aviadores de las películas (de los que habían heredado el terminacho ese), partieron a sus tareas.

Inmediatamente se solicitó al Batallón 601 de Ejército “área libre” pura operar y apoyo en la localización del *subversivo fugado*. También tuvieron que pedirle al Primer Cuerpo (la fuerza hegemónica en la Capital y la provincia de Buenos Aires), que diera instrucciones a la Policía Federal y a la Provincial para que participasen en la búsqueda. En previsión de que el Nariz fuera replegado por el MPM al extranjero, se alertó a Migraciones, Aduana, Prefectura y Gendarmería. En pocas horas, fotos que reproducían el célebre apéndice nasal se pegaron en los más diversos puestos fronterizos. Aunque la cacería iba a ser silenciosa y clandestina, se requirió la colaboración del Ministerio del Interior, a cargo del General de Brigada Albano Harguindeguy; la de la SIDE, conducida por el General Martínez y la del Segundo Cuerpo, cuyo titular seguía siendo Galtieri, La cooperación de este Cuerpo era decisiva, porque el fugitivo, oriundo de Santa Fe, bien podía buscar refugio en su provincia natal.

Pero el Tigre confiaba centralmente en un método que le había dado extraordinarios resultados: el “lancheo” del territorio. Si el Nariz no se había escondido en medio del campo, si no había abandonado el país (y sus recientes llamados indicaban que no había hecho ni lo uno ni lo otro), podía ser localizado mediante un patrullaje exhaustivo. Pero los “paseos” podían resultar aún más efectivos si se partía de ciertas pistas. Los oficiales de inteligencia se dieron entonces a la tarea de recopilar todos los datos existentes sobre el Nariz y a tratar de ampliarlos con nuevos interrogatorios a los cuadros que habían coincidido con él en alguna estructura partidaria.

La encuesta se llevó a cabo en *los Jorges*, las dependencias oficinescas que el Tigre y sus fieles tenían en la planta baja del Casino de Oficiales.

Al Pelado le tocó ser interrogado por el Gordo Alfredo, un individuo achaparrado y cetrino con cara de bull-dog.

—Vos lo viste al Nariz antes de que te llevaran a Rosario... ¿Qué le dijo?
—preguntó el bull-dog.

—Nada.

—Algo te habrá dicho...

—Claro... Bueno, me preguntó cómo estaba, si precisaba algo...

El Pelado parecía prestarse de muy buen grado a la requisitoria. Al cabo de un rato el bull-dog, abrumado de fatiga por su tonito monocorde, llegó a la conclusión de que era más fácil sacar aceite de un ladrillo.

Hubo, en cambio, gente que se esforzó sinceramente por recordar, aunque sin resultados espectaculares; el Nariz había estado un año y un mes fuera de la Orga y en ese lapso se habían producido varias reestructuraciones.

Hubo, también, quien metió gato por liebre y les hizo perder tiempo con un reguero de pistas falsas.

Al cabo de varias jornadas de preguntas y respuestas, estaban más o menos como al comienzo. En la pizarra del Dorado figuraban los vínculos orgánicos verticales y horizontales del Polichinela: sus antiguos jefes y subordinados, sus amigos, y por supuesto, sus relaciones familiares. Pero muchos de los que allí figuraban habían sido chupados, estaban muertos o cumplían funciones en el exterior. No se veía muy nítido el camino a seguir.

Día y noche los grupos operativos rastrillaban la ciudad. Las flotillas iban *peinando* una superficie superior a los sesenta kilómetros cuadrados. En los patrullajes solía ir al frente una camioneta *Swat* o una furgoneta Renault (la *Swatita*), seguida por dos automóviles. A los marcadores se los solía ubicar en el vehículo de punta o en el segundo coche. El tercer móvil, que generalmente era el último, llevaba cuatro hombres para la contención, en previsión de un enfrentamiento o de la fuga de la presa.

El rastreo se iba siguiendo en el Dorado, paso a paso, con los datos que iban aportando los distintos grupos.

Perrén había combinado a la perfección los equipos: iban expertos karatecas (como el Cuervo Astiz) especialistas en agarrar a la víctima por detrás, inmovilizándola, y tiradores temibles como Ruger, capaz de meterle un certero balazo al más escurridizo. La orden del Tigre determinaba esa ambigüedad: si no se lo podía agarrar vivo, había que dejarlo seco en el lugar. En este último caso, era imprescindible alzarse con el cadáver como trofeo, para exhibirlo ante los chupados.

El Nariz no era tonto, o tenía mucha suerte: al cabo de varios días de este esfuerzo extraordinario, que los retrotrajo a esas horas demenciales del 76 y el 77 en que perpetraban hasta veinte secuestros diarios, decidieron poner fin a la Gran Cacería y proseguir la búsqueda por medios más modestos y rutinarios.

El Polichinela, que había suspendido su ofensiva cuando arreció la persecución,

volvió a las andadas apenas cesaron los láncheos.

Una mañana el Tigre se estaba tomando un café en el despacho, cuando Mayor le anunció con rostro avinagrado:

—Señor, ahí está ese hijo de puta llamando de nuevo.

V Las reglas del juego

La brasa roja sube y baja en la penumbra de Capucha. El Pelado, en su agujero, fuma y piensa. No se oyen voces. Sólo el extractor, con su zumbido permanente y, cíclicamente, esa chicharra de la cámara de circuito cerrado que gira para captar un nuevo ángulo del Barco Fantasma. A veces lo sobresalta el chillido de una rata, o de varias ratas que se pelean entre ellas por un pedazo de comida. Las ve correr por los tirantes o pararse a olfatear la atmósfera insana de Capucha, mientras perforan la luz mortecina con sus ojillos malignos.

Es muy tarde. De madrugada. Sin embargo, el Tigre puede aparecer en cualquier momento. O el oficial de guardia. Ya sabe distinguir el taconeo habitual de los verdes, de los pasos imprevistos y ocasionales.

Aparentemente, han dictado sentencia. Está arriba, en el nuevo universo de la Pecera, tan distinto al del Sótano. Su situación tendría que ser sensiblemente diferente a la de aquellos días iniciales de diciembre. Trabaja en el archivo. Goza de cierta libertad durante el día. Pero ha llegado en mal momento. ¿Va a vivir? O mejor: ¿van a sobrevivir los que están arriba? Su cabeza oscila: quiere pensar que las amenazas del Tigre son simples amenazas, que no interrumpirán ese misterioso proyecto que no termina de comprender, y es consciente de que un cambio de línea, una simple decisión burocrática, puede mandarlos a todos al cadalso.

No es el único tormento. Tal vez ni siquiera es el mayor. Otros fantasmas lo acosan en la noche infinita de la Escuela. Lo indigna y lo desespera ese péndulo entre la vida y la muerte, esa perversa disposición del Tigre a reemplazar a Dios y manejarlos con el terror y la esperanza. Sabe que ese recurso es mucho más contundente que la picana, el submarino o las palizas. Que transita ahora un territorio mucho más peligroso que el de los días de diciembre, cuando aguardaba en forma virginal cualquier peripecia. ¿Hasta cuándo durará todo esto? ¿Que mutaciones irá produciendo en su alma fatigada y reseca, percutida por el horror, por la vivencia antes desconocida de las miserias y las traiciones?

Lo han alegrado profundamente las fugas del Tucho y del Nariz; sin embargo advierte con aprensión que cada vez que elabora un plan y tensa todas sus cuerdas, alguien se le adelanta y pudre la cancha con una evasión imprevista. Evoca a la Negra. No han sido fáciles estos años. La revolución deja pocas horas para recorrer la vida con la yema de los dedos. O tal vez ellos no han sabido. Tal vez estaban condenados desde mucho antes por una educación de mierda. Educados en el escondite, en la negación, en

exigencias superlativas del deber, en una tristeza que convierte en áridas y aburridas hasta las increíbles aventuras que les ha tocado vivir y que hubieran sobrado para colmar cien vidas como las de sus padres. Teme que la Negra rompa ese corsé ceñido y retorne al tumulto vital del trópico, al paganismo esencial que la rodea con sus grandes hojas y sus tifones. Aunque también abrevó en las mismas escolásticas, aunque también la programaron para pertenecer a una Iglesia (a cualquier Iglesia), recela de los ríos de su sangre, de esa libertad absoluta que sólo conocieron los ancestros esclavizados, de esa comunicación con el pulso interior de la Naturaleza que no tenían los Dri, es decir los argentinos. Sabe que en ese mismo momento lucha para rescatarlo vivo y puro de los infiernos. Pero ¡qué importa lo que uno sabe cuando se está en la otra orilla del tiempo, mudo y desaparecido! Las fantasías borran lo razonable. El corazón se convierte en una bomba maligna que llena el cerebro de humores siniestros. Habitado a coexistir con la traición y la miseria, derribado de los pilares que lo sostenían, llega a concebir el mundo entero como la habitación propicia para la traición y la miseria. Pese a que comienzan los fríos otoñales, transpira. Sufre ese amargo sudor que termina por calarlo como una agria lluvia que llueve desde adentro y se conjuga con imágenes espantables: la Negra en la penumbra de un cuarto, enlazada con otro cuerpo que no es el suyo. Que también sintoniza, elástico y moreno, los ritmos soterrados del Universo. Se indigna. Quiere borrar de un plumazo la escena infamante. No puede. Una y otra vez vuelve fascinado, aterrado, furioso. La cabeza pide tregua. Finge magnanimidad. "Deberá formar otra pareja." Pero la cabeza suele ser un pelele impotente sometida a esa sudestada que le barre las entrañas y lo sacude sobre la colchoneta. Y no para. Se inflige daños mayores. Vanesa y Femando juegan con el desconocido. Se aferran al nuevo papá. Suplantando al antiguo, desvaído rostro paterno por esa falsificación demoníaca e irresistible. Por esa cara pura sonrisa que brilla implacable en las ruinas del cerebro.

Tardó un tiempo en entender las claves de la Pecera.

La charla con Gabriel aclaró algunas incógnitas, pero dejó demasiadas flotando en el aire.

Durante días anduvo como sonámbulo entre esos compartimientos de cartón prensado y plástico transparente, observando a sus ocupantes. El archivo de *Noticias*, la biblioteca, la oficina de prensa con sus dos teletipos infatigables y el bull-dog no menos infatigable cortando los cables; los despachos de Juan, Chacho, Gabriel; el cuartito de la *composer* donde se tipografiaba *Informe Cero* y el archivo general donde él mismo trabajaba cortando revistas, con la pobre señora Allende y la boluda de María Eva.

Quica era la responsable. Con disimulo, el Pelado alzaba los ojos para espiar a la viuda de Marcos, con sus cuarenta y dos pirulos, sus hijos muertos. Ella le había contado

que el Tigre dio orden de no torturar la. “Vos sufriste demasiado en tu vida”, admitió con acento paternal y so fue a darle máquina a otro. En cambio un tipo del SIN la amenazó: “Hay que matarte para que tu apellido desaparezca de la faz de la tierra”. No fue el único. También quisieron llevársela (para esa Córdoba donde perdió a Marcos y José) unos tipos del Tercer Cuerpo. El rostro apergaminado por el encierro parece diseñado desde siglos para el sufrimiento. Talmúdico. Impenetrable. Las comisuras son tajos y los labios demasiado gruesos, despectivos. Células que vienen de remotos pogromos. Forjadas en cenas de coles y todos los sótanos de la tierra. El Tigre, por esos caprichos, por esas volteretas del alma feudal, por esas justificaciones que ayudan a lavarse la cara todas las mañanas, había decidido protegerla.

En cuanto lo supo, el Pelado decidió colocarse bajo su ala. Completó el paraguas protector con Chiche, una dulce mujer de 37 años que no se resignaba a vivir sin sus hijos. También pertenecía al círculo áulico. Resistió la tortura, no entregó nada, y sin embargo el Tigre no sólo la respetaba, también la escuchaba.

Mientras hacía ostentación de su amistad con Quica y Chiche, el Pelado eludía no menos ostensiblemente al Gordo Castillo y a la Vicky Daleo, a quienes el Tigre no podía ver ni pintados, y escondía prolijamente sus lazos, cada vez más estrechos, con Mateo y la Cabra.

Mateo era la antípoda del Pelado y por eso lo atraía con fuerza irresistible. Maestro en el arte de esconder, el Pelado había encontrado la excusa perfecta para seguir frecuentándolo sin despertar sospechas: le seguía haciendo de enfermero, lo ayudaba con el baño, le cebaba mate, le alcanzaba publicaciones del archivo. A Mateo le pasaban revistas francesas como el *Canard*, y solía doblarse de risa con los chistes. Su madre lo había hecho educar en París, ignorando que vendría el 68 y el flaquito tierno pronto transitaría de los fuegos de la Sorbona a los que encendería *Descamisados*.

—Nunca me imaginé que el francés me sería útil en un campo de concentración —comentó una mañana, recostado en la colchoneta. A sus espaldas una ventana mostraba la Avenida Libertador, angustiosamente cercana.

—El Trueno me preguntó: “¿Vos hablás francés?” (la Lucy le había dicho). Y yo le contesté que sí. Me miró incrédulo. “Digo, si lo lees...”, insistió. Y yo le digo: “Pero claro, si me educé en Francia”. Entonces va y me trae una pila de *Le Monde*. “Bueno, tradúcte esto.”

Y se rió a carcajadas.

— ¿Sabés Pelado...? Es triste pensar que nos están cagando a patadas estos tipos que ni siquiera leían el diario. Porque no es cuestión de *Le Monde*. Yo te digo que no leían ni el *Clarín*.

Se pasaba el dedo por la lengua, como si fuera a dar vuelta las páginas y una chispa de malicia le borraba la eterna melancolía.

— A veces me pregunto si esa no será una clave del éxito...

— ¿Cuál?

— No haber leído nada. Muchas veces me pregunto: estos nos irán ganando porque tienen todos los fierros y el poder del Estado, o porque leyeron todavía menos que nosotros?

El Pelado sonrió desconcertado.

— Claro... Se manejan con certezas. Saben de lo que es capaz, el pequeño burgués para preservar su siesta, sus raviolos, su partido de fútbol, su polvito profiláctico y aburrido. Es capaz de no oír los gritos, de no ver los Falcon, de negar lo que le están mostrando sus sentidos. Nosotros, que hicimos un culto del meterse a fondo, olvidamos que todavía estaba muy arraigado *el no te metas* de los inmigrantes. ¿No te parece?

Jaime cabeceó una duda.

— Porque... mirá... ese es otro factor: nosotros teníamos la cabeza llena de Giap, de Mao, y ¿por qué no? de un insensato racionalismo.

— ¿Y eso...?

— Claro. Nos olvidamos siempre de lo que decía Discépolo: "El argentino es un tipo que tiene una pata en el manicomio y otra sobre un jabón"

Se rieron los dos.

— Fracasamos por cartesianos en nuestro propósito evangélico de redimir al peronismo. Parecíamos una banda del Ejército de Salvación... sólo que con metras en vez de trombones.

— Entonces...

—Entonces hay que revisar muchas cosas del pequeño montonero ilustrado. Los *l.l.l.* y los *7.2.3.*, los *determinantes y condicionantes*, las *desviaciones correctas de cada etapa*, y cierto tomismo rancio que se nos filtra muchas veces bajo la costra del materialismo dialéctico...

—Qué curioso...

— ¿Qué curioso qué...?

—El Tigre habla siempre de tomismo.

—Ah, sí, pero no lo conoce ni por las tapas. No creo que la filosofía sea un ingrediente decisivo en los programas de la Escuela Naval.

Volvieron a reírse. Mateo seguía carcajeándose cuando el Pelado se puso serio.

— ¿Vos pensás que ya nos derrotaron? —preguntó.

El flaco se quedó pensativo.

—No. Yo estoy seguro de que nosotros vamos a ganar. Y que ellos en el fondo lo saben. Hay victorias difíciles de sobrellevar. Y así como nosotros tuvimos ese espejismo del 25 de mayo, que tanto nos jodió, ellos van a caer por lo que hoy parecen éxitos.

Pese a toda su cautela, el Pelado estuvo a punto de perderse por frecuentar a Mateo. Una mañana hablaban del submundo de la ESMA y del proyecto de los sobrevivientes, cuando el Gordo Selva se metió en la celda. El Prefecto soltaba una huevada tras otra. Escuchándolos, no advirtieron la entrada sigilosa del Tigre.

— ¿Cómo está, G...?

El Pelado apreció un cierto matiz lacayuno en la mención del apellido patricio y una inocultable impaciencia cuando notó su presencia y le largó un seco:

— ¿Qué tal, Dri?

Selva se puso muy incómodo. Maleo disponía para él solo del viejo cuarto de las embarazadas, por una pulsión aristocratizante del Tigre, pero bien podía existir alguna razón oculta para tenerlo aislado. Jaime captó inmediatamente todos los detalles. La mirada inquisitiva de Acosta al Gordo Selva podía significar: “¿Qué mierda hace este tipo aquí, hablando con Mateo?”

Más tarde Selva le confesaría al Pelado que, en efecto, el jefe lo había levantado en peso por su culpa.

¿Qué es esto? La demostración de que somos hombres y no superhombres. Aquí mismo, en la Pecera, están reunidas todas las posibilidades. Viniendo desde siempre a cumplir su papel: el que se pasa de bando como Alfredo; el Judas que un día puede ahorcarse como Diego; el tipo angélico como Mateo, que sigue siendo inocente dentro del infierno; el maquiavelo como Chacho, que juega todas las cartas al poder de la inteligencia. (Tengo que hablar con Chacho). ¿Es verdad que todos vinieron desde el comienzo de los tiempos a ponerse su personaje, como quien se pone una camisa? Uno es libre... ¿o qué? ¿Era libre esta pobre señora de Allende (sí, de Allende, pariente del Chicho), cuando su propio marido la denunció? ¿Es libre esta pendeja estúpida de María Eva, que sale con Selva para salvar el pellejo? Y sin embargo, sí, son libres. Porque la señora de Allende no ha dejado de ser solidaria en esta tumba, y María Eva pudo optar por no abrirse de gambas. La libertad, me parece a veces, es como un resquicio, una pequeñísima rendija, y se parece a la oportunidad. ¿Soy libre yo? ¿Me atreveré a serlo? ¿Sabré encontrar la oportunidad y la rendija? La oportunidad es esta pecera; estos peces seleccionados por el pescador como extraña muestra. Ellos han creado la rendija. El resquicio para colarse.

Tengo que hablar con Chacho.

Sabía que no avanzaría en sus planes si no llegaba a conocer a fondo los proyectos del Grupo de Sobrevivientes. Para eso debía hablar con el *Jefe*. Y consagrar oficialmente el acuerdo al que había llegado con Gabriel.

“Los acuerdos se hacen para romperse”, pensó el Pelado cuando entró en la oficina del Chacho.

Sólo le faltaba una ventana, como la del cuarto de Mateo, para poder llamarse alegre. Estaba ordenada, limpia, con el escritorio surtido de marcadores, cortapapeles, lápices y tijeras. Amén de una mesa auxiliar para la máquina de escribir.

Chacho recibía una copia de todas las publicaciones que diariamente llegaban al archivo para recortar y además algunas exquisiteces como la colección completa de la revista *Estrategia*, que lucía en un pequeño librero.

Cuando entró el Pelado, el jefe de los sobrevivientes estaba repantigado en la silla, leyendo *Newsweek*. Bajó la revista con parsimonia y le hizo una seña para que se sentase. Después dejó el semanario prolijamente sobre *Time* y comenzó a hurguetear la cazuela de

la pipa. El Pelado se sentó y lo miró hacer en silencio, con su proverbial cautela. Chacho vestía un vaquero limpio y una camisa a cuadritos impecablemente planchada. Era delgado pero fornido, con una presencia física agradable. Un mostacho poblado coronaba una boca grande y sensual, abierta siempre a la sonrisa irónica. La mirada resplandecía inteligencia y astucia. El Pelado se dijo que tendría que vérselas con otro artista del disimulo, sin duda de un estilo diferente. Los que lo conocían de antes afirmaban que era un gran conversador, un hombre que hacía un verdadero culto de la charla. Recordó que no había bajado al Sótano a verlo. “Tal vez se consideraba demasiado importante”, pensó. Aunque, probablemente, había influido para que lo integrasen al grupo de la Pecera.

— ¿Qué tal. Pelado? —preguntó Chacho con suavidad y cortesía.

El Pelado se sonrió, encogiéndose de hombros. Chacho frunció el ceño y se concentró en su tarea de deshollinador. Los dos eran provincianos y respetaban el barroquismo de las fintas antes de ir al grano.

Mientras hurgaba minuciosamente el tubo de la pipa, volvió a tantear, dirigiéndole una mirada oblicua:

—Estarás mejor que en el sótano, me imagino.

— ¡Ah, sí! ¡Claro! —respondió vivamente.

— Así es... —murmuró Chacho—. Primum vivere y ya se sabe.

El Pelado se animó a largar la primera estocada, con su pregunta de rigor.

— ¿Qué es esto, Chacho? ¿Podés explicarme qué es esto?

Chacho alzó la vista al cielo y acentuó la sonrisa.

— Aclaremos. ¿A qué te referís? ¿A la Pecera? ¿A la ESMA? ¿A la guerra?

El Pelado parpadeó. Miró hacia la oficina contigua, la de Juan, y bajó la voz.

— A que estemos vivos.

Los ojos de Chacho volvieron a dispararse al cielo raso en busca de una síntesis feliz para una cuestión tan compleja.

—Es largo de contar y difícil de entender. Tratemos, sin embargo. Empecemos por considerar que la mejor guerrilla urbana del mundo fue derrotada por tipos que no leen ni el diario.

“Eso ya me lo dijo Mateo”, pensó el Pelado.

— ¿Ya fue derrotada? —se animó a preguntar.

—Sí. En este round histórico, sí. Vendrán otros. Por eso es importante... es importante vivir y transmitir para que no se repitan las mismas cagadas en la segunda vuelta.

Comenzó a cargar la pipa.

—Está bien... —dijo sorprendidamente el Pelado—. Pero eso no explica por qué nos tienen vivos. ¿A cambio de qué?

Chacho se ensombreció. El tono de su voz se volvió ligeramente áspero.

—Mirá. Voy a contarte algunas cosas... Vos llegaste a la ESMA cuando esto ya se había convertido en un liceo de señoritas, en un sanatorio de reposo comparado con los días del 76, con los primeros meses del 77. Y me alegro por vos de que hayas tenido esa suerte. A mí me dieron durante semanas y semanas. A mí y a tantos otros. Y luego estuvimos meses en Capucha, comiendo mierda, sin saber si íbamos o no íbamos en el traslado de los miércoles. Y viendo cada día cómo los *pedros* te insultaban, te pateaban o violaban a las compañeras. Vos no viste cómo se pudrían ante tus ojos compañeros que querías y respetabas, y cómo caían otros, y otros, y otros... ¡de a diez, de a veinte, de a treinta por día! Yo vi deshacerse la Organización entre estas cuatro paredes y en pocos meses. La Organización que yo también fundé. Y conocí la sospecha de mi mujer. La misma sospecha que vas a conocer vos cuando te dejen hablar por teléfono con ella. Y vi el Sótano después de los traslados, con los vómitos en los bancos. ¡Pero no canté! ¡No cambié mi vida por la de ningún compañero! Porque acá los que marcan son una minoría. Acá no entregamos compañeros.

La mano temblaba ligeramente cuando volvió a encender la pipa.

—Mirá, cuando todas estas paredes no existían todavía, cuando no había ni télex, ni biblioteca, ni archivo, yo comencé a explicarle a estos tipos lo que salía en los diarios. A decirles cosas tan sencillas como que Cárter se les iba a poner de punta. A señalarles que ellos, que se creían los campeones de Occidente, iban a terminar enfrentados con Europa y Estados Unidos. Al comienzo no me creían. Después dudaron o me creyeron y fueron

trayendo diarios y revistas. Y yo pedí ayuda y más ayuda y otra gente fue saliendo del pozo.

El Pelado miró a través del plástico amarillento hacia la oficina del frente, donde trabajaba Susana.

—Costó mucho, te lo aseguro. Cada martes a la noche nos tirábamos sobre la colchoneta sin saber si al día siguiente seguiríamos recortando diarios, traduciendo revistas y charlando de política o si nos mandarían a todos para arriba en un *Foker*. Hasta que logramos formar un grupo. Y ya se sabe... ya tenemos la experiencia. Un grupo no es lo mismo que una horda de individuos aterrados. Constituimos, si vos querés, una nueva organización que ha decidido salvarse y salvar a todos los que pueda.

El Pelado se removió inquieto en la silla.

Chacho lo observaba con extraordinaria fijeza. Su voz apenas se escuchaba, mezclada con otras voces y el ritmo imparable del teletipo, que seguía escupiendo a razón de 75 baudios los cables de France Presse.

—Mirá Pelado... ya lo vas a ir viendo... Caminamos sobre el filo de una navaja y nos podemos caer... hacia el suicidio, o la traición. Es así no más.

Su voz iba adquiriendo un cierto matiz autoritario.

—Por eso, como es tan difícil el equilibrio, tuvimos que fijar... yo diría... ciertas reglas del juego. No hay grupo que se mantenga sin ellas. Porque si no todo el mundo entra a cortarse por la libre. Una regla bien clara es esta: acá no se marca a nadie, no se entrega a nadie. Y la otra es Igual de sencilla: tampoco admitimos que nadie se haga el loquito y pretenda fugarse. De acá nos vamos a ir todos juntos. No sé si soy claro. Pero recordalo bien. Pelado, porque esas son, desde que estás acá, *tus* reglas del juego.

VI El Tigre y Pelusa

Las advertencias de Chacho provocaron un efecto contrario al buscado. El Pelado simuló acatar, pero se afincó más que nunca en su proyecto de fuga.

“Que me dejen de joder —se decía mientras regresaba a su mesa del archivo— estos no quedaron vivos porque son muy astutos sino porque el enemigo quiso que quedaran vivos. Estamos vivos porque así lo quiere el enemigo. Cuando tuvo que matarnos nos mató; cuando tenga que volver a matarnos nos matará. Si nos deja vivos es por algo... Y la única forma de romper ese algo es fugarse.”

Convencido de la justicia de su proyecto, pero advertido también de las crecientes dificultades que se le opondrían para llevarlo a la práctica, se concentró en la lectura de las revistas.

Su trabajo en el archivo lo gratificaba con esa voraz revisión de cuanto papel impreso caía en sus manos y que él había bautizado como “la fuga hacia la realidad”

Aunque sólo le correspondía la revisión de las revistas, procuraba leer todo lo que pasaba por la oficina, incluyendo los cables y los materiales que el Partido producía en el exterior. Buen lector, sabía distinguir lo poco que los periódicos se animaban a poner entre líneas y al cotejarlo con lo que se decía sin tapujos en el extranjero, iba trazando un *cuadro de situación*, que no suplía la *falta de línea* o la discusión en los ámbitos partidarios, pero que le permitía ir atisbando lo que ocurría en la Argentina con mucha, muchísima mayor información que la inmensa mayoría de los argentinos “libres”

La gran profusión de material impreso había convertido el archivo en un punto de reunión espontáneo de los habitantes de ultratumba. Chupados y marinos convergían allí para perder el tiempo, tomarse un mate o un café y hojearse un par de revistas. Poco a poco se había ido convirtiendo en la tertulia de la ESMA. Acuciados por la gran vocación nacional de la charla, los argentinos torturadores departían incansablemente con los argentinos torturados. Los primeros, claro está, gozaban de mayor libertad para exponer sus opiniones sin tapujos, en tanto que los segundos tenían que matizarlas siempre con el toque derrotista, para demostrar que se estaban “recuperando” y podían volver a ser “útiles” a la sociedad. Con el paso del tiempo eso también fue cambiando y los del primer bando comenzaron a maquillar sus opiniones para no parecer “reaccionarios”, “gorilas” u “oligarcas”. Y así, mientras un chupado que se había pasado la vida descifrando los humores volátiles de la gelinita hacía profesión de fe parlamentarista, un marino que odiaba a Perón desde que iba al jardín de infantes, tenía que admitir que

“había hecho mucho por el pueblo”. La comunicación, que uno a la distancia hubiera juzgado imposible, se veía facilitada por la común extracción de clase, por ese universo engañoso de hábitos idénticos y hasta de prejuicios similares que un imbécil hubiera llamado “el ser nacional”. Atento observador del fenómeno (y víctima de sus consecuencias), Mateo lo había sintetizado en una frase aguda: “El pequeño burgués es infatigable en la creación de arquetipos opuestos: puede producir simultáneamente a Pol Pot o a Nixon”.

En las largas lardes del otoño, cuando el frío comenzaba a adueñarse de Capucha y la Pecera, y las horas se estiraban hasta el sadismo, era común verlo al Cuervo Astiz leyendo *Siete Días* o al Puma Perrén deleitándose con las fotos de *Gente*. La fuerza de atracción de ese sustituto del café o el club, de esa tierra de nadie donde se entremezclaban promiscuamente las ilusiones y las creencias, los rencores y los afectos de los que se habían combatido hasta la muerte, era tan fuerte que hasta recalaban por el Archivo los que tenían expresamente vedado el trato con los prisioneros y aun los que ya no revistaban en el Grupo de Tareas. Era difícil saber qué monstruos podría engendrar semejante maridaje: conocer el punto de inflexión de unas existencias sobre las otras. A priori usted o yo, que tuvimos la suerte de no trasponer los portones de la Escuela, podríamos jurar que la influencia “dominante” era la de los carceleros. Pero la realidad no es tan simple. O, en todo caso, toda regla admite excepciones. Y el caso es que a ciertos centuriones de la ESMA les ocurrió lo mismo que a esos legionarios romanos bastos y primitivos, que un buen día se asomaron con sorpresa y respeto al mundo helénico que habían derrotado. Muchos marinos pudieron mantener Inalterable el tosco credo que los llevó a la matanza, mientras imperó sin finuras la ley del exterminio. Pero cuando se dieron a la antropofagia, cuando comenzaron —como ciertas tribus— a “comerse” a sus víctimas, para adquirir la ciencia y el valor del vencido, algunos entraron en un “looping” de angustia que les arrebató la voluntad de combatir. Es cierto, los antropófagos conversos fueron una minoría. La mayor parte estaba barnizada e inmunizada por la propia magnitud de lo que habían hecho en la campaña represiva y no tenían retomo hacia la humanidad. Muchos, además, se habían corrompido en la faena. O se dieron a ella porque ya venían corruptos. Pero los que se quedaron a dos aguas, los antropófagos conversos, no diferían mucho de los guerrilleros quebrados. A este subgrupo pertenecía el *Chispa*.

El Chispa ya no revistaba en el GT/332, aunque había sido uno de sus más fanáticos y certeros cazadores. Gonzalo Sánchez (ya que éste sería su Hombre legal), amaba las cosas del mar, pero se quedó en la costa, trabajando en la Prefectura. Era arquitecto naval, porque le gustaban los barcos y las construcciones marítimas, y terminó como asesino. Cuando llegó a las cotas más altas del terror, cometió la torpeza de enamorarse de la viuda tía un enemigo y se derrumbó para siempre.

Era joven entonces, tenía menos de treinta años. Morocho, corpulento y atlético, solía usar un bigote negro muy poblado. Junto con el Cuervo Astiz había sido el *operativo* más audaz, el más efectivo. Los "federales", que despreciaban a los marinos en el 76 porque los veían muy blanduchos para la contrainsurgencia urbana, respetaban al Chispa. Y lo extrañaron cuando, en marzo de ese año, abandonó el GT para integrarse a un curso de Inteligencia. Ignoraban que, muy probablemente, él mismo habría pedido ser relevado, o que el Tigre y los otros jefes, al detectar sus crecientes dudas, habrían decidido relevarlo.

El Chispa no podía alejarse fácilmente de la Escuela de Mecánica. Seguía atado al magnetismo de la viuda. Pero también era una suerte de peregrinaje al centro de sus angustias y perplejidades. Iba a buscar la clave de ese último año de vida que lo había cambiado para siempre. Y cada vez que retomaba a su destino advertía con desasosiego que la carga era mayor. Que la herida, lejos de cerrarse, lo estaba dejando exangüe.

Por esas cosas de la vida se había aficionado al Pelado. Le gustaba conversar con ese hombre sobrio y callado que sabía meterse los dolores para adentro. Intuía —porque la cortina de simulación sólo permitía que eso fuera una intuición— que ese hombre no estaba, como él, arrepentido de su vida y que, de poder salir vivo de allí, seguiría la lucha sin desmayos. Odiaba a los traidores. A hombres que él mismo había quebrado o ayudado a quebrar. Le daba asco el Gordo Alfredo y toda la cohorte del *ministaff*. Tanto asco le daban, que un día le contó al Pelado una anécdota muy significativa: volvían a la ESMA con el cadáver de Lino —un cadáver desfigurado por la bomba de exógeno que él mismo se puso cuando vio que estaba perdido— y el Caín se acercó a Perrén para felicitarlo. "Hay que festejar", dijo Caín. El Puma respondió seco: "Festejar, nada. Yo no festejo la muerte de un enemigo que supo demostrar tanto coraje"

Una mañana de mayo Jaime estaba ordenando unos recortes, cuando apareció el Chispa, visiblemente trastornado. Al comienzo disimuló, le pidió un café y los diarios del día, pero no pudo contenerse mucho tiempo, el viejo mecanismo de la confesión se abrió paso irresistible en presencia de ese hombre callado que invitaba a hablar con su sola presencia.

—Mirá Pelado. Yo no sé por qué vos estás ahí y yo estoy aquí. Porque hombres como nosotros tuvieron que cagarse a tiros. No, no digo porque seamos argentinos y todas esas cosas. Bueno... aunque eso también... Digo en otro sentido... En el sentido de que cuando vos comenzaste todo esto y yo comencé, ninguno estaba podrido. Quiero decir, no éramos como el Tigre o Ruger, no estábamos en la guita, en las minas, en todo eso. Vos y yo éramos, somos combatientes.

El Pelado estaba colocando unas revistas en un anaquel. Se dio vuelta.

Como fulminado. No se había engañado por el tono de voz. El Chispa, el operativo que agarraba a los compañeros por atrás en los chupes, estaba llorando.

— ¡Yo puse mucho en esto!

Había dicho la misma frase que Caín.

— ¡Vos no sabés hasta qué punto me jugué! ¡Yo maté, maté, maté! Sí, Pelado, maté compañeros tuyos... amigos tuyos... Y acá estoy... ¡qué raro! ¿no? Acá te lo estoy diciendo y hablando... Porque sé que vos vas a ganar. Ustedes van a ganar, Pelado. Algún día, yo lo sé: vos vas a estar del lado que yo estoy y yo del lado que estás vos. Y ustedes van a tener piedad porque son mejores, porque no están podridos como nosotros. Mi viejo, veo a mi viejo y sus amigos. Todos en los negocios... todos en la joda. ¿Te creés que no sé? Hablan de la familia y tienen mantenidas. Ellos, los brigadieres, los almirantes, los generales. Y dicen que los guerrilleros son faloperos y ellos le dan a la droga. Y van... y van a las orgías de los tipos de guita.

Ahora estaba serio, pálido; se había secado las lágrimas con el dorso de la mano.

—Es así... Yo te digo que es así. Y si tienen que meterle a su propia mujer en la cama a otro para agarrar guita o poder, la meten. Sé varios casos que te podría contar. ¡Y yo maté por toda esa basura! Yo no era así. Yo quería otra cosa en la vida. Yo creí que ustedes eran comunistas. Yo pensaba que eran agentes extranjeros. Que no eran nacionalistas, como yo. Y después los conocí y vi que peleaban hasta la muerte como Lino... que podían... podían ser... hasta el final, como la Gaby o... o si querés el Negro Ricardo. No era eso. Yo no tengo miedo de que me maten. Porque si un día, fijáte Pelado, si un día vos mismo me pegás un tiro, vas a tener razón.

El auto enfiló hacia la calle lateral y salió de la autopista Teniente General Riccheri. Varios kilómetros más adelante estaba el Aeropuerto de Ezeiza, (Irás el empalme con la General Paz y ese pedrerío gigantesco que llaman Buenos Aires, inundando las nubes bajas y espesas con un resplandor asalmonado.

A ambos lados de la autopista se extendían gigantescos descampados que culminaban en antiguos monoblocks, llovidos y desgastados. Eran las tres de la mañana y no se veía un alma. El coche frío y perlado de gotas se metió en la negrura del puente, después tomó un trecho lateral en sentido Contrario y se detuvo.

—Bájelos —ordenó el jefe.

Se abrió la portezuela y la mujer, que parecía una anciana, se atrevió a preguntar:

— ¿Nos van a matar?

—Bájese —fue la respuesta.

Los dejaron como dos espantapájaros, viejos y atenidos, en medio de la niebla y el descampado. El que los había llevado del brazo dijo antes de volverse al coche.

—No se saquen la venda. No quieran mirar hasta dentro de un buen rato o volvemos y los reventamos.

Asintieron en silencio agitando las capuchas. Oyeron los pasos del hombre que volvía al auto mientras un viento helado les calaba los huesos. Sintieron el golpe de la puerta al cerrarse, el arranque y luego el ruido de ese único motor que se alejaba. Estuvieron quietos, sin sacarse la venda, varios minutos más, cuando ya sólo se oía el silbido del viento en los pastizales. Entonces, vivos, milagrosamente vivos, se sacaron las capuchas y las arrojaron al pavimento mojado. Se miraron sin decir una palabra. Como si no se conocieran, como si no se hubieran casado treinta años atrás. Y se pusieron a caminar hacia el resplandor color salmón que inundaba el horizonte.

Cuando llegaron empapados a casa de unos parientes que creían ver fantasmas, el jefe, el Mayor Acosta, ya llevaba dos horas de plácido sueño.

Cuando el Tigre le dio la noticia, en medio de saltitos y guiños exultantes, supo que había llegado la hora de la verdad.

Primero largaron a los viejos. Al hermanito lo tuvieron una semana más. Los padres podían quedarse en la Argentina, pero el muchacho tenía que irse al extranjero. Ellos mismos le dieron el pasaporte y el pasaje, no sin antes formularle una advertencia.

—Te salvaste una vez. No hagas tonterías. Nada de denuncias. Andá y rehacé tu vida, que sos joven.

El Tigre la llevó a saludarlos a todos el mismo día de la partida. Su vieja lloró: su padre llegó a darle las gracias a ese señor tan bueno que lo había salvado, y su hermanito adivinó todo. Unos minutos antes de partir lo llevó al patio, a ese mismo rincón de atrás de la escalera donde tantas veces habían jugado, donde cada uno de ellos se había escondido a llorar o a leer una novela. Ese pequeño ángulo, con sus macetas de hortensias y mal voltea que ya no verían como antes. Una madre lanzaba a lo lejos los clásicos rotos que ellos habían recibido, una televisión pasaba un comercial estúpido y lo

dos supieron, mirándose o mirando esos cuadritos del patio donde la tiza había dibujado la rayuela, que no se verían en mucho tiempo.

—No quiero esto —dijo de golpe el muchacho con los ojos llenos de lágrimas. Y aunque podía interpretarse de mil maneras, ella supo lo que quería decir. Se abrazaron y Pelusa, tragándose las lágrimas, le susurró al oído:

—No te preocupés —y lo consoló como lo consolaba de chico por las noches, cuando él tenía miedo de la muerte y le preguntaba.

Parecía más calmado, pero antes de volver a entrar en la casa por la cocina estaba odiando como nunca había odiado en su vida.

—Ese tipo... —balbuceó extraviado.

Pelusa se alarmó. Sabía que afuera estaban los otros, los que iban a acompañarlo hasta el aeropuerto para cerciorarse de su viaje.

—Está bien... dejálo así... Te juro que no tenes que preocuparte.

El Tigre estaba con su padre en la salita, tomándose un café. El viejo repetía:

—Yo le digo la verdad... nunca nos metimos en política.

Hubiera querido interrumpirlo. Tirarle en la cara todo lo que su padre le estaba provocando. El Tigre asentía sin el menor interés al dueño de casa. La miraba y se decía: "Esta tarde misma nos encamamos"

No pensaba en Pancho cuando el coche traspuso el portón del hotel alojamiento. Pensaba en sus rodillas de algodón y en el temblor de sus propios dedos sobre la cartera. Iba a ocurrir, no más. Lo que había vertido amasándose a través de siglos, esa degradación que la esperaba desde mucho antes de nacer, estaba por consumarse. Rodaba. Como Lucy, como Barbarella. Así lo certificaba el proxeneta de la puerta al que el Tigre se había dirigido con voz inaudible. Todavía no había sucedido, pero ya estaba sucediendo.

El auto se metió en la cochera y el Tigre tuvo la delicadeza de no prender las luces hasta que se cerró el portón del garage. Ella no podía imaginarlo: él también temblaba de espanto.

Subieron la pequeña escalera paralela al muro y entraron en una suite. El Tigre,

pese al miedo, se movía con solvencia de habitué. Un pensamiento infame, una cursilería de chirusa suburbana cruzó por la aterrada cabeza de Pelusa. Tuvo la tentación de preguntar: “¿A cuántas trajiste aquí?”. Pero enseguida se olvidó de esa imbecilidad, ganada por un vértigo creciente. Se había quedado parada en el pequeño hall de la entrada con su sofá y su mesa ratona, con el estratégico espejo ubicado justo enfrente. Se vio en él sin querer mirarse, agarrada a esa cartera nueva, sin recuerdos, que le había regalado el Tigre. El hombre ya estaba en el dormitorio, parado también en el medio de la pieza, desdibujado por la penumbra, invitándola tácitamente a acercarse.

“Todavía no nos acostamos. Todavía estoy a tiempo”, pensó mientras una fuerza gravitatoria que contradecía sus pensamientos la llevaba paso a paso hacia el dormitorio, como una autómatas.

Allí estaba la cama, obscenamente grande, con su cobertor floreado, sus mesitas de luz y un enorme listón de madera oscura sobre la cabecera, del que salía una luz indirecta, tan proxeneta como el tipo de la puerta. La pared de enfrente estaba prácticamente cubierta por otro espejo gigantesco, colgado sobre una larga mesa que hacía de tocador.

Una música lejana, extraterrestre, envolvía la escena. Era la música funcional del hotel, plácida, imbécil, de plástico como la de los aeropuertos. Había un ventanal cerrado en la pared del fondo y por sus rendijas asomaba la luz moribunda del atardecer de otoño.

El Tigre se dijo que no debía mostrarse impaciente para no echarlo todo a perder. Se iluminó:

— ¿Querés tomar algo?

Ella lo miró como si no entendiera. Seguía parada, con su traje sastre celeste con ribetes azul marino. El tomó una iniciativa: agarró una silla y se la acercó, luego otra y propuso:

— Vení. Sentémonos. Charlemos un rato —y en seguida—. ¿De veras no querés tomar nada?

— No sé...

La tenaza de siempre en la garganta. La voz salió pastosa.

— Zoncita. ¿No sabés si querés tomar algo o no querés? Puedo pedir whisky si te

parece...

Se encogió de hombros. El fue hasta el teléfono y pidió dos “Chivas Regal” dobles, con hielo y soda. Luego volvió a sentarse frente a ella, que parecía abstraída mirando esos listones de luz color melón que se filtraban por las rendijas de la persiana.

Arriesgó la pregunta:

— ¿Querés que nos vayamos?

Si la respuesta hubiera sido afirmativa le habría pegado una trompada.

—No —musitó Pelusa. Pensaba: “Si no es hoy será mañana, o pasado, o la semana que viene. Que sea de una vez”

El Tigre estaba sentado junto a ella como un confesor, las manos cruzadas sobre las piernas, mirándola de hito en hito. Pensaba: “Si sigo tan delicado no me la cojo más”

De refilón en el espejo vio la ridícula escena y volvió a experimentar un sentimiento que lo había abandonado muchos años atrás: la vergüenza. Descubrió en el azogue el perfil suyo que menos le gustaba y lo encontró blando, sospechoso. No podía recuperar la dureza de la ESMA. Le latían las sienes. Pensó: “Ahora subo la música de fondo y le ordeno que bailemos” Pero escuchó cómo fluía su voz con tono trivial de charla de calé, diciendo:

—Buen tipo tu viejo. Se ve que es un hombre como los de antes.

Pelusa hurgaba en la cartera. Como no encontró lo que buscaba le dijo:

— ¿Tenés un cigarrillo?

El se apresuró a sacar uno del bolsillo interior del *Príncipe de Gales* y se lo encendió con el *Cartier* de oro. Con el rabillo del ojo la espió en el espejo mientras aspiraba la primera pitada: tenía el pelo castaño recogido en un rodete encantador, esos ojos inmensos que parecían salidos de un cuadro, la boca perfectamente delineada, el labio inferior carnoso y sensual, una leve felpilla de durazno en las mejillas. Estaba a punto de abalanzarse cuando sonó, discreto, el timbre de la puerta.

—Los whiskys... —anunció con una sonrisa vercosa.

Le pasaron la bebida a través de un extraño catafalco destinado a evitar que las

parejas pudieran ser vistas por el camarero.

Volvió con la bandeja temblorosa. La puso sin mucha gracia sobre la mesa y preguntó.

— ¿Cómo lo tomás?

Lo dijo mirando los ojos gris-verdosos.

— Me da igual... ¿Cómo lo tomás vos?

— *On The rocks* — contestó con sonrisa de barman galante.

— Está bien — concedió Pelusa.

Le estiró el vaso, con una cucharita alta de plástico, como la que dan en los aviones. Se sentó más cerca de ella y propuso un brindis.

— Por nosotros.

Mientras él hacía “chin-chin” contra su vaso, en la media luz de la habitación destinada a *eso* y nada más que a *eso*, se vio a sí misma, desnuda en la parrilla, retorciéndose.

Tenía que venir, era inevitable. El abalanzó una mano helada y le aferró la muñeca. Luego sintió un aliento cálido en la mejilla, luego unos labios ajenos que le daban besos cortos, rápidos, ávidos, por el cuello; unos dientes que le mordisqueaban el lóbulo de la oreja. Se vio rodeada, aprisionada, alzada, abrazada de pie contra un cuerpo extraño que le hacía sentir la dureza de la bragueta inflamada. Quiso correr, gritar, huir, matarlo. Pero se quedó clavada. Detenida en un curioso umbral donde el tiempo se espesaba. El Tigre la olfateaba, la besaba, la oprimía, le decía cosas. Atragantadas, espasmódicas.

— Te quiero... Vámonos... Vení... Largo todo, por vos dejo todo... Mi mujer... todo... Por vos cambio... Por vos... Vení... vení...

Había confundido el rubor de las mejillas con el deseo y la arrastraba de la mano hacia el cobertor floreado. Un segundo más y la tumbaba.

— No. Esperá — dijo Pelusa con esa autoridad femenina que no suele ser discutida. El Tigre se detuvo en seco.

—Jorge... —murmuró su nombre por primera vez.

El Tigre sintió una oleada de arrebatadora intimidad al oírla nombrándolo, pero se contuvo, al acecho.

—Espera, por favor —era un orden disfrazada de súplica. Atónito vio cómo regresaba al tocador, se sacaba la chaqueta y la ponía sobre la silla. Llevaba una blusa blanca, liviana, llena de pliegues. Espió la turgencia de los senos que ya sentía en sus manos. Pelusa se dirigió al baño y antes de entrar le pidió:

—Apagá la luz.

El Tigre, mudo, hizo una seña afirmativa. La puerta se cerró. Apagó, todas las luces pero comprobó con alegría que de la cabecera seguía fluyendo el tenue resplandor propicio. Se desvistió torpemente y se zambulló en la cama. Ardía entre las sábanas heladas.

Pelusa tiritaba en ese baño de azulejos blancos, que pese a sus sellos de desinfección guardaba recuerdos de anónimas parejas. Evitó el espejo del tocador mientras se sacaba la blusa y se desabrochaba el sostén. Luego se quitó la falda y lentamente, como si ganara tiempo, la colgó prolijamente del perchero. Ahora sí, ya estaba en plena carrera descendente. Su corazón se desbocó en un vértigo loco que nada tenía que ver con el deseo y sin embargo era sensual, excitante.

Se cumplía la profecía, la negra predestinación que la confinaba a la soledad total. Nunca podría compartir esta experiencia con nadie. Guardaría esta culpa en los abismos de su conciencia, como un diamante. Por un momento sintió verdadero pánico y hasta murmuró, inconsciente, las palabras rituales de una antigua oración personal que había compuesto de niña. Estuvo a punto de agarrar la falda, la blusa y el corpiño, que parecían los restos de una piel abandonada. En cambio se acercó al espejo y una a una fue sacando las horquillas que sostenían el rodete. La marejada de pelo castaño cayó libre sobre los hombros suaves. Apagó la luz, entreabrió la puerta y espionó. La cabeza del Tigre asomaba como una mancha plateada sobre las blandas almohadas.

—Date la vuelta —fue la orden esta vez.

El Tigre se puso de espaldas hacia la puerta de baño. Pero en la penumbra, a través del gigantesco espejo, vio consumarse su sueño de meses: la diosa avanzaba casi desnuda, con una bombacha blanca que dejaba traslucir la sombra del pubis. El pelo salvaje cayendo sobre el tallo increíble de la espalda; los pechos opulentos con los pezones rosados; los muslos soberbios que había contemplado en la parrilla. Un pavor

incontenible se apoderó de sus músculos tensos y llegó a pensar que no podría hacerle nada.

El miedo todavía lo dominaba cuando sintió su tembloroso ingreso en la cama. Durante unos segundos eternos los dos estuvieron inmóviles bajo las cobijas. Luego el Tigre comenzó a acariciarla. Ella seguía inmóvil y no se movería tampoco cuando el Tigre se le echó encima como un poseso y le arrancó la bombacha blanca.

Pancho reapareció brutal en las sombras, cuando era demasiado tarde. Desaforado, torpe, el Tigre la estaba penetrando. Al unísono, como una cuchillada, llegó a fondo el recuerdo de la última noche de amor con Pancho, la víspera de su muerte.

El Tigre había sentido los primeros espasmos al llegar a las puertas de la diosa. Buscó mil recetas mentales para contenerlo, pero supo que estaba derrotado desde el vamos y se dejó ir en un orgasmo estúpido y amargo.

Siempre inmóvil, crucificada por las comparaciones, Pelusa sintió la derrota del macho. Pegó un salto atroz y se encerró a llorar en el baño.

El Tigre estaba aplanado en su desgracia. Sabía que esa tarde no tendría ganas ni poder para intentar poseerla y se preguntaba el por qué de ese abismo entre la realidad y los sueños.

Cuando, a los diez minutos, ella emergió vestida y con una expresión terrible en la cara le pidió que se marcharan, no opuso resistencia.

VII Torrijos

El Ayudante se veía nervioso, imperativo.

—Ya. Tiene que ser ya mismo. El general te espera ya y no dentro de una hora.

Paró de fregar: estaba desgredada, pegajosa de sudor.

—Pero dejá que vaya a la casa de Gume a cambiarme... Aquí no tengo nada.

—Me dijo ya.

Transigió. Se dio un duchazo en ese departamento semivacío que estaba arreglando para mudarse y en diez minutos estaba sentada en el carro del Ayudante y corrían como locos hacia Paitilla.

Los guardias apostados en el portón les franquearon la entrada. El chalet capitalino de Omar Torrijos, ubicado en un barrio residencial, profusamente arbolado, era confortable pero nada espectacular. Aunque sí radicalmente distinto a esa casa precaria de *su* Coclecito.

La amplia sala del piso inferior había sido adaptada para ser usada como oficina privada del General. En cuanto traspusieron el umbral, una secretaria sonriente se acercó a saludarlos; luego —sin golpear— se metió en un cuarto y volvió a salir en seguida haciéndole señas a la Negra de que podía pasar.

Era el dormitorio de Torrijos. El Viejo, como le decían sus partidarios, estaba recostado sobre la cama, fumando su eterno cigarro. Al verla entrar se levantó, le estrechó la mano y finalmente la abrazó.

La Negra llevaba ese vestido blanco con aire de campesina europea que el Pelado le había regalado. Era fresco, alegre, con rayas de colores vivos rematando la falda y las mangas y un pañuelo también rayado. Mientras Torrijos le preguntaba cómo se encontraba, ella pensaba en el vestido. Jaime lo había comprado en Suiza, cuando fue a la reunión del Consejo. Ese y otro más, negro. Los únicos dos vestidos que le había regalado en toda la vida.

El General estaba en entrecasa, con una horrible remera de poliéster y un pantalón de brin beige. Andaba en chancletas, con medias.

— ¿Cómo están los chiquillos? —preguntó. Y enseguida:— ¿Por qué no me los trajiste?

Ella hizo un gesto expresivo, como queriendo decir “no se me ocurrió”, o “no me pareció que a una entrevista de urgencia debía traerlos” Sólo dijo:

—No sabía...

—Bueno, ya sabes. Otra vez que vengas me los traes.

Asintió, levemente molesta por verlo ahí, parado enfrente de ella.

—Omar... —dijo—. Tú estabas recostado, descansando. Por mí puedes seguir...

El General agradeció en silencio y volvió a acomodarse en el lecho, apoyando la cabeza en un almohadón.

—La verdad, te digo, estoy muy cansado.

La Negra se ubicó en un ángulo de la cama desplegando la falda campesina.

— ¿Quieres café? —preguntó el General.

—Sí, si tú tomas...

—No, no tomo, pero da igual, tú tomas.

Se dio vuelta hacia la mesa de luz donde había un dictáfono, un teléfono normal y la Red Interna de la Guardia Nacional.

—Mándame un café. No, espera... mándame otro para mí también.

Mientras Torrijos ordenaba los cafés, ella espiaba la amplia estancia. A un costado de la cama, en dirección opuesta a la entrada, un modular enorme, donde sobresalía un vasto panel inundado de fotos de niños. Tras la cabecera algunos libreros. Frente a la cama, hacia el ventanal, un escritorio. Aquí pasaba Torrijos la mayor parte del tiempo cuando no podía escaparse a Coclecito. Allí estudiaba, por ejemplo, los Tratados que meses después firmaría con James Cárter.

Ella quería saber el motivo de la urgencia. Pensaba que podía tener noticias del Pelado. Sin embargo, preguntó:

— ¿Y esas fotos?

Torrijos dirigió su vista fatigada hacia el panel.

— Ah... Son hijos de mis amigos. Faltan los tuyos. ¿No me trajiste?

Rió incómoda.

— No traje... Es que vine:... bueno, tú sabes cómo vine.

— Ajá, pero ya sabes. La próxima vez me traes fotos de ellos, así las pongo allí.

Seguía sin entrar en materia cuando les trajeron los cafés. Le preguntó cómo se sentía: quiso saber todos los detalles acerca de Vanesa y Fer, qué decían, qué hacían, cómo habían recibido lo del padre, si iban al colegio, a qué colegio iban y mil detalles de su vida cotidiana. Ese parecía el tema central de la entrevista. El General preguntaba con su voz pastosa, por momentos ininteligible, y cuando le tocaba contestar se encogía de hombros o respondía con gestos, que era su manera favorita de responder.

La Negra volvió a agradecerle su gestión personal para rescatar a los chicos. Un gesto. Y luego una pregunta con su voz gutural.

— ¿Resultó de confianza el cónsul, verdad?

La Negra asintió y se explayó: un día antes de que los niños viajaran a Panamá, les había regalado una muñeca y una pelota en su nombre. Sonrió complacido mientras mascaba la punta del habano. Luego quiso conocer las últimas novedades sobre el Pelado. “Entonces él no sabe nada”, pensó la Negra. Ella le contó lo poco que había podido averiguar, las noticias que había traído el Vasco. Escuchó en silencio, sin hacer comentarios.

Cuando terminó de referirle lo de la conferencia de Tucho en México, se produjo un largo y molesto silencio. Ella se animó:

— Omar... ¿para qué me llamaste? ¿Hay algún motivo especial?

— Nada — fue la sorprendente respuesta.

— ¿Cómo nada? — arriesgó la Negra.

El se pasó la mano que aferraba el puro por el frente y habló muy quedo. Tuvo que

hacer un esfuerzo para entenderlo.

—Nunca hemos hablado muy largamente. Quiero saber cómo estás, cómo te sientes... —y agregó con una sonrisa intencionada:— ¿Cómo te sientes en tu tierra... montonera?

“Se pudo todo”, se dijo la Negra y repasó todas sus acciones de las últimas semanas, buscando alguna que hubiera podido molestarlo.

Trató de dar una respuesta honesta. El sabía que ella había sido opositora, que estuvo en contra del golpe, que justo se había ido a esas pampas remotas cuando él iniciaba su proyecto. Pero elogió los inminentes Tratados, sus reivindicaciones nacionalistas y, con inconsciente demagogia, le confesó que Vanesa y Fernando tenían una foto suya, hablando en un acto. La cara de Torrijos parecía sumida en el cansancio; no dejaba entrever lo que estaba pensando. Sólo en algunos momentos los ojos de color café chisporroteaban maliciosos, descubriendo su astucia. Se dijo que hablaba pastoso deliberadamente, cuando no quería que el otro le entendiera. Porque era evidente que también sabía hablar muy claro.

Omar le preguntaba ahora por su madre. Era santiagueña como él, de Veraguas. La Negra no sabía cuánto iba a durar la entrevista y temía que las dos o tres cosas que iba a plantearle se quedarán en el tintero. Optó por preguntárselo francamente. El hizo un ademán con la mano que podía traducirse así: “No te preocupes, tenemos tiempo”

La Negra decidió que tenía que jerarquizar su rollo y poner el énfasis en la cuestión del Pelado. Le contó los trámites que estaba realizando, procurando comprometerlo, lograr su venia para ir todavía más a fondo. El se limitaba a asentir. Al menos estaba de acuerdo. Ella quiso saber si su hermano, el Embajador en la Argentina, podía hacer algo. El se mantuvo callado. Únicamente en algunos momentos de la larga exposición, que incluyó sus gestiones ante el Arzobispado, la Cancillería y la Guardia, dejó escapar un seco:

—Ya lo sé.

Tenía todo el *dossier*, evidentemente. Cuando terminó se limitó a decirle:

—Está bien.

Luego miró largamente el techo y mascando el puro le preguntó con un gruñido.

— ¿Qué piensas tú de las Fuerzas Armadas Argentinas?

“Me lo pregunta para saber hasta qué punto manejo la situación, porque él está muy bien informado.” Y lo certificó. A medida que le iba “bajando” los análisis del Partido, Torrijos cabeceaba afirmativamente, ponía cara de duda, se le escapaba un gesto de negativa o de impaciencia y por fin soltó un bufido.

— ¡Son pesados estos argentinos!

Se incorporó y volvió a acomodarse el trajinado almohadón. Ahora iba a hablar él.

Le contó que tuvo varios compañeros argentinos en la Academia y en varios cursos.

—Una vez... —evocó—. Teníamos que hacer un trabajo en equipo. En el grupo había dos militares argentinos. Era un trabajo de estrategia. Había que definir la estrategia. Ya sabes cómo es esa vaina. Bueno: escribieron un tomo. Yo les dije: pero la estrategia la puedes poner en dos cuartillas. ¡Quita dos cuartillas... ponle cinco! ¡O diez! ¡Pero nunca un tomo! Sí, son pesados los argentinos —concluyó cabeceando.

La Negra, con su infatigable vocación didáctica que no se arredraba ni ante el “hombre fuerte”, le soltó entonces una larga explicación sobre la sociedad argentina, su cartesianismo, su influencia europea. Pero no lo convenció. Cabeceaba como diciendo: “Sí y no. Tú tienes razón, pero yo también la tengo”.

Sorpresivamente volvió a hablarle de su cuñado Rodrigo, que se había muerto desangrado por falta de atención. Le reiteró que si viviera sería ministro y le pidió que le trajera a los hijos del guerrillero abatido en los sesenta por tropas a su cargo. Tenía los ojos rojos cuando le confesó:

—Yo quiero hablar con los muchachos. Explicarles por qué pasó todo lo que pasó. Su padre murió por mi culpa. Pero también por su propia decisión. Era así. Toda la vaina esa del momento histórico. Los hombres no hacen siempre lo que quieren... Pero yo hice mi autocrítica.

Se refería al libro donde analizó sin piedad su paso por la contrainsurgencia. Y retomó el tema de los militares argentinos.

—Estos creen que se puede hacer política sin hacerte la autocrítica. Están locos.

Olimpia vio que se abría una puerta propicia para retomar el objetivo central.

—Omar... ¿Tú piensas que Jaime está vivo? ¿Qué puedes hacer? Yo te pido tu

ayuda personal. Tu consejo.

Y agregó mirándolo fijamente.

—Por supuesto que sabré ser discreta. Que no haré nada que pueda comprometerte a ti... o al Estado.

Torrijos dejó en el cenicero el cigarro frío y apagado, la miró con picardía y barboteó sonriente:

—Si no supiera eso no estaríamos hablando.

Después, con sus dedos gruesos de campesino, manoteó a ciegas dentro de la caja de habanos que le había enviado Fidel, y comenzó a prepararse otro puro.

La Negra estaba a la expectativa, cuando una frase de él acentuó el suspenso.

—Hablé con Massera... —dijo como si se tratase de otra cosa.

—Me contó de un proyecto suyo... Dice que tiene varios montoneros importantes en su poder, que lo van a apoyar. “Están conmigo”, me dijo. Y yo: “No seas pendejo, Emilio, te dicen que están contigo para sobrevivir”

Lanzó una risotada que estremeció el cuarto. Luego prosiguió con una sonrisa sugerente.

—Si yo estuviera en su poder haría lo mismo, ¡qué carajo! Pero él cree que lo apoyan. ¿No te digo que son pesados?

Olimpia quiso saber si le había mencionado a Jaime y cuántos sobrevivientes mantenía como rehenes el Almirante. Torrijos no respondió. Su expresión era seria y reconcentrada cuando le dijo:

—Si Massera lo tiene, me lo da. Yo sé que me lo da.

Y cortó el tema.

Volvió a preguntarle por los chicos, por ella, por la forma en que ocupaba el tiempo. La Negra le contó que estaba por mudarse, que atravesaba una situación económica difícil. Ella era amiga del ala izquierda del torrijismo y Omar lo sabía. Tampoco desconocía que empezaban a llover ciertas críticas. La sondeó con cautela. Ella

trataba de huirle al tema. Insistió en lo difícil que estaba la situación económica, en lo dura que empezaba a ponerse la vida. El no se daba por vencido. Habló de la Izquierda ultra “que siempre caga los procesos”, de ciertos críticos que no le reconocían capacidad de aprendizaje o desconfiaban de sus propósitos estratégicos, de los tratados, de lo difícil que sería consolidarlos y soltó su sentencia favorita:

—No le tengo miedo a la sangre, pero para ahorrar sangre hay que no desperdiciar inteligencia.

La charla fue interrumpida por varios llamados telefónicos y dos o tres apariciones de la secretaria. Invariablemente se negó a todos los pedidos. Era indudable que quería seguir la extraña conversación.

Tras la última retirada de la secretaria vencida, arrugó el entrecejo, aflojó su cautela y se soltó.

—Estoy hartito. Todo el mundo cree que el tiempo de uno es elástico.

Y se quejó de las limitaciones que le traía ser el “hombre fuerte”. La falta de privacidad, las críticas porque le gustaba el trago o las mujeres, su escasez de tiempo para escuchar a gentes que, como el viejo Puiggrós o el Gabo García Márquez “saben disfrutar la vida, y enseñan”

Al cabo de la larga e inesperada confesión recordó que la Negra tenía una preocupación fundamental.

—Bueno, si sé algo del Jaime yo te lo voy a confiar personalmente. Dame tu teléfono.

Pero se olvidó de anotarlo. Ya estaba preguntándole si el nuevo departamento era cómodo, si era suficiente para los niños. La Negra aprovechó la oportunidad para subrayarle que estaba sin trabajo. Y él se alegró, porque arribaban al tema que quería tocar.

—Dime... ¿Cuál es la maravilla del Jaime que te hizo dejar Panamá?

Le contó. Volvieron a la cuestión de la guerrilla. Le confesó lo que después diría públicamente, que lloró la muerte de Fonseca Amador, y por fin pegó una palmada y le largó lo que quería largarle desde antes de la charla.

—Tú podrías trabajar en Coclecito. Necesito que trabajes en Coclecito.

La Negra se sintió para la mierda. Le iba a despreciar a su bebé adorado. Su gran proyecto.

—No puedo —se animó a contestar.

El hizo como si no la escuchara. O no la escuchó realmente, porque insistió entusiasmado.

—Manejarías toda la parte social y política... Todo eso a cargo tuyo, ¿Cómo lo ves?

Ella inició un largo balbuceo: podía ir por temporadas, asesorar, conducir ciertos resortes desde la Capital, pero no podía irse a vivir a Coclecito porque era como abandonar la denuncia por Jaime.

Era evidente que el General no aceptaba la respuesta. En su código de gestos apareció una mueca muy fea que marcaba el punto máximo del disgusto. La Negra volvió a subrayar que quería trabajar, que lo necesitaba y que además no tenía inconvenientes políticos para hacerlo; que estaba dispuesta a apoyar el proceso, pero que había que buscar una fórmula que le permitiera permanecer la mayor parte del tiempo en la Capital.

El desagrado de Torrijos fue en aumento cuando la secretaria entró por cuarta vez para anunciarle un visitante importante que debía ser recibido. Terminó accediendo de mala gana. No se conformaba con la negativa. Se dirigió a la Negra:

—Espérame afuera un momento.

Se levantó de la cama, la acompañó hasta la puerta e insistió.

—Piénsalo. No me digas que sí ni que no. Sólo piénsalo.

Estuvo un rato muy corto en la antesala. Cuando volvieron a introducirla, él volvió a la carga. Le dijo que tenía ideas “muy bonitas para Coclecito, que ella sabría ejecutarlas muy bien”

Volvió a pedirle el teléfono y esta vez lo anotó.

—Omar... —buscaba una ratificación—. ¿Sigo entonces lo que estoy haciendo por el Pelado? ¿Tengo tu apoyo?

La miró como si regresara de un sueño.

— ¿Eh...? Sí, claro.

—Tengo pensado seguir a fondo con la campaña. Ver al Nuncio, ir a las embajadas. Pero trataré de no crearte problemas.

—Tú haz todo lo que creas que debes hacer. No te preocupes si me trae problemas. Si me los trae yo me arreglo y te lo haré saber.

La entrevista llegaba a su fin.

En algún momento le había comentado que necesitaba un sueldo de quinientos dólares. Torrijos sacó del bolsillo un rollo de billetes y se lo puso en la mano.

—Son dos meses de sueldo y cien para los niños. Quiero que les compres lo que ellos quieran.

La Negra tuvo un raptó de orgullo heroico y le extendió los mil cien dólares vitales.

—Gracias... pero no.

Torrijos volvió a metérselos a presión en la mano, con una dulce sonrisa envejecida.

—No jodas. Estos son los momentos para los que sirve el papel que uno juega. Los pocos momentos en que uno puede hacer lo que mejor le sienta. Anda, no te olvides de traerme a los niños y mandarme sus fotos.

—Bueno... —balbuceó la Negra—. No esperaba lo del dinero... Lo agradezco muchísimo.

Le contestó en clave de gesto.

—De todos modos, gracias —musitó la Negra.

Tenía el puro en la comisura y lo hacía girar como un viejo carretero de los westerns.

— ¿De qué? —preguntó un sonido raro que no se sabía si salía del puro o de la boca retorcida. La abrazó y la empujó nuevamente hacia la puerta.

VIII El muerto habla por teléfono

Empezó mayo y renacieron las esperanzas de fuga. El episodio del Nariz parecía superado. El proyecto de *recuperación* seguía en pie. Las “conquistas” de los chupados, suspendidas durante los momentos intensos de la cacería, se restablecieron. Hubo nuevamente licencia para hablar por teléfono y visitar a la familia.

Elena era otra persona desde la muerte del Sordo. Pequeña. Desvalida. No quedaba ni sombra de la madre universal. Salvo un rastro imbatible de dulzura. Seguía siendo su Ariadna en el laberinto, por afecto y caridad pero sin la complicidad de antes. “No se va a escapar —evaluaba el Pelado— seguro que no se va a escapar.”

La llevaron a ver a su madre y a las nenas. Hizo el viaje acompañada por dos tipos de la patota y sacudida por sentimientos contradictorios: iba a reencontrarse con las pibas; también iba a decirles que ya no tenían padre.

La madre, a despecho de los dos guardianes que las espían, la metió en la cocina y le preguntó a boca de jarro:

— ¿Por qué estás aquí?

Elena tardó unos segundos antes de balbucear:

—Porque me trajeron... me dejaron venir a verlas...

La madre la examinó cuidadosamente y, mientras cerraba la puerta de la cocina, se lo largó de buenas a primeras:

—Mirá una cosa: ¡te prefiero mil veces muerta antes de saber que sos una traidora!

No hubo real encuentro hasta que no la convenció que seguía siendo la misma de antes. Recién entonces fue a buscar a las nietas y les anunció que su mamá había llegado.

—Mi vieja es de hierro —le comentó orgullosa al Pelado cuando regresó a la ESMA. Jaime se sonrió y no se le apareció su propia madre, sino la figura enhiesta y eléctrica de la Negra. En ese momento adquirió conciencia del muro de suspicacias que los separaba del universo exterior y que podría llegar a envenenar su eventual reingreso en la vida. También certificó, en forma definitiva, que la fuga estaba —por así decirlo— al alcance de la mano.

Elena se había fortalecido con el ejemplo de esa matrona antológica con ideas bien definidas sobre el gobierno de su casa y el mundo. A través de ella parecía haber recuperado ciertas esencias que las mamparas de la Pecera tornaban distantes y borrosas. Especialmente esa verticalidad, ese odio popular hacia los alcahuetes y las alcahueterías que es inherente a buena parte de los argentinos.

Alentado por esta resurrección de la antigua Elena, que durante días había parecido tan muerta como el Sordo, volvió a plantearle los planes de fuga.

—No, Pelado —le respondió con tono didáctico—. Acá estamos varios en la misma y no podemos actuar en forma individualista. Tenemos que salir todos juntos de la Escuela.

El discurso del Grupo de Sobrevivientes había calado hondo. Elena le hablaba con la misma convicción dogmática que podía emplear un cuadro *de afuera* para defender hasta la última coma la *línea del Partido*.

Respetó la posición de su amiga pero insistió con la suya.

—Hay que romper el proyecto del enemigo. Y sólo podemos romperlo fugándonos.

Elena meditó unos segundos. Luego lo miró a los ojos y le dijo en un susurro:

—Si vos insistís en eso yo voy a aceptar tu decisión... Y me voy a bancar la que venga.

Le apretó la mano, conmovido. Era bueno seguir contando con su lealtad de fierro, aunque no se fugara. Con las espaldas cubiertas por ese lado, decidió sondearlo a Mateo.

El Flaco miraba por la ventana. Los cabellos dorados, ligeramente canosos, revueltos por el viento del otoño. No sólo el apodo suscitaba reminiscencias bíblicas. De perfil al mundo externo, aureolado por el sol de la mañana, el rostro tino y macerado, evocaba el de un apóstol.

Después de cebarle varios mates se animó y lo dijo:

— ¿Vos no pensás que hay que fugarse?

El apóstol abrió desmesuradamente los ojos. Luego respondió con ese tono suave y ponderado que lo caracterizaba:

—Yo... Bueno, sí. Pero yo creo que una fuga debiera ser masiva. ¿No te parece?

— ¿Vos decís todos... absolutamente todos?

Mateo titubeó.

—No sé si todos. No digo que necesariamente tengamos que ser *todos* los que estamos acá en la ESMA, pero pienso que debe ser un grupo más o menos grande.

El Pelado alzó las cejas. Mateo sonrió con delicadeza.

—Está bien. Discutámoslo.

El Pelado se alarmó.

— ¿Con quién?

Mateo se rió.

—No —aclaró en voz baja—. Digo que sigamos discutiendo entre nosotros dos.

— ¡Ah!... Así está bien. No me parece prudente que le abramos el asunto a cualquiera.

La Cabra lo agarró del brazo con jovial complicidad. Acababan de cenar en el comedor, que antes fue pieza de las embarazadas. Le reveló en voz baja que estaba por viajar a Santa Fe a visitar a la familia y preguntó:

— ¿No querés mandar nada?

— ¿Quién, yo?

—Sí, vos. ¿Quién va a ser, el vecino de enfrente?

—Pero... ¿cómo?

— ¿Cómo?, ¡comiendo! Hacé una carta y yo la saco.

¡Claro, qué boludo! Podría escribirle a la Negra y la Negra haría llegar el mensaje al Partido. Tuvo un escrúpulo: la carta podía caer.

—Mirá que te la jugás —advirtió.

La Cabra lo miraba, los brazos en jarras.

—Decíme che: ¿te pensás que soy boluda?

La palmeó en el hombro para evitar suspicacias.

—Ya sé que no —sonrió—. Lo único que digo es que tendríamos que tomar algunas precauciones. Debería viajar a Uruguay o Paraguay y mandarla de afuera.

—No hay problema.

Decidieron que el Pelado la escribiría esa madrugada, en la Pecera, cuando todos estuvieran durmiendo. La Cabra haría de campana. De todos modos no era extraño que alguien se quedara trabajando de noche. Antes había sido una rutina. Casi todos pasaban la noche en vela en la Pecera como si trabajaran en un noticiero radial. El Tigre solía caer a las dos, a las tres y a veces, a las cuatro de la mañana. Por las dudas inventaron un trabajo de "cobertura" para engrupir al oficial de guardia o a cualquier intruso.

El Pelado llevaba más de una hora dándole a la tecla y la Cabra se había leído hasta las recetas de cocina de las revistas cuando vieron una sombra deforme en el pasillo. Quasimodo estaba de guardia.. La Cabra dio la alarma y el Pelado substituyó la peligrosa misiva por un estudio sobre el Perú para el hermano del Tigre. El giboso no se acercó a leer. Desde lejos los saludó con un gruñido y se perdió en las sombras; rumbo a Capucha.

No era una carta de amor. Era un informe político de cabo a rabo. Apenas contenía, al comienzo y al final, dos o tres fórmulas convencionales de ternura; dos o tres preguntas dirigidas más a la "familia" que a la pareja. No puso en ese papel ni sombra de sus dudas, sus temores, sus ganas locas y subterráneas de decir, por ejemplo: "esperáme, no soy un traidor, no formes otra pareja" La misma sequedad que había impedido el diálogo con el padre moribundo, cerraba ahora también —a cal y canto— el camino de las efusiones. Era el mensaje de un cuadro responsable, racional, más atento a los daños que podría sufrir la Organización que a los padecimientos del individuo. Alertaba sobre el peligro de la infiltración en Brasil y añadía una crítica honesta, un único matiz de controversia, atemperado por la ortodoxia más rigurosa: no estaba de acuerdo con la forma en que se los había mencionado a él y a la María en el testimonio de Tucho. La herida estaba fresca y respiraba por ella: unos días antes el Tigre lo había agarrado por sorpresa y de voleo:

— ¿Así que anduviste diciendo en Funes que aquí teníamos a la gente engrilletada y encadenada a las columnas?

El embate fue tan sorpresivo que se puso pálido y tartamudeó.

—No... yo no dije nada... Eso lo dicen ellos allá... la propia gente de Ejército.

El Tigre sacó unos papeles arrugados del bolsillo de la campera y se los blandió frente a la cara.

— ¡Esta es la conferencia de prensa del Tucho!

El Pelado lo miraba hipnotizado.

—Dice que vos sos un gran tipo. ¡Que pudiste entregarlo y no lo hiciste!

Tragó saliva. Esa era una nueva.

— ¿Así que pudimos agarrarlo nosotros y por tu culpa lo chupó el Ejército?

—No es así —se arriesgó el Pelado recuperándose.

—Eso dice acá. Y más vale que no sigas mintiendo, hijo de puta. Y que pongas los dedos. O te vas para arriba.

Amanecía cuando terminó de escribir. Le había costado una barbaridad porque tenía que disfrazar la información con eufemismos y alegorías y cerciorarse, al mismo tiempo, de que no habría lugar a dudas. La Cabra, que se estaba durmiendo, hizo un gesto expresivo y se la enchufó dentro del corpiño, como las gitanas. El Pelado se fue a dormir feliz. En diez, en quince días esos papeles llegarían a Panamá y la Negra y el Partido sabrían que estaba vivo, que no era un traidor, que los alertaba sobre un posible desastre y que comenzaba a aportar datos sobre formas de acción del enemigo que hasta ese momento no se conocían. Por primera vez en cinco meses durmió a pata suelta, olvidado de toda la laya de ratas y murciélagos que habían poblado sus noches allí, en Capucha.

El teniente de navío Juan Carlos Rolón, no obstante su calidad de fundador del GT y su participación en numerosos operativos, era un personaje bastante desvaído dentro de la ESMA. Carecía de la audacia política y militar del Trueno, de la capacidad operativa del Cuervo Astiz y de la astucia manejadora del Tigre Acosta. Tanto le daba estar destinado a un campo de concentración como prestar servicios de rutina en un destructor o en la Base Naval de Puerto Belgrano. Pensaba oscuramente que algún día se acabaría la *guerra sucia* y él tendría que seguir su carrera de cualquier modo, hasta llegar al Almirantazgo. Sabía que tenía ciertos escollos a vencer: su padre no había podido

superar el nivel de capitán de corbeta debido a un incidente personal con el almirante Rojas. Tal vez este factor había influido para que adhiriese — con más cautela que Tigre— a la nueva política que Massera propugnaba para la Armada. Pero con un compromiso bien medido: él pertenecía a la Marina y no a su jefe circunstancial.

En aquel momento integraba el *área de inteligencia* y, por tener a su cargo la Pecera, el Tigre le había encargado que hiciera una evaluación del Pelado Dri. Se trataba de saber, por supuesto, si el prisionero avanzaba o no en la senda de la *recuperación*, antes de otorgarle nuevos privilegios como la comunicación telefónica o el contacto personal con sus familiares.

Cuando Juan lo llamó a su oficina el Pelado adivinó que se trataba de un examen. Si lo rendía en forma satisfactoria podría — tal vez— sacar un pie fuera de la Escuela.

El despacho de Juan, que compartía con la prisionera Laurita, era uno de los más cercanos a la entrada de la Pecera. Cuando Jaime entró. Juan emitió una breve señal y Laurita se evaporó dejándolos a solas.

El marino trató enseguida de disimular el interrogatorio bajo las apariencias de una conversación intrascendente, Jaime terna ya una larga experiencia y no lo engañaban las formas.

Exploró con disimulo ese rostro delgado, levemente mandibuloso, los ojos negros y fríos bajo las cejas pobladas, la pequeña boca mezquina, excesivamente alejada de la nariz, ancha y aplanada, las comisuras pronunciadas pese a los 30 años escasos y el continente le fue confirmado un contenido frío, seco y autoritario. Un sujeto ante el cual convenía estar alerta. Una fortaleza que podía ser tomada, sin embargo, descubriendo puntos débiles, como era, por ejemplo, su innata necesidad de cosechar aquiescencias.

Hablaron de política en general y de política en particular y el Pelado, que estaba con todas las pilas cargadas, hizo una interesante comprobación: esos hombres no les cuestionaban que siguieran siendo socialistas, que tuvieran como meta final una Arcadia remotísima, sin explotadores ni explotados. Cuestionaban la estrategia, la convicción cenital de que la transformación social no podría operarse sin violencia.

Tal vez por eso, el marino le habló sin rubores del PC argentino.

—Mirá Pelado. Yo sé que ellos levantan en su programa máximo una sociedad sin clases y que defienden a la Unión Soviética y al marxismo leninismo. Eso me tiene sin cuidado, porque han elegido una vía lenta, totalmente aceptable. Ustedes, al abandonar el extremismo, también pueden reincorporarse a la sociedad, ser útiles y al mismo

tiempo luchar por sus ideas.

La propuesta era coherente con la cosmovisión de Massera: “La sociedad es un círculo que va de izquierda a derecha y en el cual los dos extremos se tocan”. La atención cortés del Pelado, sus modales suaves que coincidían con sus propias maneras, lo inducían a la benevolencia. Francamente, no parecía un anarquista dispuesto a demoler el orden social existente, más bien un amable cura de provincias.

Cuando se despedían, el Pelado que se mostraba sinceramente entusiasmado ante la posibilidad de reintegrarse a la sociedad, arriesgó su sempiterno pedido:

— ¿No habría posibilidad de que me comuniqué con mi familia? Quiero que sepan que estoy bien y no son ciertas esas cosas que se dicen...

Rolón sonrió complacido. Siempre era bueno intentar paralizar a los familiares que hacían denuncias con el chantaje de la supervivencia.

—Vamos a ver... no prometo nada... vamos a intentarlo.

El Pelado tuvo que contenerse para mantener su aire cansino y resignado y no salir del cubículo a los saltos.

El Psicólogo era un tipo joven, con barbita mefistofélica rigurosamente recortada. Tenía rasgos regulares, armónicos y, pese a todo, suscitaba rechazo. Tal vez porque su carne excesivamente blanca evocaba inmediatamente la panza de un sapo.

Parecía saber su oficio, aprendido seguramente en las aulas de Filosofía y Letras, en los increíbles 60's; después, por alguna misteriosa alquimia, había cambiado a Lacan por la Armada Argentina.

Al Pelado lo irritaban sus maneras estudiadas, sus aires de autoridad científica, y no lo irritaba menos la cosa en sí, la propia entrevista. En el pasado había discutido largamente con la Negra, mostrando siempre una irreductible aversión por el psicoanálisis, la psicología y todas las prácticas similares o aledañas, que le parecían aptas para izquierdosos a la violeta, judíos progresistas y toda esa vasta porción de la pequeña burguesía a la que genéricamente denominaba los pajeros.

No era, sin embargo, esa aversión natural la que lo ponía nervioso ante una batería de test proyectivos sino el temor inconfesado de que esa mierda pudiera sacar a luz los recovecos de su conciencia e incluso, sus planes de fuga.

Intuía que su astucia no le serviría en la ocasión para sortear las estudiadas trampas de la prueba y que ciertas constantes de su carácter irían apareciendo como van surgiendo las sombras de una foto con el revelado.

Estudió las preguntas con su habitual cazurrería, tratando de poner el acento en todo aquello que, a su juicio, podía reforzar su imagen de quebrado.

Tuvo que elegir a quién tiraba desde el bote: si a la Negra o a los chicos; qué objetos arrojaría sucesivamente para que el avión remontara vuelo y también incursionó en el arte de la narrativa para cubrir los huecos de una historia. Además lo sometieron a otras pruebas convencionales para medir el coeficiente intelectual y su manejo del tiempo y el espacio.

El baboso le preguntó por su infancia, sus padres, su casamiento con la Negra, las relaciones con los hijos y sus inicios como militante. No fue la única curiosidad política del psicólogo: el Pelado observó que lo personal se entrelazaba con lo político y que el fulano, que grababa y anotaba todo minuciosamente en una libreta, volvía muchas veces sobre sus pasos, aparentemente para aclarar un dato o un concepto, en verdad para atraparlo en alguna contradicción. Finalmente el tipejo cerró la libreta, apagó el grabador y lo despidió con un seco: “está bien”

Volvió al archivo y le contó el asunto a la Quica. Ella estaba recortando la sección latinoamericana de *Le Monde* y le contestó con cierta fatiga:

—No te calentés por lo de hoy. No significa nada y no lo toman en cuenta. Lo hacen por pura rutina.

No era tan exacto. El análisis psicológico, algo pedestre pero efectivo, reveló un dato que no entorpecía sus planes: era un individuo con clara tendencia a la negociación.

Reforzó su amistad con Quica, Chiche y Pelusa. Las tres abogaron por él ante el Tigre. El propio Juan, con algunas reservas, informó que podía ser útil al proyecto. Allá en el fondo de su instinto, el Tigre seguía desconfiando; pero no tuvo más remedio que rendirse ante tantas influencias.

El Pelado, por su parte, venía masticando dos planes alternativos que podían llegar a fundirse en uno solo. Por fin, acuciado por la ansiedad, resolvió dar un paso extremadamente peligroso.

— ¡Jaime! ¿Dijo que era Jaime?

—Sí.

— ¿Pero estás segura?

—Sí, mujer.

— ¿Atendiste tú?

—No. Mi hija. Y le dijo que era él.

Ya ni escucha. ¡Jaime llamando al famoso “pie telefónico”! Duda, se hace repetir, mira sin ver el tótem negro húmedo de sudor, las cosas que ha metido en el nuevo departamento, la ventana de ese Panamá que acaba de cambiar y, de nuevo, ese retorcimiento de tripas anudadas, esos espasmos violentos que parecen ponerla al borde del infarto. Pregunta diez veces las mismas cosas, trata de que la otra le aclare lo que no puede aclarar.

— ¿A qué hora dijo que vuelve a llamar?

—Entre doce y una.

Protesta:

— ¡Tan tarde!

—Eso dijo.

Odia la simplicidad, la tranquilidad con que la buena mujer le responde. Apenas es el mediodía. Hay doce horas de tortura. ¿Y quién sabe si vuelve a llamar? ¿Quién sabe si todo esto no es un espejismo, un remate de la locura, otro golpe de crueldad que un destino ciego se ocupa en descargar fríamente sobre su cabeza?

—Bueno, voy, voy. Espérame por favor y si te vuelve...

—Sí, claro Olimpia, ni me lo digas.

—Te decía: si vuelve a llamar dile que allí estaré, sin falta, que llame a las doce.

Cuando cuelga y queda a solas, el desasosiego parece invadir toda la habitación, anegándola. Va como loca de la cocina al baño y del baño a la sala. Prende un cigarrillo, lo apaga, vuelve a encender otro. Va a llamar. Quiere llamar, ¿a quién? ¿Para decir qué?

No sabe si abrir la puerta y largarse como loca a la calle sin rumbo fijo. Parece una hormiga que un dedo gigantesco se hubiera empeñado en apartar de la hilera.

Ese día no pasa nunca. Debe calmarse y contenerse por los pibes, pero adentro sigue la centrífuga. El intestino es un pantano. El paladar y la garganta un lodazal de ron y tabaco. La cabeza se dispara en todas las direcciones.

¿Era Jaime? ¿No era Jaime?

¿Es un cana?...

¿Es otro chupado que se hace pasar por Jaime?

Si era Jaime, ¿significa que es un traidor?

No; no es el Pelado.

Es un chupado.

Es una maniobra de los milicos.

Va de una punta a la otra y vuelta a recomenzar. Es un sinfín que circula por el cerebro desquiciado a lo largo de los 720 minutos que la separan de la segunda llamada. Descubre entonces que la tesis de Jaime muerto estaba ganando terreno en la cabeza de todos: de los niños, de su familia, del Partido, de sus amigos panameños. Y ahora el muerto habla por teléfono. Resucita para protestar por su entierro prematuro. Se alza Invicto, Lázaro brutal e imprevisible, reclamando sus derechos: su mujer, sus hijos, el lugar que ocupa en este mundo. "Pero yo nunca te di por muerto definitivamente, jodido. Loco, cabrón, terco, que me mutilaste tantas cosas, que me cagaste mil veces, que reprimiste ternuras. Que me hiciste seguirte por el mundo, por tu mundo, yo nunca... Nunca te me moriste Pelado... Nunca. Escondido, escapado, escondedor... ¿Ay?, ¿por qué carajo te quise y te sigo queriendo?"

Va a la cita con mucha anticipación. Está poseída por un terror supersticioso a llegar tarde, a que no hubieran entendido bien y la llamada fuera más temprano. La casa de la amiga está en la otra punta de Panamá. Se zambulle en un taxi y larga la dirección con un cloqueo que precede al llanto, que no tarda. Que brota cuando sus ojos despavoridos advierten lo extraña y ajena que le resulta la ciudad donde nació, se crió y comenzó a militar. Estalla en sollozos incontenibles, indisimulables. El taxista se da vuelta y le pregunta si le pasa algo. Inquieta si se trata de una desgracia familiar. Hipando, con la nariz enrojecida, asiente en silencio. Sigue llorando. Todavía se sacude

espasmódicamente cuando paran frente a la casa, cuando paga y se baja, trémula y desorientada.

En la espera se vuelva sobre su amiga. La inunda con reservas y sospechas que la otra no puede calibrar. Unos minutos antes de que el Pelado llame se sorprende por su propia frialdad, de la calma recobrada.

El teléfono suena a la hora anunciada. Es el Pelado, sin ninguna duda. Lo escucha perfectamente.

—Negra... ¿me oís bien? ¿cómo están los chicos?

—Bien. Estamos todos muy bien. ¿Y vos?

—Yo estoy bien.

— ¿Y tus heridas?

—Estoy curado. Sin problemas.

Sabe que están grabando, pero tiene que saber lo principal. Busca el eufemismo más al uso, el más inteligible:

—Pero... además... quiero decir... ¿estás bien de salud?

—Sí. Estoy bien.

— ¿Seguro que estás bien?

—Seguro. Te repito: estoy bien.

Ha entendido el mensaje. Subraya la respuesta. Quiere que no existan dudas. Sabe que la carta todavía no puede haber llegado. Ella acepta la respuesta. Le cuenta entonces, desordenadamente y en motrollón, todo lo que ha venido haciendo. La Curia Romana se está moviendo. Torrijos se está moviendo. Hasta el propio Departamento de Estado se está moviendo. Quiere levantarle la moral, aunque graben... Y si graban, ¡mejor!, que se enteren de que no es cualquier pendejo. El responde lacónico ante cada dato:

—Ajá. Está bien.

Ni una palabra. Ni una indicación. (Tiene a los tipos al lado.) Ella pregunta sin

inhibiciones.

— ¿Dónde estás?

— Estoy bien — vuelve a ser la lacónica respuesta.

— ¿Estás en Ejército?

— Estoy bien.

— ¿En Aeronáutica?

— No te preocupes...

— ¿Dónde? ¿En Marina?

— Te repito Negra que estoy bien, en serio.

Sigue preguntando. Si en la Federal... si en Gendarmería. Idénticas respuestas. Recorre todo el espínel represivo y se queda intuyendo que puede tenerlo la Marina. Entonces viene la insólita, la increíble propuesta:

— Sí.

— ¿Me escuchás?

— Te oigo muy bien...

— ¿No querés... no podés venir?

-¿Yo? ¿Allá?

Pese a la calma recobrada sintió que se le movía el piso. La rechazaba de plano, pero resurgía la sospecha. "¿O se habrá vuelto loco?"

— Sí... sin problemas... — insistía el Pelado—. Yo te aseguro que podés venir sin problemas.

— Pero... ¿cuándo?

— En cuanto arregles todo.

—Pelado, ¿estás seguro?

—Sí. Negra. Si no, no te lo diría. Pero no lo hables con nadie, ¿me entendiste?

— ¿Cómo no? Vos sabés que tengo que hablarlo con los amigos... con Torrijos.

—No, Negra, no lo hables con nadie.

Miró a su amiga, tapó el tubo y pensó en voz alta: “Me pide que vaya a Buenos Aires” Y le respondió a él al mismo tiempo que se lo respondía a sí misma:

—Está bien. Voy a ir.

IX Operación Fortuna

Cuando el Pelado colgó el auricular estaba empapado en sudor. Una voz remota y casi inaudible le decía, allá en el fondo de su conciencia, que podía estar mandándose una cagada grande como un rancho. La tapó con el vértigo de haberse lanzado. Le costaba mantener la calma mientras observaba los movimientos del Gordo Selva, empotrado junto a su cuerpo en la cabina. El guardián acababa de sacar la ventosa de goma aplicada al teléfono y con cierta torpeza engolfaba chupete, cable y grabador, dentro de los enormes bolsillos de su saco.

Había escuchado un cincuenta por ciento de la charla: lo que Jaime decía. Mañana, o dentro de unos minutos, cuando llegasen a la ESMA, conocería el otro cincuenta.

Abrieron la puerta-biombo acristalada y salieron de la cabina. Afuera, junto a la empleada de teléfonos, estaba el Tiburón con una sonrisita irónica. Era tarde ya y unos pocos usuarios esperaban sentados en sillas de madera. Selva fue hasta la ventanilla y pagó la extensa comunicación con Panamá. La empleada de *Entel*, con cancha, relojó minuciosamente el trío que se alejaba.

Subieron al Chevy celeste y enfilaron hacia el Bajo, alcanzando a recorrer dos o tres cuadras por la City porteña que a esas horas lucía desolada.

El Pelado tuvo que responder dos o tres preguntas de sus siniestros acompañantes, especialmente de Selva, que era el más locuaz. Afortunadamente, al cabo de unas cuadras los dos tipos se enfrascaron en una discusión de fútbol y pudo concentrarse en sus pensamientos.

El auto iba bordeando los soportales del Bajo, percutidos de tugurios miserables. El Pelado tenía la cabeza muy lejos de ahí: “La Negra viene, yo la conozco, se larga”, se dijo con excitación. El muerto había logrado hablar desde la tumba y conectarse con el mundo. Además, con la única compañera capaz de convertirse en un auxiliar imprescindible para la fuga. La única que podía traerle documentos, plata y... ¿por qué no?... hasta apoyo diplomático. Por momentos la voz remota se tornaba audible y se empeñaba en recordarle que podía ser un error terrible hacerla venir a la Argentina. El había comeleado a Juan con el verso de que su mujer rompió con el Partido y trabajaba para Torrijos, pero ¿qué garantía tenía de que se lo hubiese tragado? Más aún, había negociado con ellos que no le tocaran un pelo, pero ¿podía confiarse en la palabra del enemigo...? ¿no estaría deslizándose peligrosamente por la pendiente de la subjetividad y la autocomplacencia?

El auto rebotaba en el empedrado de Leandro Alem, devorando cuadras hacia el norte.

El Pelado tapaba los escrúpulos. Su mente fría y racional evaluaba que no podía pasarle nada. Sabía que — pese a todas las advertencias que le hiciera por teléfono y que estaban destinadas al grabador— ella consultaría la cosa con Torrijos y no se lanzaría sin su venia y protección. No, no podía pasar nada. Estaba dispuesto a jurarlo. ¿Ante quién?

La Negra se fue a dormir, deshecha por las tensiones. Anonadada por la resurrección de Jaime y aterrada por la decisión que acababa de adoptar. Por segunda vez la Argentina abría un boquete brutal en su existencia, una incógnita abismal que bien podía llegar a ser el umbral de la muerte. O de algo peor que la muerte. Apostaba una vez más al Pelado. ¿Y si el Pelado era un traidor? En ese caso ella se vería automáticamente involucrada en la traición. También tenía su Juan Grillo: “Si no voy ¿cómo le diré mañana a Vanesa y Fernando que pude hacer algo por su papá y no me atreví a salvarlo?” Sabía que no podría soportar el reproche de los chicos y sus propios remordimientos.

Al día siguiente, angustiada y temblorosa, quiso confiarle todo al Supremo Consejero. Habló con el Ayudante y le suplicó una entrevista de urgencia con el General. Por uno de esos caprichos tan comunes a los “hombres de confianza” parecía emperrado en no tramitar el pedido. “No se puede molestar al General por cualquier cosa”, dijo. “No es cualquier cosa”, replicó la Negra enfurecida. “Dime de qué se trata, entonces”, contestó a su turno el Ayudante.

Después de una larga pelea, arribaron a una solución transaccional: La Negra hablaría por teléfono con el General.

— Es una locura — sentenció el Viejo cuando la Negra terminó de contarle.

— Tengo que ir — respondió la Negra.

Hubo un silencio, luego:

— En ese caso, pide lo que necesites.

Pidió, y obtuvo. En pocos días le dieron un pasaje de ida y vuelta, pasaporte diplomático y las seguridades de que tendría apoyo oficial en territorio argentino.

La gran incógnita era el Partido: ¿la dejarían ir? ¿sospecharían de Jaime y luego, por carácter transitivo, de ella misma?

No era consciente de ello, pero ya estaba actuando como Jaime o Tucho, “por la libre”

A veces se decía que acataría la orden del Partido aunque esa orden supusiera la cancelación del viaje. Otras, en cambio, se juramentaba a viajar fuera cual fuese el criterio partidario. Al llamar y llamar al local de Alabama, sin encontrar nunca al Gordo Julio, fue creciendo en su ánimo esta segunda premisa: “Que se jodan, yo quise consultar y no aparecen, me voy por las mías” Sin embargo, un último escrúpulo la hizo dar un paso adelante en el orden jerárquico y tratar de ubicar al Vasco. No tuvo éxito; la atendió una muchacha que preguntaba demasiado y no le aseguraba nada. No lo sabía, pero era la compañera del Vasco. La última vez que hablaron, cuando ya le había puesto fecha al viaje, resolvió darle a entender que se iba. La otra prometió que pasaría el recado. Y nada, silencio total; el Partido seguía siendo una abstracción inasible. Se sintió abandonada, librada a sus fuerzas y a su resentimiento.

Decidió, entonces, materializar la decisión: llamó a la compañía y confirmó su reserva.

Hubo una segunda telefoneada de Jaime. El prisionero insistió en que no debía decirle nada a nadie. Ella, a su vez, le reiteró que viajaría únicamente con pleno conocimiento y apoyo de su gobierno. El Pelado sugirió por segunda vez, con medias palabras y claves domésticas, que debía aparecer ante todos como una simple señora que quiere recuperar a su esposo y nunca como una militante.

Lo habían llevado nuevamente a la oficinita de Entel, donde debía soportar en su mejilla el aliento entrecortado del Gordo Selva y hasta le parecía ver cómo el “chupete” aplicado al tubo aspiraba la voz inquisitiva de la Negra hacia el *Sony* de los marinos.

Cuando ella le anunció día y hora de su arribo a Buenos Aires, perdió la calma y lo invadió un sofoco. Selva lo miraba parpadeando. Quedó en llamarla el mismo día de la partida, a casa de la Gume.

El día llegó. Y aunque tenía listo casi todo, incluida la ropa que iba a llevarle a Jaime, estaba hecha un manojo de nervios.

A la opinión de Torrijos venían a sumarse los amargos reproches de sus hermanas y la incertidumbre respecto al Partido. Es cierto que les había avisado, pero una cosa es *avisar* y otra bien distinta estar expresamente *autorizado*.

El avión salía a la una de la madrugada. Faltaban trece horas cuando orondo, tranquilo y sonriente, el Gordo Julio se descolgó como el destino por la casa de la calle

Perejil.

La Negra quería matarlo. Pero el Gordo era un profesional en el duro oficio de hacerse el sota. No le dijo una palabra sobre el viaje. Se hacía el desentendido. Su única preocupación parecía ser "ir a comer afuera para no molestar a la Gume". Puteó, se negó, receló algo raro y finalmente se encontró sentada en un restaurante frente a la Bahía.

Durante el almuerzo Julio siguió eludiendo lo más evidente: lo que debía ocurrir pocas horas después. En vez de referirse al viaje, parecía empeñado en hablar de mil cosas que a la Negra la tenían sin cuidado y en gambetear con habilidad todos los reproches con que la viajera lo seguía ametrallando. Hasta le dio a leer una curiosa resolución partidaria que no nombraba a Tucho, pero estaba indudablemente inspirada en su experiencia.

"¿Que se propone... volverme loca o ganar tiempo?" Si este último era el objetivo, lo había logrado. Llegaron tardísimo a casa de la Gume, cerca de las cuatro de la tarde. La Negra enfiló por el breve pasillo de cemento que bordeaba el jardín, como un toro de lidia. Julio la seguía unos pasos atrás, cachazudo. Ella iba tan rápido, tan colorada por la agitación y la bronca y tan metida en sí misma, que no advirtió al fulano que se paseaba por el jardín y mucho menos a los tres coches llenos de tipos que habían estacionado en la Segunda Perejil, justo frente al alto muro del Colegio Javier, adonde iban los chicos.

Cuando llegó a la puerta casi se desploma.

Habían abierto desde dentro y en el dintel la esperaba sonriente el Comandante Horacio Mendizábal. El Gordo le había deslizado a los postres que "un compañero" quería reunirse con ella. Pero no le había dicho que ese "compañero" era nada menos el mítico *Hernán*, el jefe militar de los Montoneros.

Estuvo a punto de hacerle la venia en la puerta de calle, pensando más en el reglamento que en los vecinos. El la salvó del ridículo con un abrazo fuerte, largo y entrañable.

Cuando se soltó advirtió que el *Lauchón* no estaba solo. Lo acompañaban dos desconocidos que no parecían argentinos. Al ver a estos dos, prestó atención y reparó en los tres autos y en el otro tipo que se paseaba por el jardín del frente. El abrazo la había desarmado: esta comprobación la puso en guardia. Era más que evidente; habían tomado la casa. Ahora se explicaba la maniobra del Gordo: la sacaron de en medio para ocupar el "local" y proteger la seguridad de Mendizábal. Sintió que le renacía una furia añeja.

Con gran amabilidad el *Lauchón* le pidió que se deshiciera lo más rápido posible

de la Gume, su sobrino y la empleada, que figoneaban en la sala con todas las antenas paradas. Los tres fueron a parar al dormitorio de su hermana.

Ella, a su vez, con un dejo de orgullo, preguntó si los dos desconocidos podían quedarse.

—Sí, habla tranquila, son compañeros —le aseguro el *Número Cuatro*. Acató, pero no se tranquilizó. Los dos custodios se sentaron en lugares estratégicos, desde los cuales dominaban la puerta y el ancho ventanal que daba al jardín.

Demasiado obviamente, como en el cine negro, se pusieron a leer el diario.

Alto, enjuto y pomuloso, Hernán tenía una sonrisa agradable y seductora. La Negra lo había visto un par de veces en la Argentina y sabía que era “de origen cristianuchi”, como ella misma. Estaba alerta y preparada para una “tirada de jinetas”, para un cuestionamiento, pero la eterna sonrisa del Comandante, que no afeaba sus dientes prominentes y desparejos, la fue sedando y desinflando.

Se sentaron a la mesa del comedor, a escasos metros de los dos lectores de diarios. Ella intentó un desafío:

— ¿Sabés que me voy?

El asintió. Sus ojos marrones resplandecían dulzura.

— ¿Cómo es eso? ¿Cómo llegaste a esa determinación? —preguntó con infinitos cuidados, como si estuviera desactivando una bomba.

Le contó todo, fue un largo monólogo que llegó hasta el presente, hasta ese mismo día del viaje y de la última llamada de Jaime. Curiosamente él asentía y asentía, en silencio, sin interrumpirla, alentándola a seguir. Desarmándola.

Sólo hubo un par de interrupciones: cuando Marta le trajo la ropa de Jaime y se fue pitando al oler el clima imperante y detectar que había un *capo grosso* y, después, cuando la Negra quiso ir a comprar cigarrillos en la tiendita del frente y se lo impidió, también con gran amabilidad, uno de los “lectores”, que se ofreció a ir en su lugar.

Dijo tres o cuatro palabras, y la Negra confirmó sus sospechas: el “cumpa” tenía un inocultable acento caribeño.

Retomó su *speech* y ya, completamente ablandada por ese Comandante que le

hablaba de igual a igual y la escuchaba con enorme respeto, le preguntó “si se había movido bien en relación al Pelado”

—Muy bien —respondió rápido Mendizábal—. No sólo hiciste lo que tenías que hacer como compañera de él, sino lo que debe hacer un cuadro partidario. Quiero decir que te moviste políticamente muy bien. Mirá creo que deberías tener mayor nivel dentro del Partido.

La Negra quiso evitarlo pero no pudo: se sintió halagada. Como en un escenario teatral la luz había ido descendiendo en el ventanal del fondo, el atardecer tomaba violácea y borrosa la despejada frente de Hernán. En esa penumbra irreal que convertía en sombras a los dos *lectores* y los difuminaba a ellos en el comedor, quiso volver al tema del viaje. Hernán la miró fijamente, carraspeó y dijo al fin lo que no había querido anunciar tres horas antes:

—Lo que pasa es que no te podés ir.

La voz sonaba grave e irrefutable. Era la misma voz que había vibrado en los lejanos mítines de la Democracia Cristiana, que luego había adoptado el murmullo conspirativo en el diseño de operaciones famosas.

Tuvo la intuición de que algo terrible estaba por suceder. No por lo que dijo a continuación, con una inflexión didáctica que seguía siendo afectuosa, sino por el eco de la frase anterior que encerraba algo más que una negativa.

—Vos sos un cuadro valioso para el Partido, valioso y libre. El Teniente Primero Marcos —la Negra se puso alerta ante esta apelación al grado y el nombre de guerra del Pelado— es también un cuadro valioso para el Partido.

—Sólo que...

Aspiró profundamente el humo del cigarrillo.

—... sólo que él está en manos del enemigo. Y por lo tanto el Partido perdió su control sobre el Pelado. Si vos te vas al territorio y entrás en contacto con él, no vas a poder evitar caer... este... bajo el dominio del enemigo... y enton...

La Negra intentó interrumpirlo, pero el Lauchón se lo impidió con un gesto.

—... y cuando vuelvas a salir del país... ¿qué confianza vamos a tener en vos?

La Negra lo escuchaba sumida en el desamparo. La pose mantenía la fortaleza. Pero era la pose... ese pasarse un dedo por los labios. Mendizábal se enderezó en la silla.

—En suma: no podemos arriesgarte.

Ella se levantó automáticamente a prender la luz. El parecía absorto en la contemplación de las máscaras ecuatorianas... La voz se había tornado confidencial cuando ella volvió a ocupar su sitio en la mesa.

—Quiero que sepas algo: el enemigo mantiene varios compañeros vivos... como rehenes. Nos sorprende, porque pensábamos que mataban a todos, leales y traidores. Pero no es así. Ya viste lo de Tucho. Ya ves lo del Pelado. Hay chupados que incluso han ido a visitar a sus familiares...

La Negra lo escuchaba con dolorosa atención, iba creciendo su convicción de que algo terrible se avecinaba.

—... Hay una maniobra detrás de esta nueva conducta del enemigo. Y tenemos que descularla.

—Jaime... —murmuró la Negra como en un sueño.

—Jaime —repitió la voz grave de Mendizábal—. El puede ser precisamente el instrumento propicio para averiguarlo.

Se alzó la ceja inquisitiva.

—Porque debo decirte otra cosa... —el Lauchón volvió a inclinarse hacia su interlocutora—. Tengo, tenemos una absoluta fe en el Teniente Primero Marcos. La Conducción Nacional le mantiene el grado partidario y lo sigue considerando un compañero —sonrió nuevamente.

—Y ¿te das cuenta lo que representa tener allí un compañero que sabemos leal y con el cual podemos comunicarnos?

La Negra asintió. La invadía una nueva desazón ante el peligro todavía desconocido.

Ahora, bajo la luz artificial, la cara del *Número Cuatro* se veía demasiado real, alargada, levemente romboidal, excesivamente cercana y presente. Se sobresaltó al mirar hacia el ventanal y observar que tres haces de luz cortaban las sombras chinescas del

jardín tropical. Se dijo: “¡Carajo! Hasta trajeron reflectores” Llegaba el momento decisivo.

—Bien —sentenció Mendizábal—. El partido va a pedirle al Pelado que represente a la Conducción Nacional ante el enemigo y les plantee la posibilidad de una conversación en el exterior.

La Negra creyó seriamente que se desmayaba.

El Lauchón le explicó:

—Si han mantenido con vida a compañeros notorios e importantes es, sin duda, como prenda de negociación. Tenemos que aprovechar esta... esta, llamémosle disposición del enemigo, para averiguar, o tratar de averiguar qué se proponen. Por eso el Partido ha decidido que el Pelado le haga esta propuesta al enemigo.

Miró el reloj y preguntó:

— ¿A qué hora va a llamar?

La Negra le contestó como un autómeta.

Faltaba un buen rato todavía.

El Lauchón se bebió de un trago un resto de Coca Cola.

A la Negra las palmas de las manos le sudaban a chorros.

—Ahora, ¿te das cuenta de la trascendencia de esta operación? ¿Te avivás que no es compatible con tu viaje?

Protestó:

—Pero yo ya le había prometido que iba a viajar... Me va a esperar. Eso le levantó la moral. Y ahora un cambio puede...

Hernán volvió a sonreír con dulzura.

—En este mismo instante ¿cómo te sentís? ¿la compañera de un compañero o un cuadro del Partido?

Titubeó un momento y luego respondió:

—Las dos cosas.

—Hay etapas de la guerra en que hay que optar. El Partido dice: “no viajes”. ¿Estás dispuesta a acatar?

Le volvió todo el resentimiento acumulado por años. Si el Lauchón hubiera cometido una sola torpeza, ahí mismo mandaba todo al diablo.

—Dame tiempo —pidió, un poco más serena.

— ¿Cuánto tiempo?

—Treinta minutos.

El Número Cuatro hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, pero quiero reiterarte algo: tenemos pruebas que el Pelado no se ha pasado al enemigo y tiene suficiente capacidad política para ser la carta del Partido en el diseño de una nueva política. Y vos podés jugar un papel muy importante dentro de este nuevo diseño. Es imprescindible saber cuál es la estrategia de ellos en relación con los desaparecidos vivos. Ahora, si vas, la operación se malogra. Con estos elementos de juicio tomá tu decisión.

La Negra lo escuchó con los ojos muy abiertos: luego corrió a zambullirse en el baño. Al pasar frente a la recámara de Gume, su hermana le hizo señas que querían decir: “¿qué diablos está pasando?”. No le dio bola. Se lavó la cara, las muñecas y las piernas. El mismo ritual que había practicado cuando confirmó el secuestro de los chicos.

“Tengo que enfriarme”, le dijo al espejo del baño. Luego se metió en la cocina a prepararse un café. No habló con nadie. Miraba el tarro de Nescafé y pensaba que ella iba a ser la causa de la muerte del Pelado.

“Pero si me empeño en ir de todas formas, ¿podré hacerlo? Si estos tienen relaciones con el gobierno paralelas a las mías... estoy lista. Ni siquiera me van a dejar salir del aeropuerto. ¡Qué digo del aeropuerto... ni de esta casa voy a salir!” Por la ventana veía el patio en sombras, las hojas del mango recortándose contra el cielo del anochecer. Se preguntó si no estaba por acatar la orden para salvarse... si no le había producido un alivio que alguien le impidiera viajar. “Soy una especialista en masoquearme. Dejémonos de joder, si el Lauchón no hubiera venido, esta noche me iba. Toda cagada, pero me iba. Por otra parte, si hay algo por hacer en relación con Jaime y el Partido, ésta es la línea.”

Miró el reloj, ya casi habían pasado los treinta minutos.

Regresó al living.

— Está bien — suspiró.

Mendizábal se levantó de la silla y fue a su encuentro. Le dio otro fuerte abrazo.

— Sé que no es fácil. Pero te digo sinceramente que decidiste bien. Que ésta es la mejor opción.

Todavía estaba apoyada en el Lauchón cuando sintió que ya se había despeñado. “Lo estoy mandando a la muerte.” Entonces el Comandante le anunció que él mismo hablaría con Jaime.

— ¿Vos? — preguntó espantada.

— Sí. Yo. No hay problema. Te repito: confío en el Pelado.

Intentó persuadirlo, pero fue todo inútil. Poco después del inquietante anuncio, ya estaba maniobrando junto con uno de los extraños cumpas para meterle un chupete al teléfono.

— ¡Hola! ¿Qué tal? Ya creíamos que no ibas a llamar...

— Bueno, hubo problemas y nos retrasamos... ¿Cómo están? ¿Cómo anda todo?

— Bien... pero no voy a viajar. Aquí te va a hablar el Comandante Mendizábal.

Creyó que le daba un infarto. No atinó a decir nada. Únicamente miró el tubo, donde no estaba el chupete. Por milagro no les había funcionado. Estaba solo en la cabina. Selva no era de la partida esa vez. Tenía suerte; un culo grande como la cancha de River. ¿Pero cómo podía saber que igual no lo estaban grabando? El miedo se acentuó cuando oyó la verdadera voz de Hernán, que sonaba diáfana, como si estuviera en Buenos Aires.

— ¡Qué tal Pelado! Quería hablar yo mismo para decirte que el Partido te sigue considerando un compañero y te mantiene el grado:

El pánico coexistía con el viejo frenesí que volvía por encima de toda prudencia.

—Yo también me siento miembro del partido...

—Quiero que me pases con el oficial de más alta graduación que esté ahí...

—No... pero... si acá no hay nadie... responsable —atinó a balbucear.

—Quiero leerte una resolución del Partido que debés transmitirla a los otros compañeros que están con vos.

Por momentos perdía la hilación de la insólita lectura. Le quedó en claro, con todo, que se ofrecía el perdón a los que, habiendo entregado compañeros, se fugaran antes del 31 de diciembre y se presentaran al Partido. Espió a través de los ventanucos de la puerta-biombo: los dos *Jorges* que lo habían traído esperaban en la salita, aburridos.

—Mirá Pelado... —anunció Hernán después de la lectura—. Quiero que le transmitas al enemigo que el Partido está dispuesto a iniciar conversaciones tendientes a establecer una tregua... ¿Me oís?

—Te oigo —respondió el Pelado con voz anhelante. “Si grabaron soy boleta”, pensaba.

—Esas negociaciones tendrían que llevarse a cabo en el exterior, porque deberían ser al máximo nivel. Proponemos tres países alternativos. En este orden: Perú, Venezuela o Panamá. ¿Me escuchaste?

—Perú, Venezuela o Panamá —respondió el Pelado con el automatismo vertical de antaño.

—Eso es. Bueno, es todo. Un fuerte abrazo. ¡Fuerza Pelado, que el partido confía en vos!

Y cortó.

La Negra no estaba menos atónita que el Pelado. Hernán dejó el tubo y la miró en silencio. Había una atmósfera más formal, más militar ahora, Volvió a felicitarla en la puerta, mientras uno de los ignotos acompañantes sacaba un transmisor.

—Atención móvil uno. Todo listo para salir.

Un cloqueo metálico salió como respuesta de la bocina del *walkie talkie*.

El Comandante y la escolta se perdieron en las sombras. Lo había dejado al Gordo Julio como apoyo moral.

Se volvió hacia él con los ojos muy abiertos.

—Están los tíos de Alabama —anunció el Gordo—. Se van a la Argentina y quieren saludarte.

¿Los tíos? Sí, claro, los tíos. Será bueno verlos. No pensar en ese hombre que se quedó allá sabiendo que ya no va a viajar. Que tiene que bancarse su soledad y una nueva misión en las tinieblas. Solo. “Yo misma lo estoy tirando a los leones.”

No había terminado esa noche alucinante, cuando se fue a la carga contra el Gordo.

—Pienso que tendríamos que revisarlo todo. Yo tengo que volver a hablar con Hernán. Porque no estoy convencida de lo que estamos haciendo.

El Gordo no dijo nada. Después que se vieron con los tíos, que “preferían morir en la Argentina antes que sobrevivir en el exilio”, Julio le adelantó que muy pronto vendría otro compañero para hacerse cargo.

El Jefe de la “Operación Fortuna”

A medida que pasaban los días, el Pelado volvía a respirar. Nadie venía a interrogarlo, nadie le anunciaba que iba a ser ejecutado. Nadie aludía, ni siquiera elípticamente, al Comandante Mendizábal y su extraña propuesta.

La vida dentro del campo proseguía sin mayores sobresaltos. Las tareas matinales en el archivo, los almuerzos bulliciosos en el comedor, las tardes interminables bostezando en la Pecera, las noches de truco o *TEG*.

El Pelado miraba a diestra y siniestra tratando de captar alguna señal de alarma, pero no percibió ningún síntoma extraño. Pensaba entonces, con un dejo de ironía, en el terrible secreto que estaba guardando. “Si supieran...”. No dejaba de tener su lado cómico.

Charlaba una tarde con Astiz, que había venido —como siempre— a devorar revistas. Ya sabía que era el Primer Cazador, aunque pareciera efectivamente un muchacho rubio y bondadoso, al decir de la hermana Alice Dumont.

—Me gusta París —comentaba el Cazador, como si estuviera con los amigos del “country”

—Yo soy muy aficionado a la plástica... —proseguía imperturbable.

“Y sobre todo al plástico”, respondía el Pelado mentalmente.

—En París no me perdía los museos y las exposiciones. Me acuerdo que vi una muestra de Calder verdaderamente genial. ¿No te gusta Calder?

El Pelado no tenía la más puta idea.

— ¡Ah!... Tenés que ver lo que es eso. Son sensacionales los móviles de Calder.

Estaba más locuaz que de costumbre. Dejó la revista y dirigió una mirada evocadora al cielo raso.

—Tenía un bulín fantástico en París. En rué Lecourbe.

Y pronunciaba con la *r* gangosa y todo. “¡Qué tipo!” Larga todo. No se calienta en cuidarse. Como si hablara con una pared.

Pero el *haby face*, una suerte de Orson Welles estilizado y joven, seguía evocando los “faubourgs”, la maravillosa espacialidad de los “boulevards”, diseñados por el prefecto Haussmann. Una contribución de la represión al urbanismo. Un excitante maridaje entre la “beauté” y los sables de la policía montada, tan a su gusto y paladar.

De los móviles pasó a las móviles. Las fiestas fascinantes. Las infaltables cortesanas. La vida elegante y espumosa que el Cuervo, el Puma. Manuel y otros se habían podido dar gracias a los generosos viáticos del Centro Piloto.

El Pelado lo escuchaba atentamente, acariciando su nuevo secreto. “Si a éste le digo que hablé con Mendizábal, se van a la mierda las exposiciones y las putas francesas y me lleva de una oreja al Sótano.”

—Londres también me gustó —dijo sin mirarlo el Cazador—. Pero París, París es única. ¡Lástima que tuve que dejarla por culpa de tus amistades! —Y su cara se alumbró con una imprevista sonrisa de señora gorda.

Cuando el Cuervo se marchó suspirando, el Pelado, entró a darse máquina con la orden de Mendizábal. “¿Cómo hago?” Se daba cuenta de algo que el Partido, envuelto en

el triunfalismo de la distancia, no podía admitir: “¿Para qué van a negociar estos tipos si nos están rompiendo el culo a patadas?”

La otra directiva aún le provocaba mayores conflictos: “para qué le voy a informar al conjunto, si están en otra. Y con los que entregaron, ¿qué hago? ¿Lo agarro al Caín o al Pelado Diego y les digo: Si te rajás antes del 31 de diciembre el Pepe no te mata? Se van a cagar de risa. No van a tardar más de diez segundos en decírselo al Tigre. Y el Tigre, que me quiere tanto, se va a poner muy feliz al saber que hablé con el Lauchón en persona”

Al mismo tiempo le martillaba los sesos “la confianza del Partido”, el mantenimiento del grado, ese candor triunfal que el Hernán, más que seguro, conservaría toda la vida. “Pertenezco al Partido —se decía— y no sólo porque yo quiero. Me reconocen. Valoran mi conducta. ¿Cómo podría defraudarlos y desobedecer? Y si me juego... se va a la mierda todo mi plan de fuga. Y al pedo. Al divino pedo.”

Es verdad que, al no venir la Negra, el plan principal se desinflaba. Pero todavía podía intentarse algo a través del cura Raúl, o de algún pariente en el país. No era lo mismo, pero bueno... El hecho es que la Negra no iba a venir. Sonó terminante cuando le anunció la suspensión del viaje. Y luego ese “te va a hablar el Comandante Mendizábal” ¡La que la parió, qué manga de inconscientes! ¡Qué manera de jugar con los huesos del prójimo! Aunque no estaba resentido. Al contrario, la llamada de Hernán lo había llenado de orgullo.

Mateo removió el catre con una carcajada nerviosa.

— ¿Quéee? —se acomodaba los anteojos, con su eterno tic.

— ¿Que me estás diciendo?

Se incorporó y le hizo señas de que se aproximara. Jaime se inclinó y el otro le habló al oído, presa de una agitación incontenible.

—Pero... ¿era el Lauchón? ¿Mendizábal, quiero decir?

—Sí, sí --susurró el Pelado con su risita nerviosa.

Mateo batió palmas como un chico.

— ¡Es increíble! ¡Mira cuando se cuente la historia y se sepa que estando chupado en la ESMA hablaste con el Secretario Militar...! ¡Si lo contás no te lo cree nadie!

Se puso súbitamente serio.

—Pero no lo vas a contar... me imagino.

— ¿Sos loco? —murmuró el Pelado—. Sólo a los de confianza, a vos, a la Cabra, a Elena... y a nadie más.

—Claro —y se quedó sonriente y ensimismado—. ¡Qué Lauchón este, carajo! —Y recordó los inicios, en *Descamisados*.

— ¿Qué hago entonces? —preguntó el Pelado mordisqueando el filtro de su cigarrillo.

— ¿Cómo qué hacés?

—Sí. Me dio una orden, ¿no?

—Bueno. Pero él ignora cómo son nuestras circunstancias acá... ¿no es verdad?

—Sí. Pero, no sé. Me gustaría cumplirle.

—Claro —Mateo se puso pensativo—. Aunque... este es un ejemplo típico de la guerra: la última decisión la tiene que tomar el que está en el teatro de los hechos.

Se enfrascaron en una larga especulación.

Al cabo de una hora habían llegado a una síntesis razonable para los dos objetivos que planteaba Mendizábal: A los traidores no les comentarían nada de la resolución que les conmutaba la pena máxima si se fugaban: a los marinos, a través de Chiche o Quica, les insinuarían la posibilidad de negociar la tregua sin decirles una palabra de la charla con Mendizábal.

El Pelado se sintió doblemente aliviado. No sólo veía un camino posible para cumplir la orden del Partido; también podía compartir el peso del enorme secreto.

Cuando se despedía, Mateo, con una sonrisa benévola, se lo hizo notar:

—Pelado...

-¿Sí?

—Gracias por el balurdo en que me metiste.

—Disculpáme.

A miles de kilómetros de ese diálogo, un hombre mediano y robusto, de expresión bonachona y anteojos con armazón de metal, presentaba un incuestionable pasaporte europeo en la casilla de Migraciones del Aeropuerto de Panamá.

Nadie vio nada raro en ese probable vendedor, excesivamente bien vestido para los usos tropicales, que portaba un *Samsonite* de ejecutivo y se dirigía hacia la cinta giratoria a recoger su equipaje.

Ni el más afiebrado novelista de espionaje hubiera podido suponer que se trataba del *Turco* Ricardo Haidar.

Tal vez si lo hubieran tomado por un traficante de drogas y lo hubieran desvestido, se habrían asombrado por esa enorme cicatriz de su espalda, recuerdo de una madrugada en la base aeronaval *Almirante Zar* de Trelew, en la que fue fusilado con otros 18 prisioneros y logró sobrevivir, desangrándose entre los muertos.

Pero nadie lo paró. Ni siquiera fue necesario invocar cierto nombre muy influyente que le habían dado en México. Traspuso la puerta de cristales opacados y se encontró frente a frente con el Gordo Julio.

En el coche se enteró de los últimos detalles. Supo, por ejemplo, que la Negra se había mostrado dubitativa. Que había hablado con Hernán para pedirle que se reconsiderase toda la Operación.

—Vamos a ver —recapituló mientras sus ojos algo miopes se posaban en la perspectiva de las palmas que huían para atrás en la carretera. Tenía todas las cartas en sus manos. Hasta una relación paralela con Torrijos y la Guardia que los ponía al abrigo de cualquier sorpresa. Se compadeció de la compañera que recordaba vagamente, de otras épocas. Y se prometió tratarla con infinita paciencia y con todos los cuidados.

X “Argentina campeón... Videla al paredón”

Vuelve el frenesí de los vuelos sobre los campos de Chajarí. Lo revive paso a paso, sobre la tierra, en esta pradera pampeana que comienza a resolverse en lomadas para hacerse Mesopotamia. El invierno tan próximo comienza a ralearse los prados, pero todavía las vacas se solazan en los campos. Un sol frío, de fines de mayo, enrojece la cara del Hermano-Padre. El viento se embolsa en la campera de cuero, amontonando recuerdos de la infancia. Por un momento es posible soñar, remontarse como un barrilete sobre las negras cabezas de los asesinos que lo trajeron y lo marcan de cerca, apoyados en el auto. El mismo silencio denso y cauteloso del Hermano Mayor, favorece el ensueño. Regresan las mañanas aquellas de las vacaciones de invierno; el paso soñoliento al baño; el agua helada en los ojos; el canto rezagado de un gallo remolón o el ladrido infatigable de los perros que vigilan la tranquera, al final de la avenida de álamos. En estas tierras soñó volar, mucho antes de aprender cómo se volaba. En este mismo paisaje, transitoriamente recobrado, el frenesí de la fuga le redobla el corazón, lo ahoga con los bofetones de un viento fresco y prepotente, lo estremece con el canto salvaje de la libertad que inundó a otros hombres en esas mismas llanuras. El viento suprime la mirada inquisitiva de *Adán*, los ojos tenebrosos del *Gordo Juan Carlos*, acostumbrados a presenciar el escándalo de tantas agonías, y la expresión bovina del *Pedro Lee*, el sastre devenido centurión. El viento que barre ahora el patio de tierra donde picotean las gallinas, suprime también el gesto entre cauteloso y comprensivo del Hermano Grande que, para él, representará siempre el cordón umbilical con la vieja tierra de Entre Ríos. El Viento es Dios. La respuesta acabada para las atávicas preguntas. Acacias y algarrobos inclinan sus cabezas ante el Tata primigenio que vuelve con el aliento cortante de todas las rebeldías.

Estuvieron unas horas, no más, allá en el campo de su hermano. El Pelado las aprovechó para trazar un nuevo plan de fuga. Preguntó, miró, reveló y se dijo que por allí pasaba la cosa. No quiso adelantarse nada a ese hermano medio padre que trataba de descifrar, con prudencia campesina, los arcanos de la sorprendente visita. No sabía si hacerlo cómplice o mantenerlo al margen de sus secretos. No lo supo aún cuando se abrazaron frente a la tranquera y lo sintió envejecido y solidario, murmurando una despedida en el anochecer.

El paso siguiente hacia la vida fueron las llamadas a Roma, al cura Raúl. Luego pensó en un primo que vivía en Entre Ríos y (¡cuándo no!) también era cura. Cayeron por la pequeña parroquia de la ciudad provinciana y el primo se sobresaltó.

Con astucia curialesca se hizo el bobo:

— ¿Y cómo sé que ustedes no son los Montoneros?

Los tipos de la Patota se rieron a carcajadas y lo “tranquilizaron”, asegurándole que no tenían nada que ver con la “subversión atea y marxista” y que servían a la Marina de Guerra.

Los dos primos se dieron maña para intercambiar algunas frases a solas. Jaime le preguntó si estaría dispuesto a viajar a Panamá para verse con la Negra. Sin decirle, claro está, que éste sería un ingrediente decisivo en el nuevo plan de fuga.

Cuando lo despidió con ambigua sonrisa en la puerta de la pequeña iglesia, el Pelado no tenía dudas de que el primo se iba a poner al habla con Olimpia, y de que estaba dispuesto a viajar en caso necesario.

El Gordo Alfredo cortó el cable del teletipo y corrió a llevárselo a Juan. Ambos se miraron y luego se rieron. Allí decía, entre otras cosas: “...b) *Cuando se trate de ex miembros del Partido, Ejército o Agrupaciones que hayan cometido cualquier tipo de delitos contra el Partido, Ejército o Movimiento: En este caso no queremos que el enemigo utilice a estos traidores en su plan de aniquilamiento de las fuerzas partidarias. Por ello resolvemos que si antes del 31 de diciembre del corriente año se escapan de las manos del enemigo y se presentan al Partido, haciendo entrega de la información que tengan sobre la actividad del enemigo y reconociendo públicamente el delito cometido, serán indultados de la pena de fusilamiento, sin perjuicio de la aplicación de otras penalidades previstas por el Código de Justicia Revolucionaria*”

— Están locos... — comentó el Gordo con falsas carcajadas.

— ¿Así que nos perdonan la vida...? ¡Mirá qué buenos! — dijo Caín.

— No entienden que perdieron y que no están en condiciones de perdonarle la vida a nadie — analizó la Coca frente al Delfín Chamorro, que estaba en calzoncillos.

El *Boletín N° 8 del Partido Montonero* — que el Lauchón le había adelantado al Pelado por teléfono — produjo el efecto que éste había temido. Y pronto cayó en el olvido.

Pero no pasó lo mismo con otros boletines y proclamas, referidos al Mundial, que el teletipo iba vomitando día a día. Los Montoneros habían decidido lanzar una “ofensiva táctica” que suponía, en lo político, el esclarecimiento de los espectadores, deportistas y periodistas que iban a concurrir al Campeonato Mundial y en lo militar el ataque a instalaciones, vehículos y personal de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, procurando “*que sean operaciones imposibles de ocultar por el enemigo*”. Como decía *Estrella*

Federal, órgano del Ejército Montonero: "la idea es poco esfuerzo y mucho ruido"

Simultáneamente se prohibía a los militantes montoneros "realizar operaciones militares que afecten directamente o perjudiquen a: A) Los partidos de fútbol; B) Los equipos o delegaciones extranjeras; C) Los periodistas argentinos o extranjeros; D) Los turistas o espectadores de los partidos de fútbol.

Esta posición dual del MPM fue difícil de explicar a la opinión pública mundial, que se inclinaba por las tesis más sencillas a izquierda y derecha: o el boicot liso y llano, o la realización normal y pacífica de los encuentros.

Para aclarar sus puntos de vista y aprovechar que los ojos del mundo estaban posados en la Argentina, los montoneros desplegaron su arsenal propagandístico en América y Europa, a través de una *Comisión Especial del Mundial*, que aparecía como la contracara del *Ente* oficial creado por los militares.

Se hicieron conferencias de prensa, folletos bilingües, *dossiers* especiales para los periodistas y hasta despleables mostrando la ubicación de los estadios junto a los principales centros de tortura. La Escuela de Mecánica se convirtió en lugar común de los principales diarios del planeta.

La censura postal no pudo parar la verdadera avalancha de obleas que llegaban desde el exterior, impresas a cuatro colores. En todas ellas aparecía el *gauchito* que la Secretaría de Prensa del MPM había creado como contrafigura del *argentinito* inventado por los publicistas del *EAM 78*. Con las obleas venían las consignas: *ESTE PARTIDO LO GANA EL PUEBLO; CADA ESPECTADOR DEL MUNDIAL UN TESTIGO DE LA ARGENTINA REAL* y el slogan central: *ARGENTINA CAMPEÓN. VIDELA AL PAREDÓN*.

La Marina tiene más de un motivo para preocuparse. La ESMA aparece encabezando la represión clandestina; el organizador principal del Mundial es el Contraalmirante Lacoste y el Canciller es otro marino que debe hacer frente —con el apoyo de la *Burson Marsteller*— a la "campaña internacional antiargentina".

Para colmo, como si esto fuera poco, van a venir seis mil periodistas de todo el mundo, a los que no se puede elegir, y de puro perversos se van a dedicar a filmar, fotografiar y entrevistar a esas "locas" que todos los jueves se obstinan en desfilar por la Plaza de Mayo.

Es preciso hacer algo. ¿Pero qué? Las fuentes de información parecen haberse secado. No hay "puntas" para trabajar. Los subversivos se han replegado, el GT está oxidado.

El máximo temor se convierte en la máxima esperanza. Con el Mundial van a volver. Han prometido “acciones espectaculares”: alguien tiene que hacerlas. No pueden dejar escapar una ocasión así. Tendrán que utilizar equipos especiales de *Radio Liberación TV*, para interferir los canales antes o después de los partidos. Además, buscarán conectarse con la prensa extranjera dentro del país. ¿Y por qué no?, trataran de hacer propaganda impresa sobre los miles de visitantes.

Por medio de la “comunidad informativa” se enteran de algunos datos preocupantes: Julio Scherer, director de la revista mexicana *Proceso*, se ha entrevistado en la clandestinidad con Juan Gelman, Norberto Habegger y Armando Croatto, tres notorios “subversivos”

Hasta los “nuevos filósofos franceses” están bajo sospecha. ¿A qué vienen a la Argentina? ¿Acaso les interesa el fútbol?

Hay reuniones conjuntas con Rowaldes, con Minicucci, con el Grupo de Tareas del Ministerio del Interior. Siguen compitiendo entre sí, pero el intercambio de información es febril.

Pronto, muy pronto, el país se llenará de curiosos indeseables.

Y además, está el problema militar. Para “hacerse los simpáticos” los montoneros han asegurado que no van a operar contra los partidos, contra las delegaciones (insisten en abolir una imagen a lo Munich), pero también han dicho que van a operar fuera de los estadios. ¿Contra quién...? ¿Contra qué...? Se erizan las custodias frente a la ESMA. Hay refuerzos de efectivos. Hay que apostar un camión cargado de infantes de Marina en una de las calles transversales de la Escuela.

La ESMA se convierte en un hervidero. El Tigre toca a rebato y se mueven todas las piezas a la defensiva. El *ministaff* trabaja con el Puma Perrén en la *inteligencia operativa*. La cosa es más difícil ahora. Se acabaron las cosechas fáciles del 76. Los montos son pocos, están muy compartimentados, arrojarán la piedra y se irán del país. Ahí está la clave... ¡se volverán a ir! Hay que cerrar la red y atraparlos en las fronteras.

Juan, el Niño, pone a la Pecera en marcha. Participarán en un plano superior de las tareas de *inteligencia*, aunque no se descarta que también den una mano en la faz operativa. Su labor principal estará orientada a la propaganda, a la acción psicológica.

Se distribuye entre los prisioneros la lista de los periodistas extranjeros que suministra el E.A.M. Se les pide que identifiquen a los “infectados” por la “subversión” Uno de esos listados va a parar al Archivo. El Pelado —para sus adentro— se mata de

risa; no miente cuando le dice al Gordo Alfredo que no conoce a ninguno.

El Archivo, además, debe confeccionar un informe con las últimas acciones de Montoneros que se basa, naturalmente, en las propias publicaciones de la Organización y que Prensa imprimirá para distribuir a los visitantes.

Prensa se ocupará de mantener una relación con los medios informativos, utilizando en primer lugar a los amigos de la casa como el Bebe Agulleiro, o Rodríguez Carmona, que suele “pasar avisos” del GT/332 en su audición de Radio *El Mundo* a cambio de 300 millones de pesos viejos por mes.

Todo esto matizado, claro está, con los clásicos “láncheos” y los controles en los aeropuertos, amén de un desaforado espionaje que obliga a los marinos a disfrazarse. *Jorges y Gustavos* se transforman en hinchas, periodistas, fotógrafos, porteros de hoteles o controles de estadios. El *Pedro Morrón* —un especialista en traslados— alcanza la gloria al ser designado como custodia en la concentración del seleccionado argentino; Juan Rolón, camuflado de periodista, llega a entrevistar al mismo César Luis Menotti y disfruta de la inquietante dicha de salir fotografiado en los diarios junto al mítológico DT.

Los equipos están alineados, en pocas horas la Armada y los Montoneros comenzarán a disputar su certamen paralelo.

El Turco se levantó y le sirvió un trago más de ron a la Negra.

Le caía bien el compañero. Dulce y sereno, con una sonrisa abierta que inspiraba confianza. Hasta se sentía inclinada a protegerlo, porque pese a su fortaleza comprobada, se le antojaba desvalido. Demasiado bueno para las peligrosas funciones que tenía. “No es inteligencia lo que le falta —solía pensar— sino esa dosis de alerta y desconfianza que es vital para su trabajo.”

Admiraba, en cambio, la humildad y el pudor que le impedían hablar de su terrible historia de sobreviviente, de sus hermanas “desaparecidas” Muy humilde, tal vez demasiado humilde. Otro, siendo un “bronce” del partido como era él, hubiera sacado mayor provecho político. Hubiera hecho escuchar sus críticas. Pero el Turco no se permitía esos lujos. Se concentraba en el trabajo y tiraba para adelante.

Volvió a desplomarse en el sofá, aturdido.

—Pero... ¿en serio te dijo eso Torrijos?

Estaba impresionado por el relato del grupo de sobrevivientes y su utilización en el proyecto de Massera. En aquella madrugada del 22 de agosto, él había comprobado en carne propia qué clase de 'política' solía darse la Marina de Guerra con los prisioneros. No podía creer que los verdugos se hubieran *aggiornado* a tal punto.

Volvió a esa segunda carta de Jaime que había leído tres veces.

— ¿Vos creés que esto lo escribió por las suyas o... o... presionado?

La Negra se sacudió el ron hasta el fondo.

—Creo que lo escribió él. No sólo es su letra. Es también su estilo.

Habían hablado otras veces hasta la madrugada del "estilo Jaime" La Negra se inclinaba a la extraversion ante ese rostro ligeramente regordete, rematado en un mentón partido por un hoyo. Le había contado la historia del Pelado. Sus antecedentes familiares. Su fijación a un padre patriarca, sus contradicciones con una madre que parecía a veces extravagante y desasida sentimentalmente de la vasta prole, pero que mantenía encendida la llama votiva de la familia. Los pormenores del cristianismo a lo Dri, con sombras preconciarias; los hábitos jesuíticos de esconder los sentimientos, de hacerlo todo a escondidas...

Y el Turco había comprendido. Hasta el punto de llegar a conocer al ausente impenetrable como si se tratara de un viejo amigo. Un día, solidario, riéndose a carcajadas, llegó a decir lo mismo que ella pensaba:

— ¡Jaime es un hijo de puta, los va a cagar!

Luego volvían una y mil veces a la Operación Fortuna. A sus riesgos. A las dudas crecientes de la Negra. El miedo principal. Y los otros miedos. "Hay manejos jodidos, negrito... Hay gente en el Partido que lo considera un traidor y que me ve como su cómplice. Hay gente envidiosa que dice que mi relación con Torrijos es porque... ¡soy su hija natural!"

—No te calentés por los rumores. Esta operación la maneja directamente la CN a través de Hernán. Y ellos saben cómo son las cosas.

—Sí. Pero hay muchos que pese al último boletín piensan que toda negociación es una traición. Y que toda simulación es una traición.

El Turco se rió, con esa risa inmensa que era su distintivo.

— ¡Entonces van a tener que acusar a la CN de traición!

Pero seguían horadándola las dudas, los viejos agravios, el remordimiento. Los chicos no sabían que el padre estaba vivo y hasta les había escrito. En una gaveta con llave mantenía oculta las dos cartas. La última venía con unas líneas para Vanesa y Fer y unos cuentos infantiles que había recortado del “rotograbado” dominical de “La Nación”

El Pelado volvió a llamar. Les anunciaba que el primo cura estaba dispuesto a viajar. Fue un nuevo motivo de zozobra y discusión. ¿Sería realmente el primo? ¿O vendría un emisario del enemigo disfrazado? El Turco trataba de armar el imposible rompecabezas.

Cuando el primo habló realmente, la Negra se tranquilizó y pudo tranquilizar al Turco: era el primo. Aunque no lo conocía personalmente, había deslizado con habilidad ciertas preguntas que sólo podía responder un miembro de la familia.

Entonces hubo nuevos desvelos para saber cómo jugar esta carta, para tratar de desentrañar qué especulaciones habían llevado a Jaime a utilizar a este mediador.

Además, subsistían áreas conflictivas. Aunque el Turco parecía ganado para la buena causa, obedecía órdenes que ella conocía parcialmente. Tal vez le ocultaban algo. El Partido no quería reunirse con los milicos argentinos en Panamá. Parecía que desconfiaban de Torrijos. Insistían con Perú. Tuvo que hablar mucho con el Turco para que él se fuera adaptando a la realidad local. A las claves tropicales del realismo mágico que chocaban una y otra vez con el empecinado cartesianismo de la conducción montonera.

Por otra parte era evidente que había rivalidad y competencia entre la Secretaría de Relaciones Exteriores, que conducía el Vasco, y la Secretaría Militar, que comandaba Mendizábal y a la que pertenecía el Turco. Curiosamente eran más flexibles los “oscuros” del aparato militar que los “políticos” de la SRE.

En eso estaba cuando, a fines de mayo, asomó un indicio sugestivo. Un verdadero estímulo para seguir adelante con la Operación Fortuna.

El extraño signo provino de un periodista que había colaborado en la campaña por el Pelado.

El amigo había asistido a un cóctel en la legación argentina brindado por el embajador, otro periodista llamado Rodolfo Baltiérrez. Gordo, retacón y hablador, Baltiérrez era el prototipo del cronista político ligado al poder cambiante y a los

“servicios” permanentes. En Panamá no gozaba de buena reputación; el G-2 lo vinculaba estrechamente al contrabando de licor, pero él trataba de hacerse el simpático, el “civil” que comenta con un cierto dejo de ironía las brutalidades que perpetran sus patrones.

Hablaron de desaparecidos y cuando el periodista local tocó el tema Dri, tan “caro a la opinión pública por ser el esposo de una panameña”, Baltiérrez le confesó muy suelto de cuerpo:

—Tengo entendido que ese fulano está vivo.

Y le insinuó que sabía más y que podía decírselo a la esposa panameña si ella se daba una discreta vuelta por la embajada.

La segunda señal provino del Arzobispo de Panamá.

Una tarde charlaban en la Curia, cuando el prelado se inclinó hacia Olimpia y le dijo en voz baja:

—Hija... ¿has pensado en entrevistarte con gente de la embajada?

— ¿De la Embajada Argentina, monseñor?

El arzobispo Mc Grath asintió en silencio.

La cosa venía por dos puntas. La Negra y el Turco se lanzaron a interminables especulaciones. El análisis del Turco terminaba siempre en el mismo punto: “Hernán tenía razón, los milicos quieren negociar”

Se decidió, entonces, que la Negra visitaría la Embajada Argentina.

El Pelado Diego se había quedado solo en su celda. Su *partenaire* habitual, el Gallego Marcelo, andaba fuera de la Escuela. En alguna porquería seguramente. Diego decidió invitar al Pelado Jaime a que compartiera su cuarto. Odiaba quedarse a solas. Jaime aceptó con aprensión. Le gustaba dejar por un tiempo su nicho en Capucha, pero no le hacía ninguna gracia convivir con Diego. Afuera (y el afuera seguía pesando) se lo consideraba el traidor con mayúsculas. Se decía, por ejemplo, que era un cazador empedernido, que había puesto su capacidad organizativa al servicio de la Marina para aniquilar a la Organización. Adentro, Mateo —víctima él mismo de la delación de Diego— le había proporcionado una versión más matizada y fidedigna, que tampoco impulsaba al afecto.

En el momento de su caída, Diego era jefe de Capital. No lo torturaron ni diez minutos —medio disco, como se solía decir— y cantó todas las citas con el secretariado. Gallo, el jefe de sindical, se envenenó; Ascone, responsable de textiles, intentó huir, lo hirieron y murió en la enfermería de la Escuela. Los otros: el Gordo Castillo, la Quica Osatinsky y el propio Mateo, fueron secuestrados por el GT.

A cambio, negoció la vida de su mujer Liliana Goldemberg, a espaldas de ella. Los marinos le permitieron hablar por teléfono.

—Me quebré, bichito... —avisó Diego—. Rajá porque en treinta minutos llega la patota.

— ¡La puta que te parió! —fue la respuesta de la “Pastito”.

Después trató de eludir la marcación y se concentró en el asesora miento político. Con Lucy propuso hacer una conferencia de prensa llamando a los militantes a desertar de Montoneros, que no llegó a difundirse.

Al ir cosechando lauros como asesor de Massera y del canciller Montes, Diego había podido conservar la vida sin verse obligado a entregar más gente. Pero Mateo y todos, marinos y chupados, sabían que no hubiera resistido el menor apriete.

Era servil con los guardianes y trataba de ser solidario con los prisioneros, sin embargo todos lo eludían con desprecio. El repudio se había extendido a su propia madre, que se negaba a verlo.

Jaime se aguantó la repulsión y aceptó la invitación, como parte de su política de simulación. Diego, que otrora había sido duro y altivo, lo recibió con humildad y agradecimiento. Enseguida le hizo un lugar en el estrecho cuartujo prefabricado y se replegó con sus libros y sus papeles sobre un pequeño espacio.

Se aficionó enseguida a Jaime, tal vez porque era una sombra que no hacía preguntas dolorosas. El Pelado pasó del asco a la conmiseración, lo seguía condenando pero no podía evitar la piedad. Una piedad que a veces lo inquietaba: “¿No me estaré aflojando? ¿No estaré justificando a los traidores?”

Una mañana pudo observar hasta el estremecimiento la degradación de su compañero de celda. Diego preparaba un café en el calentador eléctrico, cuando entró el Tigre hecho una furia. Venía a reclamarle al asesor un trabajo sobre el Ejército peruano que necesitaba su hermano para un curso de la Escuela Superior de Guerra. El antiguo duro, el hombre que había castigado con severidad las debilidades ajenas, temblaba

como una hoja. Y tartamudeaba. Provocando un inocultable placer en el Tigre. Que era sumamente sensible a ese tipo de reacciones.

A las ocho de la mañana, con la sensación de tener un agujero en el estómago, llegó al restaurante “El Pote”, sobre la avenida España. El Turco ya la estaba esperando. Cambiaron las últimas impresiones.

— ¿Estás nerviosa?

— Algo. No me gustaría quedar “pegada”

— No. Creo que el apoyo de ellos es decisivo. Ellos pidieron la entrevista. La garantizan, me imagino.

— Yo también — contestó distraídamente. Y luego: — ¿Lo trajiste?

— Sí. Te lo doy en el auto para no hacer fato.

Pagaron y subieron al coche. Allí el Turco le pasó el pequeño *Sony TC-150*, extrachato, de alta sensibilidad. Ella lo introdujo en la ranura exterior de la enorme cartera negra que se había comprado en Rosario.

— El tipo que te acompaña... ¿sabe?

Se rió incómoda.

— ¿Que voy a grabar? ¡Estás loco!

— No. Por eso, yo decía...

Y arrancó “arando” el asfalto.

En diez minutos estuvieron frente al Ministerio. La Negra entró corriendo y el Turco se fue.

En diez minutos más bajaba con el Funcionario y entraban al LTD negro con chapa oficial. Mientras avanzaban por la avenida Balboa, bordeando el mar, miraba los camellones con sus parterres de flores y sus palmeras y volvía a sentir que ese Panamá, que estaba allí de cuerpo presente, era una ficción que pertenecía al pasado. El decorado de un sueño perverso.

El Funcionario le iba comentando los papeles que debería asumir cada uno en la entrevista. Terminaban de afinar los detalles cuando se detuvieron frente al alto edificio donde tenía su sede la Embajada Argentina.

Habían acordado que el Funcionario quedaría al margen de cualquier negociación. Se limitaría a insistir en la preocupación humanitaria que ya había expresado reiteradas veces la Cancillería. Si había algo raro, quedaba por cuenta y riesgo de la Negra. Los dos actuarían sin precipitarse, dejando que los argentinos tomaran la iniciativa.

La Negra tuvo un momento de inquietud cuando pasaron las puertas de vidrios con detector electrónico de armas. Temía que descubrieran la triquiñuela del grabador. Pero no hubo problemas.

Los recibió una secretaria y les anunció que el Embajador había tenido que salir de urgencia, que se excusaba y que los iba a atender el Agregado Naval.

Recordó mentalmente lo de Torrijos y Massera y volvió a intuir que Jaime podía estar en manos de la Armada. Mientras aguardaban en una salita de espera, entraron y salieron dos o tres tipos. Se acordó de un dalo que Marta le había dado: "Reforzaron el personal militar de la embajada"

Fueron introducidos en el despacho del Agregado Naval. No era muy grande, ni estaba decorado con demasiado buen gusto. Apenas unos afiches turísticos en las paredes. Un escritorio, unas sillas y escasa iluminación. Detrás, una ventana permitía apreciar un corto tramo de la bahía.

El marino estaba de civil, impecablemente trajeado. Era un hombre joven, menor de cuarenta años, alto, delgado y atento. Los invitó a sentarse informalmente en unos sillones. Les ofreció café. La Negra sacó un cigarrillo del mismo compartimiento de la cartera donde estaba el *Sony*, el Agregado se apresuró a darle fuego. Olimpia volvió a guardar el atado y aprovechó para encender el grabador. El pequeño "clac" de la tecla *play* la sobresaltó, pero nadie advirtió nada.

El Funcionario salió en punta con un largo discurso introductorio, que el Agregado escuchó poniendo cara de estar muy interesado.

—... y es por eso que el propio General Torrijos agradecerá cualquier información, cualquier iniciativa tendiente a facilitar las cosas y obtener la solución de este penoso asunto.

El Agregado arrugó la frente y movió la cabeza haciéndose cargo solidariamente de lo penosas que son las cosas de este mundo. La Negra se dispuso a salir a la lid.

—Tenemos ciertos datos oficiosos acerca de algunas listas... En fin, que se sabría de ciertas personas que podrían ser liberadas...

El Agregado asintió como si se tratase de lo más normal del mundo. Habló por primera vez, con tono sereno y amable, tratando de restarle formalidad al encuentro.

—Sí, claro. Hay casos que están teniendo una resolución favorable. Claro, imagínese, es poco lo que nosotros podemos hacer... —se dirigió al Funcionario:

—... Pero es obvio que nos interesa sobremanera no defraudar las expectativas del señor General Torrijos y poder darles una respuesta alentadora.

Se volvió hacia la Negra.

—Disculpe, señora. ¿Existen acusaciones graves contra su esposo? Quiero decir: podría estar en una situación comprometida.

—El fue Diputado por la Juventud Peronista en el Chaco...

El Agregado Naval sonrió con cortesía.

—No es problema ser peronista.

—Al parecer... —apuntó la Negra con sonrisa malévola.

—Además... —prosiguió pinchándolo— es un antiguo militante cristiano, pertenece a una familia con varios sacerdotes y monjas. Y últimamente había sido designado, en el exterior, miembro del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero.

Pensó que la última mención le explotaría en la cara como una bombita de mal olor, pero el Agregado parecía haber escuchado que el Pelado integraba una sociedad de beneficencia.

—Tampoco es decisivo. Y yo creo haber visto que está en una lista de personas que serían liberadas. Si me permite...

Llamó a la secretaria y le pidió las listas. Las recorrieron por orden alfabético y sí,

había un Dri, pero no era Jaime, sino su hermano Bernardo, el gremialista.

—Ve —dijo la Negra—. Seguimos sin noticias.

El Funcionario puso cara de estar ofendido. El Agregado se sintió obligado a tirar un cable.

—Puede que yo me equivocase. Pero créame, yo sé. Yo sé que hay perspectivas alentadoras.

La Negra decidió ir a la carga con todo.

—De todos modos no esperarán que pare mi campaña. Ya he movido la cosa en Washington y en el Vaticano. Mañana me espera el Embajador de Estados Unidos.

Una señal de alarma se encendió en el rostro imperturbable.

—Digo... —prosiguió la Negra—. Necesitaríamos algo mucho más concreto para no proseguir con la denuncia.

La cara larga y ceremoniosa del marino reflejaba una profunda tristeza.

—Señora... —advirtió—. Sería un grave error. Si hay buenas perspectivas, como yo creo que las hay, insistir con la denuncia podría echarlo todo a perder.

—Usted comprenderá... —la Negra empezaba a perder la calma, cuando el otro se inclinó hacia ella para interrumpirla con suavidad.

—Mire, aquí entre nosotros, *off de record*...

“¡Otra que *off the record!*” se rió para sus adentros la Negra, palpando con la mano la chata superficie del grabador.

—... se habla de un grupo de cuarenta a sesenta personas desaparecidas que, en realidad, están vivas en un buque.

La Negra y el Funcionario se miraron, sorprendidos por la audacia del individuo. El prosiguió imperturbable.

—... usted se imagina que si la campaña crece, va a poner trabas a la liberación de toda esa gente. Porque, sinceramente, aquí entre nosotros: ¿quién se va a animar a poner

la cara luego, diciendo que los tuvo secuestrados?

Estaban tocados. Pero la Negra siguió en sus trece y le reiteró que al día siguiente se vería con el Embajador de Estados Unidos.

El Agregado decidió sacar una última carta de la manga:

—El Embajador viaja pronto a Buenos Aires. Allí va a recoger información sobre este caso...

— ¿Y sobre el del periodista Guagnini? —interrogó el Funcionario.

—Supongo que también, ya que el General Torrijos se interesó por los dos. Y, como le decía, va a tener datos fidedignos. Yo le pido que espere su regreso. Va a ser pronto, se lo aseguro. Volvemos a hablar y entonces usted tendrá todos los elementos de juicio para saber cómo debe actuar.

La Negra alzó la ceja con suspicacia.

El Agregado simuló no darse cuenta. Le pidió cortésmente el teléfono, lo anotó y los acompañó hasta la puerta para despedirlos. Olimpia suspiró aliviada: la entrevista había durado menos de 45 minutos. El tiempo de una cara del cassette. De lo contrario el grabador hubiera hecho un ruido infernal al pararse.

Cuando regresó a su casa, el Turco se subía por las paredes de ansiedad.

Mientras se acercan al objetivo acaricia el “palo de fuego” y le deja marcadas las digitales sudorosas. (Nada que ver con las prácticas. No está Ahmed para consolarte. “No broblem brader, no broblem” cuando te mandás alguna cagada. Allí era fácil. Y no es verdad que los bombardeos de los judíos te acostumbran. Te acostumbran un carajo. Te cagás de miedo, pero es un miedo distinto a éste.) El chofer otea las sombras del anochecer tormentoso. El Flaco aprieta el Fal, la Gorda también está alerta. Cuando el Lucho golpee los vidrios desde la cabina, levantarán la lona y comenzará la fiesta. El auto de contención viene atrás. (¿Viene?) Es pura teoría porque no puede verlo. Paran (la puta cómo se seca la garganta). Espera que la cosa no se pudra. Aunque los tipos deben estar alertas. Mace una semana le metieron un pepinazo a la Casa de Gobierno, luego vinieron los apagones y las transmisiones de RLTV, después otro “bazoocazo” a la Escuela Superior de Guerra. Ahora le toca debutar a su pelotón. (¿Por qué me habré metido en las Tropas Especiales?) ¡Ya está, el Lucho golpea la luneta! Se abren las lonas. Lucho y el fercho saltan de la cabina como en los entrenamientos, con una Uzi cada uno, para cubrir. Se estremecen bajo la lluvia. Levanta el RPG-7. (Es igual a los que temamos allá. ¡Cómo

viajó este artefacto!) Se lo coloca en posición. ¡Guarda atrás que éste escupe! No hay nadie en la línea de retroceso. La mira recorre el edificio. (¡Se ve perfecto!) Pese a la oscuridad ve el blanco escudo del frontispicio, las columnas. Las dos primeras letras: E s. Y luego: CUELA, Acaricia la cola del disparador. (No, qué mierda, no tiene nada que ver con las prácticas.) Oye como en sueños la orden de fuego. Aprieta. Un zumbido fenomenal y el cohete sale como una gigantesca cañita voladora hacia el frontispicio de mierda con su carga de miles de atmósferas depresión, capaces de derretir el blindaje de un tanque. La explosión es tremenda. “¡Le diste hijo de puta!”, grita el Flaco riendo y tirando. Comienza un tiroteo de la resanputa. En realidad no sabe si los otros están respondiendo o si tiran por las dudas. Y tirando suben Lucho y el fercho a la cabina. Siguen con la lona abierta para tirar. Hay tiros más atrás, en la misma línea. Los pibes de la contención. (Viste cómo le diste, hijo de puta.) No hay cagazo. Sino ganas de bailar como un energúmeno.

Jaime pegó un salto cuando oyó la explosión y se tiró instintivamente al suelo. El Pelado Diego gritó:

— ¡Es un trueno!

Salieron de la celda. Prisioneros y guardias sabían que no era un trueno. Un verde, lívido, comentó:

— Pusieron una bomba en el estacionamiento.

Al cabo de un rato cayó el Tigre, flemático. Explicó que el comando se había replegado sin bajas, igual que en las operaciones anteriores.

— Justo hoy retiramos el camión con los infantes.

Llevaba una metralleta en la mano. Se sonrió deportivamente.

— Está bien. Nos madrugaron. Uno a cero.

Unas pocas horas después los periodistas que cubrían el Mundial de Fútbol se enteraron, por los medios clásicos, de que el *Pelotón de Combate “Mártires de la Resistencia”*, de la *Sección Tropas Especiales “Capitán Alberto Camps”* del *Ejército Montonero*, había atacado mediante disparo de cohetes lanzados por RPG-7, el frente de la Escuela de Mecánica de la Armada. Aunque los albañiles se pusieron esa misma noche a reparar los destrozos, los marinos no lograron impedir que una muchedumbre de curiosos y varios camarógrafos avispados se congregaran en la Avenida Libertador, a comprobar el estrago.

XI Lejanías

Confesión

Perdón por meterme. No puedo evitarlo. Es tal vez, una falta de pudor. Pero siento que resulta imprescindible. Este capítulo es uno de los que me han dado más trabajo. Y quiero contarle al lector cómo está naciendo. En un anochecer de julio de 1983, en la ciudad de México. Enfrente de mi ventana las dos manos de la avenida Mariano Escobedo, mojadas por la lluvia, copiando el gris azulado de un cielo ajeno. Unos metros más allá, el club, con la piscina también ajena que a veces me descansa los ojos percutidos de soledad y encierro. No está mi aire, ni mi luz, ni mi paisaje.

Las pasiones de hace seis, diez años atrás, se han convertido en fotografías sobre el escritorio. La Argentina entera cabe en una montonera de carpetas amarillas, que consulto con exasperación. Allá lejos y hace tiempo no es más el título feliz de Hudson que, de tan feliz, devino lugar común. Es una obsesión que visita al pensamiento día y noche, a cada hora.

Revolviendo el magro archivo reaparecen los muertos de “allá lejos” y los vivos de “hace tiempo”. Los vivos han quedado en minoría y, por momentos, los siento menos reales que a los muertos. Aquí está la sonrisa de Vicky Walsh en 1974, volviéndose hacia la cámara en Rancho Boyero, cuando viajó a La Habana. O esa mueca indómita en el rostro anguloso de Dardo Cabo. Hay una foto terrible que parece condensar todas las ausencias: María Antonia Berger, el Turco Haidar, el Petiso Croatto y el Negrito Amarilla en un acto de la JP.

También hay fotos de multitudes tomadas desde todos los ángulos y todas las distancias. Desde el clásico mar de puntitos blancos que se pierde en los bordes, hasta las vistas parciales más cercanas, donde se identifican a través de los gestos cristalizados, las emociones predominantes, Hay rostros crispados de furia, agraciados por la alegría de un triunfo fugaz, sacudidos por el llanto.

No todas las imágenes ayudan a recordar con precisión. A veces no recuerdo a quiénes corresponden, en qué momento fueron tomadas. A lo sumo puedo identificar la época... (“Esto pudo ser... esto tuvo que ser...”) ... y nada más. En cambio hay otras que capturaron e inmovilizaron los momentos claves de nuestra historia reciente.

Allí está, por ejemplo. Perón, de traje oscuro, bajo el paraguas de Rucci, saludando en la pista de Ezeiza a la multitud ausente, a los que no pudieron llegar ese 17 de

noviembre. A su derecha, Cámpora sonriente y atildado, a la izquierda Rucci, y en el extremo, pensativo, agarrándose la barbilla, un Abal Medina que parece adolescente.

Pienso en lo que la foto muestra y también en lo que oculta. Y sé que me van a faltar o me van a sobrar palabras para expresarlo. Que sólo me podrán entender cabalmente los que vivieron ese día del Retomo y condensaron en sus horas dieciocho años de espera.

Comprendo una vez más el por qué de la dificultad, la razón de esa aridez que paraliza al escritor frente a la máquina. Como el niño aquél de la parábola de San Agustín, que simulaba meter todo el mar en un pozo de arena, yo quise también encajar a través del ventanuco de las "Lejanías" ese océano de acontecimientos que solemos llamar "una época" Y, como era de esperar, sólo puedo presentar unas pocas postales, sin aparente ligazón entre sí. Escombros que remueve la memoria.

En la mañana del 17 de noviembre de 1972, a diecisiete años y cinco meses de haber sido derrocado por un golpe militar, Juan Domingo Perón logró concretar su primer retorno a la Argentina. El segundo, el definitivo, ocurriría unos meses después, cuando ya gobernaban sus partidarios. El poder, aquel 17, estaba todavía en manos del dictador militar Alejandro Agustín Lanusse, el hombre que lo había desafiado proclamando en un discurso: "No le da el cuero para volver"

No lo hizo, seguramente, para responder a ese desafío, sino para coronar con su imprescindible presencia uno de los procesos de reconquista del poder político más apasionantes que ha presenciado la historia contemporánea. Tampoco volvió en el mítico avión negro con el que soñaban candorosamente algunos peronistas de "la primera hora", sino en un DC10, "charter" de Alitalia, que partió de Fiumicino. Con él viajaron, escoltándolo, decenas de personalidades del peronismo. Militantes juveniles, veteranos dirigentes políticos y sindicales, curas tercermundistas como Carlos Mugica, escritores, cantantes populares como Leonardo Favio y hasta futbolistas, como el "Nene" Sanfilippo.

En ese charter, que estuvo a punto de ir a parar a Montevideo según el avieso consejo del teniente coronel Jorge Osinde y siguió hasta Buenos Aires, gracias a la determinación de Héctor Cámpora, coexistían todas las tendencias del Movimiento. Desde los lectores del *Mein Kampf* hasta los del *Libro Rojo*, pasando por los demócratas liberales y por los que no habían razonado nunca su identidad política y se movían por puro sentimiento o por simple interés.

Mucho antes de que el doctor Cámpora, a la sazón delegado personal del General,

ordenase al piloto descender en la problemática Ezeiza, la dictadura había desplegado 35.000 efectivos del Ejército en tomo del aeropuerto metropolitano. Auxiliados por numerosos blindados y todo el lujo represivo de la Policía Federal, constituían una formidable muralla que un pueblo desarmado no podría perforar.

Sin embargo, a despecho del gigantesco dispositivo comandado por el general Haroldo Pomar, a pesar de los pronósticos apocalípticos, medio millón de personas marcharon bajo una lluvia inclemente hacia Ezeiza. No pudieron quebrar el círculo de hierro, no estuvieron en las azoteas de la estación aérea, pero marcharon. De nada sirvieron las encerronas, los gases, los garrotazos y los disparos de Itaka con balas de caucho; recogiendo heridos, sorteando escollos, atravesando campos y riachos, marcharon hacia Ezeiza.

Es inútil. Está bien. Pero no dice nada. Trato de pensar en el largo exilio de Perón y termino pensando en nuestro exilio. Porque ahora cualquier político avisado, cualquier sociólogo a la carta se sorprende de que el gran país de la inmigración se haya convertido en el país de la diáspora. Y sin embargo, judíos del Sur, pastores de alucinaciones, eternos convidados de piedra de todas las latitudes, la diáspora parece ser nuestro distintivo nacional, nuestra marca de fábrica. Unitarios y federales, liberales y conservadores, nacionales y cipayos, peronistas y antiperonistas, antes y después de la gran inmigración, por persecución o nostalgia de las luces del centro, por indoamericanismo o por tendencias europeizantes, por guita, por impotencia, por intrepidez, por miedo, por locura, casi todos los argentinos decisivos fueron a dar con sus huesos en el destierro. Pienso en Alberdi, en Sarmiento, en San Martín, en Rosas. ¿Por qué esa ley severa? ¿Qué fuerzas ocultas trabajan para la disgregación, para la descomposición del cuerpo social? ¿Cuándo cesará el patrocinio de la lejanía, la marca de fuego de la añoranza?

Trato de perforar la muralla de la realidad que se me aparece en forma de ventana abierta al tránsito de Mariano Escobedo. (Ahora es de día y me refugio en esa claridad para olvidar la ominosa reiteración del atardecer extraño.) Voy a la búsqueda de lo que no puse sobre el 17 de noviembre, de todo lo que perdí en el camino, o arrumbé en los archivos desordenados de la memoria.

Hubo aquel 17 uno de esos momentos de parálisis que la Argentina produce con cierta frecuencia. Resulta pobre decir que son fenómenos sociales o políticos, porque hay algo más: sería más propio contabilizarlos como atmosféricos, o cósmicos. El enrarecimiento de la realidad abarca todas las facetas y brota de la misma pampa la certidumbre oscura de que todo está permitido. Todo puede suceder. La sensación más palmaria es ésta: no hay mañana, por la sencilla razón de que es inconcebible imaginarla.

El 17 de octubre de 1945 fue uno de esos días-vértice; el 29 de mayo de 1969 lo fue también. Son como bisagras donde se condensan años de historia, donde se ve a la historia dar vuelta la página para comenzar un nuevo capítulo. En esas horas decisivas el pueblo, las masas ignotas e ignoradas, se dedican con fruición a borrar años de rutina y marginación. El santo y seña suele ser: *"Se acabó, esto no puede seguir"* y el síntoma más preciso es una frase sacramental que circula con estudiado sigilo por las calles y se cuela por todos los rincones: *"Parece que hoy va a haber quilombo"* Algún loco podía matar a Perón y el país se convertiría en un inmenso cráter. Para protegerlo, rompiendo la tradición de la Marina de Guerra, el guardia marina Urien sublevó en la madrugada del 17 a una compañía de infantería de Marina, acantonada (¡lo que son las cosas!) en la Escuela de Mecánica de la Armada. Fue preso por su audacia, pero se jugó el albur de ser fusilado. En los barrios, los combatientes de las organizaciones armadas peronistas velaban las armas, insuficientes para una gran insurrección. Irían en paz a Ezeiza... pero si algo le pasaba a Perón...

Perón-Proteo. La imagen válida de todos los sueños. La clave de todas las victorias, colectivas e individuales. Mientras alzaban los puños al cielo presentando su divisa: *"Acá están, estos son, los leales a Perón"*... mientras improvisaban el festivo: *"A la pelotita, a la pelotita, a la pelotita... que Perón está cerquita"*... mientras se acunaban en la catarsis: *"Lanusse gorilón, el pueblo le saluda: la puta que te parió"*... o se abroquelaban frente a la Guardia de Infantería con el clásico: *"AR-GEN-TINA, AR-GEN-TINA "* Almacenaban expectativas diversas, que sólo podía amalgamar el Bienvenido. Algunos viejos confiaban ciegamente de que ahora volverían los años de las vacas gordas, repletos de aguinaldos y "sanperones"; otros viejos recordaban el miedo de los caños puestos de madrugada, las huelgas y las ocupaciones de fábricas, el largo silencio impuesto, el clásico insulto de los señores de la Rural (*"estos peronachos de mierda"*), los primeros pintados en los muros con tizón, o tajeados en las maderas con cortaplumas; los enigmas del Viejo, las decisiones a la distancia que habían acatado ciegamente o habían cuestionado votando en blanco; todo, todo lo que ese hombre representaba en sus vidas de madrugones y bronca. Pero había también jóvenes. Jóvenes peronistas de siempre, de familia, que habían recibido una bicicleta de Evita, o habían sentido la gramilla gloriosa de las "canchas en serio" en los Campeonatos Juveniles... Y también de los otros: hijos de la clase media antiperonista que Onganía incorporó a patadas al Movimiento Nacional. Hijos de pequeñoburgueses radicales y socialistas, de señorones burgueses, hasta de oligarcas y generalotes. Había quienes pensaban, del Viejo, que quería como ellos la guerra revolucionaria y el socialismo nacional. Y los que estaban convencidos de que el país estaba por celebrar un vasto armisticio y alcanzaría, por fin, la tranquilidad.

"San José era Radical..."

San José era radical.

Y la Virgen Socialista...

y la Virgen socialista.

Y tuvieron un hijitooo...

¡MONTONERO Y PERONISTA!

ae, ae. ae. ae."

Perón, Isabel y su séquito, fueron virtual mente encerrados en sendas habitaciones del Hotel Internacional de Ezeiza. Pasado el tumulto de la mañana, el pueblo peronista se pegó a la televisión y la radio para tratar de desentrañar las claves de lo que estaba pasando "allá arriba" Iban y venían los emisarios oficiales. *Lanusse quiere que dialogue, pero el Viejo no le da pelota.* Frente a la salida del hotel, la Policía Militar de la Fuerza Aérea había instalado una *punto cincuenta* claramente perceptible en las imágenes televisivas. Dos ametralladoristas, cagados de espanto, apuntaban al rectángulo donde podía aparecer la alta figura del General, que para los militares era el "señor Perón". El país entero estaba al acecho, tratando de adivinar el resultado del match. Perón podía hablar con Lanusse, podía volverse hacia el avión que lo llevaría de regreso a la Quinta "17 de Octubre" y podía... y pudo. Comenzaba a clarear, cuando esta vez decidió jugar no ya a la Dama —como en el 64— sino a la Dama y al Rey mismo. Salió. Simplemente eso. Salió del hotel. La *punto cincuenta* siguió muda en manos de los ametralladoristas que desde siempre supieron que no iban a abrir fuego, se subió al coche y se dirigió, como cualquier señor, a su casa de Gaspar Campos, en el suburbio de Vicente López.

Una multitud delirante saludó el paso del cortejo triunfal. Entonces ese barrio, esa calle arbolada, elegante y solitaria que era Gaspar Campos, dejó de ser el escenario habitual de los caniches con el pelo recortado para los concursos del "Kennel Club", de los paseos en bicicleta de niños perfumados y prolijos, de niñeras con bebés rosados como manzanas, para convertirse, durante varios días, en el campamento de los bárbaros. Las blancas paredes sufrieron los estragos del aerosol: "FAP, FAR y Montoneros, son nuestros compañeros", "Lanusse, marmota, Perón regresó cuando le cantaron las pelotas". El dulce césped de una plazoleta cercana fue hollado por miles de pies que bailaban o saltaban frente a las hogueras en un candombe que seguía frenético y delirante hasta la madrugada. Perón tuvo que salir mil veces al balcón del piso superior. En traje negro, primero, en pijama después, siempre extendiendo los brazos y lanzando hasta la afonía ese "Compañeros" que el país había imitado, conservado, presentido y aclamado en

películas clandestinas, en cartas manoseadas por cientos de militantes, en cintas que llegaban desde la Meca madrileña.

“Muchachos, déjenme dormir, hace tres días que no me saco los botines”, había mitad suplicado, mitad ordenado, a los miles que se apretujaban en la estrecha calleja, que pisoteaban los geranios de los vecinos en fuga, que se habían olvidado de todo, empezando por la dictadura.

En un santiamén reunió a todos los políticos que rehusaban entrevistarse con la dictadura moribunda. En pocos días organizó el peronismo y sus aliados en el Frente Justicialista de Liberación y dejó su voluntad flotando en el aire: la fórmula presidencial era Cámpora-Solano Lima. Recién cuando voló a España la gente retomó a la medianía gris del gobierno militar. Durante pocas semanas había alentado la ilusión de una isla popular dentro del país militarizado.

Todo el mundo dejó para después las respectivas aprensiones. Los jóvenes no quisieron pensar en López Rega y los tipos siniestros que habían copado Gaspar Campos. Estos, a su vez, los dejaban gritar pensando que ya llegaría el momento de taparles la boca. La “Juventud maravillosa”, artífice del Retorno, adoptó a Cámpora como Tío, casi como si dijéramos, el hermano del Viejo. Y se alistó para la campaña.

Allí anduvo el Pelado, hablando en Resistencia con el Tío, Solano y Abal Medina; escuchando sin poder dar crédito a sus oídos cómo el viejo conservador, candidato a vice, confesaba su fe “montonera”. Viendo también, cómo —ya en medio de la campaña— los peronistas se cagaban a palos entre ellos.

Vanesa era una nena de dos años. Fernando un bebé de meses. La Negra se repartía entre los chicos, la militancia y el aprendizaje de esa realidad, que a priori se le había antojado cartesiana y europea y sin embargo le iba mostrando cuotas crecientes de irracionalidad y realismo mágico.

Miro la piscina del Deportivo Chapultepec y el oleaje precario que levantaban los “chavos” Recuerdo confusamente un poema de Borges que habla de las imágenes que le “robamos” a los muertos. Pienso en Dardo, en esos días y noches de Gaspar Campos, en sus manos huesudas desolladas de tanto tocar el bombo. En el beso que me dio la Tía Tota y su hija, Carmencita Carnaggi, sombras perdidas en la Escuela de Mecánica. Pienso en ciertos malentendidos que se eluden cuidadosamente. Dardo a los quince, yendo con su padre a poner bombas. Dardo de regreso de aquel viaje a Madrid, emborrachado por su encuentro con Perón. Dardo privado de la luz que usurpamos los sobrevivientes. Arrebatado de los besos y las inefables locuras de María Cristina, de los años nuevos y

mozos de su Tata. Muchas veces trato de usar el privilegio de seguir pensando y recordando para cederle un espacio, para preguntarle qué diría ahora... *que tenemos que hablar de tantas cosas...*

Los pueblos reciben, a veces, anticipos de su hora. Prenuncios joviales y espléndidos que, si son frustrados, conducen a largas pesadillas de las que cuesta sangre y generaciones despertar. El lapso que se extendió entre marzo y junio de 1973 fue uno de esos veranitos de San Juan que interrumpen fugazmente un largo invierno. Una anécdota ilustra a la perfección el sentimiento predominante en aquellos días: estábamos en la Zona Militar del Aeroparque Metropolitano aguardando la llegada de algunas delegaciones invitadas a la asunción presidencial de Cámpora. Charlábamos animadamente cuando una voz metálica y castrense emergió en los altavoces y nos hizo callar: "Informamos a ustedes que en estos momentos hace su arribo a este aeropuerto la máquina que conduce el Señor Presidente de Cuba, don Osvaldo Dorticós" Gustavo Roca me codeó para decirme en voz no muy baja: "Te das cuenta: ¡éste ha dejado de ser un país de mierda!"

El clima de Gaspar Campos se trasladó, la noche del 11 al 12 de marzo, al barrio de Palermo. En el cruce de Oro y Santa Fe, donde alzaba su vetusta y corroída mole el edificio del FREJULI, se fue concentrando una abigarrada multitud que la policía trataba inútilmente de dispersar. A medianoche, cuando el triunfo peronista todavía no era reconocido por el Ministerio del Interior pero ya era evidente para todos, desde uno de esos balcones que amenazaba desplomarse sobre la muchedumbre, se leyó la lista de los que habían caído a lo largo de 18 años para que el peronismo volviera al poder. A cada nombre, cincuenta mil personas respondían ¡presente! Y pronto los policías que habían tirado gases empezaron preventivamente a levantar los brazos copiando el gesto de la victoria.

El 25 de mayo medio millón de frenéticos manifestantes coreaban "*Se van, se van y nunca volverán*" Y ese gigantesco cartel, que ahora veo en otra foto, casi cruzaba la plaza de lado a lado. No fue fácil para los ministros que tenían que jurar y para el propio Presidente electo, llegar a entrar en la Rosada. Las gigantes caspuertas parecían a punto de ceder ante las sucesivas marejadas. Pero, me permito recordar: ni siquiera en ese momento, único en muchos años, el júbilo fue completo y perfecto. Los custodios del almirante Coda, indignados por los escupitajos que condecoraban la espalda azul de su jefe, exasperados por los insultos incesantes, abrieron fuego sobre manifestantes de la Juventud Peronista, Hubo sangre en las banderas y el peligro de una reacción popular de alcances apocalípticos. Dentro de la Rosada se sentía el rugido de la marea; las puertass se entreabrían dejando ver miles de caras enfurecidas; los granaderos pusieron rodilla en tierra y apuntaron los fusiles hacia la entrada de la explanada; algunos policías

blandieron las cuarenta y cinco.

Adentro y afuera Dardo, Gullo, Bettanín y otros dirigentes de la Juventud alejaron a la policía, dieron órdenes a los atribulados conscriptos que no sabían a quién obedecer. El poder era una pelota que picaba en el área penal, esperando ansiosa el remate que la condujera a la red. Durante unos minutos el pulso del país entero volvió a detenerse y, entonces, en medio de la euforia, pese al Chicho Allende y a Dorticós escoltando al Tío frente al busto de la República, algunos agoreros, algunos cavilosos en exceso, reparamos en la extraña sonrisa de Lanusse y pensamos que los milicos no se iban a ir tan fácilmente.

Por la noche cincuenta mil manifestantes fueron a liberar a los presos de Villa Devoto. Aunque ya estaba lista la amnistía, aunque se sabía que el Congreso la votaría prácticamente por unanimidad, no querían que pasara el 25 de mayo sin que estuvieran en libertad. El viejo penal ofrecía un espectáculo alucinante. Los presos, tanto los políticos como los comunes, habían incendiado sus colchonetas y las llamas salían por las ventanas enrejadas. Un gigantesco resplandor, una impresionante humareda, le daban al cuadro la apariencia de una verdadera quema de la Bastilla.

Ahí te vi, Paco, entre cánticos y gritos. Con tu bolso al hombro y tu saco azul gastado, palmoteado por mil manos, subido en andas.

Y también hubo tiros. Cuando ya se habían ido los liberados, cuando los comunes se resignaron a quedarse, no faltaron las provocaciones que hicieron soltar la bronca acumulada de los guardiacárceles. En vez de festejar con todos en la Avenida La Plata, en ese lugar donde los tanques de Villar habían entrado tan poco tiempo atrás, tuve que llevar un herido a un hospital.

Esa noche, esa misma noche, a mil kilómetros de Buenos Aires, el pelado Dri ingresaba, junto con Adam Pedrini y otros dirigentes, a rescatar a los únicos cinco presos que quedaban en la cárcel de Resistencia. Cuatro eran militantes de la JP; pero había un quinto, petisito, atildado, con un negro bigote policial, que los saludó untuoso y les agradeció la libertad. No estaba allí por militar contra la dictadura sino por haber participado en el asesinato de una estudiante judía de izquierda. Se llamaba Alejandro Giovenco y murió un año después, cuando le explotó en medio de la calle Corrientes, la bomba que iba a poner en un local de la "Juventud maravillosa"

Ahí está, otra vez nos quedamos cortos. Vuelven siempre a la memoria los episodios sombríos de la fiesta. Los preludios de la carnicería. No está, por ejemplo, aquella escena que viviste en la madrugada del 12, en un bar de la Avenida Santa Fe,

cuando aquél viejito sacó (¡vaya uno a saber de dónde!) ese copón más grande que una tinaja, lo hizo llenar de cerveza y le dio de beber a todos los parroquianos. Ni la colorida descripción de aquellas gigantescas movilizaciones que asombraron a todas las delegaciones internacionales y les contagiaron el mismo triunfalismo que nosotros teníamos. ¿Dónde están esos que alzan las banderas rojinegras? ¿Dónde está ese chango moreno que le da al bombo con la manguera? ¿Dónde ese muchacho pecoso del gamulán que putea? ¿O aquél que abre los dedos de la “V” de la Victoria? ¿Y el pibito ése que asoma debajo del cartel? ¿Y los mineros ésos con sus cascos? ¿Y los miñones de la JUP con sus bluyines?

Las fotos me los muestran en ese presente perfecto de la victoria que escomotea la secuencia.

No hay desengaños.

No hay noche triste de la masacre. Regreso de Ezeiza por la autopista. Millones de silenciosos bajo el humo de las hogueras y el aullido de las ambulancias.

No hay Perón que baja en Morón. Que no habla en Ezeiza. Que pone cara de malo el 21 y le echa la culpa a la Juventud Maravillosa.

No hay boludeces: teorías del cerco. “Rescates del General”. No hay apresurados ni retardatarios.

No hay media Plaza que se vacía cuando el General habla de “estúpidos”. “imberbes”. Ni Plaza llena, de nuevo, para esa despedida que fue el 12 de junio.

No hay pendejadas, utopías. Una tortilla con mucho huevo y poco seso.

No hay ese agujero de la muerte de Perón, tan prevista, tan temida y tan llorada.

No hay un emputecimiento gradual de todo que prenuncia la masacre al mayoreo.

Ese que está ahí tal vez no sabe que su destino, a corto plazo, es el fondo del río.

O una cuneta en la madrugada.

Esa chica de la vincha en la frente todavía no fue violada.

Ese que trepa por el árbol para ver mejor el palco no se retuerce en la parrilla.

Aquel que levanta el cartel: "Bienvenido General a su Argentina" no conoce las calles de su propio exilio.

No comió anticuchos en Lima.

No puteó por lo bajo a los que le niegan la visa.

No preguntó en mal francés dónde está el Palacio de las Naciones en Ginebra.

No vendió biyuta por las calles de Madrid.

No se salvó cagando para recordar, en un zaguán de Amberes, que perdió a toda su familia.

¿Y ese... ese porrudo, medio beatie...?

¿Y el grandote aquel, del overol?

Bueno, ése no tuvo más remedio que quedarse.

Para comer mierda.

Para que lo echaran de la Ford después de diez años de laburo.

Para ver que el delegado que se hacía el loco no aparecía más.

Para no poder pagar el alquiler, ni la luz.

Para leer en un diario prestado las declaraciones de un funcionario opinando que "en la Argentina se sigue comiendo todos los días"

Para enterarse de que él solo debe 2.000 dólares de deuda externa, pero que si pone a la señora y los pibes deben como 10.000.

Para que lo caguen a patadas en la cancha por cantar la Marchita.

Una última foto...

Es de junio de 1975. Un drástico aumento de tarifas, una brutal devaluación, provocaron la reacción generalizada de los trabajadores. Hubo huelga general de 48 horas y una gigantesca movilización inundó la eterna Plaza de Mayo. Los manifestantes llevaban muñecos con la efigie de López Rega colgado. Los dirigentes sindicales

recordaron el viejo apotegma y, haciendo de tripas corazón, se enfrentaron a su propio gobierno diz-que-peronista. El folklore nacional, pródigo en puebladas, insurrecciones y atentados diversos al Orden Urbano, lo denominó el *Rodrigazo*, para que pasara a la historia el ministro Celestino Rodrigo, quien se anticipó unos meses a su colega del gobierno militar.

Cuando los que habían patrocinado la masacre de Ezeiza y armado a sus organizadores vieron que las “palabras peronistas” no bastaban para contener la insurgencia de los que exigían “hechos peronistas”, pasaron de los planes al diseño operativo. El viejo reaseguro estaba en movimiento. Nueve meses después, los tanques apuntaban a la Rosada. La Plaza de Mayo estaba vacía y un helicóptero se llevaba a la Presidente. Los Acosta, los Whamond, los Alí Seineldín, y también los Martínez de Hoz, los Alemann y los Cacciatore-Cacciatulti, entraban en escena.

Pero no importa. Ahora sí encontré la foto que buscaba. La pongo al lado de las que salen en *Clarín* hoy día y hago una comprobación interesante: pese a los siete años, y a todos los simulacros y guiños de la funeraria impostora, sacudo una pequeña bolsa llena de guijarros, alegres como insultos merecidos, una cándida alforja de presentimientos que me aseguran que están. Que no pudieron matar a todos, ni encañarlos, ni desaparecerlos.

Que los muchachos están para cualquier cosa.

XII La posibilidad

—Juan, presentarse en Sala de Operaciones. Repito: Juan, presentarse en Sala de Operaciones.

Alzó la vista hacia el parlante. La voz agregó:

—Tucho Valenzuela cayó empastillado. Repito: Tucho Valenzuela cayó empastillado.

Fue un sacudón durísimo. Oírlo ahí, en el Archivo, mientras acomodaba unos recortes de *Le Monde* sobre el Mundial y las Madres. Oírsele decir a esa voz anónima, de ellos, que brotaba desde las profundidades del Casino de Oficiales.

Pensó enseguida que era cierto. Que no se trataba en este caso de una burda maniobra de acción psicológica. Las rodillas le temblaban y rogó que Tucho estuviera muerto. Imaginó con horror qué sentiría si fuera Tucho y cayera vivo después de haberlos engañado.

Salió apresuradamente del Archivo y se topó con Beto.

— ¿Oíste?

—Sí— repuso Beto, pálido, con arrugas en la frente.

—Eso significa...

—Lo que dijeron: que se tomó la pastilla.

—Pero... ¿murió?

—Claro.

—Sin embargo...

—No. Cuando dicen así, es que murió.

La seguridad de Beto lo alivió. Retomó al escritorio y recordó la última cara de Tucho. (“Animo Tucho, no aflojés.”) Una visión que volvería muchas veces.

Escuchó la risita y alzó la vista. El Tigre lo espiaba. Parado frente al escritorio, sonriente, los brazos en jarras.

— ¿Qué sabés de Tucho? — insistió.

— Lo que acaban de decir: que cayó empastillado.

El Tigre parecía distraído hojeando un ejemplar de *Redacción*.

— En México dijo que vos sos un gran tipo. Que pudiste entregarlo y no lo entregaste.

“¿A qué viene esto ahora?” — pensó el Pelado—. “Este hijo de puta ni nos deja enterrar a nuestros muertos.”

El Tigre dejó la revista y se inclinó hasta rozarlo. Le dijo echándole el aliento:

— Así paga Firmenich a sus fieles. Con la pastilla.

Los campos de concentración traen a la memoria las costumbres cortesanías. Mundo cerrado, donde el poder sobre la vida y la muerte se desnuda a cada paso, suele prohiar conductas barrocas y retorcidas, cargadas de malicia y sutileza.

Por encima de los rangos fijados por el escalafón, el Tigre reinaba en esa corte de los milagros; tenía sus favoritos. Algunos eran integrantes del “ministaff” otros pertenecían al Staff. El sin duda, no los había escogido por esa razón. Jamás hubiera podido admitir ante sí mismo otro poder que el propio. Pero, tal vez, era una manera inconsciente de tirar puentes hacia esa suerte de sindicato de las tinieblas.

Al segundo grupo pertenecían, como ya se ha visto, Quica, Chiche y Pelusa. El Pelado, que desde el primer momento buscó su amistad, redobló sus asiduidades a partir de la llamada del Lauchón y, muy particularmente, desde el último apriete del Tigre. Temía, no sin razón, perder los privilegios alcanzados y poner en peligro sus proyectos de fuga.

Quica solía decirle a Chiche, por ejemplo, que atemperase la mala imagen que Jaime tenía ante el Tigre. Chiche, a su vez, argumentaba frente al monarca: “Es una buena persona. Leal. No va a sacar los pies del plato”

Así, por carácter transitivo, la propuesta de Hernán —debidamente camuflada— llegó al capitán Acosta. Jaime se la sintetizó a Quica en estos términos: “Los recortes

sobre Marina en relación con el Mundial son verdaderamente horrorosos. Sobre ellos cae toda la culpa de la represión. Los del Ejército, comparados parecen unos angelitos. El peso fundamental de la campaña lo lleva en el exterior el aparato montonero. ¿Por qué no negociar una tregua afuera con ellos y llegar incluso a liberar a los sobrevivientes, a cambio de que las acusaciones se desplacen hacia otros objetivos?”

Quica lo miró silenciosamente, con sus grandes ojos apagados.

“Yo estoy seguro de que la CN aceptaría una negociación en estos términos”, aventuró el Pelado. Quica se convenció; era factible plantearlo.

Lo habló con Chiche. El Tigre sentía compasión por Quica, pasión por Pelusa y respeto por Chiche. Ella fue entonces la encargada de transmitir la insólita sugerencia.

La respuesta no demoró. A los dos días el Pelado entró en el Archivo y Quica alzó la vista de sus papeles.

—No corre —dijo simplemente.

La Negra y el Turco ignoraban, por supuesto, el resultado de las indirectas negociaciones que había entablado Jaime, pero empezaba a preocuparlos su largo silencio.

Para colmo de males, el primo cura no había viajado y no daba señales de vida.

Olimpia se concentró con más fuerza en la campaña: fue a la embajada norteamericana y le escribió a Cárter. Para su sorpresa recibió una misiva de respuesta, con el sello *Presidan of the United States* y la firma del propio Jimmy prometiendo que el Embajador norteamericano en la Argentina incorporaría el caso en sus pedidos de información sobre desaparecidos. No descuidó ningún frente. El Vaticano seguía batido a dos puntas: desde Panamá a través del Nuncio y el Arzobispo y desde la misma Roma merced a las gestiones del cura Raúl.

Entrevistó a todos los sectores del gobierno, incluidos los más derechistas, y no detuvo la denuncia en la prensa, pese a las advertencias del Agregado Naval quien, por otra parte, no la llamó nunca.

A veces pensaba que el Pelado no hablaba más porque ya lo habían ejecutado; otras se iba dejando invadir por una intuición poderosa: “¿No estará pensando escaparse?”

Un día se atrevió a confiárselo al Turco. Los ojos miopes, detrás de los anteojos shubertianos aletearon, con sorpresa. Enseguida se rió de buena gana.

—Va a cagar todo lo que planeamos, pero sería estupendo que lo hiciera.

Ignorantes de la *Operación Fortuna*, los marinos preparaban, en cambio, la *Operación Cerrojo*. Se designaron dedos y se constituyeron los grupos operativos que establecerían vigilancia en los principales puestos fronterizos.

Jaime no tardó en enterarse. Una noche estaba por apagar la luz para dormir, cuando el Pelado Diego, engolfado en las mantas del catre, abrió los ojos amodorrados y le dijo:

—Parece que en unos días vamos a ir a marcar.

El otro arrugó el entrecejo interrogando.

—A la frontera. Hay que ir a marcar a la frontera.

— ¿Te van a llevar? —arriesgó Jaime.

Diego se frotó los ojos.

—Claro.

El Pelado apagó la luz y oyó que el otro comentaba en las sombras:

—Pero no voy a marcar a nadie. Ya no entrego más a nadie.

Los marcadores más temibles recorrían las calles de Buenos Aires, infructuosamente. Hasta que un día, la Mili, mujer de Alfreddito Nicoletti y uno de los *dedos* de la ESMA, descubrió un rostro conocido entre los parroquianos de un café. Marcó sin vacilar y ahí no más cayó la Munú, que en otro tiempo había estado ligada política y sentimentalmente al Cabezón Habegger, uno de los dirigentes más buscados.

El Sótano, largo tiempo silencioso, volvió a poblarse de alaridos. Los ecos subieron hasta Capucha y la Pecera. El hedor del miedo se elevaba y los fue anegando, contagioso como la peste. La Munú pasó a ocupar la inevitable celda número 13 que acababa de abandonar Miriam Levin, una chupada de Aeronáutica cedida a la Armada.

Con malicia y fanfarronería, el Tigre le comentó al Pelado que tenía en sus manos

todos los resortes para hacer tronar a la Secretaría Política. Y hasta para desenmascarar a ciertos “camaradas de ruta”, a políticos que —según él— insistían en coquetear con los Montoneros.

—Tenemos a la mujer de Habegger —dijo.

Estaba equivocado. La primera compañera de Habegger estaba en el exterior, la segunda había caído en manos del Ejército. Munú sólo era un accidente en la vida amorosa del Cabezón.

—Sabemos cómo es la estructura de la Secretaría Política —se ufanó. Y trazó el Organigrama. Eran datos viejos, inservibles.

—Sabemos que Adam Pedrini se vio con los montos en Brasil —agregó el Tigre, cada vez más exultante—. ¿Qué opinás?

La mención de Pedrini lo alarmó. No era montonero. Era un peronista histórico, chaqueño y buena persona. “Lo van a reventar”, se dijo y se acordó del Adam gaucho y solidario que había conocido en la Cámara de Diputados. Decidió pinchar el globo. Utilizó la verdad para alejarlo de las pistas probables.

—No sé... —comentó—. Me parece que no es así. Fíjese que ahí figura Jauretche a cargo de la relación con las Juventudes Argentinas y Jauretche lleva varios meses en el exterior.

Al Tigre se le borró la sonrisa y se le desinfló el organigrama.

—Bueno... eso es cierto —admitió a regañadientes—. Pero los otros datos me parecen reales. Será cuestión de ver.

Y salió del Archivo.

No es grato, ni bello, ni fácil. Por varias razones. Pueden decirle: “formá parte de la simulación; vas, simplemente le dejás llevar, pero no marcás a nadie. Estás ahí como *dedo*, pero un *dedo* que no señala a nadie” Y luego lo quiero ver en la cancha. Porque siempre lo que a usted le puedan decir no tiene un carajo que ver con la realidad. Yo me puedo pasar un año explicándole a usted el sabor de la pera que si usted no prueba la pera... ya me entiende. El *dedo* pasivo, inerte: *dedo*, en suma, que no quiere ser *dedo*, se ve enfrentado en la cancha a varios problemas serios, delicados (no digo insuperables), pero que lo ponen a uno en tensión y lo obligan a caminar aún con mayor cuidado por el famoso filo de la navaja. El primer problema —a mi modo de ver— es el de la *confusión*:

usted va decidido a no marcar, pero eso es algo privativo de su conciencia, el que está por pasar una frontera no lo sabe y lo ve a usted, se asusta y se toma la pastilla. Usted sabe que, si fuera él, podría reaccionar de la misma forma. Entonces se angustia, piensa en hacerle una seña, en evitar de cualquier modo que el otro se descubra. Pero reza, sí *reza*, para que el encuentro no se produzca, para que ese compañero que lo conoce a usted no aparezca. El segundo problema es el del *dedo activo*. Usted es un *dedo neutro*, pasivo, inocente. Y *ellos* de alguna manera —aunque usted simule— lo saben o lo intuyen. Por eso, quizá, le meten de ladero a un *dedo activo*, a un dedo que no sólo está dispuesto a señalar, sino que, a diferencia de usted, está rezando para que el encuentro fortuito se produzca, para que aparezca el antiguo compañero y poder marcarlo para seguir haciendo méritos, para alejar cada vez más el peligro de la propia muerte. Y ese *dedo activo* se convierte en una suerte de celador que vigila su conducta. No sólo marcará. También le dirá a *ellos*: “él también lo conocía perfectamente y no lo marcó” Porque el *dedo activo* gana puntos marcando a los que están libres y también desnudando la simulación de los chupados. El tercer problema es *estético*. Sí, yo lo definiría de ese modo. En largos años de militancia usted ha ido acuñando tradiciones formales que obedecen a una raíz ética, desde luego, pero terminan por formar una *estética*. Y esa *estética* que usted ya tiene muy arraigada se da de patadas con la situación que está viviendo: ahí, en un control, mezclado con quebrados que no van a marcar pero están derrotados, con uno o dos *dedos activos* y con los horribles de la patota. Usted siente náuseas y se pregunta si no hubiera sido preferible morir. Pregunta tonta, si se quiere, porque lo cierto, lo real y verdadero, es que usted está vivo y optó por simular para cumplir el deber superior que es escaparse. Entonces tiene que aguantarse la náusea y computar el hecho *antiestético* de su presencia entre esa gente, como un paso más hacia la fuga. La fuga, que es el deber de todo prisionero y algo más todavía: el único Jordán posible para lavar la terrible promiscuidad del chupadero.

Al Pelado no lo habían llevado nunca en los “láncheos” y controles. Tal vez por una simple casualidad. O quizá porque el Tigre seguía pensando que no era de fiar. Por esta razón no fue incluido en la cacería del Nariz, por ejemplo. Recién fue sacado de la ESMA cuando el gran operativo del Mundial, porque ese operativo requería el uso masivo e indiscriminado de todas las fuerzas. Una mañana lo incluyeron, junto con Elena, en un grupo que iba a controlar los movimientos de pasajeros en el Aeropuerto Metropolitano, destinado fundamentalmente al cabotaje, pero también punto de partida o llegada de algunos vuelos a Uruguay y Brasil.

Les enchufaron un ladero más peligroso que una cobra: Alfredito Nicoletti. El Pelado le conocía de memoria el *pedigree*. Alfredito, hijo de un proveedor de equipos de buceo para la Marina, había aplicado sus conocimientos subacuáticos en la guerrilla urbana. El, por ejemplo, había metido la bomba que hizo volar en mil pedazos al

comisario Villar y su lancha. También se había sumergido en las turbias aguas del apostadero naval de Río Santiago, para colocar las cargas que hundieron a la fragata lanza-misiles *Santísima Trinidad*, una joya de la ingeniería naval británica que todavía no se había incorporado oficialmente a la Flota. Para rematar había participado activamente en el atentado que dejó malherido al Contraalmirante Guzzetti. Con semejante historial era impensable, sobrevivir si caía en manos de la Armada. Y justo lo agarraron los marinos. En seguida decidió salvar la vida entregando al Negro Ricardo, su jefe y su mejor amigo. Con artimañas y pretextos, valido sobre todo de la gran confianza que Ricardo le tenía, logró que entrase a ciegas y desarmado en un departamento donde la patota aguardaba emboscada.

"Un tipo que hace eso puede hacer cualquier cosa", pensaba el Pelado mientras lo veía a su lado en el Aeropuerto, nervioso, dinámico como un ejecutivo, pero no rodeado de azafatas precisamente.

Una vez en el Aeropuerto llenaron las horas dando vueltas por el "hall", tomándose un café de pie en el bar, hojeando las revistas de un kiosco. Nicoletti no podía estarse quieto. Especialmente cuando salía o llegaba un vuelo. Por la patota había ido Pedro Morrón, chueco, rubio y alto, con pinta de alemán. Un tipo que a veces hacía alguna gauchada, para tratar de tapar un *curriculum* no menos siniestro que el de Nicoletti. Durante mucho tiempo había sido el verdugo de Capucha y el capo de los traslados, hasta que empezaron a ralearse las mazmorras y lo pasaron a *Logística*. A cargo de todos estaba la sombra del Tigre, el veterano zumbo que respondía al apodo de *Mayor*.

Por suerte el tiempo pasó y no se produjo ningún encuentro. El Pelado y Elena se fueron relajando y hasta llegaron a olvidarse de esa posibilidad y de la inquietante escolta. Charlaban lejos de los otros, sentados en las butacas del hall, cuando Jaime volvió a su tema favorito. A escasos metros de donde ellos estaban sentados, esperaban numerosos taxis. Bastaba cruzar una de las puertas de vidrio que separaban a la sala de la calle y tomarse el raje. Elena le hizo ver que no era tan sencillo. Mayor no los perdía de vista un momento. Morrón tampoco y los dos iban armados. Suponiendo que no abrieran fuego en el hall, les bastaba con subirse al segundo taxi de la fila para lanzarse en persecución del fugitivo. Ni siquiera tenían que molestarse en ir a buscar sus autos al estacionamiento. Agregó, además, algunos detalles que el Pelado no había previsto.

—Tenés razón — se resignó Jaime—. Más vale que me quede mosca.

Regresaron sin novedad a la ESMA.

Hubo un segundo control del Aeropuerto. Y esta vez no pensó en treparse a un

taxi. Le preocupaba seriamente el peligro que corría Pedrini. Quería hacerle llegar un aviso antes de que le cayera encima el zarpazo del Tigre. Chiche reemplazaba a Elena. Ni pensar en hablar de fuga con ella. En cambio había suficiente confianza para plantearle lo de Pedrini. Chiche respondió con la solidaridad que él esperaba y juntos se pusieron a buscar, en una guía roñosa, el teléfono del ex diputado.

—No hay caso. No está —suspiró el Pelado después de un exhaustivo paseo de su dedo índice por las páginas de la P.

Se repitieron síntomas del primer control: la primera hora fue tensa y angustiada, después se fueron aflojando, convencidos de que para suerte de todos, no se cruzarían con ningún montonero. El Pelado bostezaba apoyado en una columna cuando lo vio. A medio metro de distancia. Ya bajaba un bolso y se aprestaba a darle un abrazo. Era imposible eludirlo o hacerse el boludo.

— ¡Jaime! —exclamó el desconocido. Y luego la consabida frase trivial, que en esta ocasión lo llenó de zozobra:

— ¿Qué andás haciendo?

El Pelado tartamudeó y pensó en borrarle a toda velocidad, para salvarlo. No era un montonero. Era simplemente un antiguo condiscípulo de la Universidad a quien no veía desde muchos años atrás y que venía a encontrarlo ahí, en semejante brete. El tipo, por supuesto, no captó la situación; pero era evidente que tras la sorpresa y la alegría del primer momento lo empezaba a mirar como un fantasma. Recordaba cosas, cosas que le anulaban la sonrisa y le indicaban que había que esfumarse.

— ¿Vos no estabas...? —alcanzó a balbucear mientras manoteaba el bolso. Y eso incluía varias espesas como: "en el exterior", "en cana", "secuestrado", "muerto". El Pelado no completó la frase y el otro se despidió precipitadamente. El Pelado suspiró aliviado y recorrió con la vista el recinto. A diez metros, de espaldas a ellos, Nicoletti, Morrón, y Mayor, acodados en el mostrador, charlaban animadamente. Ninguno había registrado la curiosa escena.

La suerte no lo abandonaba. Esa misma tarde. Chiche le prometió que en su próxima visita a la familia le haría llegar un mensaje a Pedrini.

De madrugada, en la Pecera, el Pelado le escribió un anónimo al político chaqueño. No lo firmó y evitó cualquier indicio que pudieran identificarlo, pero le hizo notar —por medio de alusiones a la familia de Pedrini— que no se trataba de una celada de los servicios sino del mensaje oportuno de un amigo verdadero. Tuvo la precaución

de escribirlo con carbónico. Después rompió el original y arrojó los papelitos en el inodoro. La copia —en la que era más difícil distinguir la máquina que se había utilizado— se la entregó a Chiche. Ella embutió cuidadosamente la pequeña tira de papel y memorizó la dirección del ex diputado. Al día siguiente le tiraría el mensaje por debajo de la puerta.

La Marina se iba a jugar con lo de las fronteras. Quería demostrar que tenía un grupo grande de sobrevivientes y que su capacidad operativa se mantenía intacta.

Culminaba la Copa Jules Rimet cuando los grupos iniciaron la marcha. No hubo límite para los recursos. Hasta el avión del Coara fue utilizado como transporte.

Junto con los marcadores iban los distintos grupos operativos. Unos a Colonia, otros a Salto, a Foz de Iguazú, a Uruguayana, a Puerto Pilcomayo y hasta a La Quiaca. Puestos grandes y pequeños serían cubiertos conjuntamente por dos o tres chupados y otros tantos miembros de la patota. Como no alcanzaban los efectivos usuales, se incorporó a muchos verdes que nunca habían operado.

El Pelado, anhelante, asistía a cada partida, con la esperanza secreta de ser incluido. Pero la Escuela quedó semivacía y no lo llevaron.

Quica se lo explicó:

—No te tienen confianza.

El Pelado temió que se desvaneciera una excelente oportunidad de fugarse. Sin embargo, no se dio por vencido y abrumó a Quica y Chiche para que intercedieran.

Un mediodía, después del almuerzo, le tocó fajina junto a Chiche. Tenían que levantar los platos del comedor y lavarlos en el baño. Mientras fregaban la vajilla. Chiche le contó el primer rumor de la frontera: Merque, la Burbuja y Laurita habían ido a la Quiaca, territorio del Tercer Cuerpo. Allí las agarró el Ejército junto con los marinos que las custodiaban y las encanaron en el regimiento local.

La novedad pronto llegó al propio Menéndez, que no se andaba con chiquitas.

—Temieron en serio que las boletearan. El capitán León se tuvo que identificar frente al jefe del Regimiento. Y decir la verdad: que las tres eran prisioneras de la Marina. El tipo parece que le dijo: “Bueno, usted puede irse a un hotel, pero estas subversivas quedan a disposición del Ejército”. León le explicó que eran colaboradoras y todo eso, pero el tipo se mantenía firme. Hasta le dijo con mala leche: ‘¿Tanta confianza les tiene?’.

Bueno... luego la cosa subió a Menéndez y el tipo insistió en que se las quedaba el Ejército. Parece que tuvo que intervenir Massera, que habló él mismo por teléfono con Menéndez para que las soltaran...

— ¿Y ahora?

—Las traen. Vienen para acá. Ya deben estar llegando.

El Pelado se sonrió en silencio y siguió enjuagando los platos que Chiche enjabonaba. Volvió al ataque.

—Chiche...

Ella hizo una pausa en la fregada y se lo quedó mirando.

—Sí...

— ¿No podés convencerlo al Tigre?

La mirada se hizo más inquisitiva.

— ¿Por qué insistís tanto en ir?

—Bueno... Vos sabés... —balbuceó el Pelado.

Ella dirigió una rápida ojeada hacia la puerta. Luego le preguntó en voz baja.

— ¿No pensarás en jodemos a todos?

El Pelado compuso un aire de suave reproche.

—Chiche...

— ¿Entonces?

—Quiero ir precisamente para salir de esta situación gris, dudosa, en que estoy. Como un paso más para saber que voy a vivir.

— ¿No tenés suficientes pruebas?

—El Tigre me volvió a apretar con lo de Tucho.

Le constaba que eso era cierto.

—Está bien. Voy a hablar con él otra vez. Por las dudas, no te hagas muchas ilusiones.

La palmeó afectuoso y se pusieron a comentar lo de Menéndez mientras terminaban con los platos.

Descreído ya de la Operación Fortuna, el Turco se fue de Panamá. Para la Negra fue un golpe, el jefe se había convertido en un gran amigo. El reemplazante, Domingo, era un tipo inteligente, pero ni de lejos se acercaba al Turco. Algo rígido y esquemático, no tardó en polemizar con Olimpia.

Sin embargo, lo de Domingo era transitorio. Faltaba lo peor. Y vino, en la persona del Gringo. Ex cura, Oficial Mayor del Partido, un militante muy ácido lo había bautizado “Savonarola”

Chocaron a los diez minutos de conocerse y siguieron chocando todo el tiempo que estuvieron juntos. El Gringo pertenecía a la Secretaría de Relaciones Exteriores y no paró de hacerle críticas a Mendizábal y a la Operación Fortuna.

Para colmo venía cuestionado del país y no sabía muy bien cómo moverse en el campo de las relaciones internacionales. Intentó, sin éxito, que la Negra le *abriera* todos los contactos y cometió una torpeza que irritó a los panameños, al insistir en vivir clandestinamente.

Luego fracasó al tratar de que la Negra le *socializara* el auto que le habían prestado unos amigos panameños y se dedicó a señalarle a toda hora su “individualismo pequeño-burgués”

Debajo de las peleas por menudencias, se enfrentaban distintas concepciones. Además el Gringo desconfiaba seriamente del Pelado, la Negra no tardó en darse cuenta y el antiguo clérigo se le volvió definitivamente odioso.

¿Cómo asociar estos bloques de hardboard con un campo de concentración? ¿Dónde están esas torres de madera, parecidas a mangrullos, que se ven en el cine? ¿Dónde las alambradas de púas? ¿Los trenes que llegan de madrugada colmados de cadáveres que, vaya uno a saber por qué milagro, se mantienen en pie?

Y sin embargo es lo mismo. Estas oficinas que huelen a humedad y encierro, estos muebles inventariados (A.R.A. número tal, A.R.A. número cual), esta repetición hasta el

infinito de los gestos cotidianos. Este día único, idéntico y cristalizado como un diamante, es también la escenografía de un infierno más temible que el “infierno tan temido”. Es la encarnación humana, material, histórica, del infierno, que el hombre repite en la realidad, sacándole varios cuerpos de ventaja a ese Averno de utilería que nos presentaba el Catecismo.

El Pelado intentó dormir la siesta. No pudo. Vagaba por la Pecera, solitario como un fantasma, cuando el Tigre se le apareció como otra sombra.

Vestía su chomba y su gorra de *yachtman*. Lo miró de hito en hito y le propuso:

—Hace falta un relevo en el puesto de Puerto Pilcomayo... ¿quierés ir?

Una vez más, supo contenerse. Simuló reflexionar un segundo. No más de un segundo, no fuera cosa de que el otro se arrepintiera.

—Sí, cómo no. Yo voy, señor.

Sabe que parte este domingo. Nueve de Julio. Siempre lo escribió con mayúscula. La Señorita. El chocolate del 9 de julio. La Casa de Tucumán deformada por los *crayones* infantiles. Parece joda: el día de la Independencia. ¿Será el día de *mi* Independencia? ¿O el umbral de una muerte segura? ¿Qui lo sá? Me voy. Olimpia, me voy. Me llevan a la frontera. Ellos me han vuelto a hablar. ¡Ave César, los que van a vivir te saludan! Insisten con sus recomendaciones. Me presionan de una manera sutil, insidiosa, como si adivinaran que estoy por traicionar a los elegidos. Ojo al individualismo. Solidaridad de grupo. O nos salvamos todos o no se salva nadie. Lo siento: no estoy de acuerdo. Ustedes también son libres... Bueno, libres de optar, quiero decir. ¡Pobre Chiche, me avaló ante el Tigre! ¡Pobres todos! Sin ellos, sin su trabajo, sin los sobrevivientes, sin el GS, no me podría fugar... No. No los van a matar. Me juego la cabeza que no van a matar a nadie. ¿Acaso mataron cuando se fugó el Nariz? Amenazas sí, pero no nos mataron. Acá hay un proyecto muy grande. El Tigre me lo dijo una vez: los Predicadores del Arrepentimiento. En la próxima apertura serán los peores enemigos de cualquier propuesta revolucionaria. Porque no hay peor reaccionario que el revolucionario renegado. No le demos bola a la culpa. A una política distinta que se empeña en seguir usando el lenguaje de afuera. "Tenés que subordinarte al conjunto." ¡Déjense de joder, compañeros! ¿Desde cuándo un soldado tiene que esperar la libertad de manos del enemigo? Nuestro deber es fugarnos. Si no nos fugamos, les estamos haciendo el juego. Todos estos meses viví obsesionado por la fuga. La fuga me sostuvo en esta casa de los muertos vivos. Y ahora me voy a fugar... si me dan las bolas. Porque no es fácil. Siento que soy un zombie entregado a la resignación, yo me las tomo. Aunque me vaya el pellejo en la patriada. Y aunque ustedes

me digan hijo de puta. Porque, para fugarse, también hay que ser un poquito hijo de puta. ¿O no?

Lo llevaron el domingo 9 de julio de 1978, a la mañana. Antes de dejar la ESMA pudo despedirse de Elena. Ella estaba sentada en el Archivo, frente al escritorio que el Pelado había usado hasta el día anterior. Por un curioso juego de espejos, que ya se había producido otras veces, supo que ahora él era Tucho en Funes y que, tal vez, Elena era Jaime. Además había recuperado el carisma de Madre Universal. La rodeaba un aura especial cuando él se acercó y le agarró el hombro con un cariño nervioso y torpe.

Volvió a sentirse conmovido por todo lo que Elena le había dado en esos meses. Preocupado por dejarla atrás en la arremetida brutal de la fuga. Culposo por hacerla cómplice sin palabras, sólo con los ojos. Sometiéndola al destino improbable pero posible (si todo se pudría), de aguantarse una nueva tortura y no delatarlo. Porque en un campo no hacen falta las palabras para recabar complicidades: uno puede matar con los ojos.

Elena tenía la nariz enrojecida y le temblaba la barbilla, cuando le apretó la mano y le deseó:

— ¡Suerte, Pelado!

Iba ya por el pasillo, cuando la oyó decir:

— No te apures. Pelado.

Se dio vuelta y la vio de pie, indefensa, detrás del escritorio. Le dirigió una última sonrisa.

— No te preocupes.

XIII La fuga

1. *Las Vísperas*

El avión de línea de *Austral* carretea hasta tomar posición en la pista. Es un día fosco y nublado y sopla un viento del lado del río que no presagia nada bueno. Se aceleran las turbinas y retiembla la estructura. Comienza la carrera. Va viendo en un vértigo la torre que queda atrás, las otras instalaciones, los árboles de la Costanera que tapan el río. Pero el paisaje no cuenta, mira hacia el futuro. La loca carrera llega a su clímax: *fase crítica A*. Cambia el plano. Levanta rápido. Ahora se ven los autos en la Costanera y el río sin costas a la vista, cambiando su marrón de los días soleados por el gris del cielo. La mole trepa hacia las nubes, envuelta en un pesado vaho de nafta. A su lado está Serafín, silencioso, ensimismado. Hay turbulencia. Todavía no se puede prender el primer cigarrillo. Vuelan un tramo sobre el río, se distingue el contorno de Buenos Aires. Allá abajo están los blancos edificios de Belgrano y Núñez, la ESMA. Recuerda el viaje que hizo encapuchado, id ver los rizos de esas aguas que no se lo tragarón para siempre. El río parece inofensivo, con esos barcos de juguete. El avión va trazando penosamente la elipse. Se estabiliza. La nariz apunta al norte. La nariz... Nariz. Proa a Formosa. Las "lanchas" proa al norte. Proa a la Escuela. ¡Zarpar! Se apaga el cartelito que prohíbe fumar. La cabina se inunda con un Henry Mancini que no hace juego con los dos horribles que van en el asiento de atrás. La voz acaramelada de la azafata comenta las huevadas de costumbre: no se puede fumar en los baños... el capitán (un señor de apellido genovés) les informa que el vuelo tendrá una duración de... a una altitud de... Serafín se empeña en retrotraerlo al pasado: le está ofreciendo un cigarrillo. "No, dejá, voy a fumar de estos." Ahora tiene "su propio veneno", esos Jockey, tan distintos a los Parisiennes, que le devolvieron la condición humana. Los tipos de atrás ya se están preguntando si hay algo de comer y si servirán whisky. Ya no se ve el río, ni Buenos Aires. Vuelan sobre una capa de nubes sucias, como nieve pisoteada. Serafín pidió modestamente un juguito. Qué Serafín éste... Entregó, sí. Pobre pibe débil, machacado por la tiniebla. No entra en el Código del Gordo Alfredo, de... Agarran un pozo de aire que hace saltar la bebida en los carritos y en las bandejas. Serafín se sonríe, expresivo. El Pelado apunta, canchero: "No, yo no le tengo cagazo, no te olvides que soy piloto. Hasta me gusta un poco cuando baila. Claro, sin exagerar". Sigue prendido el letrero del cinturón. "Señor, ¿qué va a tomar?" Gaucha la piba, y linda. Se sorprende pensando que, pese a la larga abstinencia, le resulta tan atrayente como el ruido de las turbinas. "Un jugo de naranja, señorita." La chica abre la lata con la misma cancha que exhibió para atender a ese gordito de la otra fila que la piropeaba. El Pelado es un "señor" más. La agitada o soñolienta humanidad que ocupa casi todas las butacas, ignora que viaja junto a dos "desaparecidos". A dos exponentes de la "subversión apátrida".

Incluso un señor atildado, con pinta de gerente, se atreve a pedirle el diario que metió displicentemente junto a la bolsa de vomitar y la cartulina con instrucciones para un acuatzaje inverosímil. ¿Se fugará en Formosa o será un intento más? ¿Una simple fantasía?...

El avión aterrizó en el aeropuerto de Formosa poco después de las cuatro de la tarde. Apenas salieron del aparato, tuvieron la impresión de que entraban en un homo. Pese a ser invierno, Formosa los recibía con el sol que había huido de Buenos Aires y refractaba sobre el asfalto de la pista. Los aguardaba un jeep de la Gendarmería que los condujo a Puerto Pilcomayo. En el Casino de la Subprefectura los esperaban Beto y el Pelado Diego. Jaime puso a funcionar la computadora. Conocía el lugar, aunque no al dedillo. A partir de ese mismo momento, fue aprovechando las charlas casuales para su clásico relevamiento. Hombres, detalles geográficos, fueron registrados hasta la minucia.

Inmediatamente lo pusieron a las órdenes de su custodio, Dany, un suboficial de Marina de unos 23 años, que vestía ropas civiles. El Pelado observó en seguida que el diminuto guardián escondía un fierro bajo la campera.

Al día siguiente, Jaime, seguido como su sombra por Dany, fue instalado en el control de las lanchas y la balsa, que hacían varias travesías diarias entre Puerto Pilcomayo e Itá Enramada, en la ribera paraguaya. A Diego y al Beto los enviaron a controlar el puente, ubicado a pocos kilómetros, y a Serafín lo apostaron en el pasillo de peatones.

El Pelado trató de intimar con Dany para enriquecer el almacén de datos. No le resultó fácil. El guardián se inclinaba más a contarle sus proyectos matrimoniales: había comprado un terrenito para construir el nido donde fornicar reglamentariamente. Pero alguna cosa que otra iba largando.

Las apariencias eran de una extrema libertad: dentro de un determinado perímetro y fuera de los horarios de guardia, los chupados podían moverse a sus anchas. Claro que las apariencias engañan. Aunque la ESMA tenía escaso personal en el área, estaba el puesto de la Subprefectura, con un grupo apreciable de oficiales y suboficiales. Además, a unos cinco o seis kilómetros tierra adentro y sobre la ruta, había una guarnición de la Gendarmería Nacional. Más adelante, a unos diez kilómetros en dirección a la capital provincial, un destacamento de gendarmes todavía más importante.

Ni la Gendarmería, dependiente del Ejército, ni la Prefectura, a órdenes de la Armada, conocían la índole real del operativo que llevaban a cabo marinos y chupados.

La población local, por supuesto, estaba *in albis*. Un comunicado de la Policía Federal había contribuido a desinformarlos; en él se hablaba de un operativo de fronteras “para controlar a los narcotraficantes”

Jaime, Diego, Serafín, Beto y sus respectivos guardianes, aparentaban ser agentes de los servicios de seguridad en busca de droga.

Marina tenía que proceder con tacto, no solo para preservar la índole real del control, sino para evitar conflictos con el milicaje local. Ya había bastante despelote entre Gendarmería y Prefectura como para seguir echando leña al fuego. Los gendarmes controlaban el puente de vehículos y el de peatones; los de Prefectura los atracaderos y la balsa. Los primeros temían que los otros les estropearan su jugosa participación en el negocio del contrabando. Por eso, Marina tuvo que aclarar, reiteradamente, que no se proponía controlar los movimientos “habituales” del lugar, para terminar de aventar cualquier suspicacia.

Esta curiosa situación jurisdiccional determinó que cada cual se concentrara en lo suyo sin prestar atención al trabajo de los demás. Para los chupados en general y muy particularmente para Jaime, redundó en una gran libertad de movimientos y un considerable relajamiento del control.

El Pelado —tras una prolija evaluación de todos estos datos— llegó a la conclusión de que se imponía *la fuga hada adelante*. O sea, hacia el Paraguay. Tratar de internarse en territorio argentino era una locura; la cacería se iba a desatar en seguida y solito mi alma, sin medios ni amigos en la zona, sería presa segura de sus perseguidores. Frente a una emergencia de tal naturaleza, la cobertura de las drogas se iría al diablo en diez minutos y pondrían toda la carne sobre el asador para atraparlo.

Pronto observó que la nueva prisión tenía rejas invisibles.

Se movía con libertad, pero Dany no le sacaba el ojo de encima. Con todo logró hacer interesantes descubrimientos, que podían resultar imprescindibles en caso de fuga.

Arriba del muelle de las lanchas había un pequeño barcito, un tabuco armado con maderas y latas de propaganda, al que a veces subía para tomarse una gaseosa. El despacho de bebidas tenía teléfono y (¡oh, maravilla!) guías del Paraguay cercano. Haciéndose el estúpido y mirando de reojo hacia el muelle, para comprobar si Dany se avivaba, pidió la guía de Asunción. Buscó ansioso y encontró lo que buscaba; el teléfono y la dirección de un viejo conocido, del que sólo recordaba el apellido y el apodo. Había varias personas con ese apellido, pero el apodo sólo podía corresponder al nombre de

pila de una de ellas. Anotó en un papelito las señas y lo guardó en el bolsillo trasero del vaquero. Allí lo conservaría hasta que se presentase la ocasión.

La primera noche descubrió que para ir al baño debía salir del Casino de Oficiales donde estaban alojados y pasar a un pequeño patio, tapiado con un muro alto, aunque no imposible de escalar. Se repelía la historia de La Intermedia. Sólo que esta vez, tras el muro, había un barranco y luego las aguas crecidas y revueltas del río Paraguay.

Estaba hipnotizado por ese río. En realidad, por los dos ríos: el Paraguay y el Pilcomayo, que confluían en el ángulo de Puerto Pilcomayo. Se pasaba las horas dejando flotar la vista en esas aguas terrosas y turbulentas que arrastraban camalotes, victorias y troncos. Cuando se cansaba de especular acerca de la profundidad, el ancho y la fuerza de la corriente, se ensimismaba en la contemplación de los camalotes que quedaban enganchados en el atracadero de las lanchas.

El largo turno de guardia, que abarcaba desde la mañana hasta el atardecer, lo retrotrajo a sus primeros días de militancia. Sentado sobre un tablón podrido se pasaba las horas observando cómo la pobre vida del pueblo hervía de trajín entre la carretera y el muelle. Entre esos dos polos desfilaban, sin excepciones, todos los habitantes del rancherío cercano. De esa aldea que llamaban Puerto Pilcomayo.

En ambos lados de la frontera acuática el contrabando-hormiga no solamente estaba legalizado, sino que constituía el único modo de vida para los pobladores y aportaba suntuosas gabelas a las autoridades locales.

Hombres y mujeres, ancianos y niños, acarreaban pesadas bolsas de papas, cebollas y harina, y cajas de aceite. Era un verdadero ejército, organizado y con nombre propio, que tocaba diana al amanecer, cuando las aguas parecían óleo rosado, y no paraba hasta que las sombras unían en idéntica negrura el río y las barrancas de las dos orillas. Durante esas largas horas iban y venían, corriendo como desesperados para aumentar sus míseras ganancias. Era una carrera de cien metros: de la lancha a los camiones y de los camiones a la lancha. Al verlos desde arriba, formados en hilera para descargar sus bultos, el Pelado entendía cabalmente lo del *contrabando-hormiga*. Eran, no más, hormigas humanas. Uncidas con resignación a un sendero idéntico y una carga sin reposo. A veces uno creía ver una bolsa que se movía sola, pero el espejismo se desvanecía en el muelle, al emerger debajo del yute, la cabeza diminuta y renegrida de un chico de siete años. Y entonces costaba creer como ese muchachito, enteco y mal alimentado, podía cargar (como una hormiga) su propio peso.

Las lanchas partían hacia Itá Enramada, repletas hasta el techo, y volvían

rebosantes de mercaderías hacia los ávidos estibadores que aguardaban en el muelle, listos para iniciar la carrera en sentido contrario.

Jaime anotó que predominaban las mujeres —verdaderas jefas del contrabando al menudeo— y en segundo lugar venían los pibes, tristes e infatigables, que las seguían sin chistar, sin demorarse ni un minuto para jugar o simplemente para tirarse, panza arriba, sobre los pajonales.

Evocó su largo compromiso con ese pueblo marginal de los confines, tan idéntico al poverrío de su provincia, tan sufrido y aplastado como el noble pueblo paraguayo. Allí se desmoronaban los afeites cortesianos de la Argentina europea y se alzaba el rostro indio de América. Los gritos en guaraní, los músculos cobrizos, derribaban la autosuficiencia blanca de Buenos Aires, recordando que el río separaba, pero igualmente unía, como la sangre.

Sabía que ellos también eran prisioneros que aún no habían dado con la clave para fugarse. Mirando discurrir gente y camalotes, agua y tiempo, volvió a reconocerse hombre del Litoral. Hombre agobiado por la pena vieja de los sauces. Acosado por la tristeza y la obsesión de la fuga, su corazón sólo encontraba tregua a la hora de la cena. Allí se iban a churrasquear en una pequeña fonda de la barranca. La dueña, se decía, andaba en negocios de contrabando y alcoba con los de Prefectura y, además, alquilaba un galpón para almacenar esqueletos de vino, pero no mezquinaba el ancho de los churrascos y sabía freír a punto huevos y papas.

Una noche pudieron quedarse a solas con el Beto y la charla, favorecida por la soledad, la vieja amistad y esa brisa ribereña que al Pelado le encendía el frenesí, se puso rica y densa.

Hablaban del proyecto político fracasado y Beto, imprevistamente, le dio el pie para que Jaime abordara su tema secreto.

— ¿Y por qué no nos fugamos? —preguntó el antiguo líder juvenil y él mismo se respondió:

—Porque no confiamos más en el proyecto.

El Pelado vio la punta para arriesgar.

—Y, mirá... diríamos que no es tan así. Creas o no creas... ¿no te gustaría fugarte...? ¿no pensás que *hay* que fugarse? ¿Que es nuestra obligación? ¿No te parece que es lo único que podemos hacer en estas circunstancias? Como aporte, yo te diría, no ya a un

proyecto... al pueblo, si querés... que sigue luchando.

—Sí —admitió Beto, mientras se mandaba al colete un resto del vinacho infame. Lo miró con amargura y agregó:

— ¿Y a dónde vas?

— ¿Cómo? Bueno... te podés meter en una embajada.

El Beto sonrió con tristeza y adelantó su opinión con una cabeceada negativa.

—Estos tipos controlan todo, Jaime. Es inútil. Saben todo. No. No va. No te hagas ilusiones.

El Pelado se quedó mirando al alto muchachón que había hablado. El muchachón que se había cagado a tiros. Que soportó la tortura durante meses sin soltar un dato. El gigantón jovial de las viejas movilizaciones.

¿Qué había pasado en su alma? (*Yo vi de todo en la Escuela. Nunca te olvides. Vi hijos que entregaban a sus padres y padres que entregaban a sus hijos. Nunca te olvides, Pelado.*) Había una cuerda rota en ese espíritu generoso hasta el despilfarro de la propia vida. “Y sobre todo —pensó al observar algunas arrugas prematuras— no puede sacarse de encima el peso monstruoso del aparato enemigo. Ya no necesitan guardianes para controlarlo.”

Más tarde, antes de dormir, le echó una última miradita a las luces de Asunción. Está ahí no más, tan cercana, que si estirás la mano podés tocarla. Durante meses la acaricié con la imaginación y ahora basta un salto para que sea mía. Ya la quería antes. Ahora recordaba con nostalgia aquellos días de noviembre cuando estuvo con Olimpia y Tucho. Sí, los paraguayos son como los chaqueños. Mi gente. Ellos me van a guardar.

No todo fue rutina, contemplación y melancolía en los días de víspera. También hubo momentos de sobresalto, derivados de esa búsqueda incesante de la oportunidad.

Dany, el Verde tenía “muy en claro” que el Pelado no podía cruzar al Paraguay por ningún motivo. Jaime solía endulzarle los oídos con lo “lindo que sería irse de joda”. No era una propuesta absurda, porque Diego y Serafín habían cruzado el río con sus guardianes. Y, al parecer, lo habían pasado muy bien. Dany asentía sonriente, pero no aflojaba. Era de la misma pasta que el Pelado; más desconfiado que un usurero.

Una mañana, guardián y prisionero se quedaron dormidos. Como llegaban tarde a la guardia, el Pelado simuló un exceso de celo y se vistió a los pedos, mientras Dany

remoloneaba entre las sábanas.

— ¿Adonde vas? —preguntó alarmado, mientras se restregaba los ojos.

—Ya es muy tarde. Yo me adelanto y vos me alcanzás.

Y, sin darle tiempo a impedirselo, el Pelado salió del cuarto. Tenía la secreta esperanza de cubrir a paso vivo los cuatrocientos metros que lo separaban del muelle y zambullirse de cabeza en la balsa o en una lancha.

No había hecho ni la mitad del camino, cuando se sobresaltó al ver un gendarme en bicicleta, que no tardó en alcanzarlo y pasarlo rumbo al muelle. Cuando el Pelado llegó al puesto de Subprefectura, lo vio hablando con los tipos de guardia. Uno de ellos repitió, para que no quedasen dudas:

—Que no pase... ¿no?

Comprendió que Dany no era ningún imbécil y había mandado al gendarme para evitar sorpresas. Lo malo es que ahora los tipos, que antes no lo tenían muy fichado, no le iban a sacar el ojo de encima. Se sentó en el muelle dispuesto a fumarse filosóficamente el primer cigarrillo del día, Ya vendrán tiempos mejores.

El domingo 16 tuvo la ocurrencia de ir a pescar y le dieron el gusto. La gente de Subprefectura pidió una canoa prestada y unos aparejos. La pesca lo entusiasmaba, aunque esta vez no pensaba en dorados o mojarras, sino en calcular con mayor exactitud el ancho del río y medir la fuerza de la corriente.

La expedición quedó integrada por Jaime, Beto, Serafín y un oficial de Prefectura. Fueron a una laguna rodeada de barrancas selváticas que estaba conectada con el río. El sol hervía los sesos cuando salieron. Al cabo de dos horas el ofiche de Prefectura decidió desembarcar, aburrido de la huelga de peces. Aprovechando esta circunstancia, el Pelado le propuso a sus compañeros que se internasen un poco más en busca de mejor suerte. La remada aguas arriba le proporcionó una idea clara de la tremenda energía de la corriente. (“No llego a nado ni disfrazado de surubí.”) Aún estaban lejos del centro del río, cuando el Beto propuso regresar. El Pelado trató de persuadirlo que avanzaran "un cacho más". Improvisaba. Ya no quería medir la fuerza de la corriente, sino llegar a la otra orilla y dar el salto. Si los otros lo acompañaban o se volvían era problema de ellos. No lo dejaron. Con franco disgusto, Beto y Serafín dijeron que era un disparate seguirse alejando.

Caminaban de regreso al Casino, tratando de asimilar las potentes albóndigas de la fondita con el paseo nocturno. Los envolvía la medianoche campera. Ya no se

distinguían luces en el rancherío de los hombres-hormiga. Iban a solas. Jaime y Diego. Beto se les había adelantado y ya debía estar durmiendo. Diego pateó una piedrita y quiso asomarse a un futuro improbable.

— ¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Jaime pegó un respingo.

— ¿En qué sentido? —sondeó.

—Digo... si alguna vez salimos de todo esto. Si nos dejan en libertad.

El Pelado piló con fuerza buscando una respuesta. Diego no la esperó. Pensaba en voz alta.

—Bueno, vos por lo menos tenés familia. Yo no tengo a nadie. La verdad... no tengo mucho que hacer en este mundo.

No hablaron más.

El martes 18 de julio llegó un grupo de relevo. El Pelado estaba en el muelle, en su perpetua contemplación del agua, espantando los mosquitos del atardecer, cuando los tablones retemblaron con unos pasos y se volvió hacia los recién llegados. Eran Selva y Gabriel. Los mismos que siete meses atrás habían ido a buscarlo a Montevideo. Unos pasos más atrás, venía un tercero que Jaime no alcanzó a reconocer. Era Alberto, el *verde* que iba a reemplazar a Dany, su guardián implacable. Se alegró al examinarlo con discreción en medio de las ridículas presentaciones del Gordo Selva y el vocinglerío de los contrabandistas. El desconocido era muy jovencito y no parecía un dechado de inteligencia.

Tras los comentarios de rigor sobre el contrabando-hormiga, se encaminaron al Casino. Selva y el guardián bisoño iban adelante. Gabriel se rezagó a propósito para hablar a solas con el Pelado.

—Lo chuparon a Pedrini —informó Gabriel.

El Pelado no pudo contener una maldición. El aviso había llegado tarde, no había llegado o, simplemente, Adam no le daba pelota.

— ¿Quién fue? Quiero decir... ¿fue Marina?

—Claro. Pero no le preocupes, lo tuvieron menos de un día y lo largaron. El Tigre lo interrogó en persona. Le preguntó qué pensaba de su propio secuestro. Pedrini le dijo que no se explicaba cómo a esta altura de la situación política, con el desgaste que ya tenía el gobierno, cometían semejante barbaridad. Estuvo bien, me parece. No les dijo nada. También le preguntaron por vos, claro.

El Pelado, por toda respuesta, detuvo la marcha. Gabriel lo imitó.

—Dijo que te conocía de la Cámara de Diputados del Chaco y nada más.

—Ajá.

Le alegró saber que lo habían soltado. Pero Gabriel siguió con las noticias desagradables. Había otros amigos en peligro.

—Parece que en Ejército cayó la verdadera mina del Cabezón. Digo no la esposa, la mina actual... Y también su ayudante, un tal Mario. Entregaron todo, hasta el local de la Secretaría Política. ¡Y el Tigre que tenía esperanzas en la Munú! Aunque la Munú...

—La Munú ¿qué?

—La Munú entregó a su responsable, un oficial primero que le decían Cacho. Cayó empastillado.

Llegaban ya al Casino. Vieron entrar a Selva y Alberto. El Pelado iba silencioso y angustiado. Si no se escapaba ese Mario de mierda entregaría al Cabezón. Recordó con amargura el pizarrón de Funes. “¡Qué fácil les resulta, la puta que los parió!”

2. El día

El viernes 19 de julio de 1978, el Pelado y su nuevo guardián marcharon al muelle. Alberto era realmente un chico. Apenas si tenía veinte años. El Pelado era un veterano de 36. Esto explica algunas cosas...

Alberto no ha salido nunca de Buenos Aires. Es un muchacho de extracción humilde: lo que suele decirse “un pibe de barrio”

Se siente confiado con ese prisionero manso y tranquilo que lo mira con sus ojos azules y le explica cómo es la cuestión de la guardia.

El Pelado sabe —por doctrina de la Organización— que los momentos de mayor

debilidad militar de cualquier estructura son aquellos del relevo, del cambio de mando o responsabilidad. Lo contabiliza a favor sin que eso signifique nada particular por el momento. Es un día como otro cualquiera y la fuga sigue siendo solamente un proyecto.

SON LAS DIEZ DE LA MAÑANA.

El sol alegra las aguas de chocolate. Los dos hombres miran el muelle, cuando el más joven abre, sin preaviso, las puertas de la jaula.

—Che, nos quedamos sin fijos... ¿por qué no vamos a buscar importados del otro lado?

Es una clásica chiquilinada. Una torpeza que en otro caso no tendría mayor importancia. Ahora basta y sobra para cambiar la vida de un hombre. Al menos, para intentarlo.

El Pelado siente que se le para el corazón de alegría y está a punto de traicionarse. Con voz profesoral, responsable, indaga, para cerciorarse de que escuchó bien.

—Vos decís... ¿que vayamos al Paraguay?

El imbécil asiente con una sonrisa radiante.

El veterano juega nuevamente la carta de la responsabilidad.

— ¿Te parece que dejemos el control? ¿No habrá problemas?

Si no conocía el Pelado, ahora lo conoce. ¡Qué tipo fenómeno, cómo te guarda las espaldas! Es un zorro al que se puede dejar entrar en el gallinero.

—Es un ratito no más. Vamos y venimos.

—Sí... tenés razón. Es un ratito no más...

Y a partir de ese instante comienza a calcular cada paso.

El primero es el transporte. Alberto propone que vayan en lancha. El Pelado no quiere. El atracadero de las lanchas está pegado al puesto de la subprefectura; alguien puede recordar la orden de Daniel y atajarlos.

—Vamos en la balsa — propone sibilinamente.

El muelle de la balsa está a 30 metros del puesto. Además, las balsas van repletas de autos, colectivos y camiones. Es más fácil esconderse, mimetizarse. Pese a que “es más lindo” ir en lancha, pese a la lentitud de las balsas, Alberto acepta. El Pelado registra esa aquiescencia del más joven y se promete sacarle el máximo partido.

Van caminando hacia la balsa cuando el Pelado, con la voz más natural del mundo, inquiere:

— ¿Vas calzado?

Alberto asiente; lleva su pistola.

Nuevamente es un hermano mayor, un padre o un cura, el que le habla:

— Mira... no sé si es lo mejor para pasar. Vos sabés que a cada rato los gendarmes y los policías paraguayos se cagan a tiros de costa a costa.

El pibe duda. Pero es cierto. Le han hablado de ese viejo antagonismo.

— Tenés razón. Mejor la dejo en la guardia.

Y la deja en el puesto de guardia que se alza frente al atracadero.

Sonríen. Charlan. Dos amigos.

Sube el último auto. Comienza con lentitud exasperante la maniobra del desamarre. Jaime simula escuchar las estupideces que le comenta Alberto, pero no pierde un detalle de lo que sucede en la costa argentina. A cada segundo teme ver aparecer al Gordo Selva, al Pelado Diego o a los tipos que saben que no hay que dejarlo cruzar.

Nada de eso ocurre. Lo percibe con el corazón. La balsa se mueve. ¡Se mueve! Un metro. Dos metros. Cinco metros. Diez metros. Ya están en la mitad del río.

Y entonces descubre que está a punto de rendir la ciudadela. Lo ha invadido un terror paralizante. “¿No me estaré mandando una cagada? ¿No tiraré por la borda la posibilidad de usar a mi primo o el campo de mi hermano? Todos los otros proyectos están maduros y yo voy y me largo a una improvisación a la primera de cambio...” Y cuando está por aflojar, una voz muy antigua le pregunta si no es un cobarde. Si todas esas especulaciones no tienden a encubrir el miedo más grande de su vida, que es el miedo a fugarse. Comprueba atontado que nunca ha estado más aterrorizado. Ni cuando lo agarraron en Uruguay. Ni cuando se enteró que lo llevaban a la Escuela de Mecánica.

En aquel momento no tenía libertad. Ahora la tiene. “Vos tenés que decidir, Jaime. Nadie puede hacerlo por vos. Ni el partido, ni los marinos, aunque tengas a los dos dentro de la cabeza.”

La costa paraguaya se acerca, espléndida de naturaleza, miserable de instalaciones. Es la misma pobreza, si se quiere más rancia. Ahora es la cuenta regresiva. Por una especie de superstición, comprende que debe dar el *sí* antes de tocar tierra.

Toma la decisión.

Una vez tomada, recobra la frialdad. Ahora hay que seguir evaluando. La menor caída, el más insignificante desfase y todo se va al diablo.

Alberto, como un cachorro atolondrado, quiere meterse en el primer almacén a comprar su tabaco importado. El Pelado sabe que eso es una macana. Itá Enramada está a 10 o 15 minutos de ómnibus de Asunción. Si se quedan ahí, las posibilidades se acortan hasta el límite mismo del fracaso.

El episodio de la pistola le ha dado fuerzas. “Yo tengo la iniciativa.”

—No —comenta con gran autoridad—. Acá te venden los atados sueltos y mucho más caros. Ya que vinimos, vamos hasta Asunción, que allí te venden cartones y mucho más baratos.

Alberto duda. Mira esos ojos cándidos que ahora están cubiertos por una pátina fría, indescifrable.

Y ACATA. INCREÍBLEMENTE, ACATA.

Suben al ómnibus. Marchan ya rumbo a Asunción. Primero la balsa. Luego el ómnibus. Dos pasos hacia la libertad.

Falta mucho, sin embargo. El Pelado va transpirando, pero no es por el calor. “Me fugo o me matan, esa es la verdadera opción.”

Las rodillas son de algodón cuando bajan en pleno centro, en la calle Palmas. Ya no son las luces. AHORA ESTÁ EN PERSONA POR LAS CALLES DE ASUNCIÓN.

La realidad se empeña en corregir las fantasías. La anhelada Asunción es un pañuelito. Un pañuelito lleno de policías.

Caminan dos, tres cuadras. Recién en ese momento Alberto cobra conciencia de su debilidad militar. De que está a merced de ese hombre calmo, grave y reposado, que parece un buen compañero de aventura. “¿No se irá a escapar?”, piensa por un momento, y desecha la idea. Por si acaso trata de que el Pelado vaya siempre del lado de la pared y él se reserva el lado de la calle.

Pero es tierno, no hay nada que hacerle. Un verdugo tierno. Y se demora ante una vidriera, mirando una cartera que podría obsequiarle a su novia.

Lo IMPOSIBLE ESTA OCURRIENDO.

JAIME ECHA A CORRER.

Corre como loco hasta la esquina. Ni ve lo que tiene por delante. Le paraliza el corazón ese paño gris, esos botones. Es el uniforme de la policía paraguaya. Hay dos en la esquina. Intuye que se han alertado. Está por doblar el codo de la esquina y vuelve a improvisar con soltura, nadando en lo inverosímil. Se ríe. Sí, se ríe y hace un gesto indefinido hacia el marino que viene atrás. Quiere dar la impresión de que son dos amigotes que se hacen bromas.

La estrategia pueril da resultado. Uno de los policías bosteza y vuelve la vista para el otro lado. Los dos se marchan en sentido contrario.

No alcanzan a ver cómo Alberto, motorizado por un terror parejo al del Pelado, lo alcanza. Jadeante, le agarra un brazo. Pero el Pelado se lo saca de encima con un codazo.

— ¡Pelado hijo de puta! ¡Te vas a fugar!

— ¡Claro que me voy a fugar!

Alberto se le cuelga y lo retiene con firmeza; el Pelado logra zafarse y le da un violento empujón. Pasa un taxi, uno de esos taxis viejos que hay en Asunción y que parecen sacados de una película, de gangsters. El Pelado anuncia sorprendentemente:

— Yo me tomo un taxi.

Lo para y se zambulle en el cuero renegrado del asiento, como un endemoniado.

— ¡Continúe! — ordena.

Pero el taxista, viejo y receloso, no continúa ni un milímetro. Está fascinado con

ese joven que abre la puerta del lado de la calle y se mete puteando al Pelado.

— ¡Continúe! —suplica el Pelado en un aullido.

Nada.

El asiento trasero es un berenjenal de brazos, piernas y jadeos: no se pegan pifias impecables; se rasguñan, se tironean.

El taxista tiene la boca abierta en una *o* perfecta, pero no dice una palabra.

— ¡Por favor! ¡Pelado no te fugues! ¡Me van a matar!

Ahora es el marino el que suplica.

— ¡Son unos gorilas... hi... jos... de la gran putaaa...! —farfulla el Pelado, mientras trata de calzarle una buena trompada—. ¡Que te van a matar! ¡Si... vos... si... sos otro torturador hijo de puta...!

El taxista deja de mirar. Busca en el suelo, cerca de sus pies. La encuentra. La tiene para esos casos. Es una garrafita de esas que se utilizan para fabricar soda en las casas. Se vuelve hacia sus locos parroquianos y la esgrime amenazante:

— ¡Quietos... o les rompo la cabeza!

Los dos contrincantes se paralizan momentáneamente.

— ¡Ahora mismo los llevo a la policía!

— ¡No, señor! —implora el Pelado. Ahora sí, la vida depende de este viejo de mierda. El destino asume la figura de un taxista paraguayo. El tipo arranca y comienza a andar. El Pelado vuelve a iluminarse. Se inclina sobre el asiento de adelante. Le habla casi al oído.

— ¡Señor... señor...! Este tipo me tiene secuestrado por peronista. Me quiere llevar con los gorilas a la Argentina...

— ¡Vamos a la policía! ¡Yo soy policía! —grita Alberto.

— ¡Qué va a ser policía, señor! ¡Es un gorila hijo de puta! Antiperonista. Yo fui disputado peronista, se lo puedo probar. Soy amigo de Pedrini, de Bittel... ¡Soy peronista!

El viejo ha marchado unos metros hacia la seccional mecánicamente. Pero algo en el alegato lo convence. Jaime ha tirado una sonda efectiva.

Sea lo que sea, ES EVIDENTE QUE VA A PARAR.

— ¡Vamos a Itá Enramada! —ordena Alberto. Pero el chofer no le hace caso. Está frenando en una esquina. Antes de que se detenga la marcha, el Pelado abre la puerta y se lanza. Alberto, en un último y desesperado esfuerzo, lo agarra de la campera, donde tenía ocultos unos pocos pesos. Se queda con la campera en la mano.

El Pelado corre. Corre a contramano. Jadea. No puede respirar de miedo y esperanza. Al doblar la esquina los ve, a cien metros de distancia. El taxista y Alberto se han bajado del auto y discuten. Esa discusión imprevista le está salvando la vida. Corre una cuadra más al mismo ritmo. A la siguiente siente que los pulmones están por estallar. Se acuerda mecánicamente de otro precepto del Partido. “Apretar un auto.” (¿Apretar con qué?) No importa. Viene un auto rojo. Corre al centro de la calle y le hace señas desesperadas de que pare. Es una pareja joven. Lo miran con aprensión y desconcierto. Frenan. No les dice una palabra. Abre la puerta trasera y se mete adentro. No puede hablar. No puede respirar siquiera. El conductor está paralizado. Igual que el taxista. No avanza ni deja de avanzar a los que vienen atrás y empiezan a sonar las bocinas. El Pelado farfulla la dirección del amigo. El otro mira el creciente alboroto y por fin arranca.

—Pero... ¿qué le pasa? —pregunta suspicaz.

—Tu... tu... ve un accidente... —improvisa el Pelado.

— ¿Dónde?

—Aquí... a dos cuerdas... Al que venía... conmigo lo llevaron... a la... lo llevaron al hospital y yo quiero... a los familiares... ¿me entiende...? ¡Yo tengo que avisar!

— ¿En qué auto venía? —pregunta el muchacho, aparentemente con la misma desconfianza.

—En un Citroën... —el Pelado comienza a recobrar los mandos de la computadora. Tiene el hábito de mentir con la verdad. Ha recordado el Citroën que los fachos le volaron en el Chaco.

— ¿Dónde fue el choque? —insiste el otro, convertido en un verdadero pelma.

—Aquí, a dos cuadras...

La mujer ni habla. Se limita a darle discretos codazos al marido, novio o lo que sea. El Pelado ha comenzado a recobrar la respiración, aunque no tanto como quisiera. El tipo de puro curioso, ha dado la vuelta y ahora lo lleva derecho hacia donde quedaron Alberto y el taxista. Jaime piensa estremecido que es demasiado, que no hay derecho.

Por suerte no están. Se han esfumado. Alberto lo habrá convencido y estarán haciendo la denuncia. O, torpe como es, se habrá dado por vencido y estará enfilando hacia Itá Enramada. La primera hipótesis es temible. Pronto lo estarán buscando por todos los rincones.

De todos modos respira al ver que se han ido. El tipo se contagia de su serenidad y pregunta, ya con mayor cordialidad.

— ¿Usted es turista?

—Sí, argentino. Mire que... mire lo que son las cosas: habíamos venido de paseo.

La mujer sonríe comprensiva. Ha dado en el blanco. Si hubiera tenido acento paraguayo ya estaba en una comisaría.

— ¿Qué dirección me dijo?

Jaime se la repite.

—Basta que me acerque. Después me arreglo solo... No quiero molestar, dinamos.

—No es eso.

El tipo conoce una de las dos calles, la otra es un misterio. Pregunta un par de veces. Nadie la conoce.

Jaime ya respira bien en todos los sentidos. Es increíble: ha roto el cerco. Pero falta una nueva descarga de adrenalina: pasan frente a una seccional de policía y el hombre frena en seco.

—Voy a preguntar acá en la seccional —anuncia de improviso.

“Me va a entregar” piensa el Pelado y, con disimulo, alarga una mano hacia la manija de la puerta. No lo traicionan los nervios. Intuye que el tipo ha ido a preguntar en

serio. Lo tranquiliza la voz normal de la mujer, que comenta:

—Lo que son las cosas...

El fulano tarda una eternidad. Otro se hubiera arrojado del auto. Jaime mantiene la mano en la manija pero no se mueve. Lo ve venir a través de la luneta trasera. “¡Carajo, viene con un cana!” La alarma se disipa en seguida. El policía hace extrañas señas: le está indicando. No vienen a buscarlo. Tiene la boca como papel de lija.

—Ellos tampoco conocen la calle —comenta el amigo (ahora sí se le puede decir así), mientras se sienta al volante. Arranca y caminan un par de cuadras. Jaime, sereno, le propone:

—Ya los molesté bastante. No les quiero robar más tiempo. Me tomaré un taxi.

Ensayan una débil protesta de cortesía, pero lo dejan.

Apenas arrancan cuando se da cuenta de que ha metido la pata. Nadie lo hubiera buscado en ese auto; la policía debe tener ya la descripción de un hombre alto, calvo, así y así, vestido con un vaquero y una camisa de color rosado.

Se siente bajo la lupa. La tensión se le acumula en la nuca. Esa calle está demasiado concurrida. Busca una lateral y camina apresuradamente. A trechos detiene a varias personas para preguntarles por la dirección de su probable benefactor.

Otra vez lo increíble: ninguno la conoce.

Comienza una nueva clase de desesperación. Hasta que por fin da con el hombre adecuado. Es un viejo, morochazo y tordillo, de pelo blanco y bigote renegrido. “¡Pero así no se llama más! Hace años que le cambiaron el nombre.” Por suerte el señor sabe el nuevo nombre. Camina y por fin llega.

Esta es...

Aprieta el timbre y mira con disimulo para todos lados.

Tarda en abrirse la puerta. Emerge una gorda aindiada con brazos como macetas; con ella viene una niñita triste y flacucha que no deja de mirarlo, y los aromas de una carbonada. Con la indiferencia bestial que da la ignorancia, la gorda le arranca el corazón de un manotazo.

—No, señor. Esa familia no vive más acá. Se mudaron.

¿Adonde ir ahora? Tiene ganas de pegarle. De decir estupideces: “¿Cómo no viven más? ¿Si están en la guía?”. Pero pregunta lo que debe preguntar.

— ¿Por casualidad no conocerá la nueva dirección? Ocurre que estoy de paso, no los veo hace años y me gustaría mu...

La gorda lo interrumpe.

—Espere un momento. Voy a ver.

Otro siglo. Baja. ¡Trae un papel en la mano!

Cuando la gorda cierra ya sabe que la nueva dirección está lejos. Es verdad que Asunción es una ciudad pequeña, pero puede convertirse en México o Nueva York cuando a uno le van siguiendo los pasos. Porque Alberto debe haber hecho la denuncia y ya lo deben estar radiando. Aunque... ¿quién sabe? “¡Es tan boludo!”

No lleva un peso, ni documentos.

Lo único que tiene es unas ganas fenomenales de seguir vivo.

Viene una “chatita”, vieja y destartalada, conducida por un vejete que hace juego con la antigüedad de la camioneta. Le hace señas. El viejito, lerdo de reflejos, para unos cuantos metros más adelante. Pero para. El Pelado salva de un salto esos pocos metros y asoma la carota febril por la ventanilla.

—Señor, perdí la billetera. ¿Va derecho para allá?

Otra casualidad: va “derecho para allá”

Sube a la carcacha con más placer que a una Ferrari. El inaudito artefacto arranca penosamente y marcha no menos penosamente. Se anima a darle la dirección exacta. El viejito lo lleva sin problemas. Tiene ganas de besar esas arrugas. Esa barba blanca de tres días. Y hasta observa con amorosa complacencia cómo el otro carraspea y arroja con estrépito un gargajo fulminante.

Llegan. *Es la casa. Es el número.* Toca el timbre y aguarda enloquecido la solución de todos los enigmas.

Se abre la puerta y emerge un hombre pequeño y asustadizo como una laucha. Pregunta por el viejo conocido (ni amigo es siquiera).

—No. El vive arriba.

Le señala una larga escalera. Sube a saltos. Y cuando llega a esa única puerta cerrada y misteriosa, siente que está a punto de desmayarse.

Aplica el oído a la chapa de madera, color castaña cocida, anodina, con una letra de bronce a la que le falta una patita, y oye gritos de niños. (“¿Tenía pibes? No me acuerdo. ¿Y qué? Ahora tiene pibes.”)

No hay timbre. Golpea. Le abre una sirvienta paraguaya. Se caen bien a primera vista. Otro regalo del azar, porque si no estaba bien jodido.

—El señor no está.

— ¿Y la señora?

—Tampoco. Estoy sola con los niños.

— ¿Están fuera de Asunción o...?

—No. Están los dos en su trabajo.

—Mire. Yo soy un viejo amigo del señor. Vengo de una gira por América Latina, sigo viaje a Brasil. Tengo un mensaje urgente para él. ¿Puedo pasar?

El clásico paso atrás, la sonrisa confiada. Antes de que conteste sabe que lo dejará pasar. Por fin hay un agujero donde meterse. Ya casi se toca el triunfo.

Es una sala convencional. Qué bueno meterse en ella. Los chicos lo miran con asombro.

— ¿Quiere hablarle por teléfono? —pregunta la muchacha, definitivamente conquistada por ese argentino pelado, de camisita rosa, que exhibe dos gigantescas aureolas de sudor bajo los sobacos.

—Usted dice... ¿al trabajo? Mire, ¿por qué no me hace un favor? Mejor llama usted y me pone con él.

Está en su día de suerte, todos le obedecen. Ella marca. Da ocupado. Vuelve a marcar. Pregunta. Le explica sumariamente lo poco que ha entendido y le extiende el tubo.

—Hola... ¡qué tal...! Soy amigo de Pancho y Lucía... Estoy de gira por América Latina y te traigo un mensaje de ellos... ¿Eh...? Sí, creo que nos conocemos... ¿Eh...? ¡Habla más fuerte que no te escucho...! Yo estoy de paso... No, no me voy a quedar... Tengo que tomar el avión en una hora y media... por eso te molesto en tu casa... Digo que por eso te molesto en tu casa... ¿Cómo...? ¿Que te deje una nota...? Es que Pancho me pidió que te lo dijera personalmente... Sí... personalmente... Quiere una respuesta... Tiene que ser... je... tiene que ser ahora o nunca, como se dice... ¿Eh...? ¿Venís entonces?... Sí, claro... te espero... Te espero (cómo no te voy a esperar)... Hasta luego.

Cuelga. Una gota de sudor le baila en la punta de la nariz. Uno de los mocosos se le acerca curioso, con una locomotora en la mano.

Utiliza la espera para trazar planes alternativos, mientras atiende solícito los reclamos de los niños. La tercera, meterse en la Embajada de Panamá y pedir hablar por teléfono con Torrijos. No le gusta porque no sabe qué clase de gente hay en la embajada. Pero no hay otra. “Si éste me falla, no hay otra.”

A la media hora justa, el amigo aparece. Le da un abrazo superficial. Lo recuerda.

— ¿Qué hacés por acá? ¿A qué hora te vas?

El Pelado no contesta. Le hace señas de que se sienten a conversar. El tipo está a años-luz de la historia, esperando el mensaje de Pancho y Lucía, pero por alguna oscura intuición recluye a los niños en su dormitorio.

— ¿No sabías que estuve secuestrado? Acabo de fugarme.

El otro siente que el suelo se hunde bajo sus pies.

— ¿Cómo llegaste acá?

El Pelado le explica con una sonrisa comprensiva. Hace mucho tiempo que sabe que los verdaderos héroes no tienen nada que ver con los héroes de película y que las preguntas mezquinas no siempre constituyen una prueba de mezquindad. Cuando termina de contarle la odisea, el otro se acuerda del secuestro del político liberal Laino.

—Pero... ¡qué mal momento! ¡Asunción es un infierno! Buscan subversivos por

todos lados.

—El problema es que... no podía elegir el momento.

El otro se acomoda los anteojos, levanta los labios en un tic nervioso y, por fin, cobra conciencia.

—Claro. Claro, hombre. Nadie te dice nada.

Ahora el Pelado lo mira serio. Y le dice en voz baja y suave, con una enorme autoridad:

—Sos la única persona que conozco aquí. El único que me conoce. No tengo alternativa: vengo resuelto a que me ayudes o me ayudes.

El tipo, que no es un héroe de película, decide jugarse.

—Está bien. Vamos a buscar un lugar seguro donde meterte.

Se levantan. El Pelado le tira otro pedido.

—Mirá... diríamos que somos del mismo talle. ¿No me podés prestar una camisa? Voy a sacarme ésta. Porque me deben estar buscando...

Le trae una camisa. Se saca esa cosa rosa, arrugada, aureolada de terror. ("Parece que lo conseguí... ¡carajo!")

Falta mucho todavía. Llegan al posible escondrijo.

El Pelado espera en el auto. Puede observar la escena como en una película muda. La puerta se abre y aparece un hombre joven con una horrible jeta de desconfiado.

El amigo le habla.

El desconfiado mira hacia el auto.

Tiene un rictus agrio y destemplado.

Pero no le habla al otro. ¡Le habla a él! ¡Lo está llamando!

El amigo también le hace señas de que cierre el auto y se acerque.

Camina esas pocas baldosas con la sensación de que constituyen el puente final.

El desconfiado le tiende una mano fría, que sin embargo aprieta con calor.

Y la puerta se cierra a sus espaldas.

México, abril de 1980 septiembre de 1983.

Crónica final

Con la puerta que se cierra a espaldas del fugitivo, culmina esta “novela real” o “realidad-novelada” que es *Recuerdo de la muerte*.

Un segmento en la vida de un hombre y un pueblo. Pero el resto no es silencio, contradiciendo la sentencia shakespeariana. La vida del protagonista —en el momento de escribir estas líneas— está poblada de posibilidades personales y políticas; la del pueblo que lo prohió es mucho más joven todavía y sus inmensas potencialidades están lejos de haberse desplegado.

Mientras Jaime Dri transformaba su ansiedad en colillas de cigarrillos, guarecido en la cueva solidaria de Asunción, un comando naval cruzaba al Paraguay para cazarlo. No habían pasado todavía 24 horas desde el instante crucial en que se echó a correr. Manuel, que no era Manuel, sino el teniente de navío Miguel Ángel Benazzi, conducía la patota integrada por el teniente Schelling (Pingüino), el prefecto Favre (Selva) y el subprefecto Camot (Espejaime).

Un azar caprichoso y persistente, que tantas veces unió los destinos de ambos bandos, metió a un montonero en el mismo hotel en que se alojaba el comando. Su testimonio ulterior serviría para que el Partido Montonero certificara, en aspectos decisivos, la sinceridad del relato de Dri. El montonero en cuestión escuchó un buen día un fragmento de la conversación, procedente de la pieza de al lado, que le hizo parar las orejas. Varios hombres —indudablemente argentinos e incuestionablemente paramilitares— hablaban de un “pájaro” que había volado. Los inquietantes vecinos discutían sobre la conveniencia de traer armas del país para no depender totalmente de sus colegas paraguayos. El montonero decidió que tenía que informar urgentemente al Partido y también decidió cambiarse de hotel.

El “pájaro”, por su parte, aunque estaba provisoriamente a buen recaudo, sentía que el suelo ardería bajo sus pies si prolongaba la estadía en la cálida Asunción. Por eso urgió al amigo de Pancho y Lucía para que se comunicase urgentemente con Olimpia. Sólo ella podría sacarlo del Paraguay. Además temía que los marinos intentaran una represalia con su mujer. El benefactor le prometió que llamaría a Panamá y le advirtió que sus visitas al escondite serían contadas. El hombre que lo cobijaba parecía muy buen tipo: hasta lo reprendía paternalmente por su manera desaforada de fumar.

El Tigre recibió la noticia de la fuga como una patada en los testículos, por las razones que no resulta difícil imaginar y por otra nueva y específica: *tendría que levantar el*

operativo de las fronteras a toda velocidad. Los *dedos* volvieron a la base y la Marina se perdió una excelente oportunidad de hacer méritos frente al Ejército.

Dri no estaba en condiciones de festejar estas primeras victorias. El benefactor le anunció una tarde que no había llamado todavía a Panamá. En realidad no quería hablar desde Asunción; programaba hacerlo desde Brasil, adonde viajaría con una cobertura adecuada. Jaime protestó débilmente, pero el otro lo hizo entrar en razón.

Olimpia Díaz recibió la llamada de Brasil una noche en que, para su suerte o su desgracia, no estaba sola. Había organizado en su nuevo departamento una módica despedida en honor de Domingo, a la que no tuvo más remedio que invitar al Gringo. Cenaban los tres a solas unas pizzas compradas, cuando sonó el teléfono. Volvió a la mesa alterada y largó todo sin preámbulos.

El Oficial Mayor protestó:

—Que vaya a Brasil y se maneje con el ACNUR. Es lo mejor —Olimpia insistió. ¿Es que eran sordos?—. Jaime *se escapó* y está pidiendo ayuda. ¡Hay que dársela!

El Gringo terminó de masticar un pedazo de muzzarella y dijo lo que pensaba:

—El Partido no debe comprometerse con el Pelado. A lo mejor es un traidor y luego hay que fusilarlo.

Olimpia no gritó ni lo insultó. Tuvo el buen lino de enfriarse. Sospechaba que la vida de su marido dependería en gran medida de saber conservar la calma. Y de informar “al General” sin demora.

Torrijos ordenó que un enviado especial partiera inmediatamente al Paraguay con órdenes expresas para el embajador panameño en Asunción. Recordaban un úcase de Richelieu: el Embajador respondería por la vida y libertad de Dri, a quien debía conducir a la ciudad de Panamá sano y salvo.

Olimpia le dio al enviado todo lo que se le ocurrió que Jaime podía necesitar: documentos, ropa y hasta un bigote postizo. Omitió un pequeño detalle: dinero para el evadido y para el propio enviado. El viajero recién se lo hizo notar a las 11 de la noche, cuando sólo faltaban tres horas y media para la salida del avión. Olimpia recurrió, sin demasiadas esperanzas, al Gringo. Le costó encontrarlo: estaba jugando con divertidas maquinitas en el casino del hotel. Le dijo que no tenía dinero y retomó a las maquinitas. Sintió un agujero en el estómago y se fue rumiando un insulto. En una hora recorrió Panamá suplicando a los amigos, hasta reunir trescientos dólares que entregó al enviado

en el hall del aeropuerto.

Cuando el hombre que lo guardaba le avisó que el Embajador de Panamá iría a visitarlo al *aguantadero*, el Pelado creyó que enloquecía de alegría y miedo, por partes iguales. Pensaba que era un error haberle “abierto” el escondite. Su inquietud fue en aumento cuando, a los pocos minutos, apareció el Embajador en persona. Era un hombre asustado, que acababa de recibir una de las peores directivas de su vida diplomática.

Para sacar al fugitivo del territorio paraguayo, le habían enviado un pasaporte especial de funcionario del gobierno panameño... ¡Al que le faltaba el sello de entrada al territorio paraguayo! Este olvido motivó una curiosa indagación: el hombre quiso saber inesperadamente si el “señor” tenía problemas con la CIA. El aludido, alerta, le aseguró que era diputado peronista, occidental y cristiano. “En ese caso —se tranquilizó el diplomático— puedo pedirle a la gente de la embajada norteamericana que ponga el sello”. Dri comprendió a toda velocidad que debía tomar la iniciativa para evitar la catástrofe. Empezó por asegurarle que no hacía falta el sello; bastaba decir que había perdido el pasaporte original en Asunción y que le habían mandado una renovación. El tipo pensó un rato y concluyó por admitir que el otro había descubierto el huevo de Colón. Después discutieron un tema apasionante: el punto de salida. Los pasajes que traía el enviado estaban expedidos Asunción-Panamá y el Embajador, preocupado por la falta del sello, no había advertido que era infinitamente más peligroso abordar el avión en el aeropuerto capitalino. Jaime le explicó con solvencia conspirativa que primero debían pasar a Brasil por una frontera poco cuidada y sólo de allí dirigirse a Panamá. El método de irse imponiendo con suave firmeza volvió a darle buenos resultados: el primero de agosto de 1978, al atardecer, el auto del señor Embajador cruzaba la frontera terrestre entre Puerto Stroessner y Foz de Iguazú. Cuando estuvieron del otro lado, el diplomático abrazó a Dri y le comentó emocionado: “Ahora sí... ¡estamos salvados!”. Esa noche durmieron plácidamente en un hotel de Foz y por la mañana visitaron las cataratas. Por algún lugar andarán las fotos que el fugitivo, el Embajador y sus acompañantes, se sacaron frente a la Garganta del Diablo. A las dos de la tarde ascendieron con alegría al avión de *Varig*, que los llevó a Río de Janeiro. En Río tuvieron que esperar seis horas hasta sentarse, entre grandes suspiros, en el *jet* que los conduciría al destino final.

Mientras el Embajador dormía plácidamente en la butaca de al lado, Jaime Dri pasaba revista a los extraños sucesos que acababa de vivir y se preguntaba si los hombres del Partido, tan ajenos al submundo de la ESMA, llegarían a creerle. “Si yo estuviera en el lugar de ellos, me costaría creer en una fuga tan inverosímil como la mía.”

Antes de abandonar Asunción había redactado un largo informe para la CN,

relatando sus experiencias y avisando que Croatto y Habegger estaban en peligro. Esa carta, enviada por su anfitrión, nunca llegó a destino: fue interceptada por la policía paraguaya.

En Panamá estaba todo preparado para recibirlos. En seguida los llevaron al salón VIP y allí pudo hablar por teléfono sucesivamente con Gume y la Negra. En pocos minutos habría de producirse el reencuentro.

Olimpia no se abandonó a las efusiones líricas. Tan pronto cortó el Pelado, llamó al Gringo, le anunció que Jaime acababa de llegar y le pidió que fuera a su departamento a esperarlo. No quería recibir al Pelado a solas, para no alimentar aún más las suspicacias del representante partidario. Cuando el fugitivo entró en el departamento a las seis de la mañana, se encontró con su mujer y el Partido. Vanesa y Fernando dormían. Al despertar asistieron a la resurrección de su padre. Repetían, sin saberlo, la misma escena que Jaime y el señor Dri habían protagonizado veintitrés años antes.

Pronto comenzaron los interrogatorios de la organización. El fugitivo habló y habló hasta llenar cien carillas, que fueron mimeografiadas y repartidas entre los cuadros de mayor nivel. Desde el primer momento insistió en que Habegger podía ser entregado por su asistente Mario. El Gringo lo comunicó a México pero el aviso llegó tarde. El 3 de agosto el Cabezón era secuestrado en Río de Janeiro por efectivos de la inteligencia militar brasileña y agentes del Batallón 601 del Ejército Argentino. Pese a la intensa campaña de denuncia, que comenzó a los pocos días del secuestro, el antiguo dirigente de la juventud cristiana fue trasladado clandestinamente a la Argentina.

A fines de agosto, la Conducción Nacional de Montoneros ordenó que Dri viajara a Europa para testimoniar ante los organismos de Derechos Humanos y la prensa mundial.

Me tocó organizar ese dramático encuentro del fugitivo con el periodismo internacional. Y tal vez entonces, en aquellos días trajinados y tensos, a medida que “los de afuera” nos asomábamos a las alucinantes revelaciones del Pelado, se fue incubando la idea de este libro.

Por especial gentileza de Lionel Jospin, la conferencia de prensa se llevó a cabo el 20 de setiembre de 1978 en la sede central del Partido Socialista Francés y contó con la presencia de Frangís Mitterrand, quien pronunció algunas palabras elogiando a “los combatientes de la libertad” en lucha contra la dictadura militar argentina.

Concurrieron representantes de los principales medios de Francia y numerosos

periodistas extranjeros, amén de reconocidos defensores de los Derechos Humanos como el jurista Louis Joinet y la Superiora de la orden religiosa a la que pertenecían Alice Dumont y Léonie Duquet. También el Centro Piloto envió “periodistas” y uno de ellos hasta se atrevió a formular preguntas en voz alta.

Dri estuvo acompañado en el estrado por Mitterrand, Jospin, Fernando Vaca Narvaja, la señora Florinda C. de Habegger y el autor de este libro. La seguridad del local y el valioso testigo estuvo a cargo del Partido Socialista Francés. La conferencia alcanzó vasta difusión a nivel internacional y lógicamente fue censurada en la Argentina. Algún tiempo después, la revista *Gente* de Buenos Aires publicó una foto de “Mitterrand con los montoneros”, sin aclarar en qué circunstancias había sido tomada.

El de Dri era el segundo testimonio sobre las macabras intimidaciones de la Escuela de Mecánica. Por una trágica paradoja, pocos días después caía definitivamente ante las balas del Ejército Horacio Domingo Maggio, primer testigo de cargo contra la ESMA.

Cuentan que el Nariz —desarmado— se defendió a pedradas frente a sus asesinos. El Capitán de Corbeta Jorge Acosta, encolerizado por la fuga de Dri, consiguió que Ejército *le prestara el cadáver del Nariz* para exhibirlo en el playón de estacionamiento de la Escuela. Los prisioneros fueron obligados a desfilar frente a ese cuerpo, pequeño y dislocado, arrojado como una res en el piso de una camioneta. Tenía la cabeza destrozada.

Como Tulio Valenzuela, Jaime Dri fue sometido a juicio revolucionario por el Partido Montonero. Pero esta vez la realidad era tan contundente que obligó a cambiar de criterio a la CN. Por eso el resultado fue notoriamente diferente: se lo autorizó a funcionar enseguida, aún antes de estar dictada la sentencia y finalmente se lo confirmó en el grado partidario. Aunque en las audiencias del juicio la Conducción Nacional le formuló algunas críticas, lo elogió delante del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero en la reunión romana que se narra al comienzo de este libro.

Además decidieron mantenerlo en el exterior por un tiempo prolongado. No quisieron que se repitiera la tragedia de Tucho, de cuya muerte Roberto Perdía se enteró, precisamente, por el fugitivo.

Contrariando los deseos de Olimpia, que quería permanecer en Panamá, el Partido Montonero dispuso que el Pelado se asentara en Europa y comenzara a trabajar a las órdenes del antiguo responsable de la *Operación Fortuna*, Ricardo René Haidar. Con el Turco —secuestrado a su vez en diciembre de 1982— mantuvieron largas charlas acerca de las nuevas modalidades que iba adoptando la contrainsurgencia. En esas

conversaciones, el evadido sostuvo hasta la terquedad una extraña teoría con la cual Haidar estaba en desacuerdo: la Marina liberaría a los sobrevivientes; no habría sanciones colectivas por la fuga de Dri.

A fines de 1978 el pronóstico se convirtió en realidad: un grupo de más de 50 prisioneros, compuesto por antiguos dirigentes montoneros o viudas de militantes famosos de esa organización, fueron liberados y desparramados por el mundo.

Los últimos en trasponer los portones de la ESMA fueron Andrés Castillo y Graciela Daleo. Castillo estuvo a un tris de ser ejecutado por el delito de hablarle a una *chupada nueva* depositada en Capucha.

Un mediodía de febrero, Jaime salía del Metro de Madrid, en la estación *Sol* cuando distinguió una figura femenina que se escurría escaleras arriba como una sombra. ¡Era la Cabra! Aunque había previsto este desenlace, su confirmación lo sobresaltó. Corrió como poseído, abriéndose paso a codazos, hasta que la alcanzó un segundo antes de que se perdiera en la muchedumbre.

Alicia Milia de Pirlés tembló cuando la agarró del brazo. Aún sentía sobre su cabeza el peso del *Hermano Mayor*. Sin embargo tuvo el coraje y la fraternidad de avisarle que se cuidara. El Tigre había dictado sentencia y operarían sobre el Pelado en cualquier rincón del mundo.

Ocho meses después Alicia, junto con Ana María Martí (Chiche) y Sara Solarz de Osatinsky (Quica), se animaría a brindar un testimonio decisivo sobre la Escuela de Mecánica de la Armada. La denuncia, que tuvo el patrocinio de la *Comisión Argentina de Derechos Humanos* (CADHU), fue presentada en la Asamblea Nacional de Francia, con el auspicio del Vicepresidente de ese cuerpo, Bernard Stasi.

Como en tiempos del Mundial, la ESMA volvió a convertirse en sinónimo de la represión clandestina. El golpe fue rudo pero el GT/332 siguió funcionando, ahora bajo el comando del capitán de Corbeta Luis D'Imperio (Abdala). Sin embargo, muchos de los hombres que lo crearon y condujeron se habían dispersado por el mundo.

Acosta marchó a España a realizar un curso en la Escuela de Guerra Naval. Lo acompañaron dos condiscípulos aventajados: el Capitán de Corbeta Jorge Perrén (Puma) y el Capitán de Fragata Paso (León). Cerca de Tigre andaba su fiel suboficial Mazzola (Mayor) y Adán, antiguo auxiliar de *Logística* y, por lo tanto, hombre avecinado al contacto con los dólares.

En el 79 también trajinó las calles madrileñas el Pingüino Schelling, incorporado

ahora a la agregaduría naval de la embajada.

Otros marinos se refugiaron en la diplomacia: el Capitán de Corbeta Yon (Cobra), que fue incluido en la legación argentina en París, y el Teniente González Menotti (Gato), destacado en Londres.

Antonio Pernía (Trueno o Rata) y Mercedes Carazzo (Lucy), fueron detectados en España por los servicios de información locales. Los acompañaba el abogado Carlos (Chancho) Caprioli.

Otra pareja morganática, la que conformaban Anita Dvatman (Barbarella) y el Teniente Radizzi (Ruger), tuvo que huir precipitadamente de la península ibérica ante una certera denuncia del semanario *Interviú*. Radizzi dejó la Marina para trabajar como secretario de Massera en los negocios de compra y venta de armas. El hombre pudo formar su capital inicial con las trapisondas del GT y birlándole al Tigre “un vuelto” superior a los cien mil dólares.

Un infatigable viajero, el Teniente de Navío Miguel Ángel Benazzi (Manuel), el mismo que persiguió infructuosamente a Dri por las calles de Asunción y Roma, intentó tenderle una celada en Madrid al ex diputado de la Juventud Peronista, Armando Croatto. El cebo fue un colaborador llamado Bigatti, el Mario que el Pelado confundía con el homónimo asistente de Habegger. Esta vez el Partido Montonero, avisado oportunamente por Dri, pudo parar el golpe y desquiciar la maniobra. Croatto habló por teléfono con su antiguo ayudante, le propinó un duro sermón acerca de la lealtad y la traición y le propuso fugarse. El pobre infeliz dudó, imploró y no se atrevió a dar el sallo: su familia había quedado como rehén en la Argentina.

El Vicealmirante Rubén Jacinto Chamorro (Delfín), fue enviado como agregado naval a Sudáfrica, un país afín a sus concepciones ideológicas. Se llevó a su concubina Marta Bazán (Coca).

Abdala, su protegido Alfredo Nicoletti y Antonio Nelson Latorre (Pelado Diego) fueron vistos en Caracas. González de Langarica (Toño) fue descubierto en El Salvador, adonde viajó con Freddy Zaratini, conspicuo integrante de la Triple A, para colaborar con la contrainsurgencia local.

Parecía, en 1979, que el elenco estable de la ESMA se había disuelto y que sus miembros se habían desparramado como un cáncer por el mundo. Parecía solamente. Los hombres del GT/332 siguieron operando. En 1982 se los vinculó al asesinato del publicista Marcelo Dupont, pariente de otra víctima, Elena Holmberg Lanusse. En los

tres años que mediaron entre su pretendida dispersión y el crimen del publicista, no se dedicaron a la filatelia ni a los jardines de infantes: secuestraron a un número no determinado de personas cuyo destino final sigue siendo una incógnita.

Algunos de estos oscuros oficiales alcanzaron notoriedad internacional a partir de la guerra de las Malvinas, llevada a cabo con lineamientos muy semejantes a los propuestos por algunos chupados. Tal fue el caso del Teniente de Navío Alfredo Astiz (Cuervo), quien se rindió sin combatir a los británicos en su base de las islas Georgias del Sur y fue llevado prisionero a Londres. Alguna vez el Almirantazgo inglés —que trató al *Cuervo* a cuerpo de rey— tendrá la amabilidad de relatar sus sabrosas charlas privadas con el asesino de las monjas francesas y la joven sueca Dagmar Hagelin.

La aventura de las Malvinas también popularizó a nivel mundial a otro personaje de esta historia, el inefable Teniente General Galtieri, autor principal pero no exclusivo de la inaudita experiencia.

Los que cinco años atrás hubieran podido dudar de la verosimilitud de la *Operación México* deben haber quedado convencidos: con una botella de Johnnie Walker sobre la mesa, Galtieri es capaz de las iniciativas más temerarias.

El trauma de Malvinas demostró a propios y ajenos que es imposible defenderse con honor frente al imperialismo cuando uno se ha dedicado a servirlo toda la vida. Que no es compatible asesinar a Dardo Cabo y secuestrar a Andrés Castillo, civiles que clavaron nuestra bandera en las Islas, con ningún intento serio por recuperarlas. La aventura ratificó, asimismo, que los torturadores no sirven para combatir a ningún enemigo externo y que la doctrina de *seguridad nacional* atenta contra la *defensa nacional*.

En cuanto al Almirante Massera ¿qué podemos agregar que no se haya dicho ya? Cuando este libro era todavía un proyecto, el Almirante ya se había retirado para lanzarse de lleno a la política y los negocios.

En los años 78 y 79 todavía no había estallado el escándalo por el secuestro del empresario Fernando Branca, a quien la amistad con Massera le costó de una vez la mujer, el dinero y la vida; tampoco había tantos elementos para sindicarlo al Negro como miembro de la *Logia Propaganda Dos* (aunque ya se hablaba de sus vínculos con Licio Gelli), pero lo que se conocía bastaba y sobraba para condenarlo.

Y no nos referimos solamente a las miles de personas que “chupó” la Marina durante su comando, sino a sus negocios de venta de armas a Somoza y otros *business* no menos turbios. Como el tema de las comisiones por compra de armamento para el

conflicto del Beagle, que habría olvidado repartir con algunos socios. Olvido que pudo haber motivado el atentado contra sus oficinas de la calle Cerrito.

En esos años viajó a Europa muchas veces y desestimó con gesto de prócer airado las acusaciones que le volcaron los periodistas. En octubre de 1979 Massera llegó a Madrid y se instaló en el suntuoso hotel *Villamagna*, sobre La Castellana; allí fuimos con Jaime Dri y una decena de periodistas a desafiarlo, pero el ex Coara eludió el careo con su antiguo secuestrado.

Hoy estos desafíos ya no tienen gracia; cualquier Patricio Kelly, cualquier fiscal improvisado —alentado o no por otro servicio— se permite disparar sobre Massera, quien ha debido trocar su fantasía de improvisado líder “peronista” por una cárcel cómoda que, sin embargo, a él debe resultarle insoportable.

Ninguno de esos fiscales tardíos se ha preocupado —hasta el momento— por los miles de anónimos argentinos, que no estaban casados con la señora Marta Mc Cormack, y que *desaparecieron* en esa tremenda bomba de succión que fue la Escuela de Mecánica de la Armada. Ha sido y sigue siendo honrosa exclusividad de las Madres de Plaza de Mayo, de altivos defensores de los Derechos Humanos como Emilio Mignone, Augusto Conte Mac Donell o Adolfo Pérez Esquivel, que empezaron esta tarea cuando hacerlo era muy peligroso y se parecía demasiado a predicar en el desierto.

Tampoco los medios de la espuma y el *destape*, que apuntan a las facetas escandalosas del *masserismo*, se han preocupado (ni se preocuparán) por descubrir los hilos ocultos que vinculan la corrupción, el armamentismo o las logias internacionales, con todo un sistema que secuestró, torturó y asesinó a miles de argentinos para tratar de imponer hasta las últimas consecuencias un proyecto económico y social condenado por la historia.

En ese perpetuo escamoteo, Massera aparece en estos días que corren como el clásico chivo emisario, como la excepción que confirmaría la regla. *Cuando es la encamación de la regla*. Un arquetipo de la culpa que debe sentarse en el banquillo de los acusados. Pero no solo. Acompañado por todos los individuos de Marina, Ejército, Fuerza Aérea y policías varias que ordenaron, dirigieron y ejecutaron el genocidio.

En tomo de un libro de estas características suelen darse una serie de peripecias, no menos novelescas que las que registran sus páginas. Algún día, tal vez, resultaría útil narrarlas. Por ahora va un botón de muestra: Una noche, a fines de 1980, en la casa mexicana de Pila Garbarino y Gerardo Bavio, se encontraron Jaime Dri y Miguel Ángel Estrella, y descubrieron al unísono que el hombre que cada uno tenía enfrente era el

desconocido que ambos habían oído gritar en las tinieblas de Carrasco.

Los dos fueron secuestrados el 15 de diciembre de 1977 en Montevideo, los dos fueron torturados en la misma casa clandestina y los dos le atribuyeron otra identidad a ese desconocido que torturaban angustiosamente cerca.

Luego sus caminos se bifurcaron: una campaña internacional que incluyó, entre muchas figuras de la cultura, a Nadia Boulanger y Yehudi Menuhin, impidió que el pianista tucumano recorriera la misma senda que Jaime Dri. Tras varios días de tortura, en los que trataron de anular sus manos y quebrar su espíritu, lo reconocieron “legalmente” y lo arrumbaron en el penal que los militares uruguayos —por torpeza o cinismo— insisten en seguir llamando *Libertad*.

Pasó casi tres años en ese quebrantadero de hombres y pudo conservar las manos, la sonrisa y esa disposición para llevarle Bach y Beethoven a “la negrada” que exasperaba a sus verdugos.

Recuerdo de la muerte no se llama así por casualidad, ni porque me emocionó el hermoso poema de Quevedo. Es un libro contra el olvido. Impiadoso, tal vez, como suelen serlo los espejos.

No es por azar, tampoco, que asumió la forma novelística. La narración muestra, *no demuestra*. La novela permite desenterrar ciertos arcanos que a veces se niegan a salir dentro de las pautas más racionales de la crónica histórica, el testimonio de denuncia o el documento político. Pero la voluntad de novelar no encubre aquí el designio de modificar los hechos. Todo lo que se dice es rigurosamente cierto y está apoyado sobre una base documental enorme y concluyente.

Los escritores suelen hacerse amigos de algunos de sus personajes y más frecuentemente aún, suelen convertir en personajes a sus amigos. Lo que no es frecuente, en todo caso, es que un escritor hunda el escarpelo en la carne viva y sufriente de un amigo. Y más raro aún que ese amigo —para colmo bastante introvertido— acepte que el otro practique espeleología literaria en las cavidades más recónditas de su conciencia.

Hace falta un gran valor.

Jaime lo tuvo. Olimpia lo tuvo. También otros múltiples relatores complementarios para los cuales no debió ser agradable asomarse una y otra noche a los peores momentos de su existencia.

No fue fácil la investigación, con los testigos y los documentos desparramados por

el mundo, sin mecenas de viejo o nuevo cuño, sin partidos ni fundaciones por detrás, mientras había que romperse la crisma para ganarse la vida en el exilio. Tampoco fue sencillo sentarse ante esa montaña de gritos y acontecimientos y darles forma. Hubo que recurrir a esa “prepotencia de trabajo” que Arlt reivindicaba en *Los Lanzallamas*. Porque sigue siendo cierto: “crearemos nuestra literatura, no conversando continuamente de literatura, sino escribiendo en orgullosa soledad libros que encierran la violencia de un ‘cross’ a la mandíbula”

Fueron pocos, muy pocos, los entrañables que ayudaron a ganar esta batalla, desde el amor y la amistad. Sé que no aspiran a los dudosos honores de la exaltación tipográfica. Ella también insiste en que no la mencione. Pero pienso en sus aportes, en sus correcciones, en su infinita paciencia para revisar y tipear originales y recuerdo unas palabras felices de mi maestro Rodolfo Walsh: “si en algún lugar escribo ‘hice’, ‘fui’, ‘descubrí’, debe entenderse ‘hicimos’, ‘fuimos’, ‘descubrimos’”.

La vida en estos años no se mostró benigna con Jaime Dri, su familia y su pueblo.

En diciembre de 1979, el fracaso catastrófico de la “contraofensiva” montonera actuó como agente catalizador, sacando a la luz una lucha de vieja data: la que libraban en sordina los cuadros que querían una política de masas y el núcleo foquista que manejaba el aparato. Jaime y Olimpia, junto con Pablo Ramos, Daniel Vaca Narvaja, Gerardo Bavio y Miguel Bonasso, elevaron a la conducción partidaria un documento interno criticando la reiteración de prácticas militaristas y elitistas, que negaban en los hechos las tibias autocríticas del 77 y sólo podían conducir al fracaso histórico de la Organización. La discusión interna duró poco: en abril de 1980, Montoneros conoció una nueva fractura de proporciones.

Con otros dirigentes, que se plegaron al grupo inicial y renunciaron al Consejo Superior del MPM, formaron una nueva organización de efímera existencia: *Montoneros “17 de Octubre”*. Les costaba demasiado desprenderse definitivamente de la identidad política que habían asumido durante tantos años. Sin embargo, a poco de andar, mientras trataban de rehacer sus vidas en el exilio, mientras los niños iban creciendo y los adultos se preguntaban qué sentido darle a su supervivencia para capitalizar las dolorosas experiencias en beneficio del pueblo, fueron respondiendo a la cuestión fundamental: cómo dar por superada una etapa, una determinada concepción, sin convertirse en renegados.

La respuesta les fue llegando de las masas. De esas masas que con su resistencia produjeron el 30 de marzo del 82 y obligaron a los milicos a la fuga hacia adelante del 2 de abril.

La Argentina en crisis total que produjo héroes trágicos como Tucho Valenzuela, se asoma cautelosa a la esperanza. Está incubando un proyecto de Nación aún desconocido.

Hay síntomas. Hay presagios de una gigantesca mutación que será, que debe ser, de signo positivo.

Una forma modesta de contribuir a ese renacimiento que entrevemos consiste, paradójicamente, en mirar hacia atrás. Si la conciencia colectiva no logra exorcizar a los demonios, el futuro será un tembladeral. No es posible ni decente que una sociedad tape la propia porquería como los gatos.

No se puede construir una genuina convivencia democrática sobre cimientos de iniquidad y vergüenza.

Alguien dijo: "Los antiguos colocaban estatuas delante del abismo para ocultarlo: yo las derribo para mostrarlo"

México, septiembre de 1983.

Paredón y después

*De como la vida continuó este libro más allá
de su pretendida "Crónica final"*

Las novelas basadas en hechos reales tienen una incómoda ventaja sobre las de ficción: no se acaban nunca. No, al menos, hasta que se mueren todos sus personajes. Hasta que se clausura la época que los parió y renace como historia.

Hace diez años que se publicó la primera edición de *Recuerdo de la muerte*. Para la Argentina estos años representan poco y mucho a la vez: el primer decenio de la nueva democracia.

En ese lapso, algunas historias de este relato se reabrieron una y otra vez, como heridas tercas. Se produjeron pocos acontecimientos luminosos frente a demasiados hechos sórdidos; hubo cambios, maduraciones y perversas metamorfosis, gritos y susurros que reclaman un intermediario para acceder a la escritura.

Las Abuelas de Plaza de Mayo no han cesado en su búsqueda silenciosa de los mellizos que Raquel Negro (María) dio a luz, presuntamente en Paraná. En este caso no han tenido suerte. El destino de esas criaturas es un secreto bien guardado por los secuestradores del Segundo Cuerpo.

El año pasado fueron a San Juan a entrevistarse con la madre de Tubo Valenzuela (Tucho) y luego a Rosario, a encontrarse con el hermano de María. Ambos ignoraban la suerte corrida por los mellizos.

Estela Carlotto, la presidenta de las Abuelas, tiene una mirada penetrante y experimentada. En Rosario, en casa del hermano de Raquel, esa mirada se detuvo varias veces en un adolescente hermoso y esquivo que trataba de disimular la recíproca curiosidad que Estela le producía.

Era Sebastián. El pequeño cautivo de Funes que el Ejército entregó a sus abuelos maternos.

Cercano a sus dieciocho años, el muchacho parecía desconocer las trágicas peripecias que le arrebataron a sus padres y sus hermanos.

Sería el paradigma de una nueva generación de lectores a la que va dirigida esta botella de naufrago.

Ojalá algún día Sebastián remonte las páginas de este libro como un río, que es él mismo. Hacia la tríada que integró. Hacia la foto que Tucho me mostró, una noche de enero de 1978, en un sombrío departamento de la ciudad de México.

El olvido tiene un ejército de seguidores. La memoria, en cambio, debe contentarse con un reducido grupo de irregulares entre los que florece, cada tanto, algún espontáneo del toreo. A esta categoría pertenece un detective aficionado de Rosario llamado Raúl de la Encina.

De la Encina es un lector del que me hice amigo por correspondencia. Su primera carta, fechada el 15 de junio de 1984 (a dos meses de la salida de "Recuerdo de la muerte"), incluía una rectificación sobre la ubicación de la Escuela Industrial a la que habían sido llevados los "chupados" de Funes tras el desastre de la "Operación México" No estaba en Ovidio Lagos y Tres de Febrero (como lo recordaba el Pelado y yo lo consigné en las primeras ediciones) sino dos cuadras al sur, en Ovidio Lagos y Estanislao Zeballos. De la Encina agregaba: "tal escuela técnica es la llamada 'Osvaldo Magnasco' y aún funciona en el mismo edificio, antiguo depósito municipal y terminal de los viejos tranvías".

El prolijo lector, "apasionado de los temas que hacen a la historia de Rosario", venía a corroborar con esa rectificación lo esencial del testimonio de Jaime Dri. Le contesté dándole las gracias y asegurándole que en las nuevas ediciones iba a figurar la dirección correcta. Respondió de inmediato, gratamente sorprendido de ser tomado en cuenta. Todavía nos tratábamos de usted. En la segunda carta empezamos a tutearnos y entonces me atreví a pedirle que averiguara algo más sobre la Escuela de marras y su director, de quien Jaime había escuchado que era un "facho vinculado a los servicios"

Encantado, se lanzó a la pesquisa. No le resultó fácil. En los primeros meses de gobierno constitucional el terror estaba a flor de piel y nadie quería abrir la boca. En la Escuela se negaron a darle el nombre del Director (que ya no ocupaba ese cargo) y lo remitieron a la Inspección General de Escuelas. Raúl ya se veía venir "una montaña de trámites burocráticos" cuando la famosa "mano de obra desocupada" le proporcionó un atajo: en la madrugada del 8 de octubre de 1984 los desconocidos de siempre irrumpieron en los Tribunales de Rosario y se llevaron documentación estratégica sobre los grupos represivos clandestinos, que había relevado la CONADEP. Buena parte de estos documentos se habían obtenido en una serie de allanamientos a domicilios de agentes de los servicios. En la crónica que *La Capital* publicó al día siguiente se mencionaba el cateo

practicado en una vivienda ubicada en Hilarión de la Quintana al 800, “presunto domicilio del director de una escuela de la calle Ovidio Lagos” Raúl lo leyó y logró establecer lo que debió haber investigado el cronista del diario rosarino: el director de la Escuela era Néstor D. Bertotti, vivía concretamente en Hilarión de la Quintana 837, su teléfono particular era el 83-0136 y ahora se desempeñaba como inspector. Para mi personal regocijo averiguó algo más: cuando le allanaron la casa, Bertotti tenía como libro de cabecera *Recuerdo de la muerte*.

Raúl no era policía, ni periodista, ni juez, ni militante revolucionario. Había sido ejecutivo de la Pepsi-Cola, dueño de un negocio de “delicatessen” y en sus años mozos estuvo a punto de ingresar a la Marina de Guerra. No para ser émulo del Cuervo, el Tigre, el Puma o la Jirafa, sino por la salgariana evocación de la Kon-Tiki y el tierno delirio de llegar a la Polinesia. Si se atrevió a investigar fue porque no le gustaba lo que pasaba en “nuestra balbuceante democracia” (como me decía en una de sus cartas): no le gustaban las bombas, que los militares juzgaran a sus pares en el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas y que “la Iglesia reivindicara el oscurantismo ante jerarcas militares que vivaban a Videla, Camps & Cía”

Este ciudadano, sin aparato judicial por detrás, solitario como los héroes de las novelas negras, logró averiguar sucesivamente que la Quinta de Funes se había convertido en el Country “San Jorge”, que su teléfono apenas había variado del 93-200 (denunciado por Valenzuela) al 931200; que La Intermedia seguía estando frente al Automóvil Club de La Ribera y que era propiedad de los padres de un militar, como lo había escuchado Jaime en su cautiverio. En sucesivas entregas, que revisábamos ansiosamente con el Pelado, fueron llegando más datos y fotografías de los campos de concentración del Segundo Cuerpo.

En julio de 1985, mientras se realizaba el juicio a las Juntas y temiendo que Galtieri saliera bien librado, publiqué estas nuevas pruebas aportadas por de la Encina en la revista *El Porteño*. Ni en ese momento ni después, cuando se juzgó al militar por sus responsabilidades específicas al frente del Segundo Cuerpo, fueron tomadas en cuenta por la justicia.

En el artículo de *El Porteño* Raúl figuró como “X, un lector de Rosario” Yo lo quería proteger aunque él me había autorizado expresamente a nombrarlo. Hoy puedo pasar de la protección al homenaje. Ojalá él también se asome a estas páginas porque hace muchos años que mudanzas, exilios y tragedias interrumpieron una correspondencia en la que terminamos por intercambiar fotos familiares y confidencias personales, convencidos —sin habernos visto nunca— de que éramos amigos de toda la vida.

Del país no sólo me llegaban las estimulantes indagaciones de Raúl, también las voces soterradas de la tragedia. El libro me seguía vinculando —implacable— con la soledad de las víctimas.

En julio de 1985 me escribió la señora María Juana Saade de Novillo, madre de Jorge Novillo, el “Ignacio” de Funes. Ocho años después de la desaparición de su hijo seguía buscando una noticia, un dato o simplemente un recuerdo. “Mis tres hijos varones —decía— fueron secuestrados en Rosario mientras estaban ayudando a Jorge a cambiarse de casa. Los dos más chicos estuvieron en Funes 13 días. Al cabo de los mismos los sacaron en un auto, siempre atados y vendados los ojos y los dejaron tirados en la avda. de Circunvalación de Rosario (...). Es muy poco lo que ellos cuentan de su cautiverio. No sé si porque fueron amenazados o por no afligirme.”

Y agregaba: “No sé si Ud. sabrá que al año de la desaparición de Jorge a mi esposo le dio un infarto y falleció. Hace siete años que lo busco sola. Siguiendo pista tras pista. Massera me recibió dos veces y me dijo que si las cosas eran como yo las narraba mi hijo iba a aparecer en algún país vecino (...) En una oportunidad una X persona relacionada con los militares me dijo que Jorge estaba vivo y que había hecho un ‘Replay’. ¿Qué es esto? A mí no me asusta conocer la verdad cruda. Con el infierno que pasé todos estos años me he fortalecido como para conocer cualquier verdad. ¿Mi hijo se pasó al enemigo? ¿Lo fusilaron? ¿Lo llevaron a otro país? Esto último fue lo que un tal Sebastián (que creo que Ud. lo nombra en el libro) le dijo a mi nuera (o sea la esposa de Jorge). (...) Señor Bonasso: espero su respuesta sea cual fuere. (...) No me defraude. Necesito cualquier noticia sobre mi amado hijo”

Era demasiado para mí solo. Agarré el teléfono y llamé a Acapulco. Jaime y la Negra vivían allí, dando clases en la Universidad de Guerrero. Le pedí al Pelado que nos reuniéramos para escribir la contestación.

Analizamos cuidadosamente la respuesta que íbamos a enviar a la madre de Ignacio. Ante todo, la carta confirmaba una tesis de Jaime que yo compartía: el Segundo Cuerpo había ejecutado a su hijo y todos los otros prisioneros de Funes. El Ejército —a diferencia de la Marina que había liberado a un pequeño grupo de personas— no quería sobrevivientes que se convirtieran en testigos. Ni siquiera los colaboradores. Era significativo que en ocho años, de los cuales dos eran ya de gobierno civil, Ignacio no hubiera dado señales de vida.

Jaime Dri no es escritor pero logró en su respuesta un difícil equilibrio entre la piedad y la sinceridad. ‘Tal como le anticipa Miguel —escribió el Pelado— no tengo datos ciertos del destino corrido por los compañeros que estuvieron conmigo en la

Quinta de Funes. Pero lo que hoy sabemos y yo pude enterarme mientras estuve detenido, es que la política represiva de la Dictadura Militar era el secuestro y la muerte de los prisioneros.”

“Solamente Galtieri, Jáuregui o Alí Mohamed Seineldín pueden informar sobre el destino de Jorge y demás compañeros detenidos en Rosario”, decía Dri y agregaba: “Al respecto y previendo que aparecerían personas como Ud. y dado que hasta ahora soy uno de los únicos que puede testimoniar sobre lo ocurrido en Rosario, en mi declaración ante la Cámara Federal que sigue el proceso contra los Jefes Militares, tuve expresa intención y sumo cuidado de nombrar a todos los compañeros que estuvieron detenidos conmigo en la Quinta de Funes”

“Sobre lo vivido en la Quinta de Funes, en la Escuela Industrial o en la Intermedia, le puedo decir que Jorge era un compañero extraordinariamente bueno y lleno de sentimientos nobles. (...) Allí tenía una canción de Demis Roussos que no sé cómo se llama pero me acuerdo de la música y algo de la letra que decía: ‘Adiós, adiós amor, es hora de partir...’ (...) Creo que por ser tan bueno tenía alguna confianza o esperanza que los militares nos liberaran”, concluía Jaime.

La señora de Novillo, abrumada por problemas económicos y familiares, acosada por el recuerdo de los muertos y por las astucias de ciertos vivos que le aseguraban que Ignacio estaba ahora en Europa, donde había formado una nueva familia, supo agradecersele: “Necesitaba esas palabras de Jaime acerca de Jorge, necesitaba su respuesta, su evaluación, sus conjeturas, porque le digo que en algunos momentos de mi vida creí que estaba loca y que vivía en un mundo irreal que nadie entendía. (...) Cuando encontraba alguna pista y la confiaba a mi familia o mis amigos me miraban con tal cara de lástima que muchas veces hasta pensé que mi otro yo era el que inventaba todo eso que me decían”

El hombre que conoce el destino de Ignacio, de María, de los mellizos y de tantos otros, ya no está obligado a revelarlo: el 6 de octubre de 1989, el presidente Menem le otorgó el indulto, borrando todos los crímenes que el general Leopoldo Fortunato Galtieri ordenó cometer cuando comandaba el Segundo Cuerpo de Ejército. Esa misma noche, otro decreto presidencial anuló la condena de 12 años que la Cámara Federal le impuso, por su catastrófica conducción en la guerra de las Malvinas.

En 1985 ya había resultado absuelto, en lo que algunos exégetas apresurados llamaron “el juicio del siglo”. En aquel proceso, sus defensores, Enrique Munilla Lacasa y Alfredo Battaglia, compararon a Galtieri con Jesucristo y justificaron los saqueos con una cita del dominico Francisco de Vitoria: “es lícito en la guerra resarcirse con los bienes del

enemigo”

Sin posibilidad de futuro ni condenas judiciales por el pasado, el estratega del Atlántico Sur se ha recluido en la vida privada. En su Johnnie Walker y sus memorias. De vez en cuando algún semanario frívolo registra su imagen de abuelo bonachón que juega con los nietos en la playa.

El 6 de setiembre de 1972, en la penúltima dictadura militar y quince días después de la masacre perpetrada en la base aeronaval “Almirante Zar” de Trelew, el entonces comandante de la aviación naval, capitán de navío Horacio Mayorga, declaraba a la prensa: “Hay que dejar de lado estúpidas discusiones sobre hechos que la Armada no tiene que esforzarse en explicar”

“La Armada —enfaticó Mayorga— no asesina. No lo hizo jamás, no lo hará nunca.” Diecisiete años antes, el piloto Mayorga había participado en el bombardeo de la Plaza de Mayo que se evoca al comienzo de este libro. Apenas quince días antes, los subordinados del aviador habían disparado a mansalva sobre diecinueve prisioneros desarmados, dejando un saldo de dieciséis muertos y tres heridos graves, que se salvaron porque inicialmente los dieron por muertos. Uno de esos sobrevivientes era Ricardo René Haidar, a quien vimos en Panamá, junto a la Negra Olimpia, coordinando la “Operación Fortuna” Diez años después de Trelew, el Turco Haidar caería secuestrado por el Grupo de Tareas 3.3.2 de la ESMA. Allí lo vio, a comienzos de 1983, el gráfico Víctor Basterra, un detenido que hacía trabajos de fotografía para los marinos. Allí lo hizo desaparecer para siempre esa Armada que no acabó de asesinarlo en 1972 y a la que Mayorga veía “sincera, argentina, tal vez algo lenta y reservada en sus cosas, cerrada en su ambiente, pero seria, sacrificada, justificadamente orgullosa de su espíritu de cuerpo.”

Tan “reservada en sus cosas” que el responsable de Trelew, el entonces capitán de corbeta de Infantería de Marina Luis Emilio Sosa, fue sacado de la circulación y ocultado en los pliegues protectores del arma, sin que jamás se conocieran sus destinos ulteriores.

Tan “justificadamente orgullosa de su espíritu de cuerpo” que, en 1987, cuando el Presidente Alfonsín insinuó su rechazo al ascenso del Cuervo Astiz, el Consejo de Almirantes le dobló la mano, amenazándolo con una renuncia colectiva.

Tan “cerrada en su ambiente” que nunca dio a conocer la situación de revista del Tigre Acosta ni las dependencias navales donde prestó sus servicios a partir de agosto de 1979, cuando el capitán de corbeta Luis D’Imperio, alias Abdala, lo reemplazó en la jefatura de Inteligencia del Grupo de Tareas.

Como consigné en la “Crónica final”, el capitán Jorge Eduardo Acosta, junto con algunas de las figuras más connotadas de la ESMA, anduvo un tiempo por Europa.

En 1981 se registró “el paso del Tigre” por la agregaduría naval de la embajada argentina en Sudáfrica, donde fue a reunirse con su jefe, el Delfín Rubén Jacinto Chamorro, y el sempiterno Alfredo Ignacio Astiz. En octubre de ese año, una denuncia periodística y una interpelación en el parlamento sudafricano, obligaron a la cancillería argentina a sacar a los tres marinos de aquel país.

Entre fines de 1982 y comienzos de 1983, la Armada creó un misterioso organismo denominado COPECE (sigla cuyo significado se desconoce) que funcionó inicialmente en el Casino de Oficiales de la ESMA y luego se trasladó a un edificio en la zona del Puerto.

Allí trabajó Acosta, junto con el Gato Alberto González Menotti y el Pingüino Raúl Scheller (Schelling en el recuerdo impreciso de los primeros testimonios) acumulando y clasificando datos sobre la represión clandestina para nuevas tareas de inteligencia.

En diciembre de 1983, cuando Raúl Alfonsín asumió la Presidencia impulsado por las esperanzas democratizadoras de vastos sectores de la sociedad, Basterra pudo abandonar su trabajo compulsivo en la sección fotografía del GOEA (Grupo de Observación y Enlace de la Armada), que es como había pasado a denominarse el antiguo GT 3.3.2. Sin embargo, en agosto de 1984, cuatro meses después de la aparición de “Recuerdo” y mientras la CONADEP juntaba miles de fojas sobre el terrorismo de estado, el gráfico y Mario Villani (otro detenido de la ESMA) recibían inquietantes advertencias de sus antiguos captores para que se callaran la boca.

De algún modo, con viejas o nuevas siglas, los hombres de *Selenio* seguían agrupados y protegidos en la trastienda de la Marina de Guerra. Varios de ellos, liderados por el capitán Acosta, continuarían amafiados hasta el momento de escribir estas líneas.

Recién cuando el Tigre y sus compañeros de tareas fueron procesados por la Cámara Federal de Apelaciones, en marzo de 1987, pudo saberse que revistaba como capitán de fragata retirado. ¿Cuándo había pasado a retiro? Según algunas fuentes periodísticas, en los primeros meses de 1984, después de que la revista *Libre* publicara su foto con tres personajes de la farándula: Adriana Brodsky, Noemí Alan y Rolo Puente. En esa reveladora imagen, el marino aparece de uniforme, exultante, junto a la desnudista Noemí Alan, que se ha puesto su gorra y apoya un brazo sobre su hombro. Acosta fue reconocido por el cabo Raúl Vilariño, que había integrado el Grupo de Tareas de la ESMA y por algunas otras personas que elevaron denuncias al ministerio de Defensa.

Esas denuncias, dicen, habrían determinado su pase a retiro. No obstante, algunas fuentes aseguran que en 1985 continuaba en actividad y se lo solía ver en las dependencias navales de Punta Alta.

A semejanza de sus colegas y a diferencia de sus víctimas, el Tigre estuvo poco tiempo preso y recibió un trato privilegiado a bordo del buque Bahía Paraíso. En los sótanos de la ESMA solía admitir delante de los “chupados”: “si a mí me pasan la picana no aguanto ni medio disco. “Yo canto todo”. Sin picana ni disco fue el más locuaz de los 19 marinos que la Cámara Federal decidió procesar. Tal vez porque estaba a punto de quebrarse, tal vez por cinismo, por la íntima convicción de que ese proceso no iba a prosperar. Si era así no se equivocaba: el 23 de junio de 1987 el tribunal, aplicando la ley de *obediencia debida* que el Congreso acababa de aprobar a todo vapor, dispuso la libertad de once de los acusados: los oficiales de la Armada Acosta, Whamond, D’Imperio, Dunda, Astiz, Pernías, Capdevila, Scheller y Carella, el Prefecto Antonio Febres y el suboficial de la Prefectura Naval Juan Antonio Azic (alias Piraña), que picaneó al hijo recién nacido de Carlos Lordkipanidse delante de su padre. Ninguno de ellos, según el tribunal que aplicó la nueva legislación, “tenía capacidad decisoria”

El doctor Luis Moreno Ocampo, ex fiscal del juicio a las Juntas, tiene el raro privilegio de haber visto llorar al Tigre en la adusta intimidad de su despacho oficial. Fue en 1988 y no era una tardía explosión de arrepentimiento, sino de miedo y vergüenza. El capitán Acosta no enfrentaba a Moreno Ocampo por ninguna causa vinculada con la represión clandestina, sino por estafa al Banco Central. El marino era directivo de Astilsur, un astillero que había obtenido créditos de prefinanciamiento para la exportación y no había construido un solo barco. “Doctor... —se quejaba el torturador— que me acusaran de todo aquello (los crímenes de la ESMA) de acuerdo. ¡Pero de esto no hay derecho, doctor, no hay derecho!”

Ese mismo año (el 10 de agosto) comparecían ante el escribano Oscar D. Cesaretti, las prestanombres Julia Irene Argerich y María Elena Acosta (hija del Tigre), para constituir la sociedad anónima Eximport Funds S.A., otra fantasmagórica creación del hombre de Selenio. La nueva firma, orientada a diversos rubros —financiero, inmobiliario, comercial, administrativo, etc.—, nacía con un módico capital de 3 mil australes, pero en menos de dos años conseguiría un contrato que le reportaría medio millón de dólares.

En agosto de 1990, el entonces presidente de la Corporación del Mercado Central, el empresario en quiebra Roberto Pons (designado ilegalmente por el ex intendente Carlos Grosso), contrató a Eximport Funds, a fin de que realizara tareas de control y vigilancia, con una paga mensual de 80 mil dólares.

Oficialmente la empresa contratada debía fiscalizar el cobro de la tasa de mercado (2 por ciento) que deben pagar los operadores y supervisar otras normas que hacen al complejo funcionamiento del mercado de abasto más grande de la Argentina.

En realidad, el “gerente general” Jorge Eduardo Acosta y sus colaboradores montaron lo que sabían montar: un aparato de inteligencia e intimidación con acceso a documentación estratégica y prerrogativas para interrogar a cualquiera de los miles de puesteros y changadores que trabajan en el Mercado.

En una reunión con los directivos de la Corporación, el gerente de Eximports definió a los veinte integrantes de su empresa que iban a transitar entre las hortalizas, como “personal de la Armada capacitado en Inteligencia”. Decía la verdad: lo escoltaban antiguos integrantes del Grupo de Tareas de la ESMA, como el capitán Fernando Enrique Peyón, alias Giba o Quasimodo, y el comisario de la Policía Federal, Rimoldi Fraga.

Viejos amigos. Nombres indicativos de una pertinacia conspirativa que logró mantenerse a pesar de algunas molestias que supuso la democracia.

Pronto los hombres del “gerente” se hicieron notar. Todavía no les habían asignado una oficina, pero ya eran una presencia ominosa y constante en las 500 hectáreas del Mercado. Observando desde sus autos, comunicándose por sus nombres de pila a través de los walkie talkies, ostentando los fierros, amenazando.

Una noche, un delegado de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) fue seguido a paso de hombre por uno de los “móviles” de la gente del Tigre. El auto marchaba en la oscuridad con los faros apagados, pegado a los talones del sindicalista. No había un alma en las cercanías. El delegado empezó a transpirar de miedo. Adentro del Falcon tres hombres sonrientes recuperaban el gozo de vivir.

Mientras tanto un Acosta prolífico dirigía numerosos oficios a Pons, quien luego declaró no haber sabido nunca que Eximport Funds tenía algo que ver con el marino. En el oficio Fuex Ja no. 43/90 informaba al “Sr. Presidente” cual era el dispositivo en el territorio. En el 53/90 ya proponía un “control más cercano y detallado que lleve a los marginales a considerar que el cerco se estrecha”. En octubre de 1990 sugería “coordinar con la policía acciones más efectivas”. Cuatro días más tarde admitía: “existe preocupación en algunos feriantes por las investigaciones que desarrollamos”

En otro memorándum se jactaba de un favor gratuito que les prestó una dependencia oficial de la Armada.

Las actas de una reunión entre Acosta y sus segundos con las autoridades del

Mercado, incluyen esta revelación: “se aclaró específicamente que se han tomado contactos con los servicios de inteligencia del exterior y del país que puedan tener injerencia en función de las actividades. Se informó de las operaciones que efectuaron, dentro del MCBA (Mercado Central de Buenos Aires) algunos servicios de inteligencia extranjeros”

Aludía a la Drug Enforcement Agency (DEA), reforzando viejas sospechas que relacionaban a ciertos sectores del Mercado con el tráfico de drogas.

Una intensa campaña de denuncias por parte de ATE logró que en abril de 1992 se rescindiera el contrato con Eximports Funds. Pero fuentes del Mercado aseguraron que Acosta cobró la última soldada de 80 mil dólares en marzo de 1993 y que en setiembre fue visto en las oficinas de la Corporación, saliendo del despacho del contador Félix Gaibisso.

Era un momento traumático, plagado de versiones: el periodista de *Página/12*, Hernán López Echagüe, había sido violentamente agredido (en dos ocasiones) precisamente por sus investigaciones sobre el Mercado Central, donde se estaban reclutando matones para las patotas oficialistas.

De momento el Tigre ha vuelto a salir de cuadro para internarse en ese inframundo de empresas de vigilancia, astilleros truchos y compañías fantasmas que es su hábitat natural. Pero ya reaparecerá en algún momento. Al calor de la impunidad y de su propia patología.

El que no abandona nunca la escena es el Ángel de la Muerte. El 12 de abril del año pasado, Alfredo Ignacio Astiz —recién ascendido a capitán de fragata— asistió al velorio del almirante Isaac Francisco Rojas, en el segundo piso del Edificio “Libertad” Vestía de gala y lucía un rostro acorde con las circunstancias. Allí coincidió con su antiguo jefe, el Almirante Cero. La presencia del Ángel subrayó la continuidad institucional y pudo interpretarse como un reconocimiento no sólo al antiguo vicepresidente de la “Revolución Libertadora”, sino también al arma que de manera tan elocuente lo ha defendido en estos diez años.

Antes y después del juicio a los Comandantes, Astiz tuvo que hacer numerosas visitas obligadas a los tribunales. Pero siempre salió indemne. Y siempre gozó del apoyo abierto o solapado de la Marina de Guerra. En diciembre de 1984, el juez Miguel del Castillo dispuso su detención y procesamiento por el secuestro y desaparición de la joven sueca Dagmar Hagelin. Bastaron dos presiones del Almirantazgo para que el magistrado se declarase incompetente. La Cámara Federal, designada por el presidente Alfonsín,

dispuso entonces — con gran celeridad — que las actuaciones pasaran a la Justicia Militar. El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas redobló la velocidad y en cuarenta y ocho horas decretó su inocencia. Tras ochenta y seis días de cómoda detención, el Cuervo regresó al portaviones “25 de mayo”, donde fue recibido por sus camaradas con vítores y aplausos.

El jolgorio excedía a la persona del marino y adquiriría un carácter emblemático: lo que se celebraba en la cubierta del “25 de mayo” era la impotencia de las instituciones democráticas para enjuiciar a los cuadros jóvenes de las Fuerzas Armadas que habían ejecutado la represión clandestina. Mientras Astiz era liberado, Osvaldo Quique Lovey, líder en los setenta de las Ligas Agrarias del Chaco, ingresaba a la cárcel acusado de haber sido dirigente del peronismo montonero. Raúl Alfonsín había engendrado la teoría de “los dos demonios”, que homologaba a guerrilleros y represores (como si fueran lo mismo Rodolfo Walsh y el general Menéndez), pero en la práctica ni siquiera respetaba esa presunta simetría. Para Injusticia argentina era más grave haber figurado en un folleto de la guerrilla que haber herido, secuestrado, torturado y hecho desaparecer a una adolescente de diecisiete años.

Seguía el viacrucis de Ragnar Hagelin, el padre de Dagmar. El “caso Astiz” era un escándalo internacional desde la rendición del “lagarto” en las Georgias y cíclicamente se renovaba. Un juez francés había pedido la captura del marino y los suecos no cejaban en sus reclamos diplomáticos.

Además, en el juicio a las Juntas, lo ocurrido en la ESMA había sido decisivo para condenar a Massera a cadena perpetua. En ese marco la causa fue retomada por la Cámara Federal y hubo módicas esperanzas de los agraviados que no tardarían en ser nuevamente defraudadas. El cinco de diciembre de 1986, el alto tribunal absolvía nuevamente al Rubio, esta vez por “prescripción de los delitos imputados”. Algunas Madres de Plaza de Mayo que seguían la audiencia, comenzaron a gritar “¡Asesino, asesino!”, en dirección a ese hombre joven, de chaquetilla naval blanca y mechón sobre la frente, que acababa de escuchar impasible un final anunciado. Entonces, desde otro sector de la galería, ocupado por familiares y amigos del procesado, llegó nítida la respuesta: “¡Putas! ¡Viejas putas!” Un marino de civil se permitió ordenar a los guardias: “¡Deténganlas! ¡Qué esperan para detenerlas!” Y las detuvieron durante una hora.

Esa misma noche, el presidente Alfonsín enviaba al Congreso su proyecto de ley de Punto Final, que establecía un plazo de sesenta días — a partir de su promulgación — para iniciar juicios contra los represores. Cumplido ese lapso no podrían emprenderse nuevas acciones penales. Los organismos defensores de los derechos humanos lo calificaron como una amnistía disfrazada.

Lo era. Pero no sirvió para cancelar las molestas citaciones a los cuadros medios de las tres armas y estalló el levantamiento “carapintada” de “Semana Santa” Como concesión a los alzados —que comandaba el actual tribuno Aldo Rico— el gobierno extendió el olvido y el perdón con la “ley de obediencia debida”

Desde entonces, el capitán de fragata Astiz sólo tiene problemas penales en el extranjero. En marzo de 1990, la máxima instancia judicial de París lo condenó a cadena perpetua (in absentia) por encontrarlo culpable de “secuestro, torturas y desaparición” de las monjas francesas Alice Dumon y Leonie Duquet. La sentencia no lo toca si no se mueve de la Argentina. Pero si viaja y es capturado en cualquier país que tenga tratado de extradición con Francia, puede ir a dar con sus huesos a una cárcel parisina, donde no va a gozar de los móviles de Calder, ni de las fiestas que costeaba con viáticos del Centro Piloto.

Como no puede ir a París, procura pasarlo bien en Buenos Aires. Cada tanto esas revistas que le gustaba ojear en la Pecera, destacan su presencia (alguna vez aplaudida) en los lugares de moda.

Hace pocos meses, la revista *Caras* reveló que se lo suele ver en la pista de *New York City* seduciendo “chicas de jeans ajustados y poleras ceñidas”.

El relato juega a las escondidas con el idioma y la tragedia histórica: el marino conserva “la cara de ángel que lo hizo célebre en todo el mundo”; le gustan “las adolescentes” porque no pueden reconocerlo y las “conquista” fácilmente; con ellas se muestra “implacable” (...) “todos sus movimientos, como los de su presa, están calculados”; (es) “un cazador que se resiste a colgar sus armas, que no está dispuesto a rendirse jamás”.

En una columna de opinión publicada por *Página/12*, Martín Granovsky se preguntaba si *Caras* se había volcado a la ironía jugando, sutilmente, con sobreentendidos que todo el mundo debería manejar. (La cara de ángel para aludir a su nombre de guerra; la mención de las adolescentes para evocar a Dagmar Hagelin; los movimientos de su presa y su definición de cazador como referencias literales a su actividad en el Grupo de Tareas; su negativa a rendirse como ironía por la defeción en Georgias). El columnista se respondía, acertadamente, que al omitir todos los datos públicos sobre el pasado del Cuervo, al no consignar ni uno solo, lo que domina es el ocultamiento y no la ironía.

“Así, Alfredo Astiz —escribía Granovsky— capitán de corbeta en actividad y símbolo mundial del delito sin castigo, quedará convalidado como un habitante más de

la frivolidad porteña.”

Una nota “repulsiva” —como la calificó el comentarista— pero acorde con una significativa porción de la sociedad argentina para la que escribe el cronista de *Caras*. Cuyas hijas adolescentes bailan con Astiz, porque “es una persona muy divertida y supertierna” Y pueden ignorar todo sobre él o conocer algo y haberlo olvidado. Da igual.

Si la parábola del Ángel condensa las agachadas del gobierno radical frente a los militares, la del contador y teniente de fragata retirado Jorge Radice (Radizzi en el recuerdo de Dri) ilustra acerca de los nexos entre “masserismo” y “menemismo” y la índole delincencial del poder en la Argentina.

Cuando Carlos Menem estaba en campaña, prometiendo la “revolución productiva”, Ruger solía atender el movicom de Miguel Egea, uno de los más dinámicos promotores del candidato peronista. La relación había empezado dos años antes, cuando Egea convirtió al ex secretario de Massera en su mano derecha y le dio cabida en sus oficinas de Alem y Córdoba, en las de Callao y Corrientes y en la intimidad de sus manejos económicos y políticos. Egea es socio y amigo de Alberto Kohan y en los años setenta fue estrecho colaborador del brigadier Raúl Lacabanne, interventor en Córdoba durante el gobierno de Isabel Perón, a quien se atribuye el asesinato del dirigente montonero Marcos Osatinsky.

Radice, que en el juicio a los Comandantes se autodefinió como el hombre “que apretaba el gatillo” en los operativos, también colaboró en la Fundación para la Argentina en Crecimiento (FEPAC), que había creado Kohan para manejar las relaciones empresariales y las contribuciones económicas a la campaña. Allí (y en la consultora de Egea) aportaría los conocimientos adquiridos en una práctica intensa y poco convencional. Su capacidad de persuasión para que los “chupados” le cedieran sus títulos de propiedad. Su habilidad para comercializar el “botín de guerra” Su profesionalismo como traficante de armas. E incluso un cierto barniz justicialista, adquirido cuando fue asesor del bloque de diputados que respondía a Herminio Iglesias.

Con su eficiencia y sus conexiones, los “consultores” de Alem y Córdoba han ganado estratégicas licitaciones, entre las que destaca la reciente concesión del casino de Iguazú a la empresa británica que ellos representan. Radice sigue atendiendo el movicom de Egea y desplegando esa tenebrosa ironía que llamaba “monjitas voladoras” a Leonie Duquet y Alice Dumon.

Si algo enseñan las historias de Funes y la ESMA es que la traición no es hija de la tortura, sino de la derrota. Y que algunos se abrazan a ella en un vértigo, buscando el

punto de no retomo.

A esta estirpe arltiana pertenece el *Loco Galimba*. El no podía traicionar de una manera burocrática como los sempiternos candidatos a concejales Fernando Vaca Narvaja y Roberto Perdía o desde el minimalismo pequeño burgués que lleva a Firmenich a poner un kiosco de cigarrillos en *Villa Freud*. Galimberti es más inteligente, más histrión, más nihilista. Se zambulle en el mar de mierda con un gesto operístico, mussoliniano.

Las escenas de su casamiento (en enero de 1991) con Dolores Josefina Leal Lobos, una muchacha de veintitrés años, hija de un ejecutivo de Bunge y Born, fueron relatadas por revistas como *Gente* con énfasis en el vestido de Gino Bogani, el número de mozos y custodios, las brochetas de langostinos o el torrente de champagne. Pero exceden el rastacuerismo previsible del hortera que quiere lucir su ascenso social. Expresan un exhibicionismo de índole más radical y tenebrosa: el “despliegue de maldad insolente” del Cambalache discepoliano.

El invitado que murmura “el champán derramado no será negociado”, parafraseando el slogan galimbertista de los setenta sobre la sangre de los caídos, define el espíritu que subyace en esa residencia de Punta Ballena.

En la “vidriera irrespetuosa” de su boda, Galimberti exhibió a sus nuevos amigos: el ex fiscal Juan Martín Romero Victorica, Jorge Born IV y Jorge Radice. De madrugada, cuando quedaban los íntimos, el novio y su antiguo acusador bailaron el *Illa-ilárié* que consagró Xuxa.

Por debajo de los símbolos, la trama de intereses. Durante años, en la prosa castrense de Romero Victorica, el Loco era el “delincuente terrorista Rodolfo Galimberti” Dejó de serlo cuando coincidieron en un ambicioso objetivo: lograr que Jorge Born III recuperase parte del rescate récord de 60 millones de dólares que se había pagado en 1975 a los Montoneros. Galimberti, que había tenido una participación protagónica en la “Operación Mellizos”, se encontró con su antiguo cautivo gracias a la mediación de Juan Bautista (Tata) Yofré, que entonces estaba a cargo de la SIDE. Pidió y obtuvo el perdón del millonario, se convirtió en su colaborador y le vendió un plan ingenioso para resarcirse de aquella pérdida: el dinero debía salir de la gruesa indemnización que la familia Graiver había cobrado del Estado por “daños morales y materiales sufridos durante la dictadura”. La fundamentación: Montoneros le había dado al desaparecido banquero David Graiver 17 millones de dólares, que provenían del pago de los Born, para que éste los pusiera a trabajar a interés. Esta suma había pasado a engrosar el patrimonio de los Graiver pero debía regresar, aumentada, “a sus legítimos dueños”

Trabajando en la misma dirección, Romero Victorica había conseguido que el juez Carlos Luft, a cargo del proceso por el secuestro de los Born, embargara bienes de los Graiver por un monto superior a los 40 millones de dólares y que se congelaran pagos del estado que todavía estaban pendientes. Born, Galimberti y Romero libraron una lucha sorda para obtener testimonios favorables, que incluyó ofertas de indulto al preso Raúl Magario y a Juan Gasparini, antiguo prisionero de la ESMA, exiliado en Suiza. El testimonio de Gasparini resultó decisivo para comprobar que 14 millones de dólares habían pasado de las arcas de Born a las de Graiver y su esposa Lidia Papaleo. Finalmente, con los fondos bloqueados, temerosos de perderlo todo, los Graiver aceptaron ceder a Jorge Born III 16 millones de dólares.

Demostrando que la vieja oligarquía es tan lumpen como los nuevos ricos del menemismo, el rehén más caro de la historia contemporánea no restituyó el dinero al consorcio que había pagado su rescate. Claro que no se lo guardó todo: tuvo que pagar honorarios y jugosas comisiones.

En 1977, cuando nos encontramos en el exilio, Galimberti me solía contar algunas de las primeras historias que escuché sobre la ESMA. Lo que más nos conmovía entonces, lo que más nos indignaba, no era el asesinato de los compañeros, sino la forma atroz en que habían degradado a una parte de ellos. Ahora, asistiendo al espectáculo de su degradación (que no tiene siquiera el atenuante de la picana y el terror), me asalta la misma sospecha que sorprendió al Pelado cuando lo llevaban a Funes: que la Argentina entera es un inmenso “chupadero”.

“El individuo, ustedes lo saben muy bien, puede defecionar, se puede equivocar, puede llegar hasta la traición” decía Firmenich en el juicio a Tucho Valenzuela. Y agregaba:

“La única garantía es la práctica histórica del Partido, que está por encima de los intereses de los individuos que lo componen.”

En abril de 1987, lo que quedaba de Montoneros (es decir del aparato de conducción), lo contradijo, demostrando que el Partido entero podía claudicar, subordinado al interés individual de su jefe. Fue cuando un grupo del “Peronismo Revolucionario”, encabezado por Firmenich, Perdía, Vaca Narvaja y el ex disidente Galimberti, firmó una solicitada dirigida al Papa que visitaba la Argentina, pidiendo perdón para ellos y para los militares que los habían perseguido. La carta abierta —agobiada de citas bíblicas— exaltaba el valor de la reconciliación (vocablo favorito de la jerarquía católica argentina) y prometía el arrepentimiento sincero, que tanto había propiciado Massera en su laboratorio de la ESMA.

Detrás de ese retomo a la semántica de la Acción Católica, se ocultaban los primeros coqueteos con el coronel Alí Mohamed Seineldín y el propósito de conseguir un indulto para el Pepe, preso desde 1984, y sobre el cual podía caer una condena de treinta años de prisión. Dos de los hombres que habían juzgado la integridad revolucionaria de Valenzuela se internaban en un pantano sin retomo.

El tercer juez, Raúl Clemente Yager (Roque), había caído acribillado, en abril de 1983, en la ciudad de Córdoba. Según la versión oficial: por resistirse a policías que efectuaban un control ocasional de vehículos. Tenía una personalidad dura y lineal, pero indiscutiblemente coherente.

A finales de 1985 recibí en México la sorpresiva visita de Roberto Cirilo Perdía (el Pelado Carlitos) y Fernando Vaca Narvaja (el Vasco). Había tenido buenas relaciones con ellos, pero no los veía desde mi ruptura con la Conducción, cinco años antes. Los acompañaba, en calidad de custodio, el Gallego Sverko, un personaje tétrico que fue capanga de periodistas en el diario *La Voz* y terminó como ladero de Galimberti.

Silvia, mi compañera de toda la vida (que murió en 1991), había preparado una rica cena. Al margen de todos los avatares políticos, todavía sentía afecto por Carlitos y el Vasco. En cambio detestaba a Sverko y se divertía, con escaso disimulo, viendo como nuestra gata se burlaba de su fobia y le saltaba encima. Cena y sobremesa transcurrieron sin mayores controversias hasta que alguien abordó el tema de *Recuerdo de la muerte*. El Vasco, que solía ser frontal, dijo que la novela escamoteaba la verdadera historia de las luchas montoneras, reduciéndolas a una guerra de aparatos. El Pelado Carlos, que sabía ser diplomático cuando quería, empezó elogiando el libro porque “revela la intimidad del terrorismo de Estado”, para concluir con la misma crítica: “no explica por qué luchamos”.

No alcancé a replicar, Silvia ya los estaba increpando, con voz destemplada:

— ¿Y eso por qué no lo explica Firmenich en el juicio? ¿No le corresponde a él explicarlo?

No hubo respuesta, la velada naufragó. Mi mujer había dado en el clavo: en vez de optar por una defensa de “ruptura” para intentar abrir un debate histórico, el número uno de los Montoneros se refugiaba en lo casuístico, en el esquivo leguleyo: “yo no di esa orden... yo no salí en ninguna foto con Jorge Born... en Montoneros había autonomía táctica”. Como si eso pudiera salvarlo de una “condena anunciada”.

De ahí a buscar el indulto por todos los medios había un paso. Y lo dieron.

Al ganar Menem las internas justicialistas en 1988, cambiaron las rogativas al Papa por un mecanismo más eficaz: invertir uno de los millones remanentes de los Born en el flamante candidato.

“P”, el pintoresco asistente del Comandante Firmenich que nos teleconvocaba en México con el “pip-pip” de sus radiollamadas, ahora usa movicom y ha vuelto a llamarse Mario Montoto. Pero no ha variado un ápice su lealtad al Pepe. Por eso le tocó la delicada misión de negociar apoyo financiero contra un lugarcito en el Menemóvil y el perdón para su jefe. Con el apoyo de Mario Rotundo, un empresario vinculado a Licio Gelli, Montoto pudo llegar directamente a Menem y lograr un primer acuerdo: Julio Mera Figueroa, antiguo militante de la Tendencia devenido coordinador de la campaña, quedaba a cargo de la relación con “los muchachos”. El idilio estuvo a punto de romperse cuando el joven e inexperto Pablo Unamuno, del “Peronismo Revolucionario”, declaró a la prensa que el candidato le había prometido el indulto a Firmenich.

Sin embargo, la sangre no llegó al río y Montoto siguió frecuentando los círculos áulicos, antes y después del triunfo. Cuando Menem dividió el indulto en dos tandas, dejando la libertad de Videla, Massera y Firmenich para más adelante, Montoto llegó a insinuarle que “traerían la plata de Cuba” para apoyar la “revolución productiva”

El ofrecimiento —comprometedor para los cubanos que los habían apoyado— no llegó a materializarse. Probablemente porque no existía mucha voluntad de concretarlo, pero sobre todo porque no hizo falta. El indulto, rechazado por la mayoría de la sociedad, era consustancial a la amoralidad del proyecto triunfante y a los pactos bajo la mesa con distintos factores de poder como los Carapintadas, o Licio Gelli, que abogaba en favor de Massera. Con o sin dinero montonero, Menem lo iba a otorgar.

Desde que consiguió salir de la cárcel Firmenich ha mantenido un bajo perfil y una cierta distancia del gobierno menemista. En parte porque sabe que para muchos es “la bestia negra”, en parte porque es más mesiánico que los otros y está convencido de que la historia le va a brindar una segunda chance.

Sea por lo que sea, no baila con Romero Victorica como el Loco, ni le pide perdón al hijo de Aramburu, como hicieron el Pelado Carlitos y el Vasco, después de humillarse ante Neustadt. La claudicación tiene grados, como lo vimos en la ESMA. Y estilos.

Hace unos meses mantuve una entrevista polémica con el periodista norteamericano Martin Andersen, en tomo al Pepe. Andersen, autor de *Dossier secreto*, sostiene que Firmenich ha sido siempre un agente doble, al servicio del Batallón 601 del Ejército. Así se lo contó Robert Scherrer, un hombre del FBI que estuvo asignado en la

Argentina. A Scherrer se lo habría confiado el general Alfredo Alberto Valín, antiguo jefe de ese Batallón de Inteligencia.

Reitero lo que dije entonces: no creo en las tesis conspirativas de la historia. En toda gran victoria o gran derrota de un movimiento revolucionario existe siempre un rico entramado social que excede las maquinaciones individuales. Aún en el hipotético caso de que Firmenich haya sido un agente doble, eso no explica la derrota montonera.

Lo que sí es indudable, es que el daño que han hecho estas traiciones supera lo que hubiera podido maquinar el espía más avieso. Estas miserias, removidas hasta la náusea por una prensa que fue instrumento de la dictadura, sepultan cientos de historias como la del Nariz, el Sordo, Tucho, María, Dardo, Rodolfo, Vicky... en las que la coherencia, la generosidad y el coraje superan con creces los errores que cometieron en su lucha por una sociedad igualitaria y fraterna.

—Hola, habla Massera —dijo la voz en el teléfono.

Gabriela Cerruti se quedó muda.

—Quiero hablar con usted por esa nota que publicó en *Página/12* —propuso el Almirante.

—Déjeme un teléfono adonde llamarlo... —atinó a decir la periodista. Cero olfateó el esquinazo, pero igual se lo dejó. A Gabriela no la venció la curiosidad; pudo más el estómago.

La nota —publicada el 6 de junio de 1992— revelaba que Juan Carlos Rousselot y Alberto Pierri, los principales candidatos de la interna justicialista en la provincia de Buenos Aires, habían sido amigos y colaboradores del Almirante. Rousselot como asesor político, Pierri aportando avionetas a la Marina y luego papel de su empresa para el diario *Convicción*.

En su libro *El Jefe*, aparecido un año después, Cerruti volvió sobre el tema describiendo los nexos del entorno menemista y del propio Menem con Massera, que se remontaban a las postrimerías del gobierno de Isabel y se habían afianzado cuando el político riojano estuvo “confinado” por el Proceso en ese enclave de los navales que era Mar del Plata. En el apogeo de Cero, cuando parecía que iba a chuparse al peronismo.

En verdad, Menem es la continuación de Massera por otros medios. O dicho de otro modo: Menem es al peronismo lo que Massera es a la Armada. Massera usó a la Marina en su beneficio. Menem hizo otro tanto con el peronismo. Ambos son

transgresores (como diría la moda lingüística porteña): el Almirante porque rompió la ortodoxia liberal del arma para intentar un proyecto populista de derecha; el mercader de Anillaco porque rompió la ortodoxia nacional del peronismo para construir un proyecto populista de derecha.

Los Predicadores del Arrepentimiento que Massera cultivaba en el invernadero de la Pecera florecieron en el jardín del Turco, bajo la forma de Prols o Schiaretis, de ex revolucionarios trepados al carro neoliberal.

Sólo que Massera no podía cosechar lo que había sembrado. Los espectros de la ESMA se lo impedían.

Esos espectros reaparecieron en la sala de audiencias del juicio a los Comandantes, en los testimonios de varios sobrevivientes, confirmando, punto por punto, lo que había anticipado este libro.

En su alegato ante los jueces —caricatura de “La historia me absolverá” en clave retro— el Almirante exageró: “mi futuro es una celda”.

Ni lo albergaron en una celda, ni la sentencia fue su futuro. Salió por zurda, cuantas veces quiso, para participar en internas por la sucesión de la Armada y ahora, perdonado por la gracia de Menem, maneja su financiera y asiste a los relevos del poder naval.

¿Alguien duda todavía de que existe un complejo entramado de favores y complicidades entre políticos, militares y plutócratas que algunos llamaron régimen, otros sistema y que es, sencillamente, el poder?

A esa lógica del poder responden todas las grandes defraudaciones de la política argentina contemporánea. Como la de Raúl Alfonsín en la crisis militar de Semana Santa, que le partió el espinazo moral a una sociedad civil dispuesta a luchar por la democracia.

Y fue contra esa lógica del poder —conviene recordarlo— que se alzó la generación del 68, pagando su atrevimiento con treinta mil desaparecidos y una incalculada cifra de exiliados, tanto en otras latitudes como en el rigor mortis del propio territorio.

La inmensa mayoría de los muertos cayó con honor. Y una buena parte de los sobrevivientes ha logrado resistir la desesperanza, el cinismo y la propuesta corruptora del oficialismo. Aunque el precio consista en vivir al margen de las luchas políticas, en la oscuridad y el silencio.

No se sabe, porque la dignidad no es noticia, pero muchos de los ex montoneros perseguidos por Romero Victorica, rechazamos ese indulto que nos ponía en un pie de igualdad con asesinos uniformados como Camps o Menéndez. Graciela Daleo, una sobreviviente de la ESMA con la que he discutido agriamente sobre *Recuerdo de la muerte*, ha sufrido persecuciones judiciales por decir la verdad y actuar con integridad.

En setiembre de 1983 escribía las últimas páginas de este libro en un escenario surrealista: Pie de la Cuesta, en las afueras de Acapulco, en una casa florida que parecía un atalaya sobre la bahía. Ironías de la vida: el chalet de veraneo pertenecía a un coronel mexicano que nunca conocí y que jamás se enteró de esta intrusión político-literaria del Cono Sur. Jaime Dri, que ganaba un salario modesto como profesor en la Universidad de Guerrero, había logrado hacerse de unos pesos suplementarios como cuidador y jardinero del coronel. La changa, además, solucionaba un problema habitacional: el Pelado, transitoriamente separado de la Negra, dormía en el ranchito del cuidador. Un dato sugería que la crisis conyugal no iba a ser definitiva: la casa del militar estaba enfrente de la que ocupaban Olimpia y los chicos. Cuando terminaba sus trajines entre rosales y buganvillas, el “cuidador” se iba a comer con su familia. Un día Vanesa, que me había adoptado como tío, me preguntó: “¿Vas a poner en el libro que papá y mamá están separados?”. Sin titubear le dije que no. “Entonces no estás poniendo toda la verdad”, sentenció la muchacha con el tono de su madre. “Sí —me arriesgué a contestarle— porque cuando el libro salga publicado ya van a estar casados de nuevo.” Por suerte el pronóstico resultó acertado.

A esa calle de tierra, panzona y encegueda de sol, llegamos una tarde con Silvia cargando un manuscrito de setecientas carillas que había que podar, editar y pulir. El Pelado nos cedió la habitación del quintero y se fue a dormir a su vieja casa. (Me ilusiona pensar que esa circunstancia aceleró la reconciliación).

Durante un mes la familia del coronel tuvo la decencia de no presentarse y pudimos trabajar al borde de la pileta, de día y de noche, remojándonos cuando el calor se volvía insoportable, los fantasmas acechaban o las palabras se ponían necias. En los atardaceros escuchábamos respirar al Pacífico y nos sobresaltábamos con el murciélago extraviado de Funes girando sobre la piscina. Por las noches, Jaime y la Negra nos traían cervezas, compañía, dudas, aportes y hasta risueñas discusiones sobre la vida onírica del Pelado. Por esa vieja culpa que cargan todos los sobrevivientes, ahondada por la materia que estábamos abordando, no nos confesábamos algo que ahora me resulta evidente: lo disponibles que estábamos para los gozos y las sombras.

Hoy Silvia es recuerdo y con los Dri me veo de tarde en tarde, en encuentros entrañables pero fugaces. A fines de 1985 se fueron a Panamá y allá siguen, contra viento

y marea, viviendo su vida en el tiempo, paralela a esta vida en el libro, donde renacen en cada lector que se asoma a sus peripecias. Vanesa y Fernando son ya dos jóvenes vitales y fuertes, que van para adelante. Jaime sigue como profesor y Olimpia trabaja en derechos humanos. En Argentina les tocó la dictadura, en México el terremoto del 85 y en Panamá la invasión yanqui del 89. Pero han sobrevivido, sin perversas mutaciones, a todas las catástrofes históricas y naturales que nos ha deparado el fin de milenio.

En la primera edición, respetando pudores de Silvia, aludí elípticamente a su participación en este trabajo. Hoy quiero hacerle plena justicia: sus contribuciones como animadora, crítica, editora y correctora resultaron decisivas.

En febrero de 1984 viajamos a Europa cargando los originales y comenzamos a confirmar, traumáticamente, que lo que traíamos en el bolso no era una novela, un universo cerrado, un objeto inerte que se anima cuando el lector lo abre y lo resucita, sino materia viva y cambiante, dispuesta a producir nuevos hechos al margen de sus progenitores.

Tuvimos serios encontronazos con varios sobrevivientes de la ESMA. En general, salvo excepciones, seguían sin perdonarle a Jaime que se hubiera escapado. Atendí todos los reclamos que me parecieron respetables desde el punto de vista de la seguridad o privacidad de las personas, así como todas aquellas observaciones destinadas a cambiar datos erróneos o a enriquecer la base informativa. Deseché, en cambio, lo que era materia opinable; las variadas interpretaciones que me hubieran llevado al callejón sin salida de Rashomon.

Y, naturalmente, las presiones. Como la que me hizo llegar Juan Gasparini, por interpósita persona, para que cambiara sustancialmente el relato o me atuviera a las consecuencias de una polémica. No cambié el relato y la polémica no se produjo. Gasparini se limitó a una ironía sobre el libro en *La pista suiza*, a un error sobre mi actividad en México en su trabajo sobre Graiver y a un comentario malévolo sobre Dri en *Montoneros, final de cuentas*. Allí sostiene que el Pelado se escapó porque tenía miedo. El, como no tenía miedo, se quedó en la ESMA hasta que le abrieron la puerta.

En estos diez años —que yo sepa— nadie ha salido a refutar la historia que aquí se cuenta. Ni los militares, ni los Montoneros, ni los sobrevivientes de la ESMA.

En cambio, *Recuerdo de la muerte* fue usado y abusado en la esfera judicial. Para bien o para mal, de una manera o de otra, estuvo presente en casi todos los juicios vinculados con Montoneros y la represión clandestina. Dri lo incorporó en su testimonio contra Massera, y Prats Cardona, el alucinante defensor de Cero, lo citó para descalificar

a Jaime y otros testigos como “montoneros” El abogado Fernando Torres utilizó fragmentos en la defensa de Firmenich y el fiscal Romero Victorica en su acusación contra los que integramos el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero.

Huelga decir que los abusos persecutorios estaban fuera de mis cálculos cuando escribí este relato. Mi intención era denunciar a los represores y no a mis antiguos compañeros. Tampoco, obviamente, quería autoincriminarme. Cité identidades políticas que eran públicas y notorias y no previ, debo admitirlo, que la justicia alfonsinista nos iba a procesar con más rigor que a los militares.

Al margen de esas malversaciones, el libro fue leído y apreciado por muchos condenados de la tierra. En nuestro país y en naciones remotas, como Marruecos, desde donde me escribió un preso del rey Hassan, para contarme que un ejemplar de la versión en francés había circulado de mano en mano entre los cuarenta prisioneros políticos de la cárcel de Kenitra.

En 1983 escribía, pecando de optimista: “Hay síntomas. Hay presagios de una gigantesca mutación que será, que debe ser, de signo positivo”.

Pero la cruel historia argentina me hacía también ser precavido: “Si la conciencia colectiva no logra exorcizar a los demonios, el futuro será un tembladeral” “No se puede construir una genuina convivencia democrática sobre cimientos de iniquidad y vergüenza.”

A diez años de distancia, estamos en el tembladeral.

La salida no será fácil ni rápida. Y menos con todas esas estatuas que tapan el abismo.

Londres, diciembre de 1993.

Recuerdo de la muerte no es solo la historia del encarcelamiento y tortura de Jaime Dri y otros militantes en los campos clandestinos de la dictadura, de cómo resistieron la presión psicológica y lograron increíblemente escapar, de país en país. A diez años de su publicación inicial, es también un ejercicio de memoria indispensable, no sólo para las generaciones de argentinos que asistieron a esa época trágica sino también para las generaciones que nos sucedan en el tiempo: para que ese país quede definitivamente atrás, para que la historia no se repita.

"Una incursión al corazón de la noche, al centro del horror, que se lee sin tomar aliento hasta la última de sus cuatrocientas páginas."

Horacio Verbitsky

"Impiadoso y valiente, con las palabras justas y la intriga de una novela policial a la manera de Ludlum, Miguel Bonasso nos descubre el interior de la Escuela de Mecánica de la Armada, ese lugar fuera del tiempo, como el sufrimiento."

le Monde, Francia.

"Un libro fuerte y corajudo, y tan desprejuiciado como para respetar la verdad."

Corriere Della Sera, Italia.

"Uno de los más poderosos libros de no ficción aparecidos desde los años setenta."

The Village Voice, EE.UU.

"Sólo un escritor con la garra, el nervio y el afán investigador de un gran periodista podía ser el autor de *Recuerdo de la muerte*."

la Vanguardia, España.

"Mucho más que un relato cautivante: un libro basado en hechos reales sobre la alucinante historia de los años militares de la Argentina."

Notas:

* *Nota del autor:* Tiempo después, cuando emergieron voces soterradas en los campos y repitieron en público esa convicción, los familiares de los presos y desaparecidos rehusaron aceptarlo. Por la esperanza de recuperar con vida a los suyos y por una razón política: no querían facilitar la tarea a los jefes militares que dando por muertos a los desaparecidos, pretendían echar una losa de olvido sobre el problema.

*El verdadero nombre es Agustín Feced. Su rango: Comandante retirado de la Gendarmería.